



BIBLIOTECA
 POPULAR
 E CONGRUUA

HISTORIA
 del Consulado del Imperio

TOMO XIX.

Nueva Edición

MELLADO EDITOR

18

35



7944
Ley 1844

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

En el Gabinete Imperial, calle del Príncipe,
número 23.

EN PROSESA.

SE SIENTE.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, correos provinciales del 2.º orden.
Madrado, editor de esta publicación.

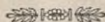
Librería de M. L. L.

Biblioteca popular.

T. XIX, 4

L47
1395

CONDICIONES DE SUSCRICION.



Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

SE SUSCRIBE.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.

Estab. Tipog. de MELLADO.

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

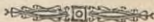
DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON ANTONIO FERRER DEL RIO.

TOMO XIX.



MADRID, 1862.

ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR.

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

:

ENCICLOPEDIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

CONSTITUCION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR DON J. ANTONIO.

Revisado y aprobado

POR DON JOSE ANTONIO RIVERA DEL RIO

TOMO XIX.

MADRID, 1802.

ESTABLECIMIENTO DE DON F. MELLADO, EDITOR

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 2.

LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

La Isla de Elba.

Estancia de lord Castlereagh en París.—De Luis XVIII obtiene la concesion del ducado de Parma en favor de Maria Luisa, y en cambio ofrece la expulsion de Murat á este monarca. —Austria envia cien mil hombres á Italia, y Francia treinta mil al Delfinado. —Estado interior de Francia: acrecentamiento de zozobra por parte de los compradores de bienes nacionales, y de irritacion por parte de los militares. —Hallazgo de los restos mortales de Luis XVI y ceremonia fúnebre del día 21 de enero. —Depuracion de la magistratura y reemplazo de Mr. Muraire por Mr. de Seze, y de Mr. Merlin por Mr. Mourre. —Desórden popular con motivo de los funerales de la señorita Raucourt. —Continuacion del proceso de Exelmans. —Absolucion de este general. —Por vez primera se halla pronto el ejército francés á intervenir en la política. —Jóvenes generales forman el designio de derrocar el trono á los Borbones. —Trama urdida por los hermanos Lallemand y por Lefebvre Desnoettes. —Repugnancia de los altos personages del imperio á ser parte en tales empresas. —Menos escrupuloso Mr. Fouché se hace de seguida centro de todas las intrigas. —Mr. de Bassano, que aun no habia dirigido comunicacion alguna á la isla de Elba, ahora encarga á Mr. Fleury de Chaboulon que entere á Napoleon de los sucesos todos, sin atreverse á añadir ni el menor consejo. —Instalacion de Napoleon en la isla de Elba y su método de vida. —Organizacion de su pequeño ejército y de su pequeña armada. —Sus actos para promover la prosperidad de la isla. —Estado de sus haberes. —Imposibilidad absoluta en que se halla Napoleon de mantener mas de dos años á las tropas que ha llevado

consigo.—Esta circunstancia y las noticias que recibe del continente le inducen á formar el propósito irrevocable de no permanecer en la isla de Elba.—Reconciliacion de Napoleon con Murat y consejos que le da por entonces.—A principios del año de 1815 sabe Napoleon que los soberanos reunidos en Viena están en visperas de despedida; que se trata de deportarle á mares más lejanos, y que en Francia han llegado al último grado de exasperacion los partidos.—De pronto se resuelve á abandonar la isla de Elba, antes de que alarguen los días y acorten las noches, tan favorables para su fuga.—La llegada de Mr. Fleury de Chaboulon le confirma en esta resolución terminante.—Preparativos secretos de su empresa, para cuya ejecucion fija la fecha del 26 de febrero.—Su postrer mensaje á Murat y su embarque el 26 de febrero por la noche.—Diversos accidentes de la navegacion.—Desembarco en el golfo Juan el día 1.º de marzo.—Sorpresa é incertidumbre de los habitantes de la costa.—Tentativa frustrada sobre Antibio.—Permanencia de algunas horas en Cannas.—Vacilaciones acerca de la eleccion entre dos caminos, el de las montañas que lleva á Grenoble, y el del litoral que conduce á Marsella.—Napoleon se decide por el de Grenoble, cuya eleccion asegura el buen éxito de su empresa.—Partida para Grasse el 4.º de marzo por la noche.—Marcha larga y fatigosa por entre las montañas.—Llegada á Sisteron al segundo día.—Motivos por los cuales no se encuentra guardada esta plaza.—Ocupacion de Sisteron y marcha sobre Gap.—Sucesos que á la sazón pasan dentro de Grenoble.—Predispociones de ánimo de la nobleza, de la clase media, del pueblo y de los militares.—Resolucion formada por el prefecto y los generales de cumplir con sus deberes.—Envío de tropas á La Mure para obstruir el camino de Grenoble.—Sobre este punto marcha Napoleon, tras de ocupar á Gap al paso, y encuentra en La Mure al batallon del 5.º regimiento de línea enviado para impedir su marcha.—Delante del frente del batallon se presenta de pronto y descubre su pecho á los soldados.—Estos responden con el grito de *viva el emperador!* á tal movimiento, y rápidamente se agrupan alrededor de su persona.—Después de este primer triunfo, Napoleon sigue su marcha sobre Grenoble.—En el camino se halla con el 7.º regimiento de línea bajo las órdenes del coronel Labedoyère, que tambien se pasa á sus filas.—Llega á Grenoble aquella misma noche.—Hallándose cerradas las puertas, el pueblo las echa abajo, y las franquea á Napoleon de seguida.—Lenguaje pacífico y liberal que Napoleon usa con todas las autoridades civiles y militares.—Napoleon permanece el día 8 en Grenoble, no sin encaminar hácia Lion por delante las tropas de que se ha apoderado, y que ya suben á muy cerca de ocho mil hombres.—Personalmente sale para Lion al otro día.—La noticia de su desembarco llega á Paris el 5 de marzo.—Efecto causado por ella.—Inmediatamente se hace partir al conde de Artois en union del duque de Orleans para Lion, al mariscal Ney para Besanzon, al duque de Borbon para la Vendée, al duque de Angulema para Ni mes

y para Marsella.—Inmediata convocatoria de las Cámaras de Pares y de Diputados.—Inquietud de las clases medias y profundo pesar de los hombres ilustrados, porque prevén las consecuencias de la vuelta de Napoleon.—Los realistas moderados y Mrs. Lainé y de Montesquiou á su cabeza desearían que se llegase con el partido liberal á avenencias, modificando el ministerio y los cuerpos del Estado en el sentido de las ideas liberales.—Por el contrario los realistas fogosos tan solo á actos de debilidad atribuyen las vicisitudes actuales, y así no se prestan á concesion alguna.—Luis XVIII cae en perplejidad suma, y no abraza ningun partido.—Continuacion de los sucesos entre Grenoble y Lion.—Llegada del conde de Artois á este último punto.—Recibidos con frialdad por el vecindario y con malevolencia por las tropas.—Vanos esfuerzos del mariscal Macdonald por inducir al exacto cumplimiento de sus deberes á los militares.—Tan alarmante llega á ser el estado de las cosas que el mariscal Macdonald no halla mejor arbitrio que el de que el conde de Artois y el duque de Orleans se vuelvan á Paris de prisa.—Solo queda allí para organizar la resistencia.—Habiéndose presentado la vanguardia de Napoleon el 40 por la noche delante del puente de la Guillotiere, al punto dan el grito de *viva el emperador!* los soldados que estan de guardia, y tras de abrir la ciudad á las tropas imperiales, se proponen ir en busca de Macdonald para reconciliarle con Napoleon al instante.—Fuga del mariscal por no faltar á sus deberes.—Entrada triunfal de Napoleon en Lion.—Allí se esfuerza en persuadir á todos que desea la paz y la libertad, haciendo uso del mismo lenguaje que en Grenoble.—Sus decretos para la disolucion de las Cámaras, para convocar el cuerpo electoral en Paris y en campo de mayo, y para asegurar con diversas medidas el éxito de su empresa.—Despues de permanecer en Lion el tiempo estrictamente necesario, durante la mañana del 13 sale por el camino de Borgoña.—Recibimiento entusiasta de que en Macon y en Chalons es objeto.—Mensaje del gran mariscal Bertrand al mariscal Ney.—Sincera disposicion de este último á cumplir sus deberes, si bien la circunstancia de hallarse en medio de poblaciones y de tropas, invenciblemente propensas á Napoleon, le ponen en muy grande apuro.—Dos dias enteros sostiene el mariscal Ney de lucha, hasta que viendo en torno suyo insurreccionadas las poblaciones y las tropas, al cabo cede al torrente y se junta á Napoleon como todos.—Marcha triunfal de Napoleon por medio de la Borgoña.—Su llegada á Auxerre el 17 de marzo.—Proyecto de detenerse allí dos dias, para concentrar sus tropas y marchar sobre Paris militarmente.—Estado de la capital durante estos últimos dias.—Habiendo fracasado por completo los esfuerzos de los realistas moderados para llegar con el partido constitucional á un acomodo, solo se cambia el ministro de la Guerra, porque inspira desconfianza, y el director de policia porque no se le cree dotado de capacidad bastante.—Subida del duque de Feltra al ministerio de la Guerra.—Tentativa de los hermanos Lallemand y su aborto.—Esta cir-

constancia infunde alguna esperanza á la corte, y se celebra una sesion regia en que Luis XVIII arranca grandes aplausos. — Proyecto de la formacion de un ejército hacia Melun bajo las órdenes del duque de Berry y del mariscal Macdonald. — Escandalo de Napoleon en Auxerre. — Su entrevista con el mariscal Ney, á quien impide habilmente que le imponga condiciones. — Su partida el 19 y su llegada á Fontainebleau la misma noche. — A la noticia de su aproximacion, la familia real determina salir de París sin demora. — Partida de Luis XVIII y de todos los principes durante la noche del 19 al 20 de marzo. — Ignorancia en que se hallan todos de la partida de la familia real aun el dia 20 por la mañana. — Tumultuosamente reunidos en la plaza del Carrousel los oficiales que se hallan á medio sueldo, al cabo averiguan que está vacío el real palacio, y enarbolan alli la bandera tricolor al punto. — A palacio acuden todos los magnates del imperio. — De Fontainebleau sale Napoleon aquella tarde, y á París llega por la noche. — Escena tumultuosa de su entrada en las Tullerias. — Causas y carácter de esta resolucion extraña.

Partiendo lord Castlereagh el 15 de febrero de 1815 de Viena, llegó el 26 á París, donde se detuvo muy pocos dias, á causa de aguardarle impacientemente en Lóndres sus colegas, que durante su ausencia no se atrevian á emprender la discusion de los actos del congreso. Allí vió á Luis XVIII, por quien fué recibido muy cortesmente, y airoso salió de la negociacion que llevaba á cargo, y que se reducía á dejar á Maria Luisa durante su vida el ducado de Parma, y á establecer provisionalmente en el ducado de Luca á la heredera de Parma, esto es, á la reina de Etruria. Luis XVIII prestóse de buena voluntad á tal acomodo por complacer á Inglaterra, y especialmente por lograr en el asunto de Nápoles su apoyo. A mayor abundamiento, el ruido que los armamentos de Murat producian en Italia, mucho simplificaban la solucion para los ministros ingleses, y nada era ya mas fácil que presentar al rey de Nápoles como desleal á sus

compromisos, como perturbador del reposo europeo, y por lo tanto, como merecedor de ser derrocado del trono, sobre el cual se le habia sufrido transitoriamente. Cien mil hombres se aprestaba Austria á agregar á los cincuenta mil que ya tenia en Italia, y Luis XVIII habia determinado en su consejo que entre Lion y Grenoble se juntaran treinta mil franceses, á fin de concurrir por mar y tierra á las operaciones contra Murat proyectadas. Asi todo se disponia de manera de destruir el último vestigio, que del vasto imperio de Napoleon quedaba todavia sobre el territorio italiano.

Pero el destino de los Borbones era que delante del mismo Murat cayesen en el abismo siempre abierto de las revoluciones del siglo, para salir de allí de nuevo, con mas elementos de duracion sobre el trono, aunque por desgracia menos inocentes. ¡Ah, su situacion no habia mejorado más que su conducta! Tras de obtener todo lo que se deseaba de las cámaras á fines de diciembre, aplazadas fueron para el 4.º del siguiente mayo; y al desembarazarse de una traba aparente, se privó la corona de su mejor apoyo, por ser especialmente la Cámara de diputados expresion fiel de la opinion pública en su marcha tímida á la par que juiciosa, como que deseaba la rehabilitacion y el mantenimiento de los Borbones, aun hallandolos imprudentes y hasta ofensivos á menudo. No siendo la Cámara de diputados, segun se hace memoria, más que el Cuerpo legislativo continuado, al hacer resonar á veces en la tribuna una censura severa contra los delirios de los emigrados, á un mismo tiempo daba á la opinion una satisfaccion oportuna, al gobierno un aviso saludable, y asi figuraba

en cierto modo como mediadora, á fin de que por una parte no fuese la irritacion demasiado grande, y de que por otra no se llevasen las faltas demasiado lejos. De esta suerte era muy de sentir la ausencia de las cámaras en tales instantes, porque la nacion y la emigracion se iban á alejar cada vez más una de otra, sin ningun poder moderador capaz de aproximarlas y de contenerlas.

A la par que las faltas, sus efectos se aumentaban de dia en dia. Desde el púlpito no cesaban de predicar los sacerdotes contra la usurpacion de los bienes de la Iglesia; y los legos, antiguos propietarios de las fincas vendidas, sin cesar asediaban á los nuevos compradores, para inducirles á la restitution de los bienes, que á menudo habian adquirido á vil precio, si bien ahora se les querian arrancar á precio todavia mas bajo. A los compradores algo instruidos sin duda bastaba á tranquilizar del todo el artículo de la Carta, que garantizaba la inviolabilidad de las ventas nacionales, pero se les decia que la Carta era una concesion á las circunstancias y de índole transitoria, y nada mas natural que el que se alarmasen á vista de la movilidad de los tiempos. Además, los periódicos de mayor crédito del partido realista usaban de un lenguaje todavia mas inquietante sobre este punto, y cuando se les respondia con el texto de la ley fundamental, de seguida replicaban que la ley pudo muy bien garantizar la materialidad de las ventas, sin que alcanzara á realzar su moralidad de ningun modo, ni á hacer que lo inmoral fuese honrado á los ojos de la conciencia pública. Sus palabras eran las siguientes:—La ley garantiza las adquisiciones nacionales; pero la opinion las con-

dena irrevocablemente. No hay remedio, y bueno es congratularse de esta reaccion de la moral universal contra el crimen y contra el despojo.—Para obrar consecuentemente, á tal lenguaje debian seguir providencias expoliadoras, mas nadie se atrevia a tanto, y de todo resultaba una violencia moral ejercida sobre los nuevos compradores, para obligarles á desprenderse por sí mismos de los bienes disputados. De este modo se realizaba lo dicho por Mr. Lainé en el seno de la comision de la Carta, sobre la conveniencia indudable de garantizar las ventas, aunque no mucho, para obligar á los modernos propietarios á transigir con los antiguos.

Sin otra mira que ésta forjóse una fábula de las mas significativas. Se supuso que Berthier, príncipe de Wagram y poseedor de la tierra de Glosbois, despues de reunir los títulos de este dominio, los puso á los pies de Luis XVIII, con la súplica de que se dignase aceptar la restitucion de ellos; y que habiéndolos admitido el monarca y guardado en su poder una hora, luego llamó al mariscal arrepentido, y le dijo estas palabras. Volved á entrar en posesion del dominio de Glosbois; nada mejor puedo hacer que cedéroslo para que lo disfruteis en premio de vuestros largos servicios.— Con increíble celeridad habia cundido semejante anécdota hasta las provincias mas lejanas, sin que sobre su autenticidad se ofreciesen dudas. Preguntado el príncipe de Wagram á todas horas, vanamente respondia que era una pura patraña, pues se continuaba así y todo en la propagacion de la noticia como si fuese verdadera. Hasta quiso el mariscal Berthier que se insertara una retractacion

en las columnas de los periódicos realistas, mas no pudo venir á cabo de tan justo deseo.

Temeroso Mr. Louis del efecto que podian producir sobre el crédito las zozobras inspiradas á los compradores de bienes nacionales, en pleno consejo y no sin cierta especie de alta lucha arrancó á Luis XVIII la firma del decreto que ponía en venta diversos montes del Estado, con inclusion de gran porcion de los pertenecientes en lo antiguo á la Iglesia. Ya firmado el decreto, sin demora se dió principio á las adjudicaciones, para tranquilizar á los compradores de bienes nacionales, por no ser verosímil que se emprendieran nuevas enajenaciones y que se tratase de revocar las antiguas. Lo módico de la tasacion de las propiedades sacadas á subasta atrajo especuladores, que, hallando en la venta de la leña casi el equivalente del precio de la compra, de suerte que la superficie de la tierra salía casi de valde, muy gustosos corrian los azares de esta especie de adquisiciones. Sin embargo, ni esta providencia alcanzó á restablecer la confianza, y sériamente alarmados vivian de continuo los que durante la revolucion adquirieron fincas, y que eran muy numerosos en los campos; y sabido es que, alarmar los intereses, equivale á inmolarlos, porque el terror influye sobre los hombres tanto y más á veces que el mal mismo.

No cesaban las manifestaciones contra la revolucion francesa. Una nueva coyuntura ofreció al aniversario del 21 de enero, y aprovechóse anhelosamente. Cierta hombre piadoso habia adquirido en la calle de la Magdalena el terreno, donde Luis XVI, la reina María Antonia y madama Isa-

bel tuvieron sepultura, y al aproximarse el 24 de enero dió principio á excavaciones en busca de los restos de aquellas víctimas augustas. No fueron estériles sus afanes, segun sus informes y segun todos los indicios. A consecuencia de tal hallazgo, el gobierno dispuso una ceremonia fúnebre para la translacion de aquellos despojos mortales tan dignos de respeto, á la abadía de San Dionisio. Pero desdichadamente, á esta ceremonia acompañaron maldiciones de todas clases contra la revolucion francesa; y los hombres ligados á ella por sus actos ó simplemente por sus opiniones respondieron con dudas sin cuento y palabras de mofa sobre el hallazgo conseguido en la calle de la Magdalena. A estas dudas y á estas palabras de mofa replicaron los realistas por medio de nuevas injurias contra los revolucionarios, y les repitieron que, si se les perdonaba materialmente, y por especial merced no se les conducia al cadalso, no les era lícito otra cosa en cumplimiento de la promesa de olvido contenida en la Carta; pero que no se podia ahogar la conciencia pública, ni impedir que juzgara su crimen execrable. Como para mejor asegurar la reproduccion de tan tristes recriminaciones, se decretó una ceremonia anual en expiacion del atentado del 24 de enero.

A todos estos actos se añadieron otros más significativos respecto de las personas. Al consignar el principio de la inamovilidad de los magistrados, se reservó el monarca la facultad de conceder ó negar la investidura, á los que actualmente se hallaban en el ejercicio de sus funciones, y de pasar así revista á todo el personal de la magistratura. Por consiguiente, los magistrados de todas las ca-

tegorías aguardaban con ansiedad que se fallara sobre su suerte; y entretanto se hallaban en un estado de dependencia, que podia resultar funesto para los justiciables, y con especialidad para los poseedores de bienes nacionales. Antes de separarse las camaras solicitaron que se pusiera término á semejante estado de incertidumbre, y en el mes de enero del año de 1813 dió principio el gobierno por el tribunal supremo á la depuracion tan temida. Excluidos fueron por entonces, del cargo de primer presidente Mr. Muraire, á causa de sus negocios privados, y del cargo de procurador general Mr. Merlin, á causa de su voto en el proceso de Luis XVI, y Mr. de Seze y Mr. Moure subieron á sus puestos. Naturales eran tales cambios; pero tambien era natural que el partido revolucionario viese en ellos la manifestacion de los sentimientos que inspiraba á los gobernantes, y más acompañando el lenguaje más amargo á estas providencias. Para perdonarse tales cosas, necesario fuera que los partidos tuvieran un espíritu de justicia de que no están dotados.

Hacia el mismo tiempo, á punto estuvo el clero de producir una verdadera sublevacion en la poblacion parisiense, y ahora no á impulsos de sus pasiones, sino de escrúpulos sinceros. Una trágica famosa, la señorita Raucourt, acababa de pasar de esta vida. Sin avisar al párroco se llevó su atahud á la iglesia de San Roque, para que se rezara un responso por el alma de la difunta. Más prudente fuera en el cura de la parroquia evitar el escándalo, y suponer aquellas señales de arrepentimiento, que autorizan para considerar como reintegradas al seno de la Iglesia las personas dedicadas á la

carrera del teatro. A recibir el féretro se negó el cura con pertinacia. Muy luego se agolpó allí la muchedumbre, y viendo en tal escena un nuevo testimonio de la intolerancia del clero, no vaciló en forzar las puertas del santuario. Allí fué introducido el atabud violentamente, y no se sabe hasta dónde llegarán las cosas, si por real orden expedida al punto del palacio de las Tullerías, no se hubiera mandado al párroco hacer sufragios por la difunta.

Segun las reglas canónicas de parte del párroco estaba la razon á todas luces; y como el clero no tiene el asiento de los registros del estado civil, como sus negativas no ejercen el menor influjo sobre el estado de las personas, ni produce más consecuencia que la privacion de las honras, que la Iglesia tiene el derecho de conceder ó de negar segun sus creencias, autorizado estaba el cura de San Roque para rehusar los sufragios que le eran pedidos, y los amigos de la difunta la debieron conducir al cementerio, sin presentarla en la parroquia. Pero el abuso que se hace de los derechos propios, á menudo priva de su mas legitimo ejercicio. Tan irritados estaban los ánimos de resultas de las predicaciones incendiarias del clero, que ni aun le querian perdonar sus exigencias mejor fundadas; y de no atemperarse el cura á cumplir la real orden al punto, lo verosimil es que la muchedumbre amotinada cometiera alguna profanacion lamentable, que no se die ran gran prisa á reprimir ni la guardia nacional ni la tropa.

Entre todas las escenas de aquellos dias, la del proceso intentado contra el general Exelmans fué sin duda la más funesta y la más ruidosa.

Ya dimos á conocer la especie de falta atribuida á este general ilustre. Entre las cartas cogidas á lord Oxford y destinadas á la córte de Nápoles, se halló una en que el general Exelmans renovaba á Murat, de quien era amigo y á quien estaba obligado, la seguridad de una adhesion absoluta, y le decia además que, si peligraba su trono, muchos oficiales franceses le irian á ofrecer su espada. De público se sabia que la córte de Francia se afanaba por obtener la desitucion de Murat en Viena; pero no estaba declarada la guerra en su contra, y así nada habia opuesto á la disciplina militar en dicha carta. Hallándose el general Exelmans en activo servicio, no se le podia hacer más cargo que el de no atemperarse á las inclinaciones sobradamente conocidas de un gobierno, que se mostraba benévolo respecto de su persona. A lo sumo en esto habia por su parte una falta de conveniencia; pero de ningun modo una violacion de sus deberes. Así lo juzgó el general Dupont desde luego, y limitóse á dirigir á Exelmans una reprimenda, y á amonestarle para que fuese mas circunspecto en adelante. Pero á Dupont habia sucedido el mariscal Soult en el ministerio de la Guerra, y vióse que este personaje, mal dispuesto hácia la restauracion á los principios, y despues reconciliado con ella, se esmeró en prometer el restablecimiento de la disciplina del ejército, de modo que la fidelidad y la sumision anduvieran á la par en sus filas.

Uno de los medios que le ocurrieron por de pronto para conseguir tal resultado, fué el de resucitar el olvidado asunto de Exelmans, é intimidar á los generales todos, haciendo sentir el peso de su autoridad á uno de los más populares. Efec-

tivamente, costumbre era de aquella época decir y aun creer que la debilidad del gobierno alentaba la malevolencia de las tropas. Irritado el duque de Berry de no hallar en los militares la correspondencia á los sentimientos de que les daba testimonio, se encontraba muy imbuido en tan falsa idea, y la sostenia con su carácter impetuoso. Atentísimo el mariscal Soult á complacer á este príncipe, se apresuró á poner al general Exelmans á medio sueldo, y le mandó que se fuera á vivir á Bar-sur Ornain, su lugar nativo, como desterrado. Por entonces los oficiales á medio sueldo disputaban al ministro de la Guerra el derecho de fijarles residencia. Se fundaban en que no teniendo ningun empleo, y por consiguiente ningunas obligaciones, cuyo desempeño les obligase á vivir en un lugar determinado, libres eran de elegirlo á su gusto, y que no disfrutando las ventajas de estar en activo servicio, tampoco debian quedar sujetos á sus cargas. A la par el ministro de la Guerra persistia en sostener su derecho, y con poderosas razones, pues en el estado aactual de las cosas, y con la inclinacion de concentrarse en París los oficiales no empleados, mucho importaba realmente la facultad de poderlos dispersar sin mas que una orden del gobierno. Repetidamente se habia expedido sin fruto, y asi no cesaron de afluir los oficiales á medio sueldo en la capital, donde hacian gala del lenguaje más inconveniente y más sedicioso. Pero se resentia de insigne torpeza el propósito de resolver la cuestion en la persona de un militar de tan relevantes prendas como el general Exelmans y por tan ridículo delito como aquel de que se le hacia cargo.

Rodeado el general Exelmans de las cabezas más calientes que albergaba París en su recinto, no se manifestó dispuesto á cumplir órden semejante, que calificaba de sentencia de destierro, y por de pronto se atuvo á solicitar una próroga á causa del estado de su esposa, recién parida, y que necesitaba de sus cuidados. Muy cuerdo fuera sin duda contentarse con esta semi-obediencia, y no provocar una resistencia declarada, con la tenacidad excesiva en el ejercicio de un derecho disputado. Pero el mariscal Soult insistió de nuevo, con la exigencia de que el general Exelmans se pusiera en marcha sin demora. A excitacion de sus jóvenes amigos se negó perentoriamente á la obediencia. Entonces el mariscal Soult sin miramiento al estado de la esposa del general Exelmans, se decidió á mandar que se le prendiera en su misma casa. Preso y conducido á Soissons, allí logró evadirse de la escolta, y escribió al ministro de la Guerra pidiendo jueces, bajo promesa de constituirse preso, así que se nombrara un tribunal regular ante quien pudiera comparecer legalmente.

Esta escena produjo muy viva sensacion en parte del público y entre los militares. Profunda irritacion experimentóse contra el mariscal y ministro, que de servidor celoso del imperio se habia transformado en servidor no ménos celoso de los Borbones, y en perseguidor más activo que el general Dupont de sus antiguos camaradas. A porfía se refirieron y comentaron las violencias cometidas respecto de uno de los oficiales más brillantes, y especialmente los disgustos ocasionados á su joven esposa, todo por un delito muy cuestionable, por un recuerdo dedicado á Murat, su gefe

y su bienhechor antiguo; y á tuertas ó á derechas negóse que el ministro tuviese facultad para fijar la residencia de los militares sin empleo. Excitada se hallaba, pues, la opinion hasta el más alto punto, y con los estímulos más adecuados para obrar sobre ella.

Dado este escándalo por desgracia, ya no habia manera de retroceder de modo que el general Exelmans quedara evadido y sin jueces. De necesidad era que se le diesen de seguida. Para este fin, el mariscal Soult presentó al consejo real un informe mal concebido y peor fundado, que puso en grande embarazo hasta á los individuos ménos moderados del gobierno. Lo conveniente fuera limitarse á proceder contra el general por delito de desobediencia, y mucho hubiera que decir en favor del derecho reclamado por el ministro de la Guerra. Con efecto, al conceder el estado medio sueldo á un gran número de oficiales, no á título de retiro, sino como de reemplazo, y en expectativa del activo servicio, algun derecho habia de conservar sobre ellos, y á la verdad, no era muy excesivo el reclamado de fijarles punto de residencia, porque se les podia necesitar en tal ó cual sitio, y justo era que se tuviese autoridad para enviarlos á uno ó á otro. No se atuvo el ministro á este delito de desobediencia muy sostenible, sino que propuso terminantemente someter al general Exelmans al consejo de guerra de la décima sexta division militar, establecido en Lila, como reo de correspondencia con el enemigo, de espionage, de desobediencia, de falta de respeto al monarca, y de violacion del juramento, que en calidad de caballero de San Luis habia prestado. Aun cuando en

:

el seno del gobierno se empezaba á sentir suma irritacion respecto de los militares, grande asombro produjo la acumulacion de tantos cargos. El general Dessoles deploró la necesidad á que se habia llegado, de proceder contra un oficial tan distinguido como el general Exelmans, y particularmente halló extraño por demás que se le acusara de espionaje. Con una violencia, muy en disonancia con su bondad característica, se oyó clamar al conde de Artois, que no cabia mostrarse indulgentes, sino por el contrario muy severos, para reducir á los militares á la obediencia. En igual sentido se expresó el duque de Berry á su turno, si bien no pudo ménos de considerar como inconveniente la imputacion de espionaje. Tanto el rey como Jaucourt, sustituto de Talleyrand durante su ausencia, por hallarse uno y otro en el secreto de los negocios extrangeros, á la par juzgaron aventurado, no solo el cargo de espionaje, sino hasta el de correspondencia con el enemigo. Muy al cabo estaban de lo difícil que era disputar el título real á Murat en Viena, de que nadie le habia negado este título hasta sus últimas imprudencias, y de que se le habia dejado la calificacion de aliado, no dándosele todavía la de enemigo, aun cuando se le amenazase con que como tal seria tratado al primer movimiento de sus tropas. Asi el rey y el ministro interino de Negocios extrangeros, no disimularon la dificultad de que se aplicara oficialmente á Murat la calificacion de enemigo, segun resultaria por necesidad de la acusacion intentada al general Exelmans, contra quien no habia otro hecho que alegar que las cartas dirigidas á la córte napolitana.

Por cuestion de amor propio sostuvo el mariscal Soult los términos en que estaba redactado su informe. A sus ojos, *el general que reinaba en Nápoles*, según llamaba á Murat por entonces, no era más que el usurpador de uno de los tronos de la casa de los Borbones, y por consiguiente enemigo de Francia, y así todo el que le hubiese escrito cartas se hallaba *en correspondencia con el enemigo*. Acerca del delito de espionaje, le parecia caracterizado de sobra por la sola circunstancia de dar noticia á Murat de la disposicion en que se hallaban muchos oficiales franceses de ir á ofrecerle su espada. Respecto del delito de desobediencia, lo calificaba de notorio, pues el general habia disputado al ministro de la Guerra el derecho de señalar punto de residencia á los oficiales á medio sueldo, y no solo habia disputado este derecho en principio, sino con la negativa de someterse al mandato. Sobre la falta de respeto al monarca y sobre la violacion del juramento de caballero de San Luis, de insignificante valor eran las razones del ministro, y además estos cargos figuraban como los de ménos importancia. De tal modo se obstinó el mariscal en sostener este sistema de acusacion, que, así por condescendencia, como por no ocuparse mucho de negocios, le permitió el rey motivar dicho informe, según fuese de su agrado, mas reservándose la facultad de usar oportunamente el derecho de indulto, en el caso de una condena. Aunque el duque de Berry abrigase dudas sobre el valor de los cargos articulados, no dejó de levantar la voz contra la propension á la indulgencia que se descubria en Luis XVIII, y repitió que convenia mucho abstenerse de hacer gracia, por-

que la debilidad era la que perdía al ejército y no otra cosa. A lo que repuso el rey un tanto impaciente.— *Sobrino, no vayais mas de prisa que la justicia; bueno es aguardar á que haya dictado su fallo.*

Dejóse, pues, al ministro de la Guerra que intentara contra el general Exelmans un proceso, fundado, segun se ha visto, en cargos nada serios. Cuando el general Exelmans supo que se le sometía al consejo de guerra de la décima sexta division militar, no titubeó en constituirse preso, á tenor del dictámen de sus numerosos amigos, muy creidos, y con fundamento, de que no habria un solo militar ni un solo magistrado capaz de condenarle en juicio.

A Lila dirigióse el general Exelmans sin demora, y compareció el 23 de enero ante el consejo de guerra ya citado. Habiendo enunciado el relator los cargos articulados por el mariscal Soult á su gusto, el general Exelmans dió respuestas sencillas y oportunas, con un tono de moderacion que desdeñaba de su génio, y de que hizo uso por atemperarse á consejos de amigos juiciosos. Al cargo de correspondencia con el enemigo respondió que, hallándose Francia á la sazón en paz con todos los estados de Europa, no se concebía la posibilidad de que estuviese en correspondencia con ningun enemigo, y que si por acaso Francia tenia alguno, este enemigo desconocido entonces, no se podia reputar como tal interin no hubiese declaracion de guerra ú hostilidades caracterizadas. Respecto del cargo de espionaje declaró que no responderia palabra, con un sentimiento de dignidad, comprendido y aprobado por todos los asistentes. Acerca

del cargo de desobediencia sostuvo que, no teniendo ningun servicio que exigir de los oficiales á medio sueldo en el estado presente de las cosas, se arrogaba el ministro sobre ellos las facultades de condenarles á destierro, al fijarles un punto de residencia á su antojo. Sobre el delito de ofensa al monarca afirmó que, respetuosísimo á S. M. Luis XVIII, bien seguro estaba de no haber escrito nada contrario á la veneracion que le inspiraba su persona. Finalmente, al cargo de haber faltado á las obligaciones de caballero de San Luis, con alguna ligereza respondió que sin duda no conocia bien estas obligaciones, puesto que no alcanzaba á descubrir ninguna contraria á sus obras.

Tan naturales eran estas respuestas y tan fundadas, que hacian casi ociosa la defensa; por lo que tras un corto debate, y casi sin deliberar absolvió el consejo de guerra al general Exelmans por unanimidad de votos. Fácilmente se concibe la alegría y más aun el modo de manifestarla seguidamente los militares que para acompañar al general asistieron en muchedumbre. Triunfalmente fué llevado á su casa, y al cabo de pocos dias la impresion experimentada en Lila se propagó á toda Francia entre los numerosos adversarios del gobierno. Sus amigos ilustrados se dolieron de un juicio en que se habian consignado cuestiones gravísimas de una manera tan torpe, á fin de que se resolvieran de una manera tan peligrosa. Como consecuencia evidente de este proceso resultó que el ejército no considerase á Murat como enemigo, ni reconociese al ministro de la Guerra el derecho de fijar punto de residencia á los oficiales á

medio sueldo, y por último que entre los militares ni jueces ni acusados temieran ya ponerse en oposición manifiesta con la autoridad establecida.

Nunca hubo circunstancia que pusiera más de relieve la debilidad de la dinastía restaurada. Y con efecto ¿dónde había de buscar apoyo contra enemigos innumerables y tan torpemente provocados, si la fuerza pública le era hostil á las claras? Sin duda quedaba la guardia nacional, compuesta de las clases medias, que deseaban el mantenimiento de los Borbones, contenidos por la prudente intervencion de los poderes legales. Pero mucho habían alterado las buenas disposiciones de estas clases medias, en París el sobrecejo de los guardias de la real persona, en las provincias el de los nobles vueltos á sus hogares, y en todas partes la intolerancia del clero, las amenazas á los compradores de bienes nacionales, los daños y perjuicios de la industria nacional arruinada por la introduccion de los productos ingleses, las pérdidas de territorio imputadas á la restauracion sin justicia, y finalmente la reanimacion del espíritu liberal y convertido por los Borbones en capital enemigo, cuando lo debieron tener por seguro aliado; de suerte que ya entre las clases medias, solamente los espíritus cautos hasta lo sumo se acomodaban á la necesidad de sostener á los Borbones, si bien tratando de corregir su conducta. ¿Mas bastaria este sentimiento restringido á muy escaso número de gentes, para sostener á los Borbones, contra tantas hostilidades de todas clases? Nadie lo creía realmente, y todos los ánimos estaban poseidos de la idea de un próximo cambio, idea que trae en pos lo que prevé á

menudo. Con efecto, cuando la opinion fatal de que no tiene elementos de duracion un gobierno se empieza á esparcir de boca en boca, los indiferentes, ya frios de soyo, se enfrían más todavía, los interesados tornan los ojos á otra parte, los amigos asustados cometen desaciertos mayores, y los funcionarios encargados de la defensa vacilan en punto á adquirir compromisos por un poder, que no se ha de hallar en aptitud de premiarles por sus esfuerzos y sus peligros. Particularmente estos últimos se mostraban por entonces mal dispuestos en sumo grado. Casi todos pertenecian al imperio, porque los realistas, nobles ó no nobles, emigrados ó no emigrados, á pesar de su buena voluntad de ocupar los destinos, no los pudieron obtener del gobierno, tan extraños eran al conocimiento de los negocios. Segun se ha visto, muchos de ellos se inclinaron á pretender los cargos militares, lo cual produjo malísimo efecto entre las tropas. Otros propendieron á los destinos de hacienda; pero Mr. Louis no les habia dado oídos, á impulsos del fanatismo de su estado. Tambien los hubo que aspiraron á los empleos administrativos; pero el abate de Montesquiou, no menos altanero con sus amigos que con sus adversarios, les dijo que no bastaba haber emigrado para conocer y estar en aptitud de administrar á Francia, y de ochenta y siete prefectos no habia cambiado ni veinte, así por desden como por indolencia. Finalmente se pensaba en atender á los que aspiraban á la toga; pero apenas se habia dado principio á la depuracion tan anunciada de la magistratura, y aun no habian tenido tiempo de hallar puesto vacante, á la par que la destitucion

de Mrs. Muraire y Merlin acababa de ser un justo motivo de alarma para los magistrados en ejercicio. Así el ejército hostil de un modo radical y patente, los funcionarios casi todos oriundos del imperio, sospechosos á la dinastía de que no eran amantes, trabajados bajo cuerda por los realistas, que codiciaban sus empleos, y fatigados de la hipocresía á que se hallaban condenados, las clases medias favorables por de pronto y resfriadas de seguida, el pueblo de los campos completamente enagenado, á causa de la cuestion sobre los bienes nacionales, el pueblo de las ciudades propenso á los revolucionarios por afición y por costumbre, en fin algunos amigos poco numerosos y poco oídos entre los hombres de luces, que preveían el peligro del restablecimiento del imperio; tal era en suma la situacion de las diversas clases de la sociedad francesa respecto de los Borbones, situacion que se revelaba mas á las claras á cada uno de los incidentes que se sucedían con celeridad portentosa.

Entre todas estas clases frias ú hostiles, la más temible, la de los militares, abrigaba el convencimiento de que el gobierno dependía de ella sola, y de que se vendría abajo tan luego como fuese de su gusto. Esta disposicion no se había nunca visto en el ejército francés hasta entonces, ni despues se ha vuelto á ver afortunadamente, porque nada hay más peligroso que un ejército propenso á tomar en las revoluciones del Estado más parte que la de conservar el orden en nombre de las leyes; muy luego figura como el instrumento más fatal y abyecto de las revoluciones, pues rápidamente se hace licencioso, indisciplinado, insaciable, vil á

veces, bueno para oprimir en lo interior al Estado, impotente para su defensa contra los enemigos exteriores, deshonrándolo y deshonrándose, hasta que se le destruye á sangre y fuego, como aconteció con los pretorianos en los tiempos antiguos y con los strelitz, los mamelucos y los genízaros en los tiempos modernos. Ninguna relacion habian tenido con el ejército las revoluciones consumadas en Francia, ni como causa, ni como fin, ni como medio. Pero la revolucion de 1814 operada por la Europa en armas, contra un gefe militar que habia abusado de su genio y de la bravura de sus soldados, sin duda tenia visos de ser dirigida contra el ejército francés, muy perjudicado de resultas. Lisongeadó un momento por los Borbones en la persona de sus gefes, pronto echó de ver que entre las tropas y el gobierno habia toda la diferencia imaginable entre un partido que habia defendido el territorio y otro partido que lo habia querido invadir á todo trance; y por esta única vez en lo que va de siglo, le ocurrió la idea de representar un papel político, un papel revolucionario.—Plantemos en la puerta á todos estos emigrados;—tal era la formula de que usaba toda la juventud militar acumulada en París por entonces. Ora volviera Napoleon á ponerse á su cabeza, lo cual deseaba ardientemente, sin comprender por desgracia la trascendencia de sus deseos, ora no tornara de ningun modo, resueltísimo estaba el ejército á derribar al gobierno con sus propias manos, y cuanto antes fuera posible. A las claras lo propalaban los oficiales sin empleo, y al explicarse de esta suerte delante de oficiales en activo servicio, los hallaban silenciosos ó explíci-

tos aprobadores, y dispuestos á ser en su ayuda. Respecto de los sentimientos de los soldados no habia que abrigar la más leve duda, pues abandonando los bisoños á consecuencia de la desercion general del año de 1814 sus banderas, y siendo sustituidos por los veteranos, vueltos de las prisiones ó de las guarniciones lejanas, á los ojos saltaba que el ejército se mostraba tan hostil á los Borbones como adicto á Napoleon muy particularmente en las últimas filas.

Ningun ministro de la guerra podia ciertamente alcanzar por sí á vencer tales disposiciones, y el mariscal Soult elegido con la esperanza de que llegara á este resultado, lo intentó sin fruto. Por el contrario su ensayo de severidad respecto del general Exelmans llevó las cosas al estado de fermentacion más alarmante. No cabia en lo posible que oficiales de todas graduaciones, generales, coroncles, comandantes y hasta simples subtenientes, puestos á medio sueldo y juntos dentro de París y á miles repitieran de contínuo que habia que volver á enviar á los emigrados al extranjero, sin que idearan pasar de las palabras á las obras. Aun siendo bastante numerosos para intentar un golpe de mano, se les alcanzaba que el éxito seria mucho más seguro, si tenian de su parte á algunos camaradas con mando, y si podian además disponer de cuerpos de tropas á una señal dada. Bajo este aspecto se les presentaban las circunstancias sumamente propicias, porque entre sus camaradas más petulantes los habia que á cortas distancias de París desempeñaban sus respectivos mandos. El brillante Lefebvre Desnoettes habia quedado al frente de la caballería de la guardia, esta-

cionada en el Norte. Los hermanos Lallemand, oficiales de mérito eminente y de los mas animados en contra de la restauracion, mandaban uno el departamento del Aisne y otro la artillería de la Fère. Finalmente Drouet, conde de Erlon, hijo del antiguo maestro de postas de Varennes y uno de los más distinguidos generales, se hallaba á la cabeza de la décima sexta division militar en Lila. Entre los cuatro podian juntar de quince á veinte mil hombres, conducirlos á Paris, incorporarlos á algunos miles de oficiales á medio sueldo allí aglomerados, y no teniendo que temer en la capital más que á la real casa, bien se podian casi li-songear de salir victoriosos. Con todo y á pesar de estas condiciones tan amenazantes para el gobierno, su triunfo era ménos seguro de lo que les parecia á primera vista, y el resultado lo demostró bien pronto, porque tan arraigado está felizmente en el ejército francés el sentimiento de la obediencia que no es fácil arrastrar á las tropas ni aun en el sentido de sus pasiones, si resulta á la par en sentido contrario á sus deberes. De todos modos los oficiales descontentos se mostraban poseidos de confianza, y realmente jamás hubo conspiradores con tantos elementos para prometérselas felices de su empresa. Ya acordes los oficiales sin empleo y los oficiales en activo servicio, y estando muy al cabo de que un nombre célebre es importante condicion de buen suceso para tentativas de esta clase, al punto les vino á las mentes el mariscal Davout, única eminencia militar á la sazón en desgracia. Este personage, grave y severo, firme observante de la militar disciplina, no estaba cortado para conspiraciones. Sin embargo

la conducta practicada respecto de su persona le habia ofendido profundamente, y á la verdad aquella conducta era incalificable, pues sehalla proscripito á instancias del enemigo y por la defensa de Hamburgo, una de las más memorables de que hace mérito la historia. Asi no despidió de mal modo á los jóvenes y petulantes generales que se le dirigieron con tal designio. Inclinado á la par que ellos á considerar como extrangeros á los Borbones, lisongeándose de la posibilidad de promover la vuelta de Napoleon con una palabra despachada á la isla de Elba, y de colocarle de nuevo á la cabeza del imperio, la empresa proyectada no era á sus ojos más que la sustitucion de un gobierno nacional á un gobierno antinacional é impuesto á Francia por Europa. Sin comprometerse el mariscal Davout de una manera terminante con los jóvenes artífices de este proyecto, les acreditó sobrada simpatía para inspirarles confianza de que figuraria como su gefe; y gozosos de haber adquirido tal apoyo, é indiscretos como gentes alegres no hicieron ningun misterio de sus esperanzas.

Mas para trabajar á favor de Napoleon tan activamente, se necesitaba trabajar con su beneplácito y con su ayuda, y de consiguiente habia que ponerse en comunicacion con los que pasaban por sus mejores representantes. Al fijarse especialmente en los varones eminentes de la milicia, los que anhelaban la caida de los Borbones tambien pensaron en los hombres civiles de nota, para entrar en relaciones con Napoleon por su conducto. De ningun modo podian recurrir á Cambaceres, á quien su timidez y su gravedad hacian inaccesible; ni al adusto Caulaincourt, que huia de toda clase de

relaciones; ni al demasiado sospechoso y vigilado duque de Rovigo, por ser imposible llegar á su lado, sin denunciarse virtualmente á la policia; y así dirigieronse á los dos hombres reputados como depositarios de la confianza personal de Napoleon, cuales eran Mrs. Lavallette y Basano. Pero el primero de estos dos personajes habia recibido de Napoleon, durante la última campaña el depósito de 4,600.000 francos, último resto de sus propios haberes, y con sumo cuidado lo tuvo en custodia, para restituirselo tan luego como le hiciese falta. Receloso á fuerza de fidelidad de que se descubriera tal depósito que podia muy bien llegar á ser el pan de su amo, lo escondió con las mayores precauciones dentro de su propia casa, y para tenerlo mejor oculto, hasta se recataba personalmente de ver á nadie. Por esto los autores de la empresa proyectada acudieron al siempre fiel y accesible duque de Basano. A la par le llenaron de satisfacción y de susto; de satisfacción porque le ponian de manifiesto que se pensaba en Napoleon de continuo; de susto al enterarle de un proyecto de grave compromiso para todos, y con especialidad para Napoleon mismo, á merced en la isla de Elba de las potencias aliadas, y siempre expuesto á sufrir las resultas de todas sus zozobras. Tambien contribuia no poco á intimidar á Mr. de Basano la circunstancia de no haber recibido comunicacion alguna de Napoleon desde su partida á la isla de Elba, por lo cual no se atrevió á enviarle por su parte ni la mas leve. Tan acostumbrados se hallaban los hombres que habian servido á Napoleon á esperar su iniciativa, que no se propasaban á anticipársele en ningun caso, y

despues de su caida tampoco variaron de conducta. Los desaciertos de los Borbones les habian restituido la esperanza, bien que sin inspirarles una espontaneidad de accion de que siempre estuvieron desprovistos. Intimamente relacionado Mr. de Bassano con los jóvenes generales, que se agitaban por entonces, les declaró que no se hallaba con Napoleon en comunicaciones directas, y que asi no les podia ayudar ni con su consejo, ni con su beneplácito y todavía menos con la autoridad de su nombre; luego les rogó que no comprometieran á su antiguo gefe, que siempre á merced de sus enemigos, á la más leve insinuacion hecha desde Viena podia ser violentamente trasladado á regiones lejanas y bajo un mortífero clima. Esta reserva no les sonó más que como una expresion de la prudencia habitual en los políticos personajes, é impacientes cual estaban aquellos jóvenes espíritus por restablecer el imperio, ante las manifestaciones del antiguo confidente de Napoleon ni decayeron de bríos ni fluctuaron entre dudas.

Natural era que deseasen y esperasen asimismo otro apoyo, el del partido revolucionario. Verosímilmente, aun cuando los Borbones prodigaran miramientos sin tasa, que su corazon hacia imposibles, á los revolucionarios, y con particularidad á los *votes*, no alcanzaran á hacérselos devotos. Pero si á esta dificultad fundamental se añaden los sangrientos ultrajes prodigados cotidianamente á los revolucionarios por las gacetas realistas, se comprenderá sin esfuerzo que su antipatía se transformara en violento odio. Bajo la influencia de estas disposiciones, Carnot escribió y no se opuso á que se publicara la famosa memoria, de que ya

hemos hablado; Sieyes de una moderacion desdénosa pasó á un desenfreno, que no tenia de costumbre, y otra porcion de personajes del mismo partido imitaron su ejemplo, si bien conviene exceptuar á Barrás, que nada celoso por tornar á caer bajo el general ingrato, de quien habia comenzado la fortuna, solo deseaba morir tranquilamente bajo los Borbones, á los cuales hacia llegar consejos tan sanos como poco atendidos. Sin otra excepcion que la de este personaje, los revolucionarios se hallaban exasperados hasta lo sumo. Satisfechos de la caida de Napoleon al principio, ya la deploraban ahora, y sin rebozo deseaban su vuelta. A la cabeza movíase Mr. Fouché como de costumbre, por su afan constante de hacer figura, y realmente haciendo la de mezclarse en todo. Al mismo tiempo en que, segun se ha visto, se ponía en relaciones con los agentes del conde de Artois y con este príncipe en persona, ofreciendo salvar á los Borbones, si los Borbones le honraban con su confianza, escribia á Mr. de Metternich á Viena para explicarle sus ideas sobre el arreglo de Europa, sin que Mr. de Metternich se las hubiese pedido, y escribia á Napoleon aconsejándole que se fugara á América, y deseando sinceramente librar á Europa y librarse á sí mismo de su persona. Siempre yendo y viniendo de uno á otro partido, tras de excitar á los revolucionarios contra los emigrados, se aplicaba á espantar á los emigrados con la agitacion reinante, esperanzado en que se le llamase para apaciguarla. Más de resultas de la última modificacion ministerial, que habia elevado al mariscal Soult al ministerio de la Guerra y á Mr. de André á la direccion de la policia, se

le frustraron las esperanzas de volver presto al mando, y á semejanza de los hombres de su partido, bien que por motivos diversos, de pronto pasó de la indulgencia á la cólera respecto de los Borbones, y estaba dispuesto á unirse á todo el que aspirara á su caída. Por consiguiente, era muy difícil que se tramara algo en su contra, sin que Mr. Fouché se contara en la empresa y tuviera el primer papel á su cargo. Pero los bonapartistas le miraban con desconfianza, dando la preferencia al conde Thibaudeau, antiguo convencional, antiguo regicida, antiguo prefecto del imperio, hábil y duro, retirado á París y allí á cubierto del rencor de los marseleses, exasperados de su gobierno. Revolucionario por sentimiento, bonapartista por ambicion y sobre todo hombre seguro en sus relaciones, de vínculo sirvió entre los revolucionarios y los bonapartistas hasta que Mr. Fouché se vino á poner en el corazon de todas las intrigas, para dirigirlas á su antojo y en su provecho. Presentando como prenda á los revolucionarios su calidad de regicida, á los bonapartistas la de ministro de Napoleon y el más antiguo, y ofreciendo á todos por título esencial una eficacia y una destreza superiores, muy luego se hizo el principal personaje, y no tardó en aspirar á imponer sus ideas propias. Y la capital de ellas estribaba en derribar á los Borbones, sin que Napoleon les sustituyera en el trono. Segun su lenguaje, á un nuevo estado de cosas correspondia un principe nuevo, liberal como la generacion presente, no inspirando á Europa el odio de que Napoleon era blanco, y por tanto no corriendo el riesgo de que seiscientos mil hombres pasaran otra vez el Rhin para dar re-

mate á su caída; Francia, cansada de guerra y de despotismo, ya no queria á Napoleon ni á los Borbones, y así únicamente habia dos príncipes deseables, el duque de Orleans ó Napoleon II bajo la regencia de María Luisa; enlazado el primero por los vínculos de su familia, no se podria separar de ella para llevar una revolucion á feliz remate; sus manifestaciones favorables se limitarían á guardar á los hombres del ejército y de la revolucion más contemplaciones, siendo imposible asentar sobre fundamentos semejantes una empresa de tanta magnitud como un cambio de gobierno; por lo cual la única solución conveniente se cifraba en el rey de Roma bajo la regencia de María Luisa, para cuyo designio se hallaria propicia á Austria, por Austria á Europa, y con Europa la paz deseada, y de cuyo modo quedaria contento el ejército al ver restablecido el imperio, Napoleon compensado de la pérdida del trono en la persona de su hijo, y tambien quedarian satisfechos del todo los revolucionarios y los liberales, pues hallando en el hijo la gloria del padre sin su despotismo, y libres al mismo tiempo de los insultos de los emigrados, se hallarian con todas las razones imaginables para adherirse á un régimen que les proporcionara las ventajas del imperio sin ninguno de los inconvenientes.

Aunque muy sensatas bajo muchos conceptos, estas razones pecaban como todas las alegadas entonces para producir una revolucion nueva, por el lado fundamental de suponer que se pudiera dar otro sustituto que Napoleon á los Borbones. La regencia de María Luisa era un puro sueño, porque Austria no entregaria ni á Ma-

ría Luisa ni á su hijo, y además esta princesa carecía de capacidad para papel tan importante y no abrigaba el mas remoto deseo de tenerlo á cargo. Por lo que hace al duque de Orleans, que en un dia dado, hallándose vacante la corona, se podía ver arrastrado por el voto irresistible de la opinion pública, no anticipara ni promoviera tal voto, que á la sazón era todavía muy vago. No habiendo posibilidad de elevar al duque de Orleans, ni á María Luisa por diversas razones, ó habia necesidad de proponerse á Napoleon por objeto, lo cual equivalia á una provocacion desastrosa é insensata á Europa, ó de conservar á los Borbones, procurando su enmienda, única cosa honrada y razonable por entonces. Así, monsieur Fouché, al parecer mas sensato, realmente se mostraba tan atolondrado y menos excusable que las cabezas ligeras de que aspiraba á ser guia. No obstante con sus discursos hacia alguna impresion en el ánimo de muchos antiguos servidores del imperio, que recordaban el despotismo y la ambicion de Napoleon, y temian su resentimiento, por haberle abandonado casi todos, y especialmente el efecto de su reaparicion sobre Europa. Mas lo difícil era persuadir á los jóvenes generales, prontos á jugar la cabeza, que pensarán en otro que no fuera su glorioso caudillo, y así dióse de mano á esta cuestion, para solo ocuparse en el primordial objeto de derrocar á los Borbones. Los autores del proyecto de trastorno no veian mas que una manera de llevarlo á cabo, y consistia en juntar las tropas de que disponian algunos de ellos, conducir las á París, unir las á los oficiales á medio sueldo, é intentar con estos re-

cursos un golpe de mano. Por los meses de enero y de febrero del año de 1815 se habia llegado á hablar de este designio con una indiscrecion extraña, que ya chocaba al mariscal Davout, demasiado grave para empresas conducidas tan ligeramente, y que alarmaba á Mr. de Basano, siempre temeroso de comprometer á Napoleon sin consultarle préviamente. Asi Mr. de Basano repetia á aquellos jóvenes militares que no estaba en comunicaciones de ninguna especie con la isla de Elba; que por tanto no les podia facilitar ninguna ayuda, y que les rogaba que no comprometiesen á Napoleon, á quien una imprudencia espon-dria á verse deportado á las extremidades del globo. Aunque Mr. de Lavallette andaba escondido, finalmente acabó por encontrarlos asimismo, y por hablar del negocio que traian entre manos. Les rogó que se estuvieran quietos, que no se anticipasen á la voluntad de Napoleon de ningun modo, á lo cual le respondieron que no necesitaban del asentimiento ni del apoyo de nadie para derrocar á un gobierno tan antipático á los ojos de la nación como á los suyos, y cuya existencia estaba en sus manos del todo. Persistiendo, pues en sus planes frecuentaban especialmente el trato de Mr. Fouché, que aspiró á granjearse su confianza, porque veia en ellos un hilo más que poner en movimiento, y que para lograr su designio usó el fácil medio de escucharlos sin contradirles poco ni mucho.

Si se llama conspiracion á todo deseo de trastorno acompañado de palabras amenazantes, ciertamente la habia en lo que acaba de ser referido. Pero si por conspiracion se entiende un pro-

yecto bien madurado entre gentes formales, deseosas firmemente de llegar á determinado objeto, y decididas á aventurar la cabeza, despues de combinar con prudencia y puntualidad sus recursos, nada habia que se pareciese á tal cosa ni por asomo. Jóvenes oficiales deseaban indudablemente desembarazarse de los Borbones, aun á costa de la vida, que no tenian costumbre de economizar en los lances; algunos, provistos de mandos activos, se hallaban con poderosos medios de accion en las manos, y no cabe negar que hubiese conspiracion por su parte. No acontecia lo mismo respecto de los presuntos gefes. Sin comprometerse á nada el mariscal Davout habia prestado oidos á planes que halagaban su resentimiento, bien que á la par ofendian su buen sentido y sus hábitos de disciplina. Mr. Lavallette se habia negado á toda confidencia. No cerrando tanto los oidos como éste personage, Mr. de Basano atendió con particular esmero á no comprometer á Napoleon en grado alguno, afirmando que ni le habia dicho ni le diria absolutamente nada; y en cuanto á los duques de Vicenza y de Rovigo, y al príncipe Cambaceres, ni siquiera se les hizo la insinuacion mas remota. Por completo estaban ignorantes de tales designios el mariscal Ney y los demás gefes del ejército á quienes se reputaba por descontentos, además eran sospechosos para sus antiguos camaradas, á causa de haber aceptado los reales favores, y solo sabian como el público todo que en Paris pululaban oficiales á medio sueldo, y prontos á ejecutar las mayores calaveradas. Unicamente Mr. Fouché, por la comen-zon de poner las manos en todo, se habia asocia-

do á aquellos planes, y virtualmente figuraba como corifeo, porque lejos de desalentar á los fautores, se transformó en su confidente y en su consejero, no hablándoles de moderacion sino raras veces. A decir verdad, si habia conspiracion era por parte suya y por la de los oficiales, de quienes adulaba las pasiones, y á quienes favorecia en sus proyectos. Nada mas se podia afirmar en suma, pues quedaba por hacer todo, no habiéndose fijado la época, ni el plan, ni los cooperadores de la empresa. Afanándose la policia por ver tramas en todas partes, no sabia dar con la sola que tenia visos de tal á lo menos. En general ejercia su vigilancia sobre los militares, si bien sobre los que bullian de esta suerte menos que sobre los otros; y mucho distaba de mirar á Mr. Fouché como al personaje realmente peligroso, y de quien debiera seguir los pasos. Sin duda la policia oficial le señalaba como personaje sospechoso y que no podia nunca inspirar confianza; pero al mismo tiempo la policia oficiosa del conde de Artois le pintaba como el hombre mas hábil y de mas recursos, en cuyas manos convenia poner la salvacion de la dinastia y de Francia. Segun los informes de esta policia, los verdaderos conspiradores eran Mr. Cambaceres, que apenas veia á algunos amigos á la hora de la mesa; Mrs. Lavallette y Basano, quienes, como se ha visto, se esmeraban en apartarse de toda empresa con visos de formal y arriesgada; el duque de Rovigo, de cuyo trato huian todos, porque estaba comprometido hasta lo sumo, y que de todos huia por su parte á fuerza de hallar amigos ingratos; y finalmente, la reina Hortensia, que habia aceptado la protec-

cion del emperador Alejandro, y los miramientos de Luis XVIII y se ocupaba en litigar con su marido sobre la posesion de su prole, á la par que, sin menoscabo de su adhesion á Napoleon, tan abatida estaba de resultas de su caida, que tenia por imposible su vuelta. Al decir de esta misma policia, el príncipe Cambaceres, Mr. de Basano, Mr. Lavallette y la reina Hortensia se hallaban con Napoleon en secreta correspondencia y recibian parte de sus tesoros para pagar á los comprometidos en las tramas, y aun iban mas lejos sus ramificaciones, porque indispuerto el príncipe de Metternich con las potencias del Norte, y en relaciones por conducto de la reina de Nápoles con el emperador caido, su plan estribaba en volverle á sacar á la escena para vengarse de aliados ingratos, que se querian apoderar de Polonia y Sajonia.

Suficientes son los hechos consignados en la presente historia para demostrar lo que habia de fundado en semejantes suposiciones. Sin duda Mrs. Cambaceres, Lavallette y Basano estaban investidos con toda la confianza de Napoleon, y cabalmente por ser merecedores de tal honra se guardaban muy bien de dar la menor participacion á cualquier advenedizo. Muy adicta perseveraba á su padre politico la reina Hortensia, si bien la calidad de madre casi habia borrado la de hija adoptiva. Mr. de Metternich se encontraba descontento de Rusia y de Prusia, y gran dificultad veia en desprenderse de la corte napolitana; pero ya se ha podido juzgar de plano si le ocurriria ni por asomo valerse de Napoleon con el objeto de resistir las pretensiones de los prusianos y de los

rusos; y en cuanto á Napoleón muy pronto se calculará si tenia fondos para acudir á tales empresas, y si ponía la mano en las que se preparaban dentro de Francia. Invenciones tan extravagantes, á las cuales prestan oído los gobiernos muy á menudo, cuando la razon sólida y fria no les sirve de norma, tienen el grave inconveniente de apartar su atencion de los peligros reales, para aplicarla á los peligros imaginarios, de hacerles dejar como en la caza las verdaderas pistas, para lanzarse por las falsas. Se descuidaba á Mr. Fouché, á quien todas las policías guardaban contemplaciones y hasta ponian en las nubes, no se pensaba en uno solo de los jóvenes generales que ejercian mandos en el Norte, y cuya audacia se podia muy luego hacer peligrosa, y se fijaban la vista y el odio sobre personas que de positivo hacian votos contra el gobierno, mas que ni de lejos estaban prontos á levantar la mano en su daño. De esta suerte se asediaba con mil noticias alarmantes al conde de Artois, que, siempre azorado, lo creia todo, á Luis XVIII, que, fatigado de tan perpétuas alarmas, no creia nada; y el gobierno, por no tener un espíritu firme y sagaz á su cabeza, de continuo fluctuaba entre no creer nada y creerlo todo, y así pasaba junto á los peligros, no sin llevar miedo, aunque sin descubrirlos á las claras.

Zozobroso y satisfecho á la par de cuanto llegaba á su noticia, Mr. de Basano temblaba no obstante á la vista de una empresa tan grave como la que se traía entre manos, intentada sin que Napoleón fuese avisado, porque podia contrariar sus miras propias, y aun exponerle á crueles medi-

das, y porque, ejecutada sin intervencion suya, acaso redundaria en provecho de otros. Asi éste fiel servidor ya consideraba forzoso enterar á Napoleon de lo que acontecia por entonces y se desvelaba á fin de elegir el conducto, cuando la oficiosidad de un jóven desconocido se lo proporcionó de pronto.

Un auditor del imperio, Mr. Fleury de Chaboulon, dotado de talento, de ardor y ambicion juveniles, y hastiado en Paris de no hacer nada, se decidió á ir á la isla de Elba para poner su actividad ociosa al servicio del emperador destronado; pero queria llegar allí con una recomendacion propia á asegurarle una favorable acogida. De consiguiente dirigióse á Mr. de Basano, que le oyó al principio con cautela, y se franqueó mas cuando su buena fé le fué conocida, y acabó por fiarle el encargo de exponer verbalmente á Napoleon la verdadera situacion de Francia, esto es, la creciente impopularidad de los Borbones, el resfriamiento de las clases medias, la irritacion de los compradores de bienes nacionales, la exasperacion del ejército, la disposicion de los jóvenes militares á arriesgarlo todo, y por último, la opinion universalmente acreditada acerca de la imposibilidad de que durase tal estado de cosas, y de la certidumbre de que se cambiaria en favor de la familia de Orleans ó de la familia de Bonaparte. Estrechando Mr. Fleury de Chaboulon á Mr. de Basano para que se explicase mas á las claras y viniese á parar en aconsejar por ejemplo á Napoleon que abandonase la isla de Elba y desembarcase en las costas de Francia, Mr. de Basano respondió fundadamente que nunca echaria

sobre sí responsabilidad semejante, fuera de que á hombres como Napoleon no se daban consejos, y mucho menos de tal especie. Solo fué comisionado Mr. Fleury de Chaboulon para llevar á la isla de Elba la exposicion fiel de la situacion de Francia, con recomendacion expresa de no decir cosa alguna que estimulara á obrar en tal ó cual sentido. Mr. de Basano se negó á confiarle ningun escrito de su puño, si bien le dió una seña de reconocimiento que atestiguara á Napoleon cómo iba de su parte. Mr. Fleury de Chaboulon emprendió el viaje durante el mes de enero, pasó por Italia, cayó enfermo en el camino y hasta muy entrado el mes de febrero no pudo llegar á la isla de Elba.

Antes de dar á conocer los resultados de la comision que llevaba á cargo, oportuno es describir el método de vida de Napoleon, despues de pasar á la soberanía de una de las mas pequeñas islas del Mediterraneo, desde la grandeza del imperio del mundo. Curioso y digno de fijar la atencion de la historia es el espectáculo de aquella actividad prodigiosa por extremo, que tras de extenderse por toda Europa, se hallaba reducida de presente al espacio de algunas leguas, y ejercitada sobre doce ó quince mil súbditos y un millar de soldados. Si descuidáramos su pintura, no tendríamos por desempeñada completamente nuestra tarea.

Trasladado Napoleon á la isla de Elba á bordo de la fragata inglesa *Undaunten*, habia recalado el 3 de mayo de 1814 en la rada de Porto Ferrajo, donde desembarcó al otro dia. Poco antes de su llegada le quemaron los moradores en estátua,

por los motivos que tornaron á todos los pueblos del imperio en su contra, la guerra, la conscripción y los derechos reunidos, segun hemos ya demostrado. Sabedores de su arribo, desde luego olvidaron su cólera pasada, y se le acercaron á impulsos del sentimiento de una curiosidad vehemente. Despues manifestaron ruidosa alegría al considerarse emancipados del yugo de Toscana y tener por seguro que el nuevo monarca les llevaria pingües tesoros, y que atraeria allí un comercio considerable, y que bajo la influencia de su genio creador muy pronto floreceria la isla de una manera extraordinaria. Con pompa le llevaron á la iglesia, y allí cantaron un solemne *Te Deum*. De buen grado prestóse á sus deseos todos, cual si pudiera ser partícipe ni levemente de su pueril alegría.

Tomando con sumision las cosas que se ofrecian á sus ojos, no aparentando fijar la atencion en que fuesen pequeñas, al dia siguiente de su llegada puso manos á la obra, y empezó á dar la vuelta á la isla á caballo. Tras de reconocer su extension al cabo de algunas horas, inmediatamente trazó el plan de su nuevo reinado, con el mismo celo aplicado quince años antes á la reorganizacion de Francia.

Sus primeras atenciones fueron dedicadas á la ciudad de Porto Ferrajo, situada sobre una eminencia, á la entrada de un hermoso golfo hácia la parte de Italia, y desde donde se divisaban las montañas de Etruria. Tiempos atrás estuvo fortificada, y ahora se podia transformar en plaza capaz de alguna resistencia. A ponerla en completo estado de defensa aplicóse Napoleon sin levantar

mano. Haciendo que le siguiera un destacamento de su guardia, se aseguró algunos centenares de hombres adictos, ora para defenderse contra una infame violencia, ora para servir de base á alguna empresa osada, si su acometimiento le venia por acaso á las mientes. Hasta mil eran estos compañeros de destierro y encerrados en una plaza marítima bien acondicionada y con víveres y municiones, allí se podrian sostener por espacio de algunas semanas, dándole tiempo de ocultarse á la vista de los soberanos, si pesarosos de haberle dejado tan cerca de Europa, se ponian acordes para deportarle más lejos. Asi pues, apresuróse á reparar los muros de Porto Ferrajo, á juntar allí la artillería desparramada de orden suya sobre las costas de la isla durante la última guerra, á ponerla sobre los baluartes, á concluir y armar los fuertes que dominaban la rada, á preparar almacenes y á reunir víveres y municiones. A la vuelta de algunas semanas ya Porto Ferrajo era plaza que no se podia rendir sin el envio de una expedicion de gran monta. Con tales precauciones, además de medios muy efectivos de defensa, Napoleon adquiria la ventaja de estar mas positivamente advertido de lo que se fraguara en contra suya, por la misma estension de las fuerzas de que se necesitaria hacer uso para ejercitar violencia sobre su persona. Y no se limitó su prevision á esto solo. Una isla muy pequeña, la de Pianosa, dependiente de su soberania y á tres leguas de distancia, tambien presentaba condiciones muy favorables á sus designios. Llana y cubierta de pastos, de sumo valor en aquellos climas, la tal isla estaba dominada por una roca cortada á pico, y por un

fuerte donde cien hombres serian casi inexpugnables. Al punto hizo poner el fuerte en estado de defensa, allá envió víveres y una guarnicion corta, y sin revelar á nadie su secreto, de tal modo dispuso las cosas, que del fuerte se pudiera bajar por la noche á la playa y embarcarse y hacerse á la vela, cosa fácil por la posicion de la isla hácia la parte del mar, y no enfrente de la costa de Toscana. Asi, en el caso de que hubiese intencion de apoderarse de su persona contra lo pactado, Napoleon tenia el recurso de acogerse de noche á la isla de Pianosa, y luego de embarcarse alli para donde le pareciera oportuno. Con el fin de utilizar los abundantes pastos, allá hizo llevar sus caballos y su ganado todo, de manera de no hacer concebir la idea de establecimiento militar alguno, á la par que se aprovechaba de las ventajas de la isla.

Tras de proveer á la defensa de la isla de Elba, Napoleon organizó una policia muy vigilante. No se podia abordar más que á Porto Ferrajo, capital de las islas, ó á Rio, á Porto Longone, á Campo, pequeños puestos situados al Oeste los unos, al Este los otros y destinados estos al servicio de las minas y aquellos al comercio de los productos propios. En todos los demás puntos debian impedir puestos de gendarmes el acceso á las costas, y una policia de mar bien organizada en cada uno de los puertos abiertos sometia á los llegados, sin excepcion alguna, á un exámen pronto y seguro. Cuatro ó cinco horas despues de llegar un buque al puerto más distante de Porto Ferrajo, Napoleon sabia quién arribaba á su isla y con qué objeto. Para obrar de este modo le asistian muy

graves razones. En Córcega habia colocado el gobierno francés á un antiguo amigo de Georges, elevándole á un grado y á un mando superiores á su posicion en la milicia, este era el general Brulart y con el fin de que vigilase cuidadosamente la isla de Elba. Nada más legitimo sin duda que el que á nombre del gobierno francés se ejerciera tal vigilancia, pero informes llegados á Napoleon le inducian á recelar que no fuese éste el único fin ideado, y que se tratase de un atentado contra su persona. Ningun indicio acusador contra el general Brulard resulta de los documentos encontrados posteriormente; sin embargo, no admite duda, que hombres intrigantes y en correspondencia con lo que se llamaba la policia de palacio, se jactaban de estar en actitud de hacer que Napoleon fuera asesinado, y hasta de trabajar en tal sentido; tampoco admite duda que fueron presos asesinos de origen corso, y que resultaron muy equívocos los motivos de su aparicion en la isla de Elba. Napoleon los dejó libres, declarando que seria fusilado el primero de ellos que alli fuese cogido en adelante, y añadiendo que al primer agravio fundado dispondria que cincuenta hombres resueltos se apoderasen del general Brulard en medio de la ciudad de Ajaccio, para hacer una estrepitosa justicia á la faz de Europa. Bueno es consignar de plano que, ó por miedo, ó por inocencia de intenciones, el general Brulard se mantuvo quieto, sin extenderse por su parte más que á una legitima vigilancia.

De esta suerte Napoleon tomó sus precauciones, así contra un asesinato como contra un proyecto de captura, pues haciendo ya necesaria pa-

ra violentar su voluntad una expedicion fuerte, siempre estaba seguro de recibir el aviso á tiempo. Respecto del personal de sus fuerzas, tanto arte acreditó ahora en disponer de mil hombres, como habia acreditado al disponer de un millon en otros dias. Antes de su salida de Fontainebleau, entre los soldados de su vieja guardia, prontos á seguirle sin excepcion alguna, le escogió Drouot muy esmeradamente cerca de seiscientos granaderos y cazadores de infantería, como cien jinetes y unos veinte marinos, en totalidad setecientos veinte y cuatro hombres y todos selectos. Tras de hacer á pié las marchas desde Fontainebleau á Savona, se embarcaron á bordo de buques ingleses y arribaron á Porto Ferrajo á fines de mayo. Receloso Napoleon por un momento de que se tratase de retenerlos en el camino, los vió llegar con alegría, así por motivos de prevision, como por el gusto de hallarse con antiguos compañeros de armas. A los hombres acuarteló tan cómodamente como le fué posible, y envió á pastar los caballos á la isla de Pianosa. No teniendo en su isla gran uso que hacer de los jinetes, transformólos en artilleros, y á su instruccion dedicó los ócios de desterrado. Sesenta polacos se hallaban en Parma y con permiso para embarcarse en Liorna, les pagó Napoleon el flete, y se reforzó con un nuevo destacamento de hombres adictos. Algunos oficiales franceses muertos de hambre, se le fueron á unir sucesivamente, cruzando la Italia y viajando con grandes trabajos, y tambien hallaron buena acogida. De este modo se elevó su tropa á muy cerca de ochocientos hombres, sin embargo de morir ó enfermar algunos de los primitivos.

Manera halló Napoleon de añadir á estos ochocientos hombres un refuerzo de duros é intrépidos soldados. Bajo su reinado se habia puesto la custodia de las islas á cargo de batallones de infantería ligera, en cuyas filas ingresaban los quintos propensos á la desercion é indóciles la mayor parte, si bien robustos y valientes. Por el año de 1814 guarnecian la isla de Elba dos de estos batallones, pertenecientes al regimiento 25 de ligeros, y formados de provenzales, de ligurios, de toscanos y corsos. Al punto de irse ya á embarcar para Francia, Napoleon les manifestó que admitiria á su servicio á los que se quisieran quedar á su lado, y así lo hicieron muy cerca de trescientos, los más corsos, que, aparte rarísimos desertores, le guardaron fidelidad acrisolada. Por consiguiente disponia de mil y cien hombres de tropas regulares y de superior calidad, á los cuales agregó cuatrocientos hombres más del pais y organizados del siguiente modo.

La isla de Elba poseía un batallon de milicianos bastante bien organizado y compuesto de cuatro compañías y de soldados tan buenos como los corsos. Napoleon dispuso que cada una de estas cuatro compañías tuviese al mes veinte y cinco hombres sobre las armas y setenta y cinco en sus hogares, lo cual supone cien hombres de servicio y trescientos prontos siempre á acudir al primer llamamiento. Solo se pagaba á los cien hombres que estaban sobre las armas, y desempeñando la policia en lo interior de la isla y sobre las costas. Por consiguiente el nuevo ejército de Napoleon constaba de mil y quinientos soldados, valiendo casi todos lo que la vieja guardia por estar mezclados con ella.

No hay que ver aquí las vanas ocupaciones de un maniático divertido con juguetes que le traían á la memoria su grandeza antigua; ya hemos significado terminantemente cómo era un recurso para ponerse á resguardo de una violencia ó de una deportacion lejana, que nunca le podia coger de sorpresa, si se hallaba en actitud de defenderse por espacio de algunos dias; y para el caso de que se abriera un nuevo porvenir ante sus ojos, tambien era un medio de pasar al continente y de aspirar á un papel nuevo, sin exponerse á ser cogido por una partida de gendarmes y fusilado en mitad de un camino.

Con iguales propósitos habia atendido Napoleon á crearse una marina. En Porto Ferrajo halló un bergantin, el *Inconstante*, en bastante buen estado, y una goleta, la *Carolina*, requiriendo sesenta tripulantes el primero de estos buques y no más que diez y seis el segundo. Un jabeque, la *Estrella*, compró en Liorna, y además dos avisos, la *Mosca* y la *Estrella*; aquel exigia catorce tripulantes, y estos diez y ocho entre ambos. Asi estos buques suponian la necesidad de unos cien marinos, y con uno ó dos jabeques, de adquisicion fácil sin duda, ya podia Napoleon embarcar los mil y cien soldados de que constaba su ejército regular por entonces. Nada más necesitaba realmente, si alguna vez le ocurria salir de su isla de Elba, cosa dudosísima á sus ojos, si bien posible. Estos ciento y tantos marinos se incluyeron entre sus indispensables gastos, y con algunos marineros sacados del pais, fijamente podia completar el equipo de su escuadrilla en veinte y cuatro horas. Por de pronto sus dos avisos le servian para estar

en correspondencia con los puertos de Génova, de Liorna y de Nápoles, de donde recibia cartas, periódicos y provisiones; con la goleta *Carolina* desempeñaba la policía de Porto Ferrajo; y de vez en cuando paseaba sobre el bergantín *Inconstante* el pabellon de su pequeño estado, pabellon blanco, bañado de amaranto y sembrado de estrellas, con lo que habituaba á las marinas francesa, inglesa, genovesa y turca á ver sus colores en el mar de Toscana.

Consagradas tales atenciones á su seguridad y á su porvenir cualquiera que fuese, Napoleon trató de embellecer su morada, de hacerla soportable para su persona, para su familia y para sus soldados, de labrar la prosperidad de su pequeño pueblo, y por último, de economizar sus fondos, á fin de que durasen lo más posible. Al tiempo de su llegada se alojó primeramente en la casa de ayuntamiento de Porto Ferrajo, trasladándose despues al palacio de los antiguos gobernadores, muy deteriorado y poco espacioso. Seguidamente determinó añadir un cuerpo al edificio, para darle regularidad y ensanche y ponerle en disposicion de hospedar á su madre, á sus hermanas, y aun á su esposa, si por ventura se acomodaba alguna vez á vivir en su compañía. Muebles compró en Génova, y al cabo hizo su mansion habitable. Una casa mandó construir para los oficiales de su batallon, con el objeto de tenerlos alojados más cómodamente que en la ciudad y reunidos á su alcance. Además de su residencia en la capital de la isla, quiso tener una casa de campo, y desde luego dispuso edificarla sencilla á la par que decente en el valle de San Martino, sumamente lo-

:

zano, con desemboque á la rada de Porto Ferrajo y con vistas á las montañas de Italia. Allí hizo desmontes y plantaciones, y mucho dió que reir al alcalde, hombre sencillo y nada acostumbrado á la lisonja, al manifestar que antes de mucho sembraria en aquel terreno hasta quinientos sacos de trigo.—Os reis, señor alcalde, le dijo con viveza, porque ignorais cómo se desarrollan y agrandan las cosas. Cincuenta sacos sembraré el primer año, ciento el segundo: doscientos el tercero y así sucesivamente.—¡Ah, que á ésta empresa agrícola como á su grande Imperio no habia de faltar más que tiempo! Despues de arreglar su doble residencia en la capital y en el campo, se dedicó á su capital de Porto Ferrajo, que era una ciudad de tres mil almas. Ante todo hizo limpiar y empedrar las calles, y luego construyó una hermosa fuente, cuyas aguas brotaban de saltadores. Para carruages habilitó dos carreteras, atravesando la isla toda, una de Porto Ferrajo á Porto Longone, puesto principal para las relaciones con Italia, y otra de Porto Ferrajo á Campo, pequeño puesto hácia la alta mar y la isla de Pianosa.

Sus fondos no le consentian destinar á todas estas obras más que de 600 á 700,000 francos (suma cuya importancia no se debe calcular á tenor de los gastos de la época presente), y consiguió ajustarse á este desembolso, valiéndose de los brazos de sus soldados, á quienes pagaba un jornal corto, y suministrando la piedra, los mármoles, el ladrillo, la madera y demás materiales. Parte del día montaba á caballo, y á estos objetos infinitamente pequeños aplicaba aquella poderosa mirada, poco antes fija sobre el mundo, y tan segura en lo mí-

nimo como en lo magno. Igualmente dedicóse esmeradamente á cuanto podía mejorar el territorio y hacer próspero el comercio de su isla. De morales trataba de cubrirla toda, para desarrollar la industria de la seda, y empezó por plantar estos árboles preciosos á lo largo de los dos caminos recién abiertos. Cerca de Campo dispuso que fueran explotadas canteras de mármol excelente. Constituyendo las salinas y las pesquerías de atun dos de las mas pingües rentas de la isla, se aplicó á mejorar tanto su beneficiamiento como sus productos. Finalmente dedicó á las minas de hierro la atención toda, por ser la riqueza principal de la isla de Elba. Ya hacia tiempo que estas minas daban un mineral de calidad inmejorable, pues contenía más del ochenta por ciento de metal puro, si bien no se podía allí convertir en hierro por la falta de combustible, y no se hallaba mejor arbitrio que el de venderlo á negociantes italianos, que se encargaban de darle salida. Napoleon apresuróse á volver á comenzar en grande escala la extracción de este mineral casi reducida á la nada, y con esta mira esforzóse por atraer operarios, á quienes alimentaba con trigos comprados en las costas de Italia. Mas para todas estas empresas era un obstáculo muy difícil de superar la exigüidad de sus haberes. Al decir de los habitantes de la isla, de sus propios soldados, del público europeo, y particularmente de los Borbones, consigo habia llevado inmensos tesoros, porque, salvo su estatura, no se concebía nada pequeño cuando se trataba de su persona. Pensando en tales tesoros temblaban sus contrarios, y sus sencillos súbditos se estremecían de regocijo. Pero te-

soros semejantes no pasaban de una quimera, porque aquel hombre, más ambicioso que todos, se ocupaba ménos que otro alguno en lo que le concernia personalmente. Hasta el dia supremo de su abdicacion habia llegado sin que le ocurriera pensar con qué viviria lejos del trono. Habiendo tenido arte para ahorrar de su dotacion personal 450.000,000 de francos, gastados no á capricho suyo, sino en las necesidades extraordinarias de la guerra, al tiempo de salir de Fontainebleau echó cuentas por la primera vez de su vida, y hallóse con no tener más que los pocos millones trasladados á Blois, y arrebatados á la emperatriz por Mr. Dudon, enviado del gobierno provisional, en su mayor parte. Por fortuna, antes de este despojo tuvo tiempo de enviar á buscar 2.500,000 francos, que escoltaron los lanceros de su guardia, y de mandar á la emperatriz que tomara para sí 2.900,000 francos. Aun tuvo tiempo la emperatriz de enviarle 900,000 francos de esta suma, y así ascendia su tesoro á 3.400,000 francos, al tiempo de marchar á la isla de Elba, en plata y oro, conducidos detrás de sus coches, y llegados á Porto Ferrajo. Este era su único recurso para vivir en la isla de Elba con sus soldados, si se resignaba á terminar allí sus dias. No habiéndosele satisfecho del subsidio anual de 2.000,000 de francos, estipulado por el tratado de 11 de abril, la menor suma, ya no le quedaban más rentas que las de su isla, y á la verdad eran bien poca cosa. Por todos los derechos con inclusion de los de entrada, Porto Ferrajo rendia alrededor de 100,000 francos; igual cantidad pagaba en contribuciones directas la isla toda. Como 320,000 francos produ-

cian en su estado actual las pesquerías, las salinas y las minas, y así resultaba un total de 520.000 francos. Pero solo 300,000 quedaban de producto líquido al año, por absorber 200,000 cuando menos los gastos municipales de Porto Ferrajo y de otras pequeñas poblaciones de la isla, y los de los caminos, según el estado en que Napoleón los había puesto. Menester es fijarse en que tenía que mantener su casa, su ejército y su marina, cuyos tres objetos consumían 1.500,000 ó 600,000 francos; y así necesitaba cada año tomar una suma de 1.200,000 francos por lo menos de su tesoro, ya reducido de 3.400,000 á 2.800,000 francos de resultas de la compra de los buques. Por consiguiente no podía vivir largo tiempo en la isla de Elba, si no se le pagaba el subsidio estipulado, á no ser que licenciara su guardia, privándose de este modo de los fieles soldados que le habían seguido en la mala fortuna, entregándose indefenso á la primera cuadrilla de bandidos que intentara su asesinato, y renunciando por último á un núcleo de ejército del cual no podía prescindir de ninguna manera para la empresa que le conviniese acometer un día ú otro. Por tanto, sin tener aun formado proyecto de ninguna especie, se aplicaba á inspeccionar sus más insignificantes gastos, hasta el extremo de asombrar á los más habituados á su espíritu de orden y de dar margen á que los que andaban en torno suyo le tacharan de avaro. Al sexto mes de su residencia, ya dejó de exigir el servicio de los milicianos de la isla, de los cuales, según se ha expresado, siempre había una cuarta parte del total efectivo sobre las armas, con lo que se ahorra el mantenimiento de cien hombres.

Tambien cambió la formacion del batallon de su guardia, cuyo cuadro redujo de seis á cuatro compañías. Análoga disminucion hizo en sus caballerizas hasta lo mas estrictamente necesario, no conservando más que los coches indispensables para su madre, para su hermana y para sí propio, ni tampoco más caballos de silla que los que le hacian falta para andar por la isla en union de Drouot, de Bertrand y de algunos hombres de escolta. Modestísimo á la par que decoroso fué el sueldo que señaló á sus oficiales superiores, sin conseguir jamás que Drouot aceptase la menor suma, pues le manifestaba que, dándole su antiguo general su hogar y su mesa, para vivir no le hacia falta ninguna cosa.

Tales eran los gastos económicos de Napoleon en la isla de Elba para lo presente y para lo venidero. A la verdad pasaba una vida tranquila y ocupada, por ser privilegio de los espíritus superiores amoldarse á los rigores de la fortuna, especialmente cuando los han merecido, y tomar interés en las cosas pequeñas, porque tienen su profundidad al modo que las grandes. Su madre, dura é imperiosa, si bien puntual en el cumplimiento de sus deberes, creyó propio de su dignidad ser partícipe del nuevo destino de su hijo, y en Porto Ferrajo infundia veneracion á aquella corte desterrada. Tampoco dejó de ir allí la princesa Paulina Borguese, apasionadísima por su hermano, á quien agradaba extraordinariamente su presencia. De lleno dedicóse á reconciliar á Napoleon con Murat su cuñado, y lo consiguió sin grande esfuerzo. Muy al cabo Napoleon de que Murat pecaba de ligero, de vano, y de que el ansia de reinar le

devoraba hasta lo sumo, á la par que era de buen fondo y de sin par bravura, le perdonó completamente el acto de haber cedido á las circunstancias, muy extraordinarias á todas luces. Pesaroso Murat por extremo, y más al comprender el desacierto á la par que la ingratitud de su conducta, no tardó en enviar á la isla de Elba la expresion de su arrepentimiento; y seguidamente Napoleon comisionó á la princesa Paulina para que fuera á Nápoles y llevara á Murat su perdon absoluto, y al mismo tiempo la recomendacion de ser prudente y de estar apercibido para los sucesos que se pudieran venir encima de pronto. Llena de regocijo fué portadora de este mensaje, y al punto vino á hacer compañía á su hermano, y á ser centro de una sociedad reducida y compuesta de los habitantes mejor educados de la isla, que vivian cerca de Napoleon como en torno de su soberano. A esta sociedad recibia Napoleon en un teatrillo arreglado dentro de su morada, al cual tambien asistian los soldados de su guardia muy á menudo. Allí mostrábase cortés, afable, sereno y hasta con atencion suma, cual si asistiera á la representacion de las obras maestras de la escena francesa representadas por los primeros actores del siglo. Tras de llenar los deberes de su pequeña soberanía, con Bertrand y Drouot pasaba el tiempo, ora á caballo recorriendo la isla para inspeccionar las emprendidas obras, ora á pie ó tal vez á bordo de algun bote. De vez en cuando se embarcaba en una gran chalupa con sus oficiales, y salia al mar á excursiones de una ó dos singladuras, siendo reconocido y saludado por las marinas todas. Durante estos largos pascos por tierra y por agua, se le oia

hablar amena ó gravemente segun los asuntos, á veces con la vivacidad impetuosa de un hombre en la flor de los años, más frecuentemente con la gravedad de un genio muy vasto y profundo. Siempre acariciaba el pensamiento de escribir la historia de su reinado, y con ingenuidad bastante discutía sobre los puntos oscuros de su carrera, y así platicaba á menudo de la irreparable negativa á la propuesta de paz en Praga. Este era el único desacierto, de que se acusaba sin trabajo, bien que usando del siguiente lenguaje.—Ciertamente erré entonces; mas que en mi lugar se ponga cualquiera. Tras de ganar tantas victorias, y recientemente las de Lutzen y Bautzen, merced á las cuales restablecí mi poder en dos jornadas, fiando en mis soldados y en mí propio, una vez más quise tirar los dados. Me fué la suerte adversa; pero los que se la echan de censores, positivamente no bebieron jamás en la embriagadora copa de la fortuna...—Drouot le oía cabizbajo, sin atreverse á decirle que, si es poco cuerdo jugar así la existencia propia, se resiente de culpable jugar la de sus hijos, y de criminalísimo jugar la de su nacion toda. Aquel hombre de bien permanecía mudo, no perdonándose este silencio sino por la circunstancia de hallarse vencido y proscripto su soberano.

En esta vida apacible é ideando levantar un monumento histórico imperecedero, casi era Napoleon dichoso, porque á la par del sosiego tenia un vestigio de esperanza. A la lectura de los periódicos se aplicaba con sumo cuidado y con una perspicacia, que le ponía en aptitud de adivinar la verdad á vueltas de los mil asertos de sus redactores, cual si hubiese asistido en persona á las de-

liberaciones de los gabinetes. A sus ojos, tras de detenerse en su marcha por un instante, la revolucion francesa volvía á seguir su irresistible curso. Antes de mucho el antiguo régimen y la revolucion se iban á dar nuevos y terribles combates, y en medio de las turbaciones se le debia proporcionar la ocasion de tornar á aparecer en escena. A punto fijo no se le alcanzaba si otra vez subiria al trono; pero no aブリgabá la duda más leve de que en todo caso no podria ya reinar como antes, pues los espíritus paralizados á consecuencia del espanto de la revolucion pasada, nuevamente habian cobrado su animacion y su independencia. ¿Qué seria entonces, á cuál papel estaria llamado? No lo vislumbraba de ningun modo; mas ante la torpeza de los Borbones en la capital de Francia, ante la ambicion de las potencias en Viena, se le alcanzaba que todavía el mundo no estaba próximo á tomar asiento, y que en el mundo agitado su puesto no podia ménos de ser eminente á medida de su espíritu gigante. Tales eran sus previsiones confusas y bastaban para que no le ahogase su actividad inmensa, y á la sazón comprimida dentro de su alma. Por consiguiente gozaba de reposo, iluminado por un vivo fulgor de esperanza. A veces el lenguaje ofensivo de las hojas públicas le excitaba al enojo. Cierta dia en que le llegaron muchas gacetas, se halló con que una daba por seguro que se habia vuelto loco, y que, no pudiendo ya aguantar sus violentos arrebatos, le habian abandonado sus más fieles servidores, como Bertrand y Drouot, y sus deudos más amorosos, como su madre y su hermana. A la sala en que estas dos damas y aquellos dos servi-

dores leales se reunian habitualmente, se dirigió Napoleon de seguida, y tirando un fajo de periódicos sobre la mesa, les dijo estas palabras.—¿No sabeis que estoy loco?... Sin aguante ya contra mis violentos arrebatos, vos, madre mia, vos, Drouot, y todos en fin, habeis partido.—Luego les dió á leer las hojas, y repitiendo la frase. ¡Yo estoy loco! ¡Yo estoy loco! al fin tomó asiento, y vengóse en discutir los negocios del mundo, y los desaciertos de unos y de otros con sagacidad maravillosa, hasta prorumpir en estas palabras.—¡Ni para seis meses tienea con la situacion actual los Borbones y Europa!

Asi pasaba una vida tolerable en la isla de Elba, y más viendo cada vez más á las claras que nuevamente iba á tener acceso á la escena del mundo. Con tal disposicion de ánimo deseaba noticias, y por otro conducto que el de las gacetas. Ya habia despachado algunos emisarios al continente de Italia, y contestes le dieron la seguridad de que el pais se levantaria á su voz como un solo hombre, si llegaba á desembarcar en sus costas; pero semejante perspectiva no le habia excitado á sensacion alguna, pues no pensaba hacer frente con los italianos á Europa. De Francia muy especialmente hubiera querido recibir datos seguros, mas no se atrevía á escribir á ninguno de los hombres de nota que estuvieron á su servicio, por temor de comprometerlos de tal modo, y estos se atendien á igual reserva por temor de comprometer á su antiguo soberano. Mejor enterado se hallaba de lo que acontecia en Viena; y á la verdad no era su esposa la que le tenia al corriente, sino Mr. Meneval, cuya fidelidad y eficacia siempre fueron

perseverantes; y así por conducto del comercio de Génova le enviaba frecuentes noticias de su hijo y también del congreso. A Mr. Meneval se las transmitía Mad. de Brignole, noble genovesa, de raro entendimiento y acrisolada adhesión á Francia, tras de procurar inútilmente que á la voz del deber diera oídos María Luisa, de la cual era dama. De todo estaba al cabo por los principales personajes de Viena, y muy particularmente por el duque de Dalberg, su yerno y ministro de Luis XVIII. Con solicitud extremada seguía el curso de los sucesos, y de esta suerte supo el proyecto de deportar á Napoleon á una de las islas del Océano Atlántico. Naturalmente Mr. Meneval comunicó á Napoleon este proyecto de seguida, sin duda exagerando la probabilidad de su ejecución inmediata, pues, según hemos dicho, ya se estaba en vísperas de abandonar á Viena, sin resolver nada sobre tal asunto. A esta noticia añadió Mr. Meneval la de la próxima separación del congreso y de la partida de los soberanos para el 20 de febrero lo más tarde.

Estos diversos informes produjeron en el ánimo de Napoleon una impresión viva por extremo, y le excitaron á profundas reflexiones sobre su situación presente y futura. Más de una vez había reflexionado que allí no podía morir de ningún modo, y que para sí mismo y para su gloria valía más un fin trágico que una vida regalada en la tranquila prisión de la isla de Elba. Más y más se engolfaba en tales pensamientos ante el visible hastío de sus compañeros de desgracia. Algo ménos desazonado estaba el general Bertrand en el destierro desde la llegada de su familia: Drouot se mantenía en su actitud ordinaria de la virtud sen-

cilla cumpliendo sus deberes. Con los demás no pasaba lo mismo; y así es que, pasado el primer calor de adhesión profunda, soldados y oficiales se fastidiaban por extremo de estar ociosos, y se lo significaban á Napoleón muy á las claras, diciéndole en tono familiar y á menudo.—Señor, ¿cuándo partimos para Francia?—A lo que les respondía con el silencio y con una sonrisa amistosa; pero harto comprendía lo que pasaba en el seno de aquellas almas, y no se le ocultaba que su paciencia no igualaría á la duración de su destierro. Siempre trataba de ocupar en sus caminos y en su jardín á los soldados, mediante un sobresueldo, y á los que no querían hacer nada les dejaba talar á su antojo las viñas de la casa de campo de San Martino, riéndose de sus inocentes depredaciones.—Ahora venimos de Saint Cloud, le decían muy jovialmente, cuando los encontraba en el camino, todavía comiendo las uvas que le habían robado.—Muy bien hecho, les contestaba en igual tono, pero adivinando toda la extensión de su fastidio, y padeciendo más que ellos de resultas. No pudiendo ya más unos veinte soldados, le pidieron su licencia, que les fué concedida en los términos más honrosos. Verdad es que en compensación le llegaron algunos oficiales del continente; pero estos acababan de huir del hastío de Francia, sin conocer aun el hastío de la isla de Elba. A estas disposiciones harto patentes de sus soldados, que le anunciaban la imposibilidad de retenerlos junto á sí por largo tiempo, se agregaba la reflexión sencillísima de que no estaría á su alcance alimentarlos dentro de poco, pues de 3.400,000 francos que había llevado á Porto Ferrajo, con lo que le quedara

al terminar sus obras, solo tendria á lo sumo para mantener su ejército y su marina durante dos años. Aun prescindiendo de la actividad indómita de su alma, estas únicas razones fueran bastantes para inducirle á abrazar el partido de lanzarse nuevamente al campo de las grandes aventuras. Sin embargo, aún no habian sugerido tales reflexiones á Napoleon un propósito deliberado, cuando supo á la par el doble hecho de que acabamos de dar noticia, y consistente en que se trataba de trasladarle á una isla del Océano por la fuerza, y en que, tras de dar cima á sus tareas del congreso, se iban á separar los soberanos. No se necesitó más para poner en fermentacion su alma fogosa. Dos gra ves consideraciones le asaltaron al punto. Por una parte, si estaban en vísperas de separarse los soberanos, ya se habria acordado la providencia referente á su persona, y pronto se pondria en planta; por otra, puesto que los soberanos iban á dejar á Viena y á volver cada uno á sus respectivos estados, la ocasion no podia ser mas propicia para intentar una revolucion en Francia, como que, ya separados, no les seria fácil juntarse de nuevo, y todo concierto formado á distancia, por correspondencia de gabinete á gabinete, al cabo iria despacio y resultaria incompleto y flojo. De gran peso eran ambas consideraciones; pero como Napoleon al punto discurria sobre los medios de ejecucion en todo, se halló con que hasta la estacion misma le estimulaba á abrazar un partido sin la menor tardanza. Como esto acontecia á mediados de febrero, ya acertaban las noches y alargaban los dias; y de noches largas necesitaba Napoleon para evadirse de la isla de Elba con una es-

cuadrilla, á cuyo bordo fueran sus soldados. Esta razon postrera le decidió casi del todo, y á todo evento el dia 16 de febrero dispuso que entrara en la dársena el bergantin *Inconstante*, á fin de repararlo y de pintarlo como un buque inglés y de cargarlo de provisiones para algunos meses. A su agente de minas de Rio mandó el mismo dia que fletara dos grandes barcos de transporte, socolor de enviar mineral á Tierra Firme. Todo sin revelar sus proyectos á nadie.

Mientras se inclinaba á evadirse de su prision de este modo, tras de hallarse privado por espacio de dos ó tres semanas de comunicaciones, de una vez recibió una porcion de gacetas. Anhelosamente devoró su lectura, y con satisfaccion imponderable halló nuevos indicios de la fermentacion de los ánimos en Francia, pues insertaban la relacion del proceso del general Exelmans y la del tumulto á que dió márgen el entierro de la señorita Raucourt, y ponian de manifiesto que estaban maduros para una revolucion asi el pueblo de Paris como los militares. Con especialidad el *Diario de los Debates*, puntualísimamente informado por el duque de Dalberg de cuanto acontecia en Viena, le confirmó la noticia de la próxima separacion de los soberanos, y esta uniformidad con los informes de Mr. Meneval le corroboró en la determinacion de llevar adelante sus preparativos de partida.

Entonces se le anunció la llegada á Porto Ferrajo de un jóven desconocido que se decia encargado de una mision importante cerca de su persona. Este jóven era Mr. Fleury de Chaboulon, de quien ya hablamos ántes. Apenas tomó tierra en Porto Ferrajo pidió ser conducido á presencia del

general Bonaparte, manifestando ser un enviado de Mr. de Basano. Napoleon recibióle sin demora; al pronto dió muestras de desconfianza, le miró de pies á cabeza, muy pronto echó de ver que se las habia con un jóven lleno de buena fé y ardimiento, y cuando supo la revelacion de una circunstancia secreta conocida solo por él y por Mr. de Basano, que era la señal ideada por éste para acreditar á Mr. Fleury de Chaboulon ante su persona, ya le prestó muy atentos oídos.—¿Aún hay quien se acuerda de mí en Francia? dijo en tono de disgusto. ¿Con que no me ha olvidado Mr. de Basano?—Habiendo explicado Mr. Fleury de Chaboulon los motivos de la extremada reserva á que se atenian los más leales servidores del imperio, ya Napoleon no insistió sobre esta reconvenccion ligera ni un solo instante, y escuchó la relacion del estado de las cosas, hecha por su interlocutor con agitacion á la par que con sinceridad suma. Aunque Mr. Fleury de Chaboulon nada le dijo de nuevo, pues á la simple lectura de los periódicos lo habia adivinado todo, mucho le satisfizo recibir la confirmacion por conducto de un testigo de vista, y más especialmente por ser portador de las palabras textuales de monsieur de Basano. Lo que le conmovió y le debia sin duda conmover más que nada, fué la revelacion positiva de los sentimientos del ejército y de la impaciencia que mostraba por sacudir la autoridad de los Borbones. Poderosa razon era ésta para tener por seguro que á la primera aparicion de su general antiguo, el ejército saltaría la rienda á sus sentimientos al golpe, y para un alma osada como la suya, no más que la presuncion del

triunfo bastaba para acometer fijamente la empresa. Así después de escuchar al enviado de Mr. de Basano resolvió partir sin tardanza. No obstante, á impulsos del deseo de que se explicara más claro, le hizo la pregunta siguiente:—¿Y en resúmen, me aconseja Mr. de Basano que me haga á la vela y desembarque en Francia?—Instigado el jóven con aquella penetrante mirada, á la cual no resistía nadie, no se atrevió á echar sobre sí ni sobre Mr. de Basano una responsabilidad tan enorme, y le respondió con voz trémula que Mr. de Basano se abstenia de darle consejo alguno, y tanto que muy expresamente le habia encargado que se atuviera á la sencilla exposicion de los hechos. Napoleon no insistió de resultas, y muy al cabo de que nadie podia haber asumido frente á frente de su persona una responsabilidad de tanto bulto, despidió á Mr. Fleury de Chaboulon sin manifestarle sus proyectos, bien que dejándoselos traslucir de sobra. Temeroso de que la emocion de este jóven le impulsara á alguna imprudencia, iniciado como estaba en secretos importantes por la primera vez de su vida, le dió para Nápoles una mision imaginaria, previniéndole que después de su desempeño se tornara á Francia, donde recibiria nuevas órdenes de Mr. de Basano (1). Para

(1) Mr. Fleury de Chaboulon, en su obra sobre los Cien dias, titulada *Mémoires sur la vie privée de Napoleon en 1815*, obra sincera y que obtuvo la distincion de ser comentada por Napoleon en Santa Elena, á la verdad abulta la importancia del papel que estuvo á su cargo, al referirlo bajo un nombre supuesto, como que al parecer da por sentado que determinó á Napoleon á abandonar la isla de Elba. A semejanza de cuantos no cono-

entonces ya Napoleon habria derrocado á los Borbones ó sucumbido en mitad de un camino.

Solo á su madre impuso Napoleon en el secreto expresándose de este modo:—Imposible es que yo acabe mi existencia en esta isla, y que termine mi carrera en un reposo poco digno de mi persona. Además, falto de dinero, pronto me encontraria aqui solo, y por consiguiente expuesto á las violencias de mis numerosos enemigos. Francia se halla agitada. Todas las convicciones y todos los intereses enlazados con la revolucion se han vuel-

cen más que un lado de las cosas, todo lo hizo convergir á lo que le era personal y habia visto con sus propios ojos. Las órdenes de Napoleon en la isla de Elba, que se han conservado, sus relaciones á la reina Hortensia y al mariscal Davout, despues de su vuelta á París, relaciones contenidas en Memorias inéditas y que nos han sido franqueadas, las propias notas de Napoleon acerca de la obra antedicha, muy en claro hacen resaltar que los hechos pasaron de una manera algo distinta de la que monsieur Fleury de Chaboulon supone en su relato, y completamente del modo que las contamos en el nuestro. Además, una circunstancia desvanece todas las dudas sobre este punto, á saber, la fecha de las órdenes expedidas para la 'habilitacion' del bergantin el *Inconstante*. Del 16 de febrero es la data, segun el registro de las correspondencias de la isla de Elba, que se han conservado igualmente. Muy ciertos indicios revelan que Mr. Fleury de Chaboulon aún no habia llegado por entonces á Porto Ferrajo, aun cuando no hace mención de la fecha exacta de su arribo, al contar bajo un nombre supuesto su viaje. Este punto es muy importante y se verá luego, como que patentiza que lo que se tramaba en París no sugirió á Napoleon su empresa. Sin duda las comunicaciones de Mr. Fleury de Chaboulon le animaron á acometerla de seguida, pero no fueron origen de su resolusion de ningun modo.

to contra los Borbones por su culpa. Deseoso está el ejército de mi vuelta, en términos que todo me induce á esperar que de seguida volará á mi lado. Ciertamente puedo hallar algun obstáculo imprevisto en mi camino; bien puede suceder que un oficial fiel á los Borbones ataje el entusiasmo de las tropas, en cuyo caso sucumbiré muy luego. Semejante fin vale más que una mansión prolongada en esta isla, con el porvenir que se me presenta delante de los ojos. Por consiguiente voy a partir y á probar una vez más fortuna. ¿Cuál es vuestra opinion, madre mia?—Esta mujer enérgica se estremeció toda al escuchar tal confidencia, y hasta retrocedió llena de susto ante la consideracion de que, á pesar de su gloria, tal vez podia su hijo expirar á semejanza de un malhechor vulgar sobre las costas de Francia. Su respuesta fué la siguiente:—Por un momento dejadme ser madre, y os diré mi parecer de seguida.—Tras de recogerse por algunos instantes y de guardar un corto silencio, le dijo con tono firme é inspirado:—Partid, hijo mio, partid, y que se cumpla vuestro destino. Quizá fracaseis en la empresa, acaso vuestra muerte seguirá de cerca á una tentativa frustrada. Pero veo con pesadumbre que no podeis permanecer aqui más tiempo: y por otra parte, esperamos que, despues de haberos sacado con bien de tantas batallas, Dios será en vuestra ayuda.—Pronunciadas tales palabras la madre abrazó al hijo con expresion vehemente (1).

Ya resuelto Napoleon á la empresa, más y más

(1) Tal es la puntual relacion que hizo Napoleon y está consignada en memorias manuscritas.

se afirmó en llevarla á remate. Exactamente á última hora, se franqueó enteramente con Bertrand, á quien llenó de alborozo, como que por su parte habia mérito sumo en arrostrar el destierro, no habiendo calmado su pesadumbre ni la presencia de su familia. Despues Napoleon franqueóse con Drouot, á quien dejó perplejo. Este héroe y hombre de bien hasta lo sumo se consultaba acerca de si el deber de compartir la desgracia de Napoleon se extendia hasta el punto de acompañarle á una empresa, de la cual resultarían acaso las más horribosas desdichas para Francia. Napoleon rebatió sus dudas, patentizando el verdadero estado de las cosas; describiendo á Francia dividida, desgarrada por los partidos, condenada á próximas tentativas de unos ó de otros, muy indignamente tratada por Europa, y de cuya postracion podía salir á impulsos de la mano robusta que ya la habia organizado á principios del siglo. Además, las nuevas ideas con que Napoleon volvía á Francia despues de diez meses de reflexiones profundas, su resolucion de no tornar á caer en el abismo de la guerra, si dependia de su albedrío, de tratar al pueblo francés como pueblo libre, y de restituirle la más amplia intervencion en el gobierno, razones de bulto eran para esperar que tal vez se llegaria á conseguir para Francia el reposo y la union, á la par que una libertad moderada, una situacion fuerte, y por fin, cuanto ya labrara su ventura, si Napoleon se hubiera sabido contener durante su primer reinado. Haciendo la adhesion lo restante, Drouot sometióse á la voluntad de su soberano, y mano puso á los preparativos de la expedicion ya cercana. Bajo un pretesto especioso

Napoleon hizo venir á Porto Ferrajo al batallón corso acantonado en la isla, y dispuso que se vistiera con uniformes nuevos á los soldados. Pero tuvo que dejar los caballos de los lanceros polacos en los pastos de la isla de Pianosa, por la circunstancia de ser mal motivada su venida y muy difícil su transporte. Reunidos todos los hombres útiles para el servicio, á mil y ciento ascendían tan solo, ochocientos de la vieja guardia y trescientos corsos, piamonteses ó toscanos, reliquias del 35.º de ligeros hallados en la isla de Elba. Ninguno de ellos sospechaba ni por asomo la empresa proyectada y aun podían suponer que se les iba á pasar revista, pues las obras continuaban según costumbre. Otra circunstancia más favorecía el proyecto de evasión por entonces. Con el fin de vigilar la isla de Elba los ingleses conservaron en aquellas aguas al coronel Campbell, uno de los comisarios que habían acompañado á Napoleon desde Fontainebleau hasta Porto Ferrajo, y á fin de coonestar mejor el papel de tal agente, se le fió una comision cerca de la córte de Toscana. Así el coronel Campbell iba y venia de Florencia á Liorna, de Liorna á Porto Ferrajo, y sin apariencias de vigilante, lo era de continuo y con grande eficacia. A la sazón acababa de salir de Porto Ferrajo con rumbo á Liorna, por tanto cerrados estaban los ojos de la política inglesa, y solo quedaban sus cruceros, y burlarlos ó evitarlos no era cosa árdua. Para asegurar mejor el secreto de sus preparativos, dos dias ántes de su embarque Napoleon dispuso el embargo de todos los buques surtos en los puertos de la isla de Elba, impidiendo así con el mar toda clase de comunicaciones. Por

medio de Vautini, su oficial de ordenanza, se apoderó de un gran buque, de los anclados en el puerto, y con este buque y el bergantín *Inconstante*, de veinte y seis cañones, la goleta *Carolina*, el jabeque la *Estrella*, el aviso la *Mosca* y otros dos barcos de transporte fletados en Rio, ya tuvo siete bajeles y aseguró los medios de embarcar sus mil y cien hombres y cuatro piezas de artillería de campaña.

Finalmente, despues de rumiar bien su resolución y su plan todo; tras de concebir perfectamente que no podia terminar su carrera en aquella isla tan próxima á Francia, sin quedarse muy luego solo por falta de recursos para mantener á sus soldados, y expuesto á los golpes de los más vulgares asesinos, ó sin ser próximamente deportado á otro punto por las potencias europeas; tras de alcanzársele que, atendida la situación de Francia, otros intentarían quizá lo que personalmente iba á poner por obra, sin tantas probabilidades de triunfo, y que su presencia bastaría para atraerse al ejército y obligar á la fuga á los Borbones; tras de comprender que en vísperas de separarse los soberanos, como lo atestiguaban datos seguros, ya no sería fácil que se juntaran de nuevo, y ántes bien titubearían en volver á empuñar las armas por los Borbones, á vista de su debilidad suma, á la par que le hallaran á él pacífico del todo, pues su resolución no era otra que la de evitar á todo trance la guerra; tras de considerar que, según todas las probabilidades, á un golpe de varilla mágica restablecería su imperial trono, y que importaba la prisa, ántes de que acortasen las noches; tras de fijarse por última vez en

estas consideraciones importantes, al cabo señaló el día 26 de febrero para dar principio á su muy fabulosa empresa.

Antes de la partida despachó á Nápoles un mensaje por medio de uno de los dos avisos que le servían para sus comunicaciones con las costas de Italia. Al noticiar á Murat su embarque para Francia, le encargaba Napoleon que expidiese un correo á Viena, anunciando á la córte de Austria que á Paris llegaria muy pronto, si bien con la resolucion firme de mantener la paz y de no salir del tratado de Paris de 30 de mayo del año antecedente. Además le trazaba la conducta á que se debia atener como rey de Nápoles en un todo. Expresamente le recomendaba que aprestara sus tropas, y las concentrara en las Marcas, donde ya estaban reunidas muchas de ellas; pero que no tomara la iniciativa de las hostilidades, y esperase con paciencia lo que dieran de sí los sucesos en Paris y en Viena, antes de operar movimiento alguno, y que si absolutamente se veia en la necesidad de venir á las manos, lo hiciera más bien retrocediendo que avanzando hasta que se le pudiese dar ayuda, pues cuanto más cerca de Nápoles se diera la batalla, mayor seria su fuerza y menor la de los austriacos.

Napoleon dejó á sus soldados en las tareas habituales hasta mediar el día 26 de febrero. Por la tarde los convocó de pronto, les hizo comer el rancho, y despues los juntó en el puerto con armas y bagajes diciéndoles que iban á pasar á bordo de los buques. Aun cuando no se les dijo que era para ir á Francia, sobre esto no les ocurrió la más leve duda y se entregaron á inexplicables demos-

traciones de alborozo. Perspectivas encantadoras eran para ellos salir de su inmovilidad fatigosa, dejar aquellos lugares, obrar al cabo, regresar á Francia, volver á subir á la cúspide del poder y de la gloria, y con los entusiastas gritos de *viva el emperador* atronaron la rada de Porto Ferrajo. Mustios y silenciosos rodeaban á la muchedumbre, que se embarcaba llena de animacion y de contento, los habitantes, únicos entristecidos de resultas de aquella partida impensada, por parecerles que con Napoleon se alejaba la ventura de su isla. Muchos de ellos, relacionados con los oficiales y los soldados, les dirigian tiernas palabras de despedida, no sin desearles muy feliz éxito en su empresa, y les consolaba la fecunda esperanza de que si la estrella de Napoleon se volvía á mostrar radiante, sin duda transmitiría algunos de sus rayos á la isla de Elba. Poco despues se presentó Napoleon en compañía de Bertrand, de Drouot, de Cambronne y de todo el estado mayor que le habia seguido al destierro. Tras de comer con su madre y su hermana, y de abrazarlas una vez y otra, procurando enjugar sus lágrimas sin fruto, trayendo á su memoria la especie de milagro que habia protegido su persona por espacio de veinte años contra todos los fuegos de Europa, se despidió de ellas con el corazon enternecido aunque firme, y bajó á la playa con la frente radiante de esperanza. Su presencia hizo que estallasen más gritos de entusiasmo, y muy luego estuvo á bordo de los siete buques dispensibles el pequeño ejército de mil y cien hombres, que á la faz de Europa iba á conquistar el imperio de Francia. Unos trescientos hombres se embarca-

ron con el estado mayor en el bergantín *Inconstante*, y distribuidos fueron los demás en la goleta *Carolina* y en los otros cinco bajeles de la escuadrilla. Con rumbo al cabo de San Andrés se hizo la escuadrilla imperial á la vela como á las siete de la noche, ante la muchedumbre reunida en el muelle, y la madre y la hermana de Napoleón asomadas á los balcones del palacio. Se tomó este rumbo con el designio de rebasar la isla de Elba, y de navegar hácia el Norte entre la isla de Capraia y la costa de Italia cuanto fuera posible, para alejarse de las playas frecuentadas por los cruceros. Del Sur venia el viento en aquellos instantes; de modo que la fortuna semejaba propicia á impulsar expedición tan atrevida, y á proteger una vez más al hombre extraordinario, á quien repetidamente habia conducido mas allá de los Alpes, y trasladado á Egipto, y traído sano y salvo á Francia, y ayudado en todas sus empresas desde las márgenes del Tajo hasta las del Boristenes, y abandonado en Moscou tan solo. ¿Por ventura le concedería uno de aquellos favores con que habia colmado su vida prodigiosa? Aquí estribaba la duda, mas no para Napoleón y sus soldados, que iban llenos de confianza.

Muy luego comenzaron las alternativas inherentes hasta á las cosas que presentan mejor semblante. Aflojando fué el viento favorable del Sur poco á poco, y al dar vista al cabo de San Andrés se quedó inmóvil la escuadrilla. Con dificultad remontóse algo al Norte hácia la isla de Capraia, y á la mañana siguiente de siete á ocho leguas se habrían andado á lo sumo. Inminente riesgo habia de dar con cruceros franceses ó ingleses en aque-

llas aguas.. Asi el capitan de fragata Chautad, que se habia ido á unir á Napoleon en la isla de Elba, como el capitan Taillade, que mandaba el bergantin *Inconstante*, y otros varios marinos opinaron por volver á Porto Ferrajo hasta que soplara mejor viento. Esto no era más que huir de un peligro para caer en otro, pues á pesar del embargo puesto á los buques surtos en la isla de Elba, á los ingleses podia muy bien llegar un aviso, y en tal caso Napoleon de resultas de una repentina aparicion de las fuerzas británicas, se hallaria encerrado en Porto Ferrajo y cogido en fragante delito de atentado á la paz general, por lo que se le confinaria á una isla, y no como soberano, sino en calidad de prisionero. Por consiguiente valia más perseverar y estar á la capa, hasta que de nuevo saltara el viento al Sur y alegrara los corazones. Como versadísimo por una experiencia sin par en los azares del mundo, Napoleon sabia muy bien que para toda empresa conviene mirar con sangre fria las diversas fases que toman los sucesos, y tener paciencia hasta que se repitan las circunstancias favorables. De todos modos el mayor peligro estribaba en hallar al crucero de los franceses, compuesto de un bergantin y dos fragatas, y conociendo el espíritu que animaba á las tripulaciones, no era quimérica la esperanza de apoderarse de aquellos buques, saltando al abordaje con las águilas y los tres colores. Asi aguardó resueltamente á salir del apuro con un golpe de audacia, si el crucero francés asomaba acaso.

A eso de medio dia refrescó el viento, y ya fué posible llegar á la altura de Liorna. Por la derecha y hácia la costa de Génova se divisaba una

fragata, y otra por la izquierda hacia el mar ancho; á lo lejos y con viento de popa, un navío de línea semejaba avanzar á toda vela sobre la flotilla. Peligros eran estos que habia necesidad de arrostrar á todo trance, fiando el éxito á la fortuna. Su navegacion siguió la escuadrilla, y de súbito se halló al habla con un bergantín francés de guerra, el *Céfiro*, al mando del teniente de navío Andrieux, oficial excelente, á quien la pequeña marina de la isla de Elba solia encontrar á menudo. Ciertamente se podia probar á apresar aquel barco; pero Napoleon no quiso correr sin necesidad alguna el riesgo de tentativa semejante. A sus granaderos hizo que se tendieran sobre el puente, y al capitán Taillade que hablara con el teniente Andrieux, á quien conocia mucho. Cogiendo el capitán Taillade la bocina saludó al teniente Andrieux y le preguntó hacia donde llevaba el derrotero.—Hacia Liorna, respondió de seguida, y vos ¿á dónde haceis rumbo?—A Génova, contestó Taillade, y ofrecióse á desempeñar los encargos que el *Céfiro* tuviese en aquel punto; no teniéndolos de ninguna especie, el teniente Andrieux le dió las gracias.—¿Y cómo está el emperador? preguntó luego el oficial de la real armada.—Perfectamente, respondió el capitán Taillade.—Me alegro mucho, añadió el teniente Andrieux, y siguió su camino, bien ageno del encuentro que hizo de pronto, y de la inmensidad de cosas, que acababa de dejar seguir adelante, sin sospecharlo ni de muy lejos.

Por la noche desaparecieron los buques de guerra, que pocas horas antes inspiraron tanta zozobra, y se puso la proa á Francia. Todo el dia 28 de febrero se necesitó para atravesar el golfo de

Génova, sin más encuentro que el de un navío de sesenta y cuatro cañones, tomado al pronto por un crucero enemigo, si bien presto se echó de ver que no hacia caso de la escuadrilla; y el 1.º de marzo por la mañana, día perpétuamente memorable, aunque para Francia y para Napoleon hartó funesto, se descubrió la costa con satisfaccion indecible. Antibo y las islas de Santa Margarita se reconocieron á medio dia, y en el golfo Juan se recaló á las tres de la tarde. Habiendo superado felizmente las primeras dificultades de su empresa, ya Napoleon pudo creer en la renovacion de su antigua fortuna; y al hacer resonar los aires con gritos de *viva el emperador!* sobradamente dieron á entender sus soldados que abrigaban igual creencia.

A una señal dada y al estampido del cañon enarbolóse el pabellon tricolor en todos los buques, cada soldado se puso la escarapela de los tres colores, y se echaron los botes al agua para operar el desembarco. Napoleon ordenó al capitan de infantería Lamouret que fuera con veinte y cinco hombres á tomar una batería de costa, situada en el centro del golfo. Allá fué llevado el capitan Lamouret en un bote, y no halló más que aduaneros sumamente gozosos al saber la vuelta de Napoleon, y que se le entregaron de muy buen grado. Con el júbilo que está al comun alcance, todos pisaron tierra; y durante las idas y venidas de los botes desde los buques á la playa, le ocurrió al capitan Lamouret marchar sobre Antibo, con el fin de hacerse dueño de la plaza, lo cual proporcionara un punto de apoyo muy importante.

Efectivamente el temerario oficial presentóse

delante de Antibo, y en el cuerpo de guardia de la puerta se le hizo muy buena acogida. Visitando las islas de Santa Margarita se hallaba el general Corsin, gobernador de Antibo, por entonces, y el coronel Cuneo de Ornano hacia sus veces. Noticioso de la tentativa en observancia de sus deberes militares dejó entrar á los veinte y cinco granaderos, de repente mandó subir el puente levadizo, y prisioneros quedaron de este modo. Pero se pusieron á hablar con los soldados del 87.º de línea de guarnicion en Antibo, y los amotinaron de suerte que prorumpieron en gritos de *viva el emperador!* con el propósito firme de que se entregase á Napoleon la plaza. No sin trabajo les pudo al fin apaciguar el coronel Cuneo de Ornano, á la par que á los veinte y cinco granaderos les quitó las armas, bajo promesa de restitufrselas así que se aclarasen los hechos.

Privado se hallaba pues Napoleon de estos veinte y cinco hombres por sobra de confianza, y tal principio se pudiera tener como de mal agüero, si al mismo tiempo no se viese á una porcion de soldados del 87.º de línea descolgarse de los muros y correr á Cannas, para unirse á su emperador, segun lo publicaban á voces.

Ya estaba concluido el desembarco á las cinco de la tarde. Tierra habian tomado los mil y cien hombres de Napoleon y las cuatro piezas de artillería de campaña y los bagajes, y vivaqueando estaban tranquilos en medio de un olivar sobre el camino de Antibo á Cannas. Al pronto, viendo los habitantes muchos buques llenos de gente y oyéndoles disparar cañonazos, se sobresaltaron extraordinariamente, por figurárseles berberiscos que

se llevaban cautivos á los pescadores. Mejor informados al poco tiempo, se tornaron llenos de curiosidad á la costa, bien que sin pronunciarse en ningun sentido, pues generalmente las poblaciones del litoral no eran muy favorables al imperio, que les habia costado una guerra marítima de quin-ce años. Napoleon envió á Cambronne al frente de una avanzadilla hácia Cannas en busca de víveres y para comprar caballos, y sabiendo que para atraerse á las personas hay que empezar por no lastimar sus intereses, todo lo hizo pagar en dinero contante. Con efecto se aprestaron las raciones y varias mulas, y se compraron algunos caballos. No obstante la orden expedida para no dejar salir á nadie de Cannas, y por el camino que conduce á Tolon mucho ménos, un oficial de gendarmes, á quien propuso Cambronne la compra de sus caballos, y que fingió cedérselos con la mejor voluntad del mundo, se escapó al galope con el fin de ir á Draguignan y dar parte al prefecto del Var del gran suceso de que acababa de ser testigo. Afortunadamente para Napoleon y su tropa, advirtiéndolo este oficial que sobre el camino de Tolon se habia puesto la artillería desembarcada, se fió de las primeras apariencias, y así fué á divulgar la noticia de que la expedición se encaminaba á la Provenza, esto es, hácia Tolon ó Marsella.

Segun lo vamos á poner de manifiesto, se equivocaba del todo. Al olivar en donde Napoleon habia establecido su vivaque, le llevaron una silla y una mesa, y encima desenrolló sus mapas. Dos caminos se presentaban á la vista; uno el de la Baja Provenza, de fácil tránsito y que iba á parar

á Tolon y Marsella; otro el del Delfinado, erizado de escarpadas montañas, cubierto de nieve y de hielo por entonces, y cortado por horrorosos desfiladeros, donde á un ejército podian contener cincuenta hombres determinados. Abierto este último por entre los Alpes franceses, hácia muchos pasos solo era de herradura, y si se le daba la preferencia, desde luego habia que empezar por desprenderse de los cañones. Sin embargo de estas dificultades horrorosas á primera vista, Napoleon no vaciló un punto, y de resultas de la eleccion que hizo al golpe aseguró el éxito de su empresa por demás aventurado.

Los obstáculos físicos de que estaba erizado el camino de los Alpes, solo consistian en caminos escarpados ó cubiertos de escarcha, en desfiladeros que habia que forzar ó que rodear necesariamente, y todos estos obstáculos podian ser vencidos con paciencia y teson y audacia. Napoleon llevaba consigo mil y cien hombres capaces de todo y muy bastantes para triunfar de la resistencia que se pudiera oponer en aquellas comarcas, donde solo habria modo de juntar pequeñas guarniciones mandadas por un capitán ó un comandante. Al revés los obstáculos morales que se presentaban hácia la parte de la costa, muy de otra manera aparecian formidables. En el curso de este camino, que pasa por Tolon y Marsella y Aviñon y Valencia, por necesidad se habia de encontrar con poblaciones violentas, animadas de un realismo furibundo y capaces de atajar el ardimiento de las tropas. Además al paso iba á hallar autoridades de la más alta categoría, en Tolon á almirantes, en Marsella á un mariscal de Francia, por ser Mase-

na el que ejercia alli el mando. Cabalmente los militares de superiores graduaciones constituian el mayor peligro de la ya acometida empresa. En el ejército sentian hácia Napoleon un verdadero fanatismo los soldados, veteranos casi todos y recién llegados de las prisiones ó de las guarniciones extranjeras por entonces. Tambien participaban de esta disposicion de ánimo los oficiales, si bien algo más recatadamente, á causa de que les embarazaban sus juramentos y la comprension de los deberes del servicio. Más ligados aun los generales y con particularidad los mariscales por estas consideraciones, y además avalorando mejor el peligro del restablecimiento del imperio, y temerosos asimismo de comprometerse de una manera grave, con mayor dificultad que los oficiales cederian al entusiasta ímpetu de las tropas. Asi ménos verosimilitud habia de arrastrar al movimiento á un mariscal á la cabeza de ocho ó diez mil hombres, que á un coronel ó á un capitán al frente de algunos centenares de soldados.

Por todas estas razones convenia á todo trance evitar el encuentro de autoridades superiores, civiles ó militares, y preferir hasta los malos caminos, á trueque de no hallar más que oficiales de graduaciones inferiores en ellos. Segun se acaba de expresar á las claras, sobre el camino del Delfinado solo tropezaria Napoleon con guarniciones cortas y débilmente mandadas y con paisanos, poco amantes de los eclesiásticos y de los nobles, por ser compradores de bienes nacionales casi todos. Grenoble era la mayor ciudad que habia que cruzar en el camino, si se iba por el de las montañas. Y Napoleon estaba muy al cabo de que los greno-

bleses, animados de un espíritu militar muy vigoroso, como todas las poblaciones fronterizas, y fieles á las tradiciones liberales desde la famosa asamblea de Vizille, se distinguían por lo muy contrarios á los Borbones. De su guardia era cirujano el doctor Emery, hijo del Delfinado, que con su ciudad natal habia mantenido correspondencia secreta y que respondia de sus compatriotas. Napoleon eligió pues el camino de las montañas, dejando á la izquierda el excelente camino de la costa y el marsellés realismo, con lo que una vez más dió testimonio de aquel superior golpe de vista, que tan á menudo le habia proporcionado los mayores triunfos militares, y que ahora le iba á proporcionar el triunfo político más insigne que ha alcanzado nunca un gefe de imperio ó de partido. A la eleccion del camino de las montañas ajustó sus providencias todas.

Desde luego abrazó el partido de abandonar su artillería de la cual no tenia una necesidad grave, dado que no entraba en su mente la idea de una lid á cañonazos. Para asegurarle de no caer en manos de la gendarmería, y para invalidar la oposicion de un comandante, le bastaban sus mil y cien hombres; contra las demás resistencias muy principalmente contaba con el efecto de la aparicion de su persona. O caía á sus plantas el primer destacamento enviado en contra suya y todo el ejército sucesivamente, á la vista de su leviton gris y de su sombrero por demás famoso, ó expiraba en mitad del camino como el más vil de los malhechores; tal era la cuestion en suma, y evidentemente no se podia resolver á cañonazos. Dejando su artillería, por la imposibilidad de que

siguiera adelante, sobre las mulas cargó su pequeño tesoro, resto de lo que había llevado á la isla de Elba, y ascendente á 1.700,000 ú 800,000 francos; lo demás lo había consumido allí durante su estancia, ó se lo acababa de dejar á su madre. Resuelto á salir á media noche de Cannas, sin demora envió un destacamento á Grasse con el fin de pedir raciones y de dar á la imprenta dos proclamas, de las cuales ya sus oficiales habían sacado muchas copias á bordo del bergantín *Inconsistente*, y que estaban destinadas al pueblo francés la una y al ejército la otra. Textualmente ó en sustancia decían lo siguiente:

«Franceses, las victorias de Champaubert, de Montmirail, de Chateau-Thierry, de Vauchamp, de Mormans, de Montereau, de Craonne, de Reims, de Arcis-Sur-Aube, de Saint Dizier, la insurrección de los valientes paisanos de la Lorena, de la Champaña, de la Alsacia, del Franco Condado, de la Borgoña, la posición que yo tomé á espaldas del ejército enemigo, separándole de sus almacenes, de sus municiones de guerra, de sus equipajes, le colocaron en una situación desesperada. Nunca estuvieron los franceses á punto de ser más pujantes, y la flor y nata de las tropas aliadas hallara su tumba en aquellas comarcas, tan cruelmente estragadas por sus furiosos, á no efectuarse la entrega de la capital y la desorganización del ejército por consecuencia de la traición del duque de Ragusa. Al mismo tiempo consumó nuestra ruina la defección del duque de Castiglione, á cuyas órdenes había yo puesto tropas bastantes para batir á los austriacos, y que, asomando por la retaguardia del enemigo, sin duda completarían nuestro

:

triunfo. Así cambió la suerte de la guerra por la conducta inesperada de estos dos generales, á un mismo tiempo traidores á su patria y á su príncipe que les habia colmado de beneficios. En circunstancias tan tristes mi corazón fué destrozado, pero mi alma siguió inquebrantable. Solo consulté el interés de la patria, y me desterré á una roca en medio de los mares, conservando una vida, que aun os podía ser provechosa...»

Tras de explicar de esta manera sus reveses, Napoleón trataba de caracterizar el espíritu de la emigración, que se apoyaba en el extranjero y pretendía restablecer el feudalismo. Y á continuación añadió estas palabras.

«Franceses, en mi destierro he oído vuestros lamentos y vuestros votos, y he cruzado los mares por entre toda clase de peligros, y aquí me tenéis llegado á recuperar mis derechos que son los vuestros. Cuanto desde la toma de París hayan hecho, escrito ó hablado los individuos, me será perpétuamente ignorado, y solo conservaré memoria de sus servicios eminentes, porque hay sucesos de tal naturaleza que están por encima de la organización humana... Franceses, por débil que sea y reducida, no hay nación alguna que no tenga el derecho y aproveche la coyuntura de librarse de la deshonra de obedecer á un príncipe impuesto por el extranjero momentáneamente victorioso. Cuando Carlos VII volvió á entrar en París y derrocó el trono efímero de Enrique VI, se reconoció deudor de su trono á la intrepidez de sus bravos, y no al príncipe regente de Inglaterra. A vosotros solos y á los valientes del ejército francés tengo y tendré á gloria también de debérselo todo.»

Napoleon hablaba al ejército en esta forma:

«Soldados; no fuimos vencidos: dos hombres salidos de nuestras filas hicieron traicion á sus laureles, á su pais y á su príncipe y bienhechor á un mismo tiempo.

»¿Acaso aquellos á quienes vimos por espacio de veinte y cinco años correr toda Europa, con el fin de suscitarlos enemigos, y pasaron su vida peleando contra nosotros en las filas de los ejércitos extranjeros y maldiciendo nuestra hermosa Francia, nos habrian de sujetar á la obediencia, y habrian de encadenar nuestras águilas, cuyas miradas no se atrevieron á resistir nunca? ¿Por ventura consentiremos que hereden el fruto de nuestras fatigas, que se apoderen de nuestros honores, de nuestros bienes, y que calumnien nuestra gloria? Si durara su reinado, ciertamente se perderia todo, hasta la memoria de nuestras muy insignes jornadas.

»De nuevo poseeis á vuestro general, llamado al trono por eleccion del pueblo y levantado sobre vuestros paveses; volad á su lado.

»Arrancad esos colores, que la nacion ha proscripito y que por espacio de veinte y cinco años sirvieron de vinculo á todos los enemigos de Francia. Ostentad aquella escarapela tricolor que llevabais en nuestras jornadas gloriosas. Nosotros debemos olvidar que fuimos árbitros de las naciones, mas no sufrir que nadie se mezcle en nuestros asuntos. ¿Quién tendria la pretension de ser amo de nuestra casa? ¿A quién asistiria poder para tanto? Volved á empuñar aquellas águilas que teniais en Ulma, en Austerlitz, en Jena, en Wagram, en Friedland, en Tudela, en Eckmuhl, en

Essling, en Esmolensko, en el Moskowa, en Lutzen, en Wurtchen, en Montmirail... Venid á agruparos bajo las banderas de vuestro caudillo: su existencia no se compone más que de la vuestra; sus derechos no son más que los del pueblo y los vuestros; su interés, su honor y su gloria, no son más que vuestro interés, vuestro honor y vuestra gloria. La victoria marchará á paso de carga, y *con los colores nacionales volará el águila de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora*. Entonces podreis enseñar honrosamente vuestras cicatrices; entonces podreis hacer gala de vuestras proezas, y sereis libertadores de la patria.»

Así en estas calorosas proclamas, donde trascienden todas las pasiones de entonces, á la par que del modo más hábil se tocan todos los puntos esenciales, sin cuidarse Napoleon de ser justo, de golpe entregaba á Augereau y á Marmont á la furia de los soldados, por saber que el ejército los miraba con odio. A los derechos de los Borbones oponia el derecho popular, y así tocaba en el lado más sensible á la muchedumbre. Diestramente prometia el olvido, atribuyendo ciertas debilidades á la omnipotencia de las revoluciones; y de la escarapela tricolor hablaba á los soldados, por saber que escondida la llevaban dentro de su mochila, y les recordaba su inmortal gloria, ajada por el odio torpe de los emigrados, y por medio de una imágen sorprendente, que se hizo popular de seguida, con voz profética auguraba á sus parciales la victoria. Entre sus cálculos más profundos se contaban estas proclamas, y por cierto que resultaron muy eficaces.

Antes de ponerse en marcha dispuso que regresara su flotilla á la isla de Elba, á fin de que anunciara á su madre y á su hermana el feliz éxito de la primera parte de su empresa; y al bergantín *Inconstante* ordenó que las trasladara á Nápoles de seguida, en donde podrian esperar el término de la crisis con seguridad absoluta.

Ya de noche se aproximó á Cannas, y en virtud de la orden expedida para detener á todos los coches, le trajeron al príncipe de Mónaco á su vivaque, príncipe que se habia pasado de un culto á otro, del imperio á la restauracion, á semejanza de tantos y tantos personajes de entonces. En libertad le puso al instante, le recibió muy jovialmente, y adónde iba preguntóle en familiar tono. —A mi casa, respondió el príncipe en el momento.—Y yo á la mia, replicó Napoleon y le despidió seguidamente, deseándole muy feliz viaje.

A media noche salió para Grasse, detrás de Cambronne ya adelantado con un destacamento de cien hombres. En el centro iba el batallon de la vieja guardia, escoltando el tesoro y las municiones, y despues el batallon corso, que formaba la retaguardia.

Desde la misma salida de Cannas empezaba el camino montuoso, por donde habia que andar ochenta leguas antes de llegar á Grenoble. Al amanecer el 2 de marzo llegó á Grasse la pequeña tropa. Empleadas fueron las pocas horas pasadas á las inmediaciones de Cannas en sacar raciones, en proporcionarse caballos, y especialmente en imprimir las dos proclamas. Desde este momento Napoleon resolvió no perder ni una hora, con el fin de llegar á Grenoble antes que todas las órde-

nes que de París fuesen expedidas. En pié tomó el desayuno, rodeado de su estado mayor y algo á la parte de fuera de la ciudad de Grasse, á vista del vecindario curioso á la par que perplejo, y sin dar la más leve muestra del entusiasmo que esperaba producir de golpe.

A las ocho de la mañana se puso en camino, precedido siempre de su vanguardia, y le costó muchas horas subir por una senda cubierta de hielo á la alta cordillera, que de la orilla del mar separa la cuenca del Duranza. Forzoso fué andar á pié lo más del camino. Junto á sus monturas iban los hombres que se habian podido hacer con caballos, y los demás les seguian con su equipo á la espalda. Tan riguroso era el frio que Napoleon se hubo de apeaar varias veces del caballo, para entrar en calor con el ejercicio, á que estaba muy poco acostumbrado. A menudo resbaló en la nieve, y hasta se tuvo que parar un momento á descansar en una especie de quinta ocupada por una vieja y algunas vacas. Mientras restauraba sus fuerzas al amor de una pobre lumbre, se dirigió á la campesina, bien agena de saber qué huéspedes acababa de recibir bajo el techo de su humilde choza, y la preguntó si de París sabia algo. Sorprendida quedó á consecuencia de una pregunta por completo fuera de su costumbre, y naturalmente respondió que no sabia nada.—¿No sabeis en qué se ocupa el rey ahora? añadió Napoleon en tono sencillo.—¡El rey! se oyó decir á la vieja, todavía mas asombrada que antes... ¡El rey!... del emperador hablareis sin duda... y ese continúa *allá abajo*... ¡Aquella moradora de los Alpes ignoraba por consiguiente que Napoleon habia sido

derribado del trono, y que Luis XVIII ocupaba su puesto! Como poseídos de estupor quedaron los testigos de la tal escena á la vista de tan singular ignorancia. No ménos pasmado, Napoleon miró á Drouot fijamente, y le dijo estas solas palabras.— ¿Y bien, Drouot, de qué sirve conmover el mundo para llenarlo con nuestro nombre?—De allí salió taciturno, y pensando en la vanidad de la gloria. Tras de seguir la marcha, se pernoctó en Seranon, aldea corta y formada por algunos caserios, donde se alojaron los soldados; Napoleon halló buena cama en la casa de campo de un vecino de Grasse. Durante la primera jornada se anduvieron quince leguas, sin tener que superar más obstáculos que el de las nieves y el de las rocas. Por demás rendidos de fatiga estaban los hombres, pero el entusiasmo les sostenia en su empresa, y prontos se hallaban á realizar el vaticinio del águila *volante de campanario en campanario*.

Muy de mañana se volvió á marchar el 3 de marzo. Aun se hallaron caminos montuosos y cubiertos de nieve; y tras de cruzar una distancia casi igual á la del día antes, se fué á hacer noche en Bareme, poblacion situada en el mismo valle del Duranza, aunque á diez leguas de sus orillas.

Tambien el 4 de marzo emprendióse muy temprano la marcha á pesar de la fatiga creciente: alto se hizo en Digne para tomar el desayuno, y hasta Malijay se llevó la punta. Ya se tocaba casi en las márgenes del Duranza, y era forzoso remontarlo por Sisteron y Gap, á fin de aventurarse de seguida en un desfiladero angosto y salir á la cuenca del Isere. Aquí se iba á encontrar un obstáculo de gran monta. Por Sisteron pasaba el ca-

mino de la orilla izquierda á la orilla derecha del Duranza, y atravesaba por un puente inaccesible, si lo defendian los fuegos de la plaza. Con solo cerrar las puertas de aquel insignificante castillo, un oficial fiel á los Borbones podia perfectamente cortar el paso á la columna expedicionaria. En tal caso fuera preciso bajar el Duranza para cruzarlo por más abajo, y perder horas muy preciosas, y dejar de este modo que se reconocieran los gefes de las cercanías, y que tuviera tiempo de lanzarse detrás de las huellas de Napoleon toda la poblacion marsellesa. Inminente era el peligro á todas luces, mas fiado en su ascendiente, Napoleon marchó sobre Sisteron sin vacilaciones.

Sus cálculos le salieron á maravilla, pues aturridos los que habian de ser en su contra, lejos de amontonar dificultades, se las quitaban del camino. Con efecto, á tenor de los informes del oficial de gendarmes, de que hemos hablado, creyendo el prefecto del Var que Napoleon se encaminaba á Tolon y á Marsella, dentro del bosque de Esterel sobre el camino de la costa reunió cuantas fuerzas le fué posible de guardias nacionales y de tropas, los primeros muy celosos, á la par que las segundas animadas de muy equívocos sentimientos. Adoptadas estas precauciones el dia 2 de marzo, inmediatamente despachó al mariscal Masena un correo, que hasta el 3 no podia llegar á Marsella, y otro que hasta el 4 no se recibiria en Grenoble. Al mismo tiempo esforzóse por comunicar el acontecimiento inesperado á los diversos gobernadores de las pequeñas plazas de los Alpes, sin darles instrucciones, que no les pudiera trazar tampoco á pesar de su celo. En semejante estado de cosas,

poseido cada uno de los gobernadores de sobresalto ante la terrible noticia, se metió presurosamente detrás de sus murallas, sin atreverse á salir para interceptar á Napoleon el camino. Hacia el Duranza inferior y sobre Aix replegó el general Loverdo las pocas tropas que tenia disponibles como jefe del departamento militar de los Bajos Alpes: con prisa por guarecerse dentro de las plazas fiadas á su honor por los Borbones, los gobernadores de Embrun y de Mont Dauphin concentraron sus destacamentos junto al alto Duranza; y así quedó indefensa la posicion de Sisternon, situada entre los dos puntos. Esa especie de movimiento de contraccion naturalísimo en gentes sorprendidas y espantadas dejó á Napoleon muy expedito su camino, sin que la traicion jugase para nada. Solo su nombre produjo aquellas resoluciones irreflexivas, de que iba á sacar tanto fruto.

Presentándose Cambronne delante de Sisternon á la cabeza de cien hombres, allí penetró sin dificultad el 5 de marzo, y Napoleon hizo allí el desayuno, tras de ver allanado como por arte de encantamiento uno de los mayores obstáculos de su marcha. Allí comenzaba á encontrar el espíritu de los montañeses del Delfinado, montañeses valerosos, muy sensibles á la gloria de las armas, intransigentes con el extranjero, con desamor á lo que se denominaba el clero y los nobles, sobremanera alarmados de resultas de los sermones de los eclesiásticos acerca de los bienes nacionales y del pago de diezmos, y entusiastas de Napoleon por tan poderosas razones. Al grito de *viva el emperador!* se les veia descender en muchedumbre de las montañas, y suministrar víveres

y caballos, y dar cuanto se les pedia de buen grado y de balde, y todavía de mejor voluntad por dinero.

Sin embargo de hallar en Sisternon tan buena acogida, ni por asomo pensó Napoleon en hacer parada, y así fué á Gap á pasar la noche, con el fin de ganar los desfiladeros, que conducen de la cuenca del Duranza á la del Isére. Extenuada de fatiga iba su tropa, como que la hacia andar cotidianamente diez ó doce leguas, cuando no eran quince, y así es que se quedaban rezagados no pocos hombres. Mas los recogian los campesinos y los llevaban en carros, y tras de algunas horas de reposo, se volvían á incorporar á las filas. Llegado á Gap el 5 por la noche, durante cuatro dias llevaba andadas cerca de cincuenta leguas por horrosos caminos de montañas; marcha de ejército prodigiosa, y que iba á ser más de maravillar en los dias siguientes.

Aun siendo bien recibido en Gap, allí tuvo noticias, que tampoco le permitian hacer alto. A un emisario despachó para que tantease á la guarnición de Embrun, y de vuelta expuso que á la primera señal estaban prontos á ponerse la escarapeta tricolor los soldados, pero que el sentimiento del deber contenia á sus oficiales, que trataban de ocupar el desfiladero llamado de Saint Bonnet, que ponía en comunicacion el valle del Duranza con el valle del Drac, afluente del Isére. Desde la salida de Gap da principio este desfiladero, por la garganta denominada de Saint Guignes cruza una alta montaña, y hácia Saint Bonnet baja de seguida. Temeroso Napoleon de que se le tomara la delantera en un paso tan peligroso, allá

envió su vanguardia el día 6 muy de madrugada, y personalmente la siguió á medio día, tras de esperar en Gap á la cola de su columna. No estaba custodiado el desfiladero, y así pudo ir á Corps á pasar la noche, sobre el límite del departamento del Isère. Todo le habia salido perfectamente hasta ahora; se hallaba en el seno del Delfinado, y ya podian resonar en torno suyo las emociones de la ciudad de Grenoble, profundamente agitada al saber que le tenia cerca. Si se apoderaba de esta ciudad importante por su situacion y por sus obras fortificadas, como tambien por su arsenal y por su guarnicion numerosa, y por el valor moral y politico de sus moradores, ya se podia casi reputar dueño de Francia, porque Grenoble le abria las puertas de Lion, y Lion las de Paris sin duda. Por no descuidar precaucion de ninguna especie, al doctor Emery envió por delante, como relacionado en Grenoble, para que predispusiera los ánimos en favor suyo.

A Grenoble llegó el correo despachado desde Draguignan por el prefecto del Var durante la noche del sábado 4 de marzo. Un sábio ilustre Mr. Fourier, mandaba á la sazón como prefecto en el departamento del Isère. El general Marchand, uno de los oficiales más estimados del imperio, era gobernador de Grenoble, donde la séptima division militar se hallaba por aquellos dias. Muy desagradablemente sorprendidos quedaron ambos de la noticia de que se les hacia sabedores, pues además de toda la gravedad que tenia para toda Francia, respecto de ellos se agravaba con la enorme responsabilidad que pesaba sobre su cabeza. Efectivamente, mejor informado el pre-

fecto del Var les acababa de dar parte de que Napoleón habria tomado la direccion de Grasse, de Digne, de Gap y de Grenoble, y por lo tanto la tempestad se les iba encima. A consecuencia de la propension natural de los gobiernos cuando les llega una noticia infausta la guardaron oculta, lo cual realmente les proporcionó algunas horas de sosiego, para deliberar acerca de su ulterior conducta en tan críticas circunstancias. Mr. Fourier pertenecia al número de los sabios á quienes las agitaciones políticas molestan del todo, y que no piden á los gobiernos de que son servidores más que la tranquilidad del estudio. Mucho hubiera deseado que la Providencia apartara de sí tan terrible prueba. Adicto á Napoleón por haber formado parte de la expedicion á Egipto, y á los Borbones por estimacion y por amor al reposo, no daba muy marcada preferencia á ninguna de las dos dinastías, y casi propendia á mirar de mal ojo á quien llegaba á perturbar su vida apacible. A esto se debe agregar el sentimiento de un honrado amor á la observancia de sus deberes, para concebir que desde luego deseaba permanecer leal á los Borbones, bien que sin llevar su adhesion hasta el martirio. Respecto del general Marchand, á pesar de estar asociado á la gloria imperial en todo y por todo, se mostraba severo observador de la militar disciplina, y aun desaprobando la conducta de los emigrados, su inteligencia era despejada de sobra para comprender los peligros á que la vuelta de Napoleón iba á exponer á Francia. Mucho más vigorosa era su resolucion que la del prefecto, si bien al presente la mayor ó menor energía no proporcionaba me-

dios de resistencia. Tropas no faltaban por aquellos contornos. A consecuencia de la indiscrecion de Murat, ya se habia ordenado y tenido principio el movimiento de concentracion hácia los Alpes, y más soldados que los correspondientes al efectivo del ejército se hallaban por entonces en el Franco Condado, el Lionés y el Delfinado. Pero á la verdad en presencia de Napoleon no importaba el número, sino la fidelidad de las tropas. ¿Estas resistirian á su nombre y muy luego á su presencia? Al ejército conocia el general Marchand lo bastante para abrigar dudas. Secretamente convocó á los gefes de los cuerpos, que al declararse prontos á cumplir sus deberes, no respondian sino á medias de sus oficiales, y de ningun modo de sus soldados. Hasta se estaba mal en Grenoble acerca de la eleccion de los regimientos. Al lado del 5.º de infantería, bien disciplinado y bien mandado, se hallaba el 4.º de artillería, en que Napoleon hizo sus primeras armas, y que al tiempo de la disolucion de la artillería de la guardia imperial recibió muchas compañías en su seno. Tambien estaba allí el 3.º de ingenieros, animado de sentimientos poco favorables á los Borbones, y con razon se temia la influencia que ordinariamente ejercen los cuerpos facultativos sobre el resto de las tropas. De resultas el general Marchand concibió la más viva zozobra, y para abrazar un partido aguardó la llegada del general Mouton Duvernet, gefe de la subdivision de Valencia del Delfinado. Formada entonces de cuatro departamentos, la séptima division militar se hallaba distribuida en dos subdivisiones, la de Grenoble abarcaba el Isère y el

Monte Blanco, y la de Valencia comprendía el Droma y los Altos Alpes. De aquí resultaba que para ir á dar órdenes á este último departamento, el general Mouton Duvernet tenia que pasar por Grenoble.

Enterado á su turno este general de los sucesos, á toda prisa tomó algunas precauciones para la defensa del puente de Romans sobre el Isére, en el caso de que Napoleon siguiera las orillas del Ródano en su marcha, tras de lo cual salió precipitadamente para los Altos Alpes, llegando á Grenoble el domingo 5 de marzo por la mañana. Allí en una junta, formada del prefecto Mr. Fourier, del general Marchand, del general Mouton Duvernet y de algunos oficiales de estado mayor, se deliberó acerca de las providencias que se debían adoptar por más convenientes. Difícil era que se hallasen proporcionadas á las justas inquietudes de los espíritus previsores.

Destacar tropas al encuentro de Napoleon, equivalia probablemente á entregárselas todas, porque á pesar de la fidelidad de los gefes, se resentia de poco verosímil que resistieran á su presencia los soldados. Concentrarlos en un punto dado era como abandonar el pais por completo, y posiciones de la más alta importancia, la de Sisternon entre ellas. De modo que abrazando uno ú otro partido se le abandonaban hombres ó terreno. Sin embargo, la ocupacion de la ciudad de Grenoble por el enemigo constituia un hecho tan grave de suyo, que sobre esto no quedaba cabida á incertidumbres. Además de ser la capital del Delfinado, su importancia moral rayaba muy arriba, á la par que era plaza fortificada des-

de muy antiguo; dentro se hallaban una escuela de artillería, otra escuela de ingenieros y un material enorme, consistente en ochenta mil fusiles, doscientas bocas de fuego y todo el tren inherente á semejante depósito de armas. Por consiguiente, no habia manera de evacuar punto de tanta monta, y asi fué que se convino en juntar alli todas las tropas diseminadas por toda la extension del Delfinado y de la parte de Saboya dejada á Francia. Ordenes se expidieron á Chamberi, para que se pusieran en marcha los dos regimientos alli existentes, el 7.^o y el 11.^o de línea, y á Viena para que enviase el 4.^o de húsares con urgencia suma, por escasear de caballería. Mas era el caso, que á pesar de estar mandado por el mayor Biot, oficial lleno de honor y dotado de prendas relevantes, mal se podian cifrar esperanzas en la seguridad de tal regimiento, cuando no hubo medio de impedir que aclamara al emperador á voz en grito, durante la visita reciente que el conde de Artois le habia hecho. Mas las circunstancias apremiaban á servirse de lo que se tenia á mano, y además se echaron las cuentas galanas de que, junta una considerable masa de tropas, se lograría ciertamente reanimar el espíritu militar en sus filas, y con el espíritu militar el sentimiento de los deberes propios de profesion tan noble. Adoptadas estas providencias, el general Mouton Duvernet partió hácia los Altos Alpes, siguiendo el mismo camino por donde Napoleon venia entonces, y con la esperanza de llegar antes al importante paso de Saint Bonnet, y de tomar las precauciones materiales que bastaran á impedirselo á toda costa.

Poco á poco fuese divulgando la noticia, reservada á los principios entre las autoridades, de forma que ya era pública á media mañana del domingo. Entonces el prefecto y el general tuvieron por mejor acuerdo anunciarla oficialmente, y publicaron una proclama, comprometiendo á los empleados de todas clases á cumplir sus deberes, bajo promesa de que les darian el ejemplo. Grenoble ofrecia un bosquejo fiel hasta lo sumo de la situacion de Francia por entonces. Allí se veia á algunos antiguos nobles haciendo alarde indiscreto de sus esperanzas y de sus votos, bien que á contar desde el proceso del general Exelmans y los funerales de la señorita Raucourt, se habian convencido de la necesidad de ser sensatos, para no exponerse á nuevos infortunios. Tambien se veia á una clase media numerosa, rica, ilustrada, sin que nunca hubiese caido en los excesos ni en los cambios súbitos del espíritu revolucionario, admiradora del genio de Napoleon, aunque muy contra sus desaciertos, profundamente ofendida por la conducta de los emigrados, bien que penetrando toda la trascendencia del peligro de restablecer el imperio á la faz de la Europa en armas. Finalmente se veia á un pueblo laborioso, bien acomodado, valiente, con menos lucha de sentimientos que la clase media, á causa de no tener tantas luces, apasionado por la gloria militar, aborrecedor de lo que se denominaba la nobleza y el clero, y partícipe en suma de todas las disposiciones de los campesinos del Delfinado, aun no teniendo á semejanza de estos el interesado motivo de los bienes nacionales.

Sin necesidad de venir á más latas explicacio-

nes, fácilmente se conciben las diversas emociones que la noticia de la aproximación de Napoleón produjo entre las diferentes clases. Furibundos gritos lanzó la nobleza acudiendo á casa de las autoridades, para excitarlas á cumplir sus deberes, y amenazándolas con todas sus iras, si andaban en vacilaciones. Mas ni con sus clamores ni con su agitación llevaba ningun medio formal de resistencia. No obstante, á su disposición tenían nno y se cifraba en proporcionar algunos hombres resueltos que disparasen el primer tiro, único modo de comprometer y decidir á las tropas. Aunque prometia hallar estos pocos hombres se dudaba de que llegase á realizar su oferta, y tambien ella abrigaba dudas. Inquieta y dividida mostrábase la clase media, pues si condenaba la marcha política de los Borbones, tampoco se le podian ocultar los peligros inherentes á su caída. Por su parte el pueblo, en cuyas filas pululaban muchos oficiales á medio sueldo, se estremeció de alegría, y sin rebozo hizo alarde de sus deseos y de sus esperanzas. Más que nunca disimulaban los empleados públicos sus verdaderos sentimientos, bien que anhelaban el triunfo de Napoleón en lo íntimo del alma, para verse eximidos respecto de los Borbones de una hipocresía fatigosa, que les humillaba por extremo, sin tranquilizarse en punto á la conservación de sus destinos. Una población así predispuesta ofrecia muy escasos recursos. Con una guardia nacional unida y bien organizada y mezclada á las tropas, tal vez cupiera la posibilidad de que el ejemplo mantuviera sus filas subordinadas; pero, cual de costumbre, en la caballería de la guar-

:

dia nacional alistóse con afectacion la nobleza, dejando por completo á la clase media la formacion de la infanteria. Varias veces mostró ésta muy viva oposicion á la marcha del gobierno y con pretextos diferentes se quitaron los fusiles á sus individuos, y así á la sazón hallábase la infantería de la guardia nacional sin armas y desorganizada. Por consiguiente solo tropas de línea se tenían á la mano, y su fidelidad era el gran problema del día.

Toda la segunda mitad del domingo 5 de marzo, y toda la primera del siguiente lunes se pasaron en agitaciones muy vivas, en una rápida sucesion de esperanzas y de temores, que á cada instante con la alegría de los unos daba margen á la honda pena de los otros. Ora se daba á Napoleon por perseguido, preso y fusilado, y entonces los realistas se paseaban por las calles con rostro risueño y hasta ademan provocativo, y se volvian á sus casas para enviar á Lion y á Paris las más felices nuevas; ora se daba á Napoleon por superador de los obstáculos todos, y por llegado casi á las puertas de Grenoble, y entonces los realistas se mostraban mustios y silenciosos, y á su turno corría el pueblo lleno de alborozo y dando vivas al emperador por las calles. Los oficiales á medio sueldo, cuya influencia fué tan funesta por entonces, sin descanso procuraban acercarse á las tropas y entablar relaciones con ellas, y encontraban á los oficiales embarazados y taciturnos, á la par que expansivos y alegres á los soldados, y con la escarapela tricolor escondida dentro de los morriones. Noticiosos los generales del peligro de tales manejos, de seguida trataron de po-

nerlos coto, y con este fin tuvieron á las tropas acuarteladas ó sobre las armas, no logrando más que moverlas á disgusto, sin cortar aquellas comunicaciones eléctricas hasta cierto punto, como inherentes á la conformidad de sentimientos.

Del general Mouton Duvernet se recibieron noticias á eso de medio dia el lunes. Habiendo avanzado por Vizille, en el camino de Gap encontró é hizo prender á un viajero. Este era el doctor Emery, enviado por Napoleon á Grenoble; y á las preguntas que por el general Mouton Duvernet le fueron dirigidas solo dió por respuesta que no sabia nada, pues que muchos meses atrás salta de la isla de Elba, y tranquilamente volvía á Grenoble, su lugar nativo, para fijar allí su morada. Deslumbrado el general Mouton Duvernet por estas manifestaciones, al doctor Emery dejó libre paso, y acto continuo siguió el avance. Muy luego supo que despues de dormir Napoleon en Gap la noche antecedente, sobre Corps marchaba aquel mismo dia, y allí entraria por la tarde, no sin dejar el desfiladero de Saint Bonnet á la espalda. Por consiguiente ya era pasada la ocasion de estorbarle el paso, y no quedaba al general Mouton Duvernet más arbitrio que el de retroceder hácia Grenoble. Recapacitando sobre el encuentro del doctor Emery en el camino, al punto hizo que se le siguiera el alcance para apoderarse de su persona; mas el doctor muy sobre aviso oportunamente metióse en Grenoble, y escondido por sus amigos en lugar seguro, les dió el encargo de esparcir las proclamas de Napoleon y la noticia de estar ya cerca.

La agitacion subió de punto al saberse allí que

no habia sido posible llegar antes que Napoleon á los desfiladeros, que separan la cuenca del Duranza de la del Isère, y que en Corps estaria ya entonces, y quizá en Grenoble al dia siguiente. Por una parte se decia que nada era capaz de resistir á su influjo, y que las tropas enviadas en su contra solo servirian para aumentar sus fuerzas: por otra se susurraba que en Lion se reunia un ejército mandado por el conde de Artois y muchos mariscales, para aprisionar al evadido de la isla de Elba, y hacer un castigo ejemplar en su persona. Para cobrar ánimos divulgaban tal nueva los realistas sin tranquilizarse de resultas. A las autoridades asediaban de continuo, las reconvenian con dureza, y las acusaban de no hacer nada, sin que tampoco hicieran cosa alguna, y las censuraban de la manera más amarga por encerrarse pasivamente en Grenoble. Segun su dicho, esto equivalia á abrir á Napoleon todas las avenidas, y á entregarle por completo la Francia. A la par se citaba un nuevo sitio donde habia posibilidad de obstruirle el paso tan solo con volar un puente. Este puente era el de Ponthaut sobre un riachuelo, el Bonna, que desagua en el Drac, afluente del Isère, y que obstruye el camino de Gap. Con volar este puente se daba por seguro que Napoleon se veria precisado á refugiarse en las montañas ó á descender á las llanuras, esto es, á las orillas del Ródano, donde las fuerzas reunidas en Lion le destruirian irremisiblemente. De tal modo se insistió ante las autoridades civiles y militares que el prefecto y el general tomaron el partido de enviar á dicho puente del Bonna una compañía de artillería, otra de ingenieros y un batallon del

5.º de línea, que inspiraba más confianza por su disciplina completa. Este batallón lo mandaba un oficial muy distinguido llamado Lessard, que en la guardia imperial había servido tiempos antes, si bien figuraba como puntual observador de sus deberes, y estaba determinado á no faltar á sus juramentos. Todos siguieron á aquellas tropas hasta la puerta de Bonna, por donde efectuaron su salida, los realistas muy fiados en su buen continente, y los bonapartistas por el contrario satisfechísimos de que el aspecto y el ademán de los soldados no permitían la duda más leve acerca de cuál sería su conducta, así que Napoleón se les presentara delante.

Como á la caída de la tarde emprendió la marcha, hasta el día siguiente no se podían saber noticias de esta columna, y con ansiedad las aguardaban todos. A otro día, martes 7 de marzo, se vió llegar á los regimientos 7.º y 44.º de Chamberi, y al cuarto de húsares de Viena. Entretanto se pusieron manos á la obra, trabajándose activamente en el armamento de la plaza, y arrastrando los cañones del arsenal para subirlos á los baluartes. Muchas esperanzas vinculaban los realistas en uno de los regimientos de infantería llegados recientemente de Chamberi, y era el 7.º al mando del coronel La Bedoyère, oficial joven y de los más brillantes, que había hecho las campañas más rudas del imperio, de nobleza antigua, entroncado con la familia de los Damas por su esposa, muy agasajado por la corte, á la cual se mostraba al parecer muy adicto. Se contaba que al entrar en Grenoble, de su bolsillo había repartido una suma de dinero á sus soldados, y por se-

guro se daba que así había procedido para conservar al regimiento de su parte, y mantenerlo en la vía de la obediencia.

Este joven coronel comía entonces con los oficiales de la guarnición de la plaza en casa del general Marchand, que los juntó á su mesa, con el fin de estar más al tanto de sus inclinaciones. Ante la autoridad superior los más blasonaban de celo sumo, si bien algunos más sinceros, aun afirmando que cumplirían sus deberes, no ocultaban que en contra de Napoleon se les haría muy cuesta arriba. En medio de éstas manifestaciones el coronel La Bedoyère no desplegó sus labios, y no dejó de chocar tal silencio en un oficial reputado como realista, aunque á nadie le pareció sospechoso, tan imposible parecía la duda con relación á su persona. De la mesa levantáronse á las dos de la tarde, y como las tropas enviadas al puente de Ponthaut ya debían estar enfrente de Napoleon á tal hora, y como la hora de la crisis se aproximaba por momentos, cada cual se retiró á desempeñar sus funciones.

Con efecto, las tropas puestas la noche anterior en marcha por Vizille, La Frey, La Mure, se encaminaron á Ponthaut; las compañías de artillería y de ingenieros, sembrando el camino de escarapelas blancas y prorumpiendo en frases muy significativas; por el contrario, el batallón del 5.º regimiento de línea sin dar la más leve señal de sus sentimientos. Alto hicieron las dos compañías de ingenieros y de artillería en la aldea de La Mure, a corta distancia del puente de Ponthaut sobre el Bonna. Al saber el alcalde y los vecinos de La Mure lo que se iba á poner por obra, se agi-

taron de la manera más viva y se opusieron á la destruccion de un puente que formaba su principal medio de comunicacion con la Provenza. Por razon de su resistencia declarada alegaron que un poco más arriba de Ponthaut era vadeable el Bonna, y que todo el daño causado á la columna imperial se reduciria de consiguiente á obligarla á pasar el rio en ocasion de estar bastante fria el agua. Por legítimas aparentaron los ingenieros tener las razones de los vecinos de La Mure, y sin insistir en la destruccion del puente, les pidieron alojamiento, que se apresuraron á facilitarles de buen grado, ínterin llegaba el regimiento 5.º de infantería.

Segun hemos dicho, Napoleon fué á pasar en la aldea de Corps la noche, impaciente como estaba de apoderarse de los desfiladeros entre Gap y Grenoble. Felizmente los habia salvado y lleno de confianza proseguia el avance, al ver de manifiesto el espíritu de las poblaciones, con el incesante grito de *viva el emperador!* en torno suyo. No obstante, se le alcanzaba que el dia siguiente era el decisivo, pues se hallaria por primera vez con un cuerpo de tropas, y de la conducta observada por este cuerpo dependia la suerte de su expedicion aventurada. Mientras se aprestaba á tomar en Corps algunas horas de descanso, no omitió la diligencia de enviar á Cambronne con una vanguardia de doscientos hombres para asegurarse del puente sobre el Bonna é impedir que fuera destruido. Provistos de caballos desde que penetraron en el interior del territorio, los lanceros polacos se adelantaron á Cambronne, y despues de cruzar el Bonna, se presentaron al

alcalde de La Mure en demanda de alojamiento. Muy luego se mezclaron unos con otros y los lanceros polacos se pusieron á fraternizar con los soldados de línea, á quienes hallaron perfectamente dispuestos, si bien contenidos por la presencia de sus oficiales. Asi y todo se formaron muchos corrillos entre unos y otros, y ya los soldados de infantería se inclinaban patentemente hácia los lanceros, cuando el comandante Lessard presentóse de pronto, y les hizo emprender una marcha retrógrada hasta la aldea de la Frey, temiendo por su tropa el roce con los soldados de la isla de Elba. Receloso tambien Cambronne, llegado á La Mure á este tiempo, de que enmedio de aquellas conversaciones, un hombre tomado del vino diera ocasion á que llegaran á las manos lo cual le habia recomendado Napoleon que evitase á toda costa, casi uno á uno tuvo que avisar á sus hombres para sacarlos de la aldea, y de este espontáneo modo quedó evacuada por ambas partes, bien que dueño Cambronne del puente de Ponthaut sobre el Bonna.

Asi pasó la noche, reinando la ansiedad más viva, asi entre los que iban á interceptar á Napoleon el paso, como entre los que venian bajo su bandera. Una marcha retrógrada de algunas horas hizo el comandante del batallon del 5.º regimiento, para impedir que con la tropa de Napoleon se comunicaran sus soldados, y se detuvo en una posicion excelente, á la derecha con montañas, y á la izquierda con estanques. Allí estaba en aptitud para la defensa, y para dar á sus tropas algun descanso. Sin ver nada permaneció asi hasta el medió dia del martes, lisonjeándose de que tal

vez Napoleon habria ya variado de camino, lo cual le descargara de una responsabilidad inmensa. A cosa de la una asomaron algunos lanceros, varios de los cuales se aproximaron lo bastante para ser oidos de los soldados del 5.º regimiento, diciéndoles que el emperador se iba á presentar al instante, que no disparasen un tiro y que se pasaran á su bandera. Fiel á sus deberes el valiente comandante les intimó que se alejasen de seguida, con la amenaza de hacerles fuego, si se obstinaban en dar consejos de desercion á su tropa.

Aquellos jinetes se replegaron al galope sobre una columna más compacta, que avanzaba por el camino, y que al parecer se componia de muchos centenares de hombres; cuya columna era la de la isla de Elba, mandada por Napoleon en persona. Saliendo de Corps, donde habia pasado la noche, se adelantó á La Mure, y tras de dar tiempo á su tropa solo para comer el rancho, se puso en marcha sobre la posicion fuerte, donde se le decia que estaban un batallon del 5.º regimiento de infantería y algunas tropas de artillería y de ingenieros, en actitud de gentes apercebidas á la defensa. De boca de los replegados lanceros polacos supo que dispuestos parecian á resistir los oficiales, pero que verosimilmente no harian fuego los soldados. Napoleon miró algun tiempo con su antejo la tropa que tenia delante, para examinar bien su posicion y su continente. A este tiempo llegaron oficiales á medio sueldo con traje de campesinos, y le dieron pormenores acerca de los sentimientos de la tropa destinada á cerrarle el paso; sus palabras eran las siguientes:—Lo que es la artillería y los ingenieros no dispararán un solo tiro.

Sin duda el oficial que manda la infantería dará la voz de fuego, mas es muy de dudar que le obedezcan sus soldados.—Tras de recibir estos informes, Napoleon determinó marchar adelante y resolver con un acto de audacia una cuestión que no podía ser resuelta de ningun otro modo. Sobre la izquierda del camino puso la vanguardia de Cambronne, sobre la derecha el grueso de su columna, y delante los cincuenta jinetes que habia conseguido montar hasta entonces. De seguida con voz clara mandó á sus soldados que se pusieran debajo del brazo izquierdo los fusiles con el cañon hácia tierra, y prescribió á uno de sus ayudantes de campo que fuera á decir al frente del 5.º regimiento que iba á avanzar de seguida, y que los que dispararan un tiro serian responsables ante Francia y ante la posteridad de los sucesos que sobrevinieran de resultas. ¡Ah qué razon tenia sobrada, pues aquellos á quienes interpelaba de tal suerte iban á decidir si Waterloo estaria ó no inscripto en las sangrientas páginas de la francesa historia!

Dadas sus órdenes todas, con Bertrand, Drouot y Cambronne puso en movimiento la columna, y se colocó á su cabeza. Apenas llegado junto al batallón del 5.º regimiento el ayudante de campo le repitió las palabras de Napoleon en voz sonora, y con la mano señaló al punto por donde se aproximaba resueltamente. Poseidos de extremada ansiedad los soldados ante aquella perspectiva, hácia Napoleon miraban unas veces, y otras hácia su comandante, como para suplicarle que les eximiera de un deber de imposible observancia. Viéndolos confusos y cual fuera de tino harto compren-

dió el gefe que no eran capaces de hacer cara á su antiguo soberano, y enérgicamente dió la voz de retirada.—¿Cómo quereis que obre en tal coyuntura? (dijo á un ayudante de campo del general Marchand, llegado allí con un parte); están pálidos como la muerte y tiemblan solo á la idea de hacer fuego sobre ese hombre.—Al pronunciarse en retirada, los cincuenta lanceros de Napoleon avanzaron al galope sobre el 5.º regimiento, no para cargarle ni por asomo, sino para darle alcance y hablarle al alma. Creyendo el valiente Lessard que iba á ser acometido, al punto dió la voz de alto, y de seguida mandó á sus soldados calar bayoneta contra los asaltadores. Ya junto á las bayonetas del 5.º regimiento, con el sable dentro de la vaina los lanceros polacos decian á voces.—No tireis, amigos; Napoleon viene hácia vosotros.—Y con efecto, llegado Napoleon al mismo punto, se halla delante del batallon y á alcance su voz de los soldados. Parándose de pronto, les grita vigorosamente:—¿Me conoceis, soldados del 5.º regimiento?—Sí, sí, responden centenares de voces. Entonces desabrochándose el leviton y presentándoles su pecho, les dice brioso:—¿Quién de vosotros hay que contra su emperador haga fuego?—Arrebatados al oír estas últimas palabras, infantes y artilleros prorumpen en gritos de *viva el emperador* á una, con los morriones en la punta de sus sables y de sus bayonetas; de seguida rodean á Napoleon á porfía, y le besan las manos, llamándole su general, y su emperador, y su padre. Sin saber qué partido tomar en tales circunstancias, se hallaba el comandante abandonado por su tropa, cuando Napoleon se le acerca de pronto,

desembarazándose del tropel de soldados, y le pregunta su nombre, su graduacion y sus servicios, y añade de seguida:—¿Quién os hizo comandante?—Vos, señor.—¿Quién os hizo capitán?—Vos, señor.—¿Y me queriais hacer fuego?—Solo en cumplimiento de mis deberes, contestó el oficial bizarro.—Seguidamente entrega su espada á Napoleon, quien se la recibe y le estrecha la mano, y le dice sin que en su voz transpire la más leve señal de enojo:—Me ireis á ver en Grenoble.—Así el ademan como el acento de Napoleon denotan que no ha tomado la espada, sino para devolvérsela á oficial tan digno. Luego se vuelve hácia Bertrand y Drouot y les dice con entereza.—Todo está consumado, dentro de diez dias nos hallaremos en las Tullerías.—Efectivamente, despues de suceso tan grave, la cuestion parecia resuelta; casi no era ya dudoso que reinaria nuevamente. Por cuánto tiempo, no estaba al alcance de nadie.

Tras de conceder algunos momentos á la alegría, juntas marcharon en direccion de La Frey y Vizille las tropas conquistadas en La Mure y las procedentes de la isla de Elba. Al paso halláronse parciales fogosos del imperio, que corrian al lado de Napoleon y contestes anunciaban que de Grenoble á La Mure venia todo un regimiento con su coronel á la cabeza, si bien añadian que no era de temer nada, á juzgar por las manifestaciones de los soldados. Realmente muy pronto se descubrió á lo lejos avanzar el regimiento en columna cerrada, y nuevos sobrevinientes informaron sobre lo que se debía creer de sus disposiciones. No era otro que el 7.º de línea al mando del coronel La Bedoyère, cuyo silencio en la mesa del general

Marchand habia parecido tan extraño y tan en contradiccion de sus presuntos sentimientos. Segun ya hemos dicho, por su familia y por su esposa tenia el jóven La Bedoyére vínculos estrechos con la casa de los Borbones, y se debia suponer que le era muy devoto; pero en lo íntimo del alma abrigaba sentimientos contrarios á su origen y á su parentesco. Muy ardiente adhesion habia conservado á Napoleon y á la gloria de las armas francesas. Participando de las preocupaciones comunes á sus camaradas, como hechuras del extranjero consideraba á los Borbones, y no les queria servir de ningun modo. No obstante, á instancias de su familia consintió en volver al servicio, y admitió el mando del 7.º regimiento, lisongeándose á consecuencia de cundir vagos rumores de guerra, durante el congreso de Viena, de vengar sobre los austriacos las últimas desventuras de Francia. Enviado al Delfinado por una fatalidad deplorable, y hallándose á Napoleon en el camino, ya no pudo resistir al impulso que le arrastraba hácia su persona, bien que, incapaz de aguardar á que se le declarase propicia la fortuna para abrazar su causa, al levantarse de la mesa del general Marchand juntó su regimiento en una de las plazas de Grenoble, de una caja sacó el águila que le habia servido de enseña, victoreó al emperador con entusiasmo, y blandiendo la espada dijo á sus soldados:—¡Sigame quien me ame!— Detrás se fué casi todo el regimiento, y así emprendió el camino de La Mure, al son de los frénéticos aplausos del pueblo de Grenoble.

Llegados á noticia de Napoleon tales detalles, por su indole trascendental disiparan al golpe to-

das sus zozobras, si despues de lo acontecido en La Mure le hubiera quedado ni la más leve. Estando ya el 7.º regimiento muy cerca, se vió á La Bedoyère saltar del caballo para correr hácia Napoleon, y á éste apearse tambien del suyo, recibir al coronel en sus brazos, y darle gracias con efusion por el movimiento espontáneo que le habia impulsado hácia su persona, cuando aun todo era incertidumbre. La Bedoyère contestó que habia obrado de esta suerte, para sacar de su postracion á la Francia humillada, y despues con el abandono de un corazon que se le saltaba del pecho, expuso á Napoleon que iba á encontrar á la nacion muy cambiada, que debia renunciar á su antiguo sistema de gobierno, y que no podia ya reinar sino á condicion de dar principio á un nuevo reinado (1).—Ya lo sé, dijo Napoleon, y vengo para restaurar vuestra gloria, para salvar los principios de la revolucion, y para aseguraros una libertad que, si era difícil al comenzar mi reinado,

(1) Napoleon negó en Santa Elena que el coronel La Bedoyère le hubiese hablado de este modo. Sin duda estaba autorizado Napoleon para cuestionar acerca del violento lenguaje, que se puso én boca de La Bedoyère; pero de ningun modo podia negar el fondo de las ideas aquí expresadas en sustancia. Garante salgo de todas las circunstancias, cuya relacion acaba de ser leida, como que sobre los sucesos de la isla de Elba, de Cannas, de Grasse, de Gap, de La Mure, de Grenoble, de Lion, poseo una porcion de manuscritos de interés sumo, redactados unos por militares, otros por magistrados, testigos oculares todos y dignos de entera confianza asi por su carácter como por su categoria. Respecto de la mansion en la isla de Elba, el documento más curioso y completo es el registro de las Ordenes y de las Correspondencias de Napoleon, y teniéndolo á la vista he escrito mi relato.

hoy se ha hecho, no solo posible, sino hasta necesaria.

Seguidamente cruzó Napoleon por Vizille, siendo allí recibido con demostraciones muy jubilosas, y continuó su marcha hacia Grenoble, a donde llegó á las nueve de la noche del 7 de marzo. Durante seis dias habia dado remate á una marcha de ochenta leguas, al frente de una tropa armada, marcha, segun su propio dicho, sin ejemplo en la historia. Mucho le ayudó á dar cima á este prodigio de celeridad la eficacia de los habitantes en suministrar caballos y carretas para los soldados.

Por entonces la mayor confusion reinaba dentro de Grenoble. Al saber el general Marchant la partida del 7.^o regimiento, dispuso que las puertas de la ciudad fuesen cerradas, y que se le llevaran á su casa las llaves, lo cual no fué impedimento para que algunos soldados detenidos se descolgasen por los muros con el fin de reunirse á sus camaradas. Consternados retiráronse los nobles á sus domicilios, casi no se vió asomar á la clase media, fluctuante entre la satisfaccion de tomar venganza de los nobles y la zozobra de los males que se iban á venir encima de Francia. Dando vivas al emperador y abandonado á sí mismo corria el pueblo por las calles en union de los oficiales á medio sueldo. Exaltado hasta el último punto al saber la noticia del suceso de La Mure, llevada por algunos hombres á caballo, presurosamente se lanzo á las puertas, y hallándolas cerradas se agolpó sobre los baluartes, aguardando con impaciencia á que asomara la columna de la isla de Elba.

Quando Napoleon estuvo á la vista de Grenoble, en frenesi se trocó el alborozo. A una se precipitó sobre la puerta el pueblo agolpado encima de los muros, y para abrirla hacia esfuerzos, mientras á la parte de fuera bandas de campesinos pugnaban por echarla abajo. Cediendo la puerta á este doble empuje, cabalmente se vino al suelo cuando llegaba Napoleon á la cabeza de su tropa. Con sumo trabajo avanzó por entre la apiñada muchedumbre, y se fué á apearse á la fonda de los Tres Delfines.

Al saberse que Napoleon estaba muy cerca, de pronto desaparecieron las principales autoridades. Desde luego se trasladó el general Marchand al departamento del Monte Blanco, para juntar las tropas que aun quedaban en torno suyo, y para esforzarse hasta el postrer momento en cumplir sus deberes militares. Embarazado el prefecto de resultas de sus antiguas relaciones con Napoleon desde la expedicion á Egipto, se decidió á la fuga, por miedo de ser arrastrado fuera de la linea de sus deberes, si se veia delante de su persona. Hácia Lion encaminóse presuroso, no sin dejar muy recomendado que le excusasen con su antiguo soberano de tan precipitada partida. Napoleon no se quiso hospedar ni en el alojamiento de la division militar ni en la prefectura, y siguió en la fonda de los Tres Delfines, donde se apeó desde luego, en virtud de la ley que se habia impuesto á sí propio en esta expedicion de pagar donde quiera sus gastos, para diferenciarse en esto de los Borbones, cuyos viages salian muy caros á las provincias visitadas.

Apenas instalado en el modesto aposento de la

fonda de los Tres Delfines, se dedicó á recibir á cuantos se presentaron de movimiento propio, y luego pasó la noche platicando con el alcalde y demás individuos del ayuntamiento y con los gefes de las tropas, y asomándose de vez en cuando al balcon para satisfacer la impaciencia del pueblo. Para el dia siguiente fijó la recepcion de las autoridades departamentales y la revista de las tropas.

Dando órdenes para organizar el gobierno en las provincias ya conquistadas, se pasó la primera parte de la mañana del 8 de marzo, y despues recibió á las autoridades civiles, judiciales y militares. Todas, al darle el parabien por su triunfo, se lo presagiaron en su marcha sobre Paris aun más completo, y se congratolaron de verle llegado á restaurar los amenazados principios de la revolucion francesa, y á vuelta de numerosas protestas de adhesion profunda, le declararon paladinamente que era forzoso prepararse á un nuevo reinado, distinto del precedente en un todo, reinado pacífico y liberal á un tiempo. Por más que el acatamiento á la autoridad apenas restablecida de Napoleon fuese grande, no se le hablaba el lenguaje de que se usa con un soberano, sino con el gefe de un estado libre. Sin que los semblantes dejasen de expresar como siempre curiosidad y admiracion ante su presencia, no revelaban ya la sumision de costumbre.

Napoleon no dió señales de embarazo, ni de disgusto. Tranquilo, sereno y como amoldado á su nuevo papel sin violencia, á cuantos habló privada ó públicamente les dijo en el tono familiar de la conversacion, ó en lenguaje contenido de una

recepcion oficial, que acababa de pasar diez meses reflexionando sobre lo pasado, y procurando sacar provechosas lecciones; que, lejos de moverle á enojo, le habian instruido los ultrages de que se le acababa de hacer blanco; que comprendia lo que necesitaba Francia, y aspiraria á proporcionárselo todo; que estaba muy al cabo de que la paz y la libertad eran una necesidad imperiosa del tiempo, y no otra seria la norma de su conducta; que sin duda habia amado la grandeza y aun cedido con exceso al estímulo de las conquistas, bien que no solo por culpa suya, pues al impulso general habian contribuido las potencias de Europa con su sumision uniforme, los cuerpos constituidos con la eficacia de ofrecerle una vez y otra la sangre y los tesoros de Francia, y la Francia misma con sus aplausos; que además excusable era la tentacion de hacer á Francia dominadora de las demás naciones, y se le debia perdonar que hubiera cedido á ella, si bien con el propósito de no reincidir ya nunca; que al pie del tratado de París no hubiera estampado su firma, pues sin vacilaciones descendió del trono, para no quitar por sí mismo á Francia lo que no la habia dado de ningun modo; pero que la ley de todo gobierno regular estribaba en el respeto á los tratados y asi aceptaba el tratado de París como un hecho, y sus estipulaciones servirian á su política de base; que no dudaba del mantenimiento de la paz en virtud de esta declaracion positiva; que ya habia transmitido la expresion de estos sentimientos propios á su suegro, por lo cual esperaba fundadamente que no le negaria su ayuda el Austria; que de nuevo iba á escribir por conducto de Turin á la corte de

Viena, y de resultas contaba con la próxima llegada á París de su mujer y de su hijo.

Respecto del gobierno interior de Francia, acomodando Napoleon su lenguaje á las pasiones de entonces, con repeticion dijo que iba á libertar á los campesinos del pago del diezmo, á los compradores de bienes nacionales del peligro de un inminente despojo, al ejército de humillaciones insoportables, y finalmente, á consolidar el triunfo de los principios de la revolucion francesa, siempre en peligro á causa de las tentativas de los emigrados; que, aun cuando los Borbones tuviesen las luces y la fuerza de que se hallaban desprovistos, su conducta no podia ser otra que la observada desde su venida, pues representantes de una monarquía feudal y apoyados sobre los eclesiásticos y los nobles, con ellos fueron proscriptos, y por necesidad tenian que volver con ellos; que sin mostrarse ni remotamente injustos ni injuriosos respecto de los Borbones, de sus desaciertos no habia que deducir más que una sola cosa, á saber, su incompatibilidad con la Francia; que para la proteccion de nuevos intereses se necesitaba un gobierno igualmente nuevo, nacido de estos intereses mismos y por ellos y para ellos formado; que de este gobierno seria legitimo representante su hijo, por quien iba á trabajar tan solo; que llegaba á preparar su reinado y á depárárselo decoroso y tranquilo; que, aun sin su llegada, forzosamente sucumbieran los Borbones en medio de los disturbios provocados por su conducta; que, al contrario, dando él seguridad á los nuevos intereses, y satisfaccion al espíritu de libertad, sin remedio precavería las agitaciones fu-

turas con la supresion de su causa; que por sí mismo propondria la revision de las constituciones imperiales, para que de ellas brotara la verdadera monarquía representativa, única forma de gobierno digna de una nacion tan ilustrada como Francia; que serian bien recibidos cuantos cooperasen á la realizacion de tan patriótica obra, pues de los últimos sucesos no queria sacar más que lecciones y de ningun modo motivos de resentimiento; que para cuantos adoptaran la causa nacional tendria siempre abiertos los brazos; que se habia hecho perfectamente en recibir á los Borbones y en ensayar otra vez su sistema de gobierno; que á nadie podia mirar de mal ojo por haber asentido á tal ensayo, pues al salir de Fontainebleau se lo aconsejó á sus más leales servidores; pero que, ya hecho el ensayo, forzoso era deducir que el gobierno de los Borbones se resentia de imposible; que por tanto esperaria lleno de confianza y acogeria cordialmente el retorno de los buenos franceses á la revolucion y á la libertad de Francia, de que él y su hijo eran los únicos y legítimos representantes.

Sencillo, ingénuo y hábil en su lenguaje, Napoleón convino en todo aquello de que se le podia hacer cargo, de suerte que hizo expirar la censura con anticiparse á ella sin rebozo. Por lo demás expresóse con dignidad bastante, imputando las faltas propias y ajenas á las circunstancias, más fuertes á su decir que los hombres. Hasta excusó á los Borbones, esmerándose en presentarlos menos culpables, para que resultaran más incorregibles; nunca hizo mencion de los derechos de su dinastía, sino enlazándolos con los de Francia; de

su hijo habló más á menudo que de sí propio, á fin de manifestar á las claras que volvía á aparecer en escena tan solo para preparar en la cabeza de un niño tierno, que tambien figuraria como hijo de Francia, un reinado pacífico, liberal y floreciente en todos sentidos. Tales explicaciones hicieron el mejor efecto hasta á los que se asustaban de la tentativa de restablecer el imperio á la faz de la Europa armada, y á los que temian asimismo los hábitos de Napoleon á la autoridad arbitraria y absoluta. Se lisonjearon todos, ó á lo menos, ya echada la suerte, se complacieron en lisonjearse de que, con tales disposiciones y con su genio rejuvenecido por el reposo, la reflexion y la desgracia, al cabo llegaria á superar las dificultades de su nuevo papel en el mundo, y á dar á Francia todo lo que tenia el buen seso de prometer de una manera terminante.

Siempre con mente libre, aun en medio de las situaciones más agitadas, con Mr. Berriat Saint Prix platicó sobre algunas disposiciones de los códigos franceses, sobre los cuales no estaban acordes los jurisconsultos, y prometióle que el exámen, ó en caso de necesidad, el cambio de estas disposiciones se contaria entre el número de las reformas legislativas de que se iba á ocupar en el seno de una paz profunda. que no pensaba ya turbar en su vida.

En seguida de dar audiencia á las diversas autoridades se fué á pasar revista á las tropas, que naturalmente le recibieron con entusiasmo. Aclamaciones casi frenéticas por lo vehementes lanzaron los regimientos 5.º de línea acuartelado en Grenoble, el 7.º y el 44.º conducidos desde

Chamberi, el 4.º de húsares procedente de Viena, el 3.º de ingenieros y el 4.º de artillería. Tres gefes de cuerpo abandonaron por escrúpulo militar sus respectivos regimientos, pero los más se quedaron en las filas, considerándose desligados de sus juramentos anteriores por una revolución. Con celeridad mágica aparecieron las escarapelas tricolores, que los soldados llevaban ocultas dentro de sus mochilas; hasta las águilas, escondidas no se sabe donde, se tornaron á ver de repente sobre las banderas tricolores, de suerte que no parecia que en el reinado imperial acababa de existir la interrupcion de un año. Mucho habló Napoleon á los soldados de su gloria ajada por los emigrados, luego les repitió que á todo trance queria la paz, y contaba con sus beneficios, por estar determinado á no meterse ya en negocios ajenos, pero que tampoco sufriria que se mezclase nadie en los de Francia, y que si por desgracia alguien se propasaba á tanto, no dudaba que los volveria á encontrar tan valerosos y afortunados como siempre. Asimismo añadió que despues de marchar sobre Grenoble con la escolta de sus compañeros de destierro, con los cuales habia salido de la isla de Elba, ahora con la escolta de los valientes reincorporados á su causa iba á marchar sobre Lion y sobre París, y á dar remate á la conquista de Francia, como lo acababa de dar á la de la Provenza y el Delfinado, no con las armas sino con el impulso irresistible del ejército y del pueblo; que las horas eran preciosas, y asi convenia sobremanera no dejar tiempo á los Borbones de recapacitar sobre su situacion apurada y de llamar al extrangero en su ayuda, por lo cual im-

portaba partir de seguida y sin pérdida de un solo instante. Apenas se repartieron las ya preparadas raciones á las tropas, Napoleon mismo las puso en camino para dirigirse por Bourgoin á Lion como á las cuatro de la tarde.

Al despedirse Napoleon anunció que las seguiria muy de cerca poniéndose á su frente á más andar al otro dia para abrirse las puertas de Lion al modo que se habia abierto las de Grenoble, desplegando la bandera tricolor al viento. Para Lion salieron á los gritos de *viva el emperador!* los regimientos 4.º, 7.º y 44.º, el 3.º de ingenieros y el 4.º de artilleria, provistos de un parque de campaña de treinta bocas de fuego, y con el cuarteto de húsares á la vanguardia. Un cuerpo formaban de siete mil hombres, fanatizados por completo, capaces de vencer á soldados fieles á los Borbones, si los encontraban por acaso, y más todavía de arrastrar por el mismo sentimiento, de que habian sentido el impulso, á todas las tropas que salieran á oponerles resistencia.

Segun la costumbre observada por Napoleon en sus campañas de trabajar mientras iban de marcha sus tropas, de vuelta en la fonda de los Tres Delfines se apresuró á expedir las órdenes indispensables, proponiéndose partir á la otra mañana bajo la escolta de los soldados de la isla de Elba, que, gracias á esta disposicion oportuna, ya habrian disfrutado un dia entero de descanso. Así debia llegar á las puertas de Lion el 10 de marzo, á la cabeza de un cuerpo de tropas más numeroso que cuantos por de pronto se pudieran enviar en su contra.

Descontento estaba del prefecto Fourier, que

habia huido por no encontrarse á su presencia, en vez de esperar su llegada, y se expresaba de este modo:—Con nosotros estuvo en Egipto, durante la revolucion hizo figura, y hasta estampó su firma al pie de una de las exposiciones dirigidas á la Convencion contra el desventurado Luis XVI (en lo cual se equivocaba Napoleon á todas luces.) ¿Qué tiene de comun con los Borbones?—Bajo la primera impresion de disgusto, Napoleon iba á dictar contra Mr. Fourier una providencia, cuando le fueron comunicadas las explicaciones, que por indirecto conducto le dirigió este prefecto al abandonar á Grenoble. Calmóse de resultas, y le despachó la órden de que en Lion se le presentara sin falta. Al general Marchand expidiósele en el mismo sentido, y luego se puso á escribir á María Luisa, para anunciarla su entrada en Grenoble y la certidumbre de su entrada en París dentro de poco, y para inducirle á que se le uniera cuanto antes, y le llevara su hijo, y renovara al emperador Francisco la seguridad de sus pacíficas intenciones. Esta carta se la envió al general Bubna, gefe en Turin de las tropas austriacas, el mismo con quien tan amistosamente habia tratado el año de 1813 en la capital de Sajonia, recomendándole que se la trasmitiese á María Luisa, y fué su voluntad que el correo portador de esta misiva tomara públicamente el camino del monte Cenis, á fin de que se diera crédito á las comunicaciones establecidas con la córte de Austria. Dadas todas sus órdenes el jueves 9 de marzo, á eso de medio dia salió de Grenoble, acompañado de los votos del pueblo del Delfinado, y hacia Lion emprendió la marcha.

Mientras Napoleón penetraba en Francia de esta suerte, atrayéndose las tropas enviadas en contra suya, á medida que se les presentaba delante, la noticia de su aparición hizo donde quiera impresion muy honda. Partida esta noticia del golfo Juan la tarde del 1.º de marzo, se divulgó con cuanta celeridad permitian los medios de comunicacion de entonces. A los dos dias llegó á Marsella, y á su poblacion efervescente puso en un estado de agitacion extraordinaria. En Lion recibióse el dia 5 por la mañana, encontrando á sus moradores muy divididos y animados unos contra otros; y finalmente comunicada á Paris por el telégrafo, se supo allí el mismo dia 5 de marzo. Al instante llevóse Mr. de Vitrolles á Luis XVIII, el cual, tomando generalmente las cosas con bastante sangre fria, por de pronto mostróse más sorprendido que alarmado, y por decirlo así buscó en los ojos de los que se hallaban en torno suyo, qué era lo que se debía pensar de tan magno suceso. Al punto, por la insensata alegría de los unos, ya creídos en que no habia más que coger y fusilar al evadido de la isla de Elba, y por el terror de los otros, considerándole ya dueño de todas las fuerzas enviadas en su contra, se le alcanzó que el suceso era de trascendencia suma, y aspiró á sacar de los contradictorios dictámenes de sus habituales consejeros qué sería lo más conveniente en tan criticas circunstancias. Impotente desde sus juveniles años, sin haber hecho casi nada en su largo destierro, y hasta burlándose á menudo de la incesante actividad de su hermano, por costumbre no menos que por naturaleza se hizo inerte, repugnándole toda resolucion pronta y decisiva, y

siendo tanta la pesadez de su mente como la de su cuerpo en las más difíciles ocasiones.

A imitación de sus prefectos quiso que la noticia se tuviera oculta lo más posible. Por lo pronto no más que los príncipes fueron iniciados en el terrible misterio, con el ministro de la Guerra, personaje indispensable en tal coyuntura, y Mr. de Blacas, por estar siempre instruido de todo, y Mr. de Vitrolles, que había conservado el telegrafo como resto del antiguo ministerio de Estado. Los príncipes se mostraron conmovidos hasta lo sumo, pues tocándoles figurar por su posición especial á la cabeza de las tropas, se les alcanzaba la dificultad de su papel mejor que á nadie. A la par quedó consternado y en grande apuro el mariscal Soult, ministro de la Guerra, que se había echado en brazos de los Borbones, cual si con la terrible figura de Napoleon ya no se hubiese de encontrar nunca. Sin embargo, no dejó de acreditar celo. Naturalmente á todos los espíritus ocurrió la idea uniforme de dar á los príncipes el mando de los diversos cuerpos de tropas, que se iban á formar de seguida, y de poner el principal de ellos á las órdenes del conde de Artois, siempre el más revoltoso entre los miembros de la real familia, y el de mayor popularidad para los realistas exaltados, que podían á la sazón prestar servicios relevantes, si su adhesión era tan activa como ruidosa. Hallándose Napoleon desde el 4.º de marzo en marcha, y debiéndose dirigir á Lion sin duda, ora tomase el camino de Marsella, ora prefiriese el de Grenoble, á todas luces en Lion sería el encuentro, y allí convenia acumular medios de resistir á su empuje. Muy eficazmente ofre-

ció el conde de Artois trasladarse allí de seguida, y tan de su peso se caía la oferta que inmediatamente fué aceptada. Se ideó que llevara por lugartenientes á sus dos hijos, el duque de Berry á la izquierda, y el duque de Angulema á la derecha (este se hallaba á la sazón en Burdeos); ambos debían partir de las provincias, que solían visitar á menudo, para conducir sobre los flancos de Napoleón sus fuerzas. Se convino en que el duque de Berry, conocido en las provincias del Este, se dirigiera al Franco Condado, y juntara en Besanzon las tropas de línea y los guardias nacionales, que se prestaran de buen grado, para ir por Lons-le-Saulnier sobre Lion hacia la izquierda; y en que el duque de Angulema, familiarizado con las provincias del Mediodía, inmediatamente abandonase á Burdeos, y se encaminara por Tolosa á Nîmes, y de esta suerte cogiera á Napoleón por la espalda, con las tropas que hubiese allegado de prisa. Estas combinaciones muy profundas, según el ministro de la Guerra, suponían dos condiciones; primera, que alcanzara el tiempo á concentrar en estos distintos puntos las tropas, y segunda, que siguieran fieles. Ahora bien, se deliberaba durante la noche del 5 de marzo; expedidas el día 6 las órdenes todas, no podían llegar á sus respectivos destinos hasta el 7 y el 8 y el 9 y el 10 según las distancias; y se acaba de ver que Napoleón ya debía estar delante de Lion para la tal fecha. En cuanto á la fidelidad de las tropas, la relación antecedente pone de manifiesto qué esperanzas se podían conservar acerca de este punto. A pesar de todo, el ministro de la Guerra se esmeraba en acreditar grande celo y actividad su-

ma, y muy formalmente proponia como infalibles medios de salvacion las providencias que acababan de ser enunciadas. Se le dejó obrar á sus anchas, porque realmente sabia mejor que cuantos rodeaban al trono cómo habia que obrar para poner en movimiento á los soldados. Ignorando lo acontecido en La Mure y en Grenoble, no desesperó de la fidelidad de las tropas, y con el fin de asegurarse mejor de ella, se resolvió á colocar al lado de los príncipes á gefes, que en el ejército eran populares y venerados. Para acompañar al duque de Berry eligió al mariscal Ney, comandante general del Franco Condado. Al mariscal Macdonald, comandante general en Bourges, se le expidió al mismo tiempo la orden de trasladarse á Nimes, para asistir al duque de Angulema. Como negociadores de Napoleon en Fontainebleau, estos dos mariscales parecieron elegidos á maravilla para ir en su contra. No se dudaba de la rigida probidad con que el mariscal Macdonald desempeñaria sus deberes. Respecto del mariscal Ney, aun sabiéndose que estaba descontento de la corte, y retirado á sus tierras por este motivo, se daba por supuesto que veria la vuelta de Napoleon con disgusto, particularmente al hacer memoria de las escenas de Fontainebleau, y se halagaba la esperanza de que, á la vista de tan formidable aparecido, se despertarían sus pasiones todas.

Finalmente para proporcionar al conde de Artois un lugarteniente más y de altísima importancia, se hizo una eleccion maliciosa, segun las apariencias, bien que realmente propuesta por el conde de Artois con candor sumo; la del duque de Orleans fué ni más ni ménos. Aunque este princi-

pe obraba con la mayor cautela, según ya hemos dicho, blanco vino á ser de la desconfianza de los emigrados. No le faltaban jamás visitas; bienquisto era de todos los militares, que hacian memoria de sus servicios en los ejércitos republicanos, y de los adictos á las ideas constitucionales, á quienes cautivaba que un miembro de la real familia participase de sus ideas. Esta especie de popularidad ofuscaba á la corte, aunque el duque de Orleans no pensara en abusar de ella ni por asomo, y á Luis XVIII no le venia mal desembarazarse de su persona, para que fuera con el conde de Artois, á quien á la par venia muy bien llevar un Borbon militar á su lado. Semejante eleccion fué admitida tan fácilmente como las otras, y encargóse al ministro de la Guerra que sin dilacion de ninguna especie dictara las órdenes convenientes para los movimientos de las tropas y del material respectivo, que debian ser consecuencia de las disposiciones adoptadas. Se convino en que el conde de Artois saliera con direccion á Lion durante la misma noche del 5 al 6 de marzo. Inmediatamente se envió recado al duque de Orleans para que fuera á las Tullerías, con el fin de enterarle de la noticia que se guardaba secreta, y de transmitirle por boca del rey las órdenes concernientes á su persona. Este príncipe no se hizo aguardar sino muy poco, y Luis XVIII le dijo con singular indolencia. —Habeis de saber que *Bonaparte* se halla en Francia. —Comprendiendo el duque de Orleans con su perspicacia de siempre el peligro que amenazaba á su dinastía, no disimuló sus temores—¿Y qué le he de hacer yo? respondió Luis XVIII con un marcado ademán de impaciencia; mejor quer-

ria yo que no estuviese, mas, puesto que está, menester es que nos desembaracemos de él de la manera que nos sea posible.—Penetrado el duque de Orleans de que las providencias adoptadas para la defensa de Lion se resentirian de tardías y de ineficaces, nada á gusto recibió el cargo para que fué elegido, y trató de persuadir á Luis XVIII para que le mantuviese en Paris y á su lado, donde no quedaria ningun príncipe de la sangre, si se alejaba á la par que el conde de Artois y sus dos hijos, y donde la popularidad de que hacia gala, y que era notoria, sin duda podria valer de mucho. Pero al solicitar semejante cosa, cabalmente pedia lo que Luis XVIII queria ménos, y asi hubo de resignarse á la partida. De sus consejos no sacó más fruto que el de que se quedase el duque de Berry al lado del monarca. Efectivamente juzgóse oportuno que junto al rey permaneciera uno de sus sobrinos, y no se tuvo por conveniente abandonar al duque de Berry á los impetus de su carácter fogoso. Por consiguiente determinóse que el mariscal Ney se encaminara á Besanzon sin ningun miembro de la real familia. Este mariscal se hallaba en su tierra de Condreaux por entonces, y por el telégrafo se le llamó á Paris de seguida.

Despues de tomadas estas medidas militares, para adoptar las políticas se convocó á los demás ministros. A todos hizo muy profunda impresion la llegada de Napoleon á Francia, impresion mezclada de arrepentimiento para unos, por conocer los desaciertos cometidos, y acompañada para otros de un solo sentimiento, el de haber obrado con demasiada dulzura, con sobra de flojedad, segun

sus palabras. Así querian afanosamente compensar la debilidad pasada con una grande energía ahora. Sin reflexionar poco ni mucho sobre la gravedad del acto que iban á cometer desatentadamente, sin darse cuenta del terrible derecho de represalias á que se iban á exponer de seguro, su decreto redactaron fundado en el artículo 14 de la Carta, por el cual se prescribió á todos los ciudadanos franceses perseguir á Napoleon hasta cogerle vivo ó muerto, y para que, en el caso de cogerle vivo, se entregara á una comision militar de contado, con el fin de que le aplicase las leyes vigentes, y le fusilara en consecuencia. No solo se dictó contra Napoleon tal decreto, sino tambien contra los compañeros y fautores de su tentativa. Unicamente se requeria la identidad de las personas, para que la condena y la ejecucion fuesen inmediatas.

A este acto dictatorial con que por primera vez se hizo uso de aquel artículo 14 de la Carta, que tan funesto habia de ser tiempos adelante á la dinastía, se añadió otro muy legitimo y necesario, y fué el de convocar las cámaras aplazadas hasta el dia 1.º de mayo. Nada más acertado que reunir las en torno del monarca, para tomar de acuerdo con sus individuos las disposiciones de defensa, exigidas por las circunstancias, y para oponer de este modo á Napoleon, representante del despotismo militar, la monarquía legitima y rodeada de todo el aparato de las libertades constitucionales. Llamados fueron para que se reunieran dentro del más breve plazo posible, y á sus miembros presentes en París se invitó á asistir al respectivo local de sus sesiones, á fin de que se constituyese-

ran así hubiese número para las deliberaciones. Acordadas estas medidas el lunes 6 de marzo, y publicadas á otro día, cabalmente el mismo de la entrada de Napoleon en Grenoble, á la generalidad revelaron la gran noticia, que mientras fué posible se mantuvo oculta, pero que de las Tullerías se fué escapando poco á poco y haciendo muy honda impresion á los enterados así de ella, por lo cual se disminuyó algun tanto la de los pormenores dados á la estampa. Hasta entonces no se sabía más que el desembarco de Napoleon en el golfo Juan á la cabeza de mil y cien hombres, la tentativa frustrada sobre Antibio, y la marcha hácia los altos Alpés. Al comunicar estas noticias, los prefectos pusieron de relieve las circunstancias favorables, y por su parte el gobierno aplicóse á comunicar al público la impresion tranquilizadora que antes le habian infundido las autoridades de las provincias. Como se daba extremada importancia á las primeras manifestaciones de las tropas, se hizo mucho hincapié en lo pasado dentro de Antibio, y así pintóse á *Bonaparte*, segun se le llamaba entonces, rechazado por las tropas que encontró al tiempo de su desembarco, y forzado á buscar su salvacion en las montañas, donde no tardaria en sucumbir debajo de los golpes de la miseria ó de la justicia. Además se decia con desalentado lenguaje que aquel *infame bandido*, incapáz de morir con la muerte de los héroes, presto moriria con la muerte de los facinerosos, y que menester era dar gracias al cielo que permitia que saliera del reino, en que por debilidad se el habia dejado, para que por sí propio se fuera á entregar al suplicio, de que tan merecedor era á

todas luces. Este modo de considerar el suceso fué adoptado por los realistas fogosos, que, re-puestos del primer susto, en la novedad del dia no vieron más que un motivo de esperanza.

Lo que es el resto del público juzgó de muy distinto modo. No se atuvo á la relacion oficial, y asi distó mucho de considerar á Napoleon tan absolutamente perdido como se le pintaba por el gobierno. Sintiendo la muchedumbre una preferencia instintiva hácia el hombre que habia conmovido su imaginacion de una manera tan poderosa, desde luego esperimentó grande alegría al saber la noticia de su vuelta. Agitados los militares hasta en lo más íntimo del alma, se dieron á formar votos en favor de su antiguo caudillo sin el menor recato, aunque los gefes aparentasen la más rigida fidelidad á sus obligaciones. Respecto de los revolucionarios, tras de aplaudir diez meses antes la vuelta de los Borbones que los vengaba de Napoleon, ahora aplaudieron de igual modo la vuelta de Napoleon que los vengaba de los Borbones. Por salvados de un inminente golpe se tuvieron los compradores de bienes nacionales, muy numerosos en los campos. Al revés la clase media, tranquila, desinteresada en la cuestion de bienes nacionales, de que habia comprado escasa suma, y deseosa de la paz y de una libertad moderada, se sintió poseida de profunda zozobra. Aunque resentida de la preferencia dada por los Borbones á los eclesiásticos y los nobles, más queria conservar á los Borbones y oponerles resistencia continua, que correr bajo Napoleon nuevas eventualidades de guerra, á la par que las eventualidades de libertad eran muy pocas. Estos sentimientos profesaba

con especialidad la clase media parisiense, la más cuerda de toda Francia, porque tiene más luces á la par que menos intereses locales de aquellos que perjudican á la rectitud de las opiniones. Así en las ciudades marítimas, arruinadas á causa del antiguo bloqueo continental del todo, la clase media experimentó cierta especie de furia, al paso que en las ciudades fabriles, cuya industria, creada por Napoleon, se resentía considerablemente de la comunicacion con Inglaterra, la clase media mostró grande alborozo, únicamente aminorado por los temores de nuevas campañas.

Solo sentimientos de pesadumbre concibieron los hombres verdaderamente ilustrados. En general poco numerosos aunque influyentes sin pretension suya, de la vuelta de Napoleon solo auguraron horribles calamidades. Ninguno tuvo por dudosa la guerra. Ya se habia prolongado el congreso, cuya disolucion se creyó inmediata, y á la vista saltaba que ya no se separaria de ningun modo, y que, sin dejarle espacio ni aun para tomar asiento, se esforzaria por derrocar al hombre que llegaba á poner en cuestion cuanto se habia ejecutado en Viena. De consiguiente resultaria un nuevo desaffo á muerte entre Francia y las grandes potencias de Europa. Este primer peligro debia ser bastante por sí solo para decidir á todo buen ciudadano contra la empresa acometida entonces. A la verdad no habia que atribuir á Napoleon la culpa toda, no siendo leve la de los Borbones, que con sus desaciertos habian sugerido la idea y preparado el éxito de la tentativa; mas fuese por culpa de unos ó de otros, no resultaba menor desdicha para Francia.

Bajo el aspecto de los asuntos interiores, sin ser tan graves los motivos de pesadumbre, no dejaban de aparecer muy serios. Sin duda los Borbones habian chocado con cuantos abrigaban amor al suelo patrio y adhesion á los principios de la revolucion francesa dentro del alma; pero al cabo se les oponia política resistencia y se trataba de vencerlos constitucionalmente. A traer iban las elecciones de este año un contingente de individuos de oposicion moderada, que reforzaria la mayoría independiente, formada en el seno de la cámara de diputados, y se tenia certidumbre de alcanzar sobre las funestas inclinaciones de los emigrados una victoria regular y segura, aun cuando hubiese de ser lenta. Con los verdaderos principios de la revolucion de Francia, se restableceria así una libertad prudente, legal, práctica, á imágen y semejanza de la que labraba la felicidad de Inglaterra. A mayor abundamiento, ya era una obra comenzada, y más valia darla remate que emprender otra y estar siempre empujando de nuevo y sin dar fin á nada.

¿Acaso con Napoleon, ilustrado por la adversidad y la reflexion y todo, se tendrian iguales probabilidades de triunfo? Muy cuestionable era esto. Sin duda Napoleon no ofreceria dificultades en punto á los principios de la revolucion francesa, pues constituian su filosofia política en cierto modo; mas en cuanto á la libertad constitucional ya se hacia el caso más árduo. ¿Por ventura se podrian plegar á todas las exigencias del régimen constitucional su voluntad poderosa y su genio formidable, aun suponiendo que hubiese completado rápidamente la educacion del infortunio? Así

forzoso se hacia prever con su retorno una guerra segura y una libertad dudosa; y esto era lo bastante para impedir que los hombres ilustrados se alegrasen de su venida.

Ni exageracion ni parcialidad hay en asegurar que en las filas del partido constitucional se hallaban exclusivamente los que pensaban de tal modo. Partido constitucional se denominaba al que aspiraba á fundar una libertad regular bajo los Borbones, tras de imponérsela poco á poco á fuerza de victorias obtenidas sobre sus malas tendencias. Asi dentro como fuera de las cámaras este partido estuvo de acuerdo en unirse á los Borbones y darles apoyo. Ciertamente, en la generosidad de esta resolucion influyeron algo los intereses personales. Por ejemplo, los individuos de ambas cámaras se hallaban comprometidos, unos de resultas de votar la destitucion de Napoleón, y otros á consecuencia de adherirse á ella muy calorosamente. Varios escritores, Benjamin Constant entre ellos, habian usado contra el régimen imperial una violencia de lenguaje, que por lo menos les hacia incompatibles con el soberano de la isla de Elba, nuevamente ascendido á soberano de Francia. Mas fuera de algunos motivos particulares, á los más impulsó el deseo muy honroso de mantener el juramento prestado á los Borbones, de dar cima al comenzado edificio de la libertad constitucional en union de ellos, y de ahorrar á Francia una nueva y fatal lucha con Europa. Tambien los gefes del partido constitucional hacian asunto de honor demostrar que su oposicion manifestada en discursos ó escritos se dirigia contra la marcha política y no contra la

dinastía de los Borbones; conducta juiciosa, leal y hábil á todas luces.

Aquellos, que pertenecian á la cámara de pares ó á la de diputados, se apresuraron á acudir al local de las sesiones, á verse y hablarse en aquel recinto y á desahogar en conversaciones sus sentimientos, ínterin llegaba la hora de hacer que estallaran en discursos, cuando para deliberar fuesen ya bastantes sus individuos. Con particularidad aspiraron á agruparse en torno de monsieur Lainé, presidente de la cámara de diputados, el cual se habia hecho partidario ardiente de los Borbones, en ódio á Napoleon Bonaparte, y así profesaba todos los sentimientos de los realistas sin ninguna de sus preocupaciones. Ya empezaba á conocer los desaciertos cometidos, en que también le tocaba alguna parte, y no era hombre para ocultar lo que sentia su alma. Así apresuróse á confesar los desaciertos con lisura, y halló eco entre los realistas moderados, con inclusion de algunos ministros.

Segun ya hemos patentizado, estos no componian un verdadero gabinete, dado que para merecer tal nombre bajo un gobierno como el que á la sazón se ensayaba en Francia, ante todo se necesita que lo consienta la corona, aviniéndose á que se eleve una voluntad al lado de la suya, y despues que entre los ministros se halle un gefe, admitido como tal por sus colegas y aceptado á su turno por las cámaras y por la corona como su intermediario, y como su vínculo mútuo. Ahora bien, Luis XVIII, ménos amedrentado que otro alguno de los monarcas franceses ante asambleas libres, segun hemos expresado de igual modo, lo

cual debía á su larga residencia en Inglaterra, no habia hecho sin embargo hasta entonces todos los sacrificios de autoridad que exige el régimen representativo, y si en la práctica de su poder real cedia mucho, tanto lo verificaba por hastío á los negocios como por buen seso. De todos modos no aspiraba á darse un gefe de gabinete, y tampoco habia entre sus lados ningun hombre capaz de tal investidura. No lo podia ser Mr. de Talleyrand, ausente y perezoso, aun figurando como el personage mas eminente de entonces. Mr. de Montesquiou, que le seguia en importancia, y que mas capaz que otro alguno era de aparecer ante una asamblea, sin duda pudiera ser tal gefe, si de las Cámaras se hiciera mas caso, y si se hallara dotado del caracter flexible y no menos enérgico y laborioso, que exige un papel tan de nota. Por consiguiente habia ministros, segun tuvimos ocasion de poner de manifiesto, al reseñarlos uno por uno; mas no ministerio. Estos ministros se dividian en hombres de luces, conocedores de los desaciertos cometidos, é inclinados á confesarlos ingénuamente, y en cómplices ó halagadores de los emigrados, muy creidos de que, si habia existido yerro, no era otro que el de haber acreditado harta debilidad y sobrada condescendencia respecto de los partidos contrarios. Entre los primeros hay que colocar al baron Louis, ocupado exclusivamente en asuntos de hacienda, y que en su especialidad habia patentizado las dotes de un gran ministro; Mr. Beugnot muy injustamente atacado por los emigrados, á causa de repeler su intervencion en la política, y á quien los realistas furibundos censuraban amargamente por haber dejado que se consumara la

evasión de la isla de Elba, pues en su calidad de ministro de Marina la debió impedir con cruceros mas vigilantes; á Mr. de Jaucourt, sustituto de Mr. de Talleyrand, con escasa acción fuera de su ramo, hombre de bien, y de inteligencia y templanza; y por último, á Mr. de Montesquiou, á quien se alcanzaba hasta qué punto se habia llevado la desviación de la verdadera corriente de los sentimientos nacionales, que tenia la noble franqueza de expresarlo de este modo, descontentó de todos los partidos, y del suyo mas que de ningun otro, imputándole sin ambages todo el mal que se habia consumado, é impelido por su honda pena á complacerse en decir que lo mejor que podian hacer él y sus colegas era dejar sus puestos á ministros mas populares y mas capaces de salvar á la dinastía.

Al revés, Mrs. Dambray y Ferrand por obcecación, y el mariscal Soult á causa de los empeños adquiridos con los realistas furibundos, se aferraban en las ideas de los emigrados. Segun su juicio, lo conveniente era mostrarse algo mas realistas que hasta entonces, especialmente algo mas rigurosos, descargar golpes á diestro y á siniestro, si se presentaba la coyuntura, quizá restringir algunas de las concesiones de la Carta (esto se decia muy bajo), y ver de salvar á la monarquía por estos medios. Mr. de Blacas no se inclinaba ni á un lado ni á otro. Pespicidad tenia de sobra para conocer que se habia errado en uno y en otro sentido; pero de tal modo se consideraba identificado con el trono, que no discurría que le pudieran alcanzar ni la censura, ni la mudanza.

A Mr. Lainé se habian acercado los ministros

arrepentidos, y con particularidad Mr. de Montesquiou no anduvo en vacilaciones para decir á las claras que urgia sacrificar á tres ó cuatro miembros del gabinete, sin excluirse á sí propio, y dispuesto estaba á arrojarlos en el abismo, para cerrarlo de resultas. Mucho aplaudió Mr. Lainé tan felices disposiciones, y desde luego trató de rodearse de los gefes de la oposicion moderada asi dentro de las Cámaras como fuera. Con especialidad se atrajo dos de estos varones, Mr. Benjamin Constant, cuyos escritos habian producido grandísimo efecto, y Mr. de Lafayette, que, despues de hacer una visita á Luis XVIII en el momento de la promulgacion de la Carta, para demostrar que estaba pronto á aceptar la libertad hájo los Borbones, se volvió á su hacienda de Lagrange y vivia allí apaciblemente, en espera de recibir el encargo de tomar parte en los negocios públicos por designacion formal de los electores.

Entre Mr. Lainé y Mr. de Montesquiou y los varios gefes del partido constitucional se emitieron ciertas ideas, como la de mudar tres ó cuatro ministros, por ejemplo Mr. de Montesquiou, que se prestaba á este sacrificio de buen grado, y Mrs. Blacas, Soult y Ferrand, que lo repugnarían de positivo, y colocar personajes populares en sus puestos, y aumentar la cámara de los pares, dando allí entrada á hombres señalados por sus eminentes servicios asi civiles como militares, y completar la cámara de los diputados, haciendo que las dos series, cuyos poderes habian expirado, se llenasen con diputados bienquistos de los que tenian ideas liberales, y confiar estas elecciones á la cámara misma, en vista de la premura del tiem -

po; además concordaron en reorganizar los guardias nacionales, de modo que ingresara en sus filas la clase media, generalmente buena, y confirmando á Mr. de Lafayette el mando superior al punto; en explicarse acerca de los bienes nacionales, á fin de desvanecer la zozobra de los compradores; y finalmente en averiguar qué providencias habian sido para el ejército de desdoro, con el designio de derogarlas inmediatamente y de dictar disposiciones contrarias.

Al parecer Mr. de Montesquiou tuvo por indudable que ninguna de estas concesiones, inclusa la de la eleccion de Mr. de Lafayette para el mando de los guardias nacionales, se podia mirar como caro precio en trueque del servicio relevante de salvar á la monarquía. Gran clamoreo levantaron los ministros opuestos á las concesiones, y particularmente los que debian ser sacrificados, y Mr. de Blacas permanecia inmóvil y taciturno, al oirlo todo en nombre de Luis XVIII, que no se declaraba á favor de nadie. En vano insistia Mr. Lainé para que sin tardanza se abrazara un partido, previendo que Napoleon marcharia con su celeridad acostumbrada, pues desaprobado Mr. de Montesquiou por la córte, desde que manifestaba sentimientos tan juiciosos, no estaba en aptitud de dar una respuesta que tampoco recibia por su parte, y Luis XVIII, asediado por las demostraciones de la porcion razonable de los realistas y por los arrebatos de la porcion exaltada, no sabiendo á quien dar oidos, ni á quien prestar atencion, y en la duda tenia por mejor no salir de sus hábitos de siempre, y conservar á Mr. de Blacas y no desprenderse de nadie.

En perplejidad tan cruel de suyo, no solamente se consultaba á los constitucionales, que de todos los de la oposicion eran los únicos sinceros, los únicos animados del deseo de conservar la dinastía, corrigiendo su marcha, sino que tambien se entablaban ciertas relaciones con los revolucionarios, como Mrs. Fouché, Barrás y otros, imitando así á los enfermos, siempre inclinados á preferir á los empíricos que les lisongejan los gustos, sobre los verdaderos médicos que les administran remedios desagradables. Bueno es añadir que en los partidos, cuando aquellos de sus individuos testarudos y locos se ven en la necesidad de elegir entre sus adversarios, mejor perdonan á los exaltados por este rasgo de semejanza que á los moderados, con quienes no tienen relacion alguna de carácter ni de opiniones.

Por las personas intermedias, que se acercaban á Mr. Fouché de ordinario, una vez más se le dejó entrever el ministerio de Policía, al cual estaba desaficionado á causa de habersele hecho esperar mucho; pero esta vez le hallaron evasivo, y sin ponderacion ménos afanoso por dar consejos é indicando bien á las claras que ya era tarde. Hasta á atraerse al duque de Rovigo, para sacar lecciones de su experiencia, se aplicó Mr. André, que dirigia la policía con sensatez y con templanza; pero el duque de Rovigo le contestó redondamente, que de tal modo se habia maltratado á los hombres del imperio, y á los del ejército sobre todo, que habia muy poca verosimilitud de captarse la voluntad de ninguno.

Al mismo tiempo que se agitaban los realistas sin fruto, no se agitaban ménos los bonapartistas

y los revolucionarios, y de un modo igualmente ineficaz á causa de lo que se proponian por objeto. A unos y otros pasmó la noticia de la aparicion de Napoleon como la caída de un rayo. No fué menor el asombro de Mr. de Basano, que solo se habia comunicado con la isla de Elba para transmitir algunos informes, pues Mr. Fleury de Chaboulon desde su partida no le escribió nada, y todavía no se hallaba de vuelta. Temeroso de un triste desenlace, el antiguo y fiel ministro de Napoleon se tenia que lamentar de la mínima parte que le pudiera caber en la arriesgadísima determinacion de su soberano. Más ardorosos que nunca los jóvenes militares, primeros autores de la conjuracion ya reseñada, que ni con la isla de Elba, ni con el coronel La Bedoyère tuvieron comunicacion alguna, desde luego querian pasar á las obras, para auxiliar á Napoleon en su empresa. No mejor informados que Mr. de Basano los bonapartistas del órden civil, como Mrs. Regnaut de Saint Jean d'Angely, Boulay de la Meurthe, Thibaudeau y otros, se hallaban indecisos entre moverse ó estarse quietos, pues, si podia ser oportuno operar una diversion en favor de Napoleon á la parte del Norte, tambien cabia en lo posible trastornar sus planes, aconsejando un movimiento no previsto ni preceptuado. Bajo la impresion de la costumbre de esperar y no anticiparse á las resoluciones del emperador en ninguna clase de circunstancias, se hallaban mortificados por las más terribles perplejidades.

Generalmente se mostraron satisfechísimos los revolucionarios. Sin embargo, Mr. Fouché figuraba entre los principales, y aunque por encima

de todo amase los sucesos, gratos siempre á su naturaleza agitada, se sintió sobremanera contrariado por la noticia de la vuelta de Napoleon, que venia á echar sus cálculos por tierra. Con efecto, se jactaba de tener á los Borbones en sus manos, y de estar en aptitud de mantenerlos ó destruirlos á su antojo, de resultas de la posicion que habia tomado en el seno de las intrigas todas, sin excluir las de los realistas. Con sus confidentes expresábase en esta forma:—A punto estábamos de formar un ministerio de regicidas, tales como Carnot, Garat y yo, de militares inflexibles como Davout, y fijamente destruyéramos ó domináramos á los Borbones, cuando ved ahí á ese hombre terrible, que nos viene á traer su despotismo y la guerra. Sin embargo, en el punto á que han llegado las cosas, no hay más remedio que darle ayuda, á fin de encadenarle con nuestros servicios, salvo lo que se haya de hacer luego, cuando le tengamos aquí probablemente no ménos embarazado que nosotros por su triunfo.

Más audaz que los bonapartistas del corte de Mr. de Basano, ménos respetuoso en punto á la infalibilidad del emperador, y sabiendo arriesgar la vida de los otros, ya que no la suya, Mr. Fouché opinó en favor de poner manos á la obra, y de soltar la rienda á los jóvenes militares. A París habian llegado los generales Lallemand, Lefebvre Desnouettes, Drouet de Erlon, y se les animó en su proyecto de obrar sin demora. Drouet de Erlon mandaba en Lila, á las órdenes del mariscal Mortier, y tenia á su disposicion muchos regimientos de infantería. Lefebvre Desnouettes contaba en Cambrai con los cazadores de la guardia, trans-

formados en cazadores reales, y muy cerca de Arras con los granaderos de á caballo, coraceros reales al presente. Uno de los hermanos Lallemand figuraba como gobernador en el Aisne, y otro como general de artillería en la Fère. Se convino en que Lefebvre Desnouettes, como el mas temerario de todos y el más seguro de su tropa, se pusiera en movimiento desde Cambrai con los cazadores de la guardia y en direccion del Aisne, para unirse en la Fère á los hermanos Lallemand y las tropas que hubieran podido arrastrar á su lado, y descender juntos el Oise para ir á Compiègne, donde se les incorporaria Drouet de Erlon con la infantería de Lila. Colocados así al frente de doce ó de quince mil hombres, se hallarian en proporcion de influir mucho sobre los sucesos, acaso de promover el levantamiento del ejército en masa, y cuando ménos de cortar la retirada á los Borbones, para entregárselos sanos y salvos á Napoleon, que haria de ellos lo que mejor fuera de su agrado.

Este proyecto se debia poner en ejecucion sobre la marcha, sin más dilacion que la del tiempo necesario para ir desde París á Lila, pues se estaba á principios de marzo, Napoleon habia saltado el primer dia de este mês en tierra, todos ignoraban como el gobierno la direccion que habia tomado; pero de todos modos urgía cuanto antes operar una fuerte diversion en favor suyo. Siempre se habian cifrado las esperanzas en que el mariscal Davout tomara el mando del cuerpo de ejército insurgente, así que se hallara reunido sobre cualquier punto, y en que un hombre de tanta nota, á la cabeza de tropas experimentadas, sin duda esti-

mularia á los irresolutos á unirse por fin al movimiento. Pero con tanta petulancia é indiscreción se habia procedido en la organizacion de esta conjura que, ora fuese por repugnancia á una empresa tan disonante con sus hábitos de disciplina, ora por temor de andar en compromisos con gente atolondrada, ora tambien por recelo de anticiparse á las órdenes de Napoleon en asunto de tanto empeño. lo cierto es que el mariscal se dirigió á Mr. de Basano, para anunciar que no se le contara entre el número de los colaboradores de una obra, preparada harto ligeramente á su juicio. Muy disgustados los jóvenes generales respondieron que para nada les hacia falta su ayuda, y de seguida partieron para intentar sin su ilustre gefe la aventura, que de muy atrás tenian proyectada.

Mientras los enemigos de la dinastía de los Borbones obraban con la actividad y la osadía que les eran peculiares, asaltados por consejos contradictorios, los Borbones seguian de continuo vacilando entre las resoluciones propuestas, y se limitaron á algunas providencias militares, cuya eficacia dependia naturalmente de la fidelidad de las tropas. Ya hemos dicho que, destinado primeramente el duque de Berry al Franco Condado, ahora se debia quedar en París con el monarca, y que solo el mariscal Ney habia de ir á Besanzon al frente de las fuerzas de su mando. Avisado este mariscal por el telégrafo, con mucha pesadumbre supo el suceso, que nuevamente abria á Napoleon el camino del trono. Méno culpable respecto de su antiguo emperador de los agravios que le hubiese inferido que de aquellos de que se habia jactado, realmente no deseara de ningun modo caer bajo

su mano; pero bueno es decir en honra suya que con su buen seso de soldado vislumbraba ya como segura y como necesariamente funesta una nueva guerra con Europa, si se restablecia el imperio. De consiguiente sus razones, para mirar la vuelta de Napoleon con espanto y hasta con ira, no eran ménos patrióticas que personales. Como nunca se habia tomado el trabajo de disimular sus sentimientos, desde su llegada á París los manifestó sin rebozo. Cautivados los realistas al verle con tales disposiciones, le agasajaron á porfia, le llevaron á presencia del monarca, que le hizo la acogida más lisonjera, y á quien prometió llevar á Napoleon vencido y prisionero, y *dentro de una jaula de hierro*, si se ha de dar crédito á lo que los cortesanos propalaron por entonces; frase que verdadera ó falsa, únicamente ponía de manifiesto la intemperancia de lenguaje muy digna de excusa en un soldado sin ninguna costumbre de medir sus palabras. Asi el mariscal Ney se puso en camino, dando esperanzas á la córte, y dandose las sinceramente, más sinceramente sobre todo que fueron oídas, porque se aparentaba creer en su fidelidad más de lo que se creía de hecho. A la verdad, sin que lo confesaran de ningun modo, ya los realistas presentian el impulso general que iba á arrebatár los espíritus y los corazones hácia el hombre, á quien por su propia culpa se consideraba representante de todos los intereses morales y materiales de la revolucion francesa.

Habiendo salido de París el conde de Artois durante la noche del 5 al 6 de marzo, á Lion llegó el miércoles 8 en medio de la agitacion extraordinaria de sus moradores. Del estado moral de esta

gran ciudad ya hablamos antes. Un partido poco numeroso, pero violentísimo de realistas obcecados acabó por alejar de los Borbones á toda la poblacion lionesa, que á mayor abundamiento respecto de Napoleon se mostraba siempre agradecida, por lo mucho que se habia aplicado á reparar sus males, y á abrir el continente á su comercio. Un asesinato recién cometido por un realista contra un patriota, asesinato que se dejó impune, de súbito llevó la exasperacion á colmo, y así al saberse la noticia de estar muy cerca la columna de la isla de Elba, con excepcion de algunos espíritus cuerdos, todos los lioneses se estremecieron de regocijo. Apenas se supo lo acontecido en Grenoble, ya no fué dudoso lo que sucederia en Lion muy luego.

Iracundos y consternados se hallaban los realistas, diciendo, como en todas partes, que no se hacia nada, bien que sin decir tampoco lo que se debia poner por obra. Ni de buena voluntad ni de denuedo carecia el conde Roger de Damas, gobernador de aquel distrito, mas no disponia de fuerza alguna de confianza. Cuando ménos mostrábase fria la guardia nacional, expresion la más fiel del vecindario, excepto la pequeña porcion de la guardia nacional de caballería, formada como en todas partes por los nobles. No disimulaban sus sentimientos las tropas de la guarnicion consistente en los regimientos 24.º de línea y 13.º de dragones, acantonados en Lion, y en el 20.º de línea, recién llegado de Montbrison, y todos aparecian dispuestos á echarse en brazos de Napoleon tan luego como se les pusiera delante. Ni siquiera habia allí cañones. Al mariscal Soult le ocurrió la

singular idea de enviarlos á pedir á Grenoble, esto es á un distrito de artillería, que verosímilmente estaria ya invadido, cuando llegaran las órdenes del gobierno. Tampoco la privacion era grande, porque se necesitan brazos para manejar los cañones, y con los artilleros no se podia contar más que con los soldados de infantería.

Tal aspecto presentaban en Lion las cosas, al hacer allí el conde de Artois su entrada. Muy luego echó de ver que el celo tan honroso como irreflexivo que allí le habia llevado, no serviría más que para exponerle á una colision desastrosa. Por consiguiente arrepintióse de su ida, pues, sin cuidarse para nada de los peligros personales á que se hallara expuesto, su presencia haria que la pérdida casi segura de la gran ciudad tuviese mucha mayor importancia.

Segun su costumbre movióse por extremo, palabras prodigó y halagos, pero no contaba con nadie, salvo los que andaban en torno suyo y sobre quienes influia con su bondad y su agudeza. Fondos necesitaba para conceder gratificaciones á las tropas; mas, no habiéndose provisto en tiempo oportuno las arcas del tesoro, solamente halló excusas en lugar de dinero. Llegado el duque de Orleans á Lion veinte y cuatro horas más tarde, en union del conde de Artois deliberó acerca de la conducta que se debia seguir como más conveniente. Allí se producía la misma cuestion que en Grenoble; destacar tropas contra Napoleon equivalia á entregárselas de contado; retroceder y llevarlas consigo equivalia á dejarle expedito el terreno. Con todo, por este postrer partido habia que optar como ménos malo, pues, debiendo caer la

ciudad de Lion en manos del enemigo de allí á dos dias, segun todas las probabilidades, más valia retirarse con las tropas que facilitar á Napoleon un refuerzo de algunos miles de hombres. Por su parte el duque de Orleans esforzóse en demostrar que no habia partido más prudente que el de la retirada; pero, bajo la impresion de la pesadumbre de abandonar una ciudad de tanta importancia, antes de consumir tal sacrificio, el conde de Artois quiso oír la opinion del mariscal Macdonald, que por allí habia de transitar para dirigirse á Nimes al lado del duque de Angulema. Este mariscal no llegó á Lion hasta el 9 de marzo por la noche, á causa de haberse roto en el camino su carruaje. Llevado á presencia del conde de Artois, que le esperaba muy impaciente y le retuvo á su lado, por estar obstruido el camino de Nimes, el mariscal mostró las mejores disposiciones, si bien desasosegóse ante la pintura que se le hizo de la situacion de las cosas. No obstante su dictámen fué que no se evacuara á Lion hasta que los sucesos apremiaran á obrar de esta suerte; y además propuso cortar los puentes del Ródano, si era posible, ó barrearlos á lo menos, y pasar revista á las tropas, y hablarlas calorosamente para atraerlas en favor de la causa de los Borbones, y hacer que disfrazados de soldados algunos realistas de arrojo disparasen el primer tiro, y trabaran de este modo el combate, lo cual acaso decidiria á las tropas á resistir á Napoleon con las armas. Sobradamente sagaz era el duque de Orleans para que le alucinaran tales propuestas; mas no era ocasion de disputar sobre los recursos, cuando habia tan pocos, y así el príncipe no alegó nada en contra.

A falta de mejor partido, el conde de Artois asintió al que el mariscal Macdonald había propuesto, y encargando que dictara las providencias necesarias, se retiró á descansar hasta el dia siguiente, en que, segun todas las conjeturas, se debia presentar Napoleon á las puertas de la ciudad importante.

Toda la noche se pasó el mariscal Macdonald en hacer que se cortaran ó barrearán los puentes, y se trajeran los barcos de la orilla izquierda del Ródano á la orilla derecha, y en recibir á los gefes de los regimientos, á quienes halló prontos á cumplir sus deberes, más bien por caso de honor que por impulso de afecto, y unánimes en la opinion concebida respecto de las malas disposiciones de sus soldados. Les recomendó que prepararan al conde de Artois una decorosa acogida, y mientras se ocupaba en estas atenciones, el general Brayer, gobernador de la ciudad, le vino á decir que de ningun modo convenia que el príncipe se presentara á las tropas, dado que era muy dudoso que le acogieran decentemente y que la prudencia aconsejaba precaver todo riesgo en tal coyuntura. Presurosamente fué el mariscal Macdonald al cuarto del conde de Artois, á quien hizo despertar de seguida; poca sorpresa le causó lo averiguado por conducto del gobernador de la plaza; y se convino en que la revista comenzara sin su presencia, salvo que se le llamara oportunamente, si los esfuerzos que se iban á tentar con eficacia, no salian infructuosos.

Desde muy temprano y á pesar de una copiosa lluvia, el mariscal Macdonald mandó que formasen los regimientos 20.º y 24.º de línea así como el

13.º de dragones, á quienes no se habia hecho distribucion alguna en medio del desórden reinante, lo cual á su predisposicion hostil agregaba el mal humor de las privaciones. Tras de hacer que formaran círculo en rededor suyo, les recordó los veinte años de guerra, durante los cuales siempre habia militado en sus filas, la leal conducta que en Fontainebleau habia observado, los desaciertos de que se derivaron en el año 1814 las desventuras de Francia; les anunció desdichas todavía mayores, si se entregaba el pais á Napoleon de nuevo, porque otra vez se tendria encima á la Europa más unida, más poderosa y más implacable que nunca. Fundadamente habló y con gran fuego, pero sin fruto. Deseando finalmente sacar la deduccion de su discurso, de súbito desenvainó la espada y gritó con vigoroso acento.—*¡Viva el rey!*—Ni una sola voz respondió á la suya. Bastante desconcertado, aun trató de probar si la presencia del conde de Artois produciria algun efecto, dado que la actitud de las tropas alejaba toda sospecha de desmanes. Sin tardanza presentóse el principe con su rostro afable y atractivo á los soldados, por quienes fué recibido con respeto, á la par que con frialdad invencible. Llegado ante el regimiento 13.º de dragones, el mariscal hizo salir de filas á un sargento veterano, cuyas canas y cuya cruz sobre el pecho daban testimonio de largos servicios. Despues de hablarle de sus campañas, le invitó á que delante del principe diera el grito de *¡Viva el rey!*—Como embobado se quedó el veterano inmóvil y mudo, luego saludó al conde de Artois militarmente, y tornóse á las filas sin dar el grito demandado.

Tan afectado estaba el príncipe que se le mudaron los colores, mas, sin desplegar los labios, se volvió á su morada, dejando al mariscal sobre el terreno. Con el fin de hacer el último ensayo invitó á los oficiales á que acudiesen á su casa. Allí se presentaron como ciento, y sin apartarse de las consideraciones debidas al hombre de guerra experimentado, que tenian delante, le manifestaron sus quejas con extremada amargura. Por aplacarlos ante todo, el mariscal convino en los desaciertos que respecto del ejército se habian cometido, les prometió que al instante serian reparados, mas no se los pudo atraer de ninguna manera, ni aun presentándoles la perspectiva de un desafío á muerte con Europa. Hondamente irritados les halló contra la real casa, contra los que llamaban chuanes, ofendidos á consecuencia del desden que se mostraba respecto de la Legion de honor, cuya cruz no llevaba el conde Roger Damas al pecho ni en aquellos mismos instantes, persuadidos de ser casi inevitable una nueva lucha con Europa, si bien resueltos á arrostrar sus azares, y á morir todos por dar realce á Francia, y segun su propio dicho, para purgarla de los emigrados, de los chuanes, de los austriacos, de los rusos y de los ingleses, á quienes confundian en las mismas calificaciones denigrativas y en el mismo odio.

De ánimos tan mal prevenidos no se podia alcanzar nada; asi el mariscal Macdonald se fué á ver al conde de Artois, y aunque no corria más riesgo su persona que el de dar en manos de Napoleon en calidad de prisionero, le instó á partir con el duque de Orleans de seguida. Por su parte deter-

minó permanecer en aquel punto, por ver de empeñar el combate y de decidir á las tropas á declararse á favor de la restauracion y en contra del imperio.

Despues de acompañar á los príncipes hasta su coche, se encaminó hácia el Ródano, para observar en qué estado se hallaba la ejecucion de las órdenes dadas. A la verdad la poblacion no hubiera consentido que se cortaran los puentes; pero es el caso que ni barreos estaban tampoco. En cuanto á los agitadores realistas, que tanto habian contribuido á indisponer á la poblacion lionesa, menester es decir que ni uno solo se presentó á tomar el capote de soldado y á disparar el primer tiro. Asi y todo, el mariscal hizo que se obstruyeran los puentes lo mejor que le fué posible, y dispuso la abertura de una trinchera, para dar principio á una especie de cabeza de puente. Mientras dirigia personalmente estas obras, un soldado de infantería, á quien trató de avivar en la faena, le dijo con la mayor sangre fria:—Ea, señor mariscal, vos sois un valiente, que habeis pasado la vida en las filas nuestras y no en las de los emigrados. Mas valiera que nos llevarais hácia nuestro emperador que ya está cerca y que os recibiria con los brazos abiertos...—Ni castigos, ni reflexiones servian de nada con soldados predispuestos de tal modo, y asi el mariscal aguardaba con ansiedad cruel la aparicion del enemigo ya muy cercano, al decir de varios oficiales enviados de descubierta. De tres á cuatro de la tarde del 10 de marzo se daba por seguro que Napoleon estaba á corta distancia del arrabal de la Guillotiére.

Con efecto, Napoleon, á quien dejamos en el

momento de salir de Grenoble el 9 de marzo á medio día, no perdió tiempo, y apresuróse á alcanzar á las tropas, encaminadas á Lion desde el día antes. Viajando en carretela descubierta, y no andando más que al paso, á causa de la afluencia de las poblaciones, su marcha desde Grenoble á Lion por medio de campesinos, compradores en su mayor parte de bienes nacionales y curiosos por ver á este hombre extraordinario, fué una especie de triunfo. No se oían más que vivas al emperador y mueras á los eclesiásticos y á los nobles, y á cada instante se veía Napoleón obligado á parar el coche, para oír las arengas de los alcaldes, y para dar respuestas en armonía con sus pasiones. Después de cenar en Rives y de pasar en Bourgrin la noche, á la otra mañana siguió la marcha hácia Lion con la esperanza de llegar á la caída de la tarde.

A eso de las cuatro, su vanguardia, compuesta de un destacamento del 4.º de húsares, se presentó á la entrada del arrabal de la Guillotiére, donde estaba de observacion un destacamento del 13.º de dragones. Al grito de *viva el emperador!* fraternizaron estos dos destacamentos de caballería así que se vieron frente á frente, y después recorrieron el arrabal juntos, y el pueblo los recibía al son del mismo grito. Pronto pueblo y jinetes se encaminaron hácia el puente de la Guillotiére en masa. Al ruido que hacia tal muchedumbre, el mariscal Macdonald dispuso que le siguieran dos batallones, y con ellos marchó hácia el mismo puente, no sin prescribir á sus oficiales que fueran espada en mano para animar á sus soldados y hacer que sonara el primer tiro, del cual

dependia en su concepto la salvacion de la causa de los Borbones. Mientras ejecutaba este movimiento, mezclados asomaron los destacamentos de húsares y de dragones, y lanzando el grito de *viva el emperador!* excitaron un movimiento sensible entre los infantes que custodiaban el puente. Con el grito de *viva el emperador* respondieron al golpe, y acto continuo se arrojaron sobre las barricadas, que se empezaban á levantar en aquel punto, para derribarlas cuanto antes. Manos pusieron los húsares y los dragones y el pueblo del arrabal á la obra, y el paso quedó expedito á los pocos minutos. Ante espectáculo semejante, ya no pensó el mariscal Macdonald más que en apelar á la fuga, para librarse del celo de sus soldados, que le querian llevar á presencia de Napoleon á fin de que se reconciliase con su persona. Clavando las espuelas en los ijares á su caballo se huyó al galope, en union del general Digeon y de sus ayudantes de campo. A Lion cruzó á todo escape, apretado de cerca por algunos jinetes que, sin designio de hacerle daño alguno, solo aspiraban á darle alcance, para ganar á la causa imperial á este militar de nota. Mas perseverando por su parte en el cumplimiento de sus deberes, por punto de honor y por convencimiento de lo conveniente para los verdaderos intereses de Francia se esforzaba por eludir una reconciliacion que sin duda Napoleon acompañara con los más insignes favores. No obstante fué perseguido durante algunas leguas, y despues *abandonado á su mala estrella*, tras de la cual se empeñaba en ir á toda costa, segun la expresion de sus soldados.

Muy de otra clase era la escena que pasaba

sobre el puente de la Guillotiere en aquellos mismos instantes. Lo más pronto posible quedó expedito el puente, y una inmensa muchedumbre de vecinos ofendidos por los realistas, de patriotas atormentados ya hacia seis meses socolor de revolucionarios, se adelantó al encuentro de Napoleon y á aclamarle emperador á la par que las tropas. Tranquilo Napoleon y afable como un soberano que torna á sus dominios, con saludos afectuosos respondia á las entusiastas manifestaciones que le prodigaban de todas partes.

Ahora no se fué á apearse á una fonda como en Grenoble, sino al palacio arzobispal que era para él como un palacio de familia. Inmediatamente las autoridades civiles, judiciales y militares se apresuraron á rendirle sus homenajes y sus felicitaciones. A unas y á otras repitió los discursos de que ya habia usado en Grenoble, si bien ahora en ménos popular y más imperial lenguaje. Les dijo que iba á salvar los principios y los intereses de la revolucion francesa puestos en peligro por los emigrados, á restituir á la Francia su gloria, aunque sin tornar á la guerra, que esperaba poder evitar en adelante; que aceptaria los tratados celebrados con Europa, y viviria en paz con ella, á tal de que no pensara en mezclarse en los asuntos franceses; que habian mudado los tiempos, y necesario era ya satisfacerse con figurar como la mas gloriosa de las naciones, sin aspirar á señorear á las otras; que asi dentro como fuera tendria en cuenta los cambios sobrevenidos, y concederia á Francia toda la libertad deque era capaz y merecedora; que si habia necesidad de un poder muy extenso cuando se abrigan

proyectos vastos de conquista, un poder prudentemente limitado bastaba para regir á Francia pacífica y venturosa; que á París llegaría muy luego, y se apresuraria á convocar á la nacion misma, para modificar de acuerdo con ella las constituciones del Imperio y adaptarlas al nuevo estado de cosas.

Este lenguaje produjo en Lion el mismo buen efecto que habia producido en Grenoble, y de tal manera parecia imposible pensar á la sazón de otro modo que á nadie le ocurrió poner en duda que Napoleon hablaba sinceramente. Terminadas las recepciones y las arengas, su primer cuidado en Lion fué á la manera que en Grenoble marchar adelante hácia París sin perder una hora. Con este fin resolvió al presente obrar como antes, conservando á su lado las tropas que habia llevado consigo, para proporcionarlas algun descanso, y haciendo que prosiguieran el avance las que acababan de declararse á favor suyo, y aun no habian sufrido ninguna fatiga. Luego pensaba ir detrás de ellas con las llegadas de Grenoble, que tras de descansar veinte y cuatro horas, se hallarian en aptitud de volver á continuar la marcha. Con la guarnicion de Lion ya juntaria al rededor de doce mil hombres y un parque de artillería, que se completaria á su tránsito por Auxona. Dudosísimo era que los Borbones pudiesen reunir una fuerza semejante de pronto, y más aun que lograsen comprometerla en la lucha. Con todo no podia Napoleon enviar por delante á la division del general Brayer, declarada en Lion á favor suyo, sin que la viera y hablase primero. Asi para el dia siguiente dispuso una revista de la guardia nacio-

nal y las tropas. Con efecto, en la plaza de Bellecour, reedificada en su tiempo, á los soldados de la isla de Elba, á los de Grenoble y á los de Lion, pasó revista mezclados con la guardia nacional lionesa el 11 de marzo por la mañana. ¡Ah! La esperanza quimérica de tener á la cabeza del gobierno á un grande hombre, adicto á la causa de la revolucion, ya propenso no menos por buen sentido que por necesidad á la paz y á los principios de una libertad prudente, y de reunir por consiguiente la triple ventaja del genio, de la gloria, y del origen popular, todo sin guerra y despotismo, fascinaba las imaginaciones por completo, y granjeó á Napoleon el corazon de los lioneses, que se habia enagenado tres años antes de resultas de sus desaciertos. Recorriendo el frente de la division de Brayer, le dió gracias de una manera digna, como general que sabe hablar á los soldados, y la invitó á partir de seguida para conquistarle nuevos regimientos y nuevas ciudades.

De vuelta en el palacio arzobispal aplicóse sin levantar mano á cosas de administracion, cuyos hilos sueltos aspiraba á anudar á cada paso. Entonces el jóven Fleury de Chaboulon retornaba de Nápoles, y de súbito á sus plantas se echó ébrio de gozo, viéndole milagrosamente libre de todos los peligros de mar y tierra. Napoleon le recibió muy bondadoso, y al punto agrególe á su gabinete. En elegir un prefecto para Lion pensó de seguida. Ya se ha visto cuanto disgusto le produjo la partida de Mr. Fourier en Grenoble. Pero aplacado muy luego por las explicaciones que le hicieron de su parte, le envió á decir que en Lion se le presentara sin falta, y tan incapaz Mr. Fourier de hacer trai-

cion al poder que se venia abajo como de mirar con rigor al poder que se levantaba de nuevo, apresuróse á llegar á su presencia. Napoleon le recibió á maravilla, y hallando conveniente y hasta picante nombrar prefecto de Lion al prefecto, que le habia querido cerrar la entrada de Grenoble, le dió la prefectura del Ródano al punto, y Mr. Fourier admitiôla sin embarazo.

A estos actos administrativos añadió Napoleon otros mas graves. Ya dentro de Lion considerábase como en posesion de la autoridad soberana, y resolvió hacer uso de ella, para herir en el corazon á los poderes que le eran contrarios. Acto continuo decretó la disolucion de las dos cámaras de Luis XVIII, alegando contra cada una de ellas los motivos más adecuados para hacerlas impopulares. A la de pares tildóla por estar formada de antiguos senadores del imperio, que habian pactado con el enemigo victorioso, ó de emigrados, que habian vuelto á su pais detrás del extranjero. Acerca de la cámara de diputados expuso que ya habian expirado sus poderes, á lo ménos con relacion á las dos terceras partes de sus individuos, que tambien se habia prestado á estar con el enemigo en comunicaciones, y finalmente, que habia emitido un voto escandaloso y antinacional por extremo, al conceder 30.000,000 de francos, para asalarlar veinte años de guerra civil, socolor de pagar las deudas del monarca.

Tras de asestar sus golpes contra las dos Cámaras actualmente en funciones, se tenia que guardar muy bien de despertar en los ánimos la idea de aquel despotismo gigantesco, que durante quince años habia querido existir completamente

solo, y regular por sí solo tambien los destinos de Francia. Destruidas las cámaras de la monarquía, Napoleon adoptó una providencia preparatoria de la formacion de las cámaras del imperio. Asi decretó que para dentro de dos meses se juntaria todo el cuerpo electoral en París y en Campo de Mayo, para asistir á la consagracion de la emperatriz y del rey de Roma, é introducir en las constituciones imperiales las alteraciones exigidas por el estado de los ánimos y por la necesidad de una libertad prudente. Este era un modo indirecto de anunciar sin formal promesa la vuelta inmediata de María Luisa y del rey de Roma, de apelar al país mismo para las nuevas instituciones que le habian de regir en adelante, y de tomar al propio tiempo por base del poder imperial la soberanía nacional, y no el derecho divino invocado por los Borbones.

No se limitó Napoleon á herir de lleno á los grandes cuerpos del Estado, que formaban el gobierno de la restauracion por entonces, y á proclamar dentro de breve plazo la formacion de los que debian componer el suyo, sino que tambien quiso adoptar á la par algunas providencias, con el fin de asegurarse el apoyo de los principales empleados. Por ejemplo, los Borbones tenian anunciada la reconstitucion de la magistratura, y mientras esta reconstitucion se llevaba á remate, los magistrados vivian en continua zozobra. Napoleon declaró nulas las destituciones y nulos además los nombramientos que se habian hecho desde el mes de abril del año de 1814, ordenando que los antiguos magistrados imperiales volvieran á ocupar inmediatamente sus puestos. Esto equivalia á ganarse de una plumada la voluntad de toda la magistratu-

ra. Acerca de los prefectos y subprefectos no resolvió nada, por estar los del imperio al servicio de la restauracion en su mayor parte, por ser tambien imposible obrar atinadamente desde lejos, y porque verosíblemente recuperaria á los más de estos empleados, cuando se hallara en posicion de hacer la eleccion de personas. A estas providencias, que la política justifica sin duda, Napoleon añadió varias ménos excusables, destinadas unas á satisfacer las pasiones del partido revolucionario y militar, otras á atraer ó á reprimir á enemigos de gran importancia, intimidándolos con amagos, sin llegar á los golpes. Asi decretó que todos los emigrados vueltos sin cancelacion regular antes del año de 1814 á Francia se hallarian obligados á evacuar el territorio, y que los que hubiesen obtenido grados militares, se quitarian las insignias y abandonarían las filas del ejército al punto. Esta medida, ya muy rigurosa aunque inevitable, pues, de no anticiparse a dictarla expresamente los soldados expulsaran violentamente á los oficiales emigrados é introducidos en sus filas, muy superada fué por otra, que no tenia á la necesidad por excusa, y que á causa del viso de los personajes, contra quienes iba directamente, por fuerza habia de producir muy deplorable efecto. Napoleon miraba de mal ojo á Mrs. Talleyrand, Dalberg, Vitrolles, Marmont, Augereau, etc., á unos por haber traído á los enemigos, á otros por haber tratado con ellos. De consiguiente decretó la formacion de causa, y entretanto el secuestro de bienes, contra Mrs. Talleyrand, Dalberg, Vitrolles, contra Mr. Lynch, alcalde de Burdeos, y contra los mariscales Marmont, y Augereau, bajo pretesto de que todos indistinta-

mente habian estado en connivencia con los invasores del territorio. Como casi todos se hallaba ausentes y los demás por fuerza se habian de ausentar en seguida, no más que contra sus bienes resultaba la amenaza, y sin efecto quedaria si estos personajes solicitaban adherirse al nuevo estado de cosas. Mas no por esto dejaba de ser de parte de Napoleon un acto de reaccion violenta, que formaba singular contraste con la clemencia ofrecida en sus proclamas, y que, alarmando los ánimos podia hacer más daño á su causa que á los ausentes, con amagos por no estar á alcance de los golpes. Investido con las funciones de mayor general el gran mariscal Bertrand debia refrendar estos decretos, dados militarmente en cierto modo. A su carácter generoso repugnaban semejantes actos, y opuso viva resistencia, sosteniendo que tal providencia bastaria para destruir toda confianza en las promesas de Napoleon y para suministrar á sus enemigos la ocasion de decir que á Francia volvía lleno de rencores y mas aferrado á sus hábitos despóticos que nunca. Napoleon respondió al gran mariscal que de política entendia muy poco; que la clemencia no producía sus efectos sino acompañada de cierta dosis de severidad, sobre todo respecto de enemigos peligrosos, y algunos implacables; que realmente no queria ejercer rigores, como lo acababa de patentizar con nombrar prefecto de Lion á Mr. Fourier, tan manifiestamente declarado en su contra; que á todas luces convenia tratar de distinto modo á los que habian cedido á las circunstancias, y á los que estuvieron en connivencia con el enemigo, mientras los buenos franceses derramaban su sangre en la fronte-

ra; que esta apariencia de severidad seria una satisfaccion inmensa para cuantos componian su partido en Francia; que además, repetia, cómo solo queria intimidar con amagos sin descargar golpes, y que propicio estaba á recibir con los brazos abiertos á todo el que manifestara intencion de volver á abrazar su causa. Sin embargo, Napoleon se dejó ablandar por las reflexiones del gran mariscal Bertrand consistentes en que no era cuerdo cerrar el camino á un acomodo, y que así en lugar de atraer á los hombres, á quienes se hacia referencia, se les alejaria con amenazas. Ya que no retirado del todo, por fin aplazado quedó el decreto.

Antes de salir de Lion, otra vez escribió Napoleon á María Luisa, noticiándola los progresos de su marcha, anunciándola su entrada triunfal para el dia 20 de marzo, aniversario del nacimiento del rey de Roma, y apremiándola finalmente á volver á Francia. Asimismo despachó un mensaje á su hermano José, que se hallaba en el canton de Vaud, con el encargo de hacer que llegase á Viena la carta escrita á María Luisa, y tambien para enterarle de sus prodigiosos triunfos, y con autorizacion á fin de declarar oficialmente á todos los ministros de las potencias residentes en Suiza la intencion formal en que se hallaba de conservar la paz á tenor de las condiciones del tratado del Paris en un todo.

Tras de proveer á lo necesario, se aprestó á salir de Lion el 13 de marzo por la mañana, no habiendo permanecido allí más que dos dias, tiempo absolutamente preciso para juntar las tropas que sucesivamente llegaban de Grenoble y ponerlas en camino detrás de la division de Brayer, que desde el dia 14 iba de marcha. Entre los dos cami-

nos que de Lion van á Paris se propuso dar la preferencia al de Borgoña, más seguro que el del Borbonés á todas luces, bajo el aspecto del espíritu de los habitantes.

Todo auguraba á Napoleon tan rápido y decisivo suceso como el alcanzado desde La Mure á Lion en el resto de su viaje. Sin embargo notábase mucho movimiento, así á sus espaldas como sobre sus flancos. Efectivamente, al recibir los marseleses la noticia de su desembarco, se sintieron poseidos de una irritacion indecible. Otra vez creyeron ver cerrado su puerto y arraigada su miseria por años, y á voz en grito pidieron todos salir en persecucion de aquel á quien llamaban *el bergante de la isla de Elba*. A pesar de su gloria, destinado estaba el mariscal Masena á ser blanco de las injusticias de las dos dinastías, y ni de Napoleon ni de Luis XVIII podia hablar en son de alabanza. Disgustado de todo, ménos del reposo, juzgaba la situacion desde la altura de su raro buen seso y de su sincero patriotismo. Adicto á la revolucion con toda su alma, á la par que temeroso de una nueva lucha con Europa, en Luis XVIII veia la contra-revolucion y en Napoleon la guerra, y así no se inclinaba ni al uno ni al otro. Bajo la influencia de tales sentimientos, con más pesadumbre que gusto veia la tentativa de su antiguo soberano, y resuelto estaba á encerrarse en la estricta observancia de sus deberes militares. Cediendo á las instancias de los marseleses, á mil doscientos ó mil quinientos dejó que se pusieran en marcha, acompañados de dos regimientos, cuyos soldados llevaban la escarapela tricolor dentro de la mochila. Para coger de través

:

á Napoleon encaminóse esta columna á Grenoble, sin que le pudiera hacer gran daño, pues se hallaba á más de cien leguas de distancia. Masena tomó además en Tolón sus precauciones, á fin de que en medio de la demencia de los partidos no fuera entregada tan importante plaza á los ingleses, y se reservó algunas fuerzas en Marsella, para no quedar á merced de un furibundo populacho.

Varias tropas de línea se empezaban á juntar en Nimes, y el duque de Angulema se debia poner á su cabeza. Pero, á pesar de situarse á sus espaldas, no podian de ningun modo perjudicar á Napoleon tales fuerzas, por encontrarse muy distantes. Mucha mayor gravedad presentaba la aparición del mariscal Ney, enviado al Franco Condado, y destinado á ir por Besanzon y Lons-le-Saulnier á caer sobre el flanco de Napoleon con sus tropas. Al ejército imperial estaba en proporcion de dar alcance, si bien difícilmente lograria juntar seis mil hombres, que se batirian muy á despecho, ó no se batirian en ningun caso contra los doce ó quince mil soldados, que Napoleon llevaba consigo, todos llenos de entusiasmo y resueltos á pasar por encima de cuantos se les pusieran delante. Asi tal peligro no debia ocasionar sobresalto; pero una colision contrariara á Napoleon por extremo, pues acariciaba el deseo y la esperanza de llegar á Paris sin que se vertiera una sola gota de sangre. Por esta razon aspiraba á precaver todo conflicto, si bien se hallaba determinado á no escribir al mariscal Ney ni á otro alguno, anhelando vivamente debérselo todo á sus soldados, á quienes no temia de ninguna manera quedar agradecido, y

nada á los gefes militares, de cuya conducta al tiempo de su caída no estaba satisfecho, y de quienes tampoco se prestaba á recibir condiciones. Con todo, el gran mariscal Bertrand no guardó la misma reserva, y así escribió al mariscal Ney, para pintarle la marcha triunfal desde Cannas hasta Lion y para predecirle la continuacion hasta París de iguales manifestaciones, al mismo tiempo que para darle á entender la gravedad de la resolucion que iba á tomar en aquellos instantes, el peligro de tal resolucion para su persona, y la ineficacia que tendria para los Borbones, si contra la causa imperial la adoptaba al cabo. A algunos sargentos veteranos de la isla de Elba envió al cuerpo de tropas del mariscal Ney, para ponerse en comunicacion con los soldados é inflamarles en el fuego que abrasaba á todos. A mayor abundamiento, lo verosímil era que ya hubiese rebasado á Macon y á Chalons junto al Saona, únicos puntos donde podia ser cogido de flanco, cuando el mariscal Ney se hallara en aptitud de emprender las operaciones. De Lion salió Napoleón el 13 de marzo por la mañana, anunciando á todos que para el 20 se hallaria en París de fijo. Segun todas las probabilidades, de Lion á París no seria ménos grande que habia sido de Cannas á Lion la velocidad de *su águila volante de campanario en campanario*, á tenor de la felicísima frase de que hizo uso.

Siguiendo el avance por la Borgoña, Napoleón iba á encontrar poblaciones animadas hasta el último extremo del espíritu que durante la primera parte de su expedicion le habia asegurado el triunfo. Singularmente habian prosperado bajo el

imperio los países regados por las aguas del Saona, pues vino á ser via del comercio continental por entonces, cuando á las comunicaciones marítimas se substituyeron las comunicaciones fluviales. Aun prescindiendo de esta circunstancia, la presencia del enemigo, tan mal combatido por Augereau al tiempo de la invasion del territorio, hasta lo sumo habia exasperado á los habitantes, muy patriotas á semejanza de todos los de las provincias fronterizas. Lo restante hicieronlo á una la nobleza y el clero, y así el Franco Condado y la Borgoña sentian la misma propension que el Delphinado á abrir los brazos á Napoleon en seguida. De una verdadera fiebre sintiéronse poseidas las ciudades de Macon y Chalons sobre todo, al saber los sucesos de Lion y de Grenoble. Despues de hacer en Villafranca un alto de algunos instantes, Napoleon fué á Macon á pasar la noche, marchando por entre una extraordinaria afluencia de gentes, y á compás de indecibles manifestaciones de entusiasmo. Al saber su próxima llegada, los vecinos de Macon invadieron la residencia de las autoridades y operaron la revolucion por sí propios. Tal era el movimiento de los ánimos que la aproximacion de Napoleon producía ya lo que unos pocos dias antes solo hubiera podido realizar su presencia. En Macon fué recibido con inauditas señales de alborozo, corriendo el pueblo de tropel entre las tropas, que abandonaban á sus gefes, ó se hacían seguir por ellos. Mueras á los nobles, á los eclesiásticos y á los Borbones y vivas al emperador lanzaba aquella muchedumbre compuesta de paisanos, soldados y marinos del Saona, y animada de todos los sentimientos nacionales y revolu-

cionarios, que habian tenido la imprudencia de lastimar los Borbones.

Napoleon recibió á las autoridades municipales, familiarmente habló con los vecinos que le dirigieron la palabra, les dijo por qué habia abandonado la isla de Elba, en términos semejantes á los ya usados en Lion y en Grenoble, les habló de paz, de libertad, y cautivóles con aquella hombría de bien en la grandeza, de que sabia sacar tanto partido, cuando le acomodaba tomarse este trabajo. A uno de los individuos del ayuntamiento le preguntó por qué mientras Chalons se habia defendido tan bizarramente contra los austriacos, en Macon fué la defensa tan floja, á pesar de la identidad de valor y de sentimientos.—Por vuestra culpa, respondió sencillamente el interpelado. Nos disteis malas autoridades, nos dejasteis sin armas y sin gefes, y nada pudimos con nuestros brazos solos.—Napoleon repuso con sonrisa.—Amigo, eso prueba que todos cometemos faltas, y que debemos huir de la reincidencia. En adelante solo nos fiaremos en los verdaderos patriotas; ya no iremos á buscar á los extranjeros á su casa, mas si vinieren á la nuestra, les recibiremos de modo que no les quede gana de volver nunca.

Despues de oir y de pronunciar muchas palabras entre tan buenas gentes, se retiró á descansar algun rato, proponiéndose continuar su marcha sobre Chalons á la otra mañana.

Napoleon se aproximaba al segundo trance decisivo de su empresa, á saber, el encuentro posible con el mariscal Ney y sus tropas. No lo temia precisamente, habiendo ya atraído á su causa más de la mitad de las fuerzas concentradas por los

Borbones hácia el Este de Francia, pues acaudillaba de doce á quince mil hombres; y segun los datos más fidedignos, apenas podia juntar el mariscal Ney unos seis mil soldados, verosímilmente mal dispuestos, y del todo anegados en medio de una poblacion adicta al imperio y á la revolucion francesa. No obstante muy difícil se hacia prever lo que daria de si la *mala cabeza* del mariscal citado, segun la expresion de entonces, y una colision desazonara á Napoleon vivamente, aun no siendo el resultado dudoso, pues tal triunfo quitara algo de prestigio á esta conquista pacifica de Francia, llevada á cima sin ninguna efusion de sangre. Segun ya hemos dicho, el gran mariscal Bertrand habia escrito al mariscal Ney en su nombre solo, y para estimularle á gravisimas reflexiones. Lo que es Napoleon limitóse á expedirle órdenes de movimientos, concebidos cual si este mariscal nunca hubiese dejado de estar bajo su mando. Asi prescribióle que llevara sus tropas sobre Autun y Auxerre, donde esperaba de cierto verle en persona. A mayor abundamiento, del mariscal se estaba muy cerca, á quien se suponía en Lons-le-Saulnier segun los mejores informes, y si algunos hombres prudentes se manifestaban zozobrosos, tan conquistados reputaba el pueblo á Ney y á sus soldados como á los encontrados de La Mure á Macon hasta entonces.

Efectivamente, se acercaba el critico instante en que se iba á consumir una de las escenas más singulares de la dilatada y prodigiosa revolucion de Francia. Completamente ageno el mariscal Ney á la trama de los generales Lallemand y Lefebvre Desnouettes, indispuerto con el mariscal Davout

de mucho antes, penetrado de que por su conducta en Fontainebleau tenia á Napoleon resentido, sin ligarle ya por consiguiente ninguna afinidad con los bonapartistas, al saber la noticia del desembarco en el golfo Juan en el dia 4.º del mes corriente, se le desvaneció todo el enojo contra los Borbones, y con su solo buen sentido juzgó aquel suceso como precursor de la guerra extranjerá, y aun de la guerra civil acaso. Asi animado de la mejor buena fé del mundo prometió á Luis XVIII oponerse á la marcha de Napoleon con todas sus fuerzas.

Activo, inteligente y resuelto, á su llegada á Besanzon hizo cuanto requerian las circunstancias. De lo necesario para la formacion de un cuerpo de ejército casi nada habia á punto, ora por la premura del tiempo, ora por la morosidad de las oficinas del ramo de guerra. A todo suplió del modo que le fué posible, no sin quejarse al ministro con su aspereza acostumbrada. Hallando á los realistas abatidos y poco dispuestos á sostener la arrogancia que tanto habia perjudicado á la causa de los Borbones, se airó en su contra, y contribuyó á reanimar los espíritus con aquella energía natural, que resplandecia en sus miradas, y resonaba en su acento, y se revelaba finalmente en todos los movimientos de su heroica figura. Sin participar de su confianza, los realistas del pais quedaron cautivados de resultas de su actividad y de sus sentimientos.

Despues de expedir órdenes para enganchar algunas piezas de artillería, y hacer cartuchos, y suplir el material que le hacia falta, se resolvió á distribuir sus tropas en dos divisiones, bajo el

mando de dos generales de confianza. A la sazón podía disponer de cinco regimientos de infantería, el 45.º de ligeros acantonado en Saint Amour, el 84.º de línea en Poligny, el 76.º en Bourg, el 60.º y el 77.º ya reunidos en Lons-le-Saulnier, y de tres regimientos de caballería, el 5.º de dragones, situado en Lons-le-Saulnier asimismo, el 8.º de cazadores en marcha para venir al mismo punto, y el 6.º de húsares enviado á Auxona, para proteger el depósito de artillería. Además se le habían prometido el 4.º de línea y el 6.º de ligeros, si bien hasta dentro de diez días no efectuarían su llegada. A los generales Bourmont y Lecourbe eligió para ponerlos á la cabeza de sus dos divisiones. Como gobernador de Besanzon, á Bourmont le tenía á su lado. Antiguo gefe de chuanes, por fuerza tenía que inspirar confianza á los realistas; distinguido por sus servicios militares bajo el imperio, muy aceptable era sin duda para las tropas; de consiguiente juntaba todos los requisitos, y no se podía negar á servir activamente, cuando se trataba de defender la causa de los Borbones. No se hallaba el general Lecourbe en igual caso. Este oficial, superior á todos los de su época para la guerra de montañas, antiguo republicano, en tiempo de Napoleon cayó en desgracia, se fué á vivir á sus tierras, y tan lejos vivía de los favores de Napoleon como de los Borbones. Ney le envió á buscar de seguida, le recordó su antigua confraternidad de armas en el ejército del Rhin, su comun aversion al despotismo imperial, los males que la ambición de Napoleon había originado á Francia, los peligros con que la misma ambición la amenazaba de nuevo, y hallóle respecto de Na-

poleon sin rencor alguno, bien que alarmado por su vuelta, que podia traer en pos la guerra civil y la guerra extranjera, y asi le determinó por fin á admitir el mando de una de las dos divisiones, que trataba de formar en el Franco Condado.

Con los generales Lecourbe y Bourmont partió el mariscal Ney para Lons-le-Saulnier asi que acabó estos arreglos y que pudo enganchar presurosamente su artillería. Llegado á esta ciudad el 12 de marzo por la mañana, allí encontró los regimientos 60.^o y 77.^o de línea y 5.^o de dragones, esperando la llegada del 8.^o de cazadores de un momento á otro. Solo podia tomar uno de dos partidos, ó lanzarse sobre Lion, si aun era tiempo de impedir que Napoleón efectuase allí su entrada, ó torcer á la derecha, si era ya tarde, para trasladarse junto al Saona, y obstruir el camino de París por entre la Borgoña. Mas apenas entrado el mariscal Ney en Lons-le-Saulnier supo la evacuacion de Lion por los príncipes y el mariscal Macdonald y sus ayudantes, y empezó á sentir la conmocion inmensa y producida á la aproximacion de Napoleón en el pais todo. Nada decian las tropas, si bien á pesar de su silencio se les echaba de ver la emocion profunda en los ojos. Curiosa la poblacion é inquieta, en acecho de noticias, y anhelando que para Napoleón fueran favorables, no se tomaba la pena de recatar sus sentimientos. Entretanto el clero se habia metido dentro de las iglesias, y la nobleza atribulada acudia en torno del mariscal á buscar una confianza, que habia perdido por completo. A ofrecer su espada llegó el conde de Gisvel, militar antiguo, inspector de las guardias nacionales, realista probado, con el fin

de contribuir á la salvacion de la causa real tan gravemente comprometida.

Ya penetraba el mariscal Ney los apuros en que se habia enredado, pero, cuanto más sentia su corazon propender á las impresiones que reinaban en torno suyo, más se erguia rígido y tenaz para alejarlas del todo. A los realistas, que le hablaban de ser la situacion sumamente grave, les daba por respuesta que la conocia á fondo, pues hacer cara á Napoleon no era chica empresa, pero que habia que tener valor para sostener lo acometido; que no necesitaba de *tembladores* en torno suyo, y en libertad estaban de retirarse los que tuvieran miedo; que por sí opondria resistencia aun cuando quedara solo; que cogeria un fusil y dispararia el primer tiro, á fin de obligar á las tropas al combate. Embargados los realistas se estrechaban las manos al oir tal lenguaje, se daban testimonios de reconocimiento y hasta de admiracion profunda, mas no le significaban grandes esperanzas, á causa de conservarlas tan solo muy exiguas. Con efecto, la actitud de las tropas se resentia de desesperante.

Algunas horas despues de su llegada quiso el mariscal Ney pasar revista á sus regimientos, y asi dispuso que formaran en órden de parada el 60.º y el 77.º de línea, el 5.º de dragones, y el 8.º de cazadores recién llegado. Despues de examinarlos atentamente, á los oficiales hizo formar círculo en derredor de su persona, y les habló con resolucion y con fuego. Allí trajo á la memoria que habia seguido á Napoleon hasta Moscou y hasta Fontainebleau, pero que despues de su abdicacion como soberano, á semejanza de ellos ha-

bia prestado juramento á los Borbones y resuelto estaba á no quebrantarlo de ningun modo; que firmemente el restablecimiento del imperio traeria sobre Francia un diluvio de males, pues se la vendria encima la Europa entera, y de nuevo comenzaria una lucha desastrosa; que todo buen francés debia oponerse á semejante ruina, y por su parte ya tenia la resolucion formada, si bien no trataba de coartar la voluntad de nadie; que por lo tanto si entre los que le daban oidos habia algunos, cuyas afecciones les apartaran de sus deberes, lo declararan con lisura, y los despediria á sus casas, sin que les costara más trabajo que el salir de filas; pero que solo queria gente segura y resuelta á su lado.

No obstante su habitual ascendiente sobre las tropas, el mariscal Ney solo obtuvo por respuesta un glacial silencio, que le manifestaba sobradamente cómo tenia que enviar á sus casas á casi todos sus oficiales, si no queria conservar más que á los de su dictámen propio. No bien roto el círculo de oficiales, únicamente frases alarmantes hasta lo sumo oyeron los ayudantes de campo del mariscal en todas las filas.—¿A qué viene lo que el mariscal nos ha dicho? ¿No sabe cómo pensamos por ventura? ¿Acaso no debia pensar á la manera que nosotros? Aquí estamos en las filas y con buen orden aguardaremos lo que determine la suerte. Pues que aguarde como nosotros y deje hacer los energúmenos á los realistas que andan al rededor suyo, sin meterse por su parte en manifestaciones que no le cuadran bajo ningun concepto.—Asi murmuraban casi todos los oficiales.

Estas frases repetidas al mariscal por sus ayu-

dantes no le desagradaron tanto como el lenguaje de desaliento de los realistas, que estaban á su lado, y así repetía con cierta especie de irritacion nerviosa:—Que se vayan los que tiemblen de miedo; que me dejen solo y yo sabré tomar un fusil de las manos de un granadero para disparar el primer tiro.

Cuanto más transcendía la impresion general á su corazon robusto, más se defendía en su contra, y con esta lucha interior cautivaba á los realistas perspicaces, sin tranquilizarlos á pesar de todo, pero afligia á los bonapartistas por extremo, al verle empeñado en un callejon sin salida. Muchos oficiales del conde de Artois, y especialmente del duque de Maillé se agruparon en torno suyo. Amargamente se les quejó de que se hubiera evacuado á Lion con facilidad tanta, á que no retrocediera más instó al conde de Artois por medio de sentidas exhortaciones, y á caer de resultas de un movimiento hácia la izquierda sobre el Saona, mientras que personalmente se le incorporaría en virtud de un movimiento hácia la derecha, y sostuvo que, juntando las fuerzas todas, se lograría tal vez atajar la marcha del enemigo. Siempre ofreció con la misma sinceridad comprometerse antes que otro alguno, y añadió que tan luego como le llegase la artillería, quizá al día siguiente, se encaminaría á Chalons ó á Macon, para unirse al conde de Artois sin tardanza. No sabía el desventurado que al día siguiente, no el conde de Artois, ya en París de vuelta, sino el mismo Napoleon sería quien se hallara á las márgenes del Saona.

En la mañana del 13 de marzo, mientras Napoleon se dirigía á Macon en triunfo, de pronto la

situacion tomó el aspecto más sombrío. A cada instante se recibia la noticia de haber estallado el incendio, ya en un punto, ya en otro, de suerte que el mariscal Ney estaba como rodeado por todas partes. A cosa de medio dia llegó Mr. Capelle, prefecto del Ain, perseguido por los moradores de Bourg, que se acababan de pronunciar á favor del evadido de la isla de Elba. Allí estaba de guarnicion el regimiento 76.º de línea y unióse á los vecinos para enarbolar los tres colores. Más cerca todavía, en Saint Amour, se preparaba el 15.º de ligeros á hacer lo propio. A las diez de la noche un oficial procedente de Macon trajo la noticia, enviada por el mismo prefecto, de que la ciudad se habia sublevado en masa y expulsado á las autoridades reales. A media noche un parte del alcalde de Chalons anunció que un batallon del regimiento 76.º de línea se habia rebelado al escoltar la artillería esperada por el mariscal muy impacientemente, y ya conducida á Napoleon por los sediciosos. Una hora más tarde se presentó cierto oficial venido por el camino de la Borgoña, y dijo que el regimiento 6.º de húsares, mandado por el príncipe de Carignan, se habia metido en la ciudad de Dijon al galope, sin otro fin que el de insurreccionarla de contado; y una hora despues se supo asimismo por un despacho del general Hendelet que esta capital de la Borgoña acababa de proclamar el restablecimiento del imperio, cediendo al impulso de las poblaciones circunvecinas.

Estos diversos partes sucesivamente recibidos durante aquella fatal noche, para el mariscal Ney fueron como otras tantas puñaladas. No pudiendo recuperar el sueño interrumpido continuamente

por tan terribles emociones, al fin saltó de la cama y se puso á pasear en todos sentidos, esperando nuevos golpes todavía más dolorosos. Ya sabia que cierto número de soldados de la isla de Elba recién llegados de Lion fraternizaban con sus tropas y las querian infundir el sople de la insurreccion en el alma.

Más de media noche era cuando en su estado de agitacion le presentaron dos negociantes, salidos de Lion el mismo dia, y con su relato le causaron la impresion más honda. Acordes le pintaron la suma facilidad con que en Lion se habia operado la revolucion á favor del imperio, como existian razones para creer que asimismo ya en París estaria efectuada, y cuán estéril seria verter sangre para atajarla en parte alguna. Al mismo tiempo llegaron los dos oficiales portadores de la carta del gran mariscal Bertrand, conocidos personalmente por el mariscal Ney, y encargados de añadir explicaciones verbales al contenido de la carta llevada por ellos. Mezclando estos oficiales con lo verdadero lo falso, y repitiendo lo que en torno de Napoleon habia llegado á sus oidos, de las frases del gran mariscal Bertrand hicieron el más funesto comentario. Terminantemente dieron por seguro que de muy atrás estaba concertado todo entre París, la isla de Elba y Viena; que una conjuracion vasta en que todo el ejército y hasta el ministro de la Guerra estaban complicados ya habia estallado ó estallaria en París muy luego para derrocar á los Borbones; que situado Napoleon en el punto céntrico de la tal conjuracion, se hallaba acorde con su suegro; que el general austriaco Kolher habia ido á menudo á Porto Fer-

rajo; que para dejar expedito paso ó la flotilla imperial se habian retirado hasta los navíos ingleses; que, cansadas de los Borbones, las potencias estaban resueltas á acoger á Napoleon, si se comprometia á mantener la paz y á observar estrictamente el tratado de 30 de mayo; que por consiguiente se hallaba todo convenido y ajustado, y rayaria en demencia oponerse á una revolucion preparada con anterioridad tanta, entre los más altos potentados, y cuyas consecuencias al parecer más inquietadoras se habian conjurado por completo, pues Napoleon habia prometido solemnemente atenerse al antedicho tratado y á no renovar más la guerra.

Por la relacion ya consignada se sabe lo que habia de verdad en tales aserciones, nuevo comprobante del cúmulo de mentiras que en momentos de crisis se pueden forjar con algunos hechos y algunas frases oídas á la ligera y locamente interpretadas. Efectivamente, Napoleon habia dejado vislumbrar en torno suyo un acuerdo con el Austria, aunque sin afirmarlo de ningun modo; al Estado mayor habia referido Mr. Fleury de Chaboulon algo de los manejos poco sesudos de los generales Lallemand y Lefebvre Denouettes, los cuales no estaban en comunicacion alguna con la isla de Elba, segun se ha visto muy á las claras; y de tan ligeros indicios sacaron el tejido de falsedades que espetaron al mariscal Ney sin ventura, quien se dijo naturalmente:—Esto es lo que significan las palabras del mariscal Bertrand referentes á estar adoptadas todas las medidas de una manera infalible, y se me enviaba á combatir una revolucion deseada y preparada por todos, hasta por

Europa...—Desde este momento se juzgó el mariscal Ney como chasqueado, como víctima de su ignorancia, como sacrificado al sostenimiento de una causa perdida del todo, y ya sin posibilidad de lanzarse á la lucha, porque no le querrian seguir sus soldados, y aun cuando atrajese á algunos solo conseguiria derramar sangre sin ningun fruto y de la cual seria gravemente responsable ante Napoleon y ante Francia. Y asi le pareció naturalísimo renunciar á la idea extravagante de ir casi sin soldados á pelear contra sus antiguos compañeros de armas, á favor de una córte que le habia hecho sufrir más de una humillacion y tambien á su esposa, todo por evitar calamidades á que ya no daba asenso alguno, apareciendo Napoleon acorde con las potencias de Europa.

¿Mas cómo habia de obrar despues de comprometerse tanto con las ofertas reiteradas de trabar contra Napoleon una lucha á muerte? En perplejidad cruel se hallaba el mariscal infortunado. Se trató de persuadirle de que solo podia seguir una regla de conducta, la de obrar francamente, manifestando por ejemplo en una proclama á sus tropas que, pronunciada Francia por Napoleon de una manera terminante, como servidor ebendiente de Francia no queria provocar una guerra civil por sostener a una dinastia enemiga de las glorias nacionales y perpétuamente condenada á causa de sus desaciertos. Una proclama se redactó en este sentido y el mariscal Ney manifestóse pronto á darla á la estampa, y aun quizá á leerse-la personalmente á sus soldados. Si en nuestro tiempo, al cabo de cuarenta años de práctica de libertad, interrumpida, mas no olvidada, tras de

aprender á adherirnos á los principios, á respetarlos y á respetarnos en ellos, se nos propusiera pasar de un partido á otro; ya perteneceríamos al estado civil ó á la milicia, nos llenariamos de asombro, y proposicion semejante nos sonaria á grave ofensa. Mas por entonces Francia no habia recibido más educacion que la poco moral de las revoluciones y el despotismo, y al ver tan rápidamente pasar el gobierno de unas manos á otras, no se comprendia una invariabilidad de conducta en contradiccion abierta con la variabilidad de los sucesos, y antes de mucho los hombres políticos, más acostumbrados á calcular sus pasos que los militares, no anduvieron más escrupulosos. Además de que no podia el mariscal Ney tener otras costumbres que las de entonces, por su temperamento violento y fogoso no admitia los términos medios en materia de conducta. Habiéndose entregado repentinamente en el año de 1814 á los Borbones por cansancio de la guerra, habiéndose alejado de ellos repentinamente asimismo por descontento de la corte, de nuevo se les adhirió repentinamente al saber la noticia del desembarco en Cannas, que despertó en su mente las sangrientas imágenes de la guerra civil y la guerra extranjera, y entonces expresó la resolucion de oponerse á Napoleon con una intemperancia de lenguaje muy propia de la impetuosidad de su genio. Viendo ahora desaparecer á la par la probabilidad de la guerra civil por la atraccion que hacía Napoleon sentian los soldados, y la de la guerra extranjera por el supuesto acuerdo con Europa, no consideraba que le tocaba otra cosa que lo que deseaba Francia, y cambiaba sin escrúpulo alguno, con la

versatilidad de un niño, porque niño es el hombre á quien dominan las impresiones. Otro, al reconocer su yerro, se apartara á un lado y dejara pasar á la fortuna, ya que no la vieron venir sus ojos. Pero, así por interés como por carácter, el mariscal Ney de ningun modo pensaba en romper la espada por haber cometido el error político de no prever que de Napoleon sería el triunfo. Cediendo además á algunos de sus ocultos resentimientos se decia á sí propio, que si con Napoleon se evitaba la guerra civil y la guerra extranjerá, más valia que los Borbones, y así desaparecerian los emigrados con sus preocupaciones, su orgullo y sus tendencias contrarrevolucionarias. Además quiso consultar previamente á Bourmont y Lecourbe, generales de sus dos divisiones. Ya hemos dicho que el uno era antiguo realista y el otro antiguo republicano, ambos contrarios de Napoleon de mucho antes, si bien sensatos y concedores de lo irresistible del movimiento que se operaba en rededor suyo. Afable y delicado, aunque militar vigoroso, el general Bourmont guardó silencio como penetrado de la fuerza de las cosas, y en cuanto á la manera de someterse á su impulso, al mariscal Ney dejó el cuidado de su decoro. Con la familiaridad de un veterano oficial del ejército del Rhin le dijo Lecourbe:—Tú renuncias á toda resistencia y á mi ver con razon sobrada, pues intentariamos en vano el atravesarnos en medio de ese torrente. Pero más valia que hubieras seguido mi consejo, y que en lugar de meterte en tales honduras me dejaras tranquilo en mis campos.—Salvo esta apóstrofe un tanto dura, no oyó Ney una objeccion formal á nadie, y repentinamente se deci-

dió á ceder al torrente, ya que no lo podia resistir de ningun modo. Sin más tardanza llamó á sus ayudantes de campo y dióles órdenes para que en la plaza mayor de la ciudad formasen las tropas, sin manifestarles con qué designio. Llegado á su presencia y rodeado de su estado mayor, en cuyas filas se hallaban muchos oficiales realistas, á quienes á menudo habia reprendido por su tibieza, de un modo convulsivo desenvainó su espada, y en medio de una expectativa silenciosa leyó la célebre proclama poco antes redactada, y que le habia de costar la vida.—*Soldados (gritó) la causa de los Borbones está perdida para siempre.* La dinastía legítima adoptada por Francia va á subir nuevamente al trono... A Napoleon nuestro soberano, corresponde reinar sobre nuestro hermoso pais en adelante.—Tras de estas frases que produjeron indecible asombro en rededor suyo, una alegría furiosa ¡estalló como el trueno en las filas de los soldados. Poniendo sobre los fusiles los morriones empezaron á dar vivas al emperador y al mariscal Ney con inaudita violencia, y de seguida rompieron las filas, se precipitaron sobre el mariscal y besándole unos las manos, otros los faldones de la levita, le dieron gracias á su manera por haber cedido al voto de sus corazones. Aquellos, que no se podian acercar á su persona, se remolinaban en rededor de sus ayudantes de campo, no poco embarazados ante homenajes de que no eran merecedores, pues en el repentino cambio operado no tenian la menor parte, y estrechándoles á porfia las manos, les decian de esta manera:—Vosotros sois unos valientes; ya contábamos con vosotros y con el mariscal lo mismo.

Seguros estábamos de que no continuaríais largo tiempo con los emigrados.—No menos expresivos los habitantes de la ciudad en sus demostraciones se juntaron á los soldados y Ney volvió á su alojamiento con la escolta de una multitud alborotada y alegre.

Sin embargo, de vuelta en el alojamiento vió retratado el disgusto y aun la desaprobacion en el rostro de los más de sus ayudantes de campo. Uno de ellos, antiguo emigrado, le dijo al hacer pedazos la espada:—Señor mariscal, mejor fuera que nos avisárais con tiempo, y no figuráramos como testigos de espectáculo semejante.—¿Y cuál queríais que fuese mi conducta? respondió el mariscal al punto. ¿Acaso puedo yo refrenar el mar con mis manos?—Conviniendo otros en la imposibilidad de conseguir que se batiesen contra Napoleon las tropas, le expresaron la pesadumbre de que tomara sobre sí la tarea ingrata de representar en tan corto espacio de tiempo dos papeles radicalmente contrarios.—Sois unos niños, replicó el mariscal; fuerza es querer una cosa ú otra. ¿Acaso me puedo yo esconder como un cobarde, huyendo de la responsabilidad que traen consigo los sucesos? El mariscal Ney de ningun modo se puede refugiar en la sombra. Además, solo hay una manera de disminuir el mal y es la de pronunciarse de seguida para precaver la guerra civil y para apoderarnos del hombre que torna al presente é impedirle que reincida en locuras; porque yo no me entrego á un hombre, sino á Francia, y si ese hombre nos quisiera llevar al Vístula de nuevo, yo no le seguiré á la empresa.

Despues de reprender asi á sus desaprobado-

res, Ney sentó á su mesa á los generales y á todos los gefes de los regimientos, con excepcion de uno solo, que no quiso admitir el convite. A no ser un poco de embarazo de resultas de la violacion de los deberes militares de que cada cual se acusaba interiormente, allí no hubo más que una larga recapitulacion de los desaciertos de los Borbones, quienes con voluntad ó sin ella, pues cada cual juzgaba á su modo, se habian entregado á la emigracion y al extranjero, haciendo alarde de sentimientos que no eran los de Francia. Tambien estuvieron acordes en protestas contra los antiguos desaciertos de Napoleon, contra su demencia belicosa, contra su despotismo, contra su obstinacion en cerrar los oidos á las representaciones que por los años de 1812 y 1813 le dirigieron sus generales; y unánime y enérgica fue la resolucion de hablarle sin rebozo, y de exigirle garantías de libertad y de una politica atinada.—Yo le voy á ver y á hablar, dijo Ney; y le declararé terminantemente que á Moscou no nos dejaremos llevar nunca. No es á Napoleon á quien yo me entrego, sino á Francia, y si á su persona nos unimos como representante de nuestras glorias, á una restauracion imperial no nos prestaremos en ningun caso.—A la comida asistieron los generales Bourmont y Lecourbe, tomando en la conversacion muy poca parte, si bien admitiendo la revolucion recién operada como irremisible, y como sobradamente motivada por los desaciertos de los Borbones.

Deseguida despidió el mariscal Ney á sus convidados para atender á la ejecucion de las órdenes llegadas de Lion y concebidas en el propio sen-

tido que si Napoleon no hubiera bajado del trono, segun ya dijimos arriba; cuyas órdenes le prescribian que se encaminase á Autun y á Auxona. A su mujer la escribió una carta dándole cuenta de lo que habia ejecutado y concluyendo con esta característica frase: *Amiga mia, ya no volverás á llorar al salir de las Tullerías* (1).

La empresa extraordinaria de conquistar á Francia con su sola persona, empezada por Napoleon en La Mure, casi consumada en Grenoble y Lion por completo, despues de la determinacion del mariscal Ney ya no podia ofrecer el más leve asomo de duda. Tras de pasar Napoleon en Chalon la noche del 14 de marzo, por Autun y Avallon siguió su marcha, andando casi al paso de las tropas, yendo detrás ó adelantándose alternativamente para proporcionarse alojamientos en los lugares de alguna importancia. Asi llegó el 17 á Auxerre, rodeado por las poblaciones de la Borgoña, que de acuerdo con las tropas se insurreccionaban para proclamar el restablecimiento del imperio. A tenor del lenguaje usado en Lion repetia donde quiera que llevaba la paz, la libertad y el triunfo definitivo de los principios de la revolucion de Francia. Mr. Gamot, prefecto del Yona, y cuñado del mariscal Ney, se adelantó hasta Vermanton á su encuentro. Napoleon recibióle afectuosamente y se fué á instalar en la prefectura, donde se apresuró á hacer los preparativos de

(1) Este pormenor lo debo á un antiguo coronel de artillería de la guardia imperial, miembro de muchas de nuestras asambleas, realista de corazon, hombre de talento y de sinceridad perfecta, que vió la mencionada carta en manos de la mariscalá.

su última marcha, la que le habia de conducir á París al cabo.

Mientras Napoleon avanzaba sobre París de este modo, estimulado Mr. Lainé por los sucesos no habia aflojado en los honrosísimos esfuerzos por reconciliar con la oposicion constitucional á los Borbones. Segun llegaban á París los miembros de la cámara de diputados, los suplicaba que olvidasen las faltas cometidas y buscasen la ocasion del bien en estas mismas faltas, exigiendo reparaciones que se les otorgarian sin duda, tales como una amplia modificacion del ministerio, un aumento de la cámara de los pares, la renovacion de las dos terceras partes de la cámara de diputados, en sentido liberal todo, una ley electoral que al consignar la influencia de la propiedad, tambien consignara la influencia de las profesiones liberales é industriales, una ley sobre responsabilidad ministerial, á cuya garantía se daba suma importancia por entonces, una nueva legislacion sobre imprenta, y finalmente un sistema de tarifas que protegiera contra la industria británica á la industria francesa. Añadiendo con la mejor intencion del mundo una mentira oficiosa á las promesas enumeradas, Mr. Lainé afirmaba que no solo se pensaba en estas concesiones, sino que se traian entre manos para que fueran asunto de las tareas de la próxima legislatura, cuando el *genio del mal* habia sentado su planta de nuevo sobre el territorio de Francia. No limitándose á usar de este lenguaje sensato en las conversaciones particulares, Mr. Lainé condujo á los diputados llegados á París á los pies del trono, y delante del monarca repitió que era necesario reconocer y

olvidar las faltas cometidas, y repararlas con un conjunto de medidas acordes con los votos de la opinión pública y las necesidades del tiempo.

Todos los gefes del partido constitucional pertenecientes á las cámaras de pares y de diputados y los que no correspondian á ninguna, Lafayette y Benjamin Constant entre ellos, se apresuraron á rodear á Mr. Lainé y á adherirse públicamente á sus ideas conciliadoras. Todo iba á maravilla por este lado, mas se necesitaba á la par atraer á la córte á tales ideas, y Mr. Lainé insistió de continuo para que se pusieran manos á la obra, y se empezara por el principio, esto es, el cambio de tres ó cuatro individuos del ministerio. Segun ya se ha manifestado desde luego persuadió á Mr. de Montesquiou, el cual brindóse al sacrificio antes que otro alguno, pero á nadie más hicieron fuerza sus persuasiones. Vuelta la córte por influencia del mismo peligro á su exaltacion realista, lejos de mostrarse propicia á las concesiones, más bien se inclinaba á las severidades, sosteniendo ser de debilidad las únicas faltas cometidas hasta entonces. Colocado Luis XVIII entre los realistas moderados y los realistas furibundos, no sabiendo á quien dar oídos, inclinándose no obstante á los primeros, si bien obligado á comenzar el sacrificio del ministerio por Mr. de Blacas, á quien los liberales mal informados reputaban por agente de la emigracion junto al trono, no se apresuraban á abrazar ningun partido y asi perdía en vacilaciones lastimosas el tiempo que Napoleon aprovechaba en avanzar con celeridad tan fulminante.

Acerca de concesiones solo se habia pensado

en hacérselas al ejército por entonces, y tan mal concebidas que, aparte la falta de dignidad, su mayor inconveniente radicaba en que más bien que medios de salvacion originaban graves peligros.—Con especialidad se habia ocupado el ministro de la Guerra en la suerte de los oficiales á medio sueldo y de los antiguos soldados enviados á sus hogares. A unos y á otros llamó al servicio activo. De consiguiente los oficiales á medio sueldo recibieron órdenes para ir sin demora á incorporarse á los regimientos y á formar cuadros de nuevos batallones, que se trataba de organizar con los soldados que habian gozado de licencia temporal en sus casas. A los batallones de guardias nacionales que iban á ser movilizados, se incorporarían los oficiales que no tuviesen cabida en los otros batallones, llamados de reserva. Otros finalmente se reunirían en torno de la real persona, para aumentar la casa militar y entrar en el goce de sus honores y ventajas. Desde luego empezaban todos á recibir su sueldo por completo. Sin duda hay situaciones en que todos los remedios son malos; sin embargo, se resentía de ilusion extraña en el ministro de la Guerra la persuasion de que, despues del espíritu que se habia dejado nacer y cundir entre los oficiales á medio sueldo, se lograra hacerlos adictos á los Borbones, cuando ya tenían noticia de que Napoleon pisaba el suelo de Francia. Hasta distaba mucho de estar segura la guardia nacional, animada del espíritu de la clase media, y con la que al parecer se debia contar entonces, por ser contraria al restablecimiento del imperio. Llamada oportunamente, preparada muy de antemano á la doble defensa de las liber-

tades públicas y del trono, sin duda contuviera al ejército y estorbara que se echara en brazos de Napoleón al golpe. Mas casi en todas partes dejóse que se dividiera en caballería compuesta por la antigua nobleza, y en infantería formada por la clase media, y ésta además ofendida, descontenta, irritada, había sido disuelta en las más de las ciudades; así no se podía sacar de ella muy gran partido. Con todo se había mandado á los prefectos formar batallones de guardia nacional y movilizarlos á las órdenes de oficiales á medio sueldo. Hasta se les autorizó para convocar á los consejos generales, para que votaran contribuciones destinadas á tales gastos. De esta suerte multiplicábanse los remedios, como se hace con un enfermo desahuciado, sin saber si le serán provechosos, y únicamente por no asistir á su agonía sin recetarle nada. A todo esto añadió el ministro de la Guerra una proclama violenta, y que lejos de ser adecuada para que el ejército la prestara buenos oídos, por el contrario daba que reír á los que recordaban su lenguaje y su conducta en Tolosa.

No se adoptaron más providencias para detener á Napoleón en su marcha. Cuando ya hubo noticia de sus rápidos progresos, de su entrada en Grenoble y en Lion de seguida, lo cual negóse á los principios, y se declaró falso é imposible, ya hubo necesidad de rendirse á la evidencia, y de renunciar á decir lo que propalaban los realistas en punto á que Napoleón no había ido á Francia más que para morir fusilado. Al paso que se hizo sentir en mayor grado la necesidad de obrar sin tardanza, ménos se comprendió en qué sentido resultaría más conveniente. Nunca los partidos, que

han cometido desaciertos, se suelen juzgar culpados, sino vendidos por traiciones. Ante las numerosas defecciones que en Grenoble y Lion se habian consumado, pues aun se ignoraba la del mariscal Ney á este tiempo, los realistas de todos los matices se sintieron poseidos de una febril desconfianza, que recaia sobre todos, sin distincion alguna. Donde quiera no veian más que traidores, y de traicion dieron el grito hasta en presencia de los gefes de las tropas, á quienes tanto se acariciaba poco antes. Aquellos que no tenian espíritu altanero, y se contaban muchos entre aquellos valientes, no respondian á estas alusiones ofensivas sino con exageradas protestas de adhesion á los Borbones, sin que asi aparecieran más leales. Otros mostrábanse indignados, y no sentian mayor deseo que el de ver pronto castigadas tanta locura y tanta arrogancia. Segun meses atrás habia acontecido, las desconfianzas recayeron más particularmente sobre los dos personajes, que dirigen el ejército y la policia. Despues de haberles acusado de no hacer nada, se les acusó de hacer de sobra, cuando adoptaron las ya enunciadas providencias. En concepto de los realistas existia una conspiracion vasta en que estaban complicados todos los oficiales del ejército desde los subtenientes hasta los mariscales. Sin embargo, nuestra relacion ha patentizado que eran falsas estas suposiciones; que en Grenoble los generales Marchand y Mouton Duvernet se afanaron sinceramente por cumplir sus deberes; que en Lion no se rindió el general Brayer hasta que las puertas de la ciudad fueron abiertas al ejército imperial por sus tropas; que La Bedoyére no tenia participacion

alguna en la trama de los hermanos Lallemand y de Lefebvre Desnouettes, y que el mismo Napoleón obró independientemente del flojo complot urdido en París por gente atolondrada. Pero solamente la historia, mucho después de los sucesos, y á fuerza de investigaciones y de imparcialidad, acaba por consignar verdades de tal naturaleza; por de pronto los partidos no las dan crédito ninguno. Al suponer los realistas la existencia de una conspiración vasta y en la cual eran cómplices todos, se preguntaban si no figuraría también el mariscal Soult en persona. Entre ellos los más exaltados, á quienes la conducta del mariscal Soult en Bretaña y su monumento de Quiberon habían cautivado particularmente, le permanecieron fieles y sustentaron que solo él podía salvar á la monarquía. Otros en mayor número hallaban razones de desconfianza hasta en los actos que á algunos les parecían más propios á dar seguridades. A sus ojos la proclama violenta del mariscal Soult no era más que un trampantojo para mejor deslumbrar á la dinastía, y entregársela á Napoleón atada de pies y de manos. Igualmente la providencia relativa á juntar en París y á poner al lado del monarca á los oficiales á medio sueldo, que no tuvieran colocación en los nuevos batallones, providencia tardía y ya imprudente, si bien ideada con buena fé indudable, no era á sus ojos más que una perfidia. Nada habia de esto ni por asomo, pues el mariscal Soult, muy capaz de abandonar á las gentes, á quienes desamparaba la fortuna, no lo era de hacerlas traición de ningun modo, y su cabeza era débil por extremo, lejos de ser profunda. No obstante se le reputaba como á

un refinado italiano del décimo quinto siglo, y á la par que tres meses antes, cuando se trataba de expulsar al general Dupont del ministerio, se decia que estaba perdido todo, si no se nombraba al mariscal Soult ministro de la Guerra, ahora por el contrario se propalaba que todo estaba perdido si se le mantenía en tal puesto.

Frases análogas, aunque mucho menos violentas, se pronunciaban contra Mr. André, encargado en calidad de director general, de la policía. Este empleado, antiguo miembro de la Asamblea constituyente, á lo menos bajo el aspecto de la fidelidad no debía infundir sospechas á los realistas, por ser muy adicto al monarca, con quien habia estado en correspondencia por espacio de quince años. Pero en ciertos momentos á semejanza de un caballo espantado, el espíritu de partido no reconoce las voces más amigas. Al suceder á Mr. Beugnot en la direccion general de la policía, Mr. André vióse obligado á observar su misma conducta, en punto á rechazar las absurdas invenciones de todas las policías oficiosas, á que el conde de Artois daba pábulo con prestarlas oídos, y hasta pagándolas á veces. De resultas Mr. André no fué más que un hombre incapáz, ya que no un traidor para la córte.—A nada de cuanto llega á sus oídos presta asenso.—Tal era el solo cargo que se formulaba en su contra; sobre lo cual hay que citar un hecho que seria poco digno de la historia, si no pintara con fidelidad extremada hasta dónde llega el pavor del espíritu de partido. Apenas se recibían noticias, porque embargados y desconcertados los prefectos, que se hallaban en los puntos por donde Napoleon se-

guia su marcha, al saber que ya estaba cerca, por lo comun no tenian tiempo de escribir antes de su llegada, y despues no se cuidaban de tal cosa. Sin embargo el telégrafo estaba en continuo movimiento, ora para trasmitir órdenes administrativas, ora para preguntar á las autoridades, que no hablaban suficientemente al gusto del gobierno, ora para pedir noticias, que escaseaban mucho. De todo lo cual se infirió caprichosamente, que, si el telégrafo jugaba tanto, de fijo era para el servicio de Napoleon y no para el de Luis XVIII. Llamado el director del telégrafo sin tardanza, se quedó sorprendido de que se abrigaran sospechas tales, y dió explicaciones sencillas y convincentes, ante las cuales hubo que rendirse á la fuerza, tras de dejarse avasallar por los más ridículos terrores.

Semejantes hechos demuestran hasta qué punto llegaba la turbacion de los realistas. Sin participar Mr. de Blacas de su exageracion de costumbre, no se podia tampoco librar de sus desconfianzas, y bajo la impresion de su inquietud profunda, asimismo se preguntaba si el mariscal Soult pecaria de traicion y Mr. André de insuficiencia. Ya arrastrado á la desesperacion de resultas de las noticias que de Lion habian llegado, se resolvió á someter en pleno consejo al mariscal Soult á una especie de interrogatorio, como á un delincuente, y en su exaltacion proveyóse de un par de pistolas, para pasar en el caso de hallarle traidor a las mayores extremidades. Naturalmente no debia asistir el rey á uaa sesion de tal especie, porque no fuera testigo de las violencias, á que se podia llegar sin duda. Con mayor calma

expuso Mr. de Vitrolles á Mr. de Blacas que las sospechas concebidas respecto del mariscal Soult le parecian poco fundadas; que, si bien le creia turbado por las circunstancias, no le juzgaba traidor de ninguna manera; que sin duda se habia errado en punto á su capacidad al elegirle para que sucediera al general Dupont en su puesto; y que tal vez conviniera separarle de seguida, no llevando el escándalo más adelante.

Con efecto, ya se ha visto que el mariscal Soult no hacia traicion á nadie; pero su espíritu se hallaba en un estado de desórden que no añadia claridad á sus luces. Martirizado por las sospechas de los realistas, se afanó por tranquilizarlos mediante una violenta proclama, que no hizo mas que infundirles mayor desasosiego cabalmente por su misma violencia, y á la par que distaba tanto de captarse su confianza, con pasos de gigante veia avanzar al hombre á quien habia ultrajado de tan cruel modo. Sobradamente habia con esto para trastornar una cabeza más sólida que la suya. Por lo demás las providencias que habia adoptado á fin de llamar á los oficiales á medio sueldo al servicio activo, y de prescribir diversos movimientos de tropas, tal vez pecarian de ineficaces, no de pérdidas en ningun caso, y ni la más leve culpa le tocaba de que á la vista de Napoleon se le unieran las tropas y abandonaran la causa de la dinastía de los Borbones. Lo conveniente fuera de positivo disponer de la fidelidad de los soldados, de la cual disponia Napoleon tan solo, contra quien se pretendia que se declararan en la lucha, y bajo este aspecto el mariscal Soult no obró ni mejor ni peor que otro cualquiera obrara en su caso. Su verdade-

ra falta consistia en haber hecho muy galanas promesas á la córte, de cuyas resultas en su energía y su capacidad se cifraron grandes esperanzas.

Llamado al consejo, su actitud fué como su situacion muy embarazosa. Al ser interrogado casi como reo, no se sublevó en las respuestas contra las sospechas, de que se le hacia blanco; á la larga enumeró las providencias que habia tomado, muchas veces protestó de la pureza de sus intenciones, casi consiguió ser creído, y dió mejor idea de su fidelidad de este modo, aunque mucho más desventajosa de su suficiencia, y como repitiese á menudo, cuando no le ocurrían otras palabras, que, si sobre su fidelidad se abrigaban dudas, al monarca elevaria su dimision al punto, en cierto modo se le cogió la palabra, y así Mr. de Blacas le condujo á presencia de Luis XVIII al terminar la sesion del consejo. No entendiendo nada el monarca de las providencias administrativas, sobre cuyo mérito andaban discordes los pareceres, si bien alcanzándosele con su sagaz y recto juicio que el mariscal Soult no habia operado ni portentos ni perfidias, y que de todos modos alguien habia de ser sacrificado á las iras del partido realista, al mariscal Soult dejó hablar á sus anchas, hasta que renovó la oferta de presentar la dimision de su cargo; entonces el rey aprovechó la favorable coyuntura, y le dijo que tenia sus servicios en mucho, que de ellos conservaria grata memoria, pero que al parecer le fatigaba en aquellos instantes la carga del ministerio, y así le iba á aliviar de fatiga, dándole un sucesor de contado. Lleno de asombro al notar que tan fácilmente se daba crédito á su palabra, cuando manifestaba deseos de retiro, de buena voluntad

se retractara de su oferta, mas el rey no le dió lugar á evolucion semejante, y así el mariscal Soult hubo de considerar como definitiva su dimision ofrecida por mera forma. Del gabinete del rey salió disgustadísimo á causa de dejar allí su cartera, y Mrs. Blacas y Vitrolles le acompañaron hasta la puerta de las Tullerías, sin que de su lealtad dejara de protestar nunca. A la parte de fuera del palacio halló una muchedumbre azorada, que prorumpia en vivas al rey cada vez que entraba ó salia algun alto personaje, y que á la vista del mariscal repitió el propio grito. Aclamando tambien al rey y agitando el sombrero de plumas blancas respondió por su parte; luego se metió en su coche con direccion á las oficinas del ramo de guerra, despedido á los tres meses de ministerio, acusado de traicion por los mismos á quienes acababa de sacrificar su pasado, comprometidísimo respecto de Napolcon á quien habia ultrajado violentamente en su última proclama, y no obstante por feliz se debiera haber dado de seguir comprometido ante su antiguo personaje, pues se librara de la responsabilidad enorme de figurar como mayor general en la funesta batalla de Waterloo.

Con Mr. André se hizo uso de ménos rodeos. Este era un amigo seguro, por más que se aparentara á veces ponerlo en duda, y se le relevó de su empleo, sin más que alegar simplemente el mejor servicio del monarca. Adoptadas estas resoluciones el 44 de marzo, preciso era que á estos dos altos funcionarios se les dieran sucesores al punto. Esta era ocasion oportuna de asentir á los sanos consejos de Mr. Lainé, dando á la opinion pública una satisfaccion de buen efecto. Pero Mr. de Montesquiou,

:

personaje de quien se valia Mr. Lainé para hablar á la córte, desde que se mostró propicio á concesiones oportunas, ya era considerado como hombre de valor flojo y de mérito falso, y no hallaba quien le prestase oídos. A medida que el peligro subia de punto, los realistas exaltados cobraban mayor ascendiente, y tenaces en no confesar que se habian enajenado la opinion pública á causa de sus desaciertos, les ocurrió que para salvarse en tan críticas circunstancias no habia más recurso que el de apelar á personas dotadas de la infernal habilidad que á Napoleon reconocian generalmente, aun poniendo en cuestion su genio, y se aplicaron á buscarlas por todas partes. Un antiguo ministro habia de la Guerra, el que por espacio de diez años tuvo, comunicó é hizo ejecutar las órdenes imperiales, y el que desde su regreso de Blois no hizo más que dirigir las mas humildes seguridades de adhesion á la córte; no era otro que el general Clarke, duque de Feltro. Hasta ahora se habian aceptado sus humillaciones, más no sus servicios. Por fin pensóse en recurrir á ellos, pues este personaje debia estar al tanto, si alguien lo estaba realmente, de cómo se podria combatir á Napoleon con procederes semejantes á los suyos. De consiguiente se le envió á buscar sin tardanza, y se tuvo por venturoso de la oferta, hasta el punto de no reparar en el peligro. No rehusando tan grave empeño á pesar de lo crítico de las circunstancias, razon habia para creer en su fidelidad de plano, y al punto fué enviado al ministerio de la Guerra, para suceder allí al mariscal Soult sin pérdida de un solo instante.

Ya que no se trataba de atraer á la opinion pública de ningun modo, y que no se queria tam-

poco ver en lo que pasaba más que una lucha, de la que saldrian vencedores los más diestros en el género de negra habilidad que á Napoleon era atribuida, no había mejor ocasion de pensar en Mr. Fouché para el ministerio de la Policía. Siempre se le había hecho esperar este alto cargo, sin dárselo nunca, y según ya se dijo arriba, hasta se acabó por exasperarle del todo. Con este personaje se anudaron recientemente las comunicaciones interrumpidas á menudo, y respondió en términos de manifestar como antes una veneracion profunda á los Borbones, si bien declarando que no podia admitir nada, por ser imposible de evitar una grave crisis en el estado á que habían llegado las cosas. A falta de este maestro en materia de policía, se descendió mucho más abajo relativamente á la importancia, al talento y al renombre, y aspiróse á suplir cuanto faltaba de estas cualidades al nuevo candidato con la circunstancia de rayar su ódio á Napoleon en lo violento. Así llamóse á Mr. Bourrienne, excluido de muy atrás de la imperial confianza, nombrado por este motivo director de correos, y se le confió el ramo de policía como director general y no como ministro, por lo imposible de conferirle título semejante. Con la seguridad se contaba de que este sujeto debía conocer, odiar y perseguir implacablemente á los hombres del imperio, sin que jamás se uniera á sus planes, ni les guardara contemplaciones.

Estos dos cambios, cuya ocasion y cuyos motivos hemos explicado puntualmente, á la verdad eran muy singular modo de responder á los consejos de Mrs. Lainé y Montesquiou, los cuales no cesaban de pedir con instancia que se exonerara á

cuatro ministros, dándoles personajes respetables y populares por sucesores. Pero la exasperacion se acrecentaba con el peligro, y con la exasperacion la ceguera. Se creia que la salvacion se vinculaba no en que á la opinion pública se inspirase confianza, sino en que se hiciese uso de profunda astucia, bajo el concepto de que al más hábil maquinador se habia de apelar como á salvador seguro, aun cuando fuese poco estimable. ¡Triste ceguera que testificaba no la perversidad de los Borbones ni de los emigrados, honradísimos la mayor parte, sino la perversidad del espíritu de partido, siempre en proporcion de la falta de luces!

Durante los dias 41 y 42 de marzo se efectuaron estos cambios de personas, y un parcial triunfo alcanzado entonces hizo que brillase una fugitiva esperanza. Efectivamente, segun se ha visto, los generales Lallemand, Lefebvre Desnouettes y Erlon habian partido para el Norte, á fin de poner en planta su inútil é imprudentísima tentativa. Tras de quedar de acuerdo con el conde de Erlon, que debia llevar sobre Compiégne la infanteria de Lila, y con los hermanos Lallemand, que del departamento de Aisne, habian de conducir sobre La Fère á cuantas tropas lograsen allegar de todas armas, el general Lefebvre Desnouettes salió de Cambrai el 9 de marzo por la mañana con los cazadores reales, antiguos cazadores de la guardia de á caballo, dando orden de que se le incorporasen los obraceros reales, antiguos granaderos de la guardia. Acostumbrados los cazadores de á caballo á obedecer ciegamente al general que por espacio de diez años les habia mandado en todos los campos de batalla, le siguieron como de costumbre, y

á la mañana del 10 de marzo se presentaron delante de La Fère, cuyas puertas estaban abiertas, y no se habian de cerrar á la vista de tropas francesas. Por su parte los hermanos Lallemand acudieron de igual modo, y aspiraron á ganar al regimiento de artillería, que se hallaba en La Fère, diciendo que en París se habia operado una revolucion á favor del imperio; que destronados y presos estaban los Borbones, y que era necesario ponerse en movimiento, para dar á Napoleon vigorosa ayuda. De muy buen grado se fuera detrás de los hermanos Lallemand el regimiento de artillería, abandonándose á sus sentimientos; pero allí estaba el general Aboville, y fiel observador de sus deberes opuso resistencia, y temerosos de perder tiempo los generales Lallemand se encaminaron en union de Lefebvre Desnouettes sobre Compiègne, esperanzados en hallar á los coraceros reales, y especialmente á la infantería llevada por el conde de Erlon desde Lila. Llegados á Compiègne á la cabeza de los antiguos cazadores de á caballo, que serian mil jinetes soberbios, Lefebvre Desnouettes y los hermanos Lallemand trataron de ganar al regimiento 6.º de cazadores, cuyos oficiales vacilaron mucho, y al fin opusieron resistencia. A la par que fracasaban delante de este regimiento, obligados se veian á esperar al conde de Erlon, que no asomaba por ninguna parte. Cuando éste se aprestaba á mover su infantería, le sorprendió el mariscal Mortier, llegado de París de repente, y paralizados quedaron sus planes. A que se estuviera quieto le exhortó el mariscal de seguida, y á dejar que se consumaran las revoluciones sin comprometerse personalmente, y á ocultarse por de pronto, con el fin

de evitar algun acto de severidad á consecuencia de su conducta. Así el conde de Erlon se vió en la imposibilidad de concurrir al movimiento, y hasta obligado á esconderse, para evitar persecuciones.

Esta noticia consternó á los generales Lallemand y Lefebvre Desnouettes, quienes comprendieron tardiamente que en circunstancias tan graves, cuando fluctuaban las almas entre los deberes y las pasiones, cualquier otro que no fuese Napoleón y se presentara á fin de atraerlas en tal sentido, lejos de fortalecer su resolución las sumiría en mayor angustia. Sobre el partido que adoptarían como más conveniente se hallaban dudosos, cuando se les acercó el segundo jefe de los cazadores de á caballo y les preguntó con viveza qué pensaban hacer del regimiento así comprometido. Entonces se lo revelaron todo y le propusieron lanzarse hácia el camino de Lion como partidarios, único recurso en tal coyuntura. Asustado el comandante, Lion de nombre, de tal empresa, rotundamente se negó á seguir adelante, y en cierto modo les sacó de apuros, tomando el mando del regimiento mientras procuraban escape. Inmediatamente envió á París una representación de adhesión y de arrepentimiento en nombre de los cazadores, fundado en su ignorancia de las intenciones de los generales, que habian tratado de separarlos de la senda de sus deberes.

Para contrapesar el efecto de las desastrosas noticias de los sucesos de Grenoble y de Lion necesitaba menos que la nueva de esta tentativa impotente, divulgada en París el 12 de marzo. Solo en el último extremo se resignan á desespe-

rar de su salvacion los partidos, y si una impre- vista esperanza luce fugaz ante sus ojos, á ella se ligan con ardimiento, como los moribundos á la vida, si se creen fuera de peligro. Ahora la esperan- za era de índole propia á engañar hasta á los es- píritus sensatos, pues aunque las tropas al perman-ecer fieles, solo habian resistido á imprudentes militares, y no á Napoleon en persona, con pro- pender algun tanto á forjarse ilusiones, se podria muy bien inferir que al mismo Napoleon harian cara, si se notaba energía en los gefes. Tambien eran favorables los partes recibidos del Franco Condado, y del estado mayor del mariscal Ney muy especialmente, pues de su defeccion aun no ha- bia tiempo de saber nada. Acerca de su porte da- ban los oficiales realistas, que estaban á su lado, los más satisfactorios informes. Al mismo tiempo el mariscal Oudinot, que habia salido para Metz, explícitamente aseguraba no haber encontrado más que excelentes sentimientos en la antigua guardia imperial de infantería. De todo esto se formó un conjunto de noticias tranquilizadoras, con empeño de darlas crédito absoluto y de hacer que se lo dieran todos. Se dijo que Bonaparte desde Cannas hasta Lion habia hallado á todo el mundo despre- venido y nada pronto para la resistencia, y que habia triunfado como otras muchas veces en su vida, sorprendiendo á sus enemigos y llenándolos de espanto, pero que de allí adelante encontraría una resistencia formal é invencible. Por el maris- cal Ney seria cogido de flanco, y de seguro no venceria al valiente entre los valientes. De Metz partiria el mariscal Oudinot para cogerle por la espalda. Finalmente, las tropas reunidas en París

y en los contornos formarían un ejército de cuarenta mil hombres que el duque de Berry mandaría en persona, con Macdonald por jefe de estado mayor, y á la vista del príncipe y del mariscal respetable, que sería en su ayuda, todos cumplirían con sus deberes. Por entonces y donde quiera la cuestión estribaba en disparar el primer tiro, como remedio supremo para salvar la monarquía, pues no se abrigaba duda de que, una vez empeñado el conflicto, al cabo se batirían las tropas. Ahora bien, en París había el medio seguro de que ese primer tiro fuese disparado, componiéndose la casa militar del rey de cinco mil valientes, muy adictos á su persona, y respecto de los cuales nadie dudaba que harían fuego. Igualmente lisonjeaba la idea de tener cuarenta mil hombres, cuando Napoleón solo juntaría de ocho á diez mil á lo sumo, pues por hábil general que fuese no triunfaría con semejante desproporción de fuerzas.

Estas razones se resentían de especiosas, bien que de razones como estas ha blasonado á menudo el espíritu de partido. Nombrado fué de consiguiente el duque de Berry general en jefe del ejército de París, destinado á establecer delante de Villejuif su campamento. Por mayor general diósele el mariscal Macdonald, que en Lion acababa de hacer prodigios de fidelidad y de bravura. Al duque de Orleans se le mandó que marchara al Norte y formara allí un ejército de reserva con las tropas que tan excelente espíritu habían acreditado en el último lance, y las juntara en Amiens ó en San Quintín, y después de proveerlas del material necesario las condujera sobre París, con el objeto de formar la izquierda del duque de Berry.

y de pelear á su lado. Asimismo comunicóse al mariscal Oudinot la órden de poner en movimiento la infantería de la vieja guardia, si persistia en contar con ella, y tomar de través el camino de Lion á París, y prometer el grado de oficial á todo soldado que se comprometiera á hacer fuego.

Al mismo tiempo se abrieron registros en París para el alistamiento de voluntarios. Cotidianamente por las calles de la capital se paseaban realistas fogosos, agitando banderas blancas y dando el grito de *á las armas*, contra el usurpador y el tirano que iba á descargar sobre Francia el doble azote del despotismo y de la guerra. Aun cuando sobre la poblacion no produjeran tales demostraciones un efecto muy marcado, con todo, la juventud liberal, colocada bajo la influencia del periódico titulado el *Censor* y publicado en forma de volúmen para eximirse de la censura y aplicado á patentizar los peligros de la vuelta de Napoleon por aquellos dias, sin mostrarse muy aficionado hácia los Borbones, les daba la preferencia sobre Napoleon á todas luces y pronto estaba á sostener la predileccion esta con las armas en la mano. Asi los estudiantes de derecho alistáronse en gran número como voluntarios, y se esperaba que la guardia nacional inquieta por la paz, al modo que la juventud de las escuelas por la libertad, se decidiria á favor de la causa real con el mismo celo. Asi todos los esfuerzos propendian á la sazón á alentar á unos y á otros, y á reponerse del abatimiento producido por las noticias que de Grenoble y de Lion habian llegado poco antes.

Una sesion de las cámaras promovióse de pronto, con el fin de que estos sentimientos resonasen

desde la tribuna, y se celebró el 13 de marzo. Allí el duque de Feltró, nuevo ministro de la Guerra, y Mr. de Montesquiou, ministro de lo Interior, hicieron la principal figura. Por su parte el ministro de la Guerra propuso la declaración de que las guarniciones de Antibo, de La Fère, de Lila, y los mariscales Mortier y Macdonald habían merecido bien del rey y de la patria: además propuso el anuncio de que los militares que prestasen servicios en las circunstancias presentes recibirían recompensas nacionales. Con este motivo refirió la tentativa del general Lefebvre Desnouettes y de los hermanos Lallemand, y calificóla de infame, afirmando que estaban animadas de excelente espíritu las tropas, que cumplirían sus deberes, que sería el primero en darlas ejemplo, y que, si Lion no había resistido, solamente fué por falta de la artillería. Con aplauso se oyeron estas explicaciones, estas esperanzas, estas promesas de adhesión inquebrantable, porque había necesidad de creer en ellas. Un miembro de la cámara propuso que se colocase la Carta bajo la protección del ejército y de los guardias nacionales, y otro que se pagasen los atrasos de la Legion de Honor sin demora. Casi por unanimidad se votaron todas estas mociones. Tras del lenguaje un tanto pueril del ministro de la Guerra, de boca del ministro de lo Interior se oyeron palabras juiciosas y dignas, y ya que no pudo lograr que los gefes del partido constitucional fuesen llamados al ministerio, les dió las gracias por su noble conducta. Con muy buenos términos elogió particularmente á los escritores liberales, que olvidaban sus resentimientos particulares por defender al

rey y la libertad como intereses comunes á todos.

Habiendo parecido favorable el efecto de esta escena, se preparó otra más solemne, anunciando que el día 17 de marzo se presentarían el rey y los príncipes en la cámara de diputados, para renovar allí su alianza con la nación, y dar las mayores seguridades de su fidelidad á la Carta. De resultas de no salir airosos Mrs. de Montesquiou y Lainé del proyecto de echarse en brazos del partido constitucional, siendo obstáculos invencibles las perplejidades del monarca y las malas tendencias de los príncipes, á lo menos procuraban que por medio de repetidas demostraciones se ganara la opinion pública, única fuerza que á Napoleón se podia oponer con ventaja.

Esmeradamente redactó el rey por sí propio un discurso y se lo aprendió de memoria, para pronunciarlo con mayor desembarazo. Comunicado este discurso al consejo, le tuvo por obra maestra, y efectivamente, hábil era á la par que noble. Tranquilo á causa de este voto, Luis XVIII salió de las Tullerías con gran pompa, llevando la banda de la Legion de Honor al pecho, rodeado de los príncipes y por entre una doble fila de tropas de línea y guardias nacionales. Al duque de Orleans llevaba dentro de su coche, y de propósito le hizo reparar que lucia la placa de la Legion de Honor sobre el uniforme. A lo cual respondió el príncipe estas solas palabras:—Mucho me alegrara de que no fuese hoy por vez primera.—Durante la carrera toda, el público, particularmente compuesto de la clase media parisiense, se mostró afectuoso; gritos de *viva el rey* dieron los guardias nacionales y silencio guardaron las tro-

pas. Mientras el duque de Berry y el duque de Orleans se fijaban en espectáculo semejante, ninguna atención le prestaba el monarca, distraído en recitar por lo bajo el discurso que iba á pronunciar de seguida.

Llegado al palacio de Borbon Luis XVIII entró en el salon de las sesiones y apoyado en los brazos de Mrs. de Blacas y Duras traspuso las gradas del trono. A la vista del monarca se pusieron en pie los miembros de las dos cámaras como á impulsos de un solo resorte y aplaudieron con todas sus fuerzas. Por más expansivos en sus demostraciones se distinguieron los diputados que se sentaban á la izquierda. Todos querian la paz, la Carta, el monarca, y resueltos estaban á probar que, si habia sinceridad respecto de ellos, con sinceridad correspondian por su parte. Se pusieron de pie y dieron el grito de *viva el rey* tres ó cuatro veces, y apoyados en estas manifestaciones por los diputados realistas, hicieron oír á Luis XVIII aclamaciones que le conmovieron hondamente y que le pudieron inducir á creer que se habia salvado. Por desgracia este grito no era más que el de algunos ciudadanos de luces y verdaderamente patriotas, pues á impulsos de resentimientos, de que los Borbones eran causa involuntaria, el resto de la nacion se precipitaba en nuevos abismos.

Tras de reponerse de la emocion profunda, el rey pronunció con voz sonora y bien acentuada las palabras siguientes:

«Señores:

«En este momento de crisis, cuando el enemigo público ha penetrado en una porcion de mi

»reino y amenaza la libertad de todos, me presento en medio de vosotros para estrechar más y más los vínculos que os unen conmigo y forman la fuerza del Estado. Al dirigirme á vosotros vengo á manifestaros mis sentimientos y mis votos á toda Francia.

»Yo he vuelto á mi patria, la he reconciliado con las potencias extranjeras, de cuya fidelidad á los tratados, que nos han devuelto la paz, no debéis abrigar la menor duda; he trabajado por la felicidad de mi pueblo; cotidianamente he recibido y recibo señalados testimonios de su amor; ¿de qué modo mejor que muriendo en defensa suya puedo acabar á los sesenta años mi carrera?...»

Aquí resonaron nuevas aclamaciones.—No, claman los diputados, á vos de ningún modo, á nosotros nos toca morir por el trono y la Carta.—El rey siguió de esta manera.

«Nada temo por mi persona, mas temo por Francia. El que viene á encender la tea de la guerra civil trae asimismo el azote de la guerra extranjera, y viene á poner otra vez á nuestra patria bajo su yugo de hierro, y finalmente á destruir esta Carta constitucional que os he dado, esta Carta, mi más hermoso timbre á los ojos de la posteridad, esta Carta que aman los franceses todos y que juro aquí mantener siempre.

»¡Agrupémonos en torno de ella! ¡Sea nuestro estandarte sagrado! En su rededor los descendientes de Enrique IV figurarán los primeros, y les seguireis todos los buenos franceses. Por fin, señores, que el concurso de las dos cámaras dé á la autotidad la fuerza necesaria, y esta guerra

»verdaderamente nacional demostrará con su feliz desenlace lo que puede un gran pueblo unido por el amor á su rey y á la ley fundamental del Estado.»

Apenas pronunciadas estas últimas palabras, levantándose el conde de Artois y cogiendo las manos del rey con respeto, le dijo estas palabras:—Señor, permitidme que en nombre de vuestra familia junte mi voto al vuestro para protestar de nuestra franca y cordial union á V. M., y para jurar fidelidad á vuestra persona y á la Carta.—Si juramos,—se oyó clamar al duque de Berry y al duque de Orleans á una. Ante esta inesperada escena, los miembros de las dos cámaras se pusieron en pie de nuevo, y aplaudieron tal uniformidad de sentimientos, muy saludable si se manifestara anteriormente, y se congratularon de que la corona buscase en la nacion su apoyo, y ofreciéronselo completo. ¡Mas ah que prometian lo que no estaba en su mano, y quizás estas mismas cámaras por una prudencia excésiva no habian resistido á la corona lo bastante, para adquirir una popularidad, que los colocara en situacion de defenderla y salvarla ahora!

Luis XVIII se retiró en medio de la emocion general de los circunstantes, muy conmovido del efecto de su discurso y de la sesion régia, efecto de utilidad positiva quince dias antes, y ya de utilidad muy dudosa.

Despues de la sesion régia se convocó á la guardia nacional para que los principes la pasasen revista, y para que ante sus ojos saliesen de filas cuantos quisieran formar parte de los batallones, que iban á ser movilizados. Todo su atractivo

desplegó el conde de Artois para ser grato á la clase media parisiense sobre las armas; pero cuando se trató de llamar á los voluntarios, solo se presentaron en número muy corto. A la verdad se habian lastimado sobremanera los sentimientos de esta clase media, para inspirarla una adhesion muy ardorosa. Miedo tenia á lo que venia de contado, sin tener grande amor á lo que se iba al propio tiempo. No obstante, se salvaron las apariencias, y aunque no con el entusiasmo que en la cámara de los diputados, los príncipes fueron recibidos de una manera decorosa. Bajo la impresion de estas diversas manifestaciones, y particularmente de la frustrada tentativa de los generales Lallemand y Lefebvre Desnouettes, se cobraron nuevas esperanzas, y se creyó en la fuerza numérica y en la fidelidad de la reunion de tropas, que se iba á formar en Melun á las órdenes del duque de Berry, del mariscal Macdonald y de los generales Béliard, Maison, Haxo, etc. Al revés los bonapartistas, desconcertados de results de la aventura de los hermanos Lallemand y de Lefebvre Desnouettes, y creyendo ver en su mal suceso un síntoma alarmante de las disposiciones de las tropas, trémulos se hallaban y pavorecidos, y se escondian particularmente intimidados por el nombre de Mr. Bourrienne, nuevo prefecto de policia.

Entretanto Napoleon preparaba su marcha sobre Paris desde Auxerre, á donde habia llegado el dia 17 de marzo. Con las tropas de Grenoble y las de Lion y las llevadas por el mariscal Ney del Franco Condado, ya juntaria alrededor de veinte mil hombres y sesenta bocas de fuego. Sus fuerzas acababa de aumentar el regimiento 14.º de linea,

enviado á Auxerre en su contra, y declarado al grito de *viva el emperador!* á favor suyo. Allí se recibió la noticia de la formación del ejército en Melun, de que se trataba por entonces, hablándose de cuarenta mil soldados de línea, de casa militar, de guardias nacionales, bajo las órdenes directas del duque de Berry y de muchos mariscales, y en lo posible cabía que á las inmediaciones de París se disparara el primer fusilazo, tan temido por Napoleón y tan deseado por los realistas. Con efecto, entre los cinco ó seis mil hombres de la casa militar del monarca se podían hallar los bastantes para provocar el conflicto, y entonces la cuestión tomaría un aspecto muy grave. A Napoleón no inquietaban estos rumores. Por seguro daba que las tropas no se le opondrían junto á París más que delante de Lion y de Grenoble; que á su aproximación el gobierno perdería la cabeza del todo, y que el rey se daría á la fuga, á imitación de los prefectos, que desearon permanecer fieles. Además emisarios procedentes de las cercanías de la capital afirmaban no haber hallado soldados en su camino, ni haber tampoco visto en Melun más que grupos de oficiales á medio sueldo, con malísimas disposiciones hácia el gobierno, cuya defensa se ponía á su cargo. Aunque Napoleón no diera grande importancia á los rumores, que circulaban de boca en boca, como capitán muy avisado no los quiso despreciar de una manera absoluta, y así resolvió pasar en Auxerre dos ó tres días, para concentrar sus fuerzas todas y marchar sobre París militarmente. Allí aguardaba al mariscal Ney con las tropas del Franco Condado, y aun quizá con la vieja guardia, escapada de manos del ma-

riscal Oudinot según vagas voces, y seguro estaba de dar consistencia suficiente á su ejército durante estos dos ó tres días. Para que su infantería no se cansara demasiado, le ocurrió que desde Auxerre fuese á Montereau por las aguas del Sena en los botes de que se pudiera echar mano. A costa de dinero hizo que se juntasen todos los del contorno, para transportar de igual manera su artillería. Hacia el mismo punto de Montereau envió la caballería por tierra, y dispuso las cosas de modo de penetrar el 19 de marzo en el bosque de Fontainebleau con todas sus fuerzas reunidas.

Tomadas estas providencias con la presteza y la puntualidad que le eran habituales, se dedicó á recibir á los alcaldes, á los subprefectos, á los gefes de los cuerpos de tropas, y á repetir los discursos pronunciados ya en otras partes. De noche, á la mesa del prefecto y en círculo más reducido, compuesto de Drouot, Bertrand, Cambonne y del mismo prefecto, confidencialmente y con su lenguaje franco, insinuante é incisivo, se expresó de este modo:—En mi rededor he dejado cundir la especie de que estoy de acuerdo con las potencias, y no hay tal cosa, yo no estoy de acuerdo con nadie, ni aun con los mismos á quienes se acusa de trabajar en París á favor de mi causa. Lo positivo es que desde la isla de Elba he echado de ver las faltas cometidas, y resolví aprovecharme de ellas. Mi empresa tiene todos los visos de un acto de audacia extraordinaria, y realmente no es más que un acto de raciocinio. No era dudoso que los soldados, los campesinos y hasta las mismas clases medias me recibirían entusiastas, después de todo lo que se ha hecho en su

daño. Para que me abrieran en Grenoble no hice más que *llamar á la puerta con mi caja de tabaco*. Sin duda Luis XVIII es un príncipe cuerdo, ilustrado por el infortunio, y de estar solo, fijamente me costara mucho mayor trabajo arrebatárle de nuevo la Francia. Pero su familia y sus amigos destruyen todo el bien que por sí era capaz de llevar á cabo. Se les ha figurado que vuelven á entrar en posesion de la herencia de sus padres, y que podian manejarla á su antojo, sin reparar que es mia la herencia y que no se puede administrar como la suya.—A la observacion del prefecto sobre que realmente los Borbones se habian atenido á la estricta observancia de las leyes, Napoleon respondió que gobernar segun su letra no era bastante, si se prescindia del espíritu de ellas, y dijo estas palabras.—Se ejecutaban las leyes de los tiempos actuales con el espíritu de los tiempos antiguos, y por fuerza se habia de sublevar la generacion presente. Esta es la causa única de mi triunfo. Se supuso el año pasado que yo fui quien traje á los Borbones: ellos me traen este año; con que estamos iguales

Asi pasó Napoleon las primeras horas de la noche, hablando con su habitual númen, haciendo una sorprendente exposicion de los desaciertos de los Borbones, confesando jovialmente los suyos, si bien afirmando al propio tiempo que venia cambiado, que ya no se le veria ni conquistador, ni soberano absoluto, porque, segun sus palabras literales, sabia enmendarse, y no era como los Borbones, que *nada habian aprendido ni olvidado* en el espacio de veinte y cinco años.

Al dia siguiente, 18 de marzo, llegó el mariscal

Ney á Auxerre. Napoleón le esperaba con impaciencia, y aun se mostraba sorprendido de que no llegase más pronto. Con efecto, se retrasó bastante, á causa de las órdenes que tuvo que expedir en el camino, fuera de que no se acercaba al cuartel general sin embarazo, procedente de dos causas, de la conducta que en Fontainebleau habia observado, y de la que en Lons-le-Saulnier acababa de inspirar sus actos. Por el imperio de las circunstancias se podia muy bien explicar su conducta en Fontainebleau, salvo la rudeza de las formas. Aun cuando su última evolucion se pudiera explicar por las mismas razones, tan repentina habia sido que le ponía en aprieto hasta delante de Napoleón mismo, que de ella se aprovechaba tanto. Para justificarse de plano, el mariscal repitió donde quiera lo que en Lons-le-Saulnier habia ya dicho, que cedía al voto de Francia, reciente y unánimemente manifestado en Grenoble, en Lion, en Macon, en Chalons y en todas partes; pero que de ningun modo queria entregarse á un hombre, y ménos al que habia conducido hasta Moscou á los franceses; que las circunstancias habian cambiado; que Francia necesitaba de paz y de libertad al presente; que así se lo dictaba su juicio, y así se lo diría á Napoleón en su próxima entrevista; y que, si el emperador no queria dar oídos á este lenguaje, se retiraría á sus campos, y para no salir de allí nunca. Tales fueron las especies que el mariscal Ney sembró por todo el camino, las mismas que al llegar á Auxerre repitió al prefecto su cuñado, y que pensaba igualmente espetar á Napoleón en persona. Sin embargo, á medida que se acercaba á Auxerre, su resolucíon

iba á ménos, y temeroso de no tener valor ó habilidad para decir cuanto bullia en su mente, por escrito hizo una exposicion de su conducta y de sus sentimientos, con referencia al papel que habia representado en Fontainebleau antes, y en Lons-le-Saulnier ahora. Tras de leérsela á su cuñado, á quien no le ocurrió observacion alguna, se fué á presentar á Napoleon con la exposicion en la mano y pocos momentos despues de su llegada.

Con su sagacidad profunda, Napoleon adivinó cuanto el mariscal Ney tenia pensamiento de decirle en la primera entrevista, y le bastaba lo que habia ya oido de más de una boca para prever que le llevaria excusas á la par que amonestaciones. Ahora bien, le queria dispensar de las unas y ahorrarse de las otras, y le dijo al adelantarse á recibirle con los brazos abiertos.—Abracémonos, mariscal querido...—Ney desenrolló su papel al punto, mas ni tiempo le dió para empezar la lectura.—No necesitais de excusa, le dijo en jovial tono. Vuestra excusa y la mia están en las circunstancias, más poderosas que los hombres. Pero no hablemos ni hagamos memoria de lo pasado más que para obrar mejor en lo venidero.—Despues de estas primeras frases, sin dejar tiempo al mariscal de pronunciar ni una palabra, le hizo una pintura de la situacion y de sus intenciones, que al parecer no dejaban por desear nada, pues á la par reconocia la necesidad de la paz y de una libertad suficiente, y se manifestaba dispuesto á conceder la una y la otra. Asimismo declaró que aceptaba el tratado de París y que así lo habia participado á Viena; que contaba con esta comunicacion y con la intervencion de Maria Luisa, para precaver

una nueva lucha con Europa, y que de vuelta en París convocaría á los hombres más ilustrados para acordar con ellos las reformas que conviniera introducir en las constituciones imperiales. En vano hubiera querido el mariscal Ney añadir algo á las declaraciones de Napoleon, pues abarcaban todo lo deseable y determinaban á maravilla las necesidades del momento. Sin embargo, repitió cuanto acababa de oír á su modo, siquiera para jactarse de que se lo habia hecho oír de su boca, y Napoleon le escuchó sin trabajo, por no ser más que la repetición de sus propias ideas, ya expresadas anteriormente. Así la entrevista fué decorosa. Aun distando mucho Ney de poseer la astucia de su interlocutor, se le alcanzó sobradamente que no habia querido dejarse imponer condiciones, y mejor todavía comprendió Napoleon que el mariscal llevaba este propósito deliberado, por consiguiénte no quedaron tan satisfechos uno de otro como lo aparentaron acordes. Al salir Ney dijo á los oficiales y á su cuñado que de Napoleon estaba muy contento, pues se le habia mostrado por demás satisfecho y razonable. Sus camaradas aplaudieron á una y declararon que por desear no les quedaba nada, pues volvian á encontrar al emperador y le volvian á encontrar corregido por los sucesos. Adivinando Napoleon en el aire de las fisonomías y en ciertas palabras cogidas al paso, que se fundaban las excusas de la violación de los deberes militares con la resolución proclamada en alta voz de poner á su voluntad un freno, se hizo el desentendido y afectó estar contentísimo del mariscal recién llegado. Con todo, tras el primer instante de efusión más ó ménos sincera, poco á poco volvió á

tomar cierta superioridad imperial respecto de Ney, y estudiadamente le citó para París, cual si no le hiciese falta su ayuda para efectuar allí su entrada.

Estando ya tomadas todas estas disposiciones el 19 de marzo por la mañana, y debiéndose también hallar en Montereau las tropas, Napoleon salió de Auxerre para colocarse á su cabeza. Por la noche estaba en los lindes del bosque de Fontainebleau rodeado de sus soldados. Allí se le habló mucho de los movimientos que delante de París ejecutaban las tropas; sin hacer el menor caso de tales noticias, se metió en el bosque seguido por algunos jinetes. A las cuatro de la mañana del 20 de marzo entró en el patio del palacio de Fontainebleau, donde se habia despedido de la guardia imperial once meses antes justos. Ya se encontraba allí un grupo de jinetes, que habia desertado del ejército de Melun para incorporarse á sus filas. Al sentar la planta dentro de aquel palacio, donde habia acabado el primer imperio, y donde al parecer comenzaba el segundo, sobre el rostro de Napoleon brilló la satisfaccion más viva. Ciertamente era deslumbradora esta compensacion que le otorgaba la fortuna, y dentro de aquel grande espíritu curado en la isla de Elba de todas las ilusiones, como se verá pronto, la alegría impuso silencio á la prevision por un instante.

Entretanto reinaba la agitacion más violenta en el palacio de las Tullerías. De duracion corta habian sido las esperanzas acariciadas, y á la par que, para desacreditarse el mariscal Soult se necesitaron tres meses, ocho días bastaron para que el ministro Clarke perdiera toda la confianza depo-

sitada en su persona. Al saber la marcha triunfal de Napoleon por medio de las poblaciones de Borgoña, y al saber la defeccion del mariscal Ney muy especialmente, no hubo quien no tuviera por pueril cifrar las esperanzas de salvacion en ningun ministro de la Guerra, y completa fué la desesperacion de los realistas. No hallaron los furibundos otro arbitrio que una nueva emigracion al extranjero, donde otra vez esperaban encontrar el apoyo que hallaron en tiempos anteriores. Con efecto, si les eran adversas las noticias de Francia, al revés tenian el carácter de satisfactorias las de Viena, pues se sabia que reunido de nuevo y extraordinariamente el congreso, ya habia fulminado contra Napoleon una verdadera sentencia de muerte. Por desgracia tenian que ir fuera á buscar este apoyo del extranjero, que les daría alguna fuerza material sin duda, si bien quitándoles la fuerza moral del todo.

A Mr. Lainé, á Mr. de Montesquiou, y á cuantos aspiraron á buscar la salvacion de la causa real en la union de la dinastía con los liberales, hay que hacerles la justicia de manifestar que no desesperaron de su política y que se esforzaron hasta el último dia en tratar de que prevaleciera á su cuenta y riesgo, esto es, con el peligro de caer en manos de Napoleon antes de lograr que se consumase la reconciliacion deseada. Mrs. Lainé y Montesquiou insistieron sobre la necesidad de entregarse por completo á los constitucionales, de elegirles por ministros, de poner á Mr. de Lafayette á la cabeza de la guardia nacional, y de oponer así á Napoleon la Carta depositada en manos de los liberales. Estos ratificaron las tales pro-

posiciones, y se brindaron hasta el postrer momento, y tanto que el 19 de marzo por la mañana escribió Mr. Benjamin Constant en el *Diario de los Debates* un artículo contra Napoleon de virulencia extremada, y declarándose preferentemente por los Borbones y por la Carta de un modo formal é irrevocable.

A la sazón ya casi no era consejo del rey el de sus ministros, pues, según acontece en días de crisis, una multitud de hombres solícitos y bullidores acudían alrededor del gobierno, y forzaban sus puertas, y se mezclaban en sus deliberaciones, y aspiraban á dirigir los negocios, casi tanto como si fuesen los responsables. Estos momentos son los de la disolución del poder á todas luces, porque mandan todos, no obedece nadie, y cuando llegan las cosas á tal estado, bien se puede afirmar que es el principio de la agonía. Invadidos estaban los dos ó tres pisos del palacio de las Tuillerías por realistas de todos los matices; se les encontraba en todas partes, agitándose y hablando y declamando contra Mrs. de Montesquiou y de Blancas, á quienes se imputaba todo el daño. Blanco de aversion se hizo el primero desde que se puso á dar consejos de templanza, y tildósele como á hombre de espíritu ligero, de reputación usurpada, inventada y puesta en las nubes por las mujeres, é incapaz de llevar el peso del poder sobre sus hombros. A los ojos de los realistas fogosos tenía el segundo la contra de ser el hombre de la predilección del monarca. Se le reputaba como origen de la inercia de Luis XVIII y de sus irresoluciones. Hasta los moderados le achacaban como los destemplados la culpa de no ser oídos, y se re-

convenian por figurar como un muro levantado en rededor del trono, para impedir que las sanas inspiraciones tuvieran allí acceso, y á la verdad su fria altivez era de índole propia á dar á entender que asi era positivo, aunque realmente se apresurara á transmitir á Luis XVIII cuanto llegaba á su noticia y con fidelidad escrupulosa. Bueno es consignar que en circunstancias apuradas, á los favoritos ó á los que pasan por tales se achacan las públicas desventuras, y que se toma venganza de su valimiento, acusándoles de todo, hasta de lo que procuran impedir con mayor ahinco.

De consiguiente era extremado el desenfreno contra estos dos personajes. No desconcertándose de resultas Mr. de Montesquiou persistia en sostener el sistema de las concesiones, á la par que Mr. de Blacas guardaba muy frio silencio. Tenaces los realistas exaltados en no reconocer más desacierto que el de la debilidad en el gobierno, á una miraban las concesiones como duplicacion de la debilidad misma, que aumentaria el descrédito del poder sin mejorar sensiblemente la situacion de las cosas. En su concepto, no habia mejor arbitrio que el de huir de París y retirarse al extranjero, donde se encontraría el apoyo de Europa, único sobre el cual se podia ya contar por entonces. Con satisfaccion mal disimulada se decian que la coalicion castigaria á esta nacion ingrata, á la cual no se habia sabido gobernar porque solo podia ser regida por una mano de hierro, la de Napoleon ó la de Europa. Además expresaban que de esta suerte se verian libres de la Carta, origen esencial de los nuevos desastres de que la legitimidad estaba amenazada, segun se ha dicho. No estribaba á sus ojos

en su mala observancia, sino simplemente en su otorgamiento.

Así y todo, mucho distaban de entenderse ni aun los realistas furibundos. Algunos había á quienes repugnaba extremadamente lo de recurrir al extranjero, y Mr. Vitrolles figuraba al frente de los que discurrían de este modo. Recientemente habían experimentado cuán importuna era la influencia del extranjero, pues les había impedido el desahogo de abandonarse á todas sus pasiones, y por consiguiente desearan no caer bajo tal dependencia de nuevo. Para eximirse de contratiempo semejante les ocurrió un arbitrio; concordando todos en que la salida de París era ya inevitable, su parecer se reducía á retirarse no al Norte, hácia Lilla ó Dunkerque, sino más al Oeste, hácia Angers, Nantes y la Rochela, lo cual llevaría á la Vendée en medio de los veteranos del realismo, que de diez meses atrás habían vuelto á empuñar las armas. Así juzgaban que se reunirían cincuenta mil soldados, los cuales se sostendrían tiempo bastante apoyados en Nantes, la Rochela y Burdeos, recibiendo socorros en dinero y material de los ingleses, atraerían á una parte de las fuerzas del usurpador en su contra, y así darían espacio á Europa, sin apariencias de complicidad con ella, para resolver la cuestión fundamental entre el Rin y el Sena. Ya el duque de Borbon había salido con dirección á Tours y á Angers, y no se dudaba que lograría conmover á la Vendée muy profundamente. Noticias se tenían de Burdeos, donde el duque y la duquesa de Angulema habían excitado impetuosos arranques de entusiasmo; y considerábase tan seguro como honroso el asilo del Oeste, pues, aun

suponiendo que este asilo fuera forzado, siempre quedaba libre el mar para huir y pasar á Inglaterra, de donde la emigracion vino poco antes.

Sin duda á favor de este plan se podian alegar razones muy especiosas, pero de tanta impopularidad se resentia el apoyo de los chuanes como el apoyo del extranjero, y dificilísima era la eleccion entre ambas impopularidades. Asi Mr. de Montesquiou, que vino á estar en perpétua contradiccion con Mr. de Vitrolles, no pudo ménos de decir en el tono de un hombre aburrido por necios consejos: —Y bien, yo afirmo que el rey de los chuanes jamás será el rey de los franceses.—A lo cual respondia Mr. de Vitrolles que tampoco tenia trazas de serlo nunca el de los austriacos, de los ingleses y de los rusos. A tanta antipatia llegaron recíprocamente estos dos personajes que no podia aguantar el uno la presencia del otro, y siempre estaban dispuestos á dirigirse ultrajes, indicando sobradamente á las claras Mr. de Vitrolles que miraba á Mr. de Montesquiou como un abate de córte, tan impertinente como ligero, y calificando á su turno Mr. de Montesquiou á Mr. de Vitrolles de arrebatado torbellino, tan fatigante como peligroso.

Haciéndose caso omiso del sistema de las concesiones, Mr. de Montesquiou no hallaba más arbitrio que la retirada hácia la frontera del Norte, á Dunkerque ó Lila, para encerrarse en una de estas dos plazas y dentro del territorio francés por tanto, mientras se efectuaba el desafio de Napoleon con Europa, sin tomar parte alguna en sus incidentes. Igual consejo daban el duque de Orleans, el mariscal Macdonald y todos los hombres sensatos á Luis XVIII, si el abandono de la capital se hacía

necesario, como lo presagiaba todo. Pero este plan desagradaba tanto como el de refugiarse á la Vendée al anciano monarca. Para la pereza de Luis XVI la salida de París era una resolución que le disgustaba sobremanera, y así todo plan que empezaba por evacuar la capital de contado, se le hacía odioso. Lo de ir á guerrear á la Vendée se le figuraba un partido de aventureros, nada conveniente á su edad, ni á su salud, ni á su decoro. Lo de tomar por asilo una plaza fuerte, no le parecía practicable, pues ante todo se necesitaba una plaza que se brindase á toda clase de sacrificios, después una guarnición capaz de atender bien á su defensa, y los tres ó cuatro mil jinetes, á que iba á quedar reducida, cuando se abandonase á París, la casa militar del monarca, no eran bastantes para defender una ciudad como Lila, que requería de doce á quince mil infantes. Finalmente ser asediado en una fortaleza, para rendirse al cabo, á sus ojos semejava muy ridícula suerte.

París era lo que más agradaba á Luis XVIII, y en su defecto Lóndres. Por consiguiente permanecer dentro de París hasta el último extremo convenía más que nada á su predisposición á la inercia, y así lo tenía decidido en lo íntimo de su alma, porque una nueva emigración le parecía de mal agüero; y se expresaba de este modo.—Como á la grande é irresistible catástrofe de la revolución fueron atribuidas nuestras desventuras, se nos recibió perfectamente la vez primera; más á nuestra torpeza se achacarán ahora, y nos tratarán como á gentes inhábiles y á huéspedes importunos.—Así proponíase fijamente esperar hasta la última hora, dejando que se proyectase todo, sin asentir á cosa

alguna, y dejando tambien á Mr. de Blacas la tarea de oponer argumento sobre argumento á los planes que le movian á desagrado.

En medio de esta corte en tumulto, donde los autores de proyectos encontraban, ora la mirada distraida é irónica del monarca, ora las secas negaciones de Mr. de Blacas, se veia al mariscal Marmont, personaje mal cortado para estarse quieto en tan graves circunstancias. Vano, superficial, gran creador de embarazos como de costumbre, agitadísimo al propio tiempo, destinado á mandar la casa militar en la ocasion presente, y mereciéndolo por su bravura, tambien deseaba salvar al rey, y pretendia haber hallado el medio de llevar tal empresa á logro. Tropezando en sus impetuosos movimientos con la frialdad repulsiva de monsieur de Blacas, hácia este ministro concibió el ódio más vehemente, y sin tomar puesto de una manera absoluta entre los exaltados, á la par de ellos gritaba en su contra, y asimismo atribuia todos los males del trono á su influencia. Tan imprudente mostróse el mariscal Marmont que hasta propuso á Mr. de Vitrolles la captura de Mr. de Blacas, para alejarle de Luis XVIII y apoderarse en seguida del gobierno, salvando á la monarquía sin Mr. de Blacas y hasta sin el monarca. Luego que en union de Mr. de Vitrolles se hubiese apoderado del mando, su plan estribaba en fortificar el palacio de las Tullerías, en almacenar allí víveres y municiones, en meterse dentro con los realistas fieles, en esperar á Napoleon de este modo y en oponerle el embarazo, grande sin duda, de sitiar á un rey viejo dentro de su palacio, y quizá de bombardearle en medio de la indigna-

cion universal. Mr. de Vitrolles respondió que el tiempo de las capturas ó raptos de los favoritos habia pasado con los favoritos mismos, que monsieur de Blacas no lo era de ningun modo, y que sin salvar al monarca, se daría un espectáculo tan odioso como extravagante. Habiendo revelado el mariscal Marmont á Luis XVIII la segunda parte de su proyecto ya indicado, le respondió en tono poco lisongero:—La silla curul me proponeis en suma; esa idea es tan rancia por lo menos como todas las que se echan en cara á mis pobres emigrados.—

A los empíricos se recurre de buena voluntad en todas las situaciones desesperadas, y así á monsieur Fouché apelóse nuevamente, para obtener al punto, si no su apoyo, á lo menos un buen consejo, pues segun hemos dicho, se preferia la confusion de recurrir á un regicida á la de hacer concesiones á los constitucionales.

Mr. Dambray fué el encargado de avistarse con Mr. Fouché para hablarle en nombre de Luis XVIII. Tal comezon sentia Mr. Fouché de intrigas, que á pesar de estar empeñado en contra de los Borbones hasta el extremo de impulsar por sí á los hermanos Lallemand á acometer su loca tentativa, aún se alegraba de ver al canciller de Luis XVIII, de dar oídos á sus proposiciones, y respuesta á todas. Habiendo pedido Mr. Dambray á Mr. Fouché en nombre del monarca su opinion sobre la situacion de las cosas y sus consejos, lo cual indicaba muy de sobra que habia disposicion á aceptar su ayuda, se limitó á decir lo que sabia todo el mundo, que ya era demasiado tarde; que ya estaba dado el impulso y el ejército lo segui-

ria hasta el último hombre; que Napoleon estaria en París dentro de ocho dias, y que no habia más que apelar á la retirada y poner la corona fuera de alcance, á fin de mantenerse á la expectativa de los sucesos ulteriores. Clamando Mr. Dambray contra tan desconsoladoras frases, y pareciendo dar á entender que no auguraba tan fácilmente tales extremidades sino por estar en armonia con sus deseos, le respondió con cierta mezcla de imprudencia y de vanidad sin iguales, que por su parte sentia no menor pesadumbre de resultados de la vuelta de Napoleon que los mismos realistas; que le detestaba con todos sus cinco sentidos y era igualmente detestado; pero que se resignaba á una prueba ya inevitable; que si los Borbones hubieran dado oídos á sus consejos en tiempo oportuno, á ellos y á Francia evitaria esta crisis nueva y peligrosa, que ya no se podia conjurar de ningun modo; que para atravesarla felizmente hasta convenia prestarse á ella, y asi no deberia causar extrañeza verle figurar entre los ministros de Napoleon dentro de pocos dias, como lo seria sin duda, para librarse de su yugo y para acelerar su caída, que en este camino de salvacion tenia fijos los ojos, y que acaso tras de desembarazarse de este loco peligroso, se hallaria en proporcion de ofrecer á los Borbones un auxilio, que no les podia dar al presente.

Imposible es determinar si asombra más el cinismo de tales confesiones, ó la indiscrecion de tales confianzas, ó la puerilidad de un orgullo muy pagado de prever y de dominar los sucesos á tanta distancia. Mr. Dambray se dejó avasallar por todos estos falsos visos de política profunda, y

de su interlocutor despidióse consternado y como anonadado bajo su superioridad aparente. Al rey y al conde de Artois dió cuenta de todo, y ambos mostráronse apesarados, y con especialidad el segundo, de haber acudido al genio de Mr. Fouché tan tardíamente. Sin embargo, por sospechosa se tuvo su negativa á responder á las insinuaciones de la córte, y de haber desechado aberturas que eran positivos ofrecimientos, se dedujo que resueltamente estaba en connivencia con el enemigo. No teniéndole en su apoyo, su anulacion pareció conveniente, la cual se lograba con apoderarse de su persona. Ni por el buen sentido ni por los escrúpulos podia repugnar á la violenta policía de Mr. Bourrienne un acto semejante, y así se enviaron agentes para prender al duque de Otranto. Esta no pasaba de ser una inútil extravagancia, mas ya resuelta se debia obrar de modo que no se diese el golpe en vago. Pero Mr. Fouché que al mezclarse en todo, á lo menos tenia el buen seso de para todo estar prevenido siempre, se habia preparado un punto de retirada en el palacio de la reina Hortensia, contiguo al suyo, y pretestando con los agentes que le iban á prender la necesidad de disponer de algunos minutos, se evadió por su jardin y los dejó burlados.

Sobremanera se prestara á la risa tal aventura, si la situacion fuera ménos grave. Recibiéndose el 19 de marzo por la mañana la noticia de que Napoleon se iba á encaminar á Fontainebleau, ya era evidentemente llegado el último extremo señalado por Luis XVIII para abrazar al fin un partido. Dadas sus ideas y sus afecciones, no habia eleccion posible. Con efecto, para recurrir al par-

tido constitucional ya era muy tarde, fuera de que apenas conocia á sus gefes y de que no se podia entregar á ellos, aun cuando le hubiesen inspirado confianza, sin excitar las iras de su partido hasta un extremo superior á su valor con mucho. Por ridículo tenia el proyecto del mariscal Marmont de arrostrar un sitio dentro del palacio de las Tullerías; solamente digno del conde de Artois hallaba el proyecto de refugiarse á la Vendée, ideado por Mr. de Vitrolles, con lo que segun su modo de pensar ya estaba dicho todo. No le quedaba otro partido que retirarse á las fronteras del Norte, aunque sin trasponerlas á ser posible. Este último proyecto del duque de Orleans y del mariscal Macdonald se adaptaba más á su espíritu de cordura, é imponderablemente lo preferia á todos los otros. Ya estaba el duque de Orleans en Flandes. No se habia movido de París el mariscal Macdonald, designado para mandar el ejército de Melun bajo las órdenes del duque de Berry, y se habia granjeado la estimacion del monarca con su lealtad, su prudencia y su sangre fria. Asi fué llamado para emitir su opinion ante Luis XVIII. Ocupado el mariscal Macdonald en formar el ejército de Melun, expuso al rey que su ejército no le inspiraba la menor confianza; que la casa militar muy adicta á su persona y bizarra, bien que inexperta, no se sostendria ni dos horas contra las tropas imperiales; que los batallones voluntarios de la guardia nacional eran en número muy escaso; y finalmente, que las tropas de línea apenas estuviesen á tiro de cañon se pasarían al enemigo. Tan peligrosas eran sus disposiciones que ni á reunir las en Melun se habia atrevido el mariscal

:

por miedo de que, al verse juntas, estallaran sus sentimientos ocultos. Así no había enviado allí más que oficiales á medio sueldo, organizados por el mariscal Soult en batallones de preferencia, oficiales que soltaban frases alarmantes, y á todas horas prorumpían en amenazas de levantamiento. De esta sincera exposición de las cosas dedujo la necesidad de retirarse á Lila y meterse dentro de sus muros, esperando allí el desenlace de la lucha, que se iba á entablar entre el imperio restaurado y la Europa. Muy sensato pareció al rey este consejo del mariscal Macdonald, y lo aceptó de plano. Con todo no creía que fuese más fácil mantenerse en Lila más tarde que en París por ahora, y así propendía á volver simplemente al asilo de Hartwell, donde por espacio de seis años había disfrutado de completo reposo, y donde recelaba que se vería obligado á acabar la vida, gracias á los desaciertos de sus amigos y de su hermano. De todos modos como Lila estaba en el camino de Londres, y como en suma la permanencia en las fronteras de ser posible valía más á todas luces, inmediatamente adoptó el proyecto y al mariscal Macdonald encargó que diese las órdenes oportunas para ponerlo en planta. Solamente le preocupaba una zozobra, que también al mariscal atribuía en cierto modo. Su memoria, esta peligrosa facultad de los Borbones, le recordaba que, aspirando á la fuga, Luis XVI fué alcanzado en Varennes y traído á París por fuerza. Así temía que un motín popular y excitado por las gentes de los arrabales y los oficiales á medio sueldo parara su coche y le impidiera la partida. Participando de sus temores el mariscal acordó con el monarca

enviar á Villejuif sus tropas, socolor de formarlas en cuerpo de ejército, y ya libres de su presencia, juntar la casa militar en el Campo de Marte, bajo el pretesto tambien plausible de pasarla revista, y llevar á la familia real entre sus filas leales, y luego cruzar de súbito el Sena, marchar en direccion de la Revolta, y tomar por San Dionisio el camino del Norte. De acuerdo estuvo el rey con el mariscal Macdonald en todos estos pormenores, sin hacer al mariscal Marmont la menor revelacion acerca de sus proyectos, porque si no indiscrecion, le inspiraba desconfianza, ni darle más órdenes que las de tener á la casa militar siempre lista y pronta á salir á campaña.

A punto habian llegado las cosas en la madrugada del 19 de marzo, que ya nadie se atrevia á contradecir ni á presentar proyectos, y que ante la perspectiva de ver á Napoleon entrar en Paris dentro de veinte y cuatro horas, cada cual solo pensaba en ponerse á resguardo de su ferocidad, forjada en proporcion del odio que se tenia á su persona. Por consiguiente Luis XVIII se hallaba libre de sus contradictores, y la inminencia del peligro no permitia á su hermano el conde de Artois y á su sobrino el duque de Berry arrimarse á otra opinion que á la suya. Todo se dispuso durante la mañana del 19 de marzo, para partir en el curso del dia ó por la noche, cuando acerca de la aproximacion de Napoleon ya no quedase la menor duda.

Segun el proyecto adoptado, el mariscal Macdonald envió de seguida á Villejuif las tropas, y á Vincennes envió á los voluntarios reales á las órdenes de Mr. de Viomesnil, anunciando que en

union de los principes iria á Villejuif para tomar el mando del ejército. A la par que para desorientar al público se esparcieron tales rumores, no se disimuló á las gentes de la corte el proyecto de abandonar á París sin demora. Asi todo el dia se pasó en partidas individuales. Se necesitaba dinero, y no era fácil proporcionárselo con un ministro como Mr. Louis, que se pasaba de escrupuloso. Sin embargo, se atendió á la urgencia por medios completamente regulares. Aun no se habia dispuesto del dominio extraordinario, bajo la administracion de la lista civil por entonces. Seis millones de francos habia en acciones del Banco, que hubo muy buen cuidado de vender algunos dias antes. La lista civil se constituyó deudora del tesoro extraordinario y los redujo á oro y á plata. Estándose á principios de año y siendo la lista civil muy considerable, sin dificultad podia tomar una gran suma adelantada y proporcionarse de esta suerte otros cinco ó seis millones de francos, con los que se juntarian once ó doce entre todos. Cuatro se entregaron al tesorero de la casa militar y cerca de tres para los gastos de la casa civil á Mr. de Blacas. Algunos millones se distribuyeron entre los principes y los más altos señores de la corte, y los generales que acompañaban á la real familia (1); acto continuo, y esto si que no era tan regular ni con mucho, se colocaron en los furgones los diamantes de la corona, para que fueran detrás de la monarquía fugitiva. Bajo el aspecto político se creyó que no habia que hacer

(1) En los archivos del imperio existe con la mayor regularidad presentada la cuenta de estas sumas.

nada, y nada se mandó por consiguiente. Solo hubo cuidado de prescribir á los ministros que siguieran al rey; pero á las cámaras no se dirigió comunicacion alguna. Sin embargo, como el duque y la duquesa de Angulema se hallaban en el Mediodía, donde por la causa real se manifestaba gran celo, y como el duque de Borbon habia ido á la Vendée de igual modo, se convino en que Mr. de Vitrolles, siempre muy esperanzado en el espíritu de las provincias del Oeste, se encaminase á ellas para servir al duque de Angulema ó al duque de Borbon de ministro responsable, y tratar de establecer bajo la autoridad de estos príncipes un gobierno particular á aquellas comarcas. Portador era de los poderes de Luis XVIII, y se debia dirigir hácia el Mediodía, al mismo tiempo que la familia real tomara el camino del Norte.

Durante este dia 19 de marzo llenó la plaza del Carrusel una muchedumbre inquieta, curiosa y con traza benévola á todas luces, mirando los carruages que entraban y salian de palacio, y sospechando, de resultas de las partidas de particulares observadas en el arrabal de San German, que otra más importante se iba á operar en las Tullerías. Esta muchedumbre se mostraba muy poseida de verdadero interés hácia la real familia, aunque entre su tropel se notaban algunos oficiales á medio sueldo, allí idos para enterarse de lo que acontecia en la mansion régia, y de vez en cuando prorumpia en vivas al monarca. Tambien este mismo dia presentóse Mr. Lainé en nombre del partido constitucional á renovar por última vez el ofrecimiento de hacer una resistencia, poniendo á la cabeza de la guardia nacional á Mr. de

Lafayette. Se le recibió con atención suma, aunque sin anunciarle la próxima partida de la corte, y dándole á entender que ya era tarde para todo proyecto. De acuerdo con el mariscal Macdonald por la tarde quiso el rey hacer una salida de palacio, con el fin de tantear las disposiciones del pueblo y de ver si á la capital podría abandonar libremente. Habiendo recibido el mariscal Marmont la orden de reunir á la casa militar en el Campo de Marte, solo se pudo ejecutar parcialmente por ser dictada tan de pronto. No obstante, el grueso de la casa militar respondió al llamamiento, y se convino en que, socolor de pasarla revista, el rey saldría de palacio, á donde tornaría luego, si todo le semejaba en reposo; mas, si la multitud se mostraba con aspecto que infundiera temores, de seguida cruzaría el Sena por el puente de Jena, y ganaría el bosque de Boloña para salir al camino de San Dionisio, dando orden á los guardias de Corps de seguirle al galope.

Con efecto, salió el monarca de las Tullerías entre dos y tres de la tarde, y en la plaza del Carrusel halló á la muchedumbre curiosa hasta lo sumo, bien que pacífica y aun afectuosa, y con respeto abriendo calle para que pasara su coche. De seguida fué al Campo de Marte, en la mayor calma lo halló todo, y así volvió á las Tullerías, con intencion de no marchar hasta la noche, lo cual le daba algun tiempo más para sus preparativos de viaje.

A la caída de la tarde se supo la llegada de Napoleon á Fontainebleau, y no se dudó de su entrada en Paris al dia siguiente. Por tanto, resolvióse no diferir más la partida. Habiéndose dispersa-

do poco á poco el tropel de gente curiosa, á eso de las once de la noche se cerraron las verjas del palacio de las Tullerías, y toda la familia real tomó los coches. Directamente encaminóse á San Dionisio, sin hallar resistencia ni aun curiosidad alguna, porque las calles de la capital se hallaban completamente desiertas á tal hora. A las tropas que aun no habian salido para Villejuif se dió orden por el mariscal Macdonald de tomar el camino de San Dionisio, aunque sin la menor esperanza de libertarlas del contagio, y de conservárselas á la corona. Por San Dionisio se cruzó á media noche, sin ocurrir más contratiempo que el de algunos gritos inconvenientes de un batallon de oficiales á medio sueldo, que llevaba la direccion misma. ¡De este modo la desgraciada familia de los Borbones emprendia segunda vez á los once meses el camino del destierro, y no tanto por sus faltas como por las de sus amigos!

Ya el 20 de marzo, cuando la aurora vino á iluminar la soledad de las Tullerías, una gran ansiedad reinó entre los curiosos, agrupados allí como el dia antes para observar lo que pasaba dentro. Aun se veian por allí criados con librea, sin que se descubriera á oficial alguno, ni á un solo guardia de la real persona, y sin que se notaran más que los puestos exteriores de la guardia nacional como de costumbre. Siempre sobre la cúpula principal flotaba la bandera blanca; ya los vivas al rey sonaban con menos frecuencia; pero vivas al emperador no se daban todavía, aun cuando hubiese allí varios oficiales á medio sueldo. Por fin se empezó á divulgar el fatal secreto, y cundió por todo Paris en un abrir y cerrar de

ojos. Enterados de la novedad antes que nadie los principales gefes de los partidos, al punto corrieron á comunicársela unos á otros, desesperados los realistas, con despecho de haber sido embaucados y de hallarse comprometidos sin fruto los constitucionales, llenos de natural alborozo los bonapartistas, pues desde la frustrada prision de monsieur Fouché vivian en continua zozobra, y aun á la sazón les asaltaba cierto miedo, no dando la cuestion por resuelta, mientras Napoleon no se hallase en las Tullerías. Muchos fueron á casa del anciano Cambacérés á consultar cuál debia ser su conducta, y este personaje recomendóles expresamente que á la voluntad de Napoleon no se anticipasen en nada, pues no se daría por satisfecho de que nadie obrara antes de que lo hiciera por sí mismo y sin intervencion suya; y como se le hablara de arcas públicas y de correos, y de cuanto convenia poner á cubierto de desórdenes populares, aun añadió esta frase.—No hay que meterse en nada; todo es preferible á tratar de suplir la autoridad del emperador bajo ningun concepto.—Asi pasaba en el imperio antiguo; mas el nuevo no se le podia parecer de ningun modo.

Sin embargo, Mr. Lavallette tuvo por conveniente ir á las oficinas de correos, cuya administracion habia estado largo tiempo á cargo suyo, tan solo por saber noticias, y bien ageno de que se iba así á preparar la sentencia de muerte, pronunciada más tarde en su contra. A su vista le rodearon los empleados, y suplicáronle que se pusiera al frente de las oficinas, y hasta Mr. Ferrand, director de correos nombrado por Luis XVIII, le rogó con instancia que ocupara su puesto, y

de seguida le diera un permiso para tomar caballos. De la casual aparicion de Mr. de Lavallette dedujo este viejo realista, que á consecuencia de una conjuracion estallada en aquellos instantes, y no de sus desaciertos, se consumaba la caida de los Borbones. Extraño Mr. Lavallette á toda conjura, y hasta á la calaverada de los hermanos Lallemand de igual manera, se limitó á despachar un correo á Fontainebleau, para dar parte á Napoleon de la evacuacion de las Tullerías.

Noticiosos del desalojamiento del palacio los jóvenes oficiales que llenaban á París con sus murmuraciones y su oposicion, ya hacia muy cerca de un año, como en número de mil se agolparon á la plaza del Carrusel, siendo el general Exelmans de los primeros que se presentaron en aquel punto. Tras de contemplar durante algun tiempo aquel palacio silencioso y desierto, sobre el cual ondeaba todavía la bandera blanca, se determinaron á penetrar en sus habitaciones, y hallaron á los criados muy solícitos por abrirles las puertas, no haciendo más que echar abajo la bandera blanca y enarbolar la bandera tricolor con grande júbilo de los circunstantes. De seguida se derramaron por París en busca de los antiguos ministros y de los antiguos dignatarios del imperio, Mrs. de Basano, de Rovigo, Decrés, Mollien, Gaudin, la reina Hortensia y la esposa de José Bonaparte, antigua reina de España. Al corto rato llenóse el palacio de servidores del imperio, aguardando impacientes á su soberano. Por el camino de Fontainebleau marcharon militares de todas graduaciones á su encuentro.

Efectivamente, llegado á Fontainebleau de no-

che, allí descansó Napoleón algunas horas para esperar á su caballería; muy luego recibió el correo de Mr. de Lavallette, y vió llegar á Mr. de Caulaincourt en la primer silla de posta que halló á mano. A este fiel servidor recibió Napoleón en sus brazos, y estrechado le tuvo á su corazón por algunos instantes. Su resolución fué la de partir al punto, con el objeto de entrar en París el mismo día, y de apoderarse del gobierno sin la menor tardanza. Además el 20 de marzo era cumpleaños de su hijo, y tenía la superstición de los aniversarios, superstición común á cuantos han solicitado y obtenido mucho de la fortuna.

Después de expedir algunas órdenes relativas á la marcha de sus tropas, á las dos de la tarde salió de Fontainebleau en silla de posta, con Mr. de Caulaincourt, y Bertrand y Drouot, sus fieles compañeros de la isla de Elba. Cerca de Villejuif notó que la mayor parte de las tropas destinadas á formar el ejército de Melun se agrupaban en torno de su persona. Según hemos dicho antes, el estado mayor de este ejército se había encaminado á San Dionisio; y como los soldados quedaron solos, ya les era facilísimo abandonarse á sus sentimientos. Tras de recibir las manifestaciones de su entusiasmo, Napoleón prosiguió el viaje, con la escolta de una multitud de oficiales á caballo y pertenecientes á todos los regimientos. Esta multitud retrasó su marcha. Por el bulevar exterior continuó hasta el cuartel de Inválidos, para evitar las calles angostas del centro de la capital, y luego subió por los muelles hasta el postigo de las Tullerías. Ignorando el pueblo de París su llegada, no tuvo mas testigos de esta res-

tauración imperial tan extraña como prodigiosa que algunos curiosos y el tropel de oficiales agrupados en la plaza del Carrusel desde por la mañana.

Hasta el patio del palacio entró el carruaje, sin que por de pronto se supiera quién iba dentro; mas al minuto supiéronlo todos. Entonces, arancado Napoleon de entre Mr. de Caulaincourt y de los generales Bertrand y Drouot, fué llevado en volandas por los oficiales á medio sueldo, poseidos de frenética alegría. Un formidable grito de *viva el emperador!* avisó á la multitud de altos funcionarios que llenaban las Tullerías. Al punto se precipitaron á la escalera, y formando una corriente contraria á la de los oficiales que iban hácia arriba, se originó una especie de conflicto casi alarmante, porque estuvieron á pique de morir ahogados, y Napoleon de igual modo. En hombros fué conducido hasta lo alto de la escalera al son de gritos delirantes, y no alcanzando á dominar la emocion profunda, por la primera vez de su vida se le saltaron las lagrimas de repente. Ya andando por su pié al cabo, adelante siguió por entre la apiñada muchedumbre, sin reconocer á nadie, y abandonando sus manos á los que se las apretaban y se las besaban y se las magullaban con sus expresivas demostraciones.

Tras de algunos instantes recobró sus sentidos, y reconoció á sus más leales servidores, y los estrechó en sus brazos, y con ellos encerróse de seguida, sin descansar nada, para constituir un gobierno.

Así en el espacio de veinte dias, desde el 1.º al 20 de marzo, se cumplió la singular profecía de que sin detenerse el águila imperial *volaría de*

campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora. Nada en el destino de Napoleon habia sido más extraordinario, ni más difícil de explicar segun las apariencias, aunque bajo el aspecto de la realidad fuese la explicacion sumamente obvia. Al irse los infortunados Borbones no atribuian esta revolucion á sus desaciertos, sino á una conspiracion inmensa, que al decir de ellos abarcaba la Francia toda. Ya se ha visto que de conspiracion no habia nada. A la verdad existió un insignificante proyecto de algunos jóvenes oficiales, por Mr. Fouché inducidos á engaño; proyecto de tan poca importancia, que, puesto en planta, á pesar del poderoso estímulo del desembarco de Napoleon, fracasó por completo. Pero este proyecto no tuvo ningun enlace con la isla de Elba, pues Mr. de Basano que, á pesar de no darlo apoyo, lo conocia perfectamente, no hizo más que dar cuenta á Napoleon del descontento público, sin añadir el menor consejo. Napoleon, poco influido por la comunicacion de Mr. de Basano, con el recelo de ser arrebatado muy pronto de la isla de Elba, y de ver á sus compañeros de destierro morir de hastío ó de miseria ante sus ojos, y creyendo ya disuelto el congreso, se habia resuelto á partir solamente á impulsos de su actividad devorante, de su osadía extraordinaria, y contando para la travesía por mar con su fortuna, y para la travesía por lo interior de Francia con todos los sentimientos lastimados por los Borbones. Toda la profundidad de su concepcion estribó radicalmente en juzgar de una manera segura que ante su presencia estallarían el sentimiento nacional representado por el ejército, y los sentimientos de la revolu-

cion francesa representados por el pueblo de los campos y de las ciudades, y que, ya superado el primer peligro, sin duda arrastraría detrás de sí al ejército y á la muchedumbre, y llegaría á París de un tiron y seguido por los soldados que se enviaran en su contra. Así embarcóse con la fé de costumbre en su estrella, y cruzó el mar sin contratiempo alguno, y con facilidad tomó tierra sobre una costa apenas guardada por algunos aduaneros, y entre el camino de los Alpes, sembrado de obstáculos físicos, y el del litoral, sembrado de obstáculos morales, se decidió por el primero, y hallando en La Mure á un batallon vacilante, le atrajo por fin presentándole atrevidamente su pecho desnudo. Este dia fué conquistada Francia; y Napoleon volvió á subir al trono. Así un acto de perspicacia consistente en leer en el corazon de la Francia ofendida por los emigrados, y un acto de osadía consistente en arrastrar á un batallon vacilante entre sus deberes y sus sentimientos, á la par que los desaciertos de los Borbones fueron las verdaderas causas de esta revolucion completa, y muy comun de positivo, aunque tenga visos de extraordinaria. ¿Acaso cabia en lo posible que el antiguo régimen y la revolucion sehallaran el año de 1815 frente á frente, y que al hallarse de este modo no se midieran otra vez cuerpo á cuerpo, y se dieran un formidable y postrer combate? De ningun modo; inevitable era entre estos dos poderes una nueva lucha. Verdad es que el concurso de Napoleon la daba proporciones gigantescas, pues en movimiento ponía á toda Europa. Sin la intervencion de su persona, quizá esta lucha fuese ménos inmediata; quizá no provocara tampoco la intervencion del

extrangero, en cuyo caso hay que sentir perpétuamente que, siendo inevitable, se agravara con su presencia; pero este punto es muy dudoso, y verosimilmente, al ver á los Borbones derribados por los regicidas, no se sintiera el extrangero ménos tentado de intervenir sin demora que al divisar el rostro irritante del vencedor de Austerlitz en campaña.

De todas maneras, en medio de la delirante alegría de los unos y de la consternacion natural de los otros, profundamente entristecidos quedaron los patriotas ilustrados y deseosos de que entre el antiguo régimen y la revolucion apareciera la libertad moderada, y lograra que su último conflicto viniese á parar en luchas pacíficas y legales, y que este conflicto no llevara á otro duelo á muerte entre Francia y Europa. Así la clase media, que contaba mayor número de estos patriotas que otra alguna, sin dolerse de la desgracia de los emigrados, sin rechazar tampoco á Napoleon á quien estimaba por su gloria, se hallaba indecisa, inquieta, sin lágrimas en los ojos, sin alegría en el semblante, con curiosidad escasa; tan tristes cosas columbraba de las ya vistas, y que la movian á grande alarma. Muy luego iban á justificar los sucesos estos presentimientos dolorosos.

LIBRO CINCUENTA Y OCHO.

El Acta adicional.

Lenguaje pacífico y liberal de Napoleon en sus primeras entrevistas.—Eleccion de sus ministros hecha en la misma noche del 20 de marzo.—Interinamente es encargado el principe Cambaceres de la administracion de justicia: llamados son el mariscal Davout al ministerio de la Guerra, el duque de Otranto al de la Policia, el general Carnot al de lo Interior, el duque de Vicenza al de Negocios Extranjeros, etc.—Nombramiento del conde de Lobau para el mando de la primera division militar, con encargo de restablecer la disciplina en los regimientos, que deben pasar por la capital casi todos.—Desde la mañana del 24 de marzo Napoleon pone manos á la obra y se apodera de todos los ramos del gobierno.—¿Se debía aprovechar del impulso de sus triunfos para invadir la Bélgica y trasladarse á las márgenes del Rin de seguida?—Razones perentorias contra resolucion semejante.—Napoleon adopta el partido de estarse quieto y de organizar sus fuerzas militares, brindando con la paz á Europa sobre la base del tratado de Paris.—Orden al general Exelmans para seguir la retirada de la corte fugitiva á la cabeza de tres mil ginetes.—Mansion de Luis XVIII en Lila.—Recibimiento frio á la par que respetuoso por parte de las tropas.—Consejo á que asisten el duque de Orleans y muchos mariscales.—Dictámen del duque de Orleans relativo á que el rey vaya á Dunkerque, y se haga fuerte en esta plaza.—Al pronto adopta el rey este consejo, mas despues muda de resolucion y se retira á Gante.—Tanto las tropas como los mariscales le acompañan hasta la frontera, y se niegan á seguir adelante.—La casa militar es licenciada.—Pacificacion del Este y del Norte de Francia.—Breve aparicion del duque de Borbon en la Vendée, y su

pronta retirada á Inglaterra.—Política de los gefes vendeanos, reducida á esperar la guerra general antes de arrojarle á empuñar las armas.—En Burdeos se detiene la duquesa de Angulema, á causa de manifestarse dispuesta la poblacion en su apoyo.—Al general Clausel se comisiona para restablecer la autoridad imperial en Burdeos.—Mr. de Vitrolles trata de erigir un gobierno real en Tolosa.—Viaje del duque de Angulema á Marsella.—Con el designio de marchar sobre Lion junta este príncipe algunos regimientos.—No inquietan á Napoleon los disturbios del Mediodía, pues de resultas de la partida de Luis XVIII juzga definitivamente pacificada la Francia.—Seguro de que se le ha de venir encima la guerra, sin dejar de manifestar los mas pacíficos sentimientos, Napoleon comienza sus aprestos militares en grande escala.—Su plan concebido y ordenado desde el día 25 hasta el día 27 de marzo.—Formacion de ocho cuerpos de ejército con el nombre de cuerpos de observacion tan solo, cinco de los cuales entre Mabeuge y Paris estarán destinados á operar los primeros.—Reconstitucion de la guardia imperial.—Para no recurrir á nuevos sorteos, Napoleon llama á los soldados que gozan licencia temporal de seis meses, á los que la tienen ilimitada, y de esta suerte se lisonjea de reunir cuatrocientos mil hombres en los cuadros del ejército activo.—Mas tarde se propone llamar la conscripcion del año de 1815, para la cual no cree necesitar de ley alguna.—A los oficiales á medio sueldo se les destina para formar los cuartos y quintos batallones.—Napoleon moviliza doscientos mil guardias nacionales escogidos, con el fin de poner á su cuidado la defensa de las plazas y de algunas porciones de la frontera.—Creacion de talleres extraordinarios de armas y de vestuarios, y restablecimiento del depósito de Versalles.—Armamento de Paris y de Lion.—A la marina se recurre para cooperar á la defensa de estos dos puntos importantes.—Tras de dictar estas providencias Napoleon envia al general Clausel algunas tropas, con el fin de avasallar á Burdeos, y despacha al general Grouchy sobre Lion para reprimir las tentativas del duque de Angulema.—Solemne recepcion de los altos cuerpos del Estado el 28 de marzo.—Renovacion todavia mas solemne en la forma de mantener la paz y de reformar por completo las constituciones imperiales.—Pronta represion de las tentativas de resistencia en el Mediodía.—Entrada del general Clausel en Burdeos, y embarque de la duquesa de Angulema.—Prision de Mr. de Vitrolles en Tolosa.—Campana del duque de Angulema á orillas del Ródano.—Capitulacion de este príncipe.—Napoleon hace que se embarque en Cette.—Sumision general al imperio.—Por su parte Napoleon continúa los aprestos militares, y forma el 9.º cuerpo.—Estado general de la Europa.—Negativa de recibir á los correos franceses y exaltacion de los ánimos en Viena.—Declaracion hecha por el congreso el 13 de marzo, en virtud de la cual se pone á Napoleon fuera de la ley de las naciones.—Por correos extraordinarios se envia esta declaracion á todos los puntos de las fronteras de Francia.—De manos de Maria Luisa es arreba-

tado el rey de Roma, y á declararse á favor de Napoleon ó de la coalicion se obliga á esta princesa.—María Luisa renuncia á su esposo, y consiente en quedarse en Viena bajo la custodia de su padre y de los soberanos.—Al saber el triunfo definitivo de Napoleon y su entrada en París, el congreso renueva la alianza de Chaumont por el tratado de 25 de marzo.—Lo firma el duque de Wellington de seguida, sin instrucciones de su gobierno, y no temiendo comprometer á Inglaterra.—Plan de campaña y proyecto de hacer que marchen ochocientos mil hombres contra Francia.—Dos principales reuniones de tropas, una á las órdenes del príncipe de Schwarzenberg á la parte del Este, y otra á las órdenes del duque de Wellington y de Blucher á la parte del Norte.—Partida del duque de Wellington para Bruselas, y envío del tratado del 25 de marzo á Londres.—Estado de los ánimos en Inglaterra.—Disgustada de la guerra, descontenta de los Borbones y sorprendida de las declaraciones reiteradas por Napoleon de continuo, la mayoría de la nacion inglesa desearia que se pusieran á la prueba sus pacíficas disposiciones.—Entre la resolucion de ratificar los empeños contraidos por el duque de Wellington en Viena y el embarazo que el estado de la opinion pone á su designio, el gabinete abraza el partido de disimular ante el parlamento, y le propone un mensaje engañoso y que no anuncia mas que simples precauciones, mientras ratifica secretamente el tratado de 25 de marzo, y se compromete así á la guerra.—Discusion y adopcion del mensaje en el parlamento, bajo la inteligencia de que de simples precauciones se trata tan solo.—Dos miembros del gabinete británico son enviados á entenderse con el duque de Wellington á Bélgica.—Estado de la corte de Gante.—Violencias de los alemanes y amenaza de dividir la Francia.—Lord Wellington se esfuerza por calmar estos arrebatos, y á pesar de la impaciencia de los prusianos impide que se dé principio á las hostilidades antes de la concentracion de todas las fuerzas coligadas.—No teniendo ya Napoleon que disimular nada, en vista de las declaraciones de Europa, se resuelve á decir á la nacion la verdad completa.—Publicacion el 13 de abril de la memoria de Mr. de Caulaincourt en que se exponen las humillaciones por las cuales se acaba de pasar y sin reserva alguna.—Revista á la guardia nacional y enérgico lenguaje de Napoleon.—Con mayor actividad se aplica á sus aprestos militares, y manda que se inserten en el *Monitor* los decretos relativos al armamento de Francia, que se habian ejecutado sin ninguna publicidad hasta entonces.—Tristeza de Napoleon y del público todo.—Al cabo se resuelve Napoleon á cumplir la promesa empeñada acerca de la modificacion de las instituciones imperiales.—No vacila en dar pura y simplemente la monarquía constitucional.—Su opinion sobre todas las cuestiones relativas á esta grave materia.—No se determina á convocar una asamblea constituyente, por miedo de tener encima sus ímpetus revolucionarios durante lo mas fuerte de una guerra.—Así toma la resolucion de redactar por si propio, ó de mandar que se redacte una constitucion nueva, á fin de presen-

tarla á la aceptacion de la Francia.—Sabiendo que en París se halla Mr. Benjamin Constant escondido, le llama á su presencia y pone la redaccion de la nueva constitucion á su cargo.—Napoleon parece acorde con Mr. Benjamin Constant sobre todos los puntos, excepto la abolicion de la confiscacion, la patria hereditaria y el titulo de la constitucion nueva.—Absolutamente quiere Napoleon calificarla de *Acta adicional á las constituciones del Imperio*.—Enviado es el proyecto al Consejo de Estado, y miembro de este cuerpo se nombra á Mr. Benjamin Constant á fin de que apoye su obra.—Definitiva redaccion y promulgacion de la constitucion nueva con el titulo de *Acta adicional*.—Caracter de tal acta.

Durante la noche del 20 de marzo, el palacio de las Tullerías ofreció el espectáculo de una alegría confusa y estrepitosa, no contenida por el respeto, siempre aminorado de resultas de las revoluciones, y de encuentros fortuitos entre personajes, que no se veían ya se iba á cumplir un año, y que no imaginaban tornarse á ver dentro de la régia morada. Así que remanecía uno, en quien ya no se pensaba mucho ni poco, y que había tenido el mérito á la sazón muy raro de rehuir los favores de los Borbones, se le colmaba de aplausos, sin reparar en la magestad del lugar y del soberano que lo llegaba á habitar de nuevo. Con sumo interés vióse pasar por entre aquella apiñada muchedumbre á la antigua reina de España y á la reina Hortensia. Como se dijo en lugar oportuno, esta se quedó en París bajo la proteccion del emperador Alejandro, y obtuvo el ducado de Saint Leu para su prole. Afectuoso Napoleon con todos los asistentes, solo se mostró severo respecto de ella.— ¡Vos en París! la dijo así que la divisaron sus ojos; cabalmente sois la única persona á quien no hubiera querido hallar aquí de ninguna manera.—Me

quedé para cuidar de mi madre, respondió entre sollozos.—Pero y despues de la muerte de vuestra madre....—Despues de su muerte encontré en el emperador Alejandro un protector para mis hijos, y á asegurarsu porvenir se dirigieron mis afanes.— ¡Vuestros hijos!.... más les valiera la miseria y el destierro que la proteccion del emperador de Rusia.—¿Y vos, señor, no permitisteis que vuestro hijo el rey de Roma fuese deudor á este príncipe del ducado de Parma?—Sin responder á este argumento perentorio, Napoleón añadió estas palabras —¿Y quién os ha aconsejado este pleito? (ante los tribunales franceses acabada de litigar la princesa, con el fin de disputar sus hijos á su esposo).... Os han hecho sacar á plaza misterios de familia, que se debían tener ocultos, y habeis perdido el pleito... lo cual está perfectamente.—Pesaroso de tal severidad muy luego, y abriendo los brazos á una hija adoptiva, á la cual amaba sobremanera, Napoleón estrechóla á su seno y dijo lo siguiente:—Ya sabeis que soy un buen padre, no hablemos ya más de esas cosas.... ¿Conque visteis morir á la pobre Josefina?... su muerte me ha llagado el corazon en medio de nuestros desastres.—Acabada esta explicacion breve, otra vez fué Napoleón el padre más afectuoso para la reina Hortensia, y tal se mostró durante su permanencia en Francia.

Despues vióse llegar al príncipe Cambaceres cascadísimo y muy aviejado, y apenas capaz de experimentar un movimiento de alegría, y á Mr. de Basano, más contento de volver á hallar á su soberano que de recuperar el antiguo valimiento. Napoleón recibió al primero con la consideracion que siempre habia manifestado á su alta prudencia, y

al segundo con una amistad expresiva. A los dos habló largamente. Luego se presentaron los duques de Vicenza, de Gaeta, de Rovigo, Decrés, los condes Mollien, Regnaud de Saint Jean de Angely, Lavallette, Defermont, todos recibidos con rumores aprobatorios y siempre en proporcion de su reciente conducta. Al aparecer el mariscal Davout, á quien su defensa de Hamburgo y su proscripcion habian granjeado el afecto de los bonapartistas, de pronto estallaron tan estrepitosos aplausos que hubo necesidad de recordar á los asistentes que no estaban en ningun sitio público para abandonarse á tales demostraciones.

Napoleon no veia al mariscal desde la lúgubre despedida en Smorgoni, cuando el año de 1812 se separó del ejército de Rusia. Retirado primeramente el mariscal junto al bajo Elba, y luego encerrado dentro de Hamburgo, allí mantuvo enarbolada hasta fines de abril la bandera tricolor á la faz de todos los ejércitos europeos, y á su vuelta á Paris ya hacia dos meses que reinaban los Borbones. Napoleon abrazóle cordialmente, le felicitó por su gloriosa defensa de Hamburgo, le habló de su memoria justificativa con grande elogio, y despues añadió maliciosamente:—Al leer la memoria he visto con mucho gusto cuanta utilidad sacais de mis cartas....—Con efecto, para su justificacion habia citado el mariscal varios pasajes de las terribles cartas, que Napoleon le escribió desde Dresde, si bien omitiendo los que ordenaban rigores excesivos, que á la verdad no se llevaron á cabo. En seguida respondió el mariscal Davout con entereza:—Por estar V. M. ausente no cité mas que una mínima parte de sus cartas.... ahora las citaré del

todo.—Napoleon sonrióse al escuchar tal respuesta, y manifestó respecto del mariscal la más alta estima.

Antes de mucho presentóse otro personaje distinto por completo, á quien imbéciles cortesanos llevaron delante de Napoleon como en testimonio de que su adhesion era de las que se debian reputar como de la mayor importancia; por supuesto que aludimos al duque de Otranto. En fuerza de jugar al hombre necesario, lo vino á ser á los ojos del vulgo, y se le miraba como autor de la supuesta conjura, cuyo triunfo parecia ser la actual jornada; funesta quimera neciamente creida por los bonapartistas, y que los emigrados fugitivos se prometian castigar con sangre, y que debia hacer que rodasen las más ilustres cabezas. Tales cortesanos encomiaron mucho ante Napoleon los servicios de Mr. Fouché y hasta sus peligros, y á su aparicion exclamaron á una:—Abrid paso al duque de Otranto—como si este personaje debiera llevar encadenados á Napoleon á todos los partidos, de los cuales se le suponía motor secreto. No alucinaba á Napoleon la ilusion del vulgo; mas conociendo la necesidad de guardar miramientos con todos, á Mr. Fouché recibió como á un antiguo amigo de la revolucion y del imperio, si bien haciendo que resaltara un matiz entre la acogida de ahora y la de tiempos antes, significándole ménos familiaridad á la par que ménos dureza. Mr. Fouché dijo á Napoleon que en ir habia hecho perfectamente, porque ya no se podia sostener más la Francia, y no dejó de referir como al descuido que á su impulso marcharon las tropas á Flandes, con el fin de operar una diversion favorable al restablecimiento del im-

perio, y que si el movimiento salió frustrado, solo fué por culpa del atolondramiento de los ejecutores.

Napoleon escuchó complaciente cuanto monsieur Fouché y otros se afanaron en poner de manifiesto para dar valor á sus servicios, y se expresó en esta forma:—Bien veo que se ha conspirado y hasta me complazco en creer que á favor mio. Lo que es yo no he conspirado con nadie. Mis solos corresponsales han sido los periódicos. Al ver por su lectura de qué modo se trataba al ejército y á los compradores de bienes nacionales, y generalmente á todos los hombres que habian ligado su causa á la de la revolucion francesa, ya no dudé de los sentimientos de la nacion, y determiné volver á librarla de la influencia de los emigrados. Además tenia la certidumbre de que se trataba de arrebatarme de la isla de Elba para asegurarse entre los trópicos de mi persona. Me pareció oportuno elegir el instante en que se iba á disolver el congreso, y en que para cubrir mi evasión eran todavía sobradamente largas las noches. Habiendo salido del mar con fortuna me presenté á los soldados, les pregunté si me querian hacer fuego, y me respondieron con darme vivas. Sus gritos repitieron las gentes del campo, añadiendo muertas á los eclesiásticos y á los nobles. De ciudad en ciudad me siguieron de este modo, y cuando no podian ir más lejos á otros encomendaban el cuidado de darme hasta Paris su escolta. Despues de los provenzales los delfineses, despues de los delfineses los lioneses, despues de los lioneses los borgoñones me han formado la comitiva, y los verdaderos conspiradores que me

allegaron todos estos amigos no han sido otros que los Borbones. Ahora conviene que de sus desaciertos saquemos fruto, y tambien de los nuestros, añadió acto continuo inclinando la cabeza con una modesta sonrisa. No se trata de volver á comenzar lo pasado. Un año acabo de vivir en la isla de Elba, y *alli he oido la voz de la posteridad como dentro de una sepultura*. Muy bien sé lo que hay que evitar y lo que hay que apetecer ahora. En otros tiempos concebí magníficos sueños para Francia. Al dia siguiente de Marengo, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, semejantes sueños eran muy excusables. Ocioso es decir que he renunciado á ellos. ¡Ah, no es lícito soñar despues de cuanto ha pasado por mis ojos! Absolutamente quiero la paz, y yo, que no firmara el tratado de París en ningun caso, ya que está firmado, me comprometo á observarlo fielmente. A Viena he escrito á mi mujer y á mi suegro, ofreciendo la paz bajo estas condiciones. Sin duda el odio en nuestra contra es grande, más quizá el interés haga enmudecer á la pasion, dejando á cada cual lo que se ha apropiado. Austria tiene poderosos motivos para guardar contemplaciones. Inglaterra se halla agobiada de deudas. A empezar de nuevo solo se sentirian tentados Alejandro por vanidad y los prusianos por encono; pero lo de que haya quien los siga no es seguro. Además no nos cogerán desprevenidos; si, tras de presentarnos á Europa con el tratado de París en la mano, no se nos da oidos, á Dios imploraremos en nuestra ayuda; y espero que saldremos una vez más victoriosos...—Napoleon añadió en seguida: —Pero no solamente la paz quiero dar á Francia,

sino la libertad al mismo tiempo. Nuestro papel consiste en hacer resueltamente y á maravilla cuanto no han sabido hacer los Borbones. Todos los intereses legítimos de la revolucion han puesto en alarma, y hasta al tratar de atraer con halagos á los gefes del ejército han ultrajado nuestra gloria; forzoso es que estos intereses salgan de inquietudes, y que esta gloria quede restaurada. Tambien conviene dar francamente la libertad que ellos dieron constreñidos y forzados, de modo que la ofrecian con una mano y á la par trataban de retirarla con la otra. Yo amé el poder ilimitado, y lo necesitaba cuando pretendia reconstituir la Francia y formar un imperio inmenso. Ahora ya no me hace falta alguna... Déjeseme aplacar ó vencer al extranjero, y con la autoridad de un rey constitucional me contentaré de seguida. Ya no soy jóven y mi actividad vendrá á ménos dentro de poco; fuera de que mi hijo tendrá bastante con la autoridad de un rey de Inglaterra... Solo que nos hemos de guardar muy bien de ser torpes y de fracasar en nuestros ensayos de libertad, pues en tal caso haríamos que Francia volviera á creer necesario y deseable el poder absoluto. Por mi parte ^{la} única gloria á que ya aspiro como salvador de la revolucion estriba en afianzar nuestra independencia con la política ó la victoria y despues en consolidar el trono constitucional de mi hijo. Me consideraré sobradamente poderoso, si logro dar cima á esta noble tarea. Despues de dedicar las primeras atenciones á la reorganizacion de nuestro ejército y al restablecimiento de nuestras relaciones con Europa, me ocuparé á la par de vosotros en revisar nuestras

constituciones, y en acomodarlas al estado actual de los espíritus en Francia. ¿Por qué he de temer ya la libertad de imprenta?... *Nada tiene ya que decir de mí despues de lo que se ha escrito en el curso de un año, y aun le queda algo por decir de mis enemigos...*—

Estos discursos aquí compendiados y entonces dirigidos, ora á unos ora á otros con talento sumo, con naturalidad perfecta, y con todos los visos de la mayor buena fé del mundo, tan perfectamente correspondian á la situacion y á las preocupaciones de los oyentes, que á nadie le ocurría poner en duda su sinceridad ni por asomo. Ciertamente, si la emocion del momento les diera lugar á reflexiones, los más perspicaces se hubieran consultado hasta qué punto seria Napoleon capaz de someter á las duras pruebas de la libertad su carácter indomable. Pero aturdidos por el suceso de que eran testigos presenciales, por el prodigio de un retorno tan prodigiosamente llevado á remate, estos mismos espíritus previsores se daban más á disfrutar de lo presente que á engolfarse en las regiones de lo venidero, para buscar allí asunto de tristeza.

De todos modos, aun siendo aficionado á hablar y elocuente, no entraba en los hábitos de Napoleon gastar el tiempo en vanos discursos. Lo dicho se hacia necesario para enterar de las disposiciones con que llegaba á todos. Otra cosa habia no menos necesaria y apremiante, y consistia en la formacion de un ministerio. Una providencia de esta especie no importaba antes, cuando Napoleon lo era todo, así el conjunto como el pormenor del gobierno. Mas deseoso ahora de

asociar el país á su accion y demostrarle sus designios con sus elecciones, se veia obligado á proceder con mucha reflexion y gran discernimiento en la designacion de ministros, que ya en adelante no podian figurar como simples secretarios.

Despues de conferenciar la misma noche con el principe Cambaceres, de cuyo gran seso hacia grande estima, y con Mr. de Basano, de quien acababa de experimentar la adhesion invariable, Napoleon fijó la lista de sus ministros con su prontitud de resolucion acostumbrada. Algunos habia á quienes bastaba restablecer en sus destinos, pues eran merecedores de desempeñarlos bajo todos los sistemas, como el duque Decrés al frente de la marina, el duque de Gaeta al de la hacienda, el conde Mollien en la administracion del tesoro, y por último, el duque de Vicenza para los negocios extrangeros. Ninguna duda se podia suscitar acerca de tales elecciones. No acontecia lo propio respecto de los ramos de guerra, de lo interior, de la policia y de justicia, para cuyos destinos se necesitaban nuevos y característicos nombramientos. Mal podia entrar en cuenta el duque de Feltro, que habia servido á los Borbones; pero cabia fijamente darle por sucesor con gran ventaja un personaje, á quien la voz pública designara por sí propia, si para hacerse oír tuviera espacio, y era el defensor de Hamburgo, el mariscal Davout, administrador íntegro, firme y laborioso, en igual proporcion que intrépido para la guerra, y uniendo á sus méritos esenciales otro de circunstancias, el de haber sido el único mariscal proscripto por los Borbones. Napoleon

resolvió briadarle y hacerle admitir la cartera de la Guerra.

Para el ministerio de lo Interior deseaba á Mr. Lavallette, cuya rectitud de corazon igualaba á la rectitud de entendimiento, y con quien tenia costumbre de desahogarse sin reserva ya hacia veinte años. Se le opuso la objecion de que para un ministerio de tanta importancia se necesitaba un personaje de más brillo y que mejor indicara sus nuevas intenciones, y el ilustre Carnot fué propuesto, tipo de los revolucionarios honrados, y que á sus antiguos timbres de organizador de la victoria y de proscrito de fructidor juntaba los de defensor de Amberes y de autor de la *Memo-ria al rey*. Apenas insinuado del gusto de Napoleon fué este ministro. Carnot se habia ganado su corazon solicitando el año de 1844 volver al servicio y resistiendo á la restauracion con entereza. Solo temia la significacion republicana de su nombre, diciendo que Francia estaba prendada de la monarquía constitucional por entonces, frase muy usual ya hacia un año; pero que la república de continuo le inspiraba miedo. Con todo, siendo este nombramiento muy de su gusto, Napoleon ideó corregir su significacion republicana con dar á Carnot el titulo de conde, como recompensa merecida por su brillante defensa de Amberes.

No importaba menos que el ministerio de lo Interior el de la Policía, y Napoleon quisiera que lo desempeñara nuevamente el duque de Rovigo, aunque á menudo le habia molestado con su franqueza. Apenas se hizo mencion de su nombre se oyó un clamor universal, no contra su persona, sino contra la antigua arbitrariedad imperial, de

que era representación viva. Napoleón desistió de resultas, si bien oyendo con disgusto el nombre del duque de Utranto, que simultáneamente sonaba en boca de todos. Más que á un intrigante siempre desalado, en Mr. Fouché veía á un enemigo secreto y capaz de las más peligrosas maquinaciones. Se le manifestó que al regicidio había añadido Mr. Fouché nuevas incompatibilidades respecto de los Borbones, hasta el punto de exponerse á ser encarcelado.—Posible es, aunque tampoco seguro, que se halle indispuerto con los Borbones, respondió Napoleón de seguida; pero no lo está de ningún modo con el duque de Orleans, ni con la república, ni con yo no sé qué regencia de María Luisa, que trae á vueltas desde el año pasado.—Se le repuso que, irrevocablemente separado de los Borbones por el regicidio y por la orden de prisión reciente, el duque de Utranto se ligaría por completo al imperio mediante la cartera de la Policía, fuera de que, despartados los partidos todos, solo este personaje tenía destreza para dirigirlos y contenerlos sin lastimarlos, por lo cual se hacía necesario.

Napoleón solamente convino en este mérito último y debido al acaso de las circunstancias, y cedió al cabo, aunque sin esperar de Mr. Fouché todos los servicios que se prometían sus recomendantes; pero conoció que sería muy peligroso convertirle en enemigo declarado, si se dejaba sin el destino que deseaba ardientemente. A mayor abundamiento resolvió ponerle un vigilante, colocando al duque de Rovigo, su contrario, á la cabeza de la gendarmería. De esta suerte galardónaba á un servidor de lealtad acrisolada, y

le ponía de centinela á inmediacion del ministro muy poco seguro, á quien se veía obligado á confiar tan importante cartera.

Aun faltaba proveer el ministerio de Justicia. Siquiera por via de interinidad queria Napoleon, confiarlo al príncipe de Cambaceres, único dotado de tacto y autoridad bastantes para unir á la magistratura zozobrosa, dividida, descontenta del espíritu retrógrado de los Borbones, á la par que alarmada del espíritu emprendedor de Napoleon, y fluctuante por lo mismo entre los señores que se habían sucedido durante el transcurso de un año. De aplaudir era á todas luces tal nombramiento, si Napoleon alcanzaba á decidir al tímido Cambaceres á tomar en el gobierno alguna parte.

Todos los personajes, de cuyo consentimiento habia que asegurarse para la formacion del ministerio, se hallaban actualmente cerca de Napoleon en el salon de las Tullerías. Al instante se apoderó de ellos, y con escepcion de uno solo, no los dejó salir hasta despues de haberlos nombrado. Mrs. Decrés, Gaeta, Mollien consintieron en recuperar sus antiguos puestos segun querian y esperaban todos. Propenso el duque de Vicenze de continuo, y ahora más que nunca á augurar mal de los sucesos, no fiaba en la conservacion de la paz lo bastante, para tomar á su cargo la empresa de mantenerla á toda costa. Asi resistió á las instancias de Napoleon de un modo terminante, y á pesar de serle muy adicto, se alejó del palacio de las Tullerías, sin admitir la cartera de Negocios extrangeros. Disgustado el príncipe Cambaceres de las cosas y de los hombres, no sentía

la inclinacion más lejana ó encargarse de un ministerio, lo cual era además rebajamiento de situacion para un antiguo dignatario. Verdad es que podia muy bien figurar como superior á esta categoría un ministro responsable con el régimen constitucional ya anunciado; pero semejantes consideraciones no eran de índole propia á hacer fuerza al príncipe Cambaceres, quien cedió á pesar de todo por adhesion á Napoleon y por obediencia, y así recibió el título de príncipe archicanciller y *administrador interino de la guerra*.

Cogiendo aparte Napoleon al mariscal Davout de seguida le significó sus intenciones. Por sí el mariscal expuso el deseo de servir al frente de las tropas, como lo tenia de costumbre, y además alegó la objecion de que en el ejército gozaba de poca simpatía, por ser proverbial su dureza.—Cabalmente, le respondió Napoleon al punto, yo necesito de esa dureza unida á vuestra probidad indisputable. Infestado se halla el ejército ya hace un año de resultas del favoritismo. Con prodigalidad han repartido grados los Borbones: á su turno aguardan mercedes con no menor anhelo cuantos han abrazado mi causa, cuyo número es considerable; y en tales circunstancias me hace falta un ministro inflexible, y cuya imparcial justicia, guiada por el solo amor al bien público, no pueda ser tildada de tendencia al realismo. Vuestra situacion os coloca por encima de toda sospecha, y me prestareis servicios que en vano me prometeria de otro alguno.—Como prosiguiese el mariscal en su resistencia, Napoleon añadió estas palabras:—Hombre sois muy de fiar y os lo puedo así decir todo. Yo dejo cundir la especie de

que estoy de acuerdo á lo menos con una de las potencias de Europa, y especialmente que me hallo en comunicaciones secretas con mi suegro, el emperador de Austria. No hay tal cosa; me encuentro solo, entendedlo bien, solo enfrente de Europa, á la cual no dudo que hallaré unida é implacable. Por consiguiente será forzoso que nos batamos á muerte, y que en el espacio de tres meses aprestemos recursos formidables con tal designio. Necesidad tengo de un administrador tan infatigable como justificado, y además, cuando yo parta á ponerme al frente de las tropas, me es de necesidad imprescindible una persona de confianza, á quien pueda delegar en París una autoridad absoluta. Ya veis que se trata de vencer ó morir, y no de dar oídos á nuestros gustos. En ello nos va la existencia á todos.—Al escuchar estas francas y enérgicas palabras el mariscal Davout obedeció como soldado, y aceptó el ministerio de la Guerra, cambiando con Napoleon un estrechísimo apretón de manos.

Acto continuo platicó Napoleon con el duque de Rovigo, y con su habitual destreza le habló del ministerio de la Policía en términos de que lo rehusara de plano. Efectivamente, este leal servidor penetraba que la policía no podía ya correr por su cuenta, y por sí propio expuso las razones por las cuales no era conveniente que desempeñase tal cargo. Fingiendo Napoleon prestarse á sus deseos, le anunció que le fiaba la gendarmería, y la vigilancia sobre Mr. Fouché por consiguiente. Al fin tomó en particular al duque de Otranto. ¿Quién lo creyera? Este personaje no hubiera querido el ministerio de la Policía, que le cua-

draba tan perfectamente, sino el de Negocios extranjeros. Del modo que Mr. de Talleyrand era el intermediario de los Borboas con Europa, lo deseara ser de Napoleon por su parte. Su presuncion llegaba al extremo de tener por seguro que fuera y merced á sus manejos lograria atraer al emperador las potencias de Europa, y de no ser posible, á lo menos conseguir que aceptaran á alguien de eleccion suya, como por ejemplo María Luisa, ó el duque de Orleans, ó cualquier otro. Asi pensaba llegar más derechamente al gran papel con que soñaba desde que se volvió á abrir á su vista la carrera de las revoluciones. Bajo la influencia de tal ufania tuvo el atrevimiento de insinuar que de mayor provecho valdria fuera que dentro. Napoleon penetró la profunda vanidad de Mr. Fouché á la primera ojeada, y se vedó la risa, porque la desgracia le habia enseñado á ser contenido. Se excusó de no colocarle al frente de los negocios extranjeros, citando el nombre del duque de Vicenza, ante el cual toda pretension debia de venirse abajo. Además le dirigió frases halagüenas sobre los servicios que estaba llamado á prestar en el ministerio de la Policía, y entonces Mr. Fouché aceptó el ofrecido puesto, bien seguro de que no se le brindaria con otro.

Ya no faltaba más consentimiento que el del ministro de lo Interior futuro. Pero el agreste Carnot no se hallaba en el palacio de las Tullerías. Viviendo solo en uno de los arrabales de Paris y no sabiendo sino á la par que el público los sucesos, no sabia que Napoleon hubiese llegado. Como ya era tarde, Napoleon dispuso que se le enviase á buscar para la mañana siguiente.

Así acabó este día 20 de marzo, comenzado en el bosque de Fontainebleau y concluido en París y en el seno de la antigua corte imperial con la formación de un ministerio. Se convino en que en el *Monitor* del día siguiente se publicaran los nuevos nombramientos, excepto los de Carnot y Caulaincourt para los ministerios de lo Interior y de Negocios extranjeros. Siempre adicto al emperador, se volvió á encargar Mr. de Basano de la secretaría de Estado, Mr. Lavallette tornó á la direccion de correos, y todos los antiguos presidentes del Consejo de Estado fueron reintegrados en sus destinos.

Tras de algunas breves horas de descanso, Napoleón volvió á anudar desde la mañana del 21 de marzo aquella activa correspondencia, con que tan poderosamente daba impulso á todos los resortes de la máquina gubernativa. Ante todo trazó al mariscal Davout cuanto habia de hacer para apoderarse de su vasto ramo, que tan importante iba á ser de resultas de las circunstancias. Le previno que por el telégrafo ó por correos extraordinarios anunciara á toda Francia lo acontecido el 20 de marzo, á fin de que se decidieran las tropas, que aun no habian dado rienda suelta á sus sentimientos, y las autoridades locales, que todavía fluctuaban en tomar partido. También le recomendó que despachara oficiales osados é inteligentes á los departamentos mandados por prefectos, que aspiraban á oponerse al restablecimiento del imperio, á fin de que dispusieran de las tropas en contra suya, y que enviara especialmente instrucciones á los gobernadores de las plazas fronterizas, para enarbolar la bandera tricolor

:

sobre sus muros, y cerrar las puertas al enemigo que intentara quizá un golpe de mano. Al ministro de Policía le prescribió que al punto fijara la atención en los prefectos y subprefectos para confirmarlos ó hacerlos cesar en sus destinos segun su conducta; y al nuevo gefe de la gendarmeria, duque de Rovigo, que se granjeara cuanto antes la voluntad de esta tropa de tanto valer por su inteligencia, su vigilancia y su adhesion al cumplimiento de sus deberes. Para conferirle el mando de Paris y de las tropas, que iban á pasar por su recinto, inmediatamente envió á buscar al conde de Lobau, hombre de autoridad moral en el ejército y cuyo seso y tino estaban muy probados. Al adoptar Napoleon esta providencia se proponia una intencion muy digna de la profundidad de su entendimiento. En suma una revolucion militar era la que le acababa de restablecer sobre el trono. Obligados se habian visto los más de los regimientos á declararse á favor suyo delante de los oficiales, unos embarazados aunque adictos á su causa, otros decididamente contrarios, y respecto de estos, á la verdad poco numerosos, se hallaban los soldados en un estado de revuelta, á que era forzoso poner término cuanto antes, si se queria huir de caer en una verdadera anarquía. A maravilla estaba elegido el conde de Lobau para aplicar pronto remedio á semejante estado de cosas. Además del mando de la primera division militar confirióle Napoleon una autoridad dictatorial sobre las tropas de paso, autoridad extensiva á cambiar los oficiales ó á reconciliarlos con sus soldados, para restablecer en el ejército de esta suerte el orden y la disciplina. Napoleon tenia el proyec-

to de llevar sucesivamente á París todos los regimientos, á lo menos por algunos dias, con el objeto de que pasaran bajo la mano del conde de Lobau tan suave como vigorosa. Mucho le recomendó que procediera á esta especie de reconstitucion sin tardanza, porque de los quince ó veinte mil soldados que habia en la capital por entonces, y de los que iban á llegar en número casi equivalente, al punto habria de escoger unos veinte mil en buen estado para encaminarlos á Lila, con el fin de que hicieran frente ó á alguna tentativa realista de los príncipes fugitivos, ó á algun avance del ejército anglo-holandés acantonado en Bélgica, avance poco verosímil aunque posible.

Estas precauciones así ideadas engendraban una cuestion de monta, aunque para Napoleon no fuese cuestion de ningún modo, por más que la discutiera la propia mañana con el nuevo ministro de la Guerra. ¿Acaso debia proseguir su marcha triunfal hácia el Norte, para consumir á las márgenes del Rhin la revolucion que acababa de operar desde el Ródano al Sena, de modo de recuperar de un solo golpe las antiguas fronteras de Francia con la Francia misma, segun algunos críticos imaginaron posteriormente? (1) Muy seductor era el proyecto, dado que con el entusiasmo reinante,

(1) Este cargo se dirige al mariscal Marmont, que ha supuesto en sus Memorias, con la ligereza habitual de sus juicios, que en París no convenia detenerse de ningún modo, sino aprovechar el impulso dado á los ánimos para plantarse en las márgenes del Rhin de seguida. Ya se verá hasta qué punto se resiente este juicio de inconsiderado, y de tan falto de razon como del conocimiento de los hechos.

seguro estaba de no hallar obstáculos hasta Lila, y se podía también prometer superar los que encontrara desde Lila á Colonia. Sin embargo, este proyecto fascinador á todas luces no alteró ni por asomo las resoluciones de una prudencia, nueva en su persona, aunque ya firmemente deliberada.

Desde luego durante su marcha sobre París recibió Napoleon ciertas noticias del Mediodía, que merecían alguna atención, aun cuando no fuesen alarmantes. Se le anunciaba, y era verdad, que Marsella estaba en fermentacion grande, y que la poblacion de la Baja Provenza marchaba sobre Grenoble y Lion á las órdenes del duque de Angulema. Cabalmente la misma mañana del 21 de marzo le llegaron noticias de Burdeos y del Oeste. Se le enviaba á decir que bajo la influencia de la duquesa de Angulema, imitando Burdeos á Marsella, se esforzaba por insurreccionar los departamentos del otro lado del Garona, y casi con seguridad de buen suceso; que desde Angers trataba el duque de Borbon de fomentar el levantamiento de la Vendée por entonces; que, llegado el mariscal Saint-Cir á Orleans con poderes extraordinarios de Luis XVIII, allí habia hecho desaparecer la escarapela tricolor, que á impulsos del general Pajol volvieron á ostentar las tropas, y reducido á prision á este gefe, y enarbolado otra vez la bandera blanca á orillas del Loira. Finalmente, y esto era lo más grave de todo, se aseguraba que no habia que fiar en la guardia nacional parisiense. Compuesta de la clase media de la capital no vió con gusto la caida del trono constitucional de Luis XVIII, y sobre todo temia la guerra.

A juzgar de sus propensiones por el lenguaje de que usaban algunos de sus oficiales, con fundamento se la podían atribuir designios hostiles.

Para un espíritu del temple que tenía el de Napoleón á todas luces, ninguno de estos hechos podía inspirar formal zozobra. Al alcance estaba de la cordura de la guardia nacional parisiense, y sabía que, disgustada al pronto, no tardaría en serle propicia, así que se enterara de sus intenciones pacíficas y liberales, y se apartara de sus filas á algunos oficiales, ansiosos de meter ruido y darse importancia. Respecto de las tentativas realistas en el Mediodía y el Oeste, no dudaba que el prodigioso efecto de su entrada en París las desbarataría del todo; y en suma distaba mucho de creer que, impotentes para la resistencia cuando ocupaban á París los Borbones, fugitivos ahora y confinados á las extremidades del territorio hallasen las fuerzas que les faltaron por completo mientras disponían de la plenitud de la autoridad soberana. Sin embargo, muy en su favor redundara positivamente lo de alejarse Napoleón del centro del gobierno antes de empuñar formalmente sus riendas, y lanzarse temerariamente por entre la Bélgica y las provincias rhinianas con las únicas tropas organizadas y á la sazón disponibles, dejando en París á ministros nombrados el día antes, regimientos esparcidos ó dislocados, y exponiéndose de esta suerte á ver renacida á la espalda la autoridad de los Borbones, que se había derrocado al paso. Pero aun había que oponer otras muchas consideraciones y de mayor gravedad á tal proyecto.

Por supuesto que, allegando todas las fuerzas

disponibles desde París hasta Lila, á lo sumo se podrian juntar de veinte y cinco á treinta mil infantes, de cuatro á cinco mil jinetes, y de cincuenta á sesenta bocas de fuego con tiros muy medianos (1). ¿Y se sabia lo que se hallaria en Bélgica por ventura? Seguramente, pueblos con excelentes disposiciones, mas tambien tropas fieles á su soberano y tres ó cuatro veces más numerosas que las que podian llevar los franceses. Con efecto, alrededor de Bruselas se encontrarian veinte mil belgas y holandeses, treinta mil ingleses y hanoverianos, á los cuales se empujaria sobre treinta mil prusianos marchando sobre Lieja, y asi habria que hacer cara á ochenta mil enemigos con treinta ó treinta y seis mil combatientes. Dando un paso más adelante se hallarian otros veinte mil prusianos, diez y ocho mil bávaros, veinte ó treinta mil wurtembergeses, badenses, heseses, etc., y al llegar á las márgenes del Rhin se tendrian encima no ménos de ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil contrarios. De consiguiente se iria á buscar muy lejos una derrota, posible á las márgenes del Meusa, y á las del Rhin irremisiblemente segura; se disminuirian las fuerzas ya desparramadas de sobra; se acrecentaria la dificultad administrativa de reorganizar el ejército ya bien grande, con llevar los cuadros vacios desde Lila, Mezières y Nancy hasta Colonia, Coblentza y Maguncia; empujando unos sobre otros á los aliados, se comprometeria el plan en que Napoleon vinculaba sus mayores esperanzas, consistente en aprovecharse de la dispersion de sus contrarios, para lanzarse en medio

(1) Lo escribo con datos seguros.

de ellos y batirlos unos tras otros; por último y sobre todo, romper inmediatamente las hostilidades equivalía á privarse de tres meses con que se podía contar de seguro, si no se tomaba la iniciativa, tres meses de mucho mayor precio para los franceses que para sus enemigos, pues ellos tenían algo, y los franceses no tenían nada, y estos tres meses empleados como lo sabia hacer Napoleon á maravilla, fijamente servirían para compensar la enorme desproporcion de fuerzas que existía entre Francia y Europa aliada en contra suya.

En cuanto llevamos dicho nada se ha hablado de la nueva situacion de Napoleon ante Francia, situacion de las más dificultosas, y que de una manera perentoria y absoluta le vedaba toda operacion inmediata más allá de las fronteras.

¿Cómo se habia presentado Napoleon desde su desembarco en Cannas? Como libertador que llegaba á redimir á Francia de los emigrados, sin atentar ni á la paz, ni á la libertad en ningun concepto. Paz y libertad eran dos palabras, que desde Grenoble habian llenado sus discursos. Nada más fácil que pronunciar tales palabras, no lo era tanto lograr que se las diese asenso. Para conseguirlo de plano, Napoleon declaró en todas partes, y desde todas las ciudades de su tránsito escribió á Viena, que aceptaba el tratado de París y lo observaría fielmente, aunque nunca lo autorizara con su firma. Esta declaracion agradó sobremanera á cuantos la oyeron de sus labios, pues comprendieron que la única eventualidad favorable para la paz estribaba en anunciar inmediatamente que se aceptaba la obra de las potencias de Europa, esto es, las antiguas fronteras, algo ensanchadas hácia Landau.

y Chamberi. Ahora bien, si á otro día de su entrada en París se arrojara Napoleon sobre el Meusa y el Rhin de un salto, necesariamente se le viera como al hombre que habia llevado la fortuna de Francia á Moscou para volverla á traer por el camino de Leipsick sobre las alturas de Montmartre; no se dudara de encontrar nuevamente al conquistador, y con el conquistador al déspota que habia perdido al pais y su grandeza. Moralmente en su favor no tuviera á nadie, y materialmente solo hallara algunos cuadros vacíos, conducidos á la inmensa distancia del Rhin, donde la dificultad de llenarlos subiera muy de punto.

Por consiguiente, añadidas las razones políticas á las razones militares y administrativas, bien se puede afirmar que habia, no solo poderosos motivos para detenerse en París, sino hasta necesidad absoluta é indiscutible.

Así el partido de Napoleon estaba adoptado, una vez llegado al centro del imperio, empuñar las riendas del gobierno, ofrecer la paz á las potencias de Europa sobre las bases de los tratados de París y de Viena, sufrir las negativas humillantes á que verosimilmente estaria expuesto, y hacerlas públicas en vez de darlas al disimulo para tener el orgullo nacional de su parte, y aprovechar el respiro de esta contestacion con el fin de efectuar el armamento con su actividad acostumbrada, y situar dos cuerpos de ejército entre la capital y la frontera del Norte para que fueran sus operaciones más expeditas, y fingir inaccion para caer de súbito sobre el enemigo, penetrando impetuosamente en medio de sus diseminados cantones; tales eran las únicas ideas sensatas, sólidas y dignas del gé-

nio de Napoleon asi bajo el aspecto militar como administrativo.

Habiendo fiado al conde de Lobau la comision de tener bajo su mano á las tropas que estaban en París y á las que debian llegar sucesivamente, de inspeccionarlas con presteza, y de restablecer la union y la disciplina, le prescribió que formara al punto un cuerpo de unos veinte mil hombres, que al mando del prudente y bizarro general Reille avanzara sobre Lila, donde segun informes se iba á establecer Luis XVIII con su casa militar y quizá algun refuerzo de tropas extrangeras. Por fortuna, bajo la autoridad superior del duque de Orleans mandaba el mariscal Mortier en Lila. Muy de seguro se contaba con que este mariscal admitiria en cumplimiento de sus deberes á Luis XVIII dentro de la plaza, si bien de ningun modo consentiria en recibir allí tropas inglesas ni prusianas, y tambien se daba por cierto que el duque de Orleans observaria igual conducta, y de consiguiente que, si esta ciudad brindaba momentáneamente á Luis XVIII con algun descanso, nunca seria entregada á los enemigos. Sin embargo, fuerza era vigilar esta plaza y asimismo todas las de la frontera del Norte, y el general Reille se hallaria en proporcion de desempeñar esta comision de monta con los veinte ó treinta mil hombres, que sucesivamente se iban á poner bajo su mando. No pudiendo este gefe hallarse listo hasta dentro de tres ó cuatro dias, Napoleon previno al general Exelmans que juntara inmediatamente la caballeria disponible, y siguiera á la corte fugitiva con tres mil jinetes. Solamente consistia el encargo del general Exelmans en empujar á dicha corte fuera del territorio, sin

faltar á los debidos miramientos, salvo quizá lo de apoderarse del pequeño tesoro que llevaba consigo, y de los diamantes de la corona, que habia metido en sus furgones. Ninguna duda se abrigaba acerca de que el general Exelmans no se excederia con rigores en el desempeño del cargo, á pesar de sus agravios personales, y Napoleon deseaba que fuese de este modo, pues hacia gala de que contrastara su conducta con la de los hombres que acababan de pregonar su cabeza.

Puntualmente queria saber lo que pasaba en el Mediodía antes de expedir orden alguna. Por otra parte necesitaba tiempo á fin de juntar algunas tropas, fuera de las que iba á dar al general Reille de seguida, y entretanto el espíritu de Lion y de Grenoble le aseguraba plenamente de cuanto se tentara hácia aquel lado. Relativamente al Oeste, se limitó á despachar á Orleans un oficial para intimar al mariscal Saint-Cir la orden de restituir al general Pajol el mando bajo las penas más severas, y tambien hizo partir al general Clausel hácia Burdeos, con la comision de juntar las tropas que hallara al paso y expulsara al duque de Angulema que, á pesar de todos sus respetos, nunca podia figurar como enemigo formidable.

Tras de dedicar á estas urgentes atenciones la mañana del 21 de marzo, se aplicó el resto del día á pasar revista á los cuerpos de tropas existentes en París y á los que tuvieron tiempo de llegar de Fontainebleau entre los que desde Grenoble le habian acompañado. Esta era una ocasion natural de presentarse á los parisienses por vez primera, y de usar de un lenguaje que, saliendo del círculo de sus intimas conversaciones, rápidamente pudiera

ser llevado por todos los ecos de Francia á todos los ecos de Europa.

Se juntaron en la plaza del Carrusel como unos veinte y cinco mil hombres, incluyendo las tropas llegadas de Grenoble á Fontainebleau, las del campamento de Villejuif, y con particularidad el batallón de la isla de Elba, que habia ejecutado la prodigiosa marcha de doscientas cuarenta leguas en el transcurso de veinte dias. No se convocó á la guardia nacional parisiense, por no estar preparada mediante algunos cambios de oficiales para figurar en una solemnidad destinada á celebrar el restablecimiento del imperio. Mas la poblacion asistió en muchedumbre, y como era natural entre los más solícitos se encontraban los que aborrecian á los emigrados, los que á la gloria imperial conservaron amor inalterable, y muchos curiosos á quienes acababa de sacar de su apatía la maravillosa expedición de la isla de Elba. Por lo demás siempre es fácil proporcionar una fiesta brillante á todo gobierno, dado que, por escasos que sean sus recursos, nunca le faltan adictos que asistan á sus solemnidades, á la par que sus contrarios se hallan ausentes, y que aplaudan lo bastante para simular la universalidad de los ciudadanos. Aquí realmente con los ya consumados sucesos habia para herir la imaginacion de la poblacion más apática é indolente. Con efecto, la gente de los arrabales agolpóse en la plaza del Carrusel para aplaudir al hombre que habia conmovido su imaginacion más que otro alguno, y especialmente para saludar con entusiasmo á los ochocientos granaderos y cazadores de la guardia, que despues de seguir á su general al destierro, le volvian triunfante á

Francia. Aquellos veteranos cubiertos de cicatrices, extenuados de fatiga, casi descalzos, profundamente impresionaron el ánimo de los circunstantes, y muchos de ellos respondieron, no con gritos, sino con lágrimas á las aclamaciones de la muchedumbre. De ellos no apartaba el público sus ojos anhelantes, sino para buscar debajo de su popular leviton al personaje fabuloso, que acababa de operar un milagro digno de su pasada fortuna. Se le hallaba más grueso, á la par que muy atezado de rostro, lo cual en cierto modo corregía el defecto de su abultado vientre, y de continuo paseando la mirada del genio en torno suyo. A las tropas hizo formar en masa alrededor de su caballo, estando los oficiales al frente, y con su vibrante voz las dirigió estas palabras enérgicas y apasionadas. —Soldados, á Francia he venido con ochocientos hombres, porque contaba con el amor del pueblo y con el recuerdo de las tropas.—Mis esperanzas no salieron fallidas; ¡soldados, os doy las gracias! De cuanto se acaba de consumir al pueblo y á vosotros corresponde la gloria. Solo consiste la mia en haberos conocido y adivinado.... Ilegítimo era el trono de los Borbones porque, destruido por la nacion ya hace veinte años, no fué nuevamente levantado sino por manos extranjeras, porque no brindaba garantías más que á una minoría arrogante, cuyas pretensiones eran contrarias á vuestros derechos. Solo el trono imperial puede garantir los intereses de la nacion, y el más noble de todos, el de nuestra gloria. Soldados, vamos á marchar para expulsar del territorio á esos príncipes cómplices é instrumentos del enemigo, y llegados á la frontera, allí haremos alto.... No nos queremos mezclar en

los asuntos de otras naciones, pero ay de los que aspiren á mezclarse en los nuestros!...—Después hizo que se acercaran los oficiales del batallón de la isla de Elba, y añadió al tiempo de mostrárselos á las tropas:—Soldados, ved aquí los oficiales que me acompañaron en mi infortunio; amigos míos son todos y caros á mi alma. Siempre que en ellos fijaba los ojos, se me figuraba tornar á ver al ejército mismo, porque entre estos ochocientos valientes hay representantes de todos los regimientos. Su presencia me recordaba aquellas inmortales jornadas, que nunca se borrarán de vuestra memoria ni de la mía. Amándolos á ellos, os amaba también á vosotros. Ilesas os han traído y siempre gloriosas estas águilas que la traición cubrió con un velo fúnebre por un instante. Soldados, os las restituyo al presente; juradme que las seguireis por donde quiera que las lleve el interés de la patria....—¡Lo juramos! respondieron á una, agitando sus bayonetas, ó blandiendo sus sables. Grande emoción hubo en las filas, porque los sentimientos á que hablaba Napoleón estaban arraigados en los hombres que oían su alocución vehementemente.

De seguida volvió Napoleón á lo interior del palacio por medio de inmenso gentío, con ojos animados y como si un nuevo prestigio se levantase en rededor suyo. Ahora fueron allá los altos funcionarios, que no se habían presentado la noche antes, ora por no ser avisados, ora por andar todavía en vacilaciones, y el emperador fué universalmente reconocido y proclamado en cierto modo. Arrancado Carnot de su retiro, se presentó en las Tullerías, é impelido por un sentimiento

de que participaban todos sus amigos, el de adherirse á Napoleon para defender la revolucion á una, no dudó en aceptar el ministerio de lo Interior, Poco le agradaba el título de conde, mas siendo la situacion tan grave no quiso oponer el menor reparo. Tambien el duque de Vicenza admitió el ministerio de Negocios extrangeros. Así el gobierno de Napoleon completóse del todo, y acto continuo se pudo aplicar á su inmensa tarea.

Mientras Napoleon satisfacía estas primeras atenciones, Luis XVIII prosiguió su retirada sobre Lila. Segun se ha visto antes, á la Vendée le quisieron llevar los realistas exaltados, á la par que, atentos á guardar contemplaciones á los sentimientos de Francia, los realistas moderados tuvieron por mejor conducirlo á Lila, para que sin trasponer las fronteras asistiese á la lucha, que se iba á trabar entre el imperio restablecido y la Europa. No teniendo gran confianza en el asilo que pudiera hallar dentro de una ciudad francesa, y mirando la mansion en Bélgica con repugnancia, Luis XVIII no tenia afición más que al pais donde habia pasado seis años en perfecto reposo. Por tanto, libre de locos y de cuerdos, así que estuvo más allá de San Dionisio, sin más que ceder á su propension natural tomó el camino de Abbeville, que le debia conducir á Calais, y de Calais á Lóndres.

Entretanto el conde de Artois y el duque de Berry á la cabeza de la casa militar siguieron el camino de Beauvais al paso de la infanteria. Nada más penoso de ver que la casa militar por entonces. Llena de gentes muy adictas á los Borbones, si bien extrañas en su mayor parte a la milicia,

incompletamente equipada, solamente formaba una larga fila de rezagados, que por falta de caballos daban con su persona y equipos dentro de las carretas. Solo estaba perfectamente organizada la compañía de guardias de Corps del mariscal Marmont, compuesta esmeradamente de antiguos soldados, y bien acondicionada como en general todas las tropas confiadas á este caudillo. Todas las demas presentaban ahora el aspecto de la mayor tristeza y desconsuelo. Aun habia un espectáculo más triste, y era el de las tropas reunidas en San Dionisio.

Ya hemos dicho que para disimular ante el público la marcha próxima de la real familia, dispúsose que fueran hácia Villejuif las tropas destinadas á formar el ejército de Melun, y que se las despachó la órden de torcer sobre San Dionisio, luego de verificada la salida del monarca sin contratiempo. Segun se ha visto igualmente se negaron á la obediencia, y tan solo aparecieron allí las enviadas directamente y en número escaso. Entre estas figuraban una gran parte de la artillería, un batallon de oficiales á medio sueldo, y además algunos jóvenes de la Escuela de derecho, que habian seguido á Luis XVIII con el nombre de voluntarios reales, y á la verdad como representantes de la juventud honrada, que esperaba la libertad de los Borbones y de ningun modo de los Bonapartes. A San Dionisio trasladóse el mariscal Macdonald para juntar estas pequeñas porciones de tropas y llevárselas al monarca. Pero al llegar el 20 de marzo por la tarde se encontró al batallon de oficiales á medio sueldo en rebelion abierta, esforzándose porque la artillería

siguiera su conducta, y hasta destrozando los bagajes de la real comitiva. Sin fruto esforzóse el mariscal á fin de poner coto á escándalo semejante; aunque personalmente respetado, no tuvo más arbitrio que el de alejarse de seguida y unirse de nuevo á la casa militar ya de marcha y en el estado que acaba de ser descrito con fidelidad plena. Acto continuo separóse del conde de Artois y del duque de Berry para alcanzar al monarca, y tratar de que prevaleciese el consejo que no se le habia caído de la boca y que estribaba en retirarse á Lila.

Llegado á Abbeville el 24 por la noche se presentó á Luis XVIII, á quien halló entre el príncipe Berthier y Mr. de Blacas, sumamente sosegado y al parecer más sensible á las molestias de este repentino viaje que á la pérdida de su trono. Conservando pocas esperanzas, atribuyendo sus nuevas desdichas á su hermano y á los emigrados, con el convencimiento de que Europa no manifestaria más que un interés mediocre hácia gentes que no se habian sabido sostener en el mando, Luis XVIII mostraba más anhelo por ganar su asilo de Hartwell que por salvar las reliquias de un porvenir de que dudaba mucho. Unicamente habló de su cansancio, de su gota, de las incomodidades á que le exponia la pérdida de su bagaje, y no dió oídos sino con cierta especie de distraccion á cuanto le dijo el mariscal Macdonald sobre tomar la direccion de Lila. Este bizarro y sesudo gefe, que á una rara intrepidez y á una profunda experiencia de la guerra juntaba el tacto político en grado sumo, le recordó el mal efecto causado por los cumplimientos que hizo al

príncipe regente en la ocasion de salir de Lóndres, el cargo universalmente dirigido á los Borbones de preferir el extrangero á Francia, y particularmente la Inglaterra á todos los demás paises, y el inconveniente de justificar estas prevenciones apresurándose á trasponer la frontera y de trasponerla para ir á Lóndres. Por tanto persistió sobre el ánimo del rey para que se encaminase á Lila, y á lo ménos permaneciera sobre el último lindero del territorio. Allí estaria en lugar seguro, y de todos modos se pondria á completo resguardo, con andar en caso urgente dos ó tres leguas para salir de Francia.

Con lisura respondió Luis XVIII que dentro de Lila no lograria mayor seguridad que en otra parte, pues se necesitaba de una guarnicion sin remedio, y toda guarnicion se portaria como las demás tropas de que se habian querido servir entonces, y que la peor conducta á los ojos de Francia seria llamar á Lila á los ingleses ó á los prusianos. Sin embargo, sensible á las observaciones de tan leal servidor como el mariscal Macdonald, por fin se avino á su consejo; solamente le pidió algun tiempo con el fin de comer algo, y le incluyó á que marchara por delante bajo promesa de unirle dentro de pocas horas. Durante esta especie de consejo se puede decir que el mariscal Macdonald habló solo. Teniendo por malo cualquier partido, Mr. de Blacas no dijo nada, aunque visiblemente prefiriera la retirada sobre Lila. Tan asombrado el príncipe Berthier de hallarse donde se hallaba entonces, como el público de verle en situacion semejante, sobre su rostro abatido y mudo reveló harto claramente la perplejidad de su

:

alma. ¡Triste castigo en la persona de un hombre de bien de ese deseo de servir y pertenecer á todos los sistemas y de conservar á pesar de su pasado el mismo puesto en todos!

De seguida tomó el mariscal Macdonald el camino de Bethune, para ir á disponer en Lila el establecimiento de la real familia. Durante la mañana del 22 de marzo llegó á la vista de esta plaza ocupada por el duque de Orleans y con la precaucion de cerrar sus puertas. Sin duda se hace memoria de que este príncipe habia recibido el mando de las tropas del Norte, y á la par la comision de formar un cuerpo de reserva, que por la izquierda se fuese á unir al duque de Berry, si delante de París se trababa la lucha, y protegiera la retirada de la real familia, si la evacuacion de la capital se hacia forzosa. Siendo el duque de Orleans el único príncipe que gozaba de alguna popularidad entre las tropas, las halló tranquilas, si bien muy mal dispuestas respecto de la causa de los Borbones, y así cuidó de mantenerlas separadas, á fin de retardar cuanto fuese posible la explosion de sus sentimientos. A Lila encaminó los soldados, cuya disciplina le pareció ménos relajada, y con seis ó siete mil hombres y el mariscal Mortier se encerró en la plaza, igualmente resuelto á dar allí asilo al rey que á vedar la entrada á los ingleses y á los prusianos. Noticioso durante la mañana del 24 de marzo por el telégrafo de la entrada de Napoleon en Paris, al punto prohibió toda comunicacion exterior, con el doble designio de impedir que penetraran en la ciudad los emisarios bonapartistas y que desertaran los soldados.

Tan puntualmente fueron ejecutadas las órde-

nes del duque de Orleans que las llaves de la ciudad se depositaron en el Estado Mayor de la plaza, y que habiéndose ausentado los guardas todos no habia quien respondiese en las puertas. Sin saber el mariscal Macdonald cómo darse á entender en tal coyuntura, se vió obligado á escribir con lapiz un billete, á atarlo á una piedra y á echárselo al centinela que por allí custodiaba el muro. Viendo firmado por el mariscal Macdonald el sobrecrito del billete, el centinela enviólo al puesto inmediato, y este puesto al Estado Mayor en seguida. Pronto se abrieron las puertas, y el mariscal fué conducido a presencia del duque de Orleans, quien le enteró del estado de las cosas, y le dió la seguridad de que el monarca recibiria de las tropas una hospitalidad respetuosa; bien que de duracion breve, y á condicion de que no se tratara de introducir ni á los ingleses ni á la casa militar en la plaza.

Con efecto, Luis XVIII llegó el 22 de marzo por la tarde, y allí fué recibido con todos los honores debidos al soberano. Violentos gritos de *viva el rey* dió la poblacion de Lila, piadosa y realista, á la par que guardaron mustio silencio las tropas en correcta formacion y presentando las armas.

Apenas llegado Luis XVIII quiso oir al príncipe y á los mariscales acerca de la conducta que pareciera más conveniente. Ante el monarca y Mr. de Blacas, el príncipe Berthier y los mariscales Macdonald y Mortier, al vivo pintó el duque de Orleans la situacion con tersura perfecta de miras y de lenguaje. Mucho aprobó el consejo dado por el mariscal Macdonald al monarca, y rela-

tivo á permanecer sobre el territorio francés cuanto fuese posible, pero al mismo tiempo demostró que apenas seria habitable por espacio de algunas horas la ciudad de Lila, pues era expresion fiel del estado de las cosas el espectáculo que se acababa de tener á la vista, el de una poblacion estrepitosamente simpática y unas tropas friamente respetuosas; que las tropas eran dueñas de la plaza, y á la par que hacian punto de honra de que el rey no sufriera el menor desacato, se hallaban imbuidas en la idea de que se queria entregar la ciudad de Lila á los ingleses, y bajo la impresion de tal desconfianza jamás consentirian en que alli entrase la casa militar, y aun ménos en salir ellas de su recinto, si quizá se trataba de librarse de su presencia; que hasta suponiendo que se lograra al fin alejarlas de la plaza, con mil doscientos hombres de guardia nacional y tres ó cuatro mil jinetes aspeados de la casa militar, de ningun modo se podia llevar á cabo la defensa de una fortaleza que para su seguridad requeria lo ménos doce mil hombres de la mejor infantería; que al rey darian las tropas durante algunos dias la guardia, pero que no sostendrian este papel sino tiempo muy corto, y ménos despues que las órdenes de Paris fuesen llegadas; que el mejor partido se cifraba en trasladarse á Dunkerque, cuya poblacion era tan realista como la de Lila; que alli se necesitaria guarnicion escasa, bastando trasformar la casa militar en infantería; que además alli se tendria el recurso del mar, y el refugio á Inglaterra en caso necesario; que permaneciendo tambien sobre el territorio francés de tal modo, se estaria al mismo tiempo á

mayor distancia del teatro de la guerra; que verosimilmente Calais, Ardrés y Gravelinas se mantendrían favorables, y se tendría así algo de marina, y se formaría un pequeño reino sobre las costas, donde seguiría flotando la bandera blanca, sin viso alguno de complicidad con la bandera enemiga que iba á invadir á Francia.

Vigorosamente aprobó el mariscal Mortier este dictámen lleno de cordura, y el príncipe Berthier no lo contradijo tampoco. Mr. de Blacas aprobólo igualmente. Al mariscal Macdonald no le ocurrió más argumento en contra que la precipitación de la marcha, que daría al rey la apariencia de un fugitivo, poseído de miedo ó expulsado de Lila. Habiendo replicado el duque de Orleans que para ir á Dunkerque había que andar veinte y cinco leguas, y que lo que era fácil hoy quizá sería difícil mañana, vino á prevalecer la opinión de la inmediata partida, salvo el extremo cansancio del monarca, que exigía algunas horas de reposo.

De consiguiente separáronse con órden de preparar la partida; pero siempre irresoluto y cansado Luis XVIII la aplazó para el día siguiente. En visitar y arengar á las tropas se ocuparon el duque de Orleans y los mariscales hasta la noche.— Seguro se halla el rey entre nosotros, repondieron los oficiales, á quienes se habló personalmente; pero sabemos que se trata de entregar la plaza al enemigo, por ser este el proyecto de los emigrados, que rodean al monarca; por consiguiente, si la casa militar se presenta á la vista, de positivo la haremos fuego.—A pesar de todas las seguridades dadas en contrario, no hubo manera de desvanecer tales prevenciones; y á arraigarlas en el

ánimo de las tropas contribuía mucho la especie soltada por gentes allegadas al monarca, de que era menester poner fin á aquella comedia de falso respeto á la persona del soberano, bajo la cual se ocultaba el designio de una traicion inmediata, y de que lo mas seguro era meter dentro de la ciudad á diez mil ingleses. Creidas eran estas imprudentes voces, y las palabras del duque de Orleans se consideraban como puro efecto de la credulidad de este personaje. Claro resultaba, de consiguiente, que en situacion tan equívoca solo cabria pasar un dia ó dos á lo sumo.

Una falsa alarma hubo el dia 23 de marzo. Habiéndose presentado algunos corredores delante de Lila, se propagó el rumor de que la casa militar estaba cerca. De súbito las tropas manifestaron la emocion más viva, y se declararon prontas á disparar sus fusiles contra los que llegaban segun susurros. A duras penas lograron apaciguarlas el duque de Orleans y los mariscales, aunque siempre se mostraban convencidas de que habia intencion de entregar la plaza á los ingleses. Ante semejantes disposiciones, ya no era posible que el rey prolongara su permanencia en Lila. Con asistencia del duque de Orleans, de Mr. de Blacas, y de los mariscales Berthier, Macdonald y Mortier, se renovó esta mañana el consejo celebrado el dia antes, y por voto unánime reconocióse como indispensable la evacuacion de una ciudad custodiada por tropas, muy respetuosas hácia Luis XVIII, á la par que á Napoleon muy adictas, y siempre dispuestas á proclamar la autoridad imperial á la primera coyuntura. Solo habia divergencia de pareceres acerca del punto

adonde se dirigiria el monarca al salir de Lila. Apoyado el duque de Orleans por los tres mariscales, de nuevo insistió en dar la preferencia á Dunkerque. No se opuso el rey á este voto, si bien dijo que en el actual estado de cosas ofrecia peligro andar sobre territorio francés las veinte y cinco leguas que habia de distancia á dicho punto, y anunció que iba á tomar el camino de Belgica por de pronto, sin perjuicio de marchar luego por el territorio belga á Dunkerque. No alterando su resolucion en lo más leve las razones alegadas por el duque de Orleans para no abandonar el territorio nacional un solo instante, con tono respetuoso á la par que enérgico le dijo el mariscal Macdonald que se veia en la necesidad de abandonarle mal de su grado, que estaba resuelto á no emigrar nunca, y ménos á pais lleno de tropas coligadas; que habia permanecido fiel á la dinastía durante su residencia en Francia, si bien no la podia seguir más lejos; que no iria á ofrecer su espada al hombre llegado á trastornar el pais todo, pero que marcharia á esperar dias mejores en el retiro. Con perfecta dignidad escuchó Luis XVIII esta declaracion franca, gracias dió al mariscal por su noble conducta, le relevó de sus juramentos, y despidióle de la manera más afectuosa. Tambien el mariscal Mortier usó del propio lenguaje, y recibió la misma respuesta é iguales testimonios de afecto. Ambos mariscales se brindaron á acompañar al rey hasta la misma raya de la frontera. Por su parte el mariscal Berthier permaneció mudo; pero á los mariscales Macdonald y Mortier dijo aparte, que como capitán de una de las compañías de guardias de la real persona,

se creia obligado á seguir á Luis XVIII hasta el lugar que eligiese para su retiro, y que, tras de cumplir este deber postrero, al punto se volveria á Francia; y hasta les recomendó que lo comunicasen á Paris de este modo. Entonces, dirigiéndose el rey al duque de Orleans con visible malicia, le preguntó cuál iba á ser su conducta. Con la mayor serenidad le respondió el duque de Orleans que pensaba lo mismo que los mariscales, si bien como príncipe de la sangre no les podia imitar en punto á permanecer dentro de Francia; y así acompañaria al rey hasta la frontera, y allí le pediria licencia para separarse de su lado, no queriendo ir á Bélgica, punto de reunion de los ejércitos enemigos. En tono reposado le dijo el rey que hacia perfectamente, y luego expidió las órdenes para su partida inmediata.

A eso de medio dia salió Luis XVIII de Lila por el camino de Bélgica el 23 de marzo, manifestando la poblacion muy viva pesadumbre, y las tropas muy profundo respeto, si bien apareciendo satisfechas de verse eximidas de un depósito embarazoso. A caballo el duque de Orleans y los mariscales junto al coche del monarca, le dieron escolta hasta la frontera, distante como dos leguas de la plaza, y tras de mostrárseles agradecido Luis XVIII y de despedirse de su persona, se tornaron á Lila á resigñar sus respectivos mandos. De seguida el duque de Orleans escribió á todos los gefes, que estaban á sus órdenes hasta entonces, en el sentido de relevarles de sus obligaciones militares, y de que á su voluntad obrasen desde luego. Entonces el mariscal Mortier le enteró de un dato, que tuvo la delicadeza de no revelar á

nadie, y consistía en haberle llegado órdenes y poderes de París á fin de obrar como le pareciese oportuno para la salvacion de la frontera, y la expulsion de los Borbones, y hasta su prision en caso necesario; no quiso el mariscal ni molestar á los príncipes ni aun acelerar su partida, con la declaracion de los nuevos deberes que le imponia el que se acababa de hacer dueño del territorio, ni se los puso de manifiesto hasta que su resolucion estaba ya decidida y casi consumada. Acto continuo el duque de Orleans partió para Inglaterra, el mariscal Macdonald para sus posesiones, y el mariscal Mortier comunicó á París por el telégrafo que Luis XVIII habia evacuado á Lila, y que no se hallaba en peligro esta plaza. Despues transmitió el mando al conde de Erlon, que desde la calaverada de los hermanos Lallemand se mantuvo escondido. A vueltas de estas súbitas revoluciones, que perturban y tuercen á veces los corazones más honrados, se complace la historia en reproducir escenas, en las cuales todos, así los príncipes y los mariscales como los soldados, supieron cumplir deberes casi opuestos con puntualidad suma y delicadeza plausible.

Entretanto la casa militar extenuada de cansancio se habia arrastrado hasta Abbeville, teniendo á su cabeza al conde de Artois y al duque de Berry, y sobre su espalda al general Exelmans, que con tres mil jinetes la observaba de cerca, sin aspirar á darla alcance. Desde Abbeville se encaminó hácia Lila, y al saber la partida del rey durante la marcha, se dirigió á Bethune. Allí, conociendo los príncipes la imposibilidad de conducirla y de mantenerla en el extranjero, se determinaron á

licenciarla de seguida. Solo conservaron trescientos hombres idóneos para el servicio, y cuya manutencion estaba al alcance de los recursos actuales de la real familia, y siguieron al mariscal Marmont á Bélgica, donde debian componer la guardia personal del monarca. Los demás se dispersaron en todas direcciones; y para unirse á Luis XVI, los príncipes cruzaron la frontera.

A la par que el monarca evacuaba el territorio, y se desvanecian en París las ligerísimas inquietudes, que se pudieran concebir respecto del Norte, no ménos tranquilamente pasaban las cosas á la parte del Este. Obligado se vió el mariscal Victor á renunciar á la empresa puesta á su cargo de formar un cuerpo de ejército en la Champaña y la Lorena. Igualmente abandonó su mando el mariscal Oudinot al verse desamparado por los granaderos y cazadores reales de la antigua guardia, y en su rededor enarbolóse la bandera tricolor por todas partes. A París encaminóse la antigua guardia imperial de voluntad propia. Sometiéndose el mariscal Suchet en la Alsacia á la revolucion que se consumaba entonces, al punto hizo que tremolase la bandera tricolor en toda la provincia, y puso todas las plazas fronterizas de Francia al abrigo de las tentativas exteriores. Lo acontecido desde Grenoble á Besanzon ya se ha visto por el precedente relato, por consiguiente, la zozobra que pudieran inspirar las plazas francesas, no se habia realizado en ninguna parte, pues ni una sola sufrió sorpresa, á pesar de los deseos del enemigo.

No era menos general y rápido el progreso de la autoridad imperial en lo interior del territorio. A Orleans se habia dirigido el mariscal Saint-Cir

en union de Mr. de Vitrolles, saliendo de París el 20 de marzo. Bajo el mando del general Dupont estaba aquel distrito. Al ver á las tropas medio sublevadas, el mariscal mandó cerrar las puertas de la ciudad, quitar la bandera tricolor y prender al general Pajol como autor del movimiento. Pero, penetrando oficiales enviados de París en aquel recinto, se comunicaron con el primer regimiento de coraceros, que guarnecía la ciudad, y espontáneamente montó á caballo, y asaltó el local donde estaban las autoridades, y puso en libertad al general Pajol, y en fuga al mariscal Saint-Cir, que se retiró á toda prisa hácia el bajo Loira. De seguida el general Pajol tomó el mando, é hizo proclamar el restablecimiento de la autoridad imperial en Orleans y su contorno.

Asi estaba ya reconquistada esta parte importante del curso del Loira. Despues de avistarse en Angers el duque de Borbon con Mr. de Autichamp y los principales gefes vendeanos, al punto adquirió el convencimiento de que, si los antiguos agitadores de la Vendée se hallaban prontos á nuevas conmociones, sin embargo de ser muy realista, la poblacion de los campos no tenia bastante ardimiento para arrostrar los males de la guerra civil, cuyo recuerdo estaba aun vivo en el ánimo de todos. Conociendo el príncipe que más servia al pais de embarazo que á la causa real de provecho, se hubo de atener al consejo de la retirada, que se le daba generalmente. Enterado del estado de las cosas, un oficial de gendarmes, el comandante Noireau, le ofreció pasaporte, á condicion de que lo usara de seguida, á lo que asintió el príncipe sin vacilaciones, yéndose á embarcar á Nantes, y

dejando la comarca no declarada á favor de Napoleón, pero sí tranquila.

Enviado el general Clausel á la Gironda, se detuvo en Angulema, y á nombre del emperador recibió la sumision de los departamentos vecinos, y juntando parte de la gendarmería, se encaminó á las márgenes del Dordoña, para reunir allí sus tropas y desempeñar su comisión relativa á la ciudad de Burdeos.

Dentro de esta gran ciudad reinaba una agitación extraordinaria, producida por la presencia de la duquesa de Angulema y de Mrs. Lainé y Vitrolles. Realista la población por interés y por convencimiento, afligida por la vuelta de Napoleón, que iba nuevamente á originar la clausura de los mares, se levantó solícitamente á la vista de la duquesa de Angulema, llegada allí para celebrar el aniversario del 12 de marzo en union de su esposo, y prometió sostener la causa de los Borbones. Estas manifestaciones tenian lugar delante de dos regimientos, el 8.º de ligeros y el 62.º de línea de guarnicion en Burdeos, y las presenciaban con un silencio nada adecuado á disipar zozobras. Todo inducia á presagiar que estallarían al cabo á la vista de la bandera tricolor enarbola-da á la margen izquierda del Gironda, y que pondrían término á una insurreccion sin consistencia alguna.

Despues de comunicar Mr. de Vitrolles á la princesa las intenciones del monarca, se trasladó á Tolosa, para establecer el centro del gobierno real en el Mediodía. Allí alistó hombres é hizo exacciones de dinero, de propia autoridad puso al mariscal Perignon á la cabeza de las bandas realistas,

y trató de mantener las comunicaciones entre Burdeos, donde se habia quedado la duquesa de Angulema, y Marsella, adonde corrió presurosamente su esposo. Con efecto, el príncipe fué á Marsella, y del espíritu que reinaba en su vecindario se puede inferir á cuán vehementes demostraciones se abandonó en tal coyuntura. Habiendo aborrecido siempre al imperio, nuevamente amenazada de morir de hambre, tras de soñar más bien que de saborear la abundancia, se sentia dominada de cierta especie de furia, y recibió al duque de Angulema con transportes que tenian mucho de delirio. Con la desdeñosa sangre fria de un hombre de guerra, que en otro tiempo habia dominado las Calabrias, y á quien ni por asomo ponian miedo los gritos de la muchedumbre, el mariscal Masena mandaba en medio de estas candentes poblaciones. Acompañando al príncipe el dia de su entrada, de pronto vió un grupo de mujeres del pueblo con sus hijos en brazos lanzarse delante de su caballo y caer de rodillas, diciendo en el lenguaje sencillo de la tierra:—Mariscal, no hagais traicion á este buen príncipe.—Sin hacer caso apenas de estas demostraciones, no amando á la dinastía caída, ni á la restaurada, y deplorando las nuevas convulsiones, que á Francia iban á costar tanta sangre, resuelto estaba á atenerse á la estricta observancia de sus deberes militares. Dos regimientos dió al duque de Angulema. El 58.º y el 83.º de línea, con los cuales debia remontar el Ródano para ver de ganar de nuevo á Grenoble y Lion para los Borbones. No queriendo seguirle á esta campaña, el mariscal Masena quedóse en Marsella, para mantener allí el orden y especial-

mente para velar por Tolon, muy decidido á descargar su pesada mano sobre cualquiera que intentara entregar este arsenal marítimo á los ingleses.

Tal era el estado de las cosas los días 23 y 24 de marzo en los diversos puntos de Francia. Noticioso Napoleon de la retirada de Luis XVIII, de la sumision de las provincias del Norte y del Este, seguro por tanto de la conservacion de las plazas fronterizas, no dudando tampoco de la sumision de la Vendée, á lo ménos por el momento, sin cuidado alguno le tenia la insurreccion del Mediodía, aun extendiéndose desde Burdeos hasta Marsella. Tan solo la conservacion de las plazas le habia causado alguna zozobra, pues fuera un gran contratiempo que el enemigo ocupara una plaza como Lila, Metz ó Estrasburgo. Tranquilo ya sobre este punto importante, libre de la presencia del monarca y por consiguiente de un gran embarazo, se consideraba plenamente restablecido en la posesion del imperio. Si Hegaba á armonizar su autoridad con la independendencia completamente nueva de los ánimos, y sobre todo á tranquilizar á Europa ó á vencerla con sus armas, cierto estaba de dar principio á un segundo reinado, quizá ménos brillante, pero más próspero que el primero, y más meritorio si sabia sustituir las dulzuras benéficas de la paz á las sangrientas grandezas de la guerra. Pero, sin decirselo á nadie, siempre habia dudado de tranquilizar á Europa, y en realidad no contaba más que con una campaña breve y vigorosa, ejecutada con los recursos que ofrecia á su genio militar la Francia algun tanto reposada y trescientos mil hombres vueltos del extranjero.

A los pocos dias de su llegada á Paris ya pudo echar de ver hasta qué punto sus presentimientos eran exactos, pues á la par que en lo interior todo era vasallaje, fuera todo tomaba un carácter de violencia inaudita. Al retirarse los Borbones difundieron una declaracion del congreso de Viena, que era de gravedad suma. Por de pronto se puso en duda la autenticidad de declaracion semejante, y Napoleon favoreció la tal duda, por serle conveniente, si bien así en las resoluciones como en el tono no pudo ménos de reconocer el furor de sus enemigos, furor que se atrajo con el intolerable abuso de la violencia por espacio de quince años. Segun esta declaracion las potencias reunidas en Viena, considerando que, al violar el tratado de 11 de abril del año pasado, Napoleon Bonaparte habia destruido el único título legal sobre que descansaba su existencia, y atentado contra el general reposo, le ponian fuera de la ley de las naciones, lo cual le hacia pasible del tratamiento reservado á los viles criminales. Evidente era la conclusion de que cualquiera que se apoderase de su persona le debia fusilar inmediatamente, con la circunstancia de considerarse que prestaba un señalado servicio á Europa. No era digno de las costumbres del siglo este acto respecto de un grande hombre, que habia atormentado á Europa sin duda, pero cuyo poder habian adulado y explotado todos los principes vivos, y cuya ambicion acababan de igualar por entonces; solamente el orgullo, la codicia, el miedo podrian explicar, no excusar, un acto semejante.

Napoleon se reservaba dar publicidad dentro de pocos dias á este documento, cuando tratara de

rèvelar por completo la situacion de las cosas á Francia. Por de pronto cotejando la declaracion de 13 de marzo con otras manifestaciones, claramente notaba la realizacion de cuanto habia previsto, y una razon para apercibirse á una formidable lucha sin pérdida de un solo instante. Además no le pudieron dejar ningun género de duda las nuevas manifestaciones, consecuencia legitima de la declaracion de 13 de marzo. Apenas monsieur Caulaincourt puso los pies en el local de su ministerio, las legaciones extranjeras se presentaron en demanda de sus pasaportes. Respecto de algunas, como las de Inglaterra y Prusia, cuyos gefes estaban ausentes, la demanda fué hecha por los secretarios; respecto de los otros, como los de Austria, Prusia, Suecia, Dinamarca, Cerdeña, Holanda, etc., los gefes la hicieron en persona, y á pesar de los esfuerzos de Mr. de Caulaincourt para detenerlos en sus puestos, á una persistieron en la voluntad de partir inmediatamente. De resultas Mr. de Caulaincourt tuvo una entrevista con Mr. de Vincent, embajador de Austria, por todos los medios trató de persuadirle de que Francia queria la paz á toda costa y que hasta pensaba en guardar al tratado de París una fidelidad inalterable; pero no logró más que hacerse oír á duras penas, y ni obtuvo que se encargara de ser portador de cartas de Napoleon para su esposa Maria Luisa y su suegro el emperador Francisco. Sin embargo, deseando Mr. de Vincent salir de París sin demora, al fin se avino á que su secretario, que debia partir un dia más tarde, se llevase las dos cartas. Uno de los cálculos de Napoleon era la humildad por entonces: no querien-

do Mr. de Caulaincourt llevar este cálculo demasiado lejos á pesar de todo, se satisfizo con hacer constar plenamente las disposiciones pacíficas de su soberano, y no opuso ningun obstáculo á la partida de los representantes de las diversas potencias, á quienes envió sus pasaportes el mismo día en que hicieron presente la demanda.

Al dejarlos partir de esta suerte se aprovechó de la autorizacion dada por Mr. de Vincer para confiar al secretario de la legacion austriaca una carta dirigida á María Luisa, y otra destinada al emperador su padre. Muy ligada la reina Hortensia con la legacion rusa, desde que Alejandro se constituyó en su protector á las claras, largamente escribió á este soberano para expresarle las nuevas disposiciones de Napoleon bajo el doble aspecto de la política interior y exterior de Francia. Esta carta enviola á Mr. de Boutiakín, secretario de la legacion rusa, y uno de los extrangeros á quienes su buena gracia habia hecho completamente benévolos respecto de su persona, ya que no respecto de su causa. Del mismo conducto valiósse para revelar al emperador Alejandro el tratado secreto concluido el 3 de enero entre Luis XVIII, Inglaterra y Austria contra Prusia y Rusia. A todo esto se añadió la remision de algunos papeles dejados en París por Mr. de Blacas, y adecuados para dar á conocer al emperador Alejandro los sentimientos, que respecto de su persona animaban á sus aliados. Hasta de la partida de un mayordomo de su hermano con direccion á Viena se aprovechó la reina Hortensia para escribir á diferentes personas, particularmente á María Luisa, y pintarles con los más vivos colores el triunfal resta-

blecimiento de Napoleon sobre el trono imperial, el entusiasmo que le manifestaban las poblaciones todas, á la par que sentian invencible desvío respecto de los Borbones, y por consiguiente la necesidad para Europa, si queria evitar una sangrienta lucha, de aceptar este hecho ya consumado, y que no alteraria la paz, ni la reparticion que se habia llevado á cabo en Viena de casi todos los paises del globo.

Aunque sobremanera amenazante, hasta cierto punto se explicaba sin duda la partida de las legaciones, pues como acreditadas cerca de Luis XVIII, para continuar al lado de Napoleon se hallaban sin poderes. Mas no impidiéndolas nada esperar nuevas órdenes sin moverse de sus puestos, la prisa de partir no se podia asemejar á otra cosa que á una declaracion de guerra, é importaba no precaver una declaracion semejante, para que toda la sinrazon se encontrara de parte del congreso de Viena, que no era popular en Francia ni en Europa. Solo habia una manera decorosa y no irritante de responder al paso dado por las legaciones extranjeras, y consistia en llamar á las nacionales, á causa de la imposibilidad de mantenerlas sin desdoro en las córtes de los príncipes que así acababan de romper sus relaciones con los franceses, cuyas legaciones en su mayoría estaban compuestas de antiguos emigrados, irreconciliables enemigos del imperio. Mr. de Caulaincourt despachó una circular á los miembros de estas diversas legaciones declarando la expiracion de sus poderes, y su consiguiente regreso al territorio nacional sin demora. Entretanto debian aprovechar la oportunidad de afirmar que respecto de

ninguna potencia tomaria Francia la iniciativa de las hostilidades, y antes bien se atendria á la estricta observancia de los tratados vigentes.

Imposible era obrar de otra suerte en la actual situacion de las cosas. No obstante algunas diferencias de conducta habia que observar con las diversas córtes, y hasta distintos medios indirectos que usar respecto de algunas, por insignificante ó infructuoso que viniera á ser el resultado. Por ejemplo, la córte de Viena, además de ser residencia actual del congreso, para Napoleon tenia la circunstancia del parentesco, á causa de su segundo matrimonio, y no era difícil abrirse allí acceso. Se sabia que Austria estaba disgustadísima de Rusia y de Prusia; que habia estado á pique de venir á las manos con la una y la otra, y que más de una vez habia sentido su cooperacion á agrandar el poder de Rusia en tanto grado. La perspectiva de tener en París un yerno enmendado por la desgracia, contenido por nuevas instituciones y de ver reinar allí al hijo de una archiduquesa, y por ella educado con espíritu pacífico del todo, de indole propia era á dar margen á juiciosas reflexiones, y á inducir poco á poco á Austria á otros sentimientos que los que habian dictado la declaracion del 13 de marzo. Mr. de Talleyrand era hombre que podia mucho bajo tal aspecto; si se lograba acaso ganar á este personaje, tambien cabia en lo posible ganar á la misma corte de Viena. Entonces no sabia Napoleon hasta qué punto se habia empeñado Mr. de Talleyrand en la causa de la legitimidad, y sobre todo, y de resultas de los celos que le inspiraba Mr. de Metternich, hasta qué punto se habia enagenado el

afecto de la corte de Viena. Así y todo la conquista de Mr. de Talleyrand fuera de inestimable precio, y por esta razón se ideó al punto enviarle un singular personaje, hombre de mundo muy conocido en los salones, á la par que desconocido en la política del todo, á menudo empleado en ciertas negociaciones ocultas, dotado de raro talento y de grande audacia, ofreciendo el contraste, que se halla á veces, de un buen sentido superior y de una conducta desordenada, y ejerciendo sobre Mr. de Talleyrand el ascendiente de un familiar iniciado en todos los secretos de su vida. Mr. de Mortron era este personaje, y si alguno habia que pudiese penetrar en Viena y hacerse oír de Mr. de Talleyrand, y arrebatár á María Luisa y á su hijo, él era sin duda, por su buena maña, por sus numerosas relaciones y por su temeridad imponderable. Privado de su libertad por Napoleon y encerrado en el castillo de Ham á causa del lenguaje de que usaba contra el imperio, de allí logró evadirse con fortuna, y volvió á Francia al mismo tiempo que los Borbonee, y ahora por afición á las aventuras se hallaba dispuesto á intentarlo todo hasta en provecho de su perseguidor antiguo. Al duque de Otranto, maestro consumado en medios ocultos, le ocurrió valerse de este personaje, y reducido Napoleon á expedientes, se avino al plan del ministro de la Policía. Se encargó á este singular enviado de cartas de Mr. de Caulaincourt para Mr. Meneval, todavía al lado de María Luisa por entonces, y para otros sugetos influyentes. Se le autorizó para tratar con Mr. de Talleyrand, de Dalberg y cuantos desearan la paz bajo toda clase de condi-

ciones, y por si lograba llegar á presencia de María Luisa y la hallaba dispuesta á la fuga, tambien se le autorizó para facilitársela de contado, y créditos extraordinarios se le abrieron con el fin de que no faltasen recursos pecuniarios á la inagotable fecundidad de su talento. Por vias tan oscuras se veia reducido á pasar Napoleon para penetrar en el seno de los gabinetes, á los cuales habia dominado y humillado tan largo tiempo. Mr. de Mortrond salió de París á la par que los correos de embajada portadores de la circular concerniente á la retirada de las legaciones francesas; y previendo que todas las fronteras hallaria cerradas, se hizo dar pasaporte como en calidad de abate agregado á la diplomacia romana, y de esta suerte consiguió engañar á las policias europeas, y ganar el camino de Viena, que no se podian abrir los correos de Francia.

Independientemente de esta mision secreta, al llamar á los agentes diplomáticos se hicieron algunas excepciones exigidas por la política y autorizadas por la conveniencia. A Mr. Serurier, ministro de Francia en los Estados Unidos, se le dejó en su puesto, asi por la América, siempre favorable al imperio, como por Mr. Serurier, que se habia portado con gran cordura. Ordenes se enviaron para mantenerse quietos á los secretarios de legacion que se hallaban en Suiza, en Roma y en Constantinopla, y hasta se les dió el título de encargados de negocios. Ahora que Suiza estaba constituida se mostraba celosa de su neutralidad, y como de conservarla, una parte importante de la frontera francesa quedaba á cubierto, bien merecia que se hicieran esfuerzos á fin de

no crearla compromisos. Al mismo tiempo se sabia el disgusto de la córte de Roma con los Borbones, de resultas de su obstinacion en revocar el concordato, y con absoluto abandono de toda idea de esta clase, se hizo que se le ofreciera la garantía de su antiguo territorio, sin excluir las Legaciones. Respecto de la Puerta Otomana, se detuvo en Tolon á Mr. Riviere, nombrado por Luis XVIII embajador en Constantinopla, y el antiguo encargado de negocios Mr. Ruffin tuvo orden de halagar todas las inclinaciones del sultan Mahmud sin ninguna reserva. Bien podia acontecer que la milagrosa vuelta de Napoleon hubiese herido vivamente la imaginacion sensible y supersticiosa de los turcos, atrayéndoles á la causa imperial de nuevo. Finalmente, aun llamando á Mr. de Leval de la córte española, como se conocian las diferencias suscitadas entre las dos ramas de los Borbones, con motivo de haber sido preso en territorio francés el general Mina, se despachó un oficial para tratar la cuestion del cange de prisioneros, no resuelta hasta entonces, y hasta se le autorizó para no atenerse al objeto aparente de su encargo. Por más que fuese general la coalicion contra el imperio, de algo valia tener por amigas ó por neutrales á América, á Suiza, á la Santa Sede, á Turquía y á España.

Napoleon prestábase á tales expedientes, para estar seguro en su interior de no haber omitido ningun medio, y para patentizar á Francia que al deseo de mantener la paz habia sacrificado todo el orgullo de su persona. Pero no contaba más que con su espada para vencer la mala voluntad de las potencias. Asi aprovechóse de la sumision de las

provincias del Norte y del Este, para fijar al punto el plan de sus aprestos militares. Llegado el 20 de marzo por la noche, á la mañana siguiente invitó al mariscal Davout á ir á su ministerio, le designó los oficiales más idóneos para entender en la administracion de tan vasto ramo, y aun para darles las órdenes primeras, los mandó que se presentaran en las Tullerías. Sabiendo por experiencia que la formacion de los cuerpos de ejército apremiaba más que el completar el cupo de los regimientos, porque una vez formados los cuerpos, todo afluía allí muy pronto, así los hombres como las cosas, desde luego comenzó por formarlos todos, y por destinar un estado mayor completo á cada uno.

Con las tropas que se hallaban acantonadas en el departamento del Norte formó el primer cuerpo, y le señaló el conde de Erlon por gefe, y la ciudad de Lila por lugar de residencia. Las tropas salidas de París con el general Reille debian formar el segundo cuerpo, teniendo por punto de reunion á Valenciennes, y necesitándose que fuera numeroso, por la circunstancia de tenerse que empeñar antes que otro alguno en medio de las masas enemigas. Aun cuando formaba el proyecto de operar por Maubeuge, Napoleon situó al segundo cuerpo en Valenciennes, algo más á la izquierda, para ocultar mejor sus designios (1).

Confiado al general Vandamme y acantonado en las cercanías de Mezières, se compuso el tercer

(1) Las cartas de Napoleon de los días 25, 26, 27 y 28 de marzo, dan testimonio de que ya por entonces tenia formado mentalmente su plan de campaña.

cuerpo de las tropas diseminadas en las Ardenas y la Champaña. A las órdenes del general Gerard y establecido en torno de Metz, se formó el cuarto cuerpo con las tropas de la Lorena. Destinado al general Rapp el quinto cuerpo, como centro de formación tuvo á Estrasburgo, y por elementos á los regimientos de la Alsacia.

Estos cuerpos de tropas tenían la ventaja de cubrir cada una de las fronteras francesas, y de prestarse por su situación respectiva á una concentración de fuerzas, que Napoleon pensaba hacer rápida é imprevista del todo, por medio de profundas combinaciones, que se darán á conocer en lugar oportuno. Punto de esta concentración debía ser Maubeuge, y ya lo tenía deliberado en la mente, no solo para operar el repliegue de las alas sobre el centro, sino también el de la cola sobre la cabeza. Por este motivo resolvió formar un sexto cuerpo con las tropas, que tendría en París necesariamente, y que por Soissons, Laon y La Fère se hallarian en Maubeuge muy pronto. Al general conde de Lobau, gefe de la primera división militar, fió este sexto cuerpo de tropas. Ya hemos dicho que Napoleon abrazó el partido de hacer que por París y bajo la mano del conde de Lobau pasaran casi todos los regimientos, con el fin de restablecer la disciplina. Por esta razón en la capital habria muchas tropas, y fácil era la formación de un cuerpo numeroso y fuertemente constituido, que marchando de París á la par que partiera de Lila el primero y de Metz el cuarto, con el segundo y el tercero llegara á formar una masa compacta en Maubeuge. Con tan superior arte hacia Napoleon concurrir á un mismo objeto las diver-

sas combinaciones exigidas por las circunstancias. Al sexto cuerpo añadió Napoleon la guardia imperial, que se proponia reorganizar en vastísima escala. Sobre el pie de cuatro regimientos de á cuatro batallones restableció la vieja guardia, con inclusion de granaderos y cazadores, y la jóven sobre el pie de doce regimientos de á dos batallones, agregando una fuerte caballería y la antigua reserva de artillería, que se habia señalado en todas las batallas del siglo. Napoleon calculaba que con el sexto cuerpo y la guardia juntaria una reserva de cincuenta mil hombres, que, unida á los cuatro cuerpos acantonados entre Lila y Metz, le permitiria tomar la ofensiva á la cabeza de ciento cincuenta mil combatientes, ya más ó ya ménos, segun el tiempo que se le dejara para aprestarse á la acometida, y como no indicaba el proyecto de tomar la ofensiva de ningun modo, y ménos por Maubeuge, su plan podria estar bastante preparado con tenerle bastante secreto.

Fuera de estas combinaciones se hallaba el quinto cuerpo situado en Alsacia, y debia cubrir el alto Rhin y formar al mismo tiempo un segundo punto de concentracion de fuerzas, si lo recio de la campaña venia á ser por este lado. Se habia de enlazar con las tropas, destinadas por Napoleon á guardar los Alpes, á fin de obrar contra Suiza, si no hacia que su neutralidad fuese respetada, ó contra Italia, si como era de temer aparecia Murat demasiado débil para ocupar á los austriacos por sí solo. Establecido este cuerpo fuera de las combinaciones del Norte, se hallaba necesitado de un gefe que perteneciera al número de los hombres aptos para obrar por inspiracion pro-

pia, y que no han menester ser llevados como de la mano. Napoleon eligió al mariscal Suchet de resultas. Para más tarde se propuso formar un sétimo cuerpo de tropas, que tuviera los Alpes Marítimos bajo su vigilancia, y por fin, un octavo cuerpo que, ya que no se necesitara contra los españoles, á la sazón poco peligrosos, cuando ménos sirviera para contener al Mediodía de Francia, cuyas disposiciones continuaban siendo sospechosas hasta lo sumo. Para el mando de este octavo cuerpo destinaba al general Clausel, destinado ahora á reducir á la obediencia á Burdeos.

Prescribiendo al punto la composición de estos cuerpos de tropas, á los cuales dió el nombre de *cuerpos de observacion*, para despojar de todo carácter de provocacion á sus actos, se podia Napoleon aplicar á organizarlos durante no menos de tres meses. Perfectamente elegidos bajo todos los aspectos políticos y militares, los generales conde de Erlon, Reille, Vandamme, Gerard, Rapp, Suchet, puestos á su cabeza, se hallaron con órdenes para trasladarse sin demora á los respectivos lugares, y reunir sus tropas fuera de las plazas. Con este designio, al dirigirse á su respectivo cuerpo de tropas, cada regimiento debia hacer que ingresaran todos sus hombres disponibles en sus dos primeros batallones, y dejar el cuadro del tercero para que hiciera veces de depósito dentro de las plazas ya dichas. Como habia un gran número de oficiales á medio sueldo, Napoleon decretó, que á cada regimiento se aumentaran tres batallones sin tardanza. Cuando los hombres llamados por los medios, de que se hará mención de seguida, ya hubieran efectuado en el depósito su

ingreso, se debía llenar el tercer batallón en cuadro, que pasaria á ser batallón de guerra á su turno, y se iria á incorporar á su regimiento en el cuerpo de tropas. Igualmente procederian los batallones cuarto y quinto, á medida que llegaran al depósito los soldados.

Acordada esta organizacion sencilla, aun faltaba proporcionarse los medios de reclutar gente. Para hallarlos se valió Napoleon del modo que se va á explicar de seguida.

Sobre las armas habia el 20 de marzo de 1815 hasta ciento y ochenta mil hombres; cincuenta mil gozaban de licencia semestral en sus casas, y al primer llamamiento harian que el efectivo total ascendiese á doscientos treinta mil hombres. Pocos eran sin duda, y con todo no se habia llegado á este guarismo sino de resultas del armamento pedido por Mr. de Talleyrand á Luis XVIII. Por fortuna poseia Francia en soldados vueltos á su patria y dejados en sus hogares un considerable número de hombres. Si se hace memoria de lo que ya dejamos dicho acerca de la organizacion del ejército bajo los Borbones, se comprenderá perfectamente lo que vamos á exponer ahora.

En el momento de la abdicacion de Napoleon habia en Francia y en Europa el número siguiente de soldados franceses de todas armas, unos reunidos en cuerpos de tropas, otros de guarnicion en plazas lejanas, ó prisioneros de los enemigos. Durante la campaña de 1814 tuvo Napoleon sesenta y cinco mil hombres bajo su mando directo, quince mil el general Maison, treinta y seis mil el mariscal Soult, cuatro mil el general Decaen, doce mil el mariscal Suchet, veinte y ocho mil el

mariscal Augereau; total ciento sesenta mil combatientes de ejército activo. Noventa y cinco mil soldados contenian las plazas interiores, de suerte que el efectivo real de tropas ascendía como á doscientos cincuenta mil hombres sobre el territorio de Francia. Veinte y cuatro mil habian quedado en las guarniciones de Cataluña, treinta mil en las del Piamonte é Italia, más de treinta mil defendian el Adige á las órdenes del príncipe Eugenio, y por el general Grenier fueron traídas más acá de los Alpes. Dentro de Magdeburgo, de Hamburgo y de las diversas plazas de Alemania habia sesenta mil hombres, y cuarenta mil dentro de las plazas cedidas en virtud de la convencion de 23 de abril, tales como Amberes, Wesel, Maguncia, etc., los cuales entre las guarniciones de España, de Italia, de Alemania y de Bélgica formaban un total de ciento ochenta y seis mil hombres. Además se debian recuperar ciento treinta mil prisioneros de Rusia, de Alemania, de Inglaterra, aunque su número fuese mucho mayor á todas luces. Si en lo interior se hallaran todos estos soldados, Francia poseyera un formidable armamento, pues, aun prescindiendo de cuarenta mil hombres de la gendarmería, los veteranos, y los estados mayores, que siempre hay que incluir en las cuentas francesas, de fijo tendría de seiscientos á seiscientos diez mil soldados, los mas aguerridos, y la mitad por lo ménos en todas las campañas. A ser posible que Napoleon juntara el año de 1815 todo este personal en rededor suyo, indudablemente fuera invencible á la par que Francia. Mas véase lo que despues de la paz vino á ser de estas masas de hombres.

Segun se ha visto, inmediatamente despues de la abdicacion de Fontainebleau se propagó la desercion entre los soldados. Unos por cierta especie de patriótico despecho, otros por aversion al servicio, de que no habian conocido más que los horrores, se apresuraron á abandonar la bandera, en cuya defensa no ponia la autoridad militar un interés muy grande. Se calcula que por aquella época ascendieron á ciento setenta ó ciento ochenta millos desertores, entre las tropas estacionadas sobre el territorio y las que volvian de fuera. Cuatrocientos veinte mil soldados quedaban aun en las filas; pero ya se ha visto que el presupuesto de la restauracion apenas permitia mantener la tercera parte, y así tuvo que desembarazarse de los demás por diversos medios. Se despidió á veinte y cinco mil hombres, que vinieron á ser extranjeros, de resultas de las cesiones de territorio. A cuarenta y seis mil pertenecientes á la conscripcion de 1815 se envió á sus casas; y por último se dió licencia absoluta á ciento y quince mil individuos de todas edades, por haber pagado suficientemente su deuda á la patria, ó por haber contraido enfermedades más ó menos graves en servicio del Estado. De consiguiente, el efectivo quedó reducido á doscientos treinta mil hombres, y como débil y todo no habia con qué atender á su pago, el ministro de la Guerra dió á cincuenta mil una licencia temporal de seis meses, y de este modo no vino á pasar de ciento ochenta mil el número de soldados que se hallaban realmente sobre las armas.

Tal era el estado exacto de las fuerzas francesas el dia 20 de marzo de 1815; en las filas ciento

ochenta mil hombres, y cincuenta mil con licencia temporal en sus casas, y que habia facultad de reunir al punto, mediante una órden expedida por el ministerio de la Guerra. Por consiguiente, la primera providencia se debia reducir á llamar á estos cincuenta mil hombres; pero, aun llamándolos y haciendo que de este modo ascendiese á doscientos treinta mil el efectivo, no era posible formar por tal medio único los tres primeros batallones de guerra de á quinientos hombres, y aun ménos dar principio á la composicion de los cuartos y quintos batallones. Forzosamente habia que apelar á otros recursos. Sin despertar al punto los más tristes recuerdos, no se podia echar mano de la conscripcion, tras de hacerla Napoleon muy odiosa, y tras de abandonarla imprudentemente los Borbones. Sin embargo quedaba el arbitrio de recurrir al inmenso personal vuelto á Francia y dispersado sobre toda la extension del territorio. Asi por los sentimientos como por la experiencia de la guerra, como la mejor parte de este personal figuraban los prisioneros llegados de los diferentes paises de Europa. Sin embargo, muchos de los vueltos recientemente se hallaban en las filas, puesto que, para dejarles plaza, se despidió á los otros. A los ciento quince mil enviados definitivamente á sus hogares no se podia apelar de ninguna manera, porque se hallaban en posesion de su licencia absoluta, ni á los despedidos á título de extrangeros, porque se encontraban fuera del territorio. No habia más arbitrio que el de echar mano de la masa de desertores, y de los conscritos de 1813 por último recurso. A los que habian desertado se les consideró como en el goce de licen-

cia temporal y sin paga, para no tener que imponerles castigos. Se les podía llamar de consiguiente, y de ciento sesenta mil, que continuaban súbditos de Francia, se esperaba recuperar la mitad por lo menos, con lo que el efectivo total subiría de doscientos treinta á más de trescientos mil hombres. Pero, no siendo aun este número suficiente, á la conscripcion de 1815 habia que recurrir por fuerza. Sacada fué esta conscripcion el año de 1814 por decreto, no abolido á consecuencia de ningun acto; y así autorizacion habia para considerarlo vigente y ponerlo en planta, sin más que una decision del Consejo de Estado, muy fácil de obtener sin duda, de cuyo modo, sin decretar una conscripcion nueva, se tendria un plantel de reclutamiento muy abundante. Esta clase no distaba mucho de ciento cuarenta y seis mil hombres, los cuales fueron despedidos por real decreto á sus casas. Contando con la premura del tiempo y con la mala voluntad de algunas provincias, el total de la clase no produciria ménos de cien mil soldados, y así ascenderia á cuatrocientos mil el ejército de línea muy luego, con la circunstancia de haber hecho los más la guerra, ó de haber figurado á lo ménos durante algun tiempo sobre las armas, lo cual daba más valor á la fuerza numérica de este efectivo.

Para que semejante ejército fuera bastante y á la coalicion pudiera hacer frente, se requeria que todo se transformase en activo y que no tuviese que guardar plazas. Un medio habia de lograr este resultado, y Napoleon vislumbrólo de seguida; se fundaba en un llamamiento á las guardias nacionales, combinado de modo que solo se tomara la

parte útil para el servicio de las armas, ni tampoco más que en las provincias animadas de muy ardiente patriotismo. Ya desde esta época existía en las leyes francesas una disposición que autorizaba elección semejante. Al formar separadamente las compañías de preferencia, bajo la denominación de granaderos y cazadores, método tomado de los regimientos de infantería, las autoridades locales encargadas del alistamiento tenían el medio de no introducir en dichas compañías más que á jóvenes robustos y con aficiones militares, á veces de los ya licenciados, solteros y no necesarios á sus familias. Ya en 1844 se había obrado de este modo, y en Fère Champenoise se vió el ejemplo de lo que podían guardias nacionales así elegidos. Por consiguiente, bastaba con desarrollar la institución de las compañías de preferencia, para proporcionarse un suplemento precioso de ejército activo, y singularmente debía facilitar esta operación la presencia en las poblaciones rurales de gran número de soldados cumplidos, y de mucho mayor número de pequeños adquiridores de bienes nacionales. Con comisiones de alistamiento bien organizadas en cada distrito, y tomando á los antiguos militares y á los ciudadanos, que se distinguían por la vivacidad de sus sentimientos, fácil era formar batallones de á quinientos ó seiscientos hombres, y aptos para un buen servicio. La considerable cantidad de oficiales á medio sueldo, sobre la facilidad de alistar estos batallones, añadía la de hacerlos ingresar en excelentes cuadros. Napoleón había calculado que, levantando de esta suerte la trigésima parte de la población francesa, muy cerca juntaría de un millón de hom-

bres, y limitando este llamamiento á las provincias fronterizas, exasperadas de resultas de la última invasion hasta el extremo, y próximas á las plazas fuertes que debian ser custodiadas, cómodamente se reunirian cuatrocientos batallones, que, aun no constando más que de quinientos hombres cada uno, desde luego proporcionarian doscientos mil soldados. No seria difícil persuadir á la defensa de Thionville, de Nancy, de Metz á los loreneses, á la de Estrasburgo á los alsacianos, á la de Besanzon á los del Franco Condado, á la de Grenoble, Embrun, Brienzon á los del finesses. Limitándose por de pronto á las Ardenas, á la Champaña, á la Borgoña, á la Lorena, al Franco Condado, á la Alsacia, al Lionés, al Delfinado, á la Auvernia, por segura se podia tener la reunion de doscientos mil hombres de compañías de preferencia de guardias nacionales, con lo cual el ejército de línea quedaria totalmente disponible. Además de que los hombres metidos en las plazas formarían allí excelentes guarniciones, á lo menos los que se hallasen mejor organizados podrían componer divisiones de reserva, capaces de auxiliar útilmente al ejército activo, y hasta de marchar en sus filas. De esta suerte compensaría lo que dejara en los depósitos de sus fuerzas, y volvería á tener el efectivo de cuatrocientos mil hombres, que en manos de Napoleon bastarian para anadar á la coalicion del todo, siempre que tuviese tiempo de llevar á cabo estas diversas creaciones. Por consiguiente, Francia se hallaba en aptitud de oponer seiscientos mil hombres á Europa, cuatrocientos mil de tropas activas, y doscientos mil en las guarniciones de las plazas. Para

una campaña habia muy bastante, aun cuando fuese algo sangrienta, y si resultase venturosa, probablemente la coalicion no acometeria la segunda. Bajo este aspecto cabia en lo posible hasta llegar á una paz moderada, más ventajosa que la de París con mucho, á tal de no mostrarse muy exigente.

Tales fueron los principios sobre los cuales fundó Napoleon su plan de resistencia nacional contra el extrangero. De mucho más fácil realizacion que en circunstancias ordinarias lo hacian la presencia de una gran porcion de soldados cumplidos, el espíritu de las poblaciones rurales irritadas contra los eclesiásticos y los nobles, y la existencia de un gran número de oficiales á medio sueldo.

Con el órden oportuno prescribió Napoleon estas diversas disposiciones, porque su experiencia administrativa le enseñaba cómo y cuándo convenia ejecutar cada cosa. Si hubiera tratado de que á la par se pusieran todas en planta, aunque habia muy poderosas razones para darse prisa, sin duda resultara mucha confusion y además una excitacion en los ánimos de mayor empuje que la que deseaba aun por entonces. Nada queria tener oculto; pero tampoco que el dia siguiente de su vuelta fuese la señal de una especie de levantamiento en masa, pues de fijo no se atribuyera á la necesidad imprescindible, sino á sus aficiones de siempre, este llamamiento á la adhesion del pais todo.

Asi es que resolvió dar principio á sus operaciones por mandar que se presentasen en las filas todos los soldados que gozaban licencia semestral en sus casas. A los pocos dias un decreto debia pres-

cribir que volviesen á su bandera los que sin licencia la habian abandonado, y despues el Consejo de Estado resolveria la cuestion de si el decreto por el cual se sacó la conscripcion de 1815 se debia considerar aun vigente. Si al mismo tiempo se tratara de ejecutar las tres operaciones, no hubieran bastado las autoridades locales y la gendarmeria, y con algunos de intervalo entre cada una tampoco estarian de sobra. Por lo demás, asi los que gozaban de licencia temporal en sus casas, como los que habian desertado de sus filas, más ó menos ya se hallaban habituados al oficio de las armas, y con tal de que estuviesen uniformados y armados el dia de su llegada al respectivo cuerpo de tropas, ya podian figurar en los batallones de guerra.

Proponiéndose Napoleon reorganizar la guardia imperial hizo que fueran á Paris sus cuadros, y á fin de excitar en los antiguos militares el deseo de volver al servicio, á la par dispuso que todos los hombres válidos que ya hubieran servido y desearan pertenecer á la guardia, desde luego tendrian ingreso en los doce regimientos que iban á ser creados. Doce ó quince mil hombres calculaba atraer por este medio.

Con el designio de no tener empleado ningun cuerpo de tropas en ocupaciones secundarias, al punto mandó Napoleon que pasaran á Córcega todas las naves que en Tolon hubiera disponibles, para traer los tres regimientos, que se hallaban en aquella isla. De la circunstancia de respetar á los ingleses la bandera blanca, se aprovechó Napoleon para dejarla en los buques de la marina del Estado, si bien haciendo que llevaran la escarapela tricolor las tripulaciones. Merced á tal estratage-

ma, con estos tres regimientos adquiria los elementos para formar una division excelente para el séptimo cuerpo de tropas, que todavía estaba en proyecto por falta de recursos.

Tras de atender á la infantería de este modo, se ocupó en la caballería, que necesariamente habia de resultar soberbia, con tal que no faltasen caballos. Efectivamente, consistiendo los principales recursos del reclutamiento en hombres, que ya habian figurado en las filas, posible era no admitir más que soldados ya hechos para jinetes, circunstancia de mayor importancia para el arma de caballería que para la de infantería. De los ciento ochenta mil hombres que formaban el efectivo del ejército con fecha 20 de marzo, no pasaban de veinte mil jinetes. A cuarenta mil los queria elevar Napoleon sin demora, y á diez mil más tan luego como le fuera posible. Ajustes habia hecho la administracion real para adquirir cuatro mil caballos. Tras de ordenar la inmediata ejecucion de estos contratos, se apresuró á restablecer el gran depósito de Versalles, que bajo la direccion del general Bourtier le habia sido el año anterior de utilidad suma. A este general previno que sin tardanza fuera á Versalles, y se apoderara de todos los locales antes ocupados, con el fin de juntar allí caballos y equipos. Además le abrió un crédito de muchos millones. para pagar al contado los caballos que se le presentasen á la venta.

Sin más que enviar sus hombres á pié á Versalles los regimientos de caballería, seguros estaban de encontrar allí cuanto les hiciese falta, y como entre Lila y París se iba á organizar el ejército activo, no tenian mucho que andar para ad-

quirir equipos y caballos. Dos ó tres mil de estos y amaestrados del todo pensaba sacar Napoleon de la casa militar licenciada recientemente: además propontase tomar algunos miles de la gendarmeria, reembolsando inmediatamente su valor á los gendarmes. Finalmente de París hizo marchar á oficiales de caballeria que, recorriendo los campos con dinero, segun su cálculo traerian de diez á quince mil caballos. Por la experiencia, que acababa de adquirir durante su marcha desde el golfo Juan hasta Grenoble, no dudaba que se juntarian solo con llevar dinero á mano. Su máxima era que en momentos de apuro, todo se supera con diversidad de medios, porque si uno sale fallido, otro al fin proporciona los objetos de que hay necesidad apremiante.

Siendo la artilleria el arma que más tiempo exige para ser puesta en campaña, aun cuando el material se halle de sobra, al instante dispuso que se sacara de los arsenales y se dirigiera á cada cuerpo de tropas. Aun quedaba no escaso número de caballos de tiro, resto del antiguo estado militar, y depositados en manos de paisanos. Napoleon ordenó que se recobrarán al punto, y que además se compraran los necesarios para una artilleria poderosa. Por último decretó la formacion en Vincennes de un parque de ciento y cincuenta bocas de fuego para reconstituir la antigua reserva de la guardia.

Despues de ocuparse en la composicion del ejército, su atencion dedicó Napoleon á las obras de fortificacion de contado. Avalorando por la fatal jornada del 30 de marzo de 1814 el papel que la capital estaba destinada á representar en la defensa

del imperio, al punto decidió rodear á París de obras tan sólidas como se pudieran construir en el término de tres meses, y coronarlas con una artillería formidable. Aleccionado asimismo por la experiencia en punto á la importancia que en caso de invasión habia que dar á las plazas de la Fére, Soissons, Chateau Thierry, Langres, Befort, de igual manera dispuso que se fortificaran en proporción de la premura del tiempo, y como habia otra porción de puntos que podian ser útiles por entonces, á una comisión de generales encargó que hiciese un rápido estudio de todas las fronteras de Francia, con designación así de las ciudades como de los pasos de montañas y de bosques susceptibles de resistencia. Respecto de las grandes plazas, de muy atrás consideradas como baluarte del territorio, sus órdenes fueron que se repararan y abastecieran de modo de quedar en completo estado de defensa.

Al presente no podia ser de ninguna utilidad la marina, puesto que, aun alcanzando una victoria naval, no quedaria París á cubierto. Con su fecundidad mental de costumbre, Napoleon ideó el modo de hacer que la marina cooperase á la protección del territorio, lo cual produciria la doble ventaja de dar pan á los marineros privados de trabajo por consecuencia de la clausura de los mares, y de utilizar los robustos brazos de sesenta mil hombres tan laboriosos como valientes. Así decidió que á las órdenes de oficiales de mar se les formara en veinte regimientos; que una parte se dejara en el litoral para atender á la defensa de los puertos y de las costas, y que treinta mil de ellos se establecieran en las cercanías de la capital para contribuir á su defensa.

Además tenía el proyecto de distribuir sobre las obras de París á algunos artilleros de marina, para que sirvieran doscientas ó trescientas bocas de fuego de grueso calibre, que debían ser llevadas de Brest, de Cherburgo, de Dunkerque y de todos los puntos de las costas.

Aún faltaba proveer de vestuario y de armas á los soldados numerosos llamados á las filas. A causa de la premura del tiempo ofrecía dificultad suma lo del vestuario, si bien con dinero sin duda se disminuiría mucho. Napoleon mandó que se le presentaran los proveedores ó asentistas habituales del Estado, é hizo que se les pagara en efectivo la deuda de 46.000,000 de francos aun pendiente, porque la Restauracion no la habia satisfecho. A este precio se iban á cubrir París y las principales ciudades de talleres extraordinarios, y mediante la vigilancia más asidua se abrigaba la esperanza de satisfacer las principales necesidades. Para cada soldado no pedia Napoleon mas que un capote, un pantalon y una levita, y respecto de la guardia nacional con una blusa uniforme discurrió que tenia bastante para el servicio dentro de las plazas.

Más difícil era todavía el armamento. Napoleon hacia memoria de que faltaron fusiles en la última campaña, y que por este motivo á la defensa de la capital no pudieron concurrir veinte mil hombres de los arrabales. Segun se ha dicho su pensamiento se cifraba en elevar el ejército á trescientos diez mil hombres, llamando á los que gozaban de licencia temporal de seis meses y á los desertores, y hasta cuatrocientos mil con los conscritos de 1845, tambien á la sazón en sus casas. Finalmente, con doscientos mil hombres de las

guardias nacionales calculaba que los defensores del país ascenderían á seiscientos mil soldados y á seiscientos sesenta mil con la inclusión de los marinos.

De consiguiente le hacían falta lo menos seiscientos mil fusiles para principios de junio, época en la que según sus cálculos comenzarían las hostilidades, doscientos mil había cuando más al presente, ya en manos de los soldados, ya en depósitos diversos. Ciento cincuenta mil existían nuevos en los almacenes, gracias al duque de Berry que no había cesado de reclamar y de apresurar la fabricación de armas de fuego. Así doscientos cincuenta mil eran los que hacían falta. Gran número de fusiles habían traído los soldados vueltos del extranjero, que se podían habilitar mediante algunas recomposiciones; pero estos fusiles hallábanse esparcidos en todas las fronteras, y los más en parages, donde no había posibilidad de organizar talleres. Napoleón dispuso que se llevaran á París, donde ya había cuarenta mil para ser compuestos, si bien con la creación de nuevos talleres los medios de reparación y de fabricación iban á ser considerables. Todos los demás distribuyólos en las plazas fuertes, desde Grenoble hasta Estrasburgo y desde Estrasburgo hasta Lila. Doscientos mil calculaba tener recompuestos, y cincuenta mil fabricados á la vuelta de dos meses, con lo que llegaría al guarnición de seiscientos mil correspondientes al número de hombres llamados á las filas. Además proyectaba impulsar durante los seis últimos meses del año de 1815 hasta trescientos mil la fabricación de fusiles nuevos y más si cabía en lo posi-

ble, á fin de proveer al consumo y de estar en aptitud de armar nuevos brazos. Para llevar á cabo su designio prescribió la formacion de talleres extraordinarios en París y sus alrededores, poblándolos de ebanistas, de cerrajeros y hasta de relojeros, bajo la direccion de oficiales de artillería. Al contado hizo que á los fabricantes del Estado se les pagara la deuda de un millon y ochocientos mil francos, y además que se pusieran á su disposicion cuantos fondos les hicieran falta.

Sin saber para quien trabajaba de ningun modo, Mr. Louis, el hábil ministro de Hacienda de la primera Restauracion de los Borbones, habia allegado los medios rentísticos de que se iba á servir Napoleon para asegurar la defensa del territorio. Gracias á la paz y al mantenimiento valeroso de las contribuciones indirectas, Mr. Louis restableció la recaudacion de los impuestos ordinarios, é hizo afluir los rendimientos en el Tesoro. A mayor abundamiento con su escrupulosidad en reconocer las deudas del Estado, y con la combinacion feliz de los *reconocimientos de liquidacion*, se proporcionó las preciosas facilidades de la deuda flotante, que permiten echar mano anticipadamente de las rentas del año, y proporcionan de esta suerte al tesoro de un gran Estado la disponibilidad de todos recursos. Por consiguiente, al retirarse este hábil ministro dejó establecido de un modo regular y fácil la recaudacion de las contribuciones ordinarias, y además la posibilidad de contar anticipadamente con sus productos, mediante la creacion de cincuenta ó sesenta millones de francos en bonos del Tesoro. Con este recurso y con las contribuciones corrientes habia muy bas-

lante para los meses primeros, no siendo por entonces los gastos los que han venido á ser posteriormente. A la vuelta de tres meses debíase lograr la paz ó una batalla decisiva, y si Napoleón salía victorioso, no hallaría embarazo alguno para cubrir la porción del presupuesto ya gastada. Merced á tan rápida y feliz creación del crédito, á Mr. Louis debida del todo, Mrs. Mollien y de Gaeta hallaron todos los servicios al corriente, y latitudes para echar mano de cincuenta millones de francos sobre el total de los gastos ordinarios. No se necesitaba más en las manos creadoras y económicas de Napoleón para subvenir á los primeros armamentos, sin apelar á recursos extraordinarios y alarmanes (1).

(1) Nada más difícil en tiempos de revoluciones, que inducir á los gobiernos, que sucesivamente ejercen el mando, á ser justos unos respecto de otros, y de punto sube esta dificultad enorme de suyo, cuando se trata del ramo de hacienda. Frecuentemente la más negra calumnia es la única justicia que se puede esperar de ellos. En mi tiempo he visto ejemplares muy particulares: pero ninguno más extraordinario que el que presentan los años 1814 y 1815 por la prontitud de las represalias. Cuando el barón Louis sucedió á Mr. Mollien y Gaeta, de la hacienda imperial trazó un cuadro poco equitativo y presentó un balance del estado del Tesoro injustísimamente recargado. A los once meses se le debía hacer justicia de igual modo. Durante los Cien Días no se vivió más que con los recursos que había creado, sin que se quisiera reconocer esta verdad notoria. Generalmente Napoleón acreditó bastante imparcialidad en Santa Elena, y mayor la acreditara sin duda si su talento superior no se hallara dominado por la mala costumbre del tiempo. Hablando brevísimamente de la hacienda durante los Cien Días, de pasada dice que el conde de Mollien,

Gracias á este conjunto de medios, casi estaba seguro Napoleon de tener al cabo de pocos meses cuatrocientos mil hombres de tropas activas, doscientos mil de guarnicion dentro de las plazas, unos y otros provistos del material necesario, y de aproximarse más á estos guarismos en proporcion de lo que se dilatase la guerra. Para las grandes operaciones administrativas la prevision es la que asegura los resultados en el tiempo

á quien realmente colma de merecidísimos elogios, se valió de unos cuarenta millones de francos que el baron Louis empleaba en *agiotar sobre los reconocimientos de liquidacion*, y así pudo cubrir todas las necesidades extraordinarias del momento. Tal es la manera descomedida y calumniosa con que Napoleon habla de una de las más excelentes operaciones rentísticas del siglo. Estos cuarenta y más millones eran el recurso de la deuda flotante, que el baron Louis habia creado, y el supuesto agiotage de los reconocimientos de liquidacion no era más que un expediente transitorio, criticable sin duda en tiempos regulares, pero á los principios del restablecimiento del crédito de todo punto necesario. Al poner en circulacion los *reconocimientos de liquidacion*, que eran simplemente como los actuales bonos del Tesoro, desconocidos por entonces, el baron Louis creyó que debia sostenerlos esmeradamente, recogiénolos cuando propendian á la baja, y así consiguió acreditarlos y mantenerlos casi á la par de continuo. Tampoco la redencion de los bonos de amortizacion se podia calificar de agiotaje, y de ella hizo uso Napoleon más de una vez para sostener su precio, cuando vendia grandes porciones de bienes nacionales y de bienes de propios. Escasos *reconocimientos de liquidacion* redimió el baron Louis así que estuvieron acreditados, no haciendo en este punto más que lo indispensable. Hoy que siempre están á la par los bonos del Tesoro, gracias á la regularidad de la hacienda, no hay que apelar á tales recursos, si por circunstancias

á veces corto que se puede consagrar á darlas remate, porque la prevision abarca al mismo tiempo el conjunto y los pormenores, y ni olvida ni deja para despues cosa alguna. Cuando no se penetra todo al primer golpe de vista, ni se preven todos los detalles, dejando que el tiempo los revele sucesivamente, se corre el riesgo del retraso, pues no habiéndose emprendido las partes impre-

de gravedad bajaran de precio, se criticaria al ministro que, en lugar de promover la alza con el pago de los bonos vencidos, se aplicase á rescatarlos en la plaza, cuando circularan á ínfimos valores. Se le miraria como á un comerciante que rescatara su papel en baja, y especulara con su descrédito propio. Más ahora estamos en el tiempo del *crédito por establecido*, y se tocaban las dificultades del crédito *por establecer* en la época á que hacemos referencia. Por lo demás, no presentamos estas reflexiones para sostener verdades, que entre personas ilustradas en materias de hacienda no admiten duda, sino para demostrar una vez más lo que es la justicia de unos hombres respecto de otros, y lo que debe ser la justicia de la historia. Napoleón calificaba los recursos creados por un ministro hábil, y con los cuales vivió durante los Cien Días, de *suma tenida en reserva para el agiotaje*, y así pagaba la calumnia á los que de su hacienda trazaron diez meses atrás un cuadro tan desconsolador como injusto. Sin embargo, día llega en que cada hombre y cada cosa vuelve á su puesto, y por feliz se da la historia cuando en vez de tener que destruir falsas reputaciones, ó que pronunciar sentencias apiazadas, se halla en el caso de realzar méritos recíprocamente desconocidos. Siempre con el anhelo de ser justo, me encuentro en la situacion de los jurados que se felicitan de tener que pronunciar una absolucion en lugar de una condena, y diciendo que el conde Mollien creó el mecanismo del Tesoro y el baron Louis creó el crédito, me parece que soy equitativo respecto de ambos.

vistas á la par que las otras, en la ejecucion se encuentran aplazados, y á menudo lo embaraza todo la omision al parecer ménos importante.

Todo el que tenga alguna idea de la administracion de los Estados reconocerá facilmente por la exposicion ya hecha de los aprestos á que se dedicaba Napoleón sin levantar mano, que no descuidaba ninguna de las partes de que se compone un vasto armamento, que todas estaban previstas y ordenadas sin vacilaciones y con una seguridad en la eleccion de los medios que solo podia ser propia del más alto genio madurado por la más consumada esperiencia. Bueno es añadir que esmeradamente se tenian en cuenta las consideraciones de la politica para la ejecucion de todas las disposiciones. Urgentes eran y no se podian aplazar de ningun modo las consistentes en la formacion de los cuerpos de tropas, tan esencial para la buena organizacion y paliada con el nombre de *cuerpos de observacion* hasta el punto posible, en el llamamiento de los que gozaban licencia de seis meses, en la creacion instantánea de los cuartos y quintos batallones, en el restablecimiento del depósito de Versalles, en la conduccion de las armas á los puntos donde debian ser recompuestas, y finalmente, en la creacion de oficinas para que el ministerio de lo Interior atendiera á los doscientos mil hombres de guardias nacionales que habian de guarnecer las plazas, pero tales disposiciones tenian la ventaja de poderse ejecutar en los primeros momentos por simple correspondencia administrativa. Cuando á la vuelta de diez ó de quince dias se aclarara la situacion por completo, cuando no hubiera que

ocultar la hostilidad manifiesta de Europa, cuando conviniera dar al país la voz de alarma, sin temor de perturbarle de mal modo, y antes bien conmoviéndole á la vista de los peligros, las llegaría el turno á las otras disposiciones, que no era posible ejecutar á las calladas, tales como el llamamiento y el escogimiento de los antiguos desertores de sus respectivos cuerpos de tropas, la movilizacion de los guardias nacionales, la resolucion que sobre la conscripcion del año de 1815 debia tomar el Consejo de Estado, las adquisiciones de caballos, la creacion de talleres extraordinarios, el movimiento de tierra en torno de París con el objeto de llevar á cabo las fortificaciones; y les llegaría el turno sin pérdida de un solo dia, porque estas providencias no podian venir administrativamente sino despues de las otras, y el ruido que metieran al ser puestas en planta, ya no ofrecia inconveniente alguno, por no exigir la política ya el silencio, sino al revés, que se hablara muy alto.

A los cuatro dias de su entrada en París y el 24 de marzo por consiguiente, ya estaba seguro Napoleon de la evacuacion del territorio por los Borbones. Durante los dias 25, 26 y 27 de marzo fueron concebidas del todo las diversas resoluciones de que se acaba de dar noticia, y comunicadas á los varios gefes de las oficinas del ramo de guerra, aun antes de que el mariscal Davout se pudiera familiarizar con los hombres y con las cosas dependientes de su ministerio. Interin se ponía al corriente, ya estaban decididas y ordenadas las providencias para el armamento de Francia, de suerte que el ministro ya no tenía que

atender más que á su ejecucion puntual, bajo la direccion y la vigilancia de su infatigable soberano. Aplicando al ministerio de lo Interior el mismo vigoroso impulso, Napoleon indicó al ministro Carnot una eleccion excelente para la direccion de las oficinas, donde habia de radicar lo concerniente á la milicia nacional movilizada; esta eleccion fué la del general Mathieu Dumas, varon adornado de un conjunto de dotes militares y civiles perfectamente adaptadas á la indole de la milicia que habia de correr á su cargo. Napoleon previno á este general que sin ruido y con toda presteza preparara el trabajo para la movilizacion de los guardias nacionales. Tambien se ocupó en la revision de los grados militares concedidos por los Borbones, no pudiéndose mantener todos, á causa de lo muy prodigados. Sobre esta materia asentó algunos principios sólidos y equitativos, fiando su aplicacion á una comision de generales que gozara de la pública confianza. Por sí mismo resolvió la cuestión concerniente á los mariscales. Del olvido general prometido por su decreto de Lion á todos, solamente quedaron exceptuados trece personas, los mariscales Marmont y Augereau entre ellas. No tuvo suficiente valor para perseverar respecto del mariscal Augereau en la excepcion rigorosa, pues como gobernador de Caen acababa de expiar su proclama de Lion por medio de otra proclama violentísima contra los Borbones. Respecto del mariscal Marmont persistió como ántes, y dejó su nombre en el decreto cuya ejecucion seguia aplazada. Por haber abrazado con mucho ardor la causa de los Borbones se decidió á borrar de la lista de los

mariscales á Oudinot, Victor, Saint-Cir, si bien reservándoles pensiones proporcionadas á sus antiguos servicios. Al obrar de tal modo, más que imponer castigos, se proponia crear vacantes para los que aun se sacrificaran en defensa de Francia. Otros tres mariscales, Berthier, Soult, Macdonald, se hallaban en situacion muy semejante. Acerca de ellos ninguna resolucion tomó por de pronto. A Berthier profesaba afecto sumo y se le hacia muy cuesta arriba mostrarse severo contra servidor tan antiguo, y así le envió á decir sin tardanza, que á condicion de que fuera á París al punto olvidaria sus flaquezas de padre de familia. Al mariscal Soult no le consideraba inflexible, antes bien le suponía irridadísimo contra los Borbones que, tras de exponerle á contradicciones tan extrañas, le habian dado tan mal premio. Ninguna determinación tomó en su contra, ni tampoco respecto del mariscal Macdonald, cuya nobleza de carácter ya tenia muy bien probada. Su designio consistia en atraer á París á uno y á otro, y ofrecerles empleos, con la conservacion de sus dignidades. Relativamente á Lefebvre, Suchet, Mortier, Ney, Davout, que se habian declarado por el imperio, y á Masena, sobre quien no abrighaba dudas, ya habia empleado á unos, y se proponia emplear á los otros de una manera conforme á sus merecimientos. Con el mariscal Ney tomó una providencia, dictada por el interés de su persona y el del servicio público al mismo tiempo. Ney experimentaba un verdadero malestar de resultas de la conducta por extremo contradictoria, que en Fontainebleau y en Lons-le-Saulnier habia observado sucesivamente, y en los rostros de cuan-

tos veía delante imaginaba adivinar los cargos que tenía merecidos, aun cuando no los oyese en sus labios. Esta falsa posición agitaba su espíritu y trababa su lengua. Buscando en los desaciertos ajenos la justificación de los propios, unas veces contra los Borbones y otras contra Napoleón soltaba frases intempestivas, perjudiciales á su mismo decoro, y que tal vez dificultaran mucho que se le confiase ningún empleo. Y como de ningún modo se quería Napoleón privar de sus servicios, le ocurría la idea de alejarle de París al punto, y así le dió orden para ir á inspeccionar la frontera desde Dunkerque hasta Basilea, con poder ámplio sobre las autoridades civiles y militares y la expresa recomendación de dar conocimiento de cuanto interesara á la composición del ejército y la defensa del territorio. A pesar de su carácter atrabilionario, Ney tenía gran sagacidad en las cosas pertenecientes á su oficio, y por necesidad sería muy útil en la frontera, al paso que en París fuera tan perjudicial á la cosa pública como á sí propio.

Según ya hemos dicho, del 25 al 27 de marzo fueron concebidas y ordenadas estas diversas disposiciones relativas al armamento general de Francia. Durante este tiempo se habían recibido noticias frecuentes del Mediodía del imperio. Napoleón supo que todo propendía á la sumisión hácia el Oeste, si bien á la parte del Mediodía, y con especialidad entre Lion y Marsella, los realistas hacían algunos progresos. Aun cuando no le inspirasen ninguna zozobra, naturalmente quería poner término á demostraciones, que pudieran contrariar sus preparativos de guerra. Al general Morand previno que hiciera bajar dos columnas volantes

á lo largo del Loira, una por la orilla izquierda y otra por la orilla derecha, formadas cada una de un regimiento de infantes y dos regimientos de jinetes, y que reprimiera todo movimiento insurreccional de la manera más implacable. Igualmente le prescribió que del litoral tomara tres regimientos de infantería y se los enviase al general Clausel de contado, para que le ayudasen á sojuzgar á Burdeos. Allá despachó tambien al general Grouchy, que se habia indispuerto públicamente con los Borbones de resultas de la dignidad de coroneles generales transferida á los príncipes de la sangre, y le encargó que marchara sobre Lion para atajar las tentativas del duque de Angulema. Le recomendó que obrase con vigor y presteza, si bien empleando respecto del príncipe muy diverso trato que el decretado en contra suya.—¿Y qué he de hacer en suma si el príncipe cae en mis manos?—preguntó el general de seguida.—Prenderle y respetar su persona, respondió Napoleon con vivacidad extremada, porque deseo que juzgue Europa lo que va de mí á *esos bergantes coronados que ponen mi cabeza á precio*.—Estas palabras aludian á la declaración de 13 de marzo, hecha á nombre de los soberanos congregados en Viena, y se resentian de la irritacion que produjo en su alma. Tras de un instante de silencio añadió como reflexionando nuevamente en sus resoluciones.—Quizá pudiera este príncipe facilitar un medio de canje con las córtes extrangeras, entregándole para que me devolvieran mi mujer y mi hijo.—Renunciando muy luego á idea semejante, por la razon de que no se estimaria tanto al duque de Angulema, para consentir en este

canje, Napoleon tornó á sus primeras instrucciones con las siguientes palabras.—Empujad al príncipe fuera del territorio, guardad las mayores contemplaciones á su persona, si cae en vuestras manos; escribidme inmediatamente, y le soltaremos sano y salvo, aunque exigiendo que nos restituyan los diamantes de la corona, que poseía yo el año pasado y que me apresuré á restituir de seguida, pues no son de Luis XVIII, ni míos, sino de Francia.

Acto continuo despidió Napoleon al general Grouchy, y aun cuando estaba muy lejos de confiar de su persona, á la par dispuso que le acompañara su ayudante de campo el general Corbineau, en cuya energía, honradez é inteligencia tenia la más cabal confianza. A este previno que del general Grouchy no se apartara nunca, á fin de impulsarle ó de contenerle segun los casos. De prisa hizo marchar al propio tiempo á una de las divisiones del sexto cuerpo ya organizada por el conde de Lobau y buena especialmente para empleada en el Mediodía, por estar compuesta de regimientos que se habian pronunciado por el imperio con el mayor entusiasmo, como el 7.º de línea del mando de La Bedoyère, los regimientos 20.º y 24.º que guarnecian á Lion, y por último el 14.º que habia salido al encuentro de Napoleon é incorporádosele entre Fontainebleau y Auxerre. Estos cuatro regimientos bastaban para avasallar á los insurgentes del Mediodía, y terminada tan fácil tarea debian servir de núcleo al séptimo cuerpo destinado á guardar los Alpes.

No ocupaban la atención de Napoleon de una manera exclusiva las providencias militares. Tam-

bien era menester que la aplicara á la política interior y que se explicase en punto al sistema de gobierno reservado á Francia. Ya en la revista del 24 de marzo, y en otras dos posteriores habia hecho oír á las tropas un lenguaje acorde con el usado en Grenoble, en Lion y en Auxerre; diciendo que habia ido á restaurar la gloria nacional, á vigorizar el triunfo de los principios de la revolución francesa, y á otorgar toda la libertad de que fuese capaz la nacion por entonces. Estas profesiones de fé dirigidas á algunas municipalidades de provincia y á algunos regimientos, se debian repetir á autoridades más elevadas, como los grandes cuerpos del Estado, con la solemnidad conveniente, y de modo de bien determinar los empeños contraídos respecto de Francia.

Napoleon señaló el domingo 26 de marzo para la recepcion de los grandes cuerpos del Estado, y para oír de ellos y darles en respuesta lo convenido anticipadamente. Pero la vispera de este dia quiso influir sobre los ánimos por medio de un acto patente, y que revelase á las claras sus disposiciones actuales.

Jamás ningun gobierno habia comprimido la manifestacion de la opinion pública en mayor grado que el suyo. A los principios de su reinado comprimíola con una admiracion que á nadie dejaba la libertad de juicio, y á los últimos con una policia inexorable, que ni en los periódicos ni en los libros permitia la expresion de ningun otro pensamiento que el del poder soberano. Mas en los postreros tiempos conoció al cabo Napoleon los inconvenientes de este régimen opresivo, y más de una vez se los señaló al duque de Rovigo, mi-

nistro de la Policía, que tambien los habia sentido y confesado. Sin que fuera el único de estos inconvenientes, el principal consistia en una desconfianza tan grande que, aun cuando dijese la verdad el gobierno, no se daba la menor fé á sus palabras. Por ejemplo, en materia de sucesos de guerra la incredulidad respecto de la autoridad francesa convirtióse en una verdadera credulidad con relación al extranjero, y negando toda fé á los boletines franceses, se creia á ciegas en los del enemigo, cien veces más embusteros que los otros. Profundamente afectado de resultas de esta disposicion del público, Napoleon escribia en el año de 1813 al duque de Rovigo las siguientes palabras.—No se nos dá crédito, y asi es menester hablar no en nuestro nombre, y decir la verdad al hablar por boca de otros, pues la verdad es la sola que puede salvarnos.—Con efecto, ya en los años 1813 y 1814 renunció á publicar boletines, y limitóse á insertar artículos en el *Monitor* bajo esta forma: *Se nos escribe del ejército.....*

Tan cruel experiencia abrió mucho los ojos á Napoleon en materia de libertad de imprenta. Sin embargo, si en los años de 1813 y 1814 se le propusiera de súbito exponerse con alegría de corazón á la violencia de toda la prensa, violencia formidable cuando repentinamente pasa de la compresion á la libertad ilimitada, se negara de fijo á la propuesta, como se niega cualquiera á un padecimiento, cuando su necesidad inmediata no es notoria. Pero tornaba de la isla de Elba, donde por espacio de un año habia sufrido el horroroso desenfreno de los periódicos de toda Europa. Despues de semejante prueba no tenia que temer nada, y

según expresaba muy agudamente, *ya nada había que decir sobre su persona, á la par que mucho quedaba por decir de sus enemigos.*

Sin desconocer los inconvenientes de la libertad de imprenta, se hallaba convertido en este punto, á causa de la doble experiencia porque habia pasado como soberano y como proscrito. Pero á la sazón guiábale una razon todavía más poderosa, que respecto de la política interior iba á ser la norma de su conducta, y consistia en hacer en todo lo contrario de lo ejecutado por los Borbones. Efectivamente, su única excusa de ir á ocupar el puesto de esta dinastía, á riesgo de una guerra espantosa, no estribaba más que en mostrarse su antagonista y su correctivo respecto de todo. Así ellos no se habian enlazado con la gloria de Francia, y por tanto era menester exaltarla más que nunca. Ellos habian á la par alarmado los intereses de la revolucion francesa, y de seguida necesitábase declararlos sagrados. Ellos habian otorgado la libertad con vacilaciones y meticulosidades y amontonando las restricciones, y así convenia otorgarla franca, absoluta, sin reserva, con ademán reposado y firme, cualquiera que fuese el resultado, pues nada peor que dar margen á que se dijese por todos que se obraba á semejanza de los Borbones, y que tal perspectiva no merecia la pena de que para desembarazarse de ellos se expusiera á una revolucion á Francia, y á una guerra general con Europa, calamidad todavía más grave. Especialmente la censura pareció una falta de fé á la Carta y un pleno contrasentido respecto del sistema de gobierno que se trataba de inaugurar entonces; así Napoleon por simple de-

creto publicado en el *Monitor* declaró abolida la censura.

Solamente en el pormenor adoptó ciertas precauciones de policía, consagradas más tarde como prudentes y necesarias por las leyes. A cada periódico exigió la designación de un individuo principal que respondiese de lo que se insertara en sus columnas, y que posteriormente se ha denominado *editor responsable*. Por Mr. Fouché fué esta precaución ideada, pues se ufanaba con la mayor formalidad del mundo de hacer de los hombres lo que era de su antojo, y lisongeóse de que personificando los periódicos de esta suerte, los tendría bajo su mano. Sin que Napoleón diera crédito á sus seguridades, se determinó á correr el riesgo, y así el *Monitor* anunció la abolición de la censura con fecha de 25 de marzo.

Al querer Napoleón recibir á los grandes cuerpos del Estado, no podía comprender en su número á la cámara de diputados, ni á la de pares, puesto que por los decretos dados en Lion quedaron disueltas. A esta falta suplió con recibir á los ministros en cuerpo, lo cual les daba una importancia, que no habian tenido nunca, y al Consejo de Estado, y al tribunal de Casacion, y al de Cuentas, y al de Apelaciones, etc. Llevando la palabra el príncipe Cambacéres á nombre del ministerio contrajo todos los empeños, que eran de desear por parte de los depositarios del poder ejecutivo. Tras de dirigir sus felicitaciones al monarca dos veces deparado por la Providencia, según sus propias frases, una para salvar á Francia de la anarquía, y otra para salvarla de la contrarrevolucion, el príncipe Cambacéres resumió los

principios del poder ejecutivo en la siguiente forma.—*Ya vuestra magestad ha trazado á sus ministros el sendero que deben seguir; ya ha dado á conocer á los pueblos con sus proclamas las máximas por las cuales quiere que su imperio sea regido en adelante.* Los Borbones ofrecieron olvidarlo todo, y no cumplieron su palabra. Vuestra magestad cumplirá la suya, olvidará las violencias de los partidos y solo hará memoria de los servicios prestados á la patria. También olvidará vuestra magestad que fuimos señores del mundo, y solo hará guerra con el fin de rechazar una agresion injusta. Tampoco vuestra magestad quiere arbitrariedad de ninguna clase, sino el respeto á las personas, el respeto á las propiedades, la libre circulacion del pensamiento, y nos tendremos por felices en ayudarle á dar cima á esta tarea, que le valdrá la más dulce y la mejor de todas las glorias.

Mientras llegaba la garantía de las instituciones, que es la más segura, no se podia exigir mejor lenguaje en boca del gobierno.—*Esos sentimientos que expresais son los míos,* respondió Napoleon, y en seguida dió audiencia al Consejo de Estado.

Este cuerpo se habia propuesto en la presente coyuntura establecer los principios en cuya virtud volvía Napoleon á comenzar su reinado, y á la par no vacilaba el Consejo de Estado en tornar al ejercicio de sus funciones, como si nada hubiese acontecido entre el año de 1814 por abril y el año de 1815 por marzo.

Su argumentacion fué la siguiente: Francia en el año de 1789 declaró abolida la

monarquía feudal, y la substituyó con la monarquía representativa, fundada sobre la igualdad de derechos y la justa intervencion de los ciudadanos en el gobierno del Estado.

En el año de 1790 fingieron los Borbones someterse á los nuevos principios proclamados por la nacion, y muy luego con una sorda resistencia provocaron y merecieron su caída, confirmada por una serie de nacionales resoluciones.

Cansada Francia de agitaciones largas y crueles, en los años VIII y X de la república fió el cuidado del gobierno á Napoleon Bonaparte, *ya coronado por la victoria*, y bajo los títulos sucesivos de primer cónsul y de emperador le abandonó sus destinos. Dos veces confirmó el pueblo con sus votos estas delegaciones de su soberanía.

Aprovechándose en el año de 1814 las potencias coligadas de un momento de reveses para penetrar en la capital de Francia, el Senado hizo entrega de las constituciones nacionales, cuya defensa tenia á cargo suyo, y apoyado en el extranjero declaró el imperio abolido, y llamó á Luis Estanislao Javier al trono. Obrando de esta suerte, se excedió el Senado de sus facultades. Aun así á este llamamiento añadió una condición expresa, la de una constitucion que pusiera á cubierto los derechos de la nacion en parte, y que fuera aceptada por el monarca antes de que se ciñese la corona.

Ni esa condición fundamental fué observada por Luis XVIII, que, vuelto á París al amparo de las bayonetas extranjeras, sus actos dató del año décimo nono de su reinado, dando virtualmente los actos anteriores de la nacion por nulos. Además dió

una constitucion imperfecta, y más todavia en el modo con que fué ejecutada, y humilló la gloria de Francia, y favoreció las pretensiones de la antigua nobleza, y dejó que se pusieran en tela de juicio las propiedades llamadas nacionales, y privó á la Legion de honor de sus dotaciones, y envileció sus insignias á fuerza de prodigarlas por extremo, y finalmente puso en peligro quanto la revolucion habia consagrado.

De consiguiente lo ejecutado desde el año de 1814 se debia considerar como nulo en principio igualmente que malo de hecho, porque el Senado no tenia facultades para declarar el imperio abolido, y aun suponiendo que se hallara revestido de tales facultades, Luis XVIII no habia llenado la condicion que se le impuso para subir al trono. En suma á la ilegitimidad de su origen habia correspondido en todo este gobierno de emigrados.

Napoleon vuelto de su destierro de una manera milagrosa, y acogido á su tránsito con las aclamaciones del ejército y del pueblo, *habia restablecido á la nacion en el goce de sus derechos más sagrados*, y únicamente estaba la legitimidad de su parte, porque no hay más poder legitimo que el conferido por la nacion.

Con todo, el tiempo y los votos de Francia habian indicado modificaciones necesarias respecto de las instituciones del primer imperio, y Napoleon habia contraido el empeño de llevar las tales modificaciones á cabo. Fielmente cumpliria este compromiso, y las prometidas modificaciones serian confirmadas por la nacion en una grande asamblea de sus representantes anunciada para el mes de mayo. Hasta la reunion de esta asamblea, Napo-

leon debía ejercer y cuidar de que se ejerciera el poder á tenor de las leyes vigentes, y como de su aplicacion estaba antes encargado el Consejo de Estado, ahora iba á prestarle su leal y constitucional ayuda.

Thibaudeau, sucesivamente convencional y prefecto, fué quien dedicó la pluma á esta lógica artificial á pesar de la aparente solidez de su estructura, lógica á que no habia que replicar casi nada, si la legitimidad de los gobiernos se hace consistir en ciertas condiciones de origen, y no en su forma y en su conducta. Efectivamente, los gobiernos emanan de todos los azares de las revoluciones, y lo de fijar los signos exactos que pueden realmente dar legitimidad á su origen es muy árduo. Unas veces nacen de una conmocion popular, otras de la victoria, otras de la derrota misma, algunas del cambio de una nacion desengañada á favor de una antigua dinastia, á la cual echa de ménos por consecuencia de desdichas comunes; y siempre hay que soportar á estos gobiernos, impuestos por la necesidad, y á su turno pretenden todos que la legitimidad está únicamente de su parte, alegando teorías admitidas por unos, impugnadas por otros, y sobre las cuales se disputará hasta la consumacion de los siglos. Sin negar lo que tienen de respetable, de augusto y de sólido los títulos para reinar fundados en una larga transmision hereditaria, no obstante diremos que los gobiernos, siempre necesarios al principio de su establecimiento, para las gentes de simple buen sentido, se hacen legítimos con el tiempo, cuando la nacion para la cual son establecidos los mantiene con un asentimiento reflexivo y durable, por

hallar su forma adecuada á sus hábitos y á sus luces, y su conducta en armonía con sus intereses. Tal es la legitimidad, si no dogmática, práctica á lo menos, que es la más seria de todas, pues aun cuando un gobierno fuese proclamado por una nacion entera, hombres, mujeres, viejos, niños, votando en las casas de los alcaldes y de los notarios, y aun cuando sin interrupcion de sucesion datase desde el monte Sinai su ascendencia, no tiene razon de existir si lastima á la nacion en sus creencias, en sus costumbres, en su honor, en sus intereses. A un gobierno se le juzga y se le legitima por las obras, y solo por las obras. Fuera de aqui todo es artificial y pura argucia. Pero á la circunstancia de datar Luis XVIII sus actos del año décimo nono de su reinado, no habia mejor respuesta que oponer que la soberanía del pueblo, ejercida en casa de los alcaldes y los notarios escribiendo *si* ó *no* sobre un despreciable registro. Tanto valia lo uno como lo otro.

Napoleon avaloraba estas teorías en su justo precio: sin embargo valióse de la lógica convencional para responder á la lógica realista, y dió su asentimiento en los términos siguientes:

«Los príncipes son los primeros ciudadanos del Estado. Su autoridad es más ó menos lata, segun el interés de las naciones que gobiernan. Ni la soberanía es hereditaria, sino porque lo exige el interés de los pueblos. Yo no reconozco la legitimidad fuera de estos principios.

«He renunciado á las ideas del gran imperio, del cual no hice más que sentar las bases durante quince años. En adelante la consolidacion del imperio francés será el objeto de mis ideas todas.»

-38 Lo verdaderamente importante en todas estas manifestaciones era el abandono formal del antiguo sistema del imperio belicoso y siempre con sed de conquista, la renuncia al poder arbitrario, la promesa de atenerse á la legalidad de la manera más rigurosa, y el compromiso de dar instituciones que garantizasen la libertad de la nación y la buena administración de sus intereses. Dispuesto se hallaba Napoleón á satisfacer este compromiso tan pronto como le fuera posible, aun cuando no le animara otro deseo que el de justificarse de haber lanzado en una nueva revolución á Francia; pero natural era sin duda que, no llevando en París más que seis días, le hubiera absorbido exclusivamente el cuidado de empuñar las riendas del gobierno, de entablar con el extranjero sus primeras relaciones, de preparar la reorganización del ejército, y de expulsar del territorio á los príncipes sus rivales. Esta última parte de su tarea aún no estaba llevada á remate por completo, pues le faltaba libertar al Mediodía de todas las insurrecciones realistas; lo procuraba activamente, y dentro de pocos días calculaba salir airoso.

18 Con efecto; el restablecimiento de la autoridad imperial no encontraba serios obstáculos en parte alguna, á pesar de ciertas vivas emociones, bien que locales y solo con elementos de transitorias. Hacia el Oeste, aturdidos los gefes vendedanos de resultas de la nueva caída de los Borbones del trono, confusamente conocían que en tal catástrofe entraron por algo, y no osaban formar el proyecto de una insurrección hasta entonces, ante el desaliento de los campos, la alegría de las ciudades, y especialmente considerando la clase de enemigo

con quien se las tenian que haber en tal caso, enemigo dispuesto á ser bienhechor ó terrible, segun su conducta. Llenos de su buena fé antigua estaban prontos á agitarse de nuevo algunos chuanes de profesion y algunos paisanos bretones y vendeanos, pero no lo estaban sus generales á intentar una guerra civil sin el auxilio de una guerra general y sin el auxilio de Inglaterra y de su dinero y sus municiones.

Asi en la Vendée no halló el general Morand ni la dificultad más leve, y tras de hacer que tremolara la bandera tricolor sobre las dos márgenes del Loira, se aprestaba á correr en auxilio del general Clausel, que á la verdad no lo necesitaba mucho. Este caudillo habia juntado en Angulema algunos destacamentos de guardia nacional y de gendarmería, y dirigióse con ellos sobre el Dordoña, despachando un oficial seguro á la guarnicion de Blaye, para que se le incorporase de seguida; guarnicion compuesta de algunas compañías del regimiento 62.^o residente en Burdeos, las cuales se habian apresurado á adherirse á los sucesos de París tan luego como les fueron conocidos, y á destacar ciento cincuenta hombres, que se unieron al general Clausel y en Cubzac aumentaron sus fuerzas. De consiguiente este general ilustre llegó á las orillas del Dordoña con unos cien gendarmes, ciento cincuenta hombres del regimiento 62.^o de línea y trescientos ó cuatrocientos guardias nacionales. Cortado estaba el puente de Cubzac, y el general se hubo de detener á la orilla derecha del rio, mientras la izquierda se hallaba ocupada por los voluntarios burdeleses. Despues de sufrir algunos cañonazos mal dirigidos, por fin logró restablecer

el paso á fuerza de barcas allegadas de diversos puntos, y se puso á parlamentar con el gefe de los voluntarios burdeleses, que tardaron poco en evacuar el sitio de entre dos mares, segun se llama el terreno comprendido entre el Dordoña y el Gironda. Gefe de aquellos voluntarios era Mr. de Martignac, ministro de Carlos X más tarde, y apreciablesimo á los ojos de la generacion por quien fué conocido, á causa de la templanza de su carácter y del encanto de su palabra. Cabal noticia le dió el general Clausel de los sucesos de París, que se esforzaban por tener ocultos en Burdeos á fin de prolongar las ilusiones y la resistencia del vecindario. Sin gran trabajo patentizó el general á Mr de Martignac que toda resistencia formal era imposible, y no produciria más que desventuras á una ciudad grande y que inspiraba interés sumo. Mr. de Martignac ofreció marchar á Burdeos, transmitir las comunicaciones del general y volver con la respuesta exigida por la necesidad muy pronto. De cerca siguió el general Clausel á Mr. de Martignac, y con su pequeña tropa fué á acampar sobre la Bastida, á la orilla derecha del Gironda y en frente de la parte de arriba de Burdeos.

Por entonces reinaba en esta ciudad la confusion más extraña. Al cruzarla Mr. de Vitrolles para ir á Tolosa, allí dejó las instrucciones de Luis XVIII y sus propios consejos. Segun su primer proyecto los realistas trataban de defenderse á orillas del Loira, desde Nantes hasta la Auvernia, de sacar provecho del pais montañoso que forma el centro de Francia entre la Auvernia y las Cevenas, para mantenerse en su recinto, y conservar los dos márgenes del Ródano hasta Arles,

Marsella y Tolon al mismo tiempo. A los ingleses habian escrito en demanda de hombres y de dinero, y á Fernando VII para obtener soldados españoles. De resultas de apelar tan imprudentemente al extranjero, abiertos quedaron los puertos franceses al pabellon británico de igual modo que á la bandera blanca, no sin riesgo de que se reprodujeran las escenas de que Tolon habia sido el año de 1793 teatro. Pero la pasion y la necesidad no entran en razones, y ménos cuando el espíritu de partido hace ilusion al patriotismo del todo. Estas varias combinaciones no impidieron que perdiesen la posicion del Loira; ya sin el apoyo de este rio, se decidieron á procurar la defensa de Burdeos, de Tolosa, de Nimes, de Marsella, de Tolon, esto es, la línea del Garona, prolongada hasta el Ródano y hasta el canal del Mediodia. De los triunfos del duque de Angulema á orillas del Ródano se hablaba con la más halagüena esperanza.

Hallándose en poder de los realistas la línea del Garona, á no perderla de ningun modo aplicaba toda su atencion la duquesa de Angulema, y Mr. Lainé, que habia corrido á su lado, la auxiliaba hasta el punto que le era posible. Ciertamente hubiera sido de desear que este personaje lograra en París ilustrar á los Borbones, y así precaviera la revolucion del 20 de marzo, de la cual se podian solo derivar horrorosas desdichas. Pero habiéndose vuelto Napoleon á apoderar del trono de Francia, y siendo ya inevitable una última y suprema lucha contra Europa, lo más sensato y patriótico era sin duda unírsele desde luego, para que tuviera á su disposicion todas las fuerzas nacionales. Algunas personas comprendian esta verdad pal-

maria entre la poblacion tan juiciosa como ilustrada de Burdeos; pero la muchedumbre, irritada á consecuencia de veinte años de desventuras, afligida ante la perspectiva de ver otra vez cerrados los mares, por conviccion y por interés participaba de los sentimientos de la duquesa de Angulema, y la queria sostener á costa de su sangre. En tal situacion dependia todo de la conducta que observasen las tropas. Solo consistian en dos regimientos, el 62.º de línea y el 8.º de ligeros, y exactamente se hallaban en la misma actitud que la guarnicion de Lila, mostrando para con la augusta hija de Luis XVI el más profundo respeto, á la par que dando á entender que su corazon latia por Napolcon sin ningun rebozo.

Cuando Mr. de Martignac se presentó á anunciar la llegada del general Clausel y á transmitir sus proposiciones, personalmente fué la duquesa de Angulema á visitar los cuarteles, se habló á los soldados, y así y todo no tuvo nada de satisfactoria su respuesta. Unánimemente declararon las tropas, que no tolerarian respecto de la princesa ni el más leve desacato, pero que contra el general Clausel no harian fuego ni consentirian que se disparase un solo tiro. Tras de una declaracion tan rotunda, no quedaba más arbitrio que el de alejarse de contado, y todos los hombres juiciosos de la guardia nacional opinaron de esta manera. Al revés la parte fogosa de la poblacion de Burdeos, regimentada en cuerpos de voluntarios, se afanaba por que se llevara adelante la porfia, si bien no presentaba ninguna consistencia, y tambien se viera obligada á la fuga, tras de disparar algunos fusilazos.

Así Mr. de Martignac volvió al lado del general Clausel, con la seguridad plena de una rendición inmediata, á tal de que no se precipitasen los sucesos, y de que á la duquesa de Angulema se diese tiempo bastante para la retirada. Avalorando el general Clausel esta situación en lo justo, se comprometió á estar inmóvil en la Bastida hasta que la razon prevaleciera sobre las pasiones.

Con sus tropas ocupaba el día 4.º de abril la orilla derecha del Gironda, y desde allí observaba pacíficamente el tumulto de Burdeos. Frente por frente, á la orilla opuesta del rio, se hallaba la guardia nacional sobre las armas, teniendo á su inmediación las compañías de voluntarios. Ya habia cundido la noticia de que la ciudad iba á ser abandonada por la duquesa de Angulema, y los exasperados voluntarios imputaban esta retirada á la guardia nacional y particularmente á ciertos batallones, á quienes tildaban de moderados. A una colision vinieron de resultas; un oficial de la guardia nacional muy querido fué asesinado, é irritada entonces esta guardia á causa de la violencia de los voluntarios, se pronunció de plano por la rendición inmediata. Al punto embarcóse la duquesa de Angulema; y dueño el general Clausel del puente del Gironda, se metió en Burdeos, y sin un solo acto de rigor restableció la autoridad imperial y el reposo.

Segun ya hemos dicho Mr. de Vitrolles habia tratado de establecer un gobierno real en Tolosa, para servir de punto de enlace entre Burdeos, donde estaba la duquesa de Angulema, y Marsella, donde se aprestaba el duque de Angulema á una campaña ofensiva. Impuestos levantó Mr. de Vitro-

lles y tropas, y formó batallones de voluntarios, y para jefe de ellos así como de los escasos destacamentos de soldados, á quienes retuvo á fuerza de afanes, desde luego eligió al mariscal Pérignon, residente en el Languedoc por entonces, bien que ni por su carácter ni por su edad podía ser para la causa real de gran provecho. A todas estas medidas añadió Mr. de Vitrolles la de crear un *Monitor*, con el principal objeto de negar las noticias favorables á la causa imperial y de difundir por el contrario las favorables al restablecimiento de los Borbones. Con buen suceso algunas veces, y las más con poca fortuna, este pequeño gobierno intentó varias expediciones á las ciudades circunvecinas, que se apresuraron á enarbolar la bandera tricolor á consecuencia de las noticias que de París les habian llegado. Para mantenerse en aquella region contaba con el auxilio de los españoles; pero desde Madrid envió á decir Mr. de Laval, que á pesar de ser Fernando VII celosísimo por la prosperidad de su augusta familia, se hallaba personalmente en tales apuros que no podía desprenderse de un solo regimiento. Muy pronto la noticia de la rendición de Burdeos precipitó el desastroso desenlace de la intentona realista destinada á poner en comunicacion esta ciudad con la de Marsella. Con efecto, Delaborde, el general que tan bizarramente habia peleado contra los ingleses en España, se hallaba acechando la ocasion oportuna de enarbolar nuevamente el estandarse imperial dentro de Tolosa. Ya por el ministro de la Guerra se le habia enviado al general Charton con poderes extraordinarios y con la orden de hacer que desaparecie-

ra el fantasma real, que agitaba estérilmente la comarca. En Tolosa hallábanse los restos del tercer regimiento de artillería, casi destacado en su totalidad á Nimes, para el servicio del duque de Angulema; y aun sacada fué de Tolosa una compañía de este regimiento, por considerársela poco segura. Aprovechando el general Delaborde tal circunstancia, por medio de algunos oficiales á medio sueldo se puso en comunicacion con esta compañía, la persuadió á que enarbolará los tres colores, y plantándose en seguida á su cabeza, en nombre del emperador prendió al mariscal Perignon y á Mr. de Vitrolles, y permitió al primero que se volviese á sus posesiones, á la par que retuvo preso al segundo hasta que el gobierno fallara acerca de su suerte. Esta pequeña revolucion operada el dia 4 de abril no costó ni una gota de sangre, é hizo flotar la bandera tricolor á lo largo de los Pirineos desde Perpiñan á Bayona.

Aun faltaban la Provenza y las dos márgenes del Ródano hasta Valencia del Delfinado, que habia logrado poner bajo su autoridad el duque de Angulema, y donde se podia quizá prometer algun triunfo.

Despues de visitar este príncipe á Marsella y Tolon y de volverse á Nimes, con su presencia habia sobrexcitado el realismo meridional, aunque no lo necesitaba ciertamente. Dejandole el mariscal Masena obrar á sus anchas y limitándose á conservar la tranquilidad hasta el momento en que el espíritu de partido pusiera los puertos franceses en peligro, le abandonó una porcion de las tropas, sin reservarse más que las necesarias

para defender á Tolon y á Marsella contra cualquier tentativa de los ingleses. A los regimientos 69.º y 82.º de línea fió la custodia de Tolon, y consigo llevó el 46.º á Marsella para mantener allí el orden, lo cual no era fácil en medio de poblaciones muy candentes.

Por su parte el duque de Angulema salió de Nimes y remontó el Ródano en persona, encaminando al valle de Duranza una segunda columna, que por Sisteron y Gap debía marchar á Grenoble. Si en el valle del Ródano quedaba por fin victorioso, se proponía el príncipe ocupar á Montelimar, á Valencia, y á Viena del Delfinado, y á Gap, y á Grenoble en los Alpes, juntar sobre Lion las dos columnas expedicionarias, recuperar esta capital del Mediodía, y volver á tremolar á espaldas de Napoleon de esta suerte la bandera momentáneamente abatida. Solo por los medios de ejecucion flaqueaba este proyecto, concebido por los generales Ernouf y Aultanne, que permanecian fieles á la real causa. ¿Por ventura se podia contar con las tropas, ó á falta de ellas bastarian las inflamadas poblaciones del Mediodía para vencer á las poblaciones del Delfinado, del Lionés y de la Auvernia que, sin meter tanto ruido, se hallaban tambien muy pronunciadas, y no eran ménos valerosas? Aquí estribaba la cuestion y únicamente se podia resolver de hecho, con ensayar la expedicion proyectada. Por este lado contabase asimismo con el extranjero, y así el duque de Angulema habia despachado un oficial de confianza al rey de Cerdeña, para obtener algunos miles de piamenteses.

Bajo sus órdenes tenia el duque de Angulema

los regimientos 58.º y 83.º de línea enviados en persecucion de Napoleon desde los primeros instantes, y dejados luego en el valle del Duranza, y del Languedoc habia sacado los regimientos 40.º de línea y 44.º de cazadores de á caballo. Denominábase regimiento del coronel general el 40.º de línea, mandado por Mr. de Ambrugeac, á su cabeza tenia muchos oficiales seguros, y aunque en lo íntimo del corazon abrigase análogos sentimientos á los de las demás tropas, no participaba al parecer de ellos, á causa de vivir en muy distinta corriente de ideas. Tanto la presencia del príncipe como el rodeamiento de los voluntarios realistas, lo acabaron de arrastrar á un sendero que no era naturalmente el suyo. Aunque más friamente el 44.º de cazadores siguió el impulso dado. A estas tropas agregóse un destacamento del tercer regimiento de artillería, una de cuyas compañías acababa de operar la revolucion de Tolosa, y refuerzos suministraron las bandas de voluntarios de Nimes, de Aviñon, de Arles, de Aix y de Beaucaire. Como se desconfiaba de los regimientos de línea, mejor dispuestos en la apariencia, se trató de debilitarlos y hasta de disolverlos por el medio de ofrecer sesenta francos á cada hombre que de los tales regimientos pasase á las filas de los voluntarios realistas. Algun número de ellos habia que, sacados de su pais ya hacia quince ó veinte años, casi figuraban como mercenarios dispuestos á servir á todas las causas, ménos á la del extranjero. Se acariciaba la ilusion de que estos hombres, sobremanera agueridos, darian á los voluntarios una consistencia, de que tenian necesidad suma, no por falta

de arrojó, sino por falta de pericia en la guerra.

Para ejecutar el plan concertado el general Ernouf tomó los regimientos 58.º y 83.º de línea acantonados á las márgenes del Duranza, y encargóse de la expedición destinada á remontar este río y á desembocar en Grenoble. Un contingente se le agregó además de voluntarios. Por su parte el duque de Angulema, con el 40.º de línea y el 44.º de cazadores, y cuatrocientos soldados del primer regimiento extranjero y una tropa de voluntarios, en totalidad como unos cinco mil hombres, se reservó la expedición principal, consistente en remontar el Ródano y apoderarse sucesivamente de Montelimart y de Valencia y Viena del Delfinado. No hacerle esperar de ningun modo le prometió el general Ernouf con el propósito de que ambas expediciones se terminaran al mismo tiempo.

Bizarramente se apoderó el duque de Angulema del puente del Espíritu Santo el día 28 de marzo, y en Montelimart entró al siguiente. En las poblaciones de estas comarcas, á la parte del Ródano inferior se notaba grande fervor realista, y por el contrario á medida que se remontaba la corriente el fervor bonapartista subía á lo sumo; pero como estaban divididas donde quiera se encontraba una minoría bastante para que pudiera á su turno cada partido escuchar vivas aclamaciones. Muy bien recibido fué en Montelimart el duque de Angulema, y allí se quiso establecer sólidamente, haciendo tomar el puente sobre el Droma.

A la primera noticia de este movimiento las autoridades del Lionés y del Delfinado llegaron

prestamente cuantas fuerzas les fué posible, á la verdad muy escasas, porque habian seguido á Napoleon á París los más de los regimientos distribuidos en aquella comarca. Casi no pudieron juntar más que guardias nacionales muy decididos, bien que poco idóneos para medirse con tropas regladas. Partiendo de Valencia del Delfinado el general Debelle con algunos guardias nacionales, se esforzó por mantenerse más allá del Droma, y á pesar de su buena voluntad fué repellido por el conde Amadeo de Escars, que tenia consigo un destacamento del regimiento 40.º de línea y además tropas de voluntarios mezclados con cierto número de soldados viejos. Obligado se vió el general Debelle á volver á pasar el Droma, y afanóse por conservar á lo ménos su curso, para lo cual se propuso defender el puente de Loriol á todo trance.

Cobrando confianza en sí propio el duque de Angulema resolvió avanzar de Montelimart á Valencia del Delfinado. Un dia ó dos estuvo en Montelimart para organizar el pais á tenor de sus intereses, y el 2 de abril probó á forzar el paso del Droma. Al puente de Loriol habia enviado el general Debelle al comandante de artillería Noel, hombre bizarro que no consintió en tornar al servicio hasta que de resultas de la partida de Luis XVIII se consideró dispensado de sus juramentos. Trescientos hombres dióle del regimiento 39.º de línea, medio escuadron de guardias de honor y cuatrocientos guardias nacionales de las cercanías. Su artillería plantó el comandante Noel sobre el puente, con parte del destacamento del 39.º de línea para su custodia, y distribuyó el res-

to de su gente á lo largo del Droma, para defender más arriba y más abajo de Loriol sus malecones. En esta posición se mantuvo algún tiempo, y sin duda atajara la marcha de los realistas, á no sobrevenir un accidente extraño que por aquella época se interpretó de muy distintos modos. Por los bonapartistas se contaba mucho con la defección del 40.º regimiento de línea y del 44.º de cazadores y dispuestos estaban á la primera señal á abrirles los brazos. Efectivamente, creyendo llegada la hora de pronunciarse, algunos soldados del 40.º de línea se salieron de filas y se precipitaron sobre el puente con las culatas de los fusiles en alto. Se les acogió fraternalmente, y creyóse que con las tropas que venian detrás se podría hacer lo propio. Pero dos compañías del mismo regimiento, bien sostenidas por sus oficiales, tras de hacer fuego, se lanzaron sobre el puente á bayoneta calada. Dando el grito de traición los soldados del 39.º de línea bajo la impresión de la sorpresa se declararon desordenadamente en fuga. Este accidente valió á los realistas la conquista del curso del Droma, y al día siguiente 3 de abril entraron en Valencia del Delfinado con el duque de Angulema á la cabeza, y al son de las aclamaciones de los de su partido.

De igual modo que en Montelimar obró el duque de Angulema en Valencia del Delfinado; allí permaneció los días 4 y 5 de abril, á fin de nombrar autoridades adictas á su causa, y también con el objeto de esperar noticias de la columna que por Sisternon y Gap debia ir y tomar á Grenoble. Pero su éxito no fué como el de la columna principal.

— Siguiendo el general Ernouf el mismo camino tomado por Napoleon hácia Grenoble, para pasar de la cuenca del Duranza á la del Isere, sin remision tenia que pasar por los desfiladeros de Saint Bonnet, los cuales forman una larga y angosta garganta, donde estuvo á pique de ser detenida la columna de la isla de Elba. Para precaver tal peligro, el general determinó forzar el paso por dos puntos á un mismo tiempo. A las órdenes del general Gardanne debieron avanzar el regimiento 58.º de línea y algunos realistas por el camino real de Gap, á fin de torcer luego hácia la izquierda, y de empeñarse en el desfiladero de Saint Bonnet de este modo, mientras el regimiento 83.º de línea dejaba el camino real antes de llegar á Gap, á las órdenes del general Loveredo, y se metia por una garganta lateral para desembocar por Sevres y por Mens en La Mure, y rebasar la posicion de Saint Bonnet sin más riesgo.

Este plan siguióse puntualmente y ambos destacamentos marcharon sobre los lugares indicados, mientras sobre Montelimart avanzaba el duque de Angulema. Mal de su grado servia á la causa real el general Gardanne, antiguo director de la casa de pajes bajo el imperio, y solo continuaba en su defensa por temor al resentimiento de Napoleon respecto de la conducta nada consecuente que habia observado desde su caida. Delante de Gap mostróse á la cabeza de sus tropas, tan descontentas como su gefe, bien que no tan vacilantes, pues solo aguardaban una coyuntura propicia para volver caras. Al encuentro les salió el alcalde de Gap con el fin de ofrecerles amistosamente raciones, y manifestarles su asombro de

verlas empeñadas en una resistencia al imperio tan poco natural como sin fruto. Con la sonrisa en los labios oyeron estas indicaciones los soldados; y mirándose unos á otros se consultaron acerca de si era ya tiempo de ceder á sus inclinaciones. Sin embargo, las demostraciones de los habitantes de la comarca, aún no eran bastante significativas para arrastrarles á tal paso.

Al día siguiente penetraron en el desfiladero de Saint-Bonnet, y en el camino les salieron á ofrecer como el día anterior los alcaldes y los habitantes nada escasas raciones, si bien ahora dando vivas al emperador con todas sus fuerzas. Ante espectáculo semejante ya no se pudieron contener por más tiempo, y sacaron la escarapela tricolor de sus mochilas, y se pronunciaron por Napoleón á las claras. Llegando el general Chabert á este tiempo, del todo tranquilizó al general Gardanne, anunciándole que todos estaban perdonados, relativamente á su anterior conducta, y le decidió á seguir el movimiento de las tropas. A los voluntarios realistas se les dejó partir de contado, sin ocasionarles mal ninguno, y se tornaron al camino de Sisteron con algunos oficiales, que se mantuvieron fieles á los Borbones.

A la par que el destacamento del general Gardanne obraba de esta suerte, no daba mejor cuenta de su comision el del general Loveredo. Durante los días 28, 29 y 30 de marzo, con el regimiento 83.º de línea y las columnas de provenzales, se encaminó este jefe sobre Serres y San Mauricio, y ya estaba próximo á desembocar hácia La Mure y á espaldas del general Chabert, enviado contra el general Gardanne. Allí supo la conducta del regi-

miento 58.º de infantería, y halló á los generales Chabert y Gardanne idos con el fin de atraerle á su causa. En los primeros dias de desembarco efectuado en el golfo Juan se quiso volver á unir el general Loveredo á Napoleon, sin más que ceder al impulso de sus sentimientos personales. Colocado despues en medio de un ardiente foco de realismo, de tal suerte se habia comprometido respecto de los parciales de los Borbones, que le era muy difícil prescindir decorosamente de sus empeños. Asi permaneció fiel á la causa que habia abrazado por acaso, y aunque tentado á ceder á las instancias de los generales Chabert y Gardanne, por fin retrocedió camino, llevando el regimiento 83.º de línea muy descontento. Pero apenas llegado á Sisternon, desertó el regimiento todo, que hasta allí habia seguido á su gefe con gran disgusto, y voló á unirse al general Chabert sobre el camino de Grenoble. Refuerzo poderoso eran estos dos regimientos para los parciales del imperio en aquella comarca, y muy pronto iban á salir contra el duque de Angulema entre Viena y Valencia del Delfinado.

Mientras acontecia lo narrado en el seno de la columna, que debia tomar á Grenoble y juntarse en el camino de Lion al duque de Angulema, á su espalda sobrevenian sucesos todavía más graves. En el Languedoc habia dejado el duque de Angulema poblaciones candentes, unas de realismo, otras de espíritu revolucionario y bonapartista. Al cabo cundieron las noticias llegadas de Paris y puestas en duda á los principios, é inspiraron á los partidarios del imperio tanta esperanza como impaciencia de victoria. Desterrado el general Gilly

Remoulins, en las inmediaciones de Nimes, allí acechaba la ocasion de sublevarse en union de muchos oficiales á medio sueldo. Con el auxilio de sus antiguos compañeros de armas fué á Nimes, se puso en comunicacion con el regimiento 63.º de línea y el 40.º de cazadores, dejados en esta ciudad por el duque de Angulema, y decidióles á tomar la escarapela tricolor al cabo. No fué de ejecucion difícil la empresa, pues no habia allí fuerza alguna que oponer á tal movimiento, y apresurándose además la poblacion protestante á seguir el ejemplo dado por las tropas, un instante bastó para que en Nimes quedase la revolucion consumada. Entonces el general Gilly se puso á la cabeza de los regimientos 63.º de línea y 40.º de cazadores, corrió al puente del Espíritu Santo, y se lo quitó al destacamento de voluntarios realistas, que estaba en su custodia. De este modo se hacia á espaldas del duque de Angulema, lo que este príncipe trataba de ejecutar á espaldas de Napoleón por entonces, es decir, que á medida que se alejaba de los lugares, se destruía en ellos su obra.

Abandonado hácia su derecha por la columna enviada sobre Grenoble, amenazado á su espalda por las tropas dejadas en Nimes, solo prosiguiendo el avance y forzando las puertas de Lion, tenia probabilidad de salvarse el duque de Angulema. Pero en lugar de abrirse las salidas, se le cerraban á su frente. Llegado el general Grouchy el día 3 de abril á Lion, allí encontró á los habitantes en una emocion extraordinaria. Con efecto, desde que en el Lionés, el Franco Condado y la Auvernia se supo que los marseleses marchaban sobre Lion seguidos de las gentes del Mediodía, se produjo

un movimiento en sentido contrario. Además de la rivalidad excitada por las poblaciones meridionales, en toda la cuenca superior del Ródano existían contra ellas grandes prevenciones. Se las tildaba de fanáticas y crueles y devastadoras, y naturalmente á algo de verdad se añadía mucho de calumnia. Ello es que se les tenía tanto odio como miedo. Así fué que en el Lionés y en más de treinta leguas á la redonda se efectuó prestamente un general levantamiento, y que en defensa de Lion marcharon numerosas compañías de guardias nacionales. Solamente la ciudad de Lion suministró seis mil hombres, y para unírseles ya había treinta mil por lo ménos en marcha. Casi todo el Delfinado se aprestaba á caer sobre las ciudades de Viena y Valencia.

A Saint Vallier envió el general Grouchy á los guardias nacionales lioneses, también despachó al general Pire sobre el puente de Romans con el regimiento 6.º de lijeros, á fin de guardar el curso del Isére, y por último dirigió un batallón del regimiento 39.º á San Marcelino en unión del 83.º de línea que acababa de abrazar la causa del imperio. De consiguiente, el Isére estaba guardado por todas partes, y despues de cerrársele la ciudad de Grenoble á su derecha, y el puente del Espíritu Santo á su espalda, el duque de Angulema veía que se le cerraba la ciudad de Lion á su frente, y que se formaba un círculo de hierro en rededor de su persona. En posición semejante no tenía más arbitrio que retroceder lo más pronto posible, para tornar á ganar la ciudad de Aviñon y el camino de Marsella, antes de que se lo obstruyesen los languedocianos.

Ya el día 5 de abril adoptó el partido de emprender la retirada, y á la mañana siguiente evacuó á Valencia del Delfinado. Mientras efectuaba este movimiento, los lioneses, el 6.º de lijeros y el 39.º y el 83.º de línea cruzaron el Isère por todas partes. Todo el regimiento 44.º de cazadores abandonó la causa real en el puente de Loriol sobre el Droma. A la par el 3.º regimiento de artillería manifestó las peores disposiciones; algo más de fidelidad mostró el 10.º regimiento de infantería, por estar rodeado de tres mil voluntarios realistas. A Montelimart llegó el príncipe el 7 de abril, y allí supo que le interceptaban el camino de Aviñon las tropas del general Gilly, reforzadas por una masa de guardias nacionales del Delfinado, despues de cruzar el puente del Espíritu Santo. Evidentísimamente estaba condenado á venir á ser prisionero de Napoleon, y no le quedaba más arbitrio que salvarse en union de los suyos por medio de una capitulacion honrosa. De consiguiente, el baron de Damas fué enviado al general Gilly para entrar en ajustes. Respecto de la persona del príncipe no habia dificultad alguna, pues, interpretando los sentimientos de Napoleon por los suyos propios, desde luego pensaba en que el duque de Angulema quedase libre á condicion de evacuar inmediatamente el territorio. Por desgracia los oficiales y los soldados del general Gilly no participaban de sus sentimientos, y asi no se atrevia á ser tan condescendiente respecto del príncipe como lo fuera de voluntad propia.

No obstante, tan indicadas estaban las condiciones imprescindibles por una parte y otra, que vinieron á quedar concordes despues de algunas

dificultades. Se convino en que el príncipe se retiraria libremente á uno de los puertos del Languedoc ó de la Provenza; en que allí se embarcaba con cierto número de oficiales; en que las tropas de línea volverian á entrar bajo la autoridad imperial al punto; en que los voluntarios realistas serian licenciados despues de hacer entrega de sus armas; en que se restituiria á los agentes del fisco el dinero y todo lo perteneciente al Estado; y en que asi desaparecía todo vestigio de la insurreccion realista. Aceptadas y firmadas fueron el dia 8 de abril por el baron de Damas y el general Gilly estas condiciones, á reserva de la adhesion de la autoridad superior del general Grouchy, gefe de las provincias del Mediodía.

Apenas fué conocida esta capitulacion por los guardias nacionales, que obstruian el camino de Aviñon del todo, tras de acudir allí en muchedumbre del Delfinado, se manifestó la más vehemente oposicion en sus filas, y á gritos demandaron que las condiciones suscriptas no fuesen ratificadas. En este momento, llegado el general Grouchy á Valencia del Delfinado, ya bajaba sobre Montelimart y Aviñon para continuar la persecucion de los realistas. Al saber el dia 9 de abril que el duque de Angulema se hallaba prisionero, y que la suerte del príncipe estaba en sus manos, se encontró en extremadísimo apuro. Aun quando se sentia muy irritado contra los Borbones, por necesidad tenia que hacer memoria de los vinculos que le unian á ellos, y toda medida de rigor en contra del duque de Angulema repugnaba tanto á su carácter como á sus recuerdos de familia. En vez de apoderarse de su persona, mejor deseaba irle em-

pujando hácia el mar poco á poco, al modo que el general Fxelmans habia empujado á Luis XVIII hácia la frontera belga. Obrando de esta suerte, se atenia además á las instrucciones de Napoleon, pues le habia dicho terminantemente; *Empujad al príncipe afuera*.—Pero teniendo ya al príncipe en sus manos, por necesidad habia de dar cuenta á París en conformidad de las mismas instrucciones. Asi lo hizo de seguida, despachando á Lien un correo, para que por el telégrafo se pidieran desde allí las órdenes imperiales. De consiguiente, hasta la llegada de la respuesta, con todos los de su séquito fué detenido el duque de Angulema en el Puente del Espíritu Santo. Por lo demás, se le trató con todos los miramientos debidos á su clase y á su noble conducta. En el intervalo de estos tratos el 40.^o de línea y el 3.^o de artillería se pasaron al campo imperial por completo.

A este tiempo y despues de algunos movimientos sin importancia, la insurreccion expiraba en el Mediodía. A la parte de Gap los generales Ernouf y Loveredo, habiendo prometido llegar á Grenoble al propio tiempo que el duque de Angulema llegara á Valencia del Delfinado, sin embargo de la defeccion de mucha parte de sus tropas, se aventuraron á tentar el último esfuerzo, con el fin de cumplir su palabra. Mas allá de Sisternon y en direccion de Gap quisieron avanzar con los voluntarios realistas, unicas fuerzas que tenian ya bajo su mando. Efectivamente, el general Loveredo fué á acampar la noche del 6 de abril á la aldea de La Saulce, á la entrada de un desfiladero, formado al un costado por una roca ó pico, y al otro por el Duranza. Un batallon del 49.^o de línea de-

fendia este desfiladero con cañones. Fogosísimo contra los realistas el paisanaje de la comarca, se hallaba emboscado en la cima de la roca, y dispuesto á hacer rodar enormes trozos de piedra sobre la cabeza de los asaltadores.

Con el fin de parlamentar se adelantó el comandante del batallón del 49.º de línea la mañana del 7 de abril entre las dos tropas, y se le respondió á fusilazos. Inmediatamente mandó disparar á metralla sobre la columna del general Lovredo, mientras el paisanaje hacia llover sobre ella un alud de guijarros. Aunque valientes, los voluntarios realistas se declararon al punto en fuga, por falta de disciplina y de costumbre de la guerra. Al querer algunos cruzar el Duranza á nado fueron fusilados casi á quema-ropa; la masa retiróse hacia Sisternon, dejando alrededor de ciento cincuenta muertos ó heridos sobre el terreno.

Interin ocurrían estos sucesos á las márgenes del Duranza, colocado Masena en una situación delicada, entre los Borbones á quienes no amaba de ningún modo, y Napoleon á quien no tenía mayor afecto, bien que en las circunstancias actuales representara la causa de la revolución á sus ojos, se mantuvo á favor del duque de Angulema á impulsos de sus deberes militares. No quiso ni darle ayuda ni volversele en contra, y así se estuvo dentro de Marsella, para mantener el reposo é impedir toda clase de violencias. Solo juzgó llegado el momento de pronunciarse á las claras, cuando supo que se trataba de que operaran juntas las escuadras francesa é inglesa, y que bajo pretexto de la unión de los dos pabellones, se corría el riesgo de entregar la plaza y el puerto de Tolon á los riva-

les de la marina de Francia. Entonces encaminóse á Tolon é hizo tremolar la bandera tricolor despues de convocar á las tropas. De seguida envió un oficial á Marsella con órdenes para que en el término de veinte y cuatro horas se abatiera la bandera blanca y se enarbolara la de los tres colores. Amenazada de un lado por el mariscal Masena, y por el general Grouchy de otro, se rindió Marsella, y con gran sentimiento suyo proclamó el restablecimiento del imperio. Ya el dia 10 de abril se hallaba esta parte del Mediodía por completo sojuzgada, y de consiguiente, reconocida la autoridad de Napoleon desde Antibo hasta Huninga, desde Huninga hasta Dunkerque, desde Dunkerque hasta Bayona, y desde Bayona hasta Perpiñan. Todavía detenido en el Puente del Espíritu Santo, allí aguardaba el duque de Angulema que se fallara sobre su suerte, y aun cuando habia acreditado bizarría, no estaba sin miedo, porque juzgaba á Napoleon segun las preocupaciones de su partido. Sin embargo conservaba la dignidad correspondiente á su alta clase, piadosamente resignado á cuanto le pudiera venir encima, y solo castigado de sus injustas prevenciones con sus secretas inquietudes.

Al comun alcance está que no corria peligro alguno, ni estaba expuesto más que á la molestia de esperar el término de su cautiverio en medio de poblaciones violentas, donde solo bullian sus enemigos, como que vencidos sus parciales se vieron obligados á esconderse por de pronto.

Napoleon supo el dia 11 de abril por la mañana el desenlace de los sucesos del Mediodia, el cautiverio del duque de Angulema, y la capitula-

cion en cuya virtud se debía embarcar este príncipe en el puerto de Cette. Sin la menor vacilacion aprobó lo hecho, suponiendo además que la capitulacion ya estaria ejecutada, ó próxima á su realizacion completa, segun el texto de los despachos recibidos. Por consiguiente, de su orden escribió Mr. de Basano que la capitulacion estaba aprobada, y que se debía ejecutar al punto. Tan luego como fué conocida esta noticia, que no se trató de tener oculta, muchos hombres adictos á Napoleon y á la causa de que era representante, censuraron su resolucion ó á lo ménos pusieron en duda que se debiera calificar de prudente. Sin pretender que Napoleon se vengara de la ordenanza y de la declaracion del 6 y del 13 de marzo, á una dijeron que se hallaba empeñada una terrible lucha, que sus peripecias serian numerosas y extrañas, que muchas cabezas estimadisimas por Francia se podrian hallar en manos del enemigo, y que sin dejar de tener al duque de Angulema todos los miramientos debidos, no fuera inútil guardarle en rehenes. No parándose Napoleon á negar lo que en esta manera de ver hubiese de más ó ménos fundado, principalmente persistia en hacer que su conducta contrastara con la de sus adversarios, y en este contraste hallaba mayor ventaja que en la conservacion de la prenda más valiosa. De ningun modo se arrepintió de la aprobacion dada, ni cuando, al expirar este mismo dia, por un nuevo despacho supo lo que no habia presumido al pronto, que aun la capitulacion no estaba ejecutada, y que el príncipe seguia detenido en el puente del Espíritu santo. Todavía era ocasion de mudar de consejo, y de obrar á tenor de las opiniones de

los que no aprobaban la capitulación estipulada. Una larga conversación tuvo con Mr. de Basano sobre este asunto, y explicóse del siguiente modo:—Quizá convendría retener al duque de Angulema, y reservar me así unos rehenes que podrían ser de gran provecho en la situación grave y oscura en que nos hallamos al presente. Pero no lo haré de ningún modo; más vale enseñar á los soberanos nuestros enemigos la diferencia que existe entre ellos y mi persona —Orgullo bien entendido este, pues demostraba la necesidad que Napoleon tenía de la opinión pública en tales instantes, y además el progreso de las costumbres desde la sangrienta catástrofe de Vincennes. Sin demora confirmó las órdenes expedidas por Mr. de Basano, é hizo que al día siguiente se insertara en el *Monitor* la carta escrita al general Grouchy, y en la cual expresaba que la ordenanza real y la declaración de Viena del 6 y del 13 de marzo le autorizaban para tratar al duque de Angulema del modo que se le quería tratar personalmente; pero que no usaría de represalias, y así el duque de Angulema se podría retirar como los demás miembros de su familia. Napoleon se limitó á exigir al príncipe la promesa de restituir los diamantes de la corona, aunque sin retardar siquiera su partida hasta el cumplimiento de esta promesa.

Napoleon experimentó satisfacción suma á consecuencia del pronto y feliz término de las turbaciones del Mediodía. No había dudado de tal desenlace; pero en la situación presente le eran de gran precio los días y hasta las horas, y le importaba mucho no cansar á sus tropas en falsos movimientos para la represión de la guerra intestina.

Su camino prosiguió la expedición despachada á Lion con toda diligencia, para contribuir á formar el séptimo cuerpo de tropas, destinado bajo las órdenes del mariscal Suchet á velar en custodia de los Alpes. Napoleon mandó ir á París al mariscal Massena, para reconciliarse con este antiguo compañero de armas, sin perjuicio de volverle á enviar de contado al Mediodía, si allí se necesitaba su presencia. Entretanto envió al mariscal Brune para ejercer el mando en Marsella, Tolon y Antibio. Tranquilizado en punto á los medios ofensivos de los españoles, de resultas de los despachos interceptados, ya consideró que el octavo cuerpo, destinado al general Clausel y fuerte de doce regimientos al principio, con seis tendría muy bastantes, y lo formó en dos divisiones, una de las cuales residiría en Burdeos y otra en Tolosa, más bien para reprimir á los realistas meridionales que para hacer cara á los españoles; de los seis regimientos, que de resultas quedaron disponibles, cuatro fueron enviados de reserva á Aviñon, y dos á Marsella, para formar con las tropas sacadas de la isla de Córcega el noveno cuerpo, destinado á la defensa del Var. Reservados estaban los regimientos enviados á Aviñon para reforzar al mariscal Brune ó al mariscal Suchet, segun el sesgo que la guerra tomara en aquella frontera. Aun cuando Napoleon habia aconsejado á Murat que no se diera prisa, siempre aguardaba alguna imprudencia suya, y por esto retiró al mariscal Suchet de Estrasburgo, donde mandaba el quinto cuerpo, y para que atendiera á la formacion del séptimo envióle á Saboya. Por la misma causa puso una reserva en Aviñon con el fin de proporcionarle refuerzos,

y en caso de necesidad hasta pensaba confiarle todo el octavo cuerpo, que se iba á formar junto al Var á las órdenes del mariscal Brune. Ocupándose Napoleon en su plan general sin levantar mano, le añadió un nuevo toque. A sus órdenes debían operar los cuerpos primero, segundo, tercero, cuarto y sexto hácia la frontera del Norte en union de la guardia; y el quinto bajo el mando del general Rapp, desde la traslacion del mariscal Suchet á Saboya, de continuo habia de guardar la Alsacia. Ahora determinó la creacion de un cuerpo intermedio en Befort, donde como es sabido hay un corte entre la cordillera de los Vosgos y la del Jura; este cuerpo se debia componer de una division de línea y de muchas divisiones de guardias nacionales movilizados. Del mando encargó al ilustre Lecourhe, general más hábil que otro alguno para la guerra de montañas, y tenido desde el proceso contra el general Moreau sin empleo alguno. Si Suiza mantenía su neutralidad, segun lo exigiesen los casos, Lecourhe iria á reforzar al quinto cuerpo en Alsacia, ó al séptimo hácia los Alpes. Si en ninguno de los dos puntos se necesitaba su presencia, se mantendria en posicion á fin de estar á la mira de los desemboques de Poligny y de Basilea.

Tras de adicionar su plan de este modo, Napoleon mandó ir á Paris los regimientos que en la guerra civil habian tomado parte, el décimo de línea muy especialmente, y los principales oficiales, que no estuvieran irrevocablemente comprometidos. Su intento era verlos de cerca, y hacer con ellos las paces, y unirlos de nuevo á su causa. Tambien llamó al general Grouchy á su lado, para

premiarle de una manera extraordinaria, no porque á una gran dificultad hubiese dado cima, sino con el fin de patentizar al ejército que en las presentes circunstancias ninguna prueba de adhesion quedaria sin recompensa. Esta expedicion corta, en que apenas se habia disparado un tiro, y en que, si hubo mérito alguno, del general Gilly fué á todas luces, le valió al general Grouchy el baston de mariscal, no dado hasta entonces sino por batallas ganadas. Asi quiso Napoleon estimular la adhesion á su causa, y al mismo tiempo elevar á la mayor graduacion un oficial acostumbrado á mandar las tropas de á caballo, con el objeto de preparar un caudillo á su reserva de jinetes, á los cuales habian privado sucesivamente la muerte ó la defeccion de gefes como Lasalle, Monbrun, Bessiéres y Murat. ¡Ah, que bien pronto se debia arrepentir de este favor excesivo en que la razon politica se sobrepuso á la razon militar bajo todos conceptos!

Perfectamente hacia Napoleon en aplicarse con premura á todo lo concerniente á la guerra, pues cotidianamente estallaban signos del odio implacable de Europa en contra suya. Se ha visto que, de resultas de pedir sus pasaportes las legaciones extrangeras, al punto envió órdenes á los agentes franceses para que se retirasen de los puntos donde estaban acreditados como tales, bien que invitándoles al propio tiempo á declarar que Francia consentia en vivir en paz con las potencias europeas sobre la base de los tratados vigentes. Todos los correos despachados los dias 28 y 29 de marzo con las órdenes citadas, se vieron detenidos en las fronteras. El que se presentó en el puente

de Kehl fué rechazado por un comandante austriaco, que no le quiso recibir ni aun sin escolta. Otro, al pasar por Maguncia, fué detenido y aun maltratado por el gobernador prusiano. Tampoco pudo cruzar los Alpes el encaminado á Suiza y la Lombardia. Procederes eran estos inusitados hasta en tiempo de guerra, pues, segun decia Napoleon, la guerra se hace para lograr la paz, y ni aun en lo más recio y encarnizado de la lucha se vedaron jamás las comunicaciones propendentes á atajar la efusion de sangre. Esta especie de excomunión política sin ejemplo era personal á todas luces y secuela de la extraña declaración de 13 de marzo.

Lejos de ocultar Napoleon la mala acogida hecha á sus correos, á un nuevo paso apeló de mucho mayor bulto que los otros, para que su mal suceso metiera tambien mayor ruido. Y la ocasion ofrecíase naturalmente. Al volver á ocupar el trono de Francia convenia que escribiera á los diferentes soberanos de Europa, dándoles parte de su nuevo advenimiento. A menudo habia estado con ellos en correspondencia como aliado ó soberano suyo, para que ahora no se le pudiera tachar de la presuncion de un advenedizo al obrar de tal suerte. Así de su puño soltó en el papel algunas líneas llenas de templanza y de dignidad, en las cuales declaraba que aceptaba los tratados vigentes y que, si los demás soberanos participaban de sus sentimientos, *la justicia sentada en los confines de los Estados bastaria para guardarlos en adelante*. Como á la sazón la mayor parte de los soberanos se hallaban en Viena, á esta capital debia dirigir á su enviado, y las convenien-

cias exigian que para comision semejante se valiese de uno de sus ayudantes de campo, dado que los soberanos, por lo comun, no tienen otros mensajeros para llevar sus cartas. Al conde de Flahault eligió como uno de los de más nota, de los mejor quistos, de los enviados á las córtes extrangeras más á menudo, y á la par fióle una carta particular para su suegro. Si un simple correo habia sido antes detenido, posible era que á un teniente general se guardaran otras contemplaciones. Efectivamente, del 3 al 4 de abril partió este ayudante de campo, cruzó el puente de Kehl, lo cual no habian logrado los correos de gabinete, penetró en Alemania, y se lisongaba de haber superado los obstáculos todos, cuando de repente fué detenido en Stuttgard de orden de la córte de Wurtemberg. Se le cogieron los despachos, con promesa de trasmítirlos á Viena. Tampoco fué más feliz un capitan de navío de la marina imperial, al tratar de cruzar el paso de Calais. Despachado en calidad de parlamentario á la costa de Inglaterra, no fué tratado como enemigo, mas sí detenido en su marcha; y de igual modo se le quitaron los despachos, que fueron enviados á Lóndres, de donde se le dijo despues que serian abiertos en Viena, y que desde allí se responderia á su contenido, si habia lugar á respuestas.

Para que se comprenda esta singular interdiccion de toda clase de relaciones, fuerza es ahora exponer lo acontecido en Viena, al llegar la noticia del desembarco de Napoleon en las costas de Francia. Al salir de la isla de Elba, su creencia fué que hallaria disuelto el congreso, á lo menos ausentes ya los soberanos, quedando únicamente

para terminar meras cuestiones de redaccion sus ministros. Exactísimos eran estos informes, cuando le fueron comunicados; pero la tardía llegada del rey de Sajonia á Presburgo, la resistencia opuesta por este príncipe á las deliberaciones del congreso y las demostraciones de Murat detuvieron al emperador Alejandro y al rey de Prusia, que mientras quedara por resolver una dificultad no se quisieron alejar de Viena. Asi cuando por avisos enviados de Génova llegó la noticia del desembarco de Napoleon en el golfo Juan á la capital de Austria, allí encontró á los soberanos y á sus ministros, ménos á lord Castlereagh, reemplazado por el duque de Wellington en el congreso. Juntos se hallaban en una fiesta al divulgarse la noticia, y produjo la sensacion que la caida de un rayo. Y á la verdad, figurémonos á aquellos potentados, que tras de ser privados por Napoleon de sus dominios los unos y siempre amenazados con la misma suerte los otros, ya transformados de súbito en vencedores de vencidos, en señores de esclavos, no solo recuperando lo perdido, sino aumentando sus posesiones, estos en una doble, aquellos en una cuarta ó quinta parte, y ahora pasmados ante una vision repentina, y con motivos para creerse vueltos á aquellos terribles años de 1809, 1810 y 1811, en que se hallaban despojados, sometidos y trémulos de miedo, y se comprenderá lo que debieron experimentar en tan duro trance. Su primer sentimiento fué el del espanto, con el cual lisonjeaban á Francia, por creer que once meses le habian sido bastantes para rehacer sus agotadas fuerzas. Este sentimiento fué suficiente para excitar la malicia de los diplo-

máticos ingleses que, no teniendo nada que temer por su patria, gracias al Océano, se burlaban del terror ajeno. A esta consternacion sucedió una violenta ira contra los verdaderos ó supuestos autores de las desventuras que se vislumbraban en perspectiva. Todos los espíritus y todas las lenguas se cebaron primeramente en el emperador Alejandro, que por el tratado de 11 de abril tuvo la imprudencia de conceder á Napoleon la isla de Elba, y despues en los Borbones, que con su manera de gobernar le habian vuelto á abrir el camino de Francia. Todo fué un clamor contra la ligereza de Alejandro y contra la inhabilidad de los Borbones. Tambien se añadia que la inhabilidad tocaba á los que fiaron á tales manos el gobierno de Francia.

Mal se podia ocultar á Alejandro tal desencañamiento en su contra, cuando los que clamaban más fuerte eran los mismos rusos. Por su parte defendíase bien diciendo que el tratado de 11 de abril fué inevitable; que al tiempo de su celebracion á nadie le ocurrió ninguna objecion seria, pues se aspiraba á desembarazarse de Napoleon á toda costa, dado que aún tenia á su disposicion setenta mil hombres, y que, replegándose hacia el Mediodia de Francia, le era posible juntar otros cien mil soldados con los procedentes de los Pirineos, de Lion y de Italia; y que la culpa recaia exclusivamente sobre los Borbones, por negarse á la ejecucion del tratado, por reducir á Napoleon á infringirlo con privarle de la dotacion acordada, y por dejarle expeditos los caminos de resultas de su manera de gobernar á Francia. Además decia que, si era autor del daño, su reparador seria de igual

modo, resuelto como estaba á gastar en esta nueva lucha su último soldado y su último escudo. Hasta aspiró á disimular su confusión con su ira, y á contar desde esta fecha, entre los coligados figuró como el ménos contenido en su actitud, y en su lenguaje y en su conducta.

Bajo la influencia de la exaltacion de que estaban poseidos los miembros del congreso, á nadie le ocurrió ni por asomo reflexionar acerca de si Napoleon tornaria cambiado, ó á lo menos modificado por la desgracia, ni si acaso estaria pronto á aceptar, no solo el tratado de París, sino hasta el de Viena, en cuyo caso no habria que exigirle más que una cosa, la buena fé en el cumplimiento de sus compromisos. Pero la idea de Napoleon pacifico, ó corregido ó modificado, no cruzó por la mente de nadie. Tan solo vióse ante los ojos al formidable capitán, que tan terrible uso habia hecho de los ejércitos franceses, que habia soltado la rienda á una ambicion locamente asiática en plena Europa, y al punto brotó espontánea y simultáneamente en aquellos corazones poseidos de espanto la resolucion de morir todos luchando en contra suya, porque hay instantes en que el miedo engendra al heroismo. De consiguiente, no hubo más que un pensamiento, uno tan solo, el de la guerra universal, sangrienta, encarnizada, hasta la destruccion de los unos ó de los otros.

Sin embargo, antes de formular una declaración terminante, se necesitaba aguardar algunos dias hasta saber si Napoleon salia triunfante, de lo cual se dudaba poco, y si habia tomado á Francia por objeto de su tentativa, de lo cual aun se dudaba menos, y se necesitaba finalmente

adquirir mejores informes para no dar golpes en vago. Efectivamente, alguna incertidumbre quedaba en el ánimo de varios personajes acerca de los designios del fugitivo de la isla de Elba, porque en esta nueva borrasca se echaban unos á otros, no solo la culpa de su retorno, sino tambien el peligro consiguiente. Asi Mr. de Talleyrand acariciaba la persuasion de que Napoleon habia desembarcado en el golfo Juan para caer por Niza y Lenda sobre Italia.—No penseis en nosotros, le dijo Mr. de Metternich con bastante aspereza, sino en vosotros mismos: Napoleon vá camino de Paris sin duda; probablemente ya se halla en Lion á estas horas, y antes de mucho se encontrará en las Tu-llerias.

Mientras quedaba despejada la duda, se puso la mano á lo más apremiante, y lo más apremiante para los coparticipes de la Europa se cifraba en adquirir de seguida los países que se habian adjudicado, y en tomar los títulos de posesion á la faz del antiguo dominador del continente. Para lograr este objeto, la primera providencia consistia en obtener que el infeliz rey de Sajonia accediese á los sacrificios exigidos de su persona. Segun las teorías reinantes de derecho, verdaderas siempre y profesadas con afectacion por entonces, no más que lo que el cedente *abandonaba por sí mismo, de su plena y libre voluntad*, se tenia por bien cedido. De consiguiente era menester que el rey de Sajonia consintiese en el abandono de las provincias codiciadas por Prusia, tras de lo cual Prusia cederia á Rusia lo que esta nacion ansiaba en Polonia, esta última á su turno haria las cesiones convenidas al Austria, y naturalmente se seguiria la série de

mutaciones estipuladas, que eran sacrificios para unos, y engrandecimientos para otros.

Tres plenipotenciarios de los defensores del rey de Sajonia fueron elegidos y despachados á Presburgo; Mr. de Talleyrand por Francia, Mr. de Metternich por Austria, y lord Wellington por Inglaterra. Llegados á Presburgo, adonde Federico Augusto habia sido trasladado poco antes, le hallaron dispuesto á resistir pertinazmente, y poco sensible á los servicios, que suponian sus interlocutores haberle prestado. No lográndose ningún fruto en muchos dias de vivas instancias, los tres plenipotenciarios le hicieron presente que, si no suscribia de una manera formal las resoluciones del congreso de Viena, sin su consentimiento entraria Prusia en posesion de las provincias que se la habian adjudicado, y él quedaria prisionero de la coalicion sin tomar posesion de lo dejado todavía á la corona de Sajonia.

A pesar de no ceder á tales amenazas, este príncipe sin ventura inspiró á los tres negociadores la conviccion de que no haria aguardar mucho su asentimiento. Acto continuo volvieron á Viena para terminar los últimos ajustes. Relativamente al pais de Salzburgo se pusieron acordes Baviera y Austria, y desde entonces los soberanos ya no tuvieron que hacer sino tomar los títulos de sus nuevos dominios. De seguida tomaron el emperador Alejandro los títulos de emperador de todas las Rusias, y de rey de Polonia, y el rey Federico Guillermo los de rey de Prusia, de gran duque de Posen, de duque de Sajonia, de landgrave de Turingia, de margrave de las dos Lusacias, etc. Además del título de emperador de Austria, sustituido

en el año de 1806 al de emperador de Alemania, el emperador Francisco tomó el de rey de Italia, y por medio de un acta solemne, publicada al punto, más allá de los Alpes constituyó el reino Lombardo Veneto, que se debía componer de las provincias italianas situadas entre el Tesino y el Isonzo. En la tal acta se concedió á los italianos el consuelo de formar un reino aparte, como se habia hecho respecto de los polacos. A la par el rey de Cerdeña, á quien Génova le acababa de ser cedida, y el rey de los Países Bajos, á quien mediante la agregacion de la Bélgica se le duplicaron los dominios, se revistieron con los títulos de sus nuevos Estados y con las calificaciones consiguientes. Asi en pocos dias todos los soberanos cuidaron de afianzar sus adquisiciones, para que la guerra ya decidida no pudiera alterar sus posiciones en nada, sino hacerlas definitivas, si resultaba favorable.

Interin atendia cada cual á sus intereses, por fin se supo el dia 12 de marzo la entrada triunfal de Napoleon en Grenoble, y ya no fué posible abrigar dudas acerca de la naturaleza ni del éxito de sus designios. Juntos inmediatamente los personajes del congreso de Viena, se dejó á Mr. de Talleyrand la iniciativa de las proposiciones que le debian ser presentadas. A nadie le ocurrió disputarle allí la calidad de representante de Luis XVIII, ni á su soberano el de rey de Francia, aun siendo general el descontento hácia los Borbones. Por fuerza habia que atenerse á ellos como á la única dinastía posible, ya que el interés comun se cifraba en no admitir á ningun precio la restauracion de Napoleon y de su familia. Aun cuando Mr. de Talleyrand tenia sus descontentos personales con-

tra la corte de Francia, tambien reconocia á semejanza del congreso, y por iguales motivos, la necesidad de atenerse á los Borbones, y además se hallaba sobradamente comprometido por su causa, para que titubease en tal coyuntura. Muy al cabo de que la mejor manera de perjudicar á Napoleon á los ojos de Francia, extenuada por veinte y dos años de guerra, sin duda consistia en presentarle como irreconciliable con Europa, al punto le ocurrió la idea de reproducir pura y simplemente por el congreso la ordenanza de Luis XVIII del 6 de marzo, y de tratar á Napoleon como un facineroso, que habia roto su condena, y á quien se debia dar muerte al punto que fuera habido, sin más que identificar su persona. Extraño procedimiento era este respecto de un hombre, que habia reinado con tanto lustre y por tanto tiempo; mas la irritacion era tan de bulto que no daba lugar á que se reflexionara sobre los actos, ni sobre su forma. Mr. de Talleyrand propuso de consiguiente declarar que, habiendo violado Napoleon Bonaparte la convencion de 14 de abril, y *destruido de esta suerte el único titulo legal sobre que reposaba su existencia*, se le debia poner fuera de la ley de las naciones, tratándole á tenor de declaracion semejante, en el caso de ser capturado. Algo hubieran podido objetar á tal procedimiento la generosidad de Alejandro y la moderacion de Austria; pero ahogaron todo argumento en contra de la propuesta, la ira por parte del uno, y el temor de infundir sospechas por parte de la otra, y así, despues de suprimidos dos ó tres vocablos extremadamente odiosos, la declaracion fué adoptada con fecha 13 de marzo, y expedida por correo extraordinario á Es-

:

trasburgo, con el fin de que se publicara á lo largo de las fronteras, y de prestar á la causa real de este modo, si aún era tiempo, el servicio de dar á conocer á Francia la implacable unanimidad que en contra de Napoleon manifestaba toda Europa.

Algunos dias pasaron los personajes del congreso de Viena en espera de noticias, ora admitiendo la certidumbre del triunfo de Napoleon en su tentativa, ora poniéndolo en duda á la menor vislumbre de esperanza, y entretanto no se pensaba por todos más que en la guerra próxima y sañuda. Prusia por recrudescencia de todos sus ódios, Rusia por ira de que su generosidad le saliera á la cara, Inglaterra por miedo de perder sus ventajas inmensas, Austria por fria conviccion de la imposibilidad de evitar la lucha, y tambien por temor de inspirar desconfianza á sus aliados. Merced á la sangre fria del emperador Francisco y de Mr. de Metternich, sin embargo de no tener ménos que perder que las demás potencias, Austria miraba la situacion con mayor calma. No estaba distante de creer verosímil que Napoleon aceptaria ante todo los tratados de París y de Viena; hasta admitia la eventualidad de que, aleccionado por la experiencia, se resignara á las pérdidas territoriales de Francia y que, ya cubierto con las glorias de la guerra, se aplicaria á adquirir las de la paz y á entrelazar un ramo de oliva a los numerosos laureles, que a su frente daban grata sombra. Pero no lo sabia á ciencia cierta. Además podia tambien ser que, inconsolable de resultas de haber perdido la grandeza de Francia por culpa suya, Napoleon empezara por tomar algun descanso y por dársele tambien á Francia, para dar lugar á que se disol-

viere la union europea, hasta que, rehechas sus fuerzas militares, á la par que estuviesen disminuidas ó dispersas las de sus contrarios, se lanzara de nuevo á la lucha para tornar á los tratados de Campo Formio y de Luneville, ya que no á los de Tilsit y de Viena. Esta segunda hipótesis igualaba sin duda en verosimilitud á la primera, y aun cuando pareciera ménos fundada, en la duda se debia ir á lo mas seguro, y lo más seguro á todas luces era trabajar de seguida en la ruina de Napoleon y por todos medios que estuvieran al posible alcance. De este modo, sin ser tan rencorosa como Prusia, ni tan puntillosa como Rusia, ni tan codiciosa como Inglaterra, fria y vigorosamente resuelta se hallaba Austria á venir á las manos. Solo que en sus consejos habia algunas divergencias sobre los medios de arrastrar á Napoleon á su ruina. Algunos estadistas austriacos discurrían que vuelto Napoleon á los once meses de reinar los Borbones, y colocado en medio de los partidos recién despiertos, se iba á encontrar en muy singulares embarazos, y que, limitándose á fomentar las divisiones intestinas, quizá se evitaria el peligro de apelar en su contra el medio terrible y dudoso de la guerra. Pero este cálculo sagaz no estaba en armonia con las ardientes pasiones del momento, y podia acaso hacer sospechosas las intenciones de Austria, por ejemplo dando márgen á creer que deseaba la regeñcia de Maria Luisa, y perjudicando así á lo que se miraba como la salvacion de Europa, esto es á la perfecta union de los coligados. Austria adhirióse pues, sin pasion á la par que con firmeza al proyecto de una guerra destructora por dos razones decisivas, una la desconfianza inspirada por Napo-

leon, y otra la necesidad hondamente sentida de la union europea.

Muy atentos á no inspirar el recelo más leve, á una el emperador Francisco y Mr. de Metternich pusieron el esmero en apoderarse de María Luisa y en precaver cualquiera imprudencia suya. No les faltaban medios para avasallarla á sus desig-nios, pues tenian la fuerza, y la persuasion con ayuda del ducado de Parma. Pero a la verdad no necesitaban tantos recursos para triunfar del carácter de esta princesa. Ya se habia rendido, no solo á la voluntad de su padre, lo cual era digno de excusa, sino á la de un dominador, que habia adquirido sobre su ánimo el mayor ascendiente, y no era otro que el conde de Neiperg, ya su guia, y su defensor, y su único amigo. Aislada y débil por extremo, no supo resistir ni á los agasajos, ni á las ventajas personales del conde, y olvidó completamente lo que debia á su clase, á sus deberes, y á su triste á la par que glorioso destino. Por un instante, al saber los primeros triunfos de su esposo, se sintió profundamente conmovida y como apesada de lo pasado. Mas de seguida, pensando en que tenia que romper las cadenas austriacas, y pensando muy particularmente en sus deslices, no tardó en optar por la vida sosegada, opulenta y libre que la aguardaba en Parma, renunciando á los azares de una carrera tempestuosa, muy por encima de su frágil temple. Bueno es añadir para no calumniar á esta princesa que, si era débil esposa, no dejaba de ser excelente madre, y muy sensata, aunque de escasas luces; que si creia en el genio de su marido, tambien desconfiaba de su prudencia, y ponía muy en duda su manteaimien-

to definitivo sobre el trono; que al volver á su lado temia comprometer el patrimonio de su hijo, sin asegurar la corona de Francia en sus sienes, y que, forjando el destino futuro de este hijo á tenor de sus aficiones, mejor le queria proporcionar un patrimonio seguro en Italia que una grandeza quimérica en Francia; cálculo sin elevacion de ninguna especie, aunque no hecho al aire, segun los sucesos lo acreditarán bien pronto.

De consiguiente, el emperador Francisco y Mr. de Metternich hallaron completamente persuadida á María Luisa, y del todo resignada á las condiciones de su política, si bien al precio del ducado de Parma. Estas condiciones eran que no saldria de Viena; que por via de interinidad entregaria su hijo al emperador Francisco; que sin demora transmitiria cuantas comunicaciones recibiera directa ó indirectamente de su esposo al gabinete austriaco, el cual las depositaria selladas sobre la mesa del congreso. Sin réplica aceptó las tales condiciones á pesar de lo muy humillantes; desde luego entregó su hijo al emperador Francisco, el cual le amaba entrañablemente, y además pasó á sus manos cuantas cartas la llegaron de Napoleon por varios conductos, proceder que no deja lugar á ninguna excusa. Con todo, para obrar con cierta franqueza, María Luisa tuvo una explicacion con Mr. Meneval, personaje fiel á Napoleon y que se mantenía á su lado. Claramente le dijo que nunca volveria á Francia; que, no habiéndose unido á su esposo vencido y prisionero, tampoco se le uniria triunfante y restablecido sobre el trono; que, fatigada de agitaciones, se queria ya reducir á la vida privada, para consagrarse exclu-

sivamente á su hijo, y depararle un porvenir modesto y seguro. Habiéndola hecho Mr. Meneval observar que el ducado de Parma, constituido primeramente como hereditario, ya no se constituía sino á título de vitalicio, le respondió que no había podido obtener otra cosa; que era muy de sentir sin duda; pero que, con este ducado y mediante economías prudentes, en el transcurso de veinte años podría asegurar á su hijo una gran fortuna, lo cual no conseguiría de simple archiduquesa; que además en Bohemia tenía feudos considerables, donados en compensación del derecho hereditario al ducado de Parma; que su hijo sería archiduque, y archiduque opulento como no era frecuente en Austria; que así le deparaba la fortuna, según la comprendía su mente; y que en todo esto no había obrado más que como madre, y madre según sus ideas, si bien madre tan poseída de abnegación como de ternura.—De este modo hablaba y pensaba muy sinceramente la esposa de Napoleón Bonaparte, no la que había tomado en la condición privada, sino la que á la sangre de los Césares había pedido en el auge de su próspera suerte. Al oír Mr. Meneval tal lenguaje se limitó á bajar con dolor la cabeza sin decir más palabra, si bien revelando su desaprobación respetuosa.

A consecuencia de estas resoluciones el hijo de Napoleón fué arrebatado á su madre, y conducido á pesar de sus lamentos infantiles al palacio de su abuelo, de quien ya no se debía apartar en la vida. Depositadas fueron sobre la mesa del congreso de Viena las cartas llegadas á María Luisa por Mr. Meneval ó Mr. de Bubna, á causa de poner Austria el mayor esmero en probar á sus aliados

que con Napoleón no mantenía ninguna inteligencia secreta. Al precio de esta sumisión obtuvo María Luisa que la soberanía vitalicia de los ducados de Parma y Placencia le fuera garantida por todas las cortes.

Muy pronto á estas cartas se sucedieron otras, de las cuales se prometieron en París el efecto más venturoso, y que lo causaron al revés en Viena. Defendido fué el correo despachado al príncipe Eugenio por su mayordomo, y portador de las cartas de la reina Hortensia para su hermano, para María Luisa y para otros altos personajes, y depositados fueron igualmente los despachos que llevaba sobre la mesa del congreso. Particularmente en el ánimo del emperador de Rusia produjo la lectura de estas cartas una impresión por extremo desfavorable. Alejandro, que nada se habituaba á hacer con mesura, ni en París dejó la casa de la reina Hortensia, ni en Viena el brazo del príncipe Eugenio, con quien paseaba de cotidiano. Por su influjo poseía el ducado de Saint Leu la reina Hortensia, y aunque sin fruto esforzóse por proporcionar al príncipe Eugenio una pequeña soberanía. En el estado de emoción de su alma á causa de la vuelta de Napoleón al continente, se llegó á persuadir de que el hermano y la hermana habían estado en el secreto de la expedición de la isla de Elba, y de que le habían engañado el uno y la otra, y se abandonó á una cólera á la par sincera y fingida, por estar mejor á su amor propio aparecer vendido que engañado. Por consiguiente hasta llegó á hablar de prender y de encarcelar al príncipe Eugenio. Después de reflexionarlo algun tanto y de oír las explicaciones del

príncipe mismo, le dejó la libertad bajo promesa de que no saldría de Viena.

Todas estas cartas demostraban lo que era fácil prever hasta lo sumo, esto es, que Napoleon no habia sido muerto ni capturado en el camino; que no habia aspirado en represalias á matar á los Borbones, sino que los habia expulsado de Francia, y que nuevamente habia subido al trono, con el designio de ofrecer la paz y el respeto á los tratados. Pero poco importaba á los principes reunidos en Viena que Napoleon se mostrara cruel ó generoso; que tornara corregido ó no corregido por los sucesos, pacífico ó belicoso, libre ó ligado por nuevas instituciones, pues los ménos prevenidos en su contra abrigaban el convencimiento de que una vez restablecido sobre el trono, y rehechas las fuerzas de Francia, á la par que las de la coaliciou ya estuviesen dispersas, cuando ménos trataria de recuperar las fronteras mermadas al presente, y entonces unos tendrian que restituir la mitad del reino de los Países Bajos, y otros la mitad de la Polonia, de la Sajonia y de la Italia. Por tanto no habia que andar en vacilaciones, dado que así la prevision como el orgullo instaban á que se aprovechara la ocasion de no estar rehechas las fuerzas de Francia ni diseminadas las de Europa, á fin de aniquilar de seguida al hombre formidable que habia llegado á poner en tela de juicio la dominacion ejercida sobre Europa, y el contrato leonino de Viena para la distribucion de territorios.

Así tan luego como tuvieron mejores noticias, de la primera y violenta declaracion del 13 de marzo pasaron á actos más prácticos y temibles,

si bien ménos salvages en la forma. En virtud de un tratado, que renovaba la alianza de Chaumont pura y simplemente, se resolvió la guerra inmediata. Segun se debe hacer memoria, por esta alianza se estipulaba que cada potencia de las cuatro coligadas mantendria en pie de guerra ciento cincuenta mil hombres hasta que el objeto del pacto comun se hubiese llevado á remate. Mucho distaba este contingente de indicar todos los esfuerzos que se querian hacer por arrastrar á Napoleon á completa ruina, sobrentendiéndose que cada potencia de las obligadas á suministrar por lo ménos el número de hombres ya estipulado, para el triunfo de la causa comun emplearia todos sus recursos. Tambien se convino en que se entenderian como antes acerca de la direccion de los ejércitos coligados, en que nada harian los unos sin los otros, y sobre todo en que no se oiria ninguna palabra del enemigo sin transmitirla á la coalicion de contado, por ser la única autorizada para responder y entrar en negociaciones. Asimismo resultaba de este tratado que Inglaterra empezaria nuevamente á suministrar los seis millones de libras esterlinas de los subsidios ofrecidos durante la guerra, y además una indemnizacion en dinero por todo lo que le faltara de los ciento cincuenta mil hombres de su contingente.

Ya que no más grave, para Inglaterra era este compromiso mas oneroso; pero de tal modo se servia en una guerra de esta índole á sus ódios y á sus intereses, que las potencias aliadas no se consideraban impelidas á la gratitud al aceptar su dinero. Solamente Inglaterra no estaba representa-

da en Viena ni por un soberano, ni por un primer ministro, desde que lord Castlereagh se habia encaminado á Lóndres. Pero el sucesor de este personaje, lord Wellington, á causa de sus eminentes servicios y de su popularidad en Inglaterra, no temia cargar con la responsabilidad de ningun acto; y á pesar de no haber aun recibido instrucciones por falta de tiempo, no vaciló en abrazar su partido. A su juicio bien merecia la pena de que se volviera á empezar la guerra el grande objeto de mantener el estado de cosas que Inglaterra acababa de conseguir que se estableciera en Europa, confusamente esperaba acrecentar su gloria en esta guerra, y no temia comprometer á su gobierno, bajo la seguridad de no quedar desairado, cualquiera que fuese la opinion que se formara de su conducta. Asi firmó sin hacer objecion alguna, y más bien fué excitador que atraído en la celebracion de los nuevos ajustes.

Bien deseaba el representante de Francia figurar como parte en este tratado, para mejor asegurar la situacion de los Borbones, pues habia echado de ver que se les miraba de reojo á causa de su torpeza, y que, si respecto á la necesidad de derrocar á Napoleon habia el más cabal acuerdo, no era tan grande ni con mucho el existente en punto á la manera de reemplazarle sobre el trono. Animadísimo en favor de los Borbones, y perdiendo en esta coyuntura el buen tino de las conveniencias, de que estaba dotado en grado sumo, Mr. de Talleyrand no paró mientes en lo repugnante que seria la firma del plenipotenciario francés al pie de un tratado, cuyo objeto era una guerra á muerte contra Francia. Asi en fir-

mar puso el empeño; pero sus cooperadores le evitaron una indiscrecion de tanto bulto por un motivo que les era personal del todo. A los ojos de los pueblos, y del inglés muy particularmente, no querian los soberanos aliados que apareciese de ninguna manera que tornaban á dar principio á las hostilidades por el restablecimiento de los Borbones, y ponian el empeño en patentizar que solo trabajaban en interés de Europa. De consiguiente determinaron figurar solos como los principales contratantes, si bien otorgando que se pudiesen adherir á su voluntad las demás potencias. Del 25 de marzo es la fecha del tratado, en cuya virtud se renovaba la alianza de Chaumont por completo, y para su aprobacion fué remitido sin la menor tardanza á Londres. Hasta aqui se mantuvo secreto, no precisamente en su contenido, mas sí á lo ménos en sus palabras textuales.

Con puntualidad se determinaban el fin y los medios, no faltando más que especificar su mejor uso. En la morada del príncipe Schwarzenberg hubo conferencias militares, á las cuales quiso absolutamente asistir el emperador Alejandro. Allí discutieron el plan de campaña el príncipe de Schwarzenberg por Austria, el emperador Alejandro y el príncipe Wolkonsky por Rusia, Mr. de Knesebeck por Prusia, el duque de Wellington por Inglaterra. Inmediatamente desearan dar principio á las hostilidades, y el duque de Wellington aparecia más animado en este deseo, ostentando ya la pretension de representar el principal papel en esta campaña. Pero á fin de caminar sobre seguro, se resolvió no emprender nada, sin que antes entrasen en línea fuerzas considerables, de

suerte que cada uno de los ejércitos coligados se pudiera sostener por sí propio en contra del común enemigo. Se dividieron las fuerzas de la coalición en tres columnas principales. Destinada estaba la primera á operar en Italia, donde los austriacos daban por supuesto que Murat procedería de acuerdo con Napoleon. Celosos los austriacos respecto de todo lo relativo á aquella comarca, se proponían emplear allí no menos de ciento cincuenta mil hombres. Despues de repeler á Murat en sus ataques, esta porción de las fuerzas coligadas tenia orden de trasladarse por el monte Cenis á Saboya.

A Francia debían tener por teatro de operaciones las otras dos columnas, y á París por objeto. Una debía asomar por el Este, desde Basilea hasta Maguncia, componiéndose de austriacos, de bávaros, de badenses, de wurtembergeses, de heseses, de rusos, y ascendiendo á un total de doscientos mil hombres. Esta columna del Este no podía operar ofensivamente hasta que llegara á las márgenes del Rin el contingente ruso de ochenta mil soldados, que habia de cruzar la Galitzia, la Bohemia y la Franconia, lo cual era imposible antes de mediados ó fines de junio.

Hacia el Norte debía operar la última columna, que figuraba como la primera en importancia. Se hubiera querido componerla de ingleses, de belgas, de alemanes del Norte, particularmente de prusianos, y colocarla bajo las órdenes del duque de Wellington, cuya prudencia inspiraba una confianza absoluta. En este caso la columna del Norte ascendiera quizá á doscientos cincuenta mil combatientes, con los cuales se acabalaran los seis-

cientos mil hombres de tropas activas, que se li-songeaban los soberanos aliados de tener reunidas, sin contar las reservas rusas, austriacas, alemanas, que elevarian la masa total á setecientos cincuenta ú ochocientos mil soldados. De buena voluntad fuera aceptado el mando del duque de Wellington por los prusianos, en quienes el odio hacia enmudecer al orgullo; pero el amor propio de Blucher oponia un obstáculo á tal providencia. Asi hubo necesidad de obrar con maña, para superar este embarazo. Debiendo suministrar los holando-belgas por lo menos cuarenta mil hombres, y teniendo un interés fuera de línea en esta guerra, se determinó que el duque de Wellington los tuviera bajo su mando, á pesar del mérito y del justo amor propio del príncipe de Orange, hijo del nuevo rey de los Países Bajos. Ninguna repugnancia podian sentir de militar á las órdenes del generalísimo británico los hanoverianos y los brunswickeses. Asi lord Wellington reuniria cuarenta mil holando-belgas, cerca de veinte mil alemanes del Norte, y si se agregaban sesenta mil ingleses, sus fuerzas subirian á ciento veinte mil soldados, sin contar doce ó quince mil portugueses que esperaba obtener de la corte de Lisboa. De España no aguardaba ningun refuerzo. Sin embargo, no era cordura presentarse delante de Napoleon con ciento veinte mil combatientes; pero se calculaba que el ardoroso Blucher, no querria dejar á lord Wellington la gloria de parecer en línea el primero; que avanzaria con ciento ó ciento veinte mil prusianos; que á impulsos de su pasión por combatir se mostraria docil; que de este modo sin ajuste expreso se pondria, no bajo el mando, pero sí bajo la direc-

cion del general de Inglaterra, que de consiguiente lord Wellington tendria á su disposicion doscientos cuarenta mil hombres; que, arrancando esta masa del Norte, á la par que la del príncipe de Schwarzenberg arrancara del Este, se haria lo que el año anterior se habia ejecutado, y que empujándose hacia Paris unos á otros, se acabaria por ahogar allí de nuevo á Napoleon en los cien brazos de la coalicion europea. Con el segundo ejército ruso, que á las órdenes de Barclai de Tolly debia seguir al primero, y con las reservas prusianas, que se habian de incorporar á Blucher muy pronto, aun entrarian en línea otros ciento cincuenta mil hombres, y con seiscientos mil hombres no se dudaba de agobiar á Napoleon del todo, y más suponiéndose que no podria allegar más de doscientos mil soldados, agotada como á la sazón se hallaba Francia de recursos.

Por exactísimos se tuvieron estos cálculos exagerados, aunque próximos á la verdad sin duda, é inmediatamente adoptóse el plan de campaña. Ya estaban en marcha las tropas austriacas destinadas á Italia, pues en este punto no habia necesidad alguna de excitar el celo del gabinete de Viena. Se convino en que á Basilea se encaminaria el segundo ejército austriaco lo más pronto posible; en que los bávaros, que ya tenian cerca de treinta mil hombres se apresuraran á agregar otros veinte mil á sus tropas; en que á los badenses, á los wurtembergeses y á los heseses se estimulara en igual sentido; en que se rogara á Inglaterra que suministrase á los aliados de segundo orden algunos socorros, además de sus larguezas pecuniarias respecto de las grandes poten-

cias; y en que Inglaterra y los Países Bajos no perdieran un solo día, á fin de juntar una primera masa de fuerzas capaz de hacer cara á Napoleon, si éste salia á campaña antes de mediados de junio, fecha calculada para dar principio á las hostilidades. Al punto quiso partir el duque de Wellington con el designio de dar alguna consistencia á las tropas belgas, holandesas, hanoverianas, alemanas, reconcentradas en los Países Bajos. Trasladándose más cerca de Lóndres, tambien llevaba el propósito de sostener el valor de su gobierno, y de inducirle á ratificar los empeños que habia contraido, sin estar autorizado. A la par se le recomendó que diera algunos consejos á los Borbones, retirados á Bélgica, y se le deseó propicia suerte en la nueva lucha á que iba á dar principio. Los soberanos resolvieron permanecer en Viena hasta la llegada de sus tropas, que apresuraban de todos modos, determinados á seguir el cuartel general del príncipe de Schwarzenberg, asi que estuvieran en línea, como lo ejecutaron durante la anterior campaña.

Por entonces Mr. de Montrond, encargado de la comision secreta ya enunciada, felizmente habia llegado á Viena, merced á su habilidad, y á su osadía, y á los disfraces de todas clases de que hizo uso. Su primera visita fué á Mr. de Talleyrand, á quien le ligaba una familiaridad de antigua fecha. Dotado estaba de sagacidad suma para que no descubriera desde luego hasta qué punto estaba comprometido este alto personaje por la causa de los Borbones, y tambien era sobradamente avisado para tentar esfuerzos ociosos. Por tanto se contuvo asi que vió cuán tomado tenia

Mr. de Talleyrand su partido; pero queria indagar si se mostraban igualmente absolutas las demás legaciones, ménos interesadas que la de Francia en la cuestion de dinastía. Con Mr. de Nesselrode se avistó acto continuo, y trató de demostrarle como á todos que la revolucion de 20 de marzo correspondia á pasiones vivísimas en Francia, así del ejército como del pueblo de las ciudades y de los campos; que Napoleon hallaria muchos brazos á su servicio, y seria formidable la lucha en su contra; que la prudencia aconsejaba pesar la dificultad antes de arrostrarla resueltamente, y que si los Borbones eran el verdadero objeto de esta lucha, no merecia la pena de los esfuerzos que se iban á hacer para llevarla á cabo. Mr. de Montrond poseia talento de sobra, y además era harto conocido de los diplomáticos á quienes dirijia sus observaciones, para que se creyeran obligados en cierto modo á explicarse. Aun tomando en cuenta sus informes, no aparecieron sorprendidos, ni desalentados. Le dijeron que en Viena de ningun modo se forjaban ilusiones sobre la gravedad de la lucha; pero que estaban resueltos á llevarla hasta el último extremo, es decir, hasta la caida de Napoleon, respecto de quien se habia ya tomado un partido irrevocable, si bien acerca de sus sucesores en el trono, aun prefiriendo á los Borbones, los aliados estaban prontos á obrar en el sentido que juzgaran más conveniente.

Este singular enviado de Napoleon, viniéndolo á ser de Mr. Fouché solidariamente, no quiso dejar de tantear si habria alguna eventualidad favorable á la regencia de María Luísa. Pero halló

al Austria enteramente contraria á esta regencia, y á las demás potencias de igual modo, y trató de introducirse en los jardines de Schoenbrunn para averiguar cómo pensaba la misma princesa. Allí se presentó como aficionado á las flores, y logrando hablar con Mr. Meneval sin inspirar ningún recelo á la policía austríaca, le dijo que si María Luisa quería prescindir de la etiqueta y fiarse de su persona, la trasladaría en union de su hijo á Estrasburgo, y hasta salía garante del buen éxito de este raptó. Entonces Mr. Meneval le dijo que María Luisa se mostraba tan fria respecto de su regencia propia como los soberanos reunidos en Viena, y que solo tenía pasión hácia el nuevo porvenir que se había forjado, y en el cual no representaba el único papel su hijo. No insistió Mr. de Montrond de resultas, y tras de entregar fielmente las cartas de que era portador y de recibir las contestaciones, que estaba resuelto á llevar con la puntualidad misma, viendo que Napoleon era imposible, á no alcanzar triunfos extraordinarios, y que María Luisa no entraba en la mente de ninguna de las córtés, antes de su partida esforzóse por averiguar si sería aceptable al buen sentido práctico de los coligados el duque de Orleans, príncipe á quien tenía personal afecto, y con quien estuvo desterrado en Sicilia. A Inglaterra encontró siempre celosa por la persona de Luis XVIII, á Austria pertinazmente apegada al principio de la legitimidad, á Prusia indiferente á todo lo que no fuera la caída de Napoleon, y solo á Rusia inclinada en la persona de su soberano á un cambio de dinastía en Francia, á favor de la rama segunda de la casa de los Borbones. Adquirida esta cer-

:

tidumbre, Mr. de Montrond partió de Viena sin revelar de quien era emisario, tras de servirle poco á causa de que en su favor no se podia nada, tras de tentar algo en ventaja del príncipe á quien profesaba grande afecto, y resueltísimo á decir en París la verdad desnuda, hácia la cual tenia la inclinacion irresistible que inspira á los espíritus superiores. Se encargó de una larga carta de Mr. de Meneval, en que, guardando este fiel servidor el respeto, de que no se apartaba nunca, daba á Mr. de Caulaincourt muchos pormenores acerca de María Luisa y de la córte de Viena, por ser importante que á Napoleon no se le tuvieran ocultos. Cuanto le fué posible apresuróse Mr. de Montrond á llevar á París las noticias que se habia proporcionado en fuerza de industria.

No conoceríamos bastante el estado de Europa, si, limitandonos á considerar lo que pasaba en Viena, no fijáramos por un momento la vista sobre lo que al propio tiempo acontecia en Lóndres. Aun cuando los soberanos hubiesen procedido en Viena como gentes que no habian mudado nada, y que guardaban á Napoleon un odio implacable, lo que es en Inglaterra, sin querer ni por asomo renunciar á ninguna de las ventajas conseguidas, se habian modificado mucho las opiniones. Sin duda el interés es uno de los móviles de Inglaterra, como de todas las naciones, sin excluir las más ilustradas; pero tambien representan un papel en sus resoluciones el sentimiento del derecho, la simpatia hácia los oprimidos, si bien cuando no lo son por su mano, la imaginacion y el amor á lo grande; y se desconoceria uno de los rasgos más notables del carácter británico si estas

disposiciones distintas no se tuvieran muy en cuenta. Ya no sentia las pasiones ardientes de que estaba animada un año antes, aun sin llegar á ser amiga de Napoleon ni de Francia. Calmada la embriaguez del triunfo, se habia entregado á las delicias de la paz, y su imaginacion se apacentaba con magnificas perspectivas comerciales. Once ó doce meses acababa de gozar de sosiego, y le bastaron para desparramar sus mercancías por todo el globo, y así avaloró en el debido precio una libertad de comunicaciones tan provechosa para su industria. A la par las breves reflexiones, que tuvo espacio de hacer en tiempo tan corto, la revelaron toda la extension de las cargas resultantes de la última guerra, y se pudo facilmente convencer de que si esta guerra le habia valido mucho, no le habia costado poco. Su deuda triplicada y subida hasta el extremo de absorber la mitad de los rendimientos del *income tax*, contribucion tan odiosa por la forma como por la esencia, y convertida para su sistema rentístico en una necesidad permanente, contrapeso enorme formaba respecto de sus adquisiciones en ambos hemisferios. Lo que se llamaba *comisariat*, ó administracion ambulante detrás de los cuerpos de tropas, en España habia dejado deudas considerables, y en América se habian contraido recientemente, con la circunstancia de urgir su pago. En tal situacion no era del gusto de nadie que se tornara á empezar la guerra: ¿Y por quién y para qué se la volveria á dar principio? Si se trataba de las ventajas adquiridas, Napoleon anunciaba la resolucion de mantener la paz sobre la base de los tratados de París y de Viena, y si verdaderamente se podia

muy bien dudar de su palabra, gran prenda de sinceridad se tenia en su interés mismo. Además de su deseo de complacer á Inglaterra daba testimonio la prisa que se habia dado á abolir la trata de negros; providencia que de la manera más espontánea acababa de adoptar por entonces. No sabiendo para qué se haria la guerra, se preguntaban por quién se emprenderia nuevamente. Con evidencia contra Napoleon y por los Borbones; y los Borbones habian perdido mucho á los ojos de los ingleses, á la par que Napoleon habia ganado alguna cosa.

Sin duda habia lisongeadó á Inglaterra el cumplimiento dirigido por Luis XVIII al príncipe regente; pero del gobierno de los Borbones concibió despues una idea severa hasta lo sumo. Asi como tuvo por odioso el de Fernando VII en España, de torpe calificó el de Luis XVIII en Francia, y de poco ilustrado, y de propio únicamente para arrastrar á su familia á la catástrofe que se le vino encima. Nadie tuvo por conducta sensata la de armarse en favor de los Borbones, y con el objeto de imponer á Francia un gobierno, que para sí no querria Inglaterra. Al mismo tiempo Napoleon habia ganado cuanto en la estimacion general habian perdido los soberanos congregados en Viena. Su ambicion insaciable y subversiva era lo que se le habia echado más en cara. Ahora bien, los ingleses acababan de ver con desaprobacion muy viva el abandono de Polonia al emperador Alejandro, la desmembracion de Sajonia en provecho de Prusia, la anexion de Venecia al Austria, y de Génova al Piamonte, y sin pararse á reflexionar sobre si tales sacrificios eran consecuencia forzo-

sa de los ajustes que les tocaban más de cerca, sin parar mientes en si hacian ellos mismos lo que censuraban en los otros, se dieron á decir que no valia la pena de acriminar la ambicion de Francia, para pecar en igual sentido. Además, como se hallan dotados de una imaginacion lozana, para los ingleses habia Napoleon recuperado su prestigio todo con su maravilloso regreso de la isla de Elba. Esta vuelta, con el asentimiento aparente de Francia le ponía bajo el amparo de un principio fundamental en Inglaterra, y sostenido contra sus diversos ministerios por espacio de veinte y cinco años, el del *gobierno de hecho*. Por consiguiente, á las masas imparciales parecia conducta fuera de razón é inspirada solo por las preocupaciones inveteradas de la escuela de Mr. Pitt, la de lanzarse en tales circunstancias nuevamente á una encarnizada lucha, y perpetuar el *income tax*, cuya supresion se creía cercana, y añadir nuevas cargas á una deuda ya muy enorme, y cerrarse las vias del comercio recién abiertas, y arrostrar los males de la guerra de que se creían ya redimidos, y todo en favor de principes de capacidad escasa, y contra otro príncipe muy capaz sin duda, bien que antes de tomarse tiempo con el fin de conocer si volvía corregido por la desgracia.

Muy al cabo del cambio que en la opinion pública se habia operado, no se comprometiera tan fácilmente el gabinete inglés como el duque de Wellington lo acababa de hacer por entonces, si se hallara presente en Viena. A lord Liverpool y á Mr. Vansittart, que por cierto no eran amigos de Francia, les repugnaba mucho empeñarse en una nueva guerra; y á pesar de las relaciones que

lord Castlereagh habia contraido en el continente, no se mostraba ménos zozobroso que sus colegas del estado de los ánimos en Inglaterra, y comprendia la necesidad de guardar las debidas contemplaciones. Por combatir estas disposiciones de los ministros británicos pugnaba la emigracion llegada á Londres. Enviado por Luis XVIII, les comunicó el duque de Feltro, no solamente los datos, que en su larga práctica de administracion imperial tenia adquiridos, sino los documentos más modernos y positivos, que se habia proporcionado á consecuencia de sus recientes funciones ministeriales. Tambien se aplicó á tranquilizarlos en punto á los peligros de la guerra, con ponerles de manifiesto que, á su salida de París el día 19 de marzo, no tenia Francia más de ciento ochenta mil hombres sobre las armas, sin que pudiera juntar más de cincuenta mil en un mismo punto, y que, á pesar de toda la actividad imaginable, no lograria Napoleon llevar más de cien mil á un campo de batalla, despues de proveer á las guarniciones de lo interior y de las plazas fuertes. Á estas razones se agregaban las promesas de varios realistas del Oeste, afirmando que, si se desembarcaban algunos recursos en material sobre las costas de la Vendée y de Bretaña, los paisanos se levantarían como antes, y operarían una diversion imponente, con lo que las fuerzas de Napoleon serían divididas y darian ménos cuidado. De todo esto se deducia que, mediante un esfuerzo vigoroso, y rápido muy especialmente, Napoleon seria derrocado al punto, quedando tranquila cada potencia respecto de la posesion de las ventajas conseguidas en la anterior campaña. Cuando los ministros

ingleses se aplicaban á pesar estas razones en pró y en contra, de pronto supieron que lord Wellington les habia comprometido en la coalicion de nuevo, sin dirigirles ninguna consulta, y así el temor de romper la union europea, como la condescendencia respecto del negociador británico, y la propension de lord Castlereagh á la política continental, y finalmente, el espíritu sistemático de los ministros torys, decidieron la cuestion en el sentido de la guerra. Sin embargo, ante la resistencia de la opinion pública harto visible, fuerza era apelar á la astucia, y lord Castlereagh prestóse á disimulos que, gracias al progreso de las costumbres públicas, no osaria hoy permitirse un ministro de Inglaterra (1). Al saber todo lo ejecutado en Viena, se resolvió usar de algunas restricciones, para aparentar que se ponian á cubierto los principios de la Gran Bretaña, y no dar publicidad á los empeños contraidos sino poco á poco, y á medida que el curso general de las cosas justificara el partido adoptado por el gabinete. Así el tratado de 25 de marzo, renovacion de la alianza de Chaumont, se ratificó sin más que una reserva en punto al artículo octavo. Este artículo admitia á Luis XVIII á adherirse al tratado, y segun los ministros ingleses se debia entender en el sentido de obligar á los soberanos á un esfuerzo comun contra el poder de Napoleon en interés de su seguridad mútua, pero de ninguna manera en el de compeler á S. M. B. á proseguir la guerra con

(1) Comprobados se hallan estos disimulos por la correspondencia de lord Castlereagh, dada recientemente á la estampa, y por los documentos inéditos que tenemos á la vista y se refieren al congreso de Viena.

la mira de imponer un gobierno cualquiera á Francia. Llegado el tratado con fecha de 5 de abril á Lóndres, ratificado y devuelto fué á los tres dias con esta reserva, explicita en la forma y mentirosa en la sustancia, pues realmente se queria derrocar á Napoleon y poner en su lugar á los Borbones.

Al contraer en un pais constituido como Inglaterra tales compromisos, no habia posibilidad de guardar silencio ante un parlamento, que ejerce la realidad del poder, de que la corona tiene únicamente los honores. Asi determinóse presentar á las dos cámaras un mensaje, al dia siguiente de llegar á Lóndres el tratado de 25 de marzo. Este mensaje expresaba que á vista de los sucesos ocurridos en Francia la corona se habia creido obligada á aumentar sus fuerzas de mar y tierra, y á entrar en comunicacion con sus aliados, para ponerse de acuerdo, y de modo de afianzar la seguridad presente y futura de Europa.

El gabinete pidió la discusion inmediata del mensaje, y la obtuvo á pesar de la oposicion que deseara su retraso. Acalorada fué esta discusion y profunda. Lord Liverpool representó al gabinete, y lord Grey á la oposicion en la cámara alta. Lord Castlereagh tomó la palabra á nombre del ministerio, y sir Francisco Burdet y Whitbread la usaron á nombre de la oposicion en la cámara de los comunes. Salvo algunas diferencias en las expresiones, en ambas cámaras se oyó sustancialmente el mismo lenguaje.

De este modo expuso el gabinete la situacion de las cosas. En abril de 1814 se procedió con extremada generosidad respecto de Francia. Lejos

de aniquilar á esta potencia, que por espacio de veinte y cinco años no habia cesado de trastornar á Europa, lejos de castigarla por sus estragos, se la guardaron las mayores contemplaciones. Efectivamente á sus fronteras del año de 1790 se dió algun ensanche á la parte del Norte con Mariemburgo, á la del Este con Landau, á la del Sur con Chamberí, dejándola además un museo, que era producto de los despojos de otros museos de Europa. A Napoleon se le otorgaron por el tratado de 11 de abril las más indulgentes condiciones. De cierto se negara el gabinete británico á firmar este tratado imprudente, si al llegar lord Castlereagh á Paris en abril de 1814 no lo hallara redactado y enérgicamente sostenido por el emperador Alejandro. Además Napoleon aun tenia por entonces á Lila, á Paris, á Tolosa, á Lion, y lo menos ciento cincuenta mil hombres, y se debieron tener en cuenta los peligros de una lucha prolongada. Con el mayor descaro acababa de violar este tratado, en cuya virtud poseia la soberanía de la isla de Elba y una renta pingüe, abandonando aquella tierra y viniendo á seducir á un ejército aguerrido, á quien la paz era odiosa, y que solo soñaba con ascensos y con rapiñas. Verdad es que se alegaba por excusa la violacion del tratado respecto de su persona. Mas si la tal violacion era efectiva, como pretendian sus parciales, ¿por qué no habia apelado á las reclamaciones? Nada habia dicho, ni encargado que se dijera de su parte. Solo indirectamente habia sabido el gabinete británico que Napoleon estaba falto de dinero, y de resultas instó en Francia á fin de que su asignacion le fuera pagada puntualmente. Respecto del cargo de

no haberle vigilado bastante, al proferirlo de una manera rotunda, se daba al olvido que Napoleón en la isla de Elba no figuraba como prisionero, sino en calidad de soberano, por lo cual había sido fuerza reducirse á observar la isla mediante un crucero, muy fácil de evitar siempre, aun cuando se componga de la marina más numerosa; que el coronel Campbell, residente unas veces en Liorna, y otras en Porto Ferrajo, por desgracia no se hallaba el día 26 de febrero en este último punto, y que aun habiéndose hallado, le aconteciera lo que á otros ingleses, puestos en manos de los gendarmes; que de consiguiente al gabinete británico no se podía hacer ningun cargo por su conducta; que restaba el hecho gravísimo y alarmante de Napoleón colocado nuevamente á la cabeza de Francia por la traicion de un ejército codicioso de guerra y de botin; que Europa no se podía acomodar á vivir en continúa zozobra, para que los militares franceses tuvieran movimiento, y grados, y caudales; que no se trataba de empeñar inmediatamente la guerra, ni de imponer tal ó cual soberano á Francia, sino de mantenerse invariablemente unidos á las potencias del continente, porque esta union había salvado á Europa, y era la única que aun la podía salvar de un yugo insufrible; que Inglaterra no deseaba la guerra y prefería la paz con mucho, pero que era imposible esperarla de un hombre sin fé, y que la prometía hoy para romperla mañana; que á mayor abundamiento se necesitaba dejar la resolución de este asunto á las potencias del continente, más directamente amenazadas que Inglaterra, y que para ella no había más que una regla de conducta, la de la union indestructible con dichas

potencias. Así no tenía más que un solo objeto el mensaje, limitado á mantenerse en estrecha alianza con las potencias del continente, y á estar en aptitud de acudir á su llamamiento, en el caso de que tuviesen necesidad de las fuerzas terrestres y marítimas de la Gran Bretaña.

No cabía disimular mejor á la sombra de verdades generales la verdad material de la guerra acordada y prometida en Viena. Pero la oposicion no se dejó coger en el lazo de tales racionios, y así rebatió todos los argumentos de lord Liverpool y de lord Castlereagh de la manera más vigorosa.

Ante todo preguntó si realmente ya entonces no habia firmado el gobierno británico en Viena la obligacion positiva de emprender la guerra contra Francia, para derrocar á Napoleon y restablecer á los Borbones. Sospechando la realidad del hecho, aunque sin saberla á punto fijo, la oposicion planteó la cuestion en términos de que abusó lord Castlereagh con una falta de franqueza, que nunca deberia tener por lícito un ministro de un estado libre. Como á la verdad nadie se habia expresado de tal modo, como en el tratado no se habia dicho formalmente que se iba á hacer la guerra á Francia, para substituir los Borbones á los Bonapartes, aunque sustancialmente no se propendia á otro objeto, lord Castlereagh respondió con falsedad mal disimulada, pues en sus manos tenia de dos dias atrás el tratado de 25 de marzo, que Inglaterra no habia firmado tal cosa, y trató de dar á entender que no habia contraido más que empeños eventuales, de pura precaucion tan solo, y en total armonía con el mensaje sobre que versaba la discusion pendiente.

Engañada en punto á los hechos, no se dejó vencer la oposicion por los ratiocinios. Su tema era que, si se habia obrado perfectamente en combatir antes á Napoleon de muerte, con imprudencia y á impulsos de las rancias inspiraciones aristocráticas del partido tory se obraba ahora, al contraer el compromiso de combatirle de nuevo; que el tratado de 11 de abril fué consecuencia natural de la situacion de entonces, y se habia posteriormente violado sin pudor y de todas maneras; que no solo no se habia pagado á Napoleon la dotacion estipulada, lo cual le redujo á vender parte de los cañones de la isla de Elba, sino que se habia puesto en cuestion la entrega del ducado de Parma, otorgado á su mujer y á su hijo, y no se habia asegurado la asignacion prometida al príncipe Eugenio, y casi públicamente se habia discutido sobre deportar á una isla del Occéano su persona; que por consiguiente para romper el tratado de 11 de abril se le habian dado todos los derechos imaginables; que, desembarcando en territorio de Francia, allí encontró á las tropas y tambien á la nacion dispuestas á abrirle los brazos; que con el ejército solo no llegara á París en el corto espacio de veinte dias, y si rodeado por las aclamaciones del pueblo de las ciudades y de los campos; que no como á capitan de una cuadrilla de bandoleros, segun se queria suponer falsamente, se le habia visto volver sin disparar un solo tiro, sino á todas luces como verdadero representante de la revolucion francesa; que por el contrario los Borbones no se podian lisongear de que en su defensa se hubiese levantado un solo brazo, lo cual no probaba de ningun modo que los prefiriese la nacion á los

Bonapartes; que por tanto la guerra ya decidida y comenzada sin tardanza, por más que se negase con empeño, virtualmente consistia en tomar partido á favor de los Borbones, ya sospechosos y antipáticos para la mayoría de la nacion francesa, y contra Napoleon á quien miraban las masas como representante de sus intereses; que esta era una ingerencia en los asuntos interiores de una nacion independiente, ingerencia del todo contraria á los principios de la Gran Bretaña, ingerencia que no se debía permitir en ningun caso, aun cuando á sus intereses fuera ventajosa, y de que se debía abstener con motivo más fundado, cuando les podía ser muy funesta; que Napoleon no sería lo que era sin ningun género de duda, esto es, un hombre de superior genio, si no tornara aleccioando por la desgracia; que evidentemente así volvía en cierto modo, puesto que se apresuraba á aceptar las condiciones del tratado de París, despues de desecharlas un año antes con porfia; que á la verdad se negaba su buena fé y de su antigua é inmensa ambicion se hacia memoria, pero que, aun siendo esto muy fundado, ya despues del congreso de Viena, no era licito hablar de la ambicion de Napoleon Bonaparte, sin hacer mencion al propio tiempo de las ambiciones, que habian usurpado la Polonia, y desmembrado la Sajonia, y privado de su nacionalidad á las repúblicas de Génova y de Venecia; que la experiencia habia demostrado que tambien estas ambiciones inspiraban temores, y que debian ser reprimidas como la de Napoleon por lo ménos; que, en vista de todo, si aprovechando éste las lecciones de 1813 y de 1814 proponia la paz de un modo formal y solemne, muy de reflexionar era el

caso antes de pronunciarse por la guerra tan de pronto; que tanto valia Napoleon como otros sobre el trono de Francia; que volver á comenzar las hostilidades, duplicar nuevamente la deuda inglesa, eternizar el *income tax*, y arrostrar por fin los azares de una lucha que podia ser muy terrible, si tomaba el carácter de nacional en Francia, y todo por restablecer á los Borbones, en suma equivalia á sacrificar los verdaderos intereses de Inglaterra á las rancias preocupaciones de los torys, y que, por lisongeros que fuesen los cumplimientos de Luis XVIII, no merecian ser pagados á precio tan caro.

Evidentemente al parlamento hacian fuerza estas razones, que preocupaban los ánimos en Inglaterra. No quiere esto decir que, al ver algunos hombres políticos que Inglaterra habia ganado en Viena tanto como las potencias más ambiciosas, y que la guerra era un medio seguro de conservar lo ya adquirido, no se inclinasen á hacerla nuevamente; pero aun estos no dejaban de abrigar dudas sobre el resultado, y lo más cuerdo parecia á todos tomarse tiempo con el fin de dar lugar á las reflexiones, antes de decidirse á abrazar un partido. Colocado entre la oposicion y el gabinete, Mr. Posonby se hizo órgano de este sentimiento. En contestacion al mensaje propuso la oposicion una resolucion, enderezada positivamente á recomendar al gobierno la conservacion de la paz. Adoptar resolucion semejante equivalia á declararse contra la guerra, y la mayoría solicitaba fundadamente que se dejara que la situacion se pudiera ver más en claro, antes de inclinarse á una opinion ni á otra. Tomando la palabra Mr. Posonby dijo que no votaria

el mensaje, si envolvía la resolución formal de la guerra, por contarse en el número de los que opinaban que no convenía rechazar todas las aberturas de Napoleon á raja tabla; que no era de los que daban por seguro que le había tornado á llamar el ejército solo, pues sin duda tenía en su favor á gran parte de la nación francesa; que se necesitaba tomar en consideración tal estado de cosas, pesar bien las ventajas y los peligros de la guerra, preferir la paz si era segura, no preferir la guerra sino en el caso de ser inevitable, y de ofrecer suficientes probabilidades de buen suceso, y en suma examinar y reflexionar, y por consiguiente dar al mensaje una respuesta en armonía con su designio, que no era el de lanzarse inmediatamente á una sangrienta lucha, sino en el de seguir unidos á las potencias del continente, y con recursos bastantes para acudir en apoyo de sus determinaciones. Solamente por estos motivos no se adhería Mr. Posonby á lo que la oposición había propuesto. Entonces la oposición, para ilustrar el asunto interpeló al gabinete una vez y otra, conjurándole á decir la verdad, y á confesar que, al votar en el sentido del mensaje, se votaba la guerra segura y hasta muy cercana. Una rotunda y reiterada negativa partió muchas veces de las sillas ocupadas por los miembros del gabinete, que no temieron soltar de este modo una mentira insigne, mentira que los ministros británicos no se han permitido jamás hasta ese grado de audacia; sea dicho en honor de sus instituciones.

Así la proposición de la oposición no obtuvo sino muy escaso número de votos, cuarenta á lo sumo, y el ministerio vióse apoyado por más de doscientos.

Inmediatamente despues de esta votacion fué expedida por el gobierno á Viena la ratificacion del tratado de 25 de marzo, con la ya citada reserva ilusoria, y envió dos miembros del gabinete á Bruselas, para ponerse de acuerdo con el duque de Wellington sobre todos los puntos. Encargados fueron de asegurarle que estaban conformes en querer la guerra, y que se haria con vigor extremado; que cuanto se habia dicho no era más que una astucia, del todo indispensable á causa del estado de los ánimos en Inglaterra; que se le fiaba el cuidado de manifestar á Luis XVIII el verdadero sentido de la reserva añadida al artículo octavo, que era una mera contemplacion á escrúpulos de cierta especie, y no impedía que se deseara el restablecimiento de los Borbones y que se estuviera en la resolucion de procurarlo tan enérgicamente como antes. Además, el gobierno hizo que se dijera á lord Wellington que se suministrarían los 6.000,000 de libras esterlinas, prometidos á las tres grandes potencias, si bien era imposible exceder esta suma, y que respecto de las pequeñas potencias alemanas trataria de aplicarlas la mayor cantidad posible de la compensacion debida en dinero por lo que faltase para completar el contingente de los ciento cincuenta mil hombres. Finalmente, estrechóse del todo á lord Wellington para que diera á conocer sus planes y los de los coligados, á fin de que se pudiera adquirir confianza y darles apoyo. Entretanto, á fin de ajustar la conducta al lenguaje usado en el parlamento, por el almirantazgo se expidió á la marina inglesa la órden de respetar al pabellon tricolor, que no habia respetado hasta entonces, pues le hacia fue-

go, á la par que dejaba pasar libremente el pabellon blanco. Tambien permiti6 el almirantazgo que los buques mercantes de ambas naciones frecuentaran los puertos de la una y de la otra. Esto no pasaba de ser una ficcion impuesta hasta el dia en que se rompiesen las primeras hostilidades.

Llegados á Bruselas, los representantes del gabinete británico hallaron al duque de Wellington sumamente propicio á admitir todas las contemplaciones de forma con tal de que no sufriera alteracion la sustancia, y bajo tal concepto se esforzaba en contener á los prusianos por un lado y á los emigrados franceses por otro, á fin de que no se cometiese ninguna imprudencia. Esta doble tarea ofrecia dificultad grande, á causa de lo exaltadísimas que estaban las pasiones asi en los unos como en los otros. A un grado de furia de explicacion dificultosa habian llegado los prusianos, y en términos de hablar de invadir nuevamente la Francia, para no dejar ahora en pié ni palacio ni choza. Sus principales cuerpos de tropas acampaban en las cercanías de Lieja, y como esta ciudad conservaba sentimientos favorables á Francia, allí cometian todo género de desmanes, y ejercian una policia inquisitorial sobre el vecindario, y encerraban ó desterraban á los habitantes acusados de connivencia con los franceses, y particularmente hacian extensivos sus rigores á las tropas sajonas, que desde el fraccionamiento de su patria se mostraban arrepentidas de la conducta que en Lepsick habian observado, y asi lo propalaban sin rebozo. Tales fueron las manifestaciones de estas tropas que hubo necesidad de hacerlas pasar á la espalda para su desarme. Además Blucher queria

:

entresacar é incorporar á su ejército á los sajones, que acababan de venir á ser prusianos en virtud de los últimos ajustes de Viena. Al revés los sajones se negaban á someterse á dislocacion semejante, y aun se disponian á una violenta resistencia, apoyados como estaban por todas las simpatías de los liejeses. Sin fruto se aconsejaba á Blucher que aplazara tal providencia, pues no aparecia inclinado á dar oídos á los consejos de la templanza. Un periódico insensato, el *Mercurio del Rhin*, era órgano de las pasiones de los prusianos. Segun su lenguaje no convenia combatir á los franceses como á enemigos ordinarios, sino que se les debia tratar como á *perros rabiosos*, de los cuales no es posible libertarse más que dándoles muerte. Sin duda á Napoleon se le debia hacer la guerra, pero al pueblo francés aun con mayor encono, pues con su orgullo y su ambicion atormentaba este pueblo ya hacia veinte y cinco años á Europa; como cuerpo de nacion convenia hacerle pedazos, dividiéndolo en borgoñones, champeneses, auverneses, bretones, aquitanos, con sus reyes particulares, y segregando á los alsacianos, los loreneses y los flamencos, para incorporarlos al imperio germánico y restituirle su fuerza de unidad con darle un emperador sin demora; de suerte que en Alemania se procederia al revés que en Francia, pues á Alemania se le quitarian sus reyes para darle en su lugar un emperador solo, y á Francia se le quitaría su emperador para imponerla cinco ó seis reyes; además habia que echar mano á los bienes nacionales, fruto de la rapiña revolucionaria, y formar con ellos dotaciones para los ejércitos coligados, ó la hipoteca de

un papel que se creara para costear la nueva guerra. Desleídas tales extravagancias en artículos tan virulentos y ultrajantes por la forma como por la esencia se reproducian todas las mañanas en el citado *Mercurio*, esparcido á las márgenes del Rhin por los vendedores de papeles.

Proyectos militares no mas juiciosos añadian los prusianos á este lenguaje. Sobre París quisieran marchar de contado, sin cuidarse de si los demás ejércitos de la coalicion estaban listos para apoyar sus esfuerzos; y ufanos se mostraban de tener empuje por si solos, ó ayudados á lo sumo de algunos ingleses, hannoverianos y holandeses, para destruirlo todo á su paso, y acabar la guerra de un golpe.

Otro foco de pasiones igualmente desatentadas se hallaba en Gante, donde Luis XVIII habia fijado su residencia. Si algunos ministros de los que habian seguido al monarca, tales como el baron Louis y Mr. Jaucourt se aplicaban á buscar una enseñanza en los sucesos, otros mirábanlos únicamente como un motivo de rigores demasiado diferidos. Muy corriente era decir que el ejército francés era un compuesto de bergantes, de que habia que deshacerse á toda costa; que se habia halagado excesivamente á sus gefes; que era menester ya renunciar á política tan desacertada, y derribar algunas cabezas de generales y de revolucionarios famosos, como única manera de que á la debilidad sucediese por fin la energía. No se queria ver en la vuelta de Napoleon más que el resultado de una conjuracion vasta, ni en la conducta de los que habian favorecido su triunfo reciente más que una traicion en lugar del cedimien-

to á un impulso irresistible. Desde luego habia una cabeza sobre la cual se agolpaban todas las maldiciones, y todos la señalaban á voces, no siendo otra que la del mariscal Ney sin ventura. Asi lejos de pensar en la enmienda, solo se pensaba en la venganza, y en mancharse con una sangre, cuyo derramamiento se habia de lamentar por siempre.

Dicho sea en alabanza de Luis XVIII que, si carecia de calor de alma, tambien se hallaba exento de estas deplorables pasiones, y que dejaba que se profiriesen tales locuras sin repetir las ni una vez sola, ni alentarlas siquiera, limitándose tan solo á desear que la coalicion le restableciera presto sobre el trono. Hasta admitia la necesidad de conceder ménos parte en el gobierno á su hermano, á sus sobrinos y á los cortesanos, y mucha más á sus ministros. Desgraciadamente ciertos diplomáticos extrangeros daban ejemplo de ceder á los extravíos de entonces, contra los cuales semejaba que les debian poner á cubierto sus extensas luces, y asi el conde Pozzo di Borgo escribia sobre este asunto á lord Castlereagh una carta, en la que al gran seso político se añadian las siguientes furiosas frases. «Nosotros hemos dejado á Luis XVIII frente á frente de todos los demonios de la revolucion, y le hemos cargado con el peso de nuestras imprudencias y de las suyas. »Habiendo sobrevenido Bonaparte en semejante estado de cosas, el ejército derribó el trono, que debía haber sostenido; y estúpido de asombro quedóse el pueblo; pero abrigo la esperanza firme de que aplaudirá más estrepitosamente la pieza contraria, cuando se la pongamos en escena. A

»la sazón no habremos de darnos por pagados con
»los cumplimientos que nos aguardan sin duda.
»Si deseamos nuestro reposo, fuerza es inducir
»eficazmente al rey á disolver el ejército y á crear
»otro nuevo, y á purgar á la Francia de cincuenta
»grandes criminales, cuya existencia es incompati-
»tible con la paz del mundo. A los franceses toca la
»ejecucion de estas providencias, y á los aliados
»incumbe depararles ocasion de que las lleven á
»cabo. Nuestra salvacion es debida á nuestra union,
»y nuestra union emana en gran parte de una fe-
»liz combinacion de circunstancias, que no se re-
»novará fácilmente.» De cuán ciegas pasiones
animaban á la sazón á toda Europa, testimonio de
bulto son estas frases en boca de un varón de gran
visio por la superioridad de su talento, y que más
tarde habia de dar pruebas de una razón muy
elevada.

En medio de tales arrebatos el duque de Wellington debia cuidar de introducir alguna calma, lo cual le costaba sumo trabajo, segun se comprende naturalmente. Pero como sobre todo se trataba de operaciones militares, y tenia una grande autoridad y un poder positivo en esta materia, se contentaba con hacer que bajo tal aspecto prevalecieran las miras de su conducta, y acerca de lo demás dejaba que cada cual hablase á sus anchas. Sin embargo, se lamentaba del lenguaje de los periódicos dados á luz á orillas del Rhin, y expresaba el temor de que se renovara la falta cometida por el duque de Brunswick al publicar su manifiesto. Al mariscal Blucher aconsejaba que guardase miramientos á los sajones, y que no tratara todavía de incorporar á sus tropas los ya pertene-

cientes á Prusia. Al rey Luis XVIII aconsejaba que prescindiese de las influencias de córte, y que á ejemplo de Inglaterra adoptara un ministerio formalmente responsable, concentrando el poder á la par que la responsabilidad en sus manos. Con los representantes del gabinete británico y con los generales prusianos y con el duque de Feltro, ministro de la guerra de Luis XVIII, celebró conferencias sobre la cuestion militar en Gante. Aun cuando allí se calculasen muy por bajo las fuerzas de Francia, el duque de Wellington halló más razones para la prudencia que para la temeridad en cuanto se le dijo acerca de este punto. Por fin logró persuadir al general Gneisenau, representante de Blucher en las tales conferencias, que habia poca ventaja en darse prisa; que ante todo se necesitaba la union compacta á los ingleses del grueso del ejército prusiano, á fin de constituir á la parte del Norte una fuerza de doscientos cincuenta mil hombres, y luego convenia aguardar á que una masa igual avanzara á las órdenes del príncipe de Schwarzenberg por el Este, y aun á que estuviera bastante cercana, para que su accion se sintiera de plano. Diferir así la victoria para hacerla más positiva, marchar directamente en dos gruesas columnas, cada una de las cuales seria superior á las fuerzas que podria allegar Napoleon en tales circunstancias, segun los cálculos tenidos por seguros, asegurar la marcha con apoderarse de las plazas que se hallaran al paso, y despues acorralar á Napoleon dentro de París y ahogarle con la masa imponente y enorme de cuatrocientos ó quinientos mil combatientes, evitando que se pudiera espaciar su genio habilísimo para las ma-

niobras; tal era el plan del duque de Wellington, calcado sobre la anterior campaña, de la cual descartaba las imprudencias de Blucher tan solo. Como hombre de talento, el general Gneisenau acomodóse á estas miras, y por parte del ejército prusiano prometió tanta deferencia á los consejos del general inglés como adhesión á la comun causa. Se convino en que la concentracion de las tropas, destinadas á operar hácia el Norte de Francia, se ejecutaria lo más pronto posible; en que los ingleses, los holando-belgas, los hanoverianos, los brunswickeses y cuantos formaban el ejército del mando del duque de Wellington se juntarian entre Bruselas y Mons muy pronto, y guarnecerian la orilla izquierda del Sambre, á la par que los prusianos llegarían á guarnecer la orilla derecha, trasladándose de Lieja á Charleroi sin pérdida de tiempo; en que se mantendrian en estrecha comunicacion los unos con los otros por medio de numerosos puentes, y prontos á darse mútua ayuda, si su terrible contrario se les venia encima de improviso, antes de que entrara en línea el resto de los coligados. Desde entonces la tranquila y poderosa razon de lord Wellington adquirió en los consejos prusianos un ascendiente que por desgracia de Francia habia de ejercer tan inmenso influjo en el curso de los sucesos.

Del 20 de marzo al 40 de abril tales fueron las negociaciones y las combinaciones militares por parte de las potencias coligadas. Napoleon no se habia forjado ilusiones; sin embargo, al ver detenidos en Maguncia, en Kehl y en Turin sus correos, y al ver sobre todo á Mr. Flahault llegado á Stuttgard y compelido á retroceder camino, se le

alcanzó que las pasiones eran todavía más violentas de lo que habia imaginado. Además, la vuelta de Mr. de Montrond, su emisario secreto, al conocimiento general que ya tenia del estado de las cosas añadió el conocimiento exacto de las particularidades, que afligieran su corazón de fijo, si se hallara ménos acostumbrado á los golpes de la fortuna. Por las diversas comunicaciones, de que Mr. de Montrond estaba encargado, se enteró de que, dominada por la afición al reposo, por el vulgar interés del ducado de Parma, y quizá por sentimientos ménos confesables, su esposa se habia entregado y entregaba su hijo á la autoridad del congreso de Viena, y no volveria á Paris de ningun modo. Ya no le quedó la menor duda de que rayaba en furor la resolución de combatirle á todo trance, y de que se le queria echar encima una verdadera excomunion política, implicando la interdicción de las más sencillas relaciones, hasta de las que en interés de la humanidad exige el derecho público en tiempos de guerra. Sustancialmente jamás habia dudado de lo que acababa de saber ahora, aun cuando veia que la realidad superaba sus previsiones, y no se mostraba ni sorprendido ni enojado, por comprender que se habia atraído por sí propio tal desenfreno de iras. No hay en el mundo juez más infalible, y particularmente en su contra, que una alta capacidad que ha cometido errores, y los vé en claro, y los querria enmendar á toda costa. A pesar de su índole bulliciosa, Napoleon estaba resuelto á no ceder á ningun arrebató, á aguantarlo todo, y á no ocultar al público nada. Hasta entonces, al pasar revistas, se habia contentado con repetir que no se mezcla-

ria en los asuntos de otras naciones, á la par que tampoco toleraria ingerencia alguna en los de Francia, sin que pudiera avanzar á otra cosa, por no haber recibido ninguna declaracion de guerra. Efectivamente, si se anticipara á las manifestaciones de los gabinetes extranjeros, al punto se atribuyera á su espíritu puntilloso tal prontitud en suponer intenciones hostiles á Europa. Ahora no habia que andar en vacilaciones, despues de los hechos patentes y oficiales que acababan de ser consumados; ahora convenia hablar sin rebozo, para que supiera Francia hasta qué grado de dependencia se la queria ver reducida, pues hasta se la negaba la facultad de elegir su gobierno; para que las naciones de Europa supieran tambien que de nuevo se iba á derramar sangre, no con la mira de su independencia, ni aun de su ambicion más ó ménos vasta, pues Napoleon se avenia hasta á los ajustes de Viena, sino por satisfacer las pasiones soberanas; finalmente, para que la nacion inglesa supiera hasta qué punto se la inducia á engaño. Además era urgente publicar los decretos relativos á los antiguos militares, á los guardias nacionales movilizados, y á las diversas medidas de armamento, puesto que, si hasta ahora se habian podido hacer los trabajos preliminares en las oficinas, ya era indispensable la publicidad oficial del *Monitor* para obtener la obediencia de los que iban á ser llamados en defensa de la patria. Solo el orgullo de Napoleon se podia resentir de lo que se iba á dar á la imprenta, pero su gloria pasada le hacia muy llevaderas todas las humillaciones, y además este orgullo, que habia errado tanto, solo podia interesar al mundo con humillarse para con-

seguir un grande objeto, el de ilustrar á Europa sobre la justicia de su causa.

Desde luego empezó por mandar que se diese á luz como oficial la declaracion del 43 de marzo, de la qual no se habia hablado más que de una manera vaga, y como de un documento dudoso. Despues hizo que se publicara una consulta del Consejo de Estado, que a la sazón era la autoridad moral más elevada, por estar las cámaras disueltas. Habiendo comprobado este alto cuerpo la autenticidad de la declaracion del 43 de marzo, sin ambages sostenia que el tal documento, realmente emanado de los soberanos reunidos en el congreso de Viena, á la par ofendia al derecho, á la verdad de los hechos, y no era más que una provocacion lisa y llana al asesinato. Además sostenia que, segun el tratado de 41 de abril, Napoleon figuraba como verdadero soberano en la isla de Elba; que la extension del territorio no era de ninguna monta; que se le habian asegurado todos los derechos de la soberanía; que por consiguiente, al desembarcar en el golfo Juan y al cometer de este modo un acto de agresion contra un monarca impuesto á Francia, no habia incurrido más que en las resultas inherentes al ejercicio del derecho de la guerra, como la disminucion ó la privacion de sus Estados, y hasta el cautiverio de su persona, si salia vencido, pero de ningun modo la muerte, únicamente permida contra combatientes que no se quieren rendir sobre el campo de batalla; que, al ponerle fuera de la ley y al excitar á todos á que se le echaran encima las ordenanzas del rey y la declaracion del congreso de Viena del 6 y del 43 de marzo habian tomado el carácter de una provocacion al ase-

sinato, cosa prohibida entre naciones civilizadas; que á mayor abundamiento la declaracion del 13 de marzo lastimaba la verdad de los hechos á la par que el derecho; que el tratado de 11 de abril se habia infringido de todos modos, con el despojo ó el secuestro de las propiedades privadas de la familia de Bonaparte, con la negativa al pago de las dotaciones señaladas á Napoleon y á sus deudos, y con la retencion de dos millones de francos, que Napoleon estaba autorizado para distribuir entre ciertas categorías de militares; que se habia puesto en cuestion el ducado de Parma ofrecido á Maria Luisa, retirándoselo á su hijo contra las estipulaciones; que á Maria Luisa y á su hijo se les habia impedido ir á la isla de Elba, al lado de su esposo y padre (lo cual era verdad con relacion á determinada fecha); que por tanto la violacion del tratado de 11 de abril arrancaba del gobierno real y no del monarca salido de la isla de Elba, á quien asi no se debia mirar como agresor de ningun modo; que bajo otro aspecto, el de los votos de Francia, aun tenia más sólido fundamento su conducta, pues supo que, humillada la nacion francesa en su gloria, amenazada en sus derechos, expuesta á un próximo trastorno, de resultas de los ataques asettados contra los compradores de bienes nacionales, se manifestaba deseosa de que se la librase de los peligros sin cuento pendientes sobre su cabeza; que autorizado Napoleon á consecuencia de la violacion del tratado de 11 de abril, á no observar sus condiciones, con la acogida hecha en Francia á su persona habia recibido la sancion más insigne de su conducta; que por consiguiente no se le podia culpar de sinrazones, á la par que eran muchas las

injusticias en daño suyo, con especialidad la provocacion al asesinato, a la cual habia respondido con dejar en libertad al duque de Angulema, y á las duquesas de Orleans y de Borbon dentro de Francia.

Por fundada que apareciese esta consulta del Consejo de Estado, solo tenia la importancia trivial de una recriminacion más ó menos fuerte; pero Napoleon hizo que fuera seguida de un documento más grave, y fué una memoria de Mr. de Caulaincourt sobre las infructuosas tentativas que habia hecho para restablecer las relaciones diplomáticas con las potencias de Europa. Naturalmente en esta memoria, inserta en el *Monitor* del 13 de abril, acerca de la mision secreta de Mr. de Montrond no se decia una palabra, hablándose únicamente de los correos enviados, para anunciar las intenciones pacíficas del emperador, y detenidos en Kehl, en Turin y en Maguncia; tambien se referia el arresto de Mr. de Flahault en Stuttgart, la negativa de recibir en Douvres el mensaje al principe regente, y el envio de este mensaje al congreso de Viena. Estos hechos se hallaban presentados con perfecta moderacion de lenguaje, pero tambien con una energía, que no revelaba la menor zozobra. Textualmente se insertaban en el *Monitor* los documentos rechazados, para que Francia y Europa se hallaran en el caso de juzgar de la conducta de las dos partes, una que se esforzaba por hablar, y otra que no queria oír. De estas comunicaciones se deducia la consecuencia de que no habia que forjarse ilusiones, ni que aturdirse con alarmas, sino ver las cosas bajo su verdadero punto, y prevenirse á rechazar las hostilidades que tenian todos los

visos de probables, aun cuando no fueran absolutamente positivas.

Además dispuso Napoleon que se dieran á la estampa las discusiones del parlamento de Inglaterra, los extractos más significativos de los periódicos extranjeros, y los artículos del *Mercurio del Rhin* muy especialmente. De este modo se hallaba el público advertido, y no se podia engañar en punto á las intenciones de las potencias. Nada embarazaba desde entonces la publicacion de los decretos relativos al armamento de Francia; y al ejército que habia querido el restablecimiento del Imperio, á los habitantes de los campos que habian querido garantir la inviolabilidad de las adquisiciones nacionales, y en suma á todos los hombres que habian deseado vengar á la revolucion de las intenciones de los emigrados, les tocaba unirse para sostener al gefe, á quien acababan de restablecer sobre el trono. Sin duda se podia contar con verdadero celo de su parte, y con esfuerzos que bien dirigidos tenian alguna eventualidad de buen suceso, si no se mostraba demasiado adversa la fortuna.

Así, á la par que los diversos actos mencionados, Napoleon hizo que se dieran á la luz pública los decretos relativos al llamamiento de los antiguos militares y á la organizacion de los guardias nacionales movilizados. Carácter del todo legal tenian estos decretos, basados en leyes anteriores, cuya ejecucion ordenaban y reglamentaban ahora, y no se promulgaban en virtud del poder absoluto, que Napoleon se habia arrogado en otros tiempos. A los antiguos militares, llamados á defender la causa de Francia, tan cara á su corazon, se les

prometia que inmediatamente despues de celebrada la paz volverian á sus hogares. Dueños eran de volver á los regimientos donde ya habian servido, ó de ingresar en los más inmediatos. Desde los veinte á los sesenta años se obligaba al servicio sedentario á los guardias nacionales. Segun su edad, su fuerza física, sus gustos, su situacion de familia, de los veinte á los cuarenta años podian ser llamados á formar parte de compañías de preferencia, y á servir dentro de las plazas, ó sobre las alas del ejército activo. A una comision compuesta del subprefecto, de un miembro del consejo de distrito y de un oficial de gendarmes, se encargaba la designacion de los hombres, que habian de componer estas compañías de preferencia, bajo el título de granaderos ó de cazadores. Se uniformarian á su costa los que estuvieran bien acomodados, y á expensas de los departamentos cuantos carecieran de posibles. Por cuenta del Estado correria el armamento de unos y otros. A contar desde los comandantes, del emperador seria el nombramiento de oficiales, y las comisiones de departamento nombrarian á los de grados inferiores, á propuesta de las comisiones de distrito. Para la ejecucion de estos decretos, los ministros de lo Interior y de la Policía expidieron circulares á los prefectos, con que trataban de estimular el celo de los ciudadanos, y sobre el interés que habia en defender á la dinastía imperial decian cosas que, mejor que en la boca del emperador, sonaban en sus labios.

Napoleon no habia menester que su actividad fuese excitada: dia y noche pensaba en dirigir ó impulsar el celo de la administracion, mediante

aquella atencion universal é infatigable, que abarcaba á un mismo tiempo el conjunto y los pormenores. No habia podido insertar antes en el *Monitor* los decretos relativos á los antiguos soldados y á los guardias nacionales, porque de publicar medidas tan significativas, sin que precedieran actos patentes de los gabinetes extrangeros, se diera los aires de la provocacion en vez de los de la legitima defensa. Venturosamente no perdió el tiempo, dado que, si se publicaran más pronto estas disposiciones, ni en París ni en las provincias hallaran agentes resueltisimos á ponerlas en planta. Con especialidad para el decreto referente á la guardia nacional habia sido indispensable crear una administracion completamente nueva, y respecto del relativo á los antiguos militares, como se dirigia á hombres ya instruidos, no eran muy de sentir algunos días de retraso, pues en el mismo instante de su incorporacion á las tropas se hallaban aptos para ingresar en los batallones de guerra. Empezando ya á llegar á los regimientos los hombres que en sus casas gozaban licencia temporal de seis meses, Napoleon dispuso que se encaminaran á los cuerpos de ejército los terceros batallones, aun cuando no tuviesen más que cuatrocientas plazas, sin perjuicio de completarlos más tarde. Tambien prescribió respecto de la guardia nacional, próxima á ser movilizada, que se procediera á la formacion de los batallones de preferencia, y se les diera una simple blusa con el cuello de color y fusiles no recompuestos, y se les dirigiera á las plazas más cercanas, á fin de que las tropas de línea quedaran desde luego disponibles. Tanto la organizacion como el equipo y el armamento de estos batallones

se debían llevar á remate dentro de las plazas. Respecto de la caballería, echando de ver Napoleón que las compras de caballos se ejecutaban muy lentamente, y que el licenciamiento de la guardia del rey no había producido más que trescientos caballos, en lugar de los tres mil con que había contado, de siete á ocho mil resolvió tomar al punto de la gendarmería, pagándolos inmediatamente, á fin de que los pudiera reemplazar sin tardanza. Estos caballos estaban muy bien amaestrados y mantenidos, y únicamente les faltaba alguna costumbre á la fatiga. Asimismo renovó la orden de hacer que partieran los oficiales de remonta á recorrer la Francia, con dinero á mano para comprar caballos. No cesaba de repetir que desde Cannas hasta Grenoble había hallado de venta cuantos había querido, y que, dirigiéndose á tierras de labradores, se recogerían en número suficiente, y que solo á merced del conjunto y la variedad de los medios se llegaba en todas las cosas á reunir las cantidades necesarias. Entretanto no descuidaba el depósito de Versalles, y á nadie remitía la vigilancia más que á sí propio. Así los talleres de armas como los vestuarios se habían montado de manera de producir al día mil fusiles nuevos, dos mil reparados, y mil uniformes completos. A fuerza de vigilancia continua y de dinero contante se lograban tan prodigiosos resultados.

No contento con dar publicidad á los actos de las potencias respecto de Francia, por sí quiso hacer una manifestación delante de la guardia nacional parisiense, que se le había señalado como sospechosa al tiempo de su llegada. Esta guardia se componía del alto y medio comercio de la capital,

ó mejor dicho, del vecindario granado, que más quisiera corregir á los Borbones, á fuerza de resistirles por las vías legales, que derribarlos del trono para poner á Napoleon en su puesto, no esperando así más que la guerra y libertad escasa. No obstante, si Napoleon habia retornado sin la guardia nacional y casi á pesar suyo, por una especie de prodigio su vuelta se habia efectuado sin derramamiento de una sola gota de sangre; se presentaba como enmendado bajo los aspectos de mayor monta; y alejaba á los emigrados, y restablecía los principios de la revolucion, y daba esplendor á la gloria de Francia, de que el pueblo de la capital era tan amante, y á la cual amenazaba Europa en términos de aspirar á su ruina por medios irritantes y atentatorios á la independencia nacional. Sobrados motivos habia aqui para que se captara la voluntad de la clase media parisiense, y digámoslo sin ambages, de todos los buenos ciudadanos que tenia en su seno. Ciertamente valiera mejor no dejar que se efectuara su vuelta, y hasta impedirle á toda costa, de ser posible; pero una vez restablecido en el mando, con notables señales de adoptar una política sana así dentro como fuera, proscripto por Europa en términos de implicar la negacion de todos los derechos de Francia, su sostenimiento era á la par un acto de buen seso y de patriotismo.

Sin embargo, en todo cuerpo numeroso siempre hay personas de todas las opiniones en cantidad mayor ó menor, segun el espíritu allí reinante, y basta quitar la palabra á los unos y concedérsela á los otros, para modificar sus sentimientos aparentes y á las veces sus sentimientos reales. Además por el solo hecho del restablecimien-

to pacífico de Napoleón y de sus profesiones de fé, la guardia nacional estaba muy aplacada y se habian cambiado muchos de sus oficiales, con lo que se reanimó el celo de los hombres que detestaban á la emigracion y al extranjero. Asi la guardia nacional estaba dispuesta á hacer á Napoleón una acogida imponderablemente más favorable que en los primeros dias de su retorno.

Para el domingo 16 de abril se la citó para la plaza del Carrusel, donde formaron á un lado los cuarenta y ocho batallones de que constaba por entonces, y al otro las brillantes y numerosas tropas que cruzaban por la capital para encaminarse á las fronteras. Napoleón se habia reservado el mando personal de la milicia parisiense, no haciendo más que segundo gefe al general Durosnel, su ayudante de campo. A caballo recorrió sus filas con aquel imponente aplomo, debido á la firmeza de su carácter y á veinte años de mando al frente de los mayores ejércitos del globo. Las vivas aclamaciones de una minoría ardiente, que no desaprobaba la masa, aun cuando no las imitara tampoco, casi dieron á esta revista las apariencias del entusiasmo. Despues de recorrer las filas de los cuarenta y ocho batallones, Napoleón hizo que los oficiales formaran círculo en torno suyo, y con voz clara y sonora les dirigió la alocucion siguiente:

«Soldados de la guardia nacional de París, me congratulo de estar entre vosotros. Para mantener el órden público en la capital y para su seguridad os formé ya hace quince meses; del todo correspondéis á mi esperanza; en defensa de París veristeis vuestra sangre, y si las tropas

»enemigas penetraron dentro de vuestros muros
 »no fué vuestra la culpa, sino de la traicion y de
 »la fatalidad apegada á nuestros asuntos en cir-
 »cunstancias tan calamitosas.

«No convenia el trono real á la Francia. Al
 »pueblo no daba seguridad alguna sobre sus in-
 »tereses más preciosos. Impuesto nos habia sido
 »por el extranjero, y si hubiese durado, un padron
 »fuera de ignominia y de desventura. Armado con
 »toda la fuerza del pueblo y del ejército he veni-
 »do á borrar tal mancha, y á restituir todo su lus-
 »tre al honor y á la gloria de Francia.

«Soldados de la guardia nacional, esta misma
 »mañana he sabido por el telégrafo de Lion que
 »la bandera tricolor flota ya sobre Antibio y Mar-
 »sella. Una salva de cien cañones, disparada en
 »todas nuestras fronteras dará á conocer á los ex-
 »trangeros que han terminado nuestras disensio-
 »nes civiles; y digo *extrangeros* porque todavía no
 »conocemos enemigos. Si allegan tropas, nosotros
 »juntaremos las nuestras. Compuestos están nues-
 »tros ejércitos de valientes, que se han distingui-
 »do en cien batallas, y que presentarán al extran-
 »gero una barrera de hierro, á la par que nume-
 »rosos batallones de granaderos y de cazadores de
 »guardias nacionales asegurarán las fronteras. Yo
 »no me ingeriré en los asuntos de las demás na-
 »ciones. ¡Ay de los gobiernos que traten de mez-
 »clarse en los nuestros!...

«Soldados de la guardia nacional, compelidos
 »os visteis á enarbolar colores rechazados por
 »Francia, á la par que los colores nacionales esta-
 »ban en vuestros corazones. Jurad que en señal
 »de union los usareis siempre, y que defendereis

»este imperial trono, única y natural garantía de
 »vuestros derechos. Jurad no consentir jamás que
 »extrangeros, en cuyos países aparecimos varias
 »veces como señores, se mezclan en nuestro go-
 »bierno. Jurad finalmente sacrificarlo todo al ho-
 »nor y á la independenciade Francia.»...

Calorosamente fué aplaudido por los oficiales, este discurso tan perfectamente acomodado al auditorio y que pintaba la gravedad de la situacion muy al vivo.—Lo juramos, lo juramos, se oyó gritar á todos, á la par que blandian las espadas.—Acto continuo presenci6 Napoleon el desfile de veinte mil hombres de guardia nacional parisiense, y de tropas de línea casi otros tantos, y razon tuvo para felicitarse de esta ceremonia. Ya habia dado á conocer á Francia lo que deseaba que llegara á noticia suya, y habia hecho las paces con la guardia nacional parisiense, ó mejor dicho con la parte juiciosa y honrada de la poblacion, que tiene de continuo una influencia decisiva en el destino de los gobiernos.

Al dia siguiente 17 de abril dejó el palacio de las Tullerías para trasladarse al del Eliseo, cuya mansion le agradaba más en la primavera, y donde podia tambien dar treguas á su inmenso trabajo, para distraerse con algunos paseos bajo magnificas sombras. Además á todas luces habia cambiado de método de vida. Siempre habia sido sencillo y natural y hasta familiar sin duda; pero nunca tan accesible como ahora. Con efecto en su situacion presente le convenia dejar que se acercaran á su lado, á fin de persuadir á aquellos á quienes tenia necesidad de atraer á su persona y á sus nuevas ideas. En el palacio del Eliseo, donde la

reina Hortensia hacia los honores, con ménos aparato que en las Tullerías le era dado convidar á su mesa á los diversos personajes, con quienes queria hablar á sus anchas y sobre los cuales deseaba ejercer no solo ascendiente, sino la poderosa magia de su talento.

— Su hermano José habia regresado de Suiza muy oportunamente, pues de órden de la coalicion iba á ser preso el mismo dia de su partida. Napoleon establecióle en el Palacio Real con el titulo de principe francés, una dotacion conveniente, y la recomendacion terminante de mucha economía y modestia. Estas precauciones distaban mucho de ser ociosas, pues ya habia producido ciertas desconfianzas la presencia de este hermano. Se temia cuanto recordaba al antiguo imperio, y sobre todo aquel vasto sistema de tronos de familia, que en tanto grado contribuyó á sublevar á Europa contra Francia. Napoleon envió una fragata en busca de su madre, que se habia trasladado á Nápoles desde la isla de Elba, de su hermana, que fué detenida en Liorna, y de aquellos de sus hermanos que se habian podido librar de manos de la coalicion. Grato le era tenerlos á su lado, si bien deseaba que su actitud no ofuscara lo más leve el nuevo espíritu que se manifestaba en Francia, y les queria imponer la sencillez que, por cálculo no menos que por gusto, se imponia á sí propio. Además se entristecia de hora en hora sin revelarlo de ningun modo, y sus parciales se entristecian igualmente sin darse cuenta de lo que pasaba dentro de sus almas, y sin que, á semejanza de Napoleon, supiesen disimular su pesadumbre.

— Una especie de magia habia ejercido sobre las

imaginaciones el retorno triunfal de Napoleón á Francia; y por un instante no se pudieron dispensar de sentir vivísimo entusiasmo, no solo sus amigos personales, sino tambien cuantos en el restablecimiento del imperio hallaron la satisfaccion de sus pasiones, de sus intereses ó de sus preocupaciones. Pero esta embriaguez fué de duracion corta, y muy luego asomaron las dificultades, gravísimas dentro lo mismo que fuera; dentro emanadas de la division profunda de los partidos, de la diversidad completa de sus miras, como que los bonapartistas limitaban sus aspiraciones al restablecimiento del imperio, á la par que los revolucionarios de Napoleón se querian servir transitoriamente para deshacerse de su persona, asi que el extranjero fuese rechazado; fuera provenientes de la pasion desesperada por destruir al hombre formidable que una vez más se habia llegado á apoderar de las fuerzas de Francia, y de Francia misma, cuya energia renaciente de continuo se detestaba radicalmente. Aunque los parciales de Napoleón tuviesen tiempos atrás inmensa confianza en su fortuna y en su génio, y aunque los últimos sucesos hubiesen restablecido esta confianza no poco, se sentian poseidos de secreta zozobra al ver marchar todas las fuerzas de Europa en contra suya y con ardimiento increíble, y se consultaban si Francia tendria medios de oponer resistencia á tantos enemigos juntos, si en menos de un año habria podido rehacer completamente sus fuerzas para dar cara á todos, si finalmente, Napoleón los llegaria á aniquilar de resultas de sus combinaciones, pues no ménos que aniquilarlos se necesitaria fijamente para desar-

mar su implacable ódio. Apesar de hallarse dotado de vigor indomable, ni el mismo Napoleon tenia aquella serena audacia de otros tiempos, inspirada por una série de portentosos triunfos. Taciturno andaba y aun mustio, y se esforzaba por ocultarlo á todas las miradas, y lo conseguia por obra de la prodigiosa animacion de su espíritu levantado. Pero se ensimismaba de continuo asi que se veia solo ó en el seno de la intimidad, reducida á cinco ó seis personas, como la reina Hortensia, el principe Cambaceres, Mr. de Caulaincourt, Mr. de Basano, Mr. Lavallette y Carnot en suma, que, tratándole más de cerca, se le habia unido cordialmente. Ante estos personajes, en cuyos lábios la réplica no sonaba nunca, aunque si el consejo, Napoleon hablaba de todo con ingenuidad absoluta, y verdaderamente noble cuando se trataba de sus desaciertos. Allí decia que las negociaciones intentadas fuera ni aun se podian llamar negociaciones; que dentro de dos meses se tendria encima á toda Europa, y que para resistir su empuje se juntarian fuerzas algo rehechas sin duda por un año de descanso, pero tan inferiores en número que se necesitarian prodigios para alcanzar el triunfo. Además abrigaba el convencimiento de que, elevados los soberanos de resultas de su caída á una categoría, que jamás ocuparon en Europa, no se avendrian fácilmente á descender de ella; de que vencidos en una campaña se aventurarian á otra; de que por tanto habria que resignarse á una lucha á muerte, lucha que el ejército y algunas provincias fronterizas sostendrian con vigor y perseverancia, pero que la nacion prevenida contra las guerras del

primer imperio sustentaria mal de su grado, pues se creeria sacrificada como antes á un solo hombre. De consiguiente Napoleon no se las prometia muy felices, ni consideró como asentimiento formal y unánime de la nacion las aclamaciones de los soldados enardecidos al tornar á ver á su antiguo gefe, de los compradores de bienes nacionales satisfechísimos de recuperar la seguridad perdida, de los revolucionarios ya libres de los ultrajes de los emigrados. Ni en el esfuerzo entusiasta de 1793, ni en el esfuerzo honrado y generoso de 1813 creia tampoco; no contaba más que con sus soldados y consigo propio, y si conservaba algunas esperanzas, solo provenian de pensar en los azares imprevistos que nacen de la guerra y de que un hombre de su génio se podia aprovechar hasta el punto de mudar en un solo dia la faz de las cosas. Lo que más le llegaba al alma y le producía mayor amargura, sin atreverse á decir que fuese injusticia, á punto fijo era la incredulidad que al hablar de paz y de libertad hallaba en todas partes, sobre lo cual expresábase de este modo:—Verdad es que tuve muy vastos designios. ¿Pero los puedo tener ahora? ¿A quién le ocurre que hoy piense yo en el Vístula, en el Elba, ni aun en el Rhin? ¡Ah! sin duda es dolorosísimo renunciar á esas fronteras geográficas, noble conquista de la revolucion, y sino hubiera que sacrificarlas más que la vida de mis soldados y la mia propia, al punto se haria el sacrificio. Mas no se trata de esa ambicion patriótica siquiera, puesto que acepto el tratado de París; solo se trata de salvar nuestra independencia y de no recibir la contrarevolucion de manos del extranjero. ¡Ah!

yo no demando á la suerte más que una ó dos victorias, para restablecer el crédito de nuestras armas, para reconquistar el derecho de ser amos de nuestra casa, y despues de restaurar nuestra gloria, y de reconquistar la independenciam de Francia, pronto estoy á aceptar la paz más modesta. ¡Mas ah, que ni Europa quiere creer en esta disposicion de mi espíritu, ni Francia tampoco! —Entiéndase bien que Napoleon solo se expresaba de esta manera en sus más íntimas conversaciones, las cuales versaban asimismo sobre otro asunto no ménos grave, no ménos urgente, á saber, la nueva constitucion que se habia de dar á Francia. Asi en Grenoble, como en Lion, y en todas partes donde hizo parada se apresuró á ofrecer que se modificarian extraordinariamente las instituciones imperiales. Francia habia cogido esta prenda, y no habia modo de faltar á la palabra. Lo que se llamaba monarquia constitucional desde entonces, es decir, un monarca representado por ministros responsables, ante cámaras que conceden ó niegan la confianza á la plena luz de una publicidad cotidiana, á la sazón era el voto casi unánime de la nacion francesa, muy á mal con que un solo hombre pudiera llevar á Moscon su fortuna. Amase ó no amase este sistema gubernativo, Napoleon se hallaba resueltísimo á hacer el ensayo, como que su espíritu vigoroso no sabia andar con la necesidad en regateos. *sup oban* Aparte el mérito de la institucion en sí misma, una razon decisiva le impulsaba á obrar de este modo. Con efecto, para tener una legítima excusa de haber expulsado á los Borbones y expuesto la Francia á una guerra espantosa, le convenia obrar

de otra suerte que ellos. Por ejemplo su naturaleza y su origen le ponian á cubierto de parecer condescendiente respecto del extranjero, ó cómplice del clero y de la nobleza, pues era á la par la gloria y la igualdad civil personificada. Pero habia algo que no era por sí propio, y que los Borbones lo eran en mayor grado, á saber, la libertad, y sin duda más bien pacifico que liberal le creyeran todos. Por consiguiente, llegando á reemplazar á los Borbones, á costa de tantos peligros para Francia, se veia obligado á otorgar esta libertad, y á otorgarla, no á la manera de Luis XVIII con vacilaciones y retirándola á medias apenas concedida, sino con ingenuidad y por completo. Asi repetimos que en este punto ya habia abrazado su partido, si no por gusto, á lo menos por perspicacia.

Por lo que hace al mérito de la institucion en sí propia, sin amarla de ningun modo, á causa de que á una voluntad como la suya no podian ménos de repugnar las cortapisas, bajo ciertos aspectos parecia convertido del todo, y particularmente bajo el más importante á todas luces, el de la libre discusion de los actos del poder por la prensa cotidiana.

Sin duda, si hay algo que á primera vista irrite á las almas honradas, ciertamente es oir todos los dias lo verdadero y lo falso, y lo falso más a menudo que lo verdadero, oir á la ignorancia y á la improbidad, querer no ménos que enmendar la plana á los hombres más sábios y probos, y desfigurarlo todo con cinismo y desfachatez y sin mesura. Pero en el estado contrario, es decir, en el silencio forzado de una nacion ilustrada, los incon-

venientes superan con mucho á los de la libertad más excesiva. Efectivamente, al amparo del silencio un gobierno lo puede todo, y quien todo lo puede se ha de sentir por fuerza tentado á hacerlo todo, de suerte que, bien mirado, no hay más alternativa que la de dejar decir ó dejar cometer indignidades. Ahora bien, la eleccion no es dudosa, más vale dejar decir indignidades, á trueque de impedir que las cometan los encargados del gobierno. Además la falta de contradiccion engendra poco á poco tal desconfianza que un gobierno se halla con menor defensa contra los falsos rumores y contra la calumnia divulgada de boca en boca, que contra una imprenta atacándole á la faz del cielo. Verdaderamente esta sorda desconfianza del público todo, que en el régimen del silencio acoge de buena voluntad la calumnia, y viene así á ser el castigo del poder absoluto, obra ménos de prisa que la calumnia audaz de la prensa libre; pero este mal, que mina lento y sordo, por lo ménos es tan funesto cuando llega á las masas como el mal patente de la licencia. Este se puede atacar por medio de la respuesta contradictoria; imposible atacar la otra en la sombra donde se oculta. Sin contar que llega un dia, mal elegido por cierto, á causa de ser el de la desgracia, en que rompiéndose todos los diques al mismo tiempo, la pasion estalla tras de estar contenida muy largo espacio, y os echa encima el atraso enorme de veinte años de injurias y os agobia cuando no suena una voz en vuestra defensa, ni hay una oreja que os dé oídos.

Napoleon acababa de pasar por todas estas experiencias, y completas y terribles á tenor de su

destino siempre extremado. Teniendo todos los órganos de la opinion bajo su mano durante el primer imperio, tal incredulidad vió nacer en el público, que no le era lícito desmentir un hecho falso, ni atestiguar un hecho verdadero, hasta el punto de estar, por decirlo así, sin voz el gobierno, y de darse mayor crédito á los boletines del enemigo con embustes que á los del gobierno con verdades. Así, ya dijimos en lugar oportuno, que Napoleon renunció en los años de 1813 y de 1814 á la publicacion de boletines, y se contentaba con insertar cartas en el *Monitor*, suponiéndolas escritas por oficiales del ejército á diferentes personajes del Estado. Finalmente, llegó el día de la desgracia y solo, ó casi solo, Napoleon, oyó desde Fontainebleau un grito de maldicion levantado en su contra, que le acompañó á la isla de Elba, y no le dejó un instante de reposo, llevándole á la par que legítimos cargos, muy odiosos ó irritantes calumnias, no solo sobre sus grandes actos públicos, sino sobre su vida íntima y privada. Tan altivo como su génio, su orgullo sobrenadó, por decirlo así, en este mar de infamias, y despues de tantos horrores, y siendo notorios sus desaciertos, vió á su gloria sobrevivir y llevar nuevamente á sus plantas al ejército y á las masas populares.

Libre de esta borrasca, ya volvía plenamente ilustrado, y declaraba en alta voz que era una prudencia falsa el querer encadenar á la imprenta; y con efecto, segun se ha visto, el 25 de marzo abolió la censura.

Pero cuando se deja que sobre los asuntos públicos se escriba todo, no falta más que un paso para dejar que se diga todo en una asamblea,

y Napoleon no estaba distante de creer en la posibilidad de gobernar con cámaras que atacasen y modificasen y derribasen á los ministros. A la verdad la experiencia enseña que, si la libertad de imprenta es á menudo la calumnia sin respuesta, al revés la libertad de la tribuna es la calumnia con la respuesta instantánea ante los mismos oyentes que han escuchado la acusacion formulada, y con la reparacion del inmediato voto. Y no hay hombre firme y recto que no prefiera la discusion de sus actos ante una asamblea, obligada á oír la defensa como el ataque y á fallar inmediatamente, á la defensa por escrito ante lectores, que han acogido la acusacion con malicia, y se ahorran de leer la refutacion por ligereza, y no se toman el trabajo de ser justos, porque no tienen encargo expreso de figurar como tales.

Ya admitida la libre discusion de los actos del poder por escrito, no se podia negar á permitir la discusion de palabra, y de aqui derivábase naturalmente la creacion de asambleas libres. Por otra parte, aun combatiéndola de muerte, Napoleon habia observado mucho á Inglaterra, porque buscaba la revelacion de sus designios en los debates de su parlamento, y distante estaba de tener respecto de la constitucion inglesa el miedo que inspira á los espíritus pusilánimes ó mediocres. Allí no descubria más que obstáculos á su voluntad propia, y respecto de este punto, al ménos por entonces, se hallaba resignado á encontrarlos numerosos y de gran tamaño; se hallaba resignado á tener ministros atacados, leyes desechadas y resoluciones impedidas del todo, y decia lo siguiente:—Antes contrariaban mis designios tales resis-

tencias; pero ahora en materia de designios solo me anima el de ganar una batalla y reconquistar nuestra independencia, y vengar el infortunio de haberse visto en nuestra capital á doscientos mil extranjeros, y la paz al cabo de todo... Lograda la paz sobre la única base de nuestra independencia, cuando ya no se trate mas que de administrar nuestro hermoso imperio de Francia, no me tendré por verdaderamente humillado de que sus representantes me opongán objeciones y hasta negativas. Despues de vencer y de dominar el mundo, no es tan desagradable la contradiccion permitida que no me pueda someter á ella. En todo caso, á semejante práctica se acostumbrará mi hijo, y yo trataré de prepararle con mis lecciones y con mi ejemplo; pero déjese vencer una vez más, una sola, á esos soberanos, ayer tan humildes y hoy tan arrogantes... No pido más al cielo y á Francia... —

Al usar de este lenguaje Napoleon hablaba con sinceridad suma. ¿Pero se conocia á sí propio? Más tarde, cuando nuevamente venciera á Europa, según lo pedia arduosamente á Dios y á los hombres, ¿se habituaria á aguantar la contradiccion, y no solamente la contradiccion justa en la esencia y templada en la forma, sino tambien irritante en la forma y absurda en la esencia, tal cual se produce á menudo en los estados libres, á someterse y á aguardar su lenta justificacion únicamente de los hechos? Sobre este punto nadie podia vislumbrar el porvenir, y Napoleon ménos que nadie; pero se juzgaba obligado por su situacion presente á cambiar del todo las instituciones imperiales, pues ya que no trajese la paz á su retorno, fuer-

za era que trajese la libertad á lo ménos. Cuantos le daban apoyo, es decir, los revolucionarios, los hombres de luces, la juventud, deseaban la libertad franca y completa, y sin lo que se denominaban los principios de ochenta y nueve, esto es, sin la libertad civil, no se contentaran de ningun modo. Convertido ó no convertido en punto al método de la libertad deseada, no abrigaba duda acerca de ser indispensable, y así estaba resuelto á darla de seguida. Sobre su resultado futuro no sabia nada, ni trataba de penetrarlo tampoco, pues á la sazón le desvelaba otro cuidado muy distinto que el de averiguar si le molestarían las nuevas instituciones, y consistía en saber si vencería á Europa, cuestion vital para sí como para su partido, compuesto de militares, de revolucionarios, y de compradores de bienes nacionales. Este era su único desvelo, ante el cual se disipaban todos. Pronto estaba á poner por obra cuanto fuera del gusto de los que le daban ayuda, pues la medida de sus concesiones se debía ajustar al celo, en sostenerle durante la contienda, y con la fijeza de miras de un hombre superior no se paraba á discutir sobre lo necesario á todas luces. Por todas estas razones estaba determinado á hacer de la monarquía constitucional un completo ensayo, y hasta deseaba el buen suceso, porque el malo fuera el triunfo de los Borbones. Sin embargo, no le dejaba de inspirar alguna inquietud lo que aconteceria en los primeros dias de este ensayo. Efectivamente, si á fuerza de años, y en un país donde han durado largo tiempo, las asambleas son un buen instrumento de gobierno, á los principios son un instrumento muy dudoso y hasta peligroso á me-

nudo. Cuando el arte de dirigirlas acertadamente ha venido á ser un arte verdadero, en el cual sobresalen gefes, que saben unir á las miras de la política el talento de hablar á los hombres, cuando sobre todo han durado tiempo de sobra para estar acostumbrados á los sucesos y tener acostumbrado al país á sus agitaciones, no son de temer de ningún modo, y más recursos ofrecen hasta en la ocasión del peligro que un gobierno absoluto, sin vínculo con la nación de ninguna especie. Pero cuando son de reciente vida, cuando no existen hombres prácticos en llevarlas adelante, lo de ensayarlas por vez primera y en medio de una guerra terrible, á la verdad era empresa ardua, que Napoleón temía extremadamente.

En los tiempos modernos el parlamento británico ha sabido guardar una actitud conveniente durante la guerra, ora por efecto de la costumbre, ora de la seguridad debida á la protección de los mares. En los tiempos antiguos el senado romano, mucho más admirable sin duda, vendía el terreno donde acampaba Anibal con su hueste. Pero aquella era una asamblea antigua y acostumbrada á gobernar á Roma en la próspera y la adversa fortuna. Nadie se podía lisonjear el año de 1845 de reunir el senado romano ó el parlamento británico en Francia. Por consiguiente Napoleón estaba convencido de que en la lucha que se iba á empeñar indudablemente, sin remedio tenía que atravesar por muy crueles extremidades, y de que si le abandonaba la sangre fría, no le aguardaba más que la derrota. Si por el contrario no se turbaba su mente, como no se había turbado despues de Brienne, ni despues de Craonne y Laon, aun cabia en lo posi-

ble el triunfo. Desgraciadamente desconfiaba, no de la fortaleza, mas si de la calma de las nuevas asambleas, congregadas el dia antes, divididas en facciones de todas clases, y no viendo frecuentemente en un suceso infausto mas que una ocasion oportuna para soltar la rienda á sus pasiones. Asi temia que, al primer descalabro, el miedo de unos, la ira de otros y las intrigas de algunos engendrassen un caos, de que se aprovechara el enemigo para llegar al corazon del pais de nuevo. Al desear, pues, hacer la prueba de la libertad, le imponia cuidado que el ensayo tuviera lugar inmediatamente, bajo el cañon de Europa coligada en contra suya.

Esta zozobra le inspiró la idea de dar simplemente y con alteraciones insignificantes la constitucion inglesa, y de aplazar lo de ponerla en planta hasta despues de las primeras hostilidades. En semejante paso no habia la más remota perfidia, sino un secreto presentimiento del peligro de reunir una asamblea inexperta ante los ejércitos extranjeros en marcha sobre la capital de Francia. Si procediera de mala fé, á la mano tenia un pretesto obvio y seguro para engañar á los amigos de la libertad, de modo que no apareciera suya la culpa sino de ellos, y estribaba en reunir una asamblea constituyente al punto, y fiarla el cuidado de formar una constitucion nueva, revisando los senatus-consultos imperiales. Segun el estado de los ánimos por entonces, entre los antiguos revolucionarios, adictos á la constitucion de 1791 los unos, y á las constituciones de 1793 ó de 1795 los otros, y entre los modernos liberales, inclinados á las instituciones británicas despues de un exámen reflexivo, inevi-

tablemente se trabara una lucha larga y violenta, y fuera imposible que los pareceres llegaran á estar acordes, y mientras estuviera abierto este político palenque, conservando la plenitud del poder imperial de hecho, Napoleon podia ganar batallas, y terminar la guerra, y servirse despues contra esta asamblea de la incoherencia de sus miras, de la ridiculez de su conducta, y disolverla de seguida, para constituir la Francia á su antojo.

Tal plan era de éxito casi seguro, si bien convenia empezar por convocar una asamblea, y Napoleon temíalo durante los primeros meses de una guerra espantosa, de que el territorio entre Lila y Paris iba á ser teatro. Además, ignorando qué constitucion le propondria la asamblea, mejor se acomodaba á formular una por sí propio y desde luego y tan buena como cupiera en lo posible, y someterla despues al consentimiento de la nacion por la via usual entonces de los votos escritos, forma ilusoria, mas de poca importancia si era buena la esencia. No otro era su verdadero pensamiento, ¿pero, aun obrando de buena fé, alcanzara á superar la profunda desconfianza de los ánimos? ¿No habiéndole creído Europa cuando hablaba de paz, le creeria Francia al hablar de libertad, y lo que por su parte era verdadera conducta, no se interpretaria como segunda intencion del antiguo déspota? Aquí estribaba su peligro; en la embarazosísima senda por donde se habia metido al regresar de la isla de Elba, por necesidad iba á caminar abrumado bajo el enorme peso de sus faltas pasadas, y podia muy bien acontecer que en este último término de su carrera le impusiera la Providencia el suplicio reservado á menudo á gloriosos cul-

pados, el de ver desechado y no creído su más sincero arrepentimiento.

De todos modos llegada era la hora de fijarse en las cuestiones constitucionales y de terminar finalmente el sistema de gobierno que se había de dar á Francia. Bajo este aspecto la fermentacion de los ánimos había llegado á colmo. Se escribía en todos sentidos y habitualmente en los más extremos. A una pedían la república ó cosa parecida los antiguos republicanos, al despertar de un largo sueño, y los realistas, para quienes todo asomo de desco de libertad parecia asunto de crimen poco antes. Otros reclamaban la monarquía desmantelada del año de 1791; otros, y entre ellos los jóvenes exentos de las preocupaciones del régimen antiguo y de las del moderno, se inclinaban preferentemente á la constitucion británica, aunque sin conocer todavía su verdadero mecanismo. No obstante, columbrándolo vagamente, nada anteponían á este gobierno, y menester es consignar que la mayoría del país se inclinaba á este lado. Sencillamente deseaba la carta constitucional de 1814 con algun mayor ensanche.

Generalmente estaban por la monarquía constitucional cuantos no eran revolucionarios pertinaces, ó realistas que propendían al desórden por interés de partido. El ilustre Sieyes, cuyo superior talento había penetrado el profundo mecanismo de la monarquía inglesa, no pedía otra cosa para Francia, y á pesar de no amar á Napoleon, su parecer era que había que unírsele sin vacilaciones, para salvar la doble causa de la revolucion y de la independendencia nacional con su ayuda. Carnot, exasperado de resultas del año que acababan de reinar

los Borbones, y movido por los procederes de Napoleon y por la confesion que hacia de sus desaciertos, tambien anhelaba que se hiciera bajo su autoridad el ensayo de aliar la monarquía con la libertad. Fouché, poco sensible á las teorías, temiendo especialmente á Napoleon, á quien habia visto volver con sentimiento, no deseando precisamente su caída, cuyo resultado fuera la vuelta inmediata de los Borbones, bien que buscando garantías en contra suya, con todo ahinco tiraba á disminuir su poder en provecho de cualesquiera oposiciones que pudieran nacer en las cámaras futuras, sobre los cuales se lisonjeaba de influir eficazmente por medio de la intriga. Monarquía constitucional deseaba lo mismo que todos, bien que mermando lo más posible la potestad del soberano.

A consecuencia de la revolucion del 20 de marzo se habia dispersado el partido constitucional, segun se le denominaba ya bajo Luis XVIII, y muy comprometidos se apresuraron á huir de la venganza de Napoleon sus principales miembros. Pronto se tranquilizaron en vista de su conducta, y muchos volvieron á París al punto, donde vivian tranquilamente. Madama de Stael no habia dejado su morada; Mr. de Lafayette regresó á su quinta de Lagrange, Mr. Benjamin Constant, el mas comprometido de todos por sus escritos ofensivos contra el imperio, y particularmente por su famoso artículo inserto el 19 de marzo en el *Diario de los Debates*, se habia proporcionado un pasaporte de Mr. Crawford, ministro americano, y estaba escondido hasta que le conviniera ponerse en camino. Estos diversos personajes, completamente separados de los Borbones á causa de los últimos su-

cesos, si se les tranquilizaba del todo, y si se realizaba lo que se les decia de las intenciones liberales de Napoleón, dispuestos se hallaban á hacer con su persona el ensayo de la monarquia constitucional, que bajo Luis XVIII habian comenzado sin fruto. El príncipe José, que habia deplorado la facultad dejada á su hermano de hacerlo todo hasta llegar á su ruina, puntualmente participaba de los sentimientos del partido constitucional, y habia procurado ponerse en relaciones con sus gefes, especialmente con Mr. de Lafayette y madama Stael, y se esforzaba por persuadir á Napoleon que se pusiera en contacto con ellos, á lo cual Napoleon no mostraba ninguna repugnancia.

A los ensayos de libertad que se iban á hacer de seguida no manifestaban el menor gusto y si mucha desconfianza los hombres de Estado del imperio, los más antiguos revolucionarios, ya desaficionados á la libertad, ó antiguos realistas atraídos á Napoleon por el prestigio de la fuerza y de la gloria, y habituados bajo su sombra á la dulce costumbre de la autoridad no disputada. Sin embargo, con su juicio practico el archicanciller Cambacéres reconocia que no era posible obrar de otro modo; pero sirviendo por pura obediencia desde el 20 de marzo, su cooperacion limitaba á la administracion de justicia. Mrs. Mollien, Gaeta, Decres con sus antiguas funciones recuperaron el uso de dejar á Napoleon resolver las dificultades por sí propio. Mr. de Basano aprobaba el pensamiento de Napoleon segun su costumbre, aunque sin tener en el resultado la habitual confianza. A la par repugnaban á Mr. Molé las personas y las cosas del dia, y propalaba dudas que le permitian mantener-

se entre la adhesión y el abstraimiento. Efectivamente solo habia aceptado la administracion nada comprometedora de los puentes y los caminos. Pero en suma a una monarquía constitucional muy liberal se inclinaban los más vivos impulsos. En este sentido se escribian muchos artículos de periódicos y muchos folletos, y hasta se dirigian á Napoleon muchas memorias sobre la constitucion futura; memorias extrambóticas las más de ellas, pues generalmente las gentes que á un príncipe dirigen planes que no les son pedidos, ó son intrigantes que aspiran á mostrar su persona, ó extravagantes que aspiran á mostrar sus rarezas. Al hojear Napoleon tales escritos, ora mostraba enojo, ora se reía de su texto, y mas frecuentemente se entristecia de semejante estado de los ánimos en vísperas de una sangrienta lucha con Europa. Mr. Lavallette figuraba como su actual confidente. A Mr. de Cambacères le consideraba lo mismo que antes, y no amaba ménos á Mr. de Basano, pero de expansion necesitaba su mente viva, y no hallaba más que un eco apagado en el primero, y un eco monótono en el segundo. De buena voluntad se esparcia con Mr. Lavallette, espíritu fino, seguro, independiente, y buen consejero sin tomar nunca los aires de la cordura desatendida, cuando sus consejos eran desechados. Napoleon platicaba con este personaje una parte de la noche, aun despues de trabajar todo el dia.

leyendo ciertos dictámenes dados con el tono de la exigencia y á veces hasta de la amenaza, se arrebatava de ira, y andaba los salones del Eliseo á largos pasos, y decia á voces que en suma Francia no conocia á ninguno de aquellos tribunos

y si á su persona, sin que tuviera confianza en otra alguna, y que si dejaba al pueblo y al ejército obrar á sus anchas, muy pronto anonadaria á los realistas y cerraria la boca á los embrollones. Luego, antes de que Mr. Lavallette le hubiese mostrado la indignidad de papel semejante, se reponia pronto, y se daba á reir de las extravagancias hacinadas sobre su mesa, y comparando la Francia de 1800, que le suplicaba encarecidamente que la librra de *charlatanes*, con la Francia de 1815, que le pedia una libertad ilimitada, se preguntaba si era formal todo aquello y si deseos tan versátiles daban testimonio de una necesidad efectiva y de una conviccion profunda. A esto replicaba Mr. Lavallette muy fundadamente que no habia que tomar en cuenta ni de los espíritus ni de los tiempos exagerados, pero que tomando en su disposicion más habitual á Francia, siempre se la hallaria animada del deseo perseverante de una libertad templada, que á la par la garantizase de los extravíos de un hombre y de los desórdenes de la muchedumbre; que para ella la cuestion siempre habia consistido en la medida y no en la esencia de las cosas, y que fijándose bien se veia que desde el año de 1789 habia deseado en realidad lo mismo que apetecia ahora. Napoleon se rendia á estas sensatas observaciones; pero entonces se apesadumbraba de la diversidad y de la confusion de ideas de los tiempos actuales, y se apesadumbraba á causa de la crisis militar que se iba á atravesar inevitablemente, preguntándose si con la torpeza harto visible de los amigos de la libertad se podria hacer cara á la espantosa lucha que habria que soste-

ner bien pronto, y se le escapaban estas frases: —¡Hacer el primer ensayo de libertad al estampido del cañón! ¡Y qué estampido! ¡Cual no se oyó jamás hasta ahora!—De todos modos no pensaba resistir á los amigos de la libertad bajo ningún concepto, pues no tenía más alternativa que la de optar por los liberales ó los realistas; y como no se podía apoyar en estos, á la fuerza tenía que apoyarse en los otros. Por lo demás, así como en la guerra y ante el peligro se le veía afable y reposado, en esta nueva situación mostraba singular dulzura, no manifestaba ninguna impaciencia, se esforzaba por atraer á la razón á los que se desviaban de ella, y realmente se cuidaba menos de la parte de poder que se dejaría á su persona que de los medios que le serían otorgados para combatir y vencer á los enemigos exteriores.

Ya se ha hecho mención de su idea secreta, que era la de no echarse en brazos de una asamblea constituyente, aun cuando le proporcionara un medio seguro de matar la libertad el ridículo que resultaría de la confusión de pareceres, sino la de rodearse de algunos hombres de suficiencia, y redactar con ellos una constitución que nada dejara que desear á los verdaderos liberales, y promulgarla solemnemente y correr sobre el enemigo, y no convocar las nuevas cámaras hasta poner á bastante distancia de la capital á los ejércitos aliados. En punto á personas capaces de redactar una constitución excelente, la casualidad puso á su alcance al varón más idóneo á la par que el ménos previsto en tal coyuntura. Mr. Benjamin Constant, el escritor fogoso que el 19 de marzo había denunciado á Napoleon como una ca-

lamidad para Francia, y que en nombre de los amigos de la libertad contrajo el empeño de no unirse jamás á su persona, se quedó escondido en París, segun ya hemos dicho, y no tanto en acecho de la ocasion de evadirse como en expectativa de si habria seguridad para quedarse. Al general Sebastiani, espíritu indulgente como todo espíritu político, se confió el secreto de estar Benjamin Constant oculto, bajo la firme persuasion de que no corria ningun peligro. Tan luego como supo la presencia en París de este personaje, el general se presentó al emperador y le anunció que Benjamin Constant estaba en Francia y á disposicion suya.—¡Ah, con que le teneis al cabol exclamó Napoleon cual si tuviera á dicha la satisfaccion de satisfacer una venganza deseada.—Sorprendido mostróse el general y casi alarmado, pero Napoleon no le dejó tiempo de permanecer en tal estado, pues le dijo estas palabras:—Tranquilizaos, no trato de hacer ningun mal á vuestro protegido; enviadmele y quedará contento.—Al golpe echó de ver Napoleon que podia en la ocasion presente dar una brillante prueba de generosidad, conquistar la primera pluma de entonces, y hallar el redactor más autorizado de su constitucion futura, perdonando y elevando á un puesto de grande importancia al más injurioso de sus adversarios; y apenas vió la cosa como posible, la resolvió del todo. Quizá se sospeche si revelaba más desprecio á los hombres que generosidad semejante conducta, pero se incurriria en un error acerca del sentimiento de que se hallaba animado, y que no era otro que el de la clemencia tan encomiada en César, esto es, un conocimiento profundísimo

de los hombres, un discernimiento muy perspicaz de la poca solidez de sus pasiones, una gran flexibilidad de génio respecto de todos, y un arte habilísimo para atraérselos con halagos. Ello es que Napoleón hizo que el chambelán de servicio dirigiera á Mr. Benjamin Constant la invitación más cortés y lisonjera para que se presentara de seguida.

Ahora, después de cuarenta años de discusión pública, en que hemos aprendido la práctica de las instituciones libres, olvidada muy pasageramente según mis esperanzas, y por consiguiente el respeto á nosotros mismos, pocas personas responderían á una invitación de tal especie, ó irían muy respetuosamente á pedir al soberano que les permitiera conservar su dignidad propia, manteniéndose alejados de un gobierno, al cual habían atacado con violencia suma. Mr. Benjamin Constant accedió sin vacilaciones á la invitación recibida, descontento como estaba de los Borbones, que tan mal habían correspondido á la buena voluntad de los constitucionales, á la par que influido por las garantías liberales que Napoleón había dado, y persuadidísimo de la necesidad de unirse al solo hombre que podía salvar de la invasión á Francia.

Napoleón podía tomar varias actitudes ante este hombre de superior talento, y que á su merced estaba ahora. Agasajador cabía que se le mostrase ó duro, y faltara á la conveniencia en ambos casos. Así manifestóse sencillo, cortés é ingénuo.

No aludiendo ni remotamente á lo pasado, solo habló á Mr. Benjamin Constant de la obra para

cuya realizacion contaba con sus luces. Le dijo que, habiendo prometido una constitucion liberal á Francia, se la queria otorgar al punto y tal como la exigia la conveniencia, sin las restricciones de un poder tímido, ni las condescendencias calculadas de un poder astuto, que otorgara más de lo necesario por de pronto, para tener el derecho de retirarlo cuando le pareciera oportuno; que los espiritus estaban muy animados sobre esta materia, y naturalmente poco razonables; que no estaba seguro de que se hubiesen fijado sus ideas, pues desde el año de 1800 habian pasado por tantas variaciones, no queriendo en aquella época libertad ninguna, á la par que al presente las reclamaban todas; que realmente convenia no caer en engaño, porque solo una minoria estaba por una constitucion libre; que las masas populares solo querian su persona, y le demandaban únicamente que las libertara de los nobles, de los eclesiásticos y del extranjero; pero que pensaba tomar en cuenta los votos de los hombres de luces y mostrarse tan ilustrado como ellos; que tenia de consiguiente la resolucion firme de otorgar la monarquía constitucional sin demora; que bien se le alcanzaba que no habia más que una, la consistente en ministros responsables, obligados a discutir en el seno de las cámaras sobre los asuntos del pais, y en una completa libertad de imprenta sin prévia censura; que especialmente acerca de este último punto se hallaba convencido del todo; que era pueril el propósito de encadenar la imprenta; que asi ninguna dificultad sustancial hallaria en su manera de discurrir sobre todo, y que solo habria que tratar de buscar la forma

conveniente sin humillarle; que sin duda cabia dudar de si á la larga se acomodaria á las trabas á que se iba á sujetar entonces; que acerca de este punto era muy lícita la desconfianza, sin que se diera por ofendido; pero que á sufrir los disgustos del régimen constitucional se hallaba muy preparado; y de todos modos esperaba que se le guardarían contemplaciones; que en otros tiempos abrigó muy vastos designios, para cuya realizacion fuera el régimen constitucional un obstáculo insuperable; pero que ya un solo interés preocupaba su mente, y estribaba en resistir á los enemigos exteriores; que no habia para que disimular que la lucha seria terrible; que dejaba hablar de negociaciones, bien que en realidad no habia pendiente ninguna; que absolutamente era necesario batirse á muerte, para lo cual de cierto no se le negarian recursos; que se apresuraria á celebrar la paz tan luego como expulsara al enemigo del territorio; que entonces, cuando se tratara de administrar al pais tan solo, no le desagradaria el concurso ilustrado de sus representantes, aun cuando suscitasen embarazos; que el carácter de los veinte y seis años no se tenia á los cuarenta; que se reconocia cambiado, y que fijamente convendria más para su hijo el gobierno de una monarquía constitucional, dividido á la par que vigorosamente apoyado; que para este hijo trabajaba más que para sí propio; que por tanto entre su persona y los amigos ilustrados de la libertad no podia existir formal disentiimiento; que la cuestion se reducía solamente á hallar la forma, y á que se respetaran su dignidad y su gloria, que eran las de Francia, sobre lo cual no abrigaba dudas. sup y

Estas palabras pronunciadas con tono reposado, firme y de convencimiento, y á la sombra de tantos laureles, vivamente fascinaron la imaginacion impresionable de Mr. Benjamin Constant, le persuadieron casi por completo ó del todo, y dió gracias á la fortuna que de tal vencedor le habia hecho prisionero. En seguida Napoleon entrególe un monton de proyectos constitucionales, firmados unos y anónimos otros. Hasta aqui se mantuvo cortés aunque grave, de súbito sonrióse al tomar en la mano algunos de aquéllos proyectos, de los cuales anunciaba la sustancia, y despues el nombre de sus autores, diciendo de este modo:—Aqui lo hay de un republicano; esotro es de un monárquico al estilo de Mounier; á continuacion viene el de un realista puro.—Al exponer el contenido, Napoleon se reía del contraste entre las ideas y el nombre de los autores, pues á menudo los republicanos proponian el despotismo y los realistas se declaraban por la anarquía; luego continuó del siguiente modo:—De todo esto haced lo que sea de vuestro gusto, fijad vuestras ideas, que ya lo están sin duda, hallad una forma y tornad á verme y sin dificultad quedaremos acordes.—Napoleon despidió acto continuo á Mr. Benjamin Constant, sin haberle halagado ni maltratado, á la par que habiéndole dominado por la sencillez, el atractivo y la firmeza de su talento, al cual se presentaban las cuestiones más arduas, no como pendientes de resolucion, sino como resueltas del todo.

Mr. Benjamin Constant era el hombre que á la sazón, sobre su talento de escribir claro, picante, incisivo, poseia la teoría de la monarquía

constitucional mejor que otro alguno. No le faltaba más que aprender por experiencia dónde radicaban los puntos ostensibles de este mecanismo, y aun cuando estuviera más cerca de conocerlos que sus contemporáneos todos, no sabia con toda exactitud en qué habia de persistir esencialmente, y en qué era lícito no mostrarse tirante. Pero no participaba su espíritu de ninguno de los errores de entonces, y habiendo sido el publicista empleado por el partido liberal contra la primera restauración, como redactor de constitucion gozaba un crédito que nadie le podia disputar en Francia.

Teniendo bien fijas las ideas, su obra no podia ser larga, á lo ménos bajo el aspecto de la concepcion, y así se volvió á presentar á Napoleon muy pronto. Hallóle tan natural como antes, y todavía más obsequioso, siendo á cada entrevista, no ya más fáciles, sino más íntimas las relaciones entre ambos. Esta vez la plática versó acerca de los pormenores de la constitucion futura, y entre los dos interlocutores no hubo el menor desacuerdo sobre nada. Sin oposicion alguna admitió Napoleon que la imprenta diaria estuviera exenta de prévia censura, y que respecto de sus extravíos dependiera de tribunales especiales. Esto era conceder al golpe los puntos más disputados en esta materia. Ya hemos dicho que por su anterior experiencia se hallaba Napoleon convencido del todo. Tampoco halló Mr. Benjamin Constant la dificultad más leve en Napoleon acerca de las dos camaras, y de la obligacion de presentarse á ellas los ministros para justificar sus actos, lo cual equivalia á aceptar la division del gobierno con los representantes, y más que la division todavía, pues si en este sis-

tema se reserva el monarca la accion, la direccion se la deja á las cámaras, lo cual es simplemente obedecer á la necesidad de las cosas. Efectivamente, en vano se aspira á gobernar fuera de los verdaderos sentimientos de una nacion y fuera de sus ideas dominantes; si así se ensaya durante algunos dias, fuerza es retroceder de contado. Por consiguiente lo mejor es sufrir con buen aire lo que no se puede estorbar de ningun modo, y aceptar el medio más directo de introducir el pensamiento de la nacion en el gobierno, de lo cual resulta que los ministros dependen del voto de las cámaras en todos sus actos.

Además concedió Napoleon que las cámaras enmendasen las leyes á su gusto, salvo el derecho para el gobierno de no sancionar las leyes así enmendadas; que pudieran, no *suplicar* como en la Carta de Luis XVIII, sino *invitar* al gobierno á presentar ciertas leyes deseadas por la opinion pública, é indicar sus disposiciones, solo á condicion de que la invitacion no se presentara al emperador hasta que las dos cámaras estuvieran de acuerdo. A la Cámara de los diputados corresponderia el privilegio de ser la primera en examinar todo lo relativo á contribuciones; y á la Cámara de los pares el de la alta jurisdiccion de Estado sobre los ministros, sobre los gefes militares, y sobre todos los hombres investidos con grandes poderes. Esta era la monarquía constitucional entera y sin restriccion alguna. La formacion de las dos cámaras faltaba tan solo.

Para la Cámara de diputados, la menor en dignidad y la más fuerte en influencia, sin dificultad admitió Napoleon la eleccion directa. De haber te-

nido tiempo se pudiera redactar una ley electoral, que al punto determinara la categoría de ciudadanos revestida con el derecho de nombrar á los diputados. Nueva era la materia y grave, y difícil fijarse en las cuestiones á que daba motivo con los escasos conocimientos de entonces. Se ideó por de pronto valerse del sistema existente, aunque no sin introducir algunas modificaciones. Este sistema era el de Sieyes, consistente en hacer que la universalidad de los ciudadanos designara á unos cien mil electores vitalicios, repartidos en dos clases de colegios, colegios de distrito y colegios de departamento; cuyo sistema tenia la ventaja aparente de asociar á la eleccion á todos los ciudadanos, pero tambien el vicio profundo, inherente al sufragio universal, de ser ilusorio, porque lo que hay de verdad en la intervencion del pais es llamar á votar, no á la totalidad de los ciudadanos, sino á la porcion realmente ilustrada y capaz de tener opiniones propias. Sin embargo, los cien mil electores entonces inscritos en las listas ofrecian un bosquejo de la nacion suficiente para conocer su verdadero pensamiento. Se renunció á la combinacion sutil de hacer que los colegios de distrito presentaran candidatos á los colegios de departamento, y los colegios de departamento al Senado, lo cual no era más que una manera de conseguir que espírase la verdadera opinion del pais, no precisamente entre dos postigos, sino entre dos escrutinios. Napoleon concedió que los colegios de distrito nombraran directamente trescientos diputados, y casi otros tantos los colegios de departamento, directamente de igual modo, lo cual debia producir una asamblea casi igual en número á

la cámara de los comunes de Inglaterra. Mr. Benjamin Constant aceptó estas bases, que constituían una inmensa mejora, pues aun bajo la Carta del año de 1814 no se tuvo más que el antiguo Cuerpo legislativo, nombrado por el Senado, según las listas de candidatos formadas por los colegios electorales. También admitió Napoleón lo que la experiencia ha sancionado posteriormente como la única combinación razonable, la renovación íntegra de la cámara de cinco en cinco años.

En cuanto á la composición de la cámara alta, entre Napoleón y Mr. Benjamin Constant hubo divergencia de pareceres, no porque el uno quisiera conceder menos y alcanzar más el otro, sino porque la materia de suyo suscitaba las dudas más graves.

Sin haberse fijado del todo, Mr. Benjamin Constant se inclinaba á una pairía hereditaria. Esta institución le parecía la que proporcionaba más feliz mezcla de gravedad y de independencia de espíritu para la composición de una cámara alta. Aun participando Napoleón de este dictámen y en mayor grado que Mr. Benjamin Constant, con todo, le repugnaba introducir en la nueva constitución el derecho hereditario; y decía con su lenguaje tan explícito y bellamente figurado.—Se necesita una aristocracia, y se necesita con especialidad en un Estado libre, en que la democracia tiene siempre una influencia preponderante. Un gobierno, que trata de moverse en un elemento solo, no es mas ni menos que un globo en los aires, inevitablemente llevado en la dirección adonde soplan los vientos. Al revés, el que se coloca entre dos elementos, y se puede servir á su albedrío del uno

ó del otro, no está dominado. Se parece á la nave sobre las olas, que únicamente para andar se vale de los vientos; estos la dan impulso, mas no la dominan de ningun modo.—No era posible emitir bajo una forma mas ingeniosa un pensamiento mas profundo. Pero aun pensando Napoleón de esta suerte, en la situacion actual de las cosas temia no poderse valer útilmente de lo que ahora habia de aristocracia en Francia, y se explicaba de esta manera.—La antigua aristocracia está en mi contra, y la nueva es demasiado moderna. No tiene con la aristocracia inglesa ninguna semejanza, como que esta aristocracia fue nacida con la constitucion inglesa, y contribuyó á dársela al pais, y no ha cesado de practicarla desde entonces. Además tenemos un pueblo muy desfavorablemente prevenido contra la nobleza hereditaria. Lo que mas le anima al presente, lo que le hace correr á mi encuentro, es el ódio á los eclesiásticos y á los nobles, y si le presentais la pairía hereditaria, le hareis levantar un gran clamoreo, sin estar muy seguro de haber creado una aristocracia con una cámara de pares, que por largo tiempo se compondrá de chambelanes y de generales...—

Ante estos diversos motivos, Napoleon se hallaba perplejo, pues si el derecho hereditario en la dignidad de la pairía estaba de acuerdo con sus convicciones, le imponia temor su efecto sobre el espíritu receloso de los liberales franceses.

En cuanto á las garantías generales, como la inamovilidad de la magistratura, la libertad individual, la libertad de cultos, etc., las admitia sin disputa, y se limitaba á pedir una redaccion clara, precisa, y no sujeta á ambigüedades. Solo á una de estas garantías se opuso muy vehemente, y fué

á la abolicion de la confiscacion por completo. No queria de ninguna manera establecer lo contrario, mas sí que se guardara silencio absoluto, y decia acerca de esta materia.—Yo no pienso en apoderarme de la hacienda de nadie, á la Convencion nacional no quiero imitar en cosa ninguna. Pero se me prepara una nueva emigracion en mi contra. Un levantamiento vereis en la Vendée si se prolonga la guerra. Y prolonguense ó no se prolonguen las hostilidades, sobre nuestras fronteras tendreis nuevas reuniones como la antigua de Coblenza. Ya se forma una en Gante, donde figuran hombres, á quienes he colmado de honores y de riquezas. Esta reunion se agrandará de dia en dia, y si en el término de tres meses no he dado remate á la lucha, se organizará allí un gobierno, cuyas órdenes serán mejor obedecidas por ciertas clases de franceses. No creais que aspiro á hacer rodar la cabeza ni á apropiarme la fortuna de persona humana. Pero no puedo estar desarmado, y si no tengo medios de intimidacion á mi alcance, no sabré cómo defenderme contra ese gobierno de fuera, reconocido y obedecido dentro. Actualmente, así en Besanzon como en Marsella tengo antiguos prefectos de Luis XVIII, que expiden órdenes secretas. Los voy á expulsar de seguida; pero sobre la frontera harán alto, y me causarán desde allí tanto daño como en el centro del territorio. Menester es que yo pueda reprimir á los enemigos resueltos y atraer á los irresueltos. Estad seguro de que con la facultad de secuestrar los bienes, sin confiscarlos, hasta sobre Mr. Talleyrand influiré al golpe. Mas al tiempo de la paz restableceré esa garantía, que reconozco indispensable; hasta en-

tonces deseo que sobre ella no se diga nada.—

Esta mala disposicion fué la única revelada por Napoleon en el trabajo de la constitucion nueva, y obstinadamente aferrado se mostró al cumplimiento de su voluntad acerca de semejante punto. Sin duda erraba en querer así reservarse una porcion cualquiera de poder arbitrario, pues no le podian salvar ni perder algunos medios de intimidacion de mas ó de menos, cuando su suerte se iba á decidir solamente sobre los campos de batalla. Pero fuerza es reconocer como enteramente exacto que el mal pensamiento de Napoleon tenia excusa en la manera de obrar de los realistas. Espantados por de pronto, se mantuvieron quietos: muy luego tranquilizados, al ver la libertad de hablar, de escribir y de moverse, dejada á todos los partidos, se aprovecharon con toda amplitud de ella, y públicamente iban y venian de París á la Vendée, de París á Gante, y con evidencia preparaban en la Vendée la guerra civil, y en la capital movimientos á favor de los Borbones. Por el momento no debian inspirar inquietudes, pero, si bajo los muros de París llegaban los enemigos, el peligro se podia hacer muy grave, y aun desaprobando que Napoleon pensara de tal modo, bien se concibe que un hombre de accion, acostumbrado á no detenerse ante obstáculo alguno, colocado además en un tiempo cercano todavía á las doctrinas revolucionarias, se reservara medios de intimidacion hasta sin querer usar de ellos.

Mr. Benjamin Constant aplazó esta disputa, resueltísimo á insistir nuevamente. Otra cuestion habia de pura forma, y acerca de la cual Napoleon se habia fijado de una manera todavía mas irrevoc-

cable, si era posible, y era la del título y el modo con que la nueva Acta constitucional habia de ser presentada. Su voluntad queria otorgar esta nueva carta como Luis XVIII habia otorgado la suya, si bien salvando las apariencias, y en esta materia las apariencias entran por mucho, como que implican el reconocimiento ó la negativa del derecho; y estas eran sus palabras.—Yo he reconocido la soberanía nacional, y no la he hecho un gran favor, porque realmente la nacion es soberana, y solo el que ella quiere es soberano durable. Asi no pretendo á semejanza de Luis XVIII presentarme como sacando de mi derecho solo la constitucion que voy á dar á Francia; pero si no quiero sacarla de mi derecho, la quiero sacar de mi buen sentido, y hacerla todo lo bien que me sea posible, y bajo este aspecto mas valemós vos y yo que una asamblea que no acabaria nunca, y que trastornaria quizá el país sin llevar nada á cabo. Una vez terminada la obra, lo mejor que podamos ambos, la ofreceré á la aceptacion nacional por el método adoptado para las antiguas constituciones imperiales, el de la inscripcion de los votos sobre los registros abiertos en las alcaldías. Se dirá que este método es ilusorio; no lo negaré por mi parte. Sin embargo; no es mas ilusorio que la convocacion de las asambleas primarias, que ofreceria un método mas complicado sin que fuera mas efectivo. En estas cosas lo esencial estriba en que lo que se haga sea bueno, y respecto de la forma, con tal que no implique la negativa de la esencia, la mas sencilla es sin duda la preferible. La verdadera aceptacion del pueblo es la duracion, que determina su asentimiento ilustrado, y que da luego

de conocer una constitucion por la experiencia.—

De ningun modo estaba dispuesto Mr. Benjamin Constant á contradecir tales ideas, porque tambien era de parecer de que se evitara así una asamblea constituyente, que al cabo de un año de trabajo no produjera nada, como las asambleas primarias, que pudieran dar márgen á una confusion desastrosa, y de emplear la forma de aceptacion mas breve, siempre que llevase consigo el reconocimiento explícito de la soberanía nacional. Con todo deseaba que la nueva constitucion se diferenciara de las antiguas constituciones imperiales, no solo en la esencia, lo cual estaba convenido, sino tambien por la forma; que se diferenciara en el título muy especialmente, á fin de inspirar confianza, y de no correr el riesgo de que se confundiera con los antiguos senatus-consultos, que así que salian del cerebro de Napoleon se transformaban en leyes fundamentales del Estado, á consecuencia del servilismo del Senado. Por tanto, decia que, sin pararse en hipocresías de forma, de un modo ó de otro convenia conjurar la desconfianza general, y para este fin dar á la constitucion un carácter nuevo, y que la distinguiera del todo de las anteriores.—No, no, respondia Napoleon vehemente, se me quiere despojar de mi pasado, hacer de mí lo que no soy de ninguna manera, un hombre distinto, borrar quince años de reinado, borrar mi gloria, borrar la de Francia, como si en ese primer reinado hubiera sido malo todo!... No lo consentiré bajo ningun aspecto. Muy bien puedo ceder á la experiencia, y sobre todo á las circunstancias, que no permiten la dictadura de que gocé en otros dias; mas no pienso

en prestarme á humillaciones. Además, creedme, Francia quiere su antiguo emperador, algo mudado sin duda, pero no á otro alguno.—

Sobre este punto Napoleon mostróse incontrastable, porque veía en una forma nueva por completo la intencion de humillarle, imponiéndole de esta suerte la desaprobacion de todo su pasado. Forzoso fué de consiguiente considerar la constitucion en ciernes como una simple modificacion de las antiguas y no como un órden de cosas distinto del anterior en un todo. Tan tenaz y tan susceptible se manifestó Napoleon acerca de lo que llamaba su gloria, como Luis XVIII respecto de lo que denominaba su derecho. Aquí habia una falta grave, porque la constitucion de 1815 se diferenciaba de las de 1802 y 1804 por completo: y á la par que en general se desea que al parecer se dá más de lo que se da efectivamente, ahora se exponia á que lo otorgado pareciera menos de lo que era de positivo, cálculo detestable y triste fruto de la soberbia. Más valiera una y cien veces en el estado actual de los espíritus prometer más de lo que se llevaba á cabo, que efectuar más de lo que anunciaban las promesas.

De esta disputa resultó el título tan desagradablemente célebre de *Acta adicional á las constituciones del imperio*, título que debia propender á persuadir al público de que solo se introducía una modificacion simple, cuando realmente se alteraba de raiz el antiguo órden de cosas. Cautivado Mr. Benjamin Constant de haber salido airoso con relacion á la esencia, no tuvo dificultad en ceder respecto de la forma, é incurrió tambien en el yerro, muy propio de su espíritu filo-

sólico, de no darla bastante importancia. Tomando la pluma, en términos sencillos, claros y elegantes, redactó la constitucion mejor y mejor escrita que se ha otorgado á Francia en la larga serie de sus revoluciones. Al emperador vió una vez y otra, y ambos quedaron acordes sobre todos los puntos, sin excluir ni el de la pairía hereditaria. Despues de resistir Napoleon este último punto, por las razones ya indicadas, despues de repetir que se corria el riesgo de adherir una impopularidad funesta á la nueva obra, con introducir el derecho hereditario, al parecer rectificó sus ideas sobre la razon que le habia preocupado mucho, de ser difícil sacar partido de la aristocracia en el estado de Francia por entonces; opinando ya que, despues de ganadas dos ó tres batallas, si tenia tal fortuna, y despues de celebrada la paz, si lograba este resultado, la antigua nobleza se le volveria á unir verosímilmente, como lo hizo antes, y que en tal caso para ella seria la pairía hereditaria un incentivo mucho más eficaz sin duda que el senado; que así tendria el medio de aliar á la nobleza antigua con la moderna, y que, fundidas ambas, quizá acabarían por formar un cuerpo aristocrático bastante imponente. Por consiguiente, rindióse acerca de la pairía hereditaria, si bien persistió en que relativamente al artículo de la confiscacion se guardara silencio absoluto.

Como solo una cuestion habia dividido á los autores, y la pluma del redactor era muy ejercitada, la nueva constitucion terminóse de seguida; pero se necesitaba que saliera ya del misterio, para darla el apoyo de una autoridad considerable. Publicamente se hablaba de este asunto, de las

conferencias secretas á que daba motivo, y no habian dejado de mostrar celos, ora el consejo de Estado, ora ciertos revolucionarios que habian puesto mano en las anteriores constituciones, y que se veian con disgusto eliminados de toda participacion en la presente. Tiempo era de someterla al consejo de Estado, y para que Mr. Benjamin Constant pudiera sostener su obra, se necesitaba que en aquella alta corporacion tuviera facultad de tomar asiento (1). Aqui habia un pretexto muy natural para nombrarle consejero de Estado, y por una via sencilla y elegida con sumo tino, Napoleon tuvo la satisfaccion de granjearse al enemigo más violento poco antes, á la par que por su parte este enemigo tuvo la satisfaccion de ser ganado de una manera plausible y hasta casi para hacer gala. Hoy sorprende mucho más que sorprendió entonces esta súbita alianza. Tantos cambios de frente se habian presenciado un año antes, y tan poco formadas estaban las costumbres políticas por entonces, que se notó este suceso, sin que produjera gran sorpresa ni indignacion suma. De consiguiente, Mr. Benjamin Constant fué nombrado consejero de Estado, á fin de que en la constitucion pudiera trabajar oficialmente. Algu-

(1) Al confesar Mr. Benjamin Constant en sus Cartas sobre los Cien dias la gran parte que tuvo en el Acta adicional, no ha declarado que la redactó de su puño, y que salvo algunos artículos modificados, suya era toda la obra. Además, fáciles de reconocer en la unidad, en la precision y en la sencillez del lenguaje que no hubo más que una pluma, y que esta pluma fué la mejor del tiempo. La de Napoleon, la más grande á todas luces, era más dogmática y más nerviosa.

nos personajes tales como el príncipe Cambaceres, Regnaud de Saint Jean d'Angely, Boulay de la Meurthe, y los presidentes de las diversas secciones del consejo de Estado, fueron llamados al palacio del Eliseo para tomar parte en las conferencias preliminares, y allí se hicieron pocas objeciones al nuevo trabajo, que, salvo el título y el silencio guardado acerca de la confiscacion, no las podia suscitar muy graves. Sin embargo, se introdujeron algunas enmiendas de redaccion, y se insertó un artículo nuevo, inútil del todo, si bien exigido por las pasiones del tiempo. Efectivamente, objetos sagrados y superiores á todos los demás eran para los bonapartistas la dinastía, para los compradores de bienes nacionales las ventas calificadas con este nombre, para los campesinos la abolicion completa de los diezmos y de los derechos feudales, para los revolucionarios de todos matices la condenacion irrevocable del régimen antiguo. Asi añadióse un artículo final con el número 67, y en el cual se decia que el pueblo francés, al delegar á las autoridades instituidas por la nueva constitucion sus poderes, no las conferia de ningun modo el derecho de proponer el restablecimiento de los Borbones, aun cuando se extinguiera la imperial dinastía, ni el derecho de restablecer la antigua feudal nobleza, ni los privilegios señoriales, ni el diezmo, ni los privilegios del culto, y ménos el derecho de atentar contra la irrevocabilidad de las ventas llamadas nacionales, y expresamente vedaba á todo individuo presentar ninguna proposicion de esta clase. Tal artículo tenia un valor solo, y era el de colocar los objetos esenciales en una categoria separada, y de darles

un carácter como sagrado, bien que mientras la constitucion lo tuviera igualmente.

De seguida la nueva acta llevóse al consejo de Estado y en la sesion general casi no fué objeto de impugnacion; pero en las conversaciones particulares á que dió motivo se criticó el título de *Acta adicional á las constituciones del imperio*, que la distinguia muy poco de las constituciones pasadas, y la dejaba expuesta á aquellos fáciles cambios, que se operaban poco antes en virtud de un senatus-consulta, siempre adoptado casi por voto unánime del Senado, y siempre sancionado en las alcaldías por algunos millones de *sés* contra algunos miles de *nós*. Todos repararon en el silencio guardado acerca de la confiscacion de igual suerte y se mostraron alarmados. Universalmente se puso el reparo de que la Carta de 1814 abolia la confiscacion de una manera expresa, y natural y justo era que produjera escándalo no ver en el *Acta adicional* la misma providencia; hasta en la sesion general se hizo mencion de tan obvio reparo, y se instó con viveza á los presidentes de las secciones, y con especialidad á Mr. Benjamin Constant, para que insistiesen cerca del emperador, con el fin de que asintiera á llenar un vacío tan lamentable, y que por fuerza iba á ser mal interpretado.

En el palacio del Eliseo celebróse la última conferencia el 23 de abril por la noche, y la redaccion quedó acordada definitivamente. Llenando fielmente los diversos colaboradores de la nueva Acta constitucional su encargo, á Napoleon suplicaron que llenara el vacío referente á la confiscacion. Naturalmente se hizo valer la circunstancia

del artículo de la Carta de 1814, que abolía este bárbaro castigo. Napoleón respondió que el tal artículo no era más que una hipocresía por parte de los Borbones, pues su presteza en suprimir nominalmente la confiscación no tuvo otra causa que el propósito de denigrar el origen de los bienes nacionales, confiscados á los eclesiásticos y á los nobles; bien que su respeto á la propiedad no pasaba de ser fingido, porque nada habían descuidado para despojar á los nuevos compradores de sus bienes de un modo directo é indirecto. Por consiguiente á su ver no había que dejarse fascinar por falsas apariencias, siendo inducidos á engaño por una disposición mentirosa. En realidad no pensaba en apropiarse la hacienda de persona alguna, pero, insistiendo en la demanda, se le privaría de su recurso para intimidar á la nueva Coblenza.— No obstante, como, sin negar lo que se decía de los Borbones, aun se persistiera en sostener el principio de la propiedad, sagrado de suyo, y la indiscreción de desconocerlo cuando se hacía gala de proclamar los derechos de los ciudadanos, desconocidos hasta entonces, ó no reconocidos por completo, Napoleón se levantó con los ojos hechos ascuas y el ademán amenazante, y recorriendo á veloz paso la pieza donde se discutía sobre el asunto, dijo que se le arrastraba á una senda que no era la suya; que de este modo se soltaba peligrosamente la rienda á las peores doctrinas de entonces, y se las daba pábulo é incentivo; que la opinión se echaba á perder de hora en hora, y venía á ser detestable; que Francia, la verdadera Francia buscaba el antiguo brazo del emperador sin hallarlo; que se le iba á entregar des-

armado á todas las facciones; que el pueblo y el ejército aborrecian á los emigrados, y le mirarian de mal ojo por su indulgencia respecto de ellos, y no le perdonarian que se les dejaran sus fortunas, con las cuales ya estaban á punto de asalariar la guerra extranjera; que si el recurso decidia algo de la mansedumbre del régimen liberal, forzoso era concederlo á las circunstancias; que *se le queria hacer un ángel, y no lo era de ningun modo*, y que habia que tomarle tal como era en efecto, como un hombre, que no tenia costumbre de dejarse atacar impunemente...—Despues de este arranque, simple repeticion de lo que se oia de continuo decir á ciertos hombres espantados del supuesto movimiento revolucionario, Napoleon serenóse del todo, pero sin permitir que se insertara el artículo relativo á la abolicion de la confiscacion, y prometiendo solemnemente restablecer este artículo despues de la paz, como hacen todos los poderes que se comprometen á renunciar á la arbitrariedad asi que pasa la urgencia, es decir, cuando el mal es irreparable para sus víctimas y para sí propios.

Ante la cólera de Napoleon rindiéronse todos, y Mr. Benjamin Constant como sus colegas, impaciente de ver en el *Monitor* una obra de que estaba ufano, y de que lo pudiera estar con justicia, á no ser por una omision de tanto bulto.

Publicada fué en el *Monitor* del domingo 23 de abril la nueva constitucion bajo el titulo de ACTA ADICIONAL A LAS CONSTITUCIONES DEL IMPERIO.—Hábil era el preámbulo hasta lo sumo. Allí se recordaba que, aprovechando en las diversas épocas la experiencia adquirida, el emperador habia mo-

dificado las constituciones precedentes, con especialidad en el año VIII, en el año X, en el año XII, bien que siempre sometiendo las varias modificaciones al consentimiento del pueblo; que ocupado á la sazón en establecer un sistema federativo en Europa (asi llamaba Napoleon á su proyecto de universal monarquía), se vió obligado á aplazar algunas disposiciones necesarias á la libertad de los ciudadanos; que resuelto hoy á desistir de tal sistema federativo, y á dedicarse exclusivamente á la ventura de Francia, se hallaba decidido á modificar las constituciones imperiales, conservando de lo pasado lo reconocido por bueno, á la par que sacando de las luces de los actuales tiempos lo adecuado para consagrar los derechos de los ciudadanos, *dando toda su extension al sistema representativo, combinando en suma el mas alto grado de libertad política con la fuerza necesaria para hacer respetar por el extrangero la independencia del pueblo francés y la dignidad de la corona.*

Segun la parte dispositiva, el emperador estaba encargado del poder ejecutivo, y ejercia el poder legislativo en union de las dos Camaras. De estas dos Cámaras, la de los pares era hereditaria, de nombramiento del emperador y sin limitacion en cuanto al número de sus miembros; la de los representantes era electiva, renovable por completo cada cinco años, formada por seiscientos veinte y nueve miembros, directamente elegidos por las dos series de colegios de departamento y de distrito. Sin embargo, el comercio debia tener veinte y tres representantes especiales y de un modo particular elegidos. La Cámara de los re-

presentantes nombraba su presidente, con aprobacion del emperador. La Cámara de los pares tenia el privilegio de la alta jurisdiccion del Estado sobre los ministros, los gefes militares, etc.; la Cámara de los representantes gozaba la iniciativa, la prioridad de las resoluciones en materias rentísticas y de alistamiento de tropas. Todos los años se habian de votar los presupuestos. A las Cámaras asistia facultad para enmendar las leyes, y hasta las podian proponer en virtud de su iniciativa propia, y serian enviadas al emperador si reunian el voto favorable de las dos ramas de la legislatura. Miembros podian ser de una ó de otra Cámara los ministros, y tenian la facultad de presentarse en ambas, aun cuando no lo fueran de ninguna, y obligados estaban á acudir á su seno, para dar las explicaciones que se les pidieran sobre sus actos. Responsables eran de ellos, y en caso de ser acusados, la acusacion la hacia la Cámara de los representantes, y les juzgaba la Cámara de los pares. Derecho tenia el emperador para disolver la Cámara de los representantes, á condicion de convocar otra nueva lo mas tarde en el término de seis meses. Inamovible era la magistratura: los tribunales militares solo tenian jurisdiccion sobre los delitos militares: libres eran en sus personas los franceses, y no debian ser presos ni desterrados arbitrariamente, dependiendo solo de sus jueces naturales. Unicamente habria estados de sitio en el caso de invasion del enemigo ó de turbaciones civiles; no pudiéndose establecer en este último caso sino por virtud de una ley, ó por virtud de un decreto, si las Cámaras no estaban reunidas, debiendo convertirse en

ley cuanto antes fuera posible. Todos los franceses tenían derecho para publicar por medio de la imprenta sus opiniones sin previa censura, con el cargo de responder de ellas ante la justicia, comprendiendo siempre el jurado para los delitos de imprenta. Garantido estaba el derecho de petición individual. Iguales y libres quedaban declarados los cultos. Finalmente, según se ha visto, bajo una garantía especial se colocaban la dinastía, los bienes nacionales, la derogación del diezmo y de los antiguos privilegios, puesto que se prohibía á los individuos de ambas Cámaras que hicieran proposición alguna en contra.

Por nulas se declaraban las disposiciones de los senatus-consultos anteriores, opuestos á la nueva acta, y las demás seguían vigentes. La presente Acta adicional se debería someter á la aceptación del pueblo francés, que sería admitido en las alcaldías, los juzgados de paz, las oficinas de los notarios, etc., para votar *si ó no* en los registros abiertos al efecto. Se haría el escrutinio de los votos en la asamblea del Campo de Mayo, compuesta de todos los miembros de los colegios electorales que fueran á París de voluntad propia.

Nunca se había otorgado más completa á Francia la libertad, según es de desear razonablemente, salvo el artículo relativo á la confiscación y aplazado. Napoleón había otorgado la libertad entera, no por astucia, sino porque con su superior talento comprendió que, obligado á darla irremisiblemente, la debía dar con todas sus condiciones necesarias; porque entonces estaba ocupado exclusivamente en una idea, la de vencer á Europa, conjurada en contra suya, y que obtenido tal

resultado, el mayor ó menor poder de que disfrutara luego, no pasaba de ser un objeto secundario á sus ojos; porque en la práctica de la constitucion se figuraba que se le concederia mas que á otro alguno, gracias á su gloria, á su génio y á su voluntad vigorosa; porque finalmente, pensando en su hijo mas que en sí propio, no deseaba que tuviese mas poderes que los de un monarca de Inglaterra.

Nos falta ver cómo fué recibida esta libertad tan completamente otorgada, y en el relato, que va á venir de seguida, se hallará una nueva prueba de que en política como en todo, no basta que los remedios sean buenos, sino que es necesario que se apliquen en tiempo oportuno.

implicacion del Acta adicional.—Efecto que produce.—La ma-
 recibida á pesar de contrariar la max liberal y la mejor re-
 tado de cuantas constituciones ha obtenido Francia.—Molivos
 do ser mal recibida.—Francia no crea más á Napoleón cuando
 habla de libertad que Europa cuando habla de paz.—Boen-
 trazo de las revoluciones y libertad de las revoluciones.—Solo el
 partido constitucional recoge el Acta adicional de una manera
 favorable, y así y todo se mantendrá descontento.—Importancia
 del papel del general Lafayette en la presente revolución.—El
 partido constitucional establece condiciones á su adhesión, y
 entre por las limitaciones sean convenientes inmediatamente.—Ca-
 pones desearán que la constitucion para no tener las Ca-
 madas recibidas durante las primeras operaciones de la cam-
 paña.—Se forma la ley, y el primer de reces sobre el Ac-
 ta adicional la recepción definitiva, se decide á hacerla en
 plan de convocando las Cortes sin demora.—Al mismo tien-
 po forma el cuerpo electoral de Cayena de Wey.—Kata pro-
 de una especie que se llama el Acta.—Continuacion de
 los sucesos en Tinea y en Londres.—Aunque se desahucian las
 potencias en el fin de completar la próxima lucha para por
 estremo.—Aunque desearán proper á completar de Napoleón por
 medio de empujar los intereses.—Tentativas de una negociacion
 con Mr. Fox y los calderas.—Kata de un agente secreto á
 Mr. Fox.—Napoleon descubre esta trama, y para destruirla
 toma del conde de Mr. Fox y de Mr. Fox y de un agente se-
 creto.—Kata de un agente secreto con Mr. Fox y de un agente se-
 creto.—Por de pronto no tiene consecuencias la trama.—La
 constitucion produce en las hostilidades, y sucede el siguiente

LIBRO CINCUENTA Y NUEVE.

El campo de Mayo.

publicacion del Acta adicional.—Efecto que produce.—Es mal recibida, á pesar de contener la más liberal y la mejor redactada de cuantas constituciones ha obtenido Francia.—Motivos de ser mal recibida.—Francia no cree más á Napoleon cuando habla de libertad que Europa cuando habla de paz.—Desenfreno de los realistas y frialdad de los revolucionarios.—Solo el partido constitucional acoge el Acta adicional de una manera favorable, y así y todo se mantiene desconfiado.—Importancia del papel del general Lafayette en la presente coyuntura.—El partido constitucional establece condiciones á su adhesion, y exige que las Cámaras sean convocadas inmediatamente.—Napoleon desearia aplazar la convocatoria para no tener las Cámaras reunidas durante las primeras operaciones de la campaña.—Se le fuerza la mano, y aun antes de recaer sobre el Acta adicional la aceptacion definitiva, se decide á ponerla en planta, convocando las Cámaras sin demora.—Al mismo tiempo llama al cuerpo electoral al *Campo de Mayo*—Estas providencias apaciguan los ánimos algun tanto.—Continuacion de los sucesos en Viena y en Lóndres.—Aunque animadimasas las potencias, no dejan de considerar la próxima lucha grave por extremo.—Austria desearia probar á deshacerse de Napoleon por medio de embarazos interiores.—Tentativa de una negociacion con Mr. Fouché á las calladas.—Envio de un agente secreto á Basilea.—Napoleon descubre esta sorda trama, y para desbaratarla del todo envia á Mr. Fleury de Chaboulon al mismo punto.—Explicacion violenta con Mr. Fouché cogido en traicion flagrante.—Por de pronto no tiene consecuencias la trama.—La coalicion persiste en las hostilidades, y acosado el gabinete

británico acaba por confesar al parlamento el proyecto de volver á empezar inmediatamente la guerra.—La oposicion se da por engañada, así lo juzga el parlamento, y sin embargo, vota la guerra por gran mayoría.—Marcha de los ejércitos enemigos hacia Francia.—Aventuras de Murat en Italia.—Su loca empresa y su fin triste.—Su fuga á Provenza.—Siniestro augurio que respecto de Napoleon sacan de aqui todos, y que tambien hace por sí mismo.—Progreso de los preparativos militares.—Formacion espontánea de los federados.—Servicios que para la defensa de Lion y de Paris espera Napoleon obtener de ellos.—Mientras se deciden á apoyar á Napoleon los revolucionarios, se quitan la máscara los realistas y dan principio á la guerra civil en la Vendée.—Primeros movimientos insurreccionales en las cuatro subdivisiones antiguas de este territorio, y combate de Aizenay.—Prontas providencias de Napoleon.—Se priva de veinte mil hombres, que en contra del enemigo exterior le fueran de gran fruto, y los dirige sobre la Vendée.—A la par encarga á Mr. Fouché que negocie con los gefes vendeanos un armisticio.—Resultado y espíritu de las elecciones.—Reunion de la Cámara de los pares y de la Cámara de los representantes.—Disposiciones de esta.—Aun desdando sinceramente sostener á Napoleon contra el extranjero, se preocupa del temor de parecer servil.—Sus primeros actos marcados con el sello de una susceptibilidad extremada.—Napoleon se muestra vivamente afectado de resultados.—Campo de Mayo.—Grandeza y tristeza de esta ceremonia.—Mensajes de las dos Cámaras.—Consejos dignos y severos de Napoleon.—Sus profundas observaciones acerca de lo que falta á su gobierno para subsistir ante las Cámaras.—Siniestros presagios.—Para ponerse al frente del ejército sale de Paris el 42 de junio.—Despedida de sus ministros y de su familia.—Últimas consideraciones sobre esta tentativa de restablecimiento del imperio.

Nunca se otorgó la libertad más completamente que en el Acta adicional á Francia, y sin embargo nunca fué peor recibida. Viejos ó jóvenes, los hombres, que despues de un largo sueño del espíritu público acababan de volver al amor de la libertad por entonces; todos la entendian de distinto modo, no habiéndoles aun conducido á un sistema comun la experiencia. Generalmente habian imaginado que serian llamados algunos centenares de constituyentes, para discutir sobre las di-

versas formas de gobierno, y que de esta discusion resultaria la forma, que para cada cual era preferible. Los más se habian lisongeado de pertenecer al número de los constituyentes, y el mismo consejo de Estado habia creído que, en lugar de comunicarle simplemente la nueva constitucion, se le encargaria que la redactara por sí propio. De consiguiente, con el método adoptado, á la par se frustraron las pretensiones personales y el espíritu de sistema. Además se detestaban las antiguas constituciones imperiales, á las que fundadamente se hacia responsables de las desventuras del primer imperio, y se habia alimentado la esperanza de un cambio radical, que rompiera hondamente con lo pasado así en la esencia como en la forma. Chasco universal y cruel fué que en lugar de esto se hallara en el *Monitor* una mañana, ya hecha y sin posibilidad de introducir el cambio mas leve una simple acta llamada *adicional* á las constituciones imperiales, sin apariencia más que de una modificacion insignificante, cuando se deseaba un cambio completo, y la cual no tenia otra garantía de solidez que la aceptacion muda en las alcaldías, en los juzgados de paz, etc. Tras de prometerse un orden de cosas nuevo completamente, que fuera obra de todo el mundo y recibiera una sancion solemne, se tenia ó se creia tener una modificacion de escasa importancia, medida por el poder mismo y sancionada por un método vulgar é ilusorio, de que no resultaria seguridad alguna, pues con método semejante nada garantizaba que las actas adicionales no se sucedieran unas á otras, como antes los *senatus-consultos*. Naturalmente obtener poco, y no contar con ello de fijo,

para todos los espíritus fué motivo de decirse y creerse indignamente engañados.

Aún primero de leer la obra, su título dió lugar á prevenciones desfavorables. Despues de su lectura, se necesitaran luces, de que se carecia entonces, para conocer que contenia la verdadera monarquía constitucional, á lo menos tal como el legislador la puede crear con su pluma, no siendo nunca su práctica sino obra del tiempo. Mas por entonces, si los amigos de la libertad no carecian de instruccion, se hallaban faltos de experiencia. Unos se exasperaron por no hallar en el Acta adicional la república ó punto menos, otros al encontrarse con las dos cámaras; todos se rebelaron al ver una cámara hereditaria, y esta providencia vino á ser causa de reprobacion universal, como Napoleon habia previsto. Asi al descontento del título, que no indicaba más que una modificacion en lugar de un cambio radical, al descontento de la forma, que recordaba la Carta otorgada por Luis XVIII, se añadió el descontento emanado de la misma esencia. Para los antiguos republicanos era la monarquía; para los monárquicos del año de 1793 era la monarquía con dos cámaras, la *monarquía Mounier* en suma; finalmente, para los modernos liberales, algo más avanzados que las dos clases anteriores, era la monarquía aristocrática, por la circunstancia de ser hereditaria la pairía. Unánimemente hicieron los periódicos resonar las mismas diatribas, y tranquilizados los realistas por las contemplaciones de la policía imperial se unieron á los republicanos, enemigos de la monarquía, á los monárquicos, enemigos de las dos cámaras, á los modernos liberales, enemigos de la

pairía hereditaria, para repetir los cargos, que sonaban tan singularmente en su boca, para propalar que el Acta adicional era una Carta como la otorgada por Luis XVIII, consagrando la monarquía feudal de las dos cámaras y hereditaria una de ellas. De esta suerte contribuyeron á que se divulgase la especie, ya muy esparcida, de que Napoleon no habia cambiado; que, despues de prometer mucho á su llegada, nada cumplia despues de hallarse establecido; que vuelto á sus prácticas antiguas, de su despotismo personal sacaba un simulacro de constitucion, lo llenaba con las mismas cosas que los Borbones, lo daba en igual forma, lo *otorgaba* en una palabra por un método peculiar suyo, el de los registros abiertos en las casas de los oficiales públicos, manera de proceder insolente, tan ilusoria como la de que Luis XVIII hizo uso. Esta idea penetró rápidamente en los espíritus muy predispuestos á la desconfianza, y causó el daño que más era de temer por aquellos dias, entibiando el celo de los amigos de la revolución y de la libertad, únicos propicios á correr hácia la frontera. Todo hombre á quien se desazonaba ó se desanimaba entre ellos, no solo era un parcial quitado á Napoleon, sino tambien un soldado arrancado á la defensa de la patria. Mientras que los patriotas de todos los matices declaraban el Acta adicional como obra tenebrosa del despotismo, excitados por los realistas, al revés los hombres que culpaban al gobierno por entregarse al partido revolucionario, y que de sus temores afectados sacaban pretexto para mantenerse alejados de los negocios, hasta que la victoria pronunciara su fallo, donde quiera propalaban que Napoleon no era

conocido; que ya no tenia voluntad alguna, ni la menor energia; que se dejaba manejar por locos; que habia dado una constitucion anárquica, y que, despues de consentir en ser instrumento de los jacobinos y de los regicidas, al fin acabaria por ser su juguete y su victima muy pronto.

En el fondo cada cual se sentia agitado interiormente por la gran crisis que se veia cercana, y que á pasos de gigante sea proximaba con los ejércitos europeos. Al desenlace de esta crisis comprendian todos los partidos que estaba ligada su suerte, y juntándose á la falta de sangre fria el error de sus juicios, se mostraban más impresionables, y de consiguiente más fuerza de razon que de costumbre.

Napoleon discernia esta disposicion de los ánimos todos, y estaba profundamente afectado por la desconfianza de que era objeto. Ya habia previsto que la pairia hereditaria seria de efecto malo; pero nunca le ocurrió ni por asomo que se abusara tan gravemente del título dado á la nueva acta. Sin embargo, se esforzaba por conservar alguna calma en medio de la turbacion general.— Ya lo veis, dijo á Mr. Lavallette, á quien enviaba á buscar de continuo, para desahogar con seguridad los sentimientos de que su corazon estaba henchido, ya veis que tocadas se hallan de vértigo ya todas las cabezas. En este vasto imperio, yo solo he conservado la sangre fria, y si la llegara á perder igualmente, no sé lo que seria de nosotros.—Efectivamente, un continuo esfuerzo hacia para dominarse y reprimir su naturaleza impetuosa, se vedaba el menor arrebató, oídos daba á las más ridículas objeciones con el mayor reposo, con una

dulzura que ordinariamente no mostraba sino en los grandes peligros, se abstenia de añadir al fuego de todas las pasiones el fuego de las suyas, y de este modo expiaba las culpas de su largo despotismo con padecimientos, de que solo eran testigos Dios y algunos allegados. ¡Mas ah, que, si ante Dios son expiables las culpas, no tienen reparacion ante los hombres! Dios quiere el arrepentimiento, y con esto se satisface. Los hombres no tienen su vista ni su clemencia; solo descubren las culpas, y su ruda justicia necesita el castigo material, completo, fulminante. Muy pronto iba á pasar Napoleon por esta terrible y memorable prueba. No tuvo el Acta adicional mas defensores que los antiguos constitucionales, y entre estos los mas sensatos. A los principios el brillante papel de redactor de la constitucion dado á Mr. Benjamin Constant les habia lisonjeado y tranquilizado. Leida la obra, aun quedaron mas satisfechos. A los claros aprobó el Acta adicional Mad. Stael, á la cual su raro talento y el conocimiento perfecto de Inglaterra ponian á cubierto de los errores reinantes. Por la ilustradisima escuela de los publicistas ginebrinos, que seguia el impulso de Madama Stael y de Mr. Benjamin Constant, fué tambien aprobada. Mr. de Sismondi, que era el de mas luces entre estos publicistas, se decidió á defender en el *Monitor* fundamentalmente el Acta. En una série de articulos muy notables, se aplicó á demostrar que la forma adoptada en nada se parecia á la Carta otorgada por Luis XVIII, dado que este principe no habia admitido mas que su propio derecho, y asi reservábase la facultad de retirar lo mismo que habia otorgado, á la par que

Napoleon reconocia la soberanía nacional de una manera expresa, la sometia su obra, y de quedar aceptada, se hallaba irrevocablemente comprometido respecto de ella; que el método adoptado para redactar la nueva constitucion y para hacer que fuese aceptada, aun dejando mucha parte al poder, sin duda era el único admisible en las circunstancias actuales, pues la reunion de las asambleas primarias para elegir una asamblea constituyente, y la reunion de esta asamblea, además de la dificultad de estas operaciones en presencia del enemigo, ofreciera el inconveniente de entregar á una interminable disputa una obra, acerca de cuyas bases todos los espíritus sensatos estaban concordes; que si Napoleon no se hallara de buena fé, de seguro pudiera apelar á este medio, dejar que disputara sin término la asamblea constituyente, mientras fuera á combatir á los enemigos exteriores, y luego de tornar victorioso, abandonar al ridículo esta asamblea, y disolverla, y recuperar en toda plenitud su poder antiguo; que al revés, presentando por sí propio una obra completa, obra que, salvo un solo punto, no dejaba nada que desear á los sinceros amigos de la libertad, probaba la resolucion formal de despojarse de su poder antiguo, y de dotar al país con la verdadera monarquía constitucional; que la comparacion entre la constitucion nueva y todas las anteriores patentizaba ser la mejor que hasta entonces habia tenido Francia, pues bajo ciertos aspectos era aun mas liberal que la de Inglaterra; que finalmente el mantenimiento de los senatus-consultos anteriores era la cosa mas natural del mundo á la par que la mas necesaria, pues estos senatus-

consultos quedaban formalmente anulados en todas las disposiciones que fuesen contrarias al Acta adicional, y así bajo el aspecto político no debían infundir temores, y que convenía bajo los demás aspectos dejarlos vigentes, bajo pena de ver que se desmoronaban al golpe la legislación civil y la legislación administrativa, es decir, la organización entera del Estado; que, dando una constitución nueva, no se podía tener mas pretensión que la de cambiar la forma política del gobierno, y que solo al tiempo se debía dejar el cuidado de modificar la legislación civil y administrativa, ateniéndose para la manera de proceder al Acta adicional.

Lo que escribía Mr. de Sismondi era la verdad positiva, si bien la verdad para los espíritus juiciosos y no prevenidos. Figurando en mayor número los que no reunían tales cualidades, inspirados por la desconfianza ó por el disgusto que les causaban ciertas disposiciones del Acta adicional á las constituciones imperiales, en ella creyeron tornar á ver á Napoleon todo entero con su carácter y con su despotismo; en cuanto á lo de atribuirle el carácter propio, quizá pudieran obrar fundadamente, pues aun cuando le habían impresionado sobremanera sus desgracias, bien cabía que no hubiese cambiado lo bastante; respecto de suponerle igual despotismo, se equivocaban sin duda, porque se acababa de obtener una constitución mejor que la inglesa, y ya que se había cometido la falta enorme de volver á llamar á Napoleon, forzoso era servirse contra el extranjero de su persona, con sus defectos y todo, y tratar de hacer que el papel de monarca constitucional le fue-

ra posible y tolerable. Mas justo mostróse Mr. de Lafayette, á pesar de las susceptibilidades de su liberalismo; pues desaprobando la forma en que el Acta adicional fué dada, se la perdonó en obsequio de la esencia, y tanto que dió el parabien á Mr. Benjamin Constant su amigo, con escribirle de este modo.—Vuestra constitucion vale mas que su reputacion; pero fuerza es hacer crecer enella, para lo cual no hay mejor arbitrio que el de ponerla en vigor de seguida.

Catorce años llevaba Mr. Lafayette de residir en su posesion de Lagrange, y aun agradecido á Napoleon por haberle sacado de los calabozos de Olmutz, desde luego, no le perdonaba que hubiese despojado de toda libertad á Francia. Con todo, no abrigando ningun mal sentimiento hácia el hombre que le habia prestado un gran servicio, y hasta experimentando cierta aficion á su persona y á su génio, respecto de su presunta conversion mostrábase de una incredulidad invencible. Personalmente cambiaba tan poco que no se le alcanzaba que cambiara nadie. Sin embargo, en el ardor de que estaba lleno, su afan propendia á prestarse á ensayos de libertad con cualesquiera monarcas, lo mismo con Napoleon que con los Borbones, y tanto mas con Napoleon, pues si para la libertad política encontraba mayor peligro, tambien hallaba mayor seguridad bajo el aspecto de los principios sociales de la revolucion de Francia, mayor grandeza, y mayor independencia frente á frente del extrangero. Completamente satisfecho del texto del Acta adicional, menos con relacion á un solo punto, que se pusiera en práctica era lo esencial á sus ojos, y dispuesto estaba á deponer

la mayor parte de sus desconfianzas, si las Cámaras se convocaban sin demora. Napoleon no era de temer en su juicio, así que los hombres de nota del partido liberal se juntaron en una asamblea. De su espada se valdrian para rechazar al enemigo, y despues de logrado este objeto, si no estaban contentos de su persona, le destituirian al punto en caso necesario, se le reemplazaría con su hijo, y se erigiria la monarquía constitucional de este modo. Tal manera de razonar ofrecia el inconveniente de autorizar á Napoleón para que razonara á su turno y dijera que, luego de salir victorioso, se desharia de los amigos de la libertad, si no estaba contento de ellos, y cargándole con las trabas de una asamblea convocada inmediatamente, se ganaría solo atarle las manos respecto de los enemigos exteriores, sin atárselas respecto de la libertad de una manera bien segura.

De todos modos, bueno es repetir que Mr. de Lafayette estaba pronto á darse por satisfecho con tal de que la convocatoria de las dos Cámaras no se hiciera aguardar lo mas leve. Y hay tambien que dejar consignado que Mr. de Lafayette era el hombre á cuyo contentamiento se daba mayor importancia, por ser en unión de Carnot el mas respetado de la revolncion entre los que habian sobrevivido. Si no le cupo como á Carnot el honor de organizar la victoria, le tocó por fortuna el de no votar la muerte de Luis XVI, ni la muerte de ningun ciudadano. Así ganar á Mr. de Lafayette para el imperio, sin duda era proporcionar á Napoleon el fiador mas acreditado bajo el aspecto de las intenciones liberales. Por consiguiente para conquistarle no se omitia ningun esfuerzo, y al lo-

gro de este fin se aplicaban muchos personajes, el general Matthieu Dumas, el príncipe José y Mr. Benjamin Constant entre otros. De sus antiguas relaciones con Mr. Lafayette, y para que las entablase con el príncipe José, se valia el general Matthieu Dumas, aun ocupado como estaba en organizar los guardias nacionales por interés de la defensa del país, y anhelando la libertad sin duda, bien que predilectamente el triunfo de las armas francesas. Por su parte José habia tenido con Mr. de Lafayette algunas conexiones, interrumpidas de resultas de sus dos reinados de Nápoles y de España, y trató de reanudarlas ahora, guiado por el doble y honrado designio de preparar á Napoleón un vínculo al propio tiempo que un apoyo. Al ilustre patriota de 1789 se mostraba francamente liberal, y lo vino á ser en efecto bajo el yugo de su hermano, insoportable á todas luces, pero creia serlo todavía mas que lo era verdaderamente, y esto facilitaba su papel en mucho. Con urbanidad bastante altiva escuchaba Mr. de Lafayette sus manifestaciones, y respondia que estaba propicio á dar crédito á todo, con tal de que se convocasen las Cámaras de seguida; á lo cual no disimulaba José que opondria Napoleon una viva resistencia, temiendo mucho dejar en París una asamblea que divagara mientras personalmente se batia en terrible lucha.

Tambien Mr. Benjamin Constant se habia hecho cortesano de Mr. de Lafayette, y le decia de este modo:—*Vos sois mi conciencia*;—lo cual significaba que en las circunstancias presentes le miraba como su excusa. Efectivamente, en medio de los descarados cambios de entonces, no se pudo

ocultar á Mr. Benjamin Constant que su conducta habia sido notada y juzgada desfavorablemente del todo, pues no era fácilmente explicable que hubiese venido á ser consejero de Estado del hombre, sobre cuya cabeza quiso acumular la execracion pública dias antes. Pero lograr por amigo y por aprobador á Mr. de Lafayette, seguramente equivalia á hallar una respuesta á todos los cargos. Asi Mr. Benjamin Constant aspiraba con ahinco á persuadir á Mr. de Lafayette, el cual le respondia imperturbablemente como al principe José que á cuanto se le dijese daria asenso, y de cuanto se hiciera figuraria como aprobador decidido, si se convocaban las Cámaras al punto. Contra esta precipitada convocatoria habia una objecion de legalidad muy grave, cual era la de poner en práctica la constitucion antes que la constitucion estuviese aceptada. Mas por grave que esta objecion fuera de suyo, no hacia fuerza á Mr. de Lafayette ni á los parciales de la inmediata convocatoria. Aun cuando censurasen este método de aceptacion en que se trataba la voluntad popular muy ligeramente, no temian tratarla mucho mas ligeramente sin duda, suponiéndola conocida de antemano, y no aguardando siquiera á que fuese manifestada. Segun ellos, poco importaba faltar á todas las formas respecto del pueblo, con tal de que sus deseos quedaran colmados. No obstante, se trataba de hacer que asintiese á proposicion tal el único de quien dependia zanjar la disputa, y esta no era fácil empresa.

Con efecto, aun estando Napoleon plenamente decidido á poner la nueva constitucion en planta, aun deseando hasta que saliera bien el ensayo que

se iba á hacer de seguida, porque el triunfo del partido liberal era el suyo, á la par que su derrota implicaba el triunfo de los Borbones, sin embargo temia la convocatoria de las Cámaras, por recelo de que al primer estampido del cañon se hallasen faltas, no de denuedo, pues la Convencion habia acreditado lo contrario, sino de sangre fria. Aguardando atravesar por crueles vicisitudes, hallasen quizá bajo los muros de París y comprometido á combatir para disputar alli la entrada á Europa, no desesperaba del triunfo, con tal de que no se perturbasen los ánimos y de que se supiera hacer frente con calma á todos los horrores de una guerra á muerte. Con el penetrante golpe de vista de que estaba dotado, harto bien concebía que una Cámara de representantes formada en las circunstancias actuales seria un resúmen de todos los partidos; que una jornada infausta, verosímil hasta bajo la hipótesis de un triunfo definitivo, en lugar de ser una razon para la union y la perseverancia, quizá suministraria una ocasion de discordia, acaso daria márgen á que se le arrancara de las manos el acero con que debía defender á Francia, y es imposible asegurar que esta opinion se hallara desprovista de sinceridad y de fundamento, porque las asambleas á la par nuevas y desunidas son malos instrumentos de guerra sin duda. Asi deseara aprovechar todos los plazos resultantes del Acta adicional por sus trámites regulares, y diferir la reunion de las Cámaras, para tener asi dos meses de tiempo, durante los cuales muy bien podria descargar los primeros golpes sobre el enemigo, y segun el modo con que dirigia las operaciones militares, posible era que engendrara su-

cesos tales que dentro de tal plazo estuviese decidida á su favor la campaña, ya que no la guerra. Vigorizados entonces su ascendiente y los ánimos con el triunfo, la reunion de las Cámaras se podria ensayar sin peligro.

Cuando se piensa en los sucesos posteriores, que produjeron la derrota del pais, lo cual es mucho peor que la derrota de una dinastía, no se puede menos de calificar de juiciosísima la opinion de Napoleón en la presente coyuntura. Pero la desconfianza que bajo el aspecto de las intenciones pacíficas inspiraba á Europa, tambien se la inspiraba á Francia bajo el aspecto de las intenciones liberales. Además del irreflexivo desvío con que ciertas disposiciones del Acta adicional eran consideradas, donde quiera se experimentaba el sentimiento de que no pasaba de ser una promesa engañosa, de la cual se apartaria Napoleon al primer triunfo, y si alguna cosa podia vencer la incredulidad universal no era otra que el espectáculo de una asamblea colocada al lado del gobierno, con el cual discutiera contradictoriamente sobre los públicos negocios, vigilándole atentamente, y pronta siempre á desconcertar sus empresas inconstitucionales. De resultas de sus faltas pasadas, tal era la posicion de Napoleon de horrorosa que la convocatoria inmediata de las Cámaras le exponia á dejar la anarquía á la espalda, mientras que se hallara enfrente con el enemigo, y que por el contrario la no convocatoria le quitaba la confianza pública, la sola que le podia suministrar soldados.

Por celo sincero, y tambien por deseo de darse importancia, el principe José aspiraba á obtener

concesiones de su hermano, para adquirir crédito con los liberales, y por esto insistió á fin de que se convocasen las Cámaras de seguida. Mr. Benjamin Constant apoyó vigorosamente las instancias del príncipe José, para complacer á sus amigos, y especialmente para granjearse el favor de Mr. de Lafayette, que sabia sacar partido del anhelo con que su aprobacion era solicitada de una manera hábil hasta lo sumo. Uno y otro afirmaban que el Acta adicional no habia logrado fortuna; que nadie la tomaba en sério; que era menester algo que hablase á los ojos, y que solamente la presencia de seiscientos representantes y de doscientos pares alrededor del trono alcanzaria á dar el resultado de que se diera asenso á las promesas imperiales. Napoleon defendiase vivamente, diciendo que harto sabia que el Acta adicional no habia logrado fortuna; que en el título radicaba su falta, asi como la de Mr. Benjamin Constant en la pairia hereditaria, y que estaba arruinada para el concepto público por la una y la otra; que la disposicion de los ánimos estaba por lo quimérico y no por lo positivo y lo sano; que esta tendencia funesta se agravaba de dia en dia; que no se desvirtuaria con sacrificios, aun cuando fuesen de gran monta; que para poner remedio á un mal que no tenia otro alguno que el tiempo, no se iria á echar en brazos de una asamblea constituyente, cuando sobre sus brazos ya muy cargados estaban próximos á caer todos los ejércitos de Europa. — Asi defendióse un dia y otro contra las instancias de que se veia asaltado, y que emanaban del partido constitucional, deseoso á la par de crear á su adhesion nuevas excusas, y tambien de verse en

el seno de una asamblea, donde esperaba figurar positivamente como soberano. Pero la obsesion no fué menor que la resistencia, y apoyada estaba por el inaudito desenfreno de la prensa periódica, y particularmente de la prensa realista, que tachaba al Acta adicional de no reconocer la soberanía nacional de un modo bastante explícito y terminante. Por desgracia, los hombres, que blasonaban de patriotas, se dejaban coger en el lazo de tales declamaciones. Napoleón no era juguete de ellas, pero necesitaba del partido revolucionario y liberal para hacer frente en lo interior al partido realista, en lo exterior á los ejércitos coaligados, y le importaba en grado sumo no dejar que se enfriase el ardimiento, que empujaba hácia las fronteras á los soldados viejos, y particularmente á los guardias nacionales movilizadas. Lo que predisponia á estos valientes, á unos á llenar los huecos de los regimientos, á otros á meterse dentro de las plazas, no era mas que el clamor que sonaba en sus oídos, repitiendo que era necesario correr á la frontera para alejar al extranjero, á los Borbones, á los nobles, á los eclesiásticos y á la contrarrevolucion en suma. Ahora bien, si el partido revolucionario y liberal, que divulgaba todas estas cosas, se decidia á guardar silencio por disgustado, muy bien podia acontecer que una tibieza infausta privara al ejército de su apoyo, y le expusiera á quedar solo para habérselas con el enemigo; y este ejército era heroico sin duda, pero bajo el aspecto numérico se resentia de insuficiente para oponerse á la Europa conjurada. Esta reflexion ejercia una influencia considerable y cada dia de mayor fuerza sobre el ánimo de Na-

poleon, que veía suceder poco á poco una funesta impopularidad al vivo entusiasmo con que los amigos de la revolucion le habian acogido al tiempo de su desembarco. Sin embargo, quizá no bastara esta reflexion á hacerle variar de designio, si no viniese á producir tal resultado otra de gran bulto.

Mientras á la sombra de las desconfianzas que inspiraba su persona, se aspiraba en lo interior á pintarle como un déspota incorregible, que, si hoy usaba de la astucia, pronto volveria a sus inveteradas inclinaciones, fuera se le representaba como un feroz tirano, rodeado de soldados igualmente feroces, no atreviéndose á dar un paso fuera de las filas de sus legiones, infundiendo terror y espanto, odioso en una palabra á la nacion francesa, sobre la cual habia llegado á hacer pesar de nuevo su férreo yugo. Vanamente se presentaba en la plaza del Carrusel á pasar revistas casi cotidianas, y donde se le podian acercar todos; á las relaciones exactísimas del *Monitor* se daba por respuesta que, si se presentaba en alguna parte, siempre iba rodeado de soldados. Esta persistencia en semejante embuste acababa por obrar sobre la opinion de Europa, y por inducirla á la persuasion de que bastaria batir á ciento ó doscientos mil mamelucos para dar cuenta del tirano, y para hallar luego á Francia deseosa de libertarse de su tiranía. No menos importaba responder á esta segunda falsedad que á la primera. Cualesquiera que fuesen sus inconvenientes, la convocatoria inmediata tenia la doble ventaja de dar al traste con los siniestros rumores de dentro y de fuera, de probar por una parte que Napoleon habia otorgado el Acta adicional muy formalmente, puesto que

sin aguardar los términos legales ponía á la nación en el goce efectivo de sus derechos, y por otra que no temia el contacto con ella, puesto que se rodeaba de sus representantes.—Corriente, dijo á su hermano José y á Mr. Benjamin Constant, que persistian en pedir la ejecucion anticipada del Acta adicional; ya he tomado mi partido, pues convocaré las Cámaras al punto, y así cesarán las dudas respecto de mis intenciones; yo acreditaré la confianza que tengo en esta nación, á pesar de que suponen que la tengo miedo, llamando en mi derredor á sus elegidos.—Solo quedaba una dificultad, y era la de anticiparse al voto popular, no aguardando á que la constitucion fuese aceptada, para que empezara á estar vigente. Redactóse un decreto con un preámbulo en que se explicaba este modo de proceder por la impaciencia que sentia Napoleon de rodearse de los representantes de la nación y de tenerlos algunos dias antes de que partiera para el ejército cerca de su persona. Tras del preámbulo hábilmente escrito, venia el decreto que convocaba inmediatamente los colegios electorales, á fin de que eligieran seiscientos veinte y nueve representantes. Además disponia este decreto que los colegios que tenían antes presidentes vitalicios, nombrados por el emperador, para la eleccion próxima los elegirian por sí propios. Con fecha de 30 de abril dióse el decreto, y se esperaba que un mes seria suficiente para las operaciones electorales, y que los representantes se podian juntar á los electores el dia 26 siguiente en la gran asamblea del Campo de Mayo. Ni fué esta la sola concesion grave. A fin de acreditar con un nuevo ac-

to que se queria poner á la nacion en posesion de sus derechos, otro decreto otorgó á las municipalidades el nombramiento por la via electiva de los alcaldes y de los regidores. Esta providencia era exclusivamente aplicable á las municipalidades donde los prefectos nombraban á los alcaldes, y se fundaba en la ignorancia de los nuevos prefectos relativamente al mérito de sus administrados. Pero como en esta categoría se hallaban los mas de los ayuntamientos, y especialmente los mas reducidos, en los campos entregaba al partido patriota la composicion de las corporaciones municipales. En ellas debian figurar con gran mayoría los compradores de bienes nacionales, y como cálculo de partido, la providencia estaba perfectamente concebida á todas luces.

Cualquiera que fuese el mal humor de los impugnadores, aplacado ó confundido habia de quedar algunos dias cuando menos, por medidas enderezadas á poner en práctica el Acta adicional de una manera tan seria y pronta. Ya era difícil suponer que no era mas que un simple cebo, una promesa vana, que se aplazase á la época de la paz en cuanto á su cumplimiento, y que luego se difiriese de un modo indefinido. Tambien era ya difícil que en Europa se pintase como un feroz tirano, reducido á ocultarse de las gentes, al hombre que se iba á colocar en medio de los representantes del pais de voluntad propia. Asi Napoleon trabajaba en favor de su sinceridad y de su fuerza moral á un mismo tiempo.

Ahora ya se dió Mr. de Lafayette por satisfecho del todo, y no tuvo que permanecer retraido de los negocios. Encargo tuvo el principe José de

ofrecerle la pairía, que no aceptó de ningun modo, manifestando que solo del pais recibiria el mandato de representarle legalmente, y determinó presentarse como candidato á los electores del departamento del Marne. Por su parte Mr. Benjamin Constant, refiriéndole con gozo la victoria contra la repugnancia de Napoleon obtenida, le pidió en cambio su apoyo ante un colegio electoral cualquiera, para figurar como miembro de la Cámara de diputados. Mr. de Lafayette consintió en todo, porque á la sazón se hallaba dispuesto á no rehusar nada. Otro servicio le fué demandado, que su patriotismo no podia menos de prestar de seguida sin andar en vacilaciones, y lo prestó con la mayor eficacia. Mr. Crawford, representante en París de los Estados Unidos, con quien tenia relaciones amistosas, iba á tornar á su pais á servir el ministerio de la Guerra, debiendo pasar por Inglaterra, donde tenia amigos de importancia. Mr. de Lafayette obtuvo que se encargara de llevar cartas escritas en el sentido de la paz y dirigidas á los principales personajes de Inglaterra. Poco sospechosa de adicta á Napoleon podia aparecer Mad. Stael, gracias á su larga oposicion al imperio; así por su talento como por su brillante renombre podia ejercer sobre los ministros británicos alguna influencia, y les dirigió cartas apremiantes para ver de lograr que no figurasen en la coalicion por mas tiempo. Segun ella, Napoleon ya no era un déspota, aislado de la nacion, sino un monarca liberal y apoyado sobre Francia. Con su adhesion le rodeaban así el pueblo como la tropa; de consiguiente la lucha seria terrible, y en interés de la humanidad y de la libertad, mas va-

lia aceptar á Napoleon corregido y ligado por fuertes instituciones, y francamente convertido á la paz, si no lo estaba á la libertad, que derramar torrentes de sangre para destronarle, sin ninguna certidumbre de la victoria. Acogido, escuchado, creído, tomado tal como se presentaba en todo, sin duda daría la paz y la libertad á que se empeñaba con sus promesas. Rechazado, combatido, victorioso, ya no aceptaría el tratado de París, y menos todavía acaso las consecuencias del Acta adicional. Así los intereses de Europa, de la humanidad y de la libertad estaban concordes, y exigían una política pacífica. Segun se ve á las claras las razones de Mad. Stael se distinguían por lo especiosas y lo bella y patrióticamente presentadas.

1863 Mientras el partido constitucional retribuía á Napoleon por sus sacrificios con un apoyo caloroso, en las provincias acontecia un hecho de grande importancia, sobre todo en interés de la resistencia al extranjero; interés que sobre todos los demás le llegaba á Napoleon al alma. Aun cuando se habia tornado con ardor á la política y á la afición á la contradicción, despues del largo silencio del primer imperio, en ciertas provincias amenazadas por el enemigo, la presencia del peligro acallaba al espíritu de murmuracion y de sutileza. Por ejemplo, en Champaña, en Borgoña, en Lorena, en Alsacia, en el Franco Condado, en el Delfinado, las poblaciones se prestaban eficazmente y con el celo mas laudable á las medidas de defensa. En torno de sus banderas se agrupaban los antiguos militares, y los hombres designados para formar la guardia nacional movilizada respondían afanosos al llamamiento de los oficiales, que te-

nian su organizacion á cargo. Mientras se manifestaba tan excelente espíritu en las provincias del Este, igual y no menos laudable era el acreditado por las provincias del Oeste, aunque á impulsos de distintas causas. Por la relacion de lo acontecido durante los once meses de la restauracion en Angers, en Nantes, en Mans, Rennes, se ha visto que la clase media de las ciudades se mostró á la par ofendida y alarmada ante la actitud de la nobleza y del pueblo de los campos, y ante su audacia de volver á empuñar en plena paz las armas. Desde el 20 de marzo la ventaja de la posesion del poder se hallaba de parte de dicha clase media, y por interés de seguridad mas bien que de ambicion se regocijó de tal cambio. Pero los movimientos de los gefes vendeanos, sus relaciones casi públicas con Inglaterra, el anuncio y hasta la aparicion sobre las costas de buques ingleses cargados de armas, y finalmente algunas violencias ejercidas en los campos ejercitaron una agitacion extraordinaria en Nantes, en Vannes, en Quimper, en Rennes, en Mans, en Angers, etc. Especialmente la poblacion de Nantes, que tan desgraciada fué entre los ataques de los vendeanos por una parte, y los degüellos de Carrier por otra, no veia próxima la renovacion de la guerra civil sin espanto. En fermentacion se hallaban los espíritus, y al solo rumor del asesinato cometido en la persona de un anciano, se amotinaron honrados vecinos de Nantes, y concibieron el pensamiento de formar con las principales ciudades de los cinco departamentos de Bretaña un pacto de alianza, por el cual prometian prestarse mútuo socorro en caso de exterior ó interior peligro, y dar á este pacto el

nombre de *Federacion bretona*, á imitacion de la federacion de 1790. Apenas insinuada esta idea, tan propia de las circunstancias, se apoderó de todas las cabezas, y muchos centenares de nanteses partieron con direccion á Rennes, donde tambien habia germinado el mismo pensamiento, y donde se les esperaba con impaciencia. Allí fueron recibidos entusiastamente, festejados, alojados en las casas de los principales vecinos, y á algunas personas de juicio reposado se encargó la redaccion del pacto, que debia confederar á los ciudadanos de Bretaña contra el enemigo de dentro ó de fuera. Nada más puro que el designio de los bravos bretones en tal coyuntura, ni mas exento de espíritu faccioso. No pretendian dominar al poder, ni oprimir á las clases elevadas de la nacion, sino defenderse contra los asesiuatos y los incendios de la antigua chuanería, y contra los desembarcos de los ingleses. Sin embargo, era extremadamente liberal la disposicion dominante en estas juntas. Se convino en redactar un preámbulo para exponer los motivos de la asociacion y agregar algunos artículos ó estatutos que determinaran puntualmente los compromisos que adquiririan unos respecto de otros. Ante todo estipulóse que los federados no formarían un cuerpo separado de los demás ciudadanos, con su uniforme, sus armas, sus gefes, y obrando por su cuenta, sino que vendrian á figurar en la organizacion existente y legal de la guardia nacional; que, hallándose extendida esta organizacion en todo el imperio, siempre tendrian cabida en ella, de modo de ser útiles donde hubiese que conjurar peligros; que sus obligaciones consistirian en ponerse á dis-

posicion de las autoridades públicas, en dirigirse á su primer llamamiento, ora á los batallones movilizados, ora á los batallones sedentarios cuando el cuadro legal de la guardia nacional no existiese, á acudir individualmente adonde quiera que les llamasen los alcaldes, los subprefectos ó los prefectos, para prestarles ayuda, siempre que tuviesen que repeler un atentado contra el público reposo. Finalmente se obligaban á otra clase de servicio, moral del todo, y consistente en desvanecer hasta donde estuviera á su alcance las falsas nociones, por las cuales se tratara de engañar á los sencillos habitantes de los campos, á predicar con el ejemplo y la doctrina el cumplimiento de los deberes cívicos, y en suma á ponerse á disposicion del gobierno imperial para la defensa interior y exterior del pais.

A pesar de los inconvenientes que las asociaciones políticas tienen de suyo, como inspirada por un vivo sentimiento de los públicos peligros, y exenta de miras particulares, reduciéndose al papel de auxiliar del poder de un modo exclusivo, esta daba ménos lugar á la crítica que otra alguna, y hasta podia prestar al pais muy relevantes servicios.

Redactado el preámbulo y el acta, la asociacion entró en relaciones con el prefecto, á fin de someter á su aprobacion el uno y la otra. Segun se ha visto, en este movimiento no tuvo el gobierno la más leve parte, pues fué espontáneo del todo y provocado únicamente por las inquietudes de la parte mas independiente y honrada de la poblacion bretona. Aun cuando Napoleon fué popular por largo tiempo en las provincias del Oeste, á causa de haberlas pacificado, con todo, sus últimas guerras

de los años de 1812 y de 1813 le habian despopularizado en grado sumo. Se le consideraba como un verdadero peligro, y si allí se aplaudió su vuelta, porque llegaba á poner término á la influencia de los emigrados, bajo condicion era de atarle las manos con fuertes leyes. En esta disposicion de los espíritus se abstuvieron los confederados de hablar del emperador, para no dar á su federacion un color bonapartista. Gentes sensatas le dieron á entender que asociacion semejante pronto vendria á ser un peligro, si se formaba fuera del gobierno, que solo uniéndosele radicalmente prestaria verdaderos servicios, y que sin este requisito no seria tampoco autorizada. De resultas en el preámbulo se introdujeron enmiendas, correspondiendo á las intenciones de los buenos ciudadanos, propicios á dar á Napoleon su apoyo con todas sus fuerzas, si bien á condicion de una libertad prudente y efectiva.

A Rennes enviaron diputados la mayor parte de las poblaciones de Bretaña, y muchos dias pasaron en fiestas, en regocijos, y en promesas de adhesion mútua. Pronto se contaron veinte mil federados en los departamentos del Loira inferior, del Morbihan, del Finisterre, de las costas del Norte, de Ille y Vilaine, que componian la antigua Bretaña. Tan luego como fué conocida esta conducta de los bretones, en los departamentos vecinos metió gran ruido, y sucesivamente en toda Francia. Amenazados los angevinos de peligros de la misma clase que los bretones, se juntaron para imitar su ejemplo. No animada por el odio contra los chuanes, sino por el odio contra los rusos, los prusianos y los austriacos, la Borgoña en-

vió diputados á Dijon para formar un acta de federacion, y pura y simplemente adoptó el texto de la federacion bretona. Dispuestos á obrar lo mismo se mostraron los territorios de la Lorena, el Franco Condado, el Lionés y el Delfinado. Ante este movimiento de los ánimos, peculiar á las provincias amenazadas por la guerra civil ó por la guerra extrangera, no era posible que la gran ciudad de París permaneciera indiferente é inactiva. Pero en París hay muchos Parises, y á la par que las clases nobles se dolian de la caida de los Borbones, que las clases medias temian por la alteracion del reposo, el pueblo de los arrabales animado de un odio brutal contra los que llamaba eclesiásticos y nobles, y de un odio patriótico en contra de lo que denominaba el extrangero, siempre deploró la falta de fusiles del año de 1814 para defender los muros de la capital con bizarría. A la par de hombres comprometidos en los desórdenes del año de 1793 se hallaban allí jóvenes sinceramente patriotas, bravos militares retirados del servicio, y así los unos como los otros excitaron al pueblo de los arrabales á imitar á los bretones y á los borgoñones. Comenzado el movimiento en los arrabales de San Marcelo y de San Antonio, se propagó á todos los demás de seguida. Adoptada fué el acta de los bretones; pero los parisienses quisieron tener su preámbulo propio, así como se habia hecho en otras partes, porque, aun adoptando exactamente la parte dispositiva del acta de los bretones, cada cual tiraba á motivarla á su modo, según el sentimiento particular de su provincia. Los federados de París se dirigieron á Napoleon en persona y pidieron ser admitidos en su presen-

cia, y que les pasara revista, y que les autorizara para dirigirle una arenga.

Estas diversas federaciones comenzaron á últimos del mes de abril y á principios del mes de mayo. El Acta adicional publicada en el intermedio produjo algun disgusto, si bien tal efecto fué corregido por la convocatoria de las cámaras de seguida, y así no atajó los ímpetus de las provincias amenazadas por la guerra civil ó la guerra extranjera, por lo cual siguieron sus federaciones. Bueno es repetir que ni en la concepcion ni en la propagacion de estas federaciones provinciales tuvo el gobierno parte alguna. Sobre este punto los que lo componian por entouces, se hallaban animados de sentimientos diversos en sumo grado. Los que se querian librar del extranjero á toda costa y de la contrarrevolucion operada bajo su influjo, con ardimiento debian acoger el espontáneo concurso de la parte viva de las poblaciones. Por el contrario, los que deploraban los sacrificios hechos por Napoleon á las tendencias liberales, en todas partes veian ó aparentaban ver al partido revolucionario pronto á devorar el poder, y miraban con cierta especie de horror las federaciones. Como una abominacion y un grave peligro miraban este movimiento, particularmente en París, donde la tenian mas cerca. Si Napoleon daba muestras de prestarle apoyo, ó de tolerarle siquiera, decididos esaban á no reconocerle sino como instrumento infeliz y desdorado de los jacobinos. Napoleon se reia de tales temores, dejaba hablar á cada uno á su antojo sobre este punto, é interiormente se regocijaba del movimiento que se operaba simultáneamente en las localidades. Amante del orden

por inclinacion natural, por reflexion y por interés, no sentia inclinacion alguna á los denominados jacobinos; pero los juzgaba friamente, y no sentia el miedo que inspiraban á ciertas gentes; y por el momento se congratulaba de que en defensa del paise alzarán brazos robustos, que en Bretaña contendrian á los chuanes, y en París disputarian la entrada de la capital á los ingleses, á los prusianos, y á los rusos. Aun cuando tras de la paz le hubieran de producir embarazos, no se cuidaba de lo que podria acontecer luego que el enemigo fuere expulsado del territorio, y seguro estaba de tener entonces contra los desórdenes populares, además del ejército á las cámaras mismas, que sin duda le podrian aventajar en liberalismo, pero no hasta el punto de proteger las empresas de la demagogía.

Asi no se anduvo en vacilaciones de ninguna especie respecto de permitir y aun de dar apoyo á las federaciones. Segun se acaba de poner de manifiesto, las hallaba útiles para sostener el espíritu público contra los realistas en Lion, en Marsella, en Burdeos, en Nantes, en Rennes etc., y utilísimas para contribuir en París á la defensa de la capital, que á sus ojos era el punto de mayor monta. Su proyecto ya enunciado consistia en cubrir á París con sólidas obras de tierra, por falta de tiempo á fin de construirlas de mamposteia, y montar allí doscientas bocas de fuego de las propias de la marina y servidas por marinos, y además otras doscientas bocas de fuego de campaña, servidas por los alumnos de las escuelas, y calculaba, que si á quince ó diez y ocho mil hombres de los depósitos podia juntar veinte y cinco mil hombres

de los arrabales, gentes robustas y que en su mayoría eran antiguos soldados, París defendido por cuarenta mil hombres de infantería y diez mil artilleros resultaría intomable, y que entonces, manobrando libremente fuera con el ejército activo, al fin daría buena cuenta de las coaliciones. No entraba en cálculo semejante la guardia nacional para nada, y no porque desconfiase de su denuedo, sino porque siempre sospechaba de sus disposiciones, y con su habitual perspicacia veía que, á pesar de estar ligada por necesidad á su persona, aún echaba de ménos la paz y la libertad bajo los Borbones. Ni siquiera estaba decidido á dejarla con armas, acerca de lo cual se reservaba tomar un partido á última hora. En cuanto á los federados su resolución era constituirlos regularmente, ponerlos á las órdenes de oficiales seguros, y hasta incorporarlos á la guardia nacional con un título cualquiera, lo cual permitiría servirse de ellos en la hora del peligro, y en caso de necesidad hasta armarlos con los fusiles de esta guardia. No los quiso armar por de pronto, á causa de parecerle oportuno conocerlos y organizarlos previamente, y además porque no era bastante rico en material para prodigar los fusiles (1).

(1) Pocos asuntos hay sobre que se haya divagado más que acerca de las federaciones de 1815 y acerca de las disposiciones de Napoleon respecto de ellas. Unos le imputan su formación toda, para servirse de ellas contra los realistas; otros pretenden que las tuvo miedo, y que por esta razón no las quiso armar nunca, y así privóse del poderoso auxilio de los patriotas. Ambas aserciones son igualmente falsas. Napoleon fué ageno á la formación de los federados, que no tuvo otro origen que la zozobra

Al bravo general Darricau fió el encargo de organizarlos con el nombre de *tiradores* agregados á la guardia nacional parisiense, y encargados de la defensa exterior de la capital en calidad de tales. Hasta consintió en pasarles revista un domingo y en escuchar su arenga ó mensaje. Este mismo día eligió para pasar revista de igual modo al 10.º de línea, este famoso regimiento, que fué el único en lidiar en favor de los Borbones. Formado é inspirado se hallaba este regimiento de idéntica manera que el 7.º, el 53.º y el 84.º de infantería, que tan ardientemente se habían entregado á Napoleón en el Delfinado. Con todo, las particulares circunstancias en que el 10.º de línea se había encontrado, le retuvieron algunos días más al servicio de los Borbones. En el ejército se inspirada en el Oeste por aquellos á quienes se denominaba *azules*. Una vez creadas sin su concurso, Napoleón no sintió este suceso, aun cuando no se le ocultara el partido que de estas federaciones podrian sacar los liberales exagerados en su contra. Mas por de pronto se cuidaba poco de la vivacidad de las opiniones de los que le apoyaban contra el extranjero, y brazos queria tener sobre todo. Su pasión dominante y aun única estribaba en vencer nuevamente á Europa. Lo demás carecia de valor á sus ojos. Adquirir veinte y cinco mil buenos soldados para la custodia de París era lo que mas estimaba en la formación de los federados. A los de París no armó inmediatamente por la sola razon de no tener fusiles, y tan lejos estaba de temer que tuvieran armas en las manos, que su propósito deliberado y comprobado por su correspondencia era transmitir los fusiles de la guardia nacional sedentaria á la guardia nacional activa, encargada de la defensa exterior, si París se hallaba en peligro. Pretexto premeditado era este para hacer que las armas pasasen de unas manos á otras sin ofender á nadie.

le tildaba como muy malo, y con relacion á su conducta en el puente del Droma, se le imputaba una traicion de que estaba muy inocente, y que en nuestro relato hemos tratado de pintar con sus verdaderos colores. Napoleon le hizo ir á Paris con el objeto de verle y de dirigirle palabras que resonaran en sus corazones.

Habiendo elegido el domingo 44 de mayo para pasar revista á los federados de Paris y á este regimiento, contra esta doble temeridad se levantaron grandes rumores en toda la corte. Escandalizados estaban los que se dolian de las condescendencias de Napoleon respecto del partido revolucionario, y por detrás decian que se entregaba en brazos de la canalla, y que dentro de poco nadie podria continuar á su lado. Al revés, los adictos á Napoleon del todo, y que no andaban á caza de pretextos, para alejarse de su persona, se mostraban formalmente asustados de verle delante del 40.º regimiento, por creer que en sus filas estaba urdido un proyecto de asesinato. Poseidos estos de sinceras alarmas por la vida de Napoleon, en tal dia rodearon su persona hasta el extremo de hacerse importunos.

Sin inquietarse Napoleon de las falsas lamentaciones de los unos ni de los temores exagerados de los otros, bajó del palacio al patio de las Tullerías, y empezó por pasar revista á los federados. Estos eran muchos miles, sin uniforme, algunos mal vestidos, pero la mayor parte veteranos, y mostrando sobre su atezado rostro la enérgica expresion de sus sentimientos. Muchas veces se volvió hácia su comitiva, y burlandose de los escrúpulos de ciertas gentes dijo con la risa en los la-

bios.—Hé aquí los hombres que necesito para que se hagan matar bajo los muros de París.—Luego oyó pacientemente la arenga que el orador de los federados tenía encargo de dirigirle en tal coyuntura y que fué del tenor siguiente:—«Señor, con frialdad recibimos á los Borbones, porque ya venian á ser como extranjeros para Francia, y porque no amamos á los reyes impuestos por el enemigo. Vos habeis recibido nuestra acogida entusiasta, á causa de que sois el hombre de la nacion, el defensor de la patria, y tambien porque de vos aguardamos una gloriosa independencia y una prudente libertad. Vos nos asegurareis estos bienes preciosos; vos consolidareis para siempre los derechos del pueblo; vos reinareis por la constitucion y las leyes. Aquí venimos á ofrecereros nuestros brazos, nuestro valor y nuestra sangre para la defensa de la capital....

»Ya la mayor parte de nosotros hicimos bajo vuestras órdenes las guerras de la libertad y las de la gloria; casi todos somos antiguos defensores de la patria; la patria debe entregar confiada las armas á los que ya vertieron su sangre por ella. Señor, dadnos fusiles, y en vuestras manos juramos no lidiar más que por su causa y por la vuestra. Nosotros no somos instrumentos de ningun partido, ni agentes de faccion alguna. Oidos hemos dado al llamamiento de la patria, y acudimos á la voz de nuestro soberano; con esto decimos bastante lo que la nacion debe esperar de nosotros. Como ciudadanos obedecemos á nuestros magistrados y á las leyes; como soldados obedecemos á nuestros gefes. Solo queremos conservar el honor nacional, y hacer imposible la entra-

»da del enemigo en esta capital, si se llegase á ver
»amenazada de una nueva afrenta etc.»

El emperador respondió de este modo:

«Soldados federados: A Francia volví solo,
»porque contaba con el pueblo de las ciudades,
»con los habitantes de los campos, con los soldados
»del ejército, cuya adhesion al honor nacional me
»era bien conocida. Vosotros habeis justificado mi
»confianza. Yo acepto vuestra oferta, y os daré ar-
»mas. Por guias os señalaré oficiales cubiertos de
»honrosas heridas, y acostumbrados á ver al ene-
»migo huir delante de ellos. Vuestros brazos ro-
»bustos y acostumbrados á trabajos muy peno-
»sos, más propios son que todos los demás para el
»manejo de las armas. En cuanto al denuedo, ¡sois
»franceses! Vosotros figurareis como flanqueadores
»de la guardia nacional. Tranquilo estaré respecto
»de la capital así que vosotros y la guardia nacio-
»nal la tengais bajo vuestra custodia; y si es ver-
»dad que los extranjeros persisten en el propósi-
»to impío de atentar contra nuestra independenciam
»y nuestro honor, yo me podré aprovechar de la
»victoria sin que me detenga ningun cuidado. Sol-
»dados federados; me alegro mucho de haberos
»visto, y tengo confianza en vosotros. ¡Viva la
nacion.!»—Despues de concluida esta alocucion,
desfilaron los federados, y de juzgar á los hom-
bres por el traje, la impresion debió ser muy pe-
nosa. Y más lo debió ser aún la de ver á este em-
perador poco antes tan potente y tan soberbio y
rodeado de tan excelentes tropas, y hoy obligado
á reunir á defensores sin uniforme y sin fusiles.
Ciertamente estos soldados valian tanto como otros
cualesquiera, y hacia perfectamente en darles bue-

na acogida. ¿Pero qué decir de la política que le había conducido á tales extremidades?

Tras de pasar revista á los federados, Napoleón se dirigió al 10.º regimiento de línea, le hizo formar en cuadro, y echó pie á tierra para colocarse en el centro. En torno suyo se agrupaba una porción inquieta de oficiales; les hizo que se alejasen de su lado, no conservando más que dos ó tres ayudantes de campo, y con vibrante voz dirigió al regimiento del duque de Angulema estas enérgicas palabras:

«Soldados del 10.º regimiento, vosotros sois los únicos de todo el ejército que osásteis disparar contra la bandera tricolor, contra esta bandera sagrada de nuestras victorias, que llevamos á todas las capitales. Por semejante crimen debería mandar que vuestro número fuera borrado de los números del ejército y que para siempre saliérais de sus filas. Pero es mi voluntad creer que solo os arrastraron vuestros gefes, y que la culpa de tan indigna conducta es suya, y no vuestra. Yo cambiaré vuestros gefes, os los daré mejores, y en seguida os enviaré á la vanguardia. No se disparará un tiro en parte alguna sin que os halléis presentes, y cuando á fuerza de adhesión y de arrojo hayais lavado vuestra ignominia con vuestra sangre, entonces os devolveré vuestras banderas, y espero que, os volvereis á hacer dignos de llevarlas muy pronto.»

Aquellos soldados, á quien tanto había distado Napoleón de halagar con sus palabras, prurumpieron en calorosos gritos de *viva el emperador*, y levantando las manos hácia su persona decían que no era culpa de ellos, sino de sus oficiales;

que les siguieron muy contra su gusto; que apenas libres soltaron la rienda á sus verdaderos sentimientos, y que donde quiera que se les colocara en los campos de batalla, se veria que igualaban en valor á las demás tropas. De consiguiente, lejos de recibir tiros, Napoleon solo habia recogido aclamaciones entusiastas y demostraciones de adhesion profunda. Con efecto, no adulando á los hombres, sino hablándoles al alma, se logra dominarlos y conducirlos á los grandes designios.

Por entonces Napoleon no obraba respecto del espíritu público de distinto modo, y así para darle el conveniente empuje abrazó el partido de hacer que conociera la verdad toda. A la manera que otras veces todo lo habia disimulado, ahora no ocultaba ya cosa alguna, y dejaba publicar los artículos de los periódicos extranjeros, en que se dirigian violentos ataques á su persona, y en que se manifestaba un odio insensato contra Francia.

Claramente podia ver Francia que la expulsion de los Borbones y la vuelta de Napoleon, al darla algunas garantías más bajo el aspecto de los principios sociales de 1789, aunque no sin dudas bajo el aspecto de la libertad, le iban á costar asimismo una cruel efusion de sangre. Sin embargo, á Francia tocaba sustentar lo que habia hecho ó dejado que se llevase á cabo, y los buenos ciudadanos, que desearan ver detenido á Napoleon entre Cannas y París á toda costa, por considerar la fundacion de de la libertad más facil y la paz segura con los Borbones, hoy que Napoleon habia ya vuelto con intenciones más prudentes á todas luces, se necesitaba en su concepto prestarle todo el apoyo posible, á fin de evitar el peligro y el oprobio de una

contrarrevolucion operada por las bayonetas extranjeras. De las municipalidades, de los tribunales, de los colegios electorales, llegaban cotidianamente representaciones, expresando el deseo de hallar bajo Napoleón dentro la libertad y fuera la independencia, lo cual implicaba la obligación de irle á la mano y darle apoyo. Este doble sentimiento se manifestaba unísono de todas partes, en términos más ó menos convenientes, según eran más ó menos ilustradas las localidades de donde procedían las representaciones; pero era general en suma. Animaba á los colegios electorales, donde á vueltas del desenfreno de la prensa, ora realista, ora revolucionaria, se preparaban elecciones marcadas con el sello á la par bonapartista y liberal que preponderaba por entonces. Completa era la libertad de escribir, y sin embargo, cuando se dejaba que se imprimiera todo, Mr. Fouché detuvo un número del *Censor*, periódico célebre del tiempo y publicado en tomos, según ya se ha dicho, para eludir durante la primera restauración la censura é impregnado del liberalismo honrado de la juventud. Noticia tuvo Napoleón de semejante acto por las reclamaciones á que dió motivo, y se apresuró á ordenar la devolución del tomo, aunque estaba lleno de vivos ataques en su contra. Por consiguiente, en su resolución de respetar la libertad de escribir parecía sincero, y además la tolerancia de que daba testimonio, lejos de causarle perjuicio, le servía á maravilla, pues cuanto más entregado se veía el país á sí propio, más á las claras expresaba los dos sentimientos de que se hallaba dominado, consistentes en el deseo de lograr una libertad prudente, y en la resolución de

hacer que la independencia nacional fuese respetada por el extranjero. Para excitar el espíritu público se habia dejado formar en el café llamado de Montansier y situado en la plaza del Palacio Real, una especie de club, donde se juntaban muchos oficiales y antiguos revolucionarios, y donde alternativamente se oían cantos patrióticos y militares, ó virulentas declamaciones contra el extranjero, los Borbones, los emigrados, etc. Muy grande era la animacion contra lo que se llamaba con estos diversos nombres, así en los arrabales de París como en las provincias del Este y del Oeste, amenazadas por la guerra extranjera las unas y por la guerra civil las otras, y no obstante la desaprobacion manifestada respecto del Acta adicional, á Napoleón, según las apariencias, no le habian de faltar sostenes, si al defender el territorio y al fundar la libertad, se mostraba fiel á las dos condiciones de su papel nuevo.

Mientras se hacian esfuerzos en Francia para que fuese nacional la guerra, lo de que tomara tal carácter se temia en Europa, y ya se empezaba á reflexionar seriamente sobre la conducta que se debía observar en adelante. A los mensajeros de Napoleón se rechazaba de continuo, y tanto que acababa de ser detenido otro, despachado de París muy recientemente. Con efecto, despues del arresto en Stuttgart de Mr. de Flahault, encargado de anunciar en Viena el restablecimiento del imperio, el gobierno francés ideó el envio de un nuevo mensajero, bastante bien elegido para la mision que se ponía á su cargo, este era Mr. de Stassart, belga de nacimiento, agregado al servicio de María Luisa, uno de los chambelanes del

emperador Francisco, despues de la vuelta de esta princesa á Austria, y actualmente de paso en París, á donde le llevaron asuntos propios. Tal personaje, de regreso hácia su córte, mas probabilidades tenia de cruzar la frontera que otro alguno. Se le encargó que fuera portador de dos cartas, una del duque de Vicenza para Mr. de Metternich, y otra de Napoleon para el emperador Francisco. Ahora ya no era cuestion de paz ó de guerra, de política en suma, sino de los derechos sagrados de la familia, de los derechos de un esposo sobre su esposa, de un padre sobre su hijo, y al escribir Napoleon á su suegro directamente, de nuevo pedía su esposa, y ya que no su esposa, á lo menos su hijo, demanda á la que no se podia oponer legítima repulsa. Algunas reflexiones añadia el duque de Vicenza sobre aquella extraña interdición de las relaciones diplomáticas todas, en que se perseveraba tan obstinadamente, de paso recordaba su oferta reiterada á menudo de mantener la paz bajo las condiciones del tratado de París. Mas feliz Mr. de Stassart que los correos de gabinete, detenidos en Kehl y en Maguncia, mas feliz que Mr. Flahault detenido en Stuttgart, hasta Lintz llegó en los últimos dias de abril, si bien detenido allí bajo pretexto de una irregularidad en el pasaporte, se vió en la necesidad de entregar sus despachos, que fueron enviados de seguida á Viena y depositados sobre la mesa del congreso. A sus miembros no conmovió la lectura de las cartas interceptadas, ni tampoco les enseñó cosa alguna que no supieran perfectamente. Sin embargo, ni unos ni otros se hallaban en las mismas disposiciones de que se sentian animados al fir-

mar contra Napoleon la famosa declaracion del 13 de marzo, no habiendo dejado de influir en sus ánimos el juicio formado acerca de tal documento asi en Francia como en Inglaterra. Asi pensaron en publicar otra declaracion al punto, no mas pacífica que la primera, si bien menos salvaje en la forma y mejor razonada. De este modo querian responder á la oposicion inglesa, la cual propalaba que se hacia la guerra únicamente á favor de los Borbones, y al mismo tiempo calmar los espíritus en Francia, para evitar que tomase el carácter de nacional la guerra. Este postrer motivo era mucho más determinante, pues aunque las gacetas inglesas y alemanas se aplicasen á divulgar que Napoleon estaba apoyado por el ejército solo, el público europeo ya comenzaba á ver que á su persona se adherian intereses numerosos, y no solo intereses, sino convicciones sinceras, especialmente las de los hombres que se sentian indignados ante la pretension cacareada por Europa de imponer un gobierno á los franceses. Por estas razones se trató en el congreso de Viena de hallar una fórmula que satisficiese á todas las conveniencias de la situacion de entonces, sin lograr el designio. Se buscaron con afan términos admisibles para decir que, bien ajenas las potencias de quererse de ningun modo ingerir en el gobierno de Francia, ni de imponer la persona de un monarca, ó un sistema particular de instituciones, se limitaban á presentar la esclusiva de un solo hombre en interés del reposo de todos, porque una dilatada experiencia habia patentizado que el reposo de todos era imposible con tal hombre. Aunque la exclusion de un soberano, cuando solamente

habia dos posibles, por decirlo asi fuese la eleccion del otro, con todo, los escritores del congreso llegaron á expresar estas ideas de un modo bastante conciliable con el derecho de gentes, y para dar al traste con la principal objecion del parlamento británico, hasta se abstuvieron de nombrar á los Borbones. Pero al instante dió origen esta omision á las reclamaciones de las dos córtes de España y de Sicilia. Aun la misma legacion británica halló que no mentar á los Borbones era descuidarlos demasiado, y quizá abrir camino á pretensiones peligrosas. Lord Clancarty, miembro principal de esta legacion desde la partida de lord Castlereagh y de lord Wellington, se decidió á apoyar á las córtes de Madrid y de Palermo, las cuales preguntaban ¿á quién destinaban los soberanos el trono de Francia, si prescindian de Luis XVIII? ¿Acaso pensarian en la regencia de Maria Luisa, ó en el reinado del duque de Orleans, ó en la república? No siendo posible explicarse claramente sobre estos diversos asuntos, sin aceptar ningun texto de declaracion se separaron los miembros del congreso, por juzgar que, borrado de tal texto el nombre de los Borbones, alli hacia sensible falta, á la par que su insercion suscitaria objeciones embarazosas por extremo.

56 Dos córtes con especialidad se tenian que oponer á una profesion de fé demasiado explícita en favor de los Borbones, y eran las de Rusia y de Austria, si bien cada una por motivos diferentes del todo. Siempre implacabilísimo respecto de Napoleon se mostraba el emperador Alejandro, ya por el ridículo que el tratado de 11 de abril le habia valido entre sus aliados, ya porque no le

acomodaba realmente ver subir de nuevo á la escena del mundo un personaje, que desde que aparecía no dejaba mas que puestos secundarios. Pero si contra la persona de Napoleon estaba tan resuelto como nunca, de ningun modo era de dictámen de que se le diera por sucesor á Luis XVIII de nuevo.

Además de que Luis XVIII le habia ofendido bajo varios conceptos, se le figuraba el restablecimiento de los Borbones una obra que no seria mas durable la segunda vez que lo fué la primera. Austria venia á deducir casi lo mismo, aunque racionando de diverso modo. A Napoleon excluía no menos formalmente, tampoco deseaba de ninguna manera la regencia de María Luisa, y excluidos los Bonapartes, á todos los demás le parecian preferibles los Borbones. Con efecto, no habia realista mas puro que el emperador Francisco ni en Francia, ni en Europa. No obstante, para derribar á los Bonapartes no habia mas medio que la guerra, y lo repugnaba Austria, no por debilidad, que no es este su flaco de costumbre, sino por prudencia. Apenas acababa de salir de una violenta lucha, saliendo al cabo con una felicidad, que de un siglo atrás no habia coronado sus empresas, pues se hallaba con su antigua parte de la Polonia, con la frontera del Inn, con la Iliria, con la Italia hasta el Pó y el Tesino. El mayor éxito imaginable en la guerra futura no la valdria mayores ventajas, á la par que, si se lograba el triunfo, se acrecentarian las pretensiones de las dos córtes del Norte, siempre tan fuertemente unidas como Rusia y Prusia. Nada habia aqui adecuado á inspirarla un gusto muy pronunciado hácia la guer-

ra. Además las noticias recibidas de Francia estaban contestes en representar á Napoleón como seguro del apoyo del partido revolucionario y liberal, y como en proporción de disponer de una gran porción de fuerzas nacionales. Una sola combinación le podía privar de este apoyo, la que, dando satisfacción á los revolucionarios y á los liberales, les segregara de Napoleón, á quien temían y de quien siempre desconfiaban mucho. Así Austria no quisiera descuidar la política de que á Napoleón se crearan embarazos intestinos, cuya política, sin excluir absolutamente á los Borbones, desde luego exigía no ligarse irrevocablemente á ellos. Con esta mira Mr. de Metternich, bien informado de cuanto pasaba en París por entonces, al punto pensó en el duque de Otranto, juzgándole perfectamente cortado para la realización de sus designios. Adular la vanidad y la ambición de tal personaje, le pareció medio seguro de introducir la confusión en los asuntos de Francia, é ideó el envío de un agente secreto, para pedir á Mr. Fouché algun arbitrio capaz de resolver de otro modo que con una guerra horrible la cuestión que dividía á Francia y á Europa en aquellos instantes. Para este papel eligió Mr. de Metternich á un personaje prudente y digno de confianza, llamado Werner, y le despachó á Basilea. Al propio tiempo encargó á un empleado de una casa de banca, que iba á París á asuntos de su oficio, una carta para Mr. Fouché en donde le enteraba de todo, y le encargaba que nombrase persona, con la cual se pudiese abocar Mr. Werner en Basilea de secreto. Así mientras en Viena se disputaba estérilmente en el sentido de ponerse de acuerdo sobre la

nueva declaracion que debian publicar las potencias aliadas, Mr. Werner se puso en camino para Basilea, á donde llegó el 4.º de mayo, y donde aguardaba que se le despachase de París el interlocutor seguro, con quien pudiera entrar en tratos.

No sin dificultad se llegó á poner en comunicacion con Mr. Fouché el oficial de la casa de banca, portador de la carta de Mr. de Metternich desde Viena, y en los esfuerzos que hizo para conseguir este objeto, se le escaparon algunos indicios de su presencia en París y de su singular encargo. Mr. Caulaincourt tuvo oportuno aviso de todo, y con su lealtad de costumbre lo puso en conocimiento de Napoleon, el cual mandó buscar, prender é interrogar al oficial de la casa de banca, y muy luego convenciósese de estar entabladas ó próximas á entablarse comunicaciones entre Mr. Fouché y Mr. de Metternich. Aun cuando habia jurado despojarse de su carácter antiguo, y lo habia conseguido hasta ahora, por un momento se volvió á hallar tal como antes. Con su imaginacion fogosa vió mil pasiones ocultas bajo la trama, que acababa de ser descubierta, y cediendo á su carácter no menos arrebatado que su espíritu, por de pronto pensó en mandar prender á Mr. Fouché, y apoderarse de sus papeles, y denunciar y castigar su perfidia; todo lo cual esperaba hacer con aplauso de Francia, que estimaba poco á este ministro, y que, enterada de sus maldades, se alegraria de su castigo.

Pero este no fué mas que un arrebatado pasagero. Napoleon quiso reflexionar, examinar y decirse al cabo con pleno conocimiento de causa. Habiéndose presentado Mr. Fouché al despacho,

Napoleon supo mostrar la habitual sangre fria de los campos de batalla, le habló á la larga y confidencialmente sobre los asuntos de Europa, y especialmente de las intrigas que se atravesaban en Viena, de modo de provocar las expansiones de su interlocutor y de acercarse al hecho, cuya confesion aspiraba á obtener, lo mas posible. Nada comprendió de táctica semejante el astuto ministro, aunque ya habia recibido la carta de Mr. de Metternich, y en lugar de desarmar con una confesion sincera á su soberano, se obstinó en guardar silencio. Mas de una vez estuvo Napoleon á punto de estallar; pero se contuvo al cabo, no dijo mas nada, y despidió á Mr. Fouché tan engañado como engañoso y bien ageo de la especie de examen á que acababa de ser sometido. Napoleon discurió que el mejor medio de descubrir el secreto de esta trama, cuya peridia exageraba sin duda, no era otro que el de despachar inmediatamente á Basilea á un hombre de confianza é iniciado en los signos de reconocimiento, cuya comunicacion se habia logrado, y de consiguiente en aptitud de abocarse con Mr. Werner, y de sorprender asi en su mismo origen la intriga. Para esta mision eligió á Mr. Fleury de Chaboulon, el jóven auditor que le fué á ver en la isla de Elba, cuyo valor y cuya destreza habia premiado con agregarle á su gabinete. Le envió á llamar de contado, le trazó la conducta á que se debia atener puntualmente, le dió órdenes para las autoridades de la frontera, con el fin de que le dejaran pasar á él solo, y de que el verdadero agente de monsieur Fouché, si lo enviaba finalmente, se viera detenido y en la imposibilidad de cumplir su encargo.

Al punto se puso Mr. Fleury de Chaboulon en camino. Llegado á la frontera comunicó á las autoridades las órdenes convenidas, pasó solo, halló á Mr. Werner en Basilea, y aplicóse á representar hábilmente su papel con este personaje. Completamente engañado Mr. Werner dijo con toda sencillez el objeto para que habia sido allí enviado. Desde luego se convenció Mr. Fleury de Chaboulon de que lo que se llamaba la trama urdida por Mr. Fouché era de reciente fecha y se hallaba muy á los principios; de que nada habia precedido á la comunicacion presente; de que en materia de sordos manejos figuraba Mr. Fouché, no como provocador, sino como provocado por la primera vez de su vida; y finalmente de que no se trataba de asesinar á Napoleon, segun se creyó al pronto, sino de destronarle sin recurrir á la cruel y azarosa extremidad de la guerra. Mr. Werner afirmó vivamente á Mr. de Fleury, que de ningun modo se trataba de atentar contra la vida de Napoleon, hasta rechazó con indignacion toda hipótesis de esta clase, si bien declarando que se atentaba contra su poderío; que á ningun precio le aguantaría Europa sobre el trono de Francia; que con esta sola exclusiva admitiria todos los gobiernos á que se pudiera acomodar la nacion francesa, no siendo el republicano; que tenia gran confianza en las luces y en la influencia del duque de Otranto; que conocia su odio á Napoleon, y que estaba pronta á entenderse con él para resolver la dificultad, ahorrando al mundo una nueva y horrible efusion de sangre.

Representando Mr. Fleury de Chaboulon á maravilla el papel de agente de Mr. Fouché, respon-

dió que efectivamente este ministro tenia razones para estar quejoso de Napoleon; y para haber concebido algun resentimiento hácia su persona; pero que al interés del pais habia inmolado todos sus rencores; que sin duda en 1814 hubiera deseado otros arreglos que los que prevalecieron al cabo; que posteriormente quizá no hubiera querido la vuelta de Napoleon, pero que actualmente se hallaba convencido de que Napoleon era necesario; de que él solo podia volver á asentar á Francia sobre sus bases, conciliar á los partidos y constituir un gobierno durable; que Napoleon habia vuelto con ideas sanas sobre todas las cosas; que estaba decidido á mantener la paz y á dotar á Francia con instituciones prudentemente liberales; que además el propósito de derrocarlo del trono seria sin fruto, porque el ejército, los hombres comprometidos en la revolucion, los compradores de bienes nacionales, la juventud imbuida en las nuevas ideas, casi todas las clases, con excepcion de los emigrados, le miraban como representante de sus opiniones ó de sus intereses, y como representante de la independendencia nacional sobre todo; que para auxiliar al ejército se alistaban cotidianamente miles de voluntarios; que á cuatrocientos mil soldados de línea iba á juntar Napoleon cuatrocientos mil guardias nacionales de compañías de preferencia, y asi la lucha en su contra seria terrible; que la campaña de 1814, en que, gracias á su genio, la coaliccion habia corrido tantos peligros, no era nada en comparacion de la que se tendria en 1815, porque en lugar de fuerzas destruidas ó diseminadas desde Danzick hasta Valencia, en Champaña se hallarian juntas las fuerzas

todas de Francia; que mas valia entenderse que degollarse por la familia de los Borbones, á la cual no se podia mostrar adicta Francia desde que se aspiraba á imponérsela por la fuerza; que á singular fortuna tendria el duque de Otranto figurar de mediador para semejante avenencia, y que pedia que Mr. de Metternich diera á conocer sus ideas sobre tal asunto, para ajustar á ellas el duque de Otranto las suyas, no dudando que estarían acordes con la superior prudencia de tan eminente hombre de Estado.

Confuso estaba de sorpresa el enviado de Mr. de Metternich, que de buena fé se creia ante el enviado del duque de Otranto, al oir un lenguaje tan desacorde con el que habia esperado, con sencilla obstinacion repetia que estaba muy asombrado de tal discurso; que al duque de Otranto se le reputaba poco amante de Napoleon, nada propenso á forjarse ilusion alguna respecto de su persona, y hombre prudente y propicio á entrar en todos los ajustes razonables; que, por lo demás, en vista de disposiciones tan poca previstas de su parte, ya no podia decir nada, pues mas habia ido á Basilea para oir que para hacer proposiciones. Despues de explicarse mas los dos interlocutores convinieron en volver cerca de sus respectivos comitentes para enterarles de todo, y verse otra vez y pronto y provistos de instrucciones mas acomodadas al verdadero estado de las cosas. Mr. Fleury de Chaboulon, á quien habia Napoleon enseñado su leccion á maravilla, insistió á fin de que Mr. Werner tornara mejor informado acerca de las disposiciones de las potencias respecto de diversos asuntos muy importantes, tales como la

transmision de la corona al rey de Roma en el caso de que Napoleon abdicara de nuevo, y la eleccion del príncipe Eugenio como regente, si María Luisa no queria volver á Francia para defender los derechos de su hijo. Tras de estas explicaciones se separaron los dos enviados, bajo promesa de volverse á ver en Basilea dentro de pocos dias.

Durante este tiempo Napoleon tuvo con monsieur Fouché otra entrevista del carácter mas grave. Ya porque ante el silencio obstinado del ministro de Policía experimentara una irritacion interior que le empezaba á salir al rostro, ya porque, segun rumores, Mr. Real enterase á Mr. Fouché de algo, este último con fingida indiferencia confesó á Napoleon que habia recibido una carta de Mr. de Metternich llevada por individuo oscuro y sin carácter de ninguna especie, á la cual no habia dado importancia alguna, y de que no habia creído oportuno hablar antes por este motivo. Napoleon para recibir á Mr. Fouché acababa de despedir á Mr. Lavallette, que se quedó en una pieza contigua, desde donde lo podia oir todo. Ya no se pudo contener ante la doblez del ministro de Policía; le declaró que de todo se hallaba enterado; que semejante comunicacion emanada del principal personaje de los coaligados y comprensiva de la oferta del envio de un agente á Basilea, de suyo era la mas importante que se podia imaginar en las actuales circunstancias, y que lo de que fuese objeto de distraccion no cabia en lo posible. Luego le dijo con tono amargo y contundente y de modo de ser oido desde la pieza contigua:—Sois un traidor, y os podria hacer expiar la traicion con aplauso de Francia... Si no os conviene mi gobier-

no, ¿por qué no lo decis claro, por qué os obstináis en ser ministro mio?...—A semejanza de un criado acostumbradísimo a los arrebatos de su amo, y habiendo renunciado á hacerse respetar desde muy antiguo, Mr. Fouché limitóse á balbucir algunas explicaciones embarazosas, se retiró de seguida, y hallando á Mr. Lavallette al paso, le dijo con la sonrisa de la indiferencia en los labios:—El emperador siempre es el mismo, siempre lleno de desconfianza, viendo traiciones en todas partes, y montando en cólera con todo el mundo, porque no le quiere la Europa.—Mr. Fouché no dijo mas palabras. ¡Cómo si á tales ultrajes, merecidos ó inmerecidos, fuera lícito no oponer mas que la indiferencia!

Napoleon, que en los dos postreros meses habia alcanzado tantas victorias sobre sí mismo, no se pudo dominar ahora, y cometió un gran desacierto, porque ó no se dicen tales cosas, ó se rompe con la persona á quien se han dirigido. Cuando se hallaba en la cúspide de su grandeza, sin duda se podia abandonar asi al placer de desfogar su descontento, y salia del paso con crearse un impotente enemigo; pero al presente en aquel á quien habia llamado traidor sin miramiento alguno, se preparaba un traidor verdadero y de los mas peligrosos. Además, respecto de Mr. Fouché era injusto, pues aun cuando fundadamente se hubiera hecho este ministro sospechoso, ocultando tan serias aberturas como las que se le habian dirigido, de lo averiguado en Basilea resultaba evidentemente que, si eran de temer traiciones, aun no se habia consumado ninguna. Mas valiera advertir friamente al ministro, darle á entender que se es-

taba al corriente de todo, manifestarle que se vigilaba atentamente, y no estallar en ningun caso, puesto que en situacion tan grave y delicada no cabia en lo posible llevar el arrebató hasta un severo castigo. Con efecto, Mr. Fouché dióse maña para aparecer á los ojos del público como un consejero independiente, capaz de dar prudentes consejos y hasta de resistir á su soberano. De castigarle Napoleon bajo impresion semejante, para muchas gentes se presentara como no queriendo prestar oídos á ningun consejo, y para todos como abandonado por la fortuna, puesto que Mr. Fouché se separaba de su lado. No pudiendo descargar el golpe, mejor fuera no hacer el amago. Por lo demás, despues del estallido, se atuvo á una despreciativa indulgencia, nada adecuada para atraerse á Mr. Fouché de nuevo. Viendo que aun nada estaba encantado resolvió esperar y tener siempre fijos sus ojos penetrantes sobre el ministro de Policia. A Mr. Fleury de Chaboulon refirió cuanto habia pasado, le autorizó para ver á monsieur Fouché, y entenderse con él y proseguir esta rara negociacion de Basilea, por saber qué decia el agente de Mr. de Metternich acerca de las cuestiones que se le habian dado por sentadas. Mr. Fleury de Chaboulon dirigióse á casa del duque de Otranto, el cual le habló del emperador como de un niño, que no sabia contenerse, ni conducirse, y que estaba de nuevo en via de perderse, añadiendo que era menester servir, no á favor de su persona, sino de la comun causa. Tras de vengarse de Napoleon por medio de palabras de desahogo, con Mr. Fleury de Chaboulon convino en la manera de llevar á cabo una segunda

entrevista, y de sacar de ella cuantos datos fuera posible con el carácter de provechosos.

Efectivamente Mr. Fleury de Chaboulon marchó de nuevo á Basilea, y allí encontró á Mr. Werner puntual á la cita. Adoptando esta vez un papel algo menos pasivo, Mr. Werner, siempre creído de hablar al representante del duque de Otranto, se explicó mas á las claras sobre las intenciones de las potencias reunidas en Viena. Ante todo lo mismo que la vez primera, y aun mas si cabe en lo posible, estuvo afirmativo en cuanto á la persona de Napoleon Bonaparte, á la cual se ponía la exclusiva absoluta, como incompatible con el reposo general á todas luces. Luego declaró que, una vez Napoleon excluido, nada se deseaba mas vehementemente que zanjar de una manera amigable las dificultades sobrevenidas, pues ninguno de los soberanos miraba á Francia de mal ojo, ni tampoco pensaba en imponerla un gobierno. Lo que preferían las potencias, lo que estrecharía sus relaciones con Francia, sin duda era el restablecimiento de los Borbones. Si Francia se quería prestar á este restablecimiento, con ella se harían los ajustes mas oportunos para tranquilizar las opiniones y los intereses emanados de la revolución francesa. En la Carta se harían las necesarias modificaciones; la mayor parte de los empleos serían dados á las modernas familias; los emigrados vueltos despues del 1.º de abril de 1814 quedarían alejados de los negocios; se formaría un ministerio homogéneo é independiente, y se constituiría de tal modo, que no tuvieran cabida las influencias de la corte. Mr. Werner añadió, que, si los franceses rechazaban la rama primogénita de los Bor-

bones, las potencias coaligadas no rechazarían absolutamente la rama segunda; y finalmente que, si era forzoso, hasta admitirían el advenimiento del hijo de Napoleón al trono imperial, siempre que, á falta de María Luisa, se eligiese el personaje á quien mas convenientemente se pudiera fiar la regencia. Pero la condicion irrevocable y absoluta era siempre que Napoleón dejase de reinar definitivamente, y que se abandonara en manos de su suegro, el cual le trataría con las contemplaciones exigidas por el honor y el parentesco.

Vanamente probó Mr. Fleury de Chaboulon á reproducir cuanto ya habia dicho, y con especialidad sobre la inmensidad de las fuerzas que Napoleón iba á tener disponibles, pues Mr. Werner le escuchó cortesmente, no dándole nunca otra respuesta sino que, una vez Napoleón excluido, se hallaría predisposicion á transigir sobre todos los puntos, hasta sobre la transmision de la corona á su hijo, con tal de elegir por regente á un personaje que hermanara el interés de Francia con el del reposo. Despues de mil repeticiones superfluas se separaron los dos agentes, bajo promesa de verse de nuevo, si sus respectivos comitentes lo creían oportuno y fructuoso.

Vuelto á Paris Mr. Fleury de Chaboulon refirióse todo á Napoleón y al duque de Otranto, y recibió orden expresa de no seguir comunicaciones ya consideradas sin objeto. De todo vino á deducir Napoleón que alguna conmocion habia en Viena, puesto que ya se le brindaba con dejar que reinara su hijo; tambien concibió la esperanza de hallar las voluntades menos inflexibles, menos te-

naces de lo que habia supuesto, y de vencerlas con una ó dos batallas, lo cual no esperaba al principio. Mr. Fouché por su parte dedujo que Napoleon era el único obstáculo para la paz; que por consiguiente sobrada razon le habia asistido para pronunciarse por la regencia de María Luisa; que tal convenio hubiera fijamente atajado al punto los peligros de que estaban amenazadas Francia y Europa; y que si Napoleon entendia bien sus intereses y los de su dinastía, al cabo se acomodaria á este ajuste, y abdicaria en favor de su hijo, manteniéndose á la cabeza del ejército hasta que se estuviera de acuerdo con las potencias; que despues se elegiria un honroso y sosegado retiro en algun rincon del mundo, único fin que le podia ser lícito despues de haber atormentado tanto á los hombres. Todas estas cosas dióse á repetir Mr. Fouché con imprudente ligereza, no explicable sino por la circunstancia de estar Napoleon debilitado. Conociendo Napoleon una parte de los dichos del duque de Otranto, se decidió á aplazar su venganza, diciéndose que era menester dejar á Mr. Fouché desahogarse en intrigas y habladurías, por ser una necesidad de su indole bulliciosa, sin perjuicio de castigarle si le cogia en fragante delito; que nada resolverian sus decires, ni sus intrigas; que la victoria dictaria el fallo; que si salia vencedor le someteria á su voluntad ó le aniquilaria del todo; que por el contrario, si salia vencido, un enemigo mas, aun cuando fuese el duque de Otranto, no haria su pérdida mas segura, por ser inevitable en caso de derrota. Esta opinion, verdadera sin duda, se resentia de exagerada á pesar de todo, pues hasta despues de

una derrota, la fidelidad de los que Napoleon dejara detrás de sí pudiera disminuir sus consecuencias, y aun quizá dar espacio á que fuese reparada.

Segun se ve claramente, Mr. de Metternich no habia hecho una tentativa infructuosa; puesto que acababa de sembrar la desunion en el seno del gobierno de Francia, puesto que acababa de proporcionar á Mr. Fouché la coyuntura de convencerse de que Napoleon le aborrecia y le despreciaba invariablemente; de que segregado Napoleon sin dificultad se podia allanar todo, y por las propias manos del duque de Otranto, como que en Viena habia disposicion á aceptarle como instrumento de una revolucion nueva. Mostrar en perspectiva al duque de Otranto para este año de 1815 el papel de Mr. de Talleyrand en el año de 1814 equivalia á adular su pasion más vehemente y peligrosa é inspirarle un vivisimo deseo de satisfacerla de plano. Muy lejos estaba el ministro de Austria de haber perdido su trabajo, si bien ignoraba la trascendencia del daño que habia hecho á la causa francesa y del bien que habia hecho á la suya. De todos modos, siempre se reconocia en Viena la necesidad de añadir algunas explicaciones á la declaracion del 13 de marzo, y de hablar á Europa y á Francia por medio de una declaracion nueva. Hasta ahora no se habian podido poner acordes sobre un proyecto de redaccion que llenase todos los requisitos, hallando unos injusto é inconveniente omitir el nombre de los Borbones, juzgando otros inoportuno hacer gala de la intencion de imponérseles á Francia. En medio del embarazo que se experimentaba en tal materia, se

recurrió á un medio cómodo y con que brindaban las mismas circunstancias de entonces. A Viena habia vuelto el tratado de 25 de marzo ya ratificado por todas las córtés. Sola Inglaterra habia añadido al artículo octavo una reserva, cuyo sentido consistia en manifestar que, aun haciendo votos las potencias por los Borbones, se proponian como objeto esencial y único ser salvaguardia de la seguridad comun de Europa, amenazada por la aparicion de Napoleon sobre el trono de Francia. Forzoso era dar contestacion á esta reserva, y dejar sentado hasta qué punto se adherian los demás á su sentido. Por consiguiente este era el caso de un despacho particular de gabinete á gabinete, que permitiera explicarse con menor solemnidad que en una declaracion europea, y mejor observar los matices, gracias á la mayor extension y al abandono del lenguaje. Asi lord Clancarty fué encargado de manifestar al gabinete británico en un despacho dirigido á lord Castlereagh que el congreso aceptaba plenamente la reserva al artículo octavo, pues lo entendia en el propio sentido que Inglaterra; que la declaracion del 13 de marzo, la negativa á toda comunicacion con Francia, la detencion de sus correos, no significaban más pura y simplemente sino que la presencia del gefe actual de Francia á la cabeza de este gran pais se juzgaba como incompatible con la paz europea; que numerosas experiencias no dejaban la más leve duda acerca de lo que se debia esperar de tal gefe, si se le dejaba que se estableciera de nuevo; que se aprovecharia de la primera coyuntura para volver á empuñar las armas, y para tirar á que otra vez pesara sobre Europa un yugo, que estaba re-

suelta á no aguantar ya de ningun modo; que de consiguiente, no por eleccion sino por necesidad, se estaba en guerra con el actual gefe de Francia y con sus parciales; que á mayor abundamiento las potencias bajo ningun concepto pretendian disputar á Francia el derecho que le asistia para elegirse un gobierno, ni poner al ejercicio de tal derecho ninguna traba; que á pesar del interés general de que el rey Luis XVIII era objeto por parte de los soberanos, estos no propenderian ni por asomo á violentar á los franceses en la eleccion de determinada dinastía; que de la que fuese elegida se limitarían á exigir garantías para la paz permanente de Europa; y que tranquilizados bajo este aspecto se abstendrian de toda ingerencia en los asuntos interiores de una nacion grande y libre.

Lord Clancarty daba fin á su despacho diciendo que, para estar seguro de no transmitir inexactamente el pensamiento de los diversos gabinetes, este despacho lo habia comunicado á sus principales ministros; que estos lo habian aprobado por unánime voto, y que estaba autorizado para declararlo de esta manera.

Mientras así se obraba en la capital de Austria para concordar los pareceres de los que deseaban pronunciarse formalmente á favor de los Borbones, y de los que deseaban limitarse á poner á Napoleon la exclusiva, obligado el gabinete británico por la oposicion á entrar en explicaciones, al fin acabó por confesar la política de la guerra, y por lograr que en la misma se empeñara el parlamento. Y ahora se va á ver lo que acababa de pasar en Lóndres,

Hacia fines de abril publicóse en diversos periódicos la renovacion de la alianza de Chaumont hecha por el tratado de 25 de marzo, y su texto llenó de asombro á los miembros del parlamento, á quienes se habia dicho que los armamentos se hacian por precaucion tan solo, y sin ningun propósito deliberado de declarar la guerra á Francia, y planteaban la cuestion de este modo. Al discutirse en la sesion del 7 de abril el régio mensaje ¿conocia ó no conocia el ministerio este tratado del 25 de marzo? Si lo conocia por entonces, indudablemente habia engañado al parlamento, y faltado á la probidad política, la cual en un pais libre puede permitir que se guarde silencio, pero jamás debe autorizar para la mentira. Mr. Whitbread, uno de los gefes mas hábiles y activos de la oposicion, interpeló vivamente á lord Castlereagh, en medio del parlamento silencioso y confuso de resultas del papel que se le habia hecho representar en esta coyuntura, si era ó no auténtico el tratado llamado del 25 de marzo y dado á luz en diversas hojas. Cogido lord Castlereagh de improviso se puso á balbucir algunas frases en respuesta, y confesó la sustancia del tratado, bien que sin fijar los términos en que estaba escrito.—¿Cuáles son las diferencias, clamó la oposicion, entre el tratado verdadero y el que se ha publicado?—No pudiéndolas señalar lord Castlereagh de ninguna manera, puesto que no existia ninguna, se limitó á responder que no estando todavía universalmente ratificado, no le era lícito entrar en mayores explicaciones. A vueltas de estos efugios, la oposicion comprendió á las claras que era auténtico el tratado; que el gobierno se habia com-

prometido con los aliados de Inglaterra á volver á comenzar inmediatamente las hostilidades, y que el gabinete le habia engañado por completo al decir que no se trataba mas que de tomar ciertas precauciones, por ser imposible suponer que el tratado, celebrado el 25 de marzo en Viena, no fuese conocido el 7 de abril en Lóndres, es decir, trece dias despues de firmado. Además que, no atreviéndose lord Castlereagh á llevar la inexactitud hasta una material impostura, terminantemente confesó que el 7 de abril ya el tratado le era conocido.—Entonces nos engañásteis indignamente, replicaron todos los miembros de la oposicion; y el ministro británico hallóse en singular apuro. Y realmente habia motivo, pues, aun cuando las costumbres públicas tuvieran que hacer muchos progresos, nunca se habia engañado al parlamento de una manera tan osada. Mr. Whitbread dijo entonces que, puesto que aun no era llegado el momento de explicarse, necesario era que el parlamento suspendiese sus sesiones hasta el dia en que se estuviera en disposicion de revelarle la verdad toda, pues no podia menos de incurrir en errores, y de votar sin criterio, ínterin ignorara lá situacion verdadera. Estrechado lord Castlereagh hasta lo sumo, al cabo se decidió á aceptar el lunes 28 de abril para comunicar el tratado y justificar su contenido.

Efectivamente la comunicacion se hizo con tal fecha, y en el seno del parlamento británico suscitóse el mas ardoroso debate. Despues de repetir Mr. Whitbread que se habia engañado al parlamento, por no haberse hablado mas que de simples precauciones, cuando se trataba de la guer-

ra, y que esta guerra era peligrosa y de ningun modo necesaria para los intereses de la Gran Bretaña, pidió que se presentara un mensaje respetuoso á la corona, para suplicarla que viera de hallar los medios á fin de mantener la paz. En seguida tomó lord Castlereagh la palabra, y empezó por algunas personalidades, manifestando que si anteriormente se hubiera dado oídos á monsieur Whitbread y á sus amigos, se hubiera abandonado la lucha contra Napoleon cabalmente en vísperas del triunfo, y que Inglaterra distaria mucho de hallarse en la magnífica posicion que habia conquistado por seguir consejos diametralmente contrarios á los de estos señores. Despues con sutilezas y casi mentiras trató de responder al cargo de doblez respecto del parlamento.—¿Qué se habia anunciado el 7 de abril? Que se trataba de ponerse en actitud de hacer frente á los sucesos, esto es de emprender los preparativos; pero no se habia contraído ningun formal empeño en el sentido de la paz ó de la guerra. No se habia contraído mas que el de poner á cubierto los intereses británicos de la mejor manera posible, y estos intereses consistian esencialmente en una estrecha union con las potencias continentales. Ahora bien, hallándose estas potencias por su situacion geográfica mas amenazadas que Inglaterra, forzoso habia sido atenerse á que la cuestion se decidiera por su voto. Lejos de impulsarlas á la guerra, por el contrario se les habia mostrado el peligro de emprenderla nuevamente; pero pensando acordes que ni se podian desarmar ante un hombre como Napoleon, ni permanecer eternamente armadas sin exponerse á gravámenes enormes, decididamente

habian abrazado el partido de la acción inmediata. ¿Por ventura en tal caso se habia podido Inglaterra separar de ellas, y romper una armonía á la que se habia debido la libertad de Europa, y á que se debia su seguridad todavía? Nadie se atreveria á sostenerlo de tal modo. Tampoco se atreveria nadie á aventurar la especie de que estas potencias hubiesen caido en yerro. ¿Acaso era posible que viiesen en un estado de perpétua zozobra, y que por consecuencia de esta inquietud se mantuvieran eternamente armadas? ¿No era evidente, por ejemplo, que asi que se dejara á Napoleon establecerse y juntar de trescientos á cuatrocientos mil hombres, de nuevo aprovecharia la coyuntura de abrumar á sus vecinos? Realmente se decia que estaba mudado y que habia vuelto con ideas pacíficas; mudado, sí, en las palabras, y para adormecer la vigilancia de las potencias. ¡Pero cuán insensatos serian los que diesen crédito á tal mudanza! En la primer coyuntura propicia, asi que descubriera algun debilitamiento de fuerzas en las potencias, ó algun síntoma de desunion entre unas y otras, se lanzaria sobre Europa, y nuevamente la cargaria de cadenas. Esta era una verdad que no se podia ocultar á ningun espíritu sensato. Por consiguiente habia que aprovechar la circunstancia de estar sobre aviso, pues habia casos en que el ataque no era mas que propia defensa. Verdad es que se hacia el argumento de que detrás del hombre de que se trataba al presente, se hallaria una gran nacion como Francia. Si era asi realmente, si por debilidad ó por ambicion la nacion francesa apoyaba á tal hombre, en tal caso razon era que sufriese la pena. Europa no podia quedar ex-

puesta á una inevitable ruina, porque una nacion tuviera gusto en darse un determinado gefe, ó porque á un ejército corrompido, avariento de riquezas y de honores, le pluguiera poner á su cabeza á un conquistador bárbaro, que pretendia renovar las locas empresas de los conquistadores del Asia. No querian las potencias aliadas imponer á Francia un gobierno, solo deseaban reducirla á la imposibilidad de hacer daño á otros y de poner eternamente en cuestión la existencia y el reposo del mundo.

Tales fueron las explicaciones de lord Castlereagh en sustancia. Aunque no anunció la guerra como segura, y como irrevocablemente decretada en principio, sin embargo de tal modo insistió sobre los motivos que habia para acometerla de nuevo, que sus palabras equivalian á una terminante declaracion de guerra. A lord Castlereagh le respondieron muchos oradores, bien que entre ellos sobresalió uno, Mr. Ponsonby, miembro moderadísimo del parlamento, el que en la sesion del 7 de abril decidió á la mayoría á votar en el sentido del real mensaje, porque, segun su texto, Inglaterra quedaba entonces libre de optar por la paz ó la guerra. Más que otro alguno se podia monsieur Ponsonby llamar á engaño. A su decir, evidente era que en la sesion del 7 de abril el gabinete quiso dar á entender al parlamento que aun existia una alternativa entre la paz y la guerra, al paso que virtualmente no existia de ningun modo, estando ya determinada la guerra, puesto que en aquella fecha el tratado de 25 de marzo se habia firmado en Viena y además recibido en Lóndres. (Mas positivamente lo pudiera afirmar Monsieur

Ponsonby, si los despachos de lord Castlereagh le fueran conocidos). Por consiguiente aquel día creyó el parlamento votar simples precauciones, cuando en realidad votaba la guerra. Así resultaba á las claras que los ministros le habian engañado. Ahora bien, decia Mr. Ponsonby con una indignacion significativa hasta lo sumo de parte de un espíritu muy templado, semejante conducta seria intolerable en la vida privada, ¿qué se habia de pensar cuando se usaba en la vida pública, y cuando los intereses que resultaban afectados no eran los de un individuo, sino los de un pais entero? En cuanto á los motivos de la guerra, monsieur Ponsonby declarábalos insuficientes de todo punto, especialmente poniéndolos en comparacion de lo muy grave de una guerra como esta. Indudablemente que Inglaterra no se debia separar de las potencias continentales; pero tampoco era dudoso el derecho que le asistia para dirigirles consejos. ¿Y habia seguridad de que el gobierno británico les hubiese puesto de bulto, segun hacia gala, los peligros de esta nueva lucha? Tales peligros eran muy graves, pues se iba á desafiar á un grande hombre y á una gran nacion á un mismo tiempo. Jamás habia estimado Mr. Ponsonby á este hombre bajo el aspecto de las cualidades morales; pero no se podia cuestionar sobre sus talentos prodigiosos, ni sobre la energía de la nacion á cuya cabeza estaba colocado. No era discutir formalmente sobre la materia lo de insultar á esta nacion y achacarle todos los vicios; para atribuirse todas las virtudes. Ni por esto resultaba menos positivo que se estaba en presencia de un hombre extraordinario, á quien se daba el apoyo de la na-

ción mas formidable, amenazando su independencia sin el menor disimulo. Se decia que no se trataba de imponerla ningun gobierno, sino de establecer por interés general una sola exclusiva. A esto replicaba Mr. Ponsonby que si fuera de ese gobierno que se excluia terminantemente, aun quedaran dos ó tres elegibles, se podria concebir que no se le imponia ninguno. Pero al alcance de todos los hombres perspicaces se hallaba que para Francia no habia posibles mas que los Borbones ó los Bonapartes, y que por tanto excluir á los Bonapartes equivalia á imponer los Borbones. Ahora bien, de estos últimos se acababa de hacer un ensayo: á pesar de sus cualidades morales habian ofendido á la nacion con sus desaciertos, y la intención de restituirselos ahora tambien era sin duda ajarla en su totalidad ó en su gran mayoría. Exactamente á llevar mas allá de toda razon la política de Mr. Pitt equivalia á todas luces lo de renovar la guerra por los Borbones, cuando tras de ser milagrosamente restaurados, no se habian sabido mantener sobre el trono. De raciocinar de este modo, no reinaria la augusta dinastia, que actualmente ocupaba el trono de Inglaterra, porque Inglaterra hubiera debido perseverar en el restablecimiento de los Stuarts hasta su extincion absoluta. En buen hora que se considerasen comprometidas las condiciones que se decantaba haber obtenido al celebrarse la última paz en favor de la Gran Bretaña; pero la paz ofrecia Bonaparte, y la ofrecia con instancia, y bajo las condiciones de los tratados de Paris y de Viena ¿Acaso convenia volver á derramar torrentes de sangre, duplicar la deuda, y prolongar el *income tax* indefinidamente

por ventajas que no se ponian en tela de juicio? Se decia que era imposible contar con la palabra de Napoleon, por ser un ambicioso sin fé ninguna. ¿Pero ingénuamente, despues del congreso de Viena, por ventura era lícito inculpar de ambicion á nadie? En cuanto al carácter que Napoleon habia acreditado anteriormente, sin duda que por lo emprendedor en grado sumo debió inspirar grave sobresalto, y tambien era verdad que no mudaban los hombres; pero no era menos indudable que con la edad se modificaba su conducta, y que tal individuo nada amante del reposo, al fin acababa por tomarle aficion y cariño. Además en un hombre de genio el propio interés bien entendido bastaba á veces para modificar su conducta. Napoleon, que aborrecia á Inglaterra, ¿no acababa de patentizar el deseo ardiente de darla gusto, con abolir la trata de negros? ¿Dejando en libertad al duque de Angulema, despues de pregonada su cabeza propia, no habia procedido de distinto modo que el año de 1804 respecto del duque de Enghien? Este hombre entero, incorregible, no era inmutable como se daba por supuesto, y si con el fin de precaver un pretendido peligro, se le iba á hostigar hasta lo sumo, á obligarle á la pelea, á obligar á la naciou francesa á que foera en su ayuda, ¿no podia alcanzar una ó dos victorias brillantes? ¿Y entónces qué seria de las ventajas de la última paz á cuya conservacion se daba tanta importancia? ¿Qué seria de las potencias del continente á cuya seguridad se sacrificaba toda razon y toda cordura? ¿No se haria en tal caso el peor cálculo posible? ¿No aconteceria que, por no haber dado crédito á un cambio, si no de carácter, á lo menos

de conducta, cambio que hacia muy verosimil el interés mismo, se habria arriesgado asi el premio no disputado de una larguísima guerra, como la seguridad de las potencias de Europa, dado que Napoleon ya no concederia la paz de París, si quedaba al fin victorioso? Por exceso de prevision faltárase de este modo á la prevision verdadera, creando el peligro que se trataba de precaver á toda costa.—

Tales eran las razones alegadas en el parlamento británico por una y otra parte, y como se vé en claro, todas se reducian á esta razon sola.— ¿Se podia creer á Napoleon en sus seguridades de paz?—Así la duda de Francia abrigábala todo el mundo; y se iba á declarar á Napoleon la guerra, no por lo que deseaba ahora, sino por lo que habia deseado antes. Al presente ofrecia la paz, la solicitaba por todas las vías públicas, y aun por rodeos, la solicitaba humildemente, y una duda universal respondia á sus instancias. Con efecto, esta duda era la única respuesta á los excelentes raciocinios de la oposicion inglesa, y aun avalorándolos en lo justo, el parlamento desechó el mensaje pacífico de Mr. de Whitbread por doscientos setenta y tres votos contra setenta y dos que le fueron favorables.

Desde este instante se declaraba en Lóndres la guerra contra Francia por cuenta de toda la Europa, y por desgracia mientras en principio quedaba así resuelta en Lóndres, de hecho ya habia comenzado en Italia. Se ha visto que el infortunado Murat estuvo en relaciones con la isla de Elba por medio de la princesa Paulina, que alternativamente se trasladó de Porto-Ferraio á Nápoles y

de Nápoles á Porto-Ferrajo. Con su solicitud y con el auxilio de la reina de Nápoles se habia operado entre Napoleon y Murat una secreta reconciliacion de familia, y preparado su accion comun para el caso de nuevos sucesos, fáciles de prever, pero difíciles de puntualizar de antemano. Al salir Napoleon de Porto-Ferrajo, á Murat despachó un mensaje previniéndole de su partida de la isla de Elba, para encargarle que escribiera á Viena y anunciara su resolucion de atenerse al tratado de París en un todo, para aconsejarle que no tomara la iniciativa en las hostilidades, y esperara á que Francia puesta nuevamente bajo el cetro de los Bonapartes, le pudiese alargar una mano auxiliadora, y se replegara si era atacado, á fin de poner de su parte la ventaja de las distancias y de la concentracion de las fuerzas, y de dar batalla más bien que junto al Po, á las márgenes del Garellano. Estos consejos eran dignos del que los daba de lleno, mas eran muy superiores á la inteligencia de aquel á quien iban dirigidos. Cuando Murat supo el feliz desembarco de Napoleon y su entrada en Grenoble, se le inflamó la cabeza. No dudó ni por asomo del triunfo de su cuñado, y ocupándose apenas en su exaltacion de los austriacos, especialmente sintióse preocupado por el peligro de ver pasar de nuevo á Italia bajo el cetro imperial tan rápidamente como Francia, y escapársele otra vez la corona de hierro, porque este príncipe sin ventura no se limitaba á soñar con la conservacion del reino napolitano, sino que con duplicar ó triplicar su extension soñaba asimismo. De consiguiente nada hizo de lo que se le habia recomendado con tanta prudencia. Desde luego, á la primera

noticia de la partida de Napoleón de la isla de Elba, lejos de dirigir á Viena el mensaje de que se le habia encargado, y cuya intencion era tranquilizar á Austria, no ménos en su provecho propio que en el de Francia, comenzó por recurrir á sus habituales disimulos. Tanto á los ministros de Austria como á los de Inglaterra envió á que se les declarara de su parte que habia ignorado completamente la tentativa de su cuñado, lo cual no pasaba de ser una inútil mentira, pues nadie se prestaba á dar asenso á que no estaba enterado de ella, y más le valiera confesar que la conocia del todo, para tener ocasion de anunciar á Austria y á Inglaterra que sus intereses nada tenían que padecer de resultas. Luego, cuando el triunfo de Napoleón estuvo asegurado, tampoco pensó en mantenerse fuera de alcance de los austriacos, ocupando el mediodía de la península aquella, sino en apoderarse de toda Italia, y en proclamarse rey suyo, antes de que el imperio fuese restablecido aquende y allende los Alpes. De consiguiente abrazó el partido de ponerse al momento en marcha bajo diversos pretestos, que no ofuscasen demasiado á Austria y á Inglaterra, á las cuales deseaba engañar el más largo tiempo que fuera posible. Ya anteriormente habia ocupado las Marcas en represalias de no haberle querido reconocer el papa, y partiendo de este precedente resolvió avanzar á las márgenes del Po con fuerzas considerables, diciendo á Austria y á Inglaterra que en las circunstancias actuales le parecia oportuno trasladarse á la línea del armisticio de 1814, época en la cual se habia estipulado que los austriacos permanecieran á la izquierda del

Po y los napolitanos á la derecha. Tal proposicion no era admisible sino en el caso de que Murat volviera á ocupar la posicion de 1814 en un todo, esto es, la de aliado de la coaliccion contra Francia. Nada dijo que diera esta suposicion por nula, y hasta hizo llegar á los ingleses las más tranquilizadoras seguridades. Antes de partir con el objeto de ponerse á la cabeza de las tropas, á su esposa confió la regencia del reino, y la hubo de aceptar despues de hacer infructuosos esfuerzos para inclinarle á desistir de su loca empresa; Murat no hizo caso alguno de sus consejos, la dió los poderes más amplos, y la dejó diez mil hombres del ejército activo para guardar á Nápoles, precaucion necesaria segun el estado de los ánimos, si bien para él debio ser una razon determinante para cejar de su designio, y por el contrario reconcentrarse detrás del Garellano. Aun podia disponer de cerca de cincuenta mil hombres bien equipados, de muy buena traza, pero privados de sus oficiales franceses, que habian dejado el servicio napolitano, unos por disgusto, otros por obediencia á la ordenanza de llamamiento de Luis XVIII. Murat contaba además treinta mil hombres de milicias, dificiles de emplear fuera de sus casas, y especialmente en una guerra en que iban á ejercer grande influencia las rivalidades de dinastia. A campaña salió pues con cincuenta mil hombres, incluyendo los que ya estaban en las Marcas.

No fué la única esta primera y sensible division de las fuerzas napolitanas. Murat destacó además una columna, que, atravesando el Estado romano, debia ir á expulsar al general austriaco

Nugent de Toscana. Fuerie de siete á ocho mil hombres esta columna tenia orden de pasar á la vista de Roma, para dirigirse por Viterbo y Arezzo sobre Florencia, y juntarse al ejército principal en Bolonia. La aparicion de una fuerza armada tan cerca del Vaticano mal podia ser de indole propia á agradar al papa, y sobre todo á tranquilizarle respecto de las intenciones de la córte de Nápoles. Murat envióle el general Campana para protestar de su adhesion á la Santa Sede, y para suplicarle que permaneciera en Roma, porque la pretension de este nuevo rey de Italia era imitar á Napoleon en todo, y creando un reino de Italia, tener al gefe de la Iglesia católica pacífico, acatado, ricamente dotado y al parecer independiente dentro de sus Estados. Mas no era fácil persuadir al papa, ni que despues de haberse negado á ser súbdito del moderno Carlo-Magno, se prestara á serlo de un principillo italiano, á quien no autorizaba su bravura sin génio para creerse fundador de un imperio. Insensible á las seguridades que Murat le daba por entonces, Pio VII abandonó su capital con la mayor parte de los cardenales, y detrás le siguieron los personajes de más viso que á la sazón habia en Roma, como Carlos IV, antiguo rey de España, su esposa María Luisa, el principe de la Paz, la reina de Etruria, etc. A Génova se retiraron todos, y este ejemplo fué imitado por las demás córtes de Italia. El gran duque de Toscana se dirigió á Liorna, donde contaba por seguro con el apoyo de los ingleses; el rey de Cerdeña se fué á unir con la córte pontificia en Génova, donde lord Bentinck se encontraba tambien por aquellos dias.

Bajo los muros de Roma pasaron sin penetrar en su recinto las tropas de Nápoles destinadas á Toscana, y por Arezzo tomaron el camino de Florencia. Murat tomó el de Ancona y Rimini con el grueso de las fuerzas napolitanas. Al avanzar de este modo su lenguaje no habia dejado de ser pacífico hasta lo sumo respecto de los ingleses y de los austriacos. De continuo repetia que al trasladarse á las márgenes del Pó solo queria volverse á colocar en los términos del armisticio de 1814, lo cual mas era una insinuacion de alianza que una amenaza de hostilidades. Sin embargo, esta especie de comedia no podia ser de duracion muy larga, y el desventurado Murat se iba á ver en la precision de explicarse muy claramente, y de hacer en fin brillar á los ojos de los pueblos de Italia aquella corona con que tenia la ambicion de orlar su cabeza. Napoleon expidióle mensajes tras mensajes para que se diera sosiego, y por último le acababa de enviar al general Belliard, excelente consejero tanto en materia de política como de guerra. Pero estos mensajes no pudieron alcanzar á Murat en el camino, y para guiarse no tuvo más que los rumores de la fama y algunas cartas de José, en que desde Suiza le enviaba nuevas de la marcha triunfal de Napoleon y le instaba arduosamente para que se volviera á unir á la causa de Francia. Llegado á Ancona supo Murat que Napoleon habia pasado de Lion; que el ejército francés se le entregaba donde quiera que veia su persona, y que por consiguiente ya el éxito no ofrecia la más remota duda. Estas noticias operaron un efecto mágico en su mente. Al punto vió á Napo-

leon restablecido sobre el trono, pronto á extender nuevamente la mano sobre Italia, y expulsados de esta comarca los austriacos tan rápidamente como los Borbones de Francia. De estas visiones infirió de seguida que no debía dejar que se le tomara la delantera, que por el contrario le tocaba personalmente expulsar á los austriacos de Italia, ocupar su puesto y de esta suerte ofrecerse á Napoleon como un auxiliar que tenia á su devoción hasta veinte millones de italianos, y ya así no era fácil que se le desposeyera en provecho del príncipe Eugenio. Su fermentación mental subía de punto con la proximidad de los austriacos, que ocupaban las Legaciones, y á los cuales se iba á encontrar al salir de las Marcas. Por consiguiente fuerza era detenerse en esta frontera misma, y aguardar allí los sucesos ó pronunciamientos de seguida acometiendo á los austriacos. Sobre este punto hubo una gran deliberación entre Murat y tres de sus ministros, que le habian acompañado. Conformes estuvieron los tres en instarle á ganar tiempo, y á no arrojar todavía el guante á las potencias coligadas. Con efecto, hasta ahora nada habia emprendido que no fuera justificable así ante Austria como ante Inglaterra. Solo habia anunciado que iba á ocupar la línea del antiguo armisticio, y haciendo alto antes de llegar á ella, en claro se veia la sinceridad de sus intenciones. Así podia esperar en plena seguridad los sucesos de Francia, con la ventaja de no comprometerse á sí propio, de no comprometer á Napoleon y finalmente de no haber llevado muy léjos de Nápoles el teatro de la guerra, si al cabo se venia á las manos. Por consiguiente las razones

abundaban y superabundaban en favor de la expectativa. Pero Murat consideraba como seguro el triunfo de Napoleon en Francia como en Italia por el solo poderio de su renombre. Apenas restablecido en Paris el imperio, se le figuraba que al punto se levantaria Milan como de rechazo, y nuevamente se proclamaria alli virey al príncipe Eugenio. Esta última zozobra le atormentaba hasta lo sumo, y al presentarse á Napoleon queria tener un doble titulo á sus ojos, el de haber expulsado á los austriacos de Italia y el de ser su poseedor de hecho. Mientras sus ministros aplicaban los mayores esfuerzos para decidirle á no comenzar las hostilidades, y al parecer habian quebrantado sus resoluciones, de pronto recibió de José una carta escrita desde Prangins, y en la cual le excitaba á volverse á unir á Napoleon, al anunciarle sus triunfos, y á que le apoyara en Italia *con las armas y con la política*, y tranquilizara á los austriacos para apartarlos de la coalicion, añadiendo estas funestas frases: *Hablad, obrad segun os dicte vuestro corazon; marchad á los Alpes, aunque sin pasar más léjos.* Esta carta escrita en el desórden del alborozo contenia la contradiccion más lastimosa, pues al mismo tiempo aconsejaba obrar políticamente respecto de los austriacos y marchar sobre los Alpes. Sin embargo, leida la tal carta con mayor reflexion que habia sido escrita, desde luego viera Murat que el príncipe José no tenia de la situacion la idea más leve. Con efecto, si José hubiera sabido que las dos márgenes del Po estaban ocupadas por los austriacos, no creyera posible conciliar una conducta política respecto de ellos y una

marcha sobre los Alpes. Lo de hallarse los austriacos á la derecha del Po le era desconocido á todas luces, creyéndolos confinados como en 1814 á la izquierda de este rio, lo cual permitiera sin conflicto alguno llegar á la falda de los Alpes, á lo menos en una parte de su cordillera. Evidentemente á la par el consejo de marchar á los Alpes y no ir más lejos, ménos era una invitacion á la tal empresa, que una recomendacion de no violar la frontera de Francia (1). Por desgracia, no fijándose Murat más que en el consejo de marchar sobre los Alpes, se quiso apoderar inmediatamente de toda la Italia; no dió oídos ni á los consejos ni á las súplicas de sus ministros, y pasó las fronteras de las Legaciones y arrolló sobre Cesene á las vanguardias de la caballería austriaca. No hallándose en fuerza, de modo que pudieran hacer cara á un ejército de cuarenta mil y más hombres, los austriacos se replegaron en buen orden sobre el camino de Bolonia. Al mando estaban del general Bianchi. Ambas partes perdieron muy escasa gente.

Quando Murat se quitó la máscara fué el 31 de marzo, y con su propia mano se ciñó la corona de Italia á sus sienas. Este mismo dia y datándola de Rimini publicó una proclama declamatoria hasta lo sumo, para llamar á los italianos á la independencia y ofrecerles la unidad de Italia. Pero en esta proclama no hablaba de Napoleon ni de

(1) Esta carta, citada como causa determinante de la conducta de Murat, efectivamente existe en el archivo del ministerio de Negocios extrangeros y fechada está en Prangins el 16 de marzo, y al pie de la letra contiene los pasajes que se han referido.

Francia, por dos motivos harto mezquinos, reducido el primero á guardar todavía contemplaciones á los ingleses, y el segundo á no traer á la memoria el vireinato del príncipe Eugenio. Esto estaba pésimamente calculado, porque despues de romper con los austriacos se resentia de quimérica la pretension de andar en contemporizaciones con los ingleses, y no menos quimérico era por entonces el propósito de crear un partido puramente italiano, que no se inclinase ni á Austria ni á Francia. Con efecto, á la sazón y de resultas de las prolongadas guerras contra Austria, no se conocian más que dos maneras de ser en Italia, ó ser partidarios de los austriacos ó de los franceses. Además, los italianos alejados de Napoleon en 1814 por los padecimientos sentidos bajo su reinado, se volvieron muy luego de su parte: solo conocian su persona, no se podian entusiasmar sino á favor suyo, y Murat les helaba al omitir este gran nombre para sustituir el suyo propio, y aun obraba peor al recordar su defeccion del año precedente, que habia rebelado á todos los enemigos del poder austriaco en Italia.

Esta proclama que no tuvo eco fué el primer infausto descalabro. Sin duda inflamó á algunas cabezas juveniles, pero dejando á la nacion fria del todo, pues no auguraba en favor de Murat nada bueno con tal conducta. Resuelto avanzó hasta Bolonia, andando á cuchilladas con la caballeria austriaca, allí reunió escaso número de italianos, y probó á establecer un gobierno, y donde quiera no halló sino muy floja ayuda. No obstante, en esta populosa é ilustrada ciudad de Bolonia, donde fermentaba el patriotismo italiano, algunos brazos

hubiera podido hallar prontos á empuñar las armas, aunque se miraba de mal ojo que revelara miras demasiado personales; pero con su imprevisión de costumbre no había cuidado ni aun de proveerse de fusiles, y así aunque hubiese excitado un verdadero entusiasmo, de todo punto fuera estéril por falta de armas.

Después de mostrar por dos ó tres días su vana magestad real al pueblo de Bolonia, se puso en camino para Módena y Parma, con el proyecto de atravesar el Pó y de ir á tomar en Milan la corona de hierro. Singular modo era este de seguir los consejos de Napoleon y aun del príncipe José, que tanto le recomendaron obrar políticamente respecto de los austriacos. Estos dieron principio á su concentración al tiempo de emprender la retirada. Delante de Módena y á orillas del Pánaro dieron un sangriento combate, que vino á costar ochocientos hombres á cada una de las dos huestes. Bien se portaron los napolitanos á las órdenes de Murat, y entraron en Módena de seguida. De gravedad fué herido en esta jornada el general Filangieri, tan conocido posteriormente. No hallándose aun los austriacos en aptitud de tomar la ofensiva, otra vez pasaron el Pó á fin de defender su curso, hasta que sus fuerzas se hallasen juntas.

Tras de cometer el desacierto de empeñarse en atacar á los austriacos, en lugar de permanecer sobre las Marcas y de reconcentrar su ejército delante de los Abruzos, lo cual daba lugar á la política y á la guerra, Murat no tenía mas que un medio de reparar esta falta, si por ventura era reparable, y consistía en llamar nuevamente á sí las

tropas enviadas á Toscana, y hacer punta hácia Parma, Placencia y Pavia á la cabeza de cincuenta mil soldados, y no distando Milan mas de un paso, cruzar el Pó á la parte de arriba, con el objeto de trasladarse al golpe á este punto. De esta suerte hiciera caer todos los puestos austriacos establecidos junto al Pó y á la parte de abajo, y sobremanera conmoviera las imaginaciones con entrar en la capital de Lombardia. Ya le ocurrió á Murat esta idea, especialmente para seguir el consejo del príncipe José de marchar sobre los Alpes, mas no pudiendo menos de mezclar siempre la intriga á las temeridades, se aplicó á seguir en relaciones con lord Bentinck, á quien no cesaba de repetir que no habia desenvainado la espada sino porque no habian procedido con lealtad los austriacos, al maquinár contra su corona tras de garantirla solemnemente, y que si los ingleses querian estar de buena fé con su persona, de buena fé se mostraria respecto de ellos. Lord Bentinck, que, á pesar de su rectitud perfecta, no carecia de astucia, le respondió que, para que se le diese asenso, menester era que empezara por respetar los Estados del rey de Cerdeña, y Murat tuvo la simplicidad de hacer alto y de retroceder camino. Renunciando á cruzar el Pó mas arriba de Placencia, donde hallara este rio de mas fácil paso, y á los austriacos menos sólidamente establecidos, otra vez descendió hácia Bolonia, para probar á cruzarlo por las inmediaciones de Ferrara. Con efecto, intentó un ataque el 8 de abril sobre Occhio Bello; y despues de perder mucha gente, se vió en la necesidad de renunciar al paso de este rio caudaloso. De consiguiente volvió á las Legaciones, sin

saber ya que hacer con sus tropas, no osando tornar á subir hácia el Piamonte por causa de los ingleses, no pudiendo forzar con todo su ejército un río como el Pó defendido por los austriacos, habiéndose proclamado rey de Italia sin que una sola aclamacion popular confirmase esta investidura de espontáneo modo, no teniendo ya empuje para la ofensiva por haber hecho alto, ni aun fuerza para la defensiva por haber avanzado mucho. Desde tal momento se podia considerar moralmente perdido, aun antes de estarlo materialmente. Entonces pensó demasiado tarde en la cordura de los consejos que le dió su cuñado, y quiso volver á ganar por las Marcas el camino de los Abruzos, para no dar sino á las márgenes del Garellano la batalla decisiva, que Napoleon le habia aconsejado evitar lo mas posible, no admitiéndola en todo caso sino lo mas cerca de Nápoles que estuviese á su alcance. Asi por Cesene y Rimini replegó sus tropas. Ya habian tenido espacio de reconcentrar los austriacos mucha parte de sus fuerzas, le siguieron con mas de sesenta mil hombres, á cuya cabeza estaban el general Bianchi y el general Neiperg, que se acababa de separar de María Luisa para servir en Italia. Dudosísimo se hacia por tanto que Murat pudiera volver á ganar á Cápua y á Nápoles sin verse constreñido á admitir la batalla. Ejecutando una retirada de las mas dificultosas, cotidianamente dió combates de retaguardia, en los cuales con su denuedo personal sostenia á los soldados napolitanos, aunque siempre acababan por perder el disputado terreno. Bien pronto la desmoralizacion y la desercion mermaron sus filas de un modo alarmante. Llegando fi-

nalmente á Tolentino, y teniendo á la mano la mayor parte de sus tropas, de su suerte quiso decidir en una lucha desesperada. Larga fué la batalla y aun sostenida con bastante vigor por los napolitanos, portándose Murat como un héroe á su cabeza. Tantos fueron sus esfuerzos, lanzándose personalmente en medio de los batallones enemigos, para encontrar allí la muerte á falta de la victoria, que por un momento lisongéose del triunfo. Desgraciadamente, sobreviniendo el general Neiperg con tropas de refresco, le fué preciso ceder á la superioridad y al número del ejército austriaco. Vencidos los napolitanos se retiraron á lo largo del mar por el camino de Fermo y de Pescara. Mas habiendo ejecutado un cuerpo austriaco cierto movimiento de flanco por Salmona, Castel di Sangro é Isernia, les forzó á volver á echar por el camino de Nápoles á toda prisa. Murat procuraba atajar al enemigo en cada encuentro; pero despues del esfuerzo supremo hecho en Tolentino, sus soldados se le desertaban por miles. Muy luego no le quedaron mas que de diez á doce mil hombres, y llegado á las inmediaciones de Cápua, dejó las reliquias de su ejército al baron de Carascosa, á fin de no caer en poder de los austriacos. Vuelto á Napoles de secreto y bastante mal recibido por la reina, que habia aspirado á impedir su loca expedicion sin fruto, la dirigió estas dolorosas palabras.—Señora, no os cause extrañeza verme vivo, pues he hecho por morir cuanto ha estado á mi alcance.—Verdad hablaba el príncipe Murat sin ventura. De un héroe habia sido su porte; pero nada hay que supla al espíritu político á la cabeza de los Estados. En un buque ligero se

embarcó para la Provenza, mientras su esposa trataba de la rendicion de Nápoles con los austriacos y los ingleses. Naturalmente la condicion principal de la capitulacion estribaba en la evacuacion completa del reino de Nápoles por esta rama de la familia de los Bonapartes, y la muy próxima restauracion de los Borbones habia de ser su consecuencia forzosa. Nada mas que la libertad solicitó la reina para si y para sus hijos. Pero esta condicion fué violada como otras muchas por los austriacos, y asi la hermana de Napoleon vióse conducida á Trieste. Ya estaba todo consumado en Nápoles el día 20 del mes de mayo.

Tal fué el fin del reinado de Murat. Aun debia ser mas triste el fin de su vida, á la vuelta de algunos meses. Este principe sin ventura, dotado de eminentes prendas militares, bizarro hasta el heroismo, consumado general de caballería, si al talento de lanzar sus escuadrones sobre el enemigo hubiera sabido unir el de conservarlos, bueno, generoso, no desprovisto de alguna chispa de ingenio, se sintió atacado de la enfermedad de reinar que Napoleon habia transmitido á todos sus allegados, y aun á sus lugartenientes, y murió de resultas. Esta peste moral fué la que de un corazon excelente hizo por un instante un corazon infiel, casi pérfido, y un desastroso aliado para Francia, pues segun el juicio de Napoleon, su cuñado Murat lo perdió por dos veces; una el año de 1814 con su abandono, y otra el año de 1815 con volvérselo á unir muy prematuramente. Exagerada es sin duda la severidad de este juicio, porque Murat no tenia importancia bastante para perder á Francia, aunque si la tuviera sobrada para comprometerla

de un modo grave. Cierta es que si en 1814 se hubiera unido al príncipe Eugenio, en lugar de declarársele en contra, los austriacos fueran retenidos en número suficiente dentro de Italia para desembarazar á Francia de una gran parte de sus invasores, ó bastante contenidos para que por el Mont Cenis pudiera bajar á Lion el príncipe Eugenio, de lo cual se derivaran probablemente felicísimas consecuencias. Cierta es asimismo que si en 1815 reconcentrara Murat sesenta mil hombres en las cercanías de Ancona, y se mantuviera allí en una inamovilidad imponente, contemplando á la par que dando ocupacion á los austriacos, estos no tuvieran un solo hombre que presentar ni delante de Antibo, ni delante de Chamberi, y que así de los Vosgos á los Ardennes pudieran ser trasladados treinta mil soldados, lo cual suministrara á Napoleon sobre el campo de batalla de Waterloo muy distinta proporcion de fuerzas. Tambien es verdad que, si Murat no perdió á Francia por dos veces, segun la acusacion hecha por Napoleon de una manera terminante (1), dos veces la comprometió por aquella necesidad de reinar, que de un soldado heróico y generoso hizo un rey mediocre, un mal pariente y un mal francés (2).

(1) Véase el tomo IX de las Memorias de Napoleon, pág. 15.

(2) A Murat ha dirigido Napoleon otro cargo, el de haber casi decidido en 1815 á los austriacos á cerrar los oídos, porque atribuyeron á excitaciones derivadas de París el movimiento ofensivo del ejército napolitano. Este es un error de hecho, que Napoleon hubo de cometer en Santa Elena, por no tener los documentos del congreso de Viena á la vista. Ya mucho antes de desem-

Sea lo que quiera de estos diversos juicios, á mediados del mes de mayo estaba ya concluida la guerra en Italia, y libres eran los austriacos de trasladar á Francia sin ningun inconveniente la mayor parte de sus fuerzas. Hacia las fronteras de Francia dirigianse á la sazón todos los ejércitos de Europa. Independientemente de que los austriacos podian llevar sobre el Var y sobre el Mont-Cenis no menos de setenta mil soldados, hacia el Rhin marchaban cuarenta mil bávaros, veinte mil wurtembergeses, diez mil badeses, y otros diez mil hombres de los pequeños príncipes alemanes. Tras ellos venian ochenta mil rusos llegados ya á Praga, y otros setenta mil ocupados en atravesar

barcar Napoleon en el golfo Juan á su vuelta de la isla de Elba, se hallaban los austriacos al corriente de las disposiciones de Murat por el contenido de la nota, que pasó al congreso relativamente á los Borbones, y tanto aguardaban una agresion de su parte que, segun se ha dicho en el anterior tomo, se apresuraron á disponer la reconcentraci3n en Italia de ciento cincuenta mil hombres. Además el partido adoptado el 13 de marzo fué muy anterior á la marcha de los napolitanos sobre Cesene, y concebido estaba contra Napoleon independientemente de la conducta de Murat en Italia. Por consiguiente este príncipe sin ventura no tuvo la menor influencia en las resoluciones políticas del congreso de Viena respecto de Francia, y las consecuencias de sus desaciertos, ya muy graves de suyo, sin necesidad de exageraciones, fueron las de empeñarse demasiado pronto con los austriacos, y permitir á estos que, resuelta la cuestion de Italia, á tiempo llevaran cincuenta ó sesenta mil hombres á los Alpes, y de esta suerte paralizaran una parte notable de las fuerzas francesas. Tal es sin exageracion la verdad exacta, segun por aficion y por costumbre la presentamos sobre los hombres y sobre las cosas.

la Polonia. Ciento veinte mil prusianos acampaban á las órdenes de Blucher entre el Sambre y el Meusa, teniendo á las márgenes del Oder muy importantes reservas. Finalmente cien mil ingleses, hanoverianos, holando-belgas y alemanes del Norte se reconcentraban á las órdenes del duque de Wellington en torno de Bruselas. Este último se habia esforzado en persuadir á Blucher á esperar la reunion general de las fuerzas europeas antes de hacer frente á Napoleon, aunque, viéndose á mediados de junio con doscientos cincuenta mil combatientes en union de los prusianos, casi estuviera tentado por obrar á la parte del Norte sin aguardar la columna del Este, y por emprender á lo menos el sitio de las plazas francesas. Mas habiendo prevalecido universalmente la idea de no empeñarse los unos sin los otros, lord Wellington y su vecino Blucher solo se ocupaban en reunir sus tropas, en escoger sus posiciones, y en establecer entre sí comunicaciones seguras, para el caso de una aparicion súbita de los franceses. Todo estaba, pues, en movimiento hácia sus fronteras, y á fines de junio iban á invadir su territorio cuatrocientos cincuenta mil hombres, sin contar las reservas prusianas y rusas, ni tampoco los austriacos de Italia. En materia de subsidios los ingleses destinaban 5.000,000 de libras esterlinas para su distribucion entre Austria, Rusia y Prusia; 2.000,000 y medio de la misma moneda para que fuesen repartidos entre los pequeños príncipes alemanes, y por último 4.000,000 para el segundo ejército ruso; en totalidad 8.000,000 y medio de libras esterlinas, ó 212.500,000 francos. Si generalmente los pueblos se sentian poco ani-

mados contra Francia, al revés los gobiernos lo estaban en demasía. Así los ingleses no hubieran querido que se perturbara su comercio, ni se perpetuara el *income tax* por restablecer á los Borbones; ó engañados en sus esperanzas de libertad ó despojados á la manera de los sajones, y todos agobiados por las cargas de la guerra, no se mostraban muy satisfechos los alemanes de que empezara nuevamente. De menos echaban los belgas á los franceses desde que tenían dentro de casa á los holandeses, á los ingleses y á los prusianos. Descontentísimos estaban los austriacos del predominio de los rusos. Estos diversos sentimientos habian dividido el corazon de los pueblos, y hecho que sobre los potentados reunidos en Viena recajera en parte el violento odio, de que era blanco exclusivo Napoleon un año antes. Por el contrario, los soberanos sentíanse mas irritados que nunca, y no perdonaban á Napoleon la interrupcion del festin servido á su ambicion en Viena. De estos mismos sentimientos participaban sus tropas, á pesar de estar condenadas á batirse de nuevo. Segun ya hemos dicho en diversas ocasiones, á todos los demás ejércitos sobrepujaba en exageracion el prusiano. Ofendidos sus oficiales por las malas disposiciones que se les manifestaban en Lieja, á menudo cometian desmanes sobre los belgas reputados por amigos de los franceses, y anunciaban que ahora no dejarian piedra sobre piedra en las provincias de Francia. Hasta amenazaban con pasar á cuchillo á las mujeres y á los ancianos, si bien afortunadamente no eran capaces de mantener estas promesas feroces. Sus disputas con los sajones eran cotidianas. Los perió-

dicos publicados á orillas del Rhin seguian usando el lenguaje mas extravagante. Allí se decia que no se habian sabido gobernar los Borbones; pero que Napoleon gobernaba demasiado bien, pues en dos meses habia sacado mas de Francia que los Borbones en un año. Menester era prescindir de los unos y del otro. Como ya lo habian dicho, se necesitaba dar á Francia una docena de reyes, y reservar el beneficio de un emperador único para Alemania; se necesitaba ocupar otra vez la Alsacia, la Lorena, destinar los bienes nacionales á la dotacion de los soldados alemanes, y pagar de este modo la guerra de exterminio, que se iba á emprender de seguida. No se debía prestar oídos á proposicion alguna, á no ser que en muestras de sumision entregase Francia las plazas de Lila, de Metz y de Estrasburgo.—Desde Gante estaba la emigracion francesa en correspondencia no interrumpida con los generales Wellington y Blucher, para enterarles de cuanto se sabia de Francia, y con ellos agitaba una cuestion grave, la de una nueva insurreccion vendeana. Muy atento el duque de Wellington á los aprestos de Napoleon hubiera deseado que se le suscitara el grande embarazo de un levantamiento á las dos márgenes del Loira. Aunque no produjera mas resultado que la segregacion de quince ó veinte mil hombres retenidos entre Nantes y la Rochela, mientras se venia á las manos entre Charleroy y Maubeuge, ya era un gran alivio para los que tuviesen que sufrir el primer choque del ejército de Francia. Al revés los gefes vendeanos, de resultas de hallar muy entibiado el celo en sus campos, se habian mostrado muy deliberadamente resueltos á no an-

ticiparse á los coaligados, y á aguardar para su movimiento á que estos hubiesen atraído á sí todas las fuerzas de los franceses. Pero á instancias del duque de Wellington se hizo partir al marqués de Larochejaquelein para dar la señal demasiado diferida del levantamiento, prometiendo el socorro de una escuadra inglesa cargada de armas y de municiones.

Tal era el siniestro cuadro que se desarrollaba á los ojos de Napoleon hácia la segunda quincena del mes de mayo. Difícil sería pintar hasta qué punto le afectó la catástrofe de Murat. Aun cuando de lo acontecido á este príncipe y al ejército napolitano bajo ningún aspecto podía inferir la suerte reservada á su persona y al ejército de los franceses, no pudo menos de ver en los sucesos de Nápoles un siniestro presagio. No le fascinaron por largo tiempo los últimos favores que desde Porto-Ferrajo hasta París le habia prodigado la fortuna; muy luego comprendió por las dificultades que le asaltaron de golpe y por los rigores crecientes de Europa que no estaba aplacada la suerte adversa, y así consideró los pocos días transcurridos desde el 26 de febrero al 20 de marzo como los postreros fulgores de un astro próximo á su ocaso. Viendo caer á Murat á su lado, á Murat, cuya ligereza le fué antipática de continuo, aunque tan á maravilla habia guiado á su caballería sobre los campos de batalla de Europa, y que era además uno de sus mas antiguos compañeros de armas, se sintió poseido de lástima profunda, y de sombrías preocupaciones, que trataba de ocultar en vano, y que sus amigos echaban de ver á despecho suyo. No obstante de estar descontento de su cuñado, á un

hombre de confianza hizo partir de seguida para que le suministrara consuelos, y para darle á entender con dulzura cuán infaustos y graves habian sido sus desaciertos, y para inducirle á permanecer algun tiempo entre Tolon y Marsella en el punto que fuera de su mayor agrado. Con efecto, no era aquella buena coyuntura de mostrar vencido el rey de Nápoles á los parisienses, ni de regocijar á los enemigos del imperio con la vista de una víctima que presagiaba á sus ojos otra mayor y mas detestada.

Con la malicia habitual de los partidos, se llenaban los realistas de alborozo, creyendo adivinar cuanto Napoleon sentia dentro del alma. Para ellos el fin de Murat era la imágen anticipada de la caída de Napoleon. No tomaban en cuenta la diferencia, y no sin fundamento hacian notar que, si Napoleon y el ejército francés eran muy superiores á Murat y los napolitanos, el duque de Wellington, el mariscal Blucher, el príncipe de Schwarzenberg, y los quinientos mil hombres que tenian bajo su mando, no eran menos superiores que el general Bianchi y el ejército austriaco de Tolentino. Usando de la libertad que les era permitida, sin recato decian lo que presagiaba la caída de Murat, en algunas hojas periódicas, lo publicaban por lo claro, iban y venian y se agitaban con especialidad en el Mediodía, en Marsella, en Burdeos, y en la Vendée comenzaban á formar juntas, que podian inspirar temores de que pronto empuñaran las armas.

A Napoleon nada de esto se le pasaba por alto, y no veia remedio contra situacion semejante, sino en la guerra acometida prestamente, y llevada

adelante con vigor y fortuna. Por afición á la intriga así fuera como dentro, Mr. Fouché, quiso probar otra tentativa cerca de las potencias, y á Viena envió á Mr. de Saint Leon, hombre de talento, muy íntimo amigo de Mr. de Talleyrand, muy liberal de opiniones, y muy idóneo para hacer allí valer el peligro de una lucha obstinada á favor de los Borbones. Una carta entregó Mr. Fouché á Mr. de Saint Leon para Mr. de Metternich, carta sensata, casi elocuente, en la que abogaba con calor sumo por la causa de Napoleon, en la esperanza de que si no ganaba esta causa de ningún modo, lo cual le era harto indiferente, quizá ganaria la de la regencia de María Luisa, quizá hasta la del duque de Orleans, y de esta suerte se ahorraria la vuelta de los Borbones. Napoleon no se forjaba ilusiones sobre los designios de Mr. Fouché ni sobre las probabilidades de buen suceso: sin embargo, le dejaba obrar á sus anexas, porque una tentativa de esta clase no le podia causar daño, ni entorpecer ninguno de sus preparativos. Pero el recurso verdadero y único lo veía á las claras en un grande golpe muy prontamente descargado sobre la porcion de los coligados que estaba á su alcance, y pensaba sacar fruto de que una de las dos columnas, la del príncipe de Schwarzenberg se hallaba retrasada de la otra, para caer de repente sobre Blucher y Wellington acantonados á lo largo de la frontera francesa del Norte. Segun hemos dicho, ya meditaba uno de los planes más profundos que habia concebido en toda su vida, y si volvía á lisongearle la esperanza, solo era al reconcentrarse en sí propio, y descubriendo cuantas eventualidades propicias dejaba á su suprema

perspicacia militar la corta vista de sus enemigos. Con una victoria cual muchas de las ya ganadas, y como era capaz de ganarla todavía, se calmarian los realistas, oídos le prestaria Europa sorda al presente á sus aberturas, y se allanarian las dificultades que experimentaba su gobierno. Asi trabajaba de dia y de noche á fin de aprestar entre París y Maubeuge un ejército de ciento cincuenta mil hombres, para arrojarlos como una maza sobre los ingleses y los prusianos, por ser los que tenia más cerca. Este motivo le empujaba á partir cuanto antes, y luego que se proclamaran los votos sobre la constitucion en la asamblea del Campo de Mayo, y que las dos cámaras estuviesen reunidas, se proponia abandonar á París y marchar á Flandes, para decidir de su destino y del destino del mundo en dos ó tres jornadas. Nunca habia trabajado más activamente ni con mayor fruto. Con extremada facilidad se formaban los batallones de guardias nacionales de preferencia, particularmente en las provincias fronterizas, y seguro estaba de que estas solas darian por lo menos ciento cincuenta mil hombres. Napoleon encaminaba estos batallones hácia las plazas fuertes con una simple blusa de cuello de color y con los fusiles viejos, que debian ser reparados durante los ocios de las guarniciones. Por desgracia no se operaba tan bien el reclutamiento del ejército activo. No producía los resultados esperados el llamamiento de los antiguos militares. Muchos de ellos prefirieron servir en las guardias nacionales movilizadas, porque era un servicio limitado bajo el aspecto de la duracion y de la mudanza de lugares, y asi contribuyeron singularmente á la rápida for-

macion de estos batallones. Otros estaban ya casados; otros pertenecientes á las clases de 1813 y 1814 no tenian aficion ninguna á la guerra, de la cual solo habian conocido los desastres. Por todas estas causas, de los noventa mil viejos soldados que se habia esperado recuperar de los ciento cincuenta mil que desertaron el año precedente, setenta mil se podian allegar tan solo, cincuenta y ocho mil de ellos habian ya ingresado en las filas, y los otros doce mil estaban en camino. Agregándolos á los ciento ochenta mil hombres del efectivo existente el 1.º de marzo, á los cincuenta mil que gozaban de licencia semestral en sus casas, y todos los cuales obedecieron al llamamiento, se podia lisongear de tener cerca de trescientos mil hombres de ejército activo: de doscientos á doscientos diez mil presentes en los batallones de guerra, y dejados en los depósitos de lo interior los restantes. Ciertamente, no bastaba esta fuerza para la magnitud de los peligros que amenazaban á Francia. Napoleon estaba decidido á llamar la conscripcion de 1815 que el consejo de Estado habia declarado pertenecer al gobierno, por lo menos en la parte que el año de 1814 habia ya sido incorporada. Respecto de la otra se necesitaba una ley en cuya redaccion se trabajaba por entonces, para someterla á las Cámaras de contado. Deducidas las pérdidas de la conscripcion de 1815 se contaban ciento doce mil hombres, cuarenta y cinco mil de ellos inmediatamente apelables. A cuatrocientos doce mil hombres se debia elevar el ejército activo, incluso los no valores. Esperanza se abrigaba de que subieran á doscientos mil hombres las guardias nacionales movilizadas, y añadiendo veinte y cin-

co mil marinos, que se iban á encaminar á París los unos y á Lion los otros, añadiendo veinte mil federados en la primera de estas ciudades, y hasta diez mil en la segunda, Francia debía contar bastantes brazos en su defensa. Finalmente, quedaba el recurso que ya le bullia á Napoleon en la mente, el de pedir á las Cámaras reunidas un alistamiento extraordinario de ciento cincuenta mil hombres entre todas las clases de las conscripciones anteriores. Asi tendria cerca de ochocientos mil soldados, y con la union en los poderes, y la perseverancia en los esfuerzos no habia por que des- esperar de la salvacion de la Francia.

Realmente disponibles no habia á la sazón más que los trescientos mil hombres de ejército activo, que segun se ha manifestado debian producir más de doscientos mil en el campo de batalla, y más de doscientos mil guardias nacionales bien elegidos, ocupando las plazas fuertes y los desfiladeros de las fronteras francesas. Napoleon habia dispuesto que sin demora fuesen requeridos los cuarenta y cinco mil conscritos de 1815 actualmente apelables, lo cual debia poner al punto á su disposicion doscientos cincuenta mil combatientes; fuerza que en sus manos podia servir para descargar un primer golpe muy terrible. Pero tal cual era esta fuerza no se podia hallar lista hasta mediados del mes de junio.

A organizarla y á reunir la se dedicaba sin reposo, á cuyo fin escribia hasta ciento y cincuenta cartas diarias. Aqui se trataba de ciento ó doscientos reclutas dejados en un depósito, y que habia que despachar á los batallones de guerra; allí se trataba de regimientos de caballería, completos de

hombres y faltos de caballos, de otros que tenían caballos y no hombres, ó que necesitaban monturas. Atendiendo á cada materia con una puntualidad de memoria prodigiosa, Napoleon ordenaba lo conveniente, despues vigilaba sobre la ejecucion de lo ordenado por medio de oficiales, que iban y venian en todas direcciones, recibidos y escuchados al punto, cuando tenían que dar cuenta de lo que habian observado, siempre vueltos á despachar al instante, y tantas veces como era necesario para el cabal cumplimiento de sus respectivas comisiones. Ya Napoleon habia hecho partir á los terceros batallones de las plazas, donde afluan los guardias nacionales movilizados, y los cuartos batallones destinados á servir de depósito, ya los habia formado en todas partes. En algunos regimientos ya el quinto batallon se habia creado, y de resultas el cuarto ingresó al punto en los batallones de guerra. Esta no era más que una excepcion á pesar de todo, pues solo tres batallones de guerra tenían la mayor parte de los regimientos; y bastaran sin duda si fueran más numerosos; pero sin embargo, de todos los esfuerzos muy contados batallones contenian seiscientos hombres. No llamaba ménos la atencion de Napoleon la caballería que la infantería. Gracias al depósito de Versalles, á la saca de caballos de los gendarmes y á las compras efectuadas en las provincias, para mediados de junio é incluyendo la guardia imperial se podia lisonjear de tener cuarenta mil jinetes excelentes, porque todos habian servido. Con no menor esmero atendia á activar la construccion de vestuarios y la reparacion de armas. Personalmente iba Napoleon á visitar los talleres

de sastres, de guarnicioneros, de armeros, y los animaba con su presencia vivificante. Eminentísimos servicios prestaban los oficiales de artillería encargados de dirigir el trabajo de las armas. Ya habia para dar fusiles nuevos á todo el ejército activo, fusiles reparados á los guardias nacionales movilizados, y para la conscripcion de 4815 aun debian quedar cien mil de seguro. Si se prolongaba la guerra, durante el verano y el otoño se juntaria con que proveer á todas las necesidades hasta el invierno. A costa de actividad tan prodigiosa, en el espacio de dos meses, desde fines de marzo hasta fines de mayo, Napoleon habia allegado, equipado, armado cerca de trescientos mil hombres, cincuenta mil de ellos con licencia semestral en sus casas, setenta mil antiguos militares, y ciento ochenta mil guardias nacionales movilizados; resultado portentoso para todos aquellos á quienes las dificultades de la alta administracion les son conocidas, y que realmente fuera imposible sin el inmenso personal militar de que Francia disponia por entonces.

Con su prevision extensiva á todo, Napoleon habia calculado, que si el enemigo pasaba la frontera, bloqueadas serian las plazas y los depósitos de igual suerte. Asi dispuso el repliegue sucesivo de los depósitos, respecto de la frontera del Norte á Abbeville, Amiens, San Quintin, Chalons, Bar, Brienne, Arcis-sur-Aube, Nogent; respecto de la frontera del Este á Chalons, Dijon, Autun, Troyes; respecto de las fronteras del Mediodia á Aviñon y Nimes; con lo cual estaba seguro de que un súbito movimiento de los invasores, al aislar las plazas, no aislaria los regimientos, y ni en

hombres ni en material les privaría de sus recursos. Acerca de poner en estado de defensa las plazas francesas de las líneas primera, segunda y tercera, se ocupó una comisión compuesta de los generales Rogniat, Dejean, Bernard, Marescot, este último sacado de la desgracia en que de resultas de la capitulación de Bailen había caído injustamente. Se habían ordenado y estaban en vía de ejecución las reparaciones urgentes, el armamento y el abastecimiento de provisiones. Además la comisión había señalado los pasos de las fronteras francesas, donde un camino cortado, una obra de campaña bien situada podían proporcionar á la guardia nacional movilizada los medios de hacer cara al enemigo. Finalmente, de obras se habían cubierto París y Lion, por considerárseles como los dos puestos esenciales.

No había olvidado Napoleón que, si mientras el año anterior maniobraba en torno de París, esta gran ciudad se hubiera podido sostener ocho días, ciertamente salvara su corona y la Francia. También consideró que Lion á la parte del Este podía representar el papel que París á la parte del Norte, y para estos dos puntos prescribió cuanto le permitía hacer el tiempo. Ya se ha visto que por falta de espacio no se podían construir alrededor de París obras de mampostería y se hubo de contentar con que se construyesen obras de campaña. De reductos cubrió el general Haxo las dos vertientes de Belleville, de modo que todas las alturas estuviesen ocupadas desde las llanuras de Vincennes á la parte del Sur, hasta la llanura de San Dionisio á la parte del Norte, y ciertamente los soldados de Marmont no hubieran sucum-

bido si el 30 de marzo de 1814 se hallaran con semejante apoyo. Guarnecido fué de flechas y de modo de presentar una línea muy defensiva el canal de San Martin, que desde la Villette se va á unir al Sena junto á San Dionisio. Aqui habia preparadas inundaciones. Poco probable era que penetrando por esta línea el enemigo, se aventurara osadamente entre las alturas de Montmartre y el curso del Sena, pues corria el riesgo de ser lanzado al rio. Mas para este caso asi Montmartre, como Clichy y la Estrella, se hallaban con fuertes reductos que formaban otros tantos sólidos baluartes. Finalmente, entre Montrouge y Vaugirard á la orilla izquierda del Sena, tambien se habian comenzado obras de campaña. Tanto los fedrados como cierto número de guardias nacionales se brindaron á tomar parte en el trabajo de terraplenes. De buen grado los admitió Napoleon por el buen ejemplo; pero tenia dos mil jornaleros bien pagados y cuyos brazos más asiduos á la faena ejecutaban sin interrupcion alguna los reductos trazados por el general Haxo.

Habiéndosele dicho todo al público sobre las relaciones de Francia con Europa, y no teniendo ya que ocultar nada, Napoleon dispuso el armamento de estos reductos, en primer lugar para presidir esta operacion por sí mismo, y en segundo para que la emocion á que debia dar margen sin duda, se pasara desde luego y antes de la aparicion del enemigo. Por consiguiente ahora obraba de distinto modo que el año pasado, y en lugar de disimular los peligros se aplicaba á ponerlos de bulto. De trescientas piezas de grueso calibre pedidas á los puertos y transportadas por mar á

las bocas del Sena, ya doscientas habían llegado á Ruan y hácia París venian en marcha. A medida de su llegada se colocaban sobre las obras, por concluir todavía. Para evitar la confusion de los calibres y los errores que resultan de ella al distribuir las municiones, Napoleon determinó que los calibres de á doce y de á seis estuvieran sobre la orilla derecha, como la más amenazada, y los de á ocho y de á cuatro á la orilla izquierda. Sobre los puntos culminantes de la cumbre de Saint Chaumont hizo poner en batería cierto número de piezas de grueso calibre de las procedentes de los puertos. Al ejercicio del cañon se aplicaban las escuelas de Saint-Cir y de Alfort y la escuela Politécnica de cotidiano. Preparado estaba en Vincennes un parque de doscientas bocas de fuego de campaña, á fin de ser conducido como artillería de fácil transporte á los puntos donde se juzgase necesario. En marcha estaban con direccion á París los regimientos de marinos sacados de Brets y de Cherburgo. Napoleon ordenó además el recuento y la completa organizacion de los federados, y formólos en veinte y cuatro batallones. Sin armarlos todavía, por batallon quiso que se les entregaran cien fusiles, á fin de que se instruyeran los que no habían servido nunca. Su proyecto consistia en reducir sucesivamente la guardia nacional parisiense á ocho ó diez mil hombres seguros, y luego dar á los federados los quince mil fusiles que resultarían disponibles de tal modo. Ningun cálculo demagógico entraba en este proyecto, sino cierta desconfianza de la guardia nacional sospechosa á sus ojos de realismo, y una gran confianza en la adhesion y la bravura de

:

los federados, respecto de los cuales no le asallaba ningun escrúpulo de que se hicieran matar bajo los muros de la capital de Francia. Merced á estos cuidados, á lo más dentro de mes y medio, estos, á fines de junio, París se debía encontrar al abrigo de todo ataque.

A la defensa de la capital enlazó Napoleon la defensa de las ciudades de Nogent-sur-Marne, de Meaux, de Chateaux-Thierry, de Melun, de Nogent-sur-Seine, de Montereau, de Arcis-sur-Aube, de Auxerre, y todo este conjunto lo puso á las órdenes del mariscal Davout, á quien se proponia nombrar gobernador de París con poderes extraordinarios. En el defensor de Hamburgo, proscrito por los Borbones, le pareció hallar reunidas en el más alto grado las condiciones militares y políticas requeridas para papel semejante. Con lo que de la guardia nacional quedase despues de reducida, los federados, los depósitos y los marinos, bien calculaba dejarle de setenta á ochenta mil combatientes; y con tal fuerza, tales obras y tal gefe, ya la capital se le figuraba invencible.

Napoleon ocupóse en lo relativo á la defensa de Lion al mismo tiempo, y prescribió las obras que para este fin se debian llevar á remate. Aplicando á esta segunda capital los mismos principios que á la primera, desde Tolon hizo que allí fueran transportadas por el Ródano ciento cincuenta bocas de fuego de grueso calibre, y ordenó que se montaran sobre las obras. Hacia Lion iba en marcha un regimiento de marina. A semejanza de las escuelas parisienses, la escuela de veterinaria de Lion estaba encargada de servir una parte de las baterías. Confiando en el espíritu de

Los lioneses, para contribuir á la defensa de su ciudad fijó Napoleón en diez mil el número de guardias nacionales. Les envió diez mil fusiles no recompuestos y que se debian entregar servibles por los talleres extraordinarios creados sobre los mismos lugares. Habiendo seguido el ejemplo de la Bretaña los países aledaños, tales como la Borgoña, el Franco-Condado, el Delfinado, la Auvernia, de allí contaba sacar diez mil federados, que en union de los depósitos debian completar la guarnicion de Lion al punto. A cargo tenia el mariscal Suchet la vigilancia sobre tales pormenores. Habiéndole llamado de Alsacia, Napoleón dióle el mando de esta frontera, y á la par le dijo lo siguiente:—Cuando os hallais en cualquier parte me encuentre plenamente tranquilo respecto del punto por vos ocupado; partid, pues, y guarda el Este mientras yo voy á defender el Norte contra la Europa entera.—Con el sétimo cuerpo debia juntar el mariscal Suchet hasta veinte mil hombres de buenas tropas y además doce mil procedentes de dos divisiones de guardias nacionales de preferencia, y así podia ocupar la Saboya con treinta y dos mil combatientes. Apoyado sobre la plaza de Lion bien fortificada, gran probabilidad tenia de hacer cara á los austriacos. Sobre el Ródano inferior y hácia Aviñon estaban de reserva cuatro de los seis regimientos sacados del octavo cuerpo. A la cabeza de los dos restantes y de tres más sacados de la isla de Córcega el mariscal Brune debia formar el cuerpo nono, encargado de observar el Var, Tolon y Marsella. Principalmente esta última ciudad era objeto de especial vigilancia. Napoleón ordenó el desarme de la guardia nacional

marsellesa, su reduccion á mil quinientos hombres seguros, el armamento de los fuertes de San Juan y de Nicolás, y la recogida de las municiones que no se considerasen indispensables, para que en el arsenal de Tolon fuesen guardadas. Tambien hizo que sobre el Ródano se atrincherara el puente del Espíritu Santo, y previno que la pequeña plaza de Sisteron se pusiera en estado de defensa para detener al enemigo si aspiraba á penetrar en el Delfinado y el territorio de Lion despues de invadir la Provenza. Ya hemos dicho que más arriba de Lion y remontando el Saona, á las órdenes del general Lecourbe habia puesto Napoleon un cuerpo suplementario, que no entraba en la cuenta de los nueve cuerpos destinados á la defensa del territorio, por haberse formado más tarde, y que se componia de una division de linea tan solo. Dos excelentes divisiones le agregó Napoleon de guardias nacionales de preferencia, y le confió el boquete de Befort y los pasos del Jura. Dándose la mano con Lecourbe guardaba el Rhin el quinto cuerpo ó ejército de Alsacia. En las líneas de Wissemburgo juntóse entero este cuerpo de tropas. Estrasburgo y todas las plazas desde Huninga hasta Landau estaban ocupadas por batallones de preferencia. Otros batallones custodiaban los pasos de los Vosgos, á la par que á lo largo del Rhin batia la estrada completamente la caballería ligera, ayudada de los lanceros que en el pais se habian formado voluntariamente. Decidido estaba que á la primera aparicion del enemigo se tocara á rebato; que los gobernadores de las plazas se metieran dentro de sus recintos; que los prefectos y los generales se retiraran y

se llevaran consigo el ganado, las vituallas y el levantamiento en masa, compuesto de todos los ciudadanos de buena voluntad y de vigoroso denuedo. Al punto se debían trasladar á los pasos difíciles y á cuya defensa ya se había provisto de antemano, mantenerse allí lo más posible, no replegarse sino en el último apuro y entonces hacerlo sobre los cuerpos de ejército encargados de cubrir la frontera. A estas medidas habían de cooperar cuerpos francos, organizados en los países donde abundaban antiguos militares. Finalmente, ingeniándose para que de todos los recursos del país se sacara provecho, Napoleón ideó una combinación última y que podía ser de utilidad positiva en ciertos puntos del territorio. Compulsando los estados del ministerio de la Guerra, echó de ver que se contaban no ménos de quince mil oficiales y setenta y ocho mil sargentos retirados del servicio, y unos y otros con pensión del Estado. Si gran número de ellos no eran ya capaces de soportar los bivaques, el frío, el calor, el hambre, muchos se hallaban todavía en estado de servir dentro de una ciudad y de manejar un fusil ó una espada, y de hacerse útiles de varios modos. Adictos á la revolucion y al imperio, nada amantes de los Borbones, idóneos eran para imponer á la malevolencia, y Napoleón ideó llamar á veinte y cinco ó treinta mil de ellos y distribuirlos en las ciudades de espíritu dudoso, donde estarían prontos á reunirse con armas en torno de las autoridades, y á prestarlas el apoyo de sus palabras en los lugares públicos y de sus brazos á la hora del peligro. Sin obligarles de ningun modo, Napoleón quería solo que se apelase á su ce-

lo, y que se les facilitara la mudanza de residencia, dándoles socorros para el camino y racion de campaña, además de sus respectivas pensiones. A Marsella, Tolosa, Burdeos, Nantes, Angers, Lila, Dunkerque, etc., ordenó que fuesen enviados. Asi ninguna de las fuerzas del pais debia quedar inútil y ociosa, desde las más juveniles hasta las más caducas.

A estas medidas de prevision universal é infatigable, Napoleon añadió todas las requeridas particularmente para la organizacion del ejército con que iba á salir á campaña. Ya se ha visto que comprendia cinco cuerpos de tropas, el primero reunido á las órdenes del conde de Erlon en torno de Lila, el segundo á las del general Reille en torno de Valenciennes, el tercero á las del general Vandamme en torno de Mezieres, el cuarto á las del general Gerard en torno de Metz, y finalmente el sexto formado á las del conde de Lobau entre Paris y Laon. Haciendo que declinaran de izquierda á derecha sobre Maubeuge los cuerpos de los generales conde de Erlon y Reille; y de derecha á izquierda los cuerpos de los generales Vandamme y Gerard sobre el mismo punto, y apoyándolos con el sexto cuerpo salido de Paris y con la guardia, se prometia Napoleon cruzar la frontera á la cabeza de ciento cincuenta mil hombres. Aun no ha llegado el momento de exponer la combinacion por cuyo medio se lisonjeaba de sorprender de este modo á la porcion más cercana y tambien mas considerable de sus enemigos. Pero teniendo resuelto dar principio á las operaciones el 15 de junio lo más tarde, y tocando ya en los últimos dias de mayo, desde esta fecha trazó

la marcha del general Gerard, que para llegar al punto de concentracion tenia que andar más de sesenta leguas, y por tanto se debia poner en movimiento antes que otro alguno. Muy secretamente le fijó Napoleon el dia en que necesitaba emprender la marcha, y las precauciones que habria de tomar para dar á su partida otra significacion que la verdadera. A medida que sus regimientos estaban listos, el conde de Lobau tenia orden de enviarlos á Soissons y á Laon, donde se juntaba el sexto cuerpo. Activamente se ocupaba Napoleon en lo relativo á la guardia, cuya organizacion habia confiado al general Drouot y que esperaba elevar á veinte ó veinte y cinco mil hombres. Como de costumbre la gran reserva de artillería era objeto de todos sus cuidados, y llevaba la vigilancia hasta el extremo de inspeccionar las baterías que iban á partir por sí mismo y de señalar un arnés que faltaba acaso (1). No teniendo aun bastantes caballos de tiro ni aun con los seis mil tomados á los habitantes de los campos, de ocho á diez mil acababa de sacar de las provincias vecinas á los cuerpos de tropas, con la circunstancia de pagarlos todos al contado.

Tantas cosas no se podian llevar á cabo sin choques. Algunos vivísimos arranques de enojo experimentaba el mariscal Davout, acostumbrado á obrar lejos y con cierta especie de independencia durante quince años, y ahora puesto bajo una vigilancia, que no le dejaba libertad ni reposo. Su-

(1) Doy todos estos pormenores teniendo á la vista las innumerables cartas en que sobre todas las partes del material están consignadas las más mínimas observaciones.

miso mostrábase sin duda, pero no á la manera del duque de Feltro, esto es, perdiendo su carácter del todo. Un género de contraste ó de cortapisa le mortificaba mas particularmente, y se refería á la eleccion de oficiales, á la cual atendia Napoleon expresamente desde que era menester asegurarse no solo de la valía, sino tambien sobre la fidelidad de los militares empleados. Se habia establecido que por tres personajes de confianza, como los condes de Lobau, de la Bedoyère y de Flahault, se examinaran las decisiones. Muy al corriente los dos últimos de las disposiciones de la juventud militar, criticaban ciertas propuestas del ministro de la Guerra, y á éste le sentaban muy mal sus observaciones. Mas de una vez hubo Napoleon de intervenir de resultas, y no mencionariamos tales pormenores, si los choques con el ministro de la Guerra no hubieran tenido posteriormente consecuencias muy graves. Particularmente suscitóse una disputa con motivo del general Bourmont, á quien el mariscal Davout se negaba á admitir en el servicio activo, y de quien los generales la Bedoyère y Gerard respondian con su cabeza. Habiendo asentido finalmente Napoleon al dictámen de estos últimos despues de muchas vacilaciones, se vió obligado á dar á Davout una orden terminante, y aun asi no se rindió el mariscal sino ante una intimacion absoluta.

Napoleon dió el mando de la guardia imperial al mariscal Mortier por entonces. Bien hubiera querido llamar nuevamente á su lado á Berthier, su gefe de estado mayor en todas las anteriores campañas, su intérprete fiel é infatigable, su amigo en suma, y nombrarle mayor general del ejér-

cito de seguida. Berthier habia incurrido en algunas debilidades: Napoleon le habia enviado á decir que las olvidara por completo, asi como él tambien las desterraba de su memoria, y que se le fuera á unir sin tardanza. No resistiendo Berthier á este llamamiento, ya se hallaba en camino para volver cerca de su antiguo soberano; pero vigilándosele mucho, cuando ya iba á entrar en Basilea, se vió forzado á desandar camino y á volver á Alemania, donde le aguardaba una muerte tan lamentable como misteriosa.

Para reemplazar á su mayor general se hallaba Napoleon en grande apuro, y asi recurrió al mas laborioso de sus lugartenientes, al mariscal Soult, que por un momento se habia adherido á los Borbones creyendo hacer una cosa duradera, y que, viendo ahora cómo se habia engañado, se aplicaba á borrar todo vestigio de tal falta. A la verdad la violenta proclama contra Napoleon le embarazaba sobremanera, y trató de compensarla por medio de otra proclama no menos violenta contra los Borbones, que debia dirigir al ejército en el instante de tomar posesion del cargo de mayor general. En interés del mariscal suavizó Napoleon sus expresiones, é hizo que se publicara bajo la forma de orden del dia. De sobra conocia á los hombres para tomar en cuenta sus fluctuaciones, y mas en tiempos tan dificiles como los que se atravesaban entonces. Lo esencial no consistia en que fueran políticos consecuentes, sino muy buenos militares. Lo esencial no consistia en que el mariscal Soult hubiera servido á mas de un soberano, sino en que como mayor general tuviera la claridad, la tersura y la exactitud que Berthier,

su antecesor en el importantísimo cargo. Hasta qué punto habia salido Napoleon airoso respecto de eleccion semejante, muy pronto lo iban á decir los sucesos. Finalmente adoptó otra providencia, y fué la de restituir á los regimientos sus antiguos números, que se les habian quitado, y por lo cual se manifestaban muy sentidos. Restituirles sus números antiguos era á la par satisfacerles y obligarles á que se mostraran dignos de su pasado.

Napoleon mandó á todos los generales que se fueran á poner á la cabeza de sus tropas, solo mantuvo al mariscal Soult á su lado, á fin de iniciarle en el desempeño de sus nuevas funciones, y no aguardó mas que la asamblea del Campo de Mayo y la reunion de las Cámaras para partir en persona. Se acercaba este momento, como que sobre el Acta adicional ya se habian emitido los votos, las elecciones estaban terminadas, y se encontraban en París casi todos los recién elegidos. Mucho se habia aplacado el desencadenamiento de los periódicos y de los autores de folletos y de los frecuentadores de los sitios públicos en contra del Acta adicional ante las operaciones electorales, que fueron una diversion para el acaloramiento de los ánimos, y un testimonio de que no se querian eludir las promesas de la constitucion, pues que las Cámaras estaban convocadas para antes del tiempo en que debian ser reunidas. Asi para las elecciones como para la votacion del Acta adicional la libertad fué completa. Se habia dejado decir todo asi de palabra como en letras de molde, y hasta se admitieron votos emitidos de la manera mas ofensiva. Mr. de Lafayette aceptó en Maux el Acta

adicional bajo reserva de la soberanía del pueblo, atacada en su juicio por algunas de las disposiciones de la tal Acta. Mr. de Kergorlay votó en contra y protestando á favor de la soberanía de los Borbones. Ni siquiera se habia defendido al gobierno, como que nada estaba organizado todavía para la defensa del poder en un Estado libre. Excepto la suspension momentánea del tomo 6.º del *Censor*, suspension alzada por orden de Napoleon y al punto, segun se ha visto, ningun rigor de esta clase habia atacado á la accion de los individuos, y así gozóse de la libertad confusa, violenta, de mil colores, de los dias de revolucion candente. Cada cual propuso su quimera, y la propuso á su modo; pero á tal estado de revolucion faltaba algo, y era la pasion y no de los partidos, pues rara vez la tuvieron en mayor grado, sino de la nacion misma. Tan ausente estuvo la nacion de las municipalidades, de los juzgados de paz y de las oficinas de los notarios, donde se iba á votar en favor ó en contra del Acta adicional, como de los colegios donde se iba á votar para la eleccion de los representantes. Disgustada de revoluciones así como de contrarrevoluciones, ya no sabia á quién ni á qué atenerse, y se estuvo escondida en sus moradas. A la masa intermedia, prudente, discreta, desinteresada, de la nacion aludimos con estas frases. Durante once meses de reinado la habian herido en sus opiniones y sus intereses los Borbones, á quienes ciertamente no habia deseado, pero que, reflexionándolo bien á fondo, les llegó á considerar aptos para proporcionarla un pacífico y liberal gobierno. Napoleon, grato para su orgullo, y que respondia á muchos

de sus instintos, la excitaba á espanto, y sin pararse á consultar si habia cambiado realmente, si estaba convertido á la paz y á la libertad del todo, á las claras veia en él su fatal destino, esto es, la guerra, la guerra sañuda hasta la derrota mortal de Francia ó de Europa. Asi ajada por los unos y espantada por el otro, se mantenía en su casa, es decir, en el hogar de los millones de familias que forman su conjunto, y no iba á contribuir con su voto ni á la adopcion del Acta adicional ni á la eleccion de sus representantes.

Al paso que en otro tiempo, cuando Francia se quiso dar un salvador en la persona del general Bonaparte, se vio á tres ó cuatro millones de ciudadanos ir diligentemente á depositar su voto en las urnas, ahora solo expresaron su dictámen sobre el Acta adicional un millon y doscientos ó trescientos individuos, y no acudieron mas de cien mil electores á los colegios electorales.

Estos números tan reducidos indicaban perfectamente quiénes concurren á las alcaldías, á las oficinas de los notarios y á los colegios; no mas que los partidos, los partidos solos, en quienes la pasion no se enfria nunca. Cuando decimos los partidos, quizá decimos demasiado, pues los partidarios de los Borbones no osaron presentarse á ninguno de los dos escrutinios. No ciertamente porque su libertad estuviese coartada ni por asomo. Blasonando sus adversarios de moderacion de principios, se hubieran guardado muy bien de atentar contra su seguridad ni aun con simples amenazas. Pero siendo repugnantes para los realistas las prácticas todas de las instituciones libres, y formando además falsa idea acerca de sus

adversarios, por pintárselos como terroristas peligrosos, á la par carecian de costumbre y de valor cívico para hacer legítimo uso de sus derechos. Solamente los mas audaces se determinaron á llevar su voto, y no precisamente por afición al ejercicio de sus derechos de ciudadanos, sino por baladronada. Asi de un millon y trescientos mil votantes, contra el Acta adicional fueron á depositar su *no* en las urnas tres ó cuatro mil á lo sumo, y número todavía menor presentóse en los colegios electorales á combatir al candidato patriota, aunque verdaderamente pasó todo con orden perfecto y muy tranquilizadora calma. Al revés los que se mostraron en mayor número para las votaciones eran antiguos revolucionarios, compradores de bienes nacionales, amigos fogosos de la libertad, amantes apasionados de la gloria nacional y obstinándose en mirar á Napoleón como personificación de ella, empleados públicos y procedentes de 4789 casi todos, y finalmente muchos hombres ilustrados, en cuyo juicio, despues de haber dejado venir á Napoleón de la isla de Elba, ya cometida la falta, no habia mas arbitrio que defender en su persona la independencia de Francia, y hacer de buena fé el ensayo de monarquía constitucional que habia propuesto de una manera tan espediosa, debiendo ser aceptada la libertad de todas las manos, cuando no es uno esclavo ni de las preocupaciones, ni de los partidos. Generalmente las elecciones hechas por estas diversas clases de electores fueron buenas y de carácter moderado. En ausencia de las oposiciones casi por todas partes resultaron elegidos funcionarios civiles ó militares, haciendo votos por la consolidacion del nue-

vo imperio, compradores de bienes nacionales, aspirando á recuperar su seguridad por completo, revolucionarios arrepentidos de sus desmanes, tales como Barrére, por ejemplo, ó jóvenes liberales sin tacha, teniendo sanas opiniones y ninguna experiencia, como Mr. Duchene de Grenoble. Unos y otros habian adoptado muy sinceramente las dos ideas dominantes, mantener á Napoleon contra Europa, y resistirle si tornaba á sus despóticas inclinaciones. Sin embargo, estos nuevos elegidos, ateniéndose á Napoleon, que era su interés, mas que á libertad, que era su opinion, tanto y tanto habian oido decir que, al aceptar á Napoleon con su gloria y con sus principios sociales, no convenia aceptar su despotismo, que frente á frente del poder imperial se iban á mostrar sobremanera susceptibles ó puntillosos, á proceder como liberales mas bien que como bonapartistas, y esto hasta el punto de comprometer la causa de Napoleon por la de la libertad, aun no siendo tal su preferencia. Asi para conducirse respecto de ellos se necesitara de un tacto, de una mansedumbre y de una destreza muy difíciles de hallar en ministros, que por vez primera iban á aparecer ante asambleas libres.

A tenor del decreto que les convocaba para la ceremonia del Campo de Mayo, los colegios electores enviaron por representantes á esta gran solemnidad á los electores mas solícitos, mejor acomodados y mas curiosos. Estos llegaron en número de cuatro ó cinco mil á la capital de Francia, sin contar los seiscientos representantes elegidos. Con ellos fueron igualmente las diputaciones de los regimientos, que debian recibir las banderas

destinadas para el ejército en el Campo de Mayo. Napoleon ordenó á los ministros y á los altos dignatarios que tuvieran abiertas sus casas, y atrajeran allí á los diputados de todas clases, y les hicieran buena acogida. A todos se les oía repetir lo mismo, esto es, que se necesitaba hacer cara á Europa, y esforzarse por vencerla ya que no era posible evitar la lucha, y celebrar la paz de segunda, renunciando á las conquistas, y fundar la verdadera monarquía constitucional, para no estar fuera á merced de un extranjero, y dentro á merced de un hombre. Eco hallaban en los miembros del gobierno, porque pensaban de igual modo, si bien unos con honrosa fidelidad al emperador, como Carnot por ejemplo, y otros como Fouché con espíritu de intriga mal disimulada. Sin necesidad de que se le invitara á ello, este último cultivaba el trato de los electores comisionados en París, y especialmente de los diputados, y á los mas jóvenes con preferencia, por suponerlos mas manejables; segun la moda de entonces aparentaba mostrarse irreconciliable con los Borbones, si bien muy alarmado de la presencia de Napoleon á la cabeza del gobierno, diciendo que, si tuviera éste el patriotismo de abdicar en favor del rey de Roma, todo se arreglaría al instante, y que lo sabia de positivo, por habersele enviado á decir desde Viena. Estas aseveraciones en boca del ministro de Policía ejercitaban una influencia peligrosa, bien que no hacian mas honor á su fidelidad que á su perspicacia, pues invariablemente adictas á las potencias á la causa de los Borbones, no hubieran acogido ninguno de los arreglos que se forjaba en su fantasía, y si aparentaban que solo á

Napoleon miraban de mal ojo, solo era para que con su persona les fuese entregada la espada de Francia. Estos dichos del duque de Otranto cundian de boca en boca, en los espíritus causaban sumo estrago, y hasta llegaban á los oidos imperiales, bien que algo atenuados en su forma. Siempre Napoleon sabia lo bastante para conocer á las claras que le hacia traicion su ministro de Policia, pero, dominándose mas que otras veces, solo aguardaba á que las circunstancias fuesen menos graves para hacer que á su autoridad se guardase respeto, lo cual era legítimo á todas luces, porque nunca se tolerara en un estado regular la conducta de un ministro que denunciaba como un peligro público al monarca á quien servia en su puesto. Un buen ciudadano podia pensar de este modo, con especialidad antes de entrar Napoleon en la capital de Francia, pero si lo pensaba de tal suerte, no debia aceptar el cargo de ministro de Policia.

Si ya se hubiesen enviado á París todas las actas de las votaciones relativas al Acta adicional y á la eleccion de representantes, á su exámen se procediera sin demora, y para el dia 26 se hubiera podido señalar la ceremonia del Campo de Mayo, destinada á solemnizar la aceptacion de la constitucion nueva. Asi la apertura de las Cámaras se efectuara inmediatamente, despues de lo cual partiera Napoleon á ponerse al frente de las tropas. Pero se necesitaban algunos dias mas con el fin de recoger las actas, y la ceremonia se dilató hasta el 1.º de junio. Napoleon pensaba instalar las Cámaras á los tres ó cuatro dias, y partir del 10 al 12 de junio, para estar ya el 15 en ple-

nas operaciones. Ochenta y siete puntos de reunion se señalaron en París á las diputaciones de los colegios electorales, que debian recontar los votos de sus departamentos respectivos, y elegir una diputacion central para que ante el príncipe archicanciller efectuara el general escrutinio. En este trabajo de pura forma emplearon los últimos dias de mayo, tiempo que por su parte consagraba Napoleon al complemento de sus aprestos militares. Hacia esta fecha poco mas ó menos llegaron á París su madre, su tio el cardenal Fesch y su hermano Gerónimo Bonaparte, que habian logrado burlar la vigilancia de la marina inglesa. Napoleon recomendó al príncipe Gerónimo que olvidara é hiciera olvidar su antigua calidad de monarca, no siendo mas que militar en adelante, y le ordenó que tomara el mando de una division en el segundo cuerpo de tropas á las órdenes del general Reille, lo cual hizo el príncipe de seguida. Otro miembro de la familia imperial llegó asimismo por entonces, el príncipe Luciano, que por largo tiempo se habia obstinado en vivir lejos de los favores y de la autoridad de su hermano en Roma, y á quien no habia parecido ceder sino despues de los desastres comunes de la familia. A París le llevaban dos motivos igualmente honorables, el de unirse á Napoleon y el de abogar por la causa del papa. Con extremado placer vió Napoleon la vuelta de este hermano en el momento en que, despues del entusiasmo fugaz del 20 de marzo, tantos corazones se resfriaban en torno suyo. Relativamente al papa le dió satisfaccion completa. Con efecto, dispuesto á mantener los tratados de 1814 respecto de soberanos, á quienes

no amaba de ningún modo, y que se mostraban sus adversarios implacables, mucho más propicio estaba Napoleón á mantenerlos respecto de un soberano inofensivo, á quien había amado hasta al mortificarle con persecuciones, que no era á sus ojos ni rival ni enemigo, y cuya autoridad moral siempre de gran peso era fácil de adquirir sin más que tratarle de una manera decorosa. Por consiguiente encargó al príncipe Luciano decir al papa, lo cual no era más que una repetición de sus primeras instrucciones, que ya no pensaba mezclarse ni en los asuntos espirituales ni en los asuntos temporales de la Santa Sede; que haría cuanto estuviera á su alcance por conservar todo el antiguo territorio pontificio, incluidas las Legaciones, y que en Francia le garantizaría el ejercicio de la autoridad espiritual sobre la base del Concordato. Esto era cuanto se necesitaba para satisfacer al papa y atraerle á los franceses, si bajo sus banderas se albergaba otra vez la victoria.

Napoleón alojó en el Palacio Real al príncipe Luciano. Hasta deseaba conseguir que saliera diputado en el Isère, departamento adicto á la causa imperial del todo. Su intención secreta, si Luciano llegaba á figurar entre los miembros de la Cámara de representantes, no era otra que la de nombrarle presidente, haciendo memoria del modo con que había presidido á los Quinientos en la memorable jornada del 18 de brumario.

Mientras se aplicaba á estos cuidados tan próximos á su partida, de pronto recibió Napoleón la gravísima nueva de una insurrección en la Vendée. Ya se ha visto que al tiempo de la aparición del duque de Borbon en esta comarca, se le aco-

gió con general tibieza, y que no portimidez sino por cordura se hubo de retirar á Inglaterra. También se ha visto que recientemente Luis XVIII con encargo de pasar por Lóndres habia despachado de Gante al marqués Luis de Larochejaquelin para la Vendée, á fin de despertar el adormido celo de los antiguos defensores de la casa de los Borbones. Véase como respondió la Vendée á este último llamamiento.

Los antiguos gefes vendeanos sobrevivientes, Mr. de Autichamp, de Suzannet y de Sapinaud, hombres de experiencia y cuyo celo estaba templado por el buen sentido, con repugnancia miraban lo de exponer su provincia á nuevos destrozos, para excitar una vana tentativa de guerra civil que no tendria resultado sério, pues hallaban á sus paisanos modificados singularmente en el transcurso de veinte años. Asi sostenian que, siendo muy capaz la Vendée de operar una diversion útil cuando Napoleon se hallara empeñado con las fuerzas de Europa, no lo era de ningun modo de resistir si en su contra se adelantaba á la coalicion europea. De consiguiente habian resuelto esperar á que retumbara el cañon junto al Sambra antes de operar el levantamiento á orillas del Loira.

Al revés los espíritus fogosos censuraban esta pusilanimidad aparente, y deseaban que la falta de haber dejado partir al duque de Borbon se expiara con mayor ardimiento. Sensibles á estas reconvencciones, con el corazon alterado por las pasadas memorias, se dieron los antiguos gefes á recorrer los campos, con el fin de hacer la numeracion de sus paisanos, y de ver con quienes podian contar para el empeño, y de dar testimonio de su celo realista.

Tal era la disposicion de los ánimos al aparecer los emisarios del marqués Luis de Larochejaquelain en la comarca. No habiendo aun servido en la Vendéc este hermano del ilustre Enrique de Larochejaquelain, á la ambicion de sostener el brillo de su nombre juntaba una fé exaltada en su causa, un gran denuedo, aun cuando su prudencia no igualaba á las demás cualidades. De los ingleses habia obtenido algunos fusiles y algunas municiones, con la promesa de un convoy considerable y próximo de armas, de pólvora, de artillería y de dinero. Partiendo con el primer socorro que se puso en sus manos, se embarcó á bordo de una pequeña division inglesa, y vino á recalar á la vista de Sables d'Olonne, y desde alli escribió á su hermano Augusto, dándole parte de su comision, de sus proyectos y de sus esperanzas.

Divulgada esta noticia, ya el 41 de mayo tuvo lugar una junta de gefes en la Chapelle-Basse-Mercer cerca del Loira, en el territorio de Mr. de Suzannet sucesor del célebre Charette. A esta junta asistieron Mr. de Autichamp, Mr. de Suzannet y Augusto de Larochejaquelain, el tercero de los hermanos de este apellido. Solo á Mr. de Sapinaud se echaba de menos. Sin embargo de los motivos que para diferir la insurreccion habian tenido estos gefes, no resistieron á la lectura de las cartas en que el marqués Luis de Larochejaquelain anunciaba grandes socorros en armas, en municiones, en dinero y hasta en hombres, y la próxima ruptura de las hostilidades europeas en Flandes. Por tanto se convino en que el 45 de mayo se tocara á rebato en toda la Vendéc y se empuñarian las armas. Cada cual debia ejercer el

mando en el pais á que lo enlazaban su familia y sus servicios anteriores. Mr. de Autichamp en Anjou, Mr. Augusto de Larochejaquelain en las inmediaciones de Bressuire, esto es, en el Bocage, Mr. de Sapinaud en la region llamada del Centro, extendiéndose entre Montagne-les-Herbiere, San Fulgencio, Borbon-Vendée, y por fin Mr. Suzannet en el Marais. Se calculaba que Mr. de Autichamp podia levantar diez y ocho mil paisanos, Mr. Augusto de Larochejaquelain cinco mil, Mr. de Sapinaud ocho mil, Mr. de Suzannet veinte y cinco mil, y por consiguiente que serian cincuenta y seis mil entre todos. Cálculos eran estos como se hacen en las guerras civiles, esto es, sin fundamento y muy á bulto.

Oficiales destacados por el marqués Luis de Larochejaquelain llegaron del 11 al 15 de mayo, anunciando su próximo arribo con catorce mil fusiles, muchos millones de cartuchos, y un cuerpo de trescientos artilleros ingleses. A este primer convoy debia seguir otro muy luego y tres ó cuatro veces mas considerable. Semejantes nuevas atestiguadas por hombres fidedignos confirmaron á los gefes de la insurreccion en sus proyectos, y el dia convenido se apresuraron á cumplir su palabra.

Toda la noche del 14 al 15 de mayo oyóse el toque á rebato en aquellas desgraciadas campiñas, que veinte y cinco años atrás habian vertido tanta sangre, y acumulado tantas ruinas, y todo para no atajar el curso invencible de la revolucion francesa, y no conseguir mas que hacerlo algo mas sangriento. No iban á obrar mucho mejor en la presente coyuntura; y aun digamos que iban á

obrar mucho peor sin ambages, dado que por una cuestion de dinastia iban á segregar quince ó veinte mil franceses de los formidables campos de Waterloo, y á contribuir de esta suerte al desastre mas trágico de la historia de Francia. Aquellos infelices paisanos, dominados unos por sus personales recuerdos, otros por lo que habian oido á sus padres, se levantaron á la voz de sus gefes, y presentáronse en sus respectivas parroquias, llevando fusiles, ó palos, ó largas varas armadas de hoces. A lo sumo una tercera parte de ellos tenian fusiles en mal estado, y muy pocos tenian pólvora y balas. A los tibios arrastraron los fogosos, haciendo uso de los halagos, ó de las reconveniones, y aun á veces de las amenazas. Muchos se decidieron al levantamiento por el temor de ser tildados de cobardes ó de *azules*. Mr. de Autichamp, que habia echado la cuenta con diez y ocho mil hombres, y solo pudo juntar cuatro ó cinco mil á lo sumo, se aproximó á Chemillé y á Chollet, donde se encontraban cuatro batallones de los regimientos 15.º y 26.º de línea, y no obstante sus deseos de ocupar estos dos puntos, que dominaban el camino de Angers á Borbon-Vendée, se hubo de abstener por prudencia. A la verdad temia naturalmente habérselas con tres mil soldados de línea y no se creia en estado de batirlos con cuatro ó cinco mil paisanos mal armados. De observacion dejó algunos destacamentos, y luego se dirigió sobre el Sevre, entre Clisson, Tiffauges y Montagne, para ponerse en comunicacion con Mr. de Suzannet, y unirsele de seguida, y ver de tentar algo tan luego como se hallaran juntos.

Mr. Augusto de Larochejaquelain, que en su

pais no tenia que habérselas mas que con la gendarmería y con los guardias nacionales, se lanzó sobre Bressuire, desarmó á la guardia nacional de contado, se apoderó de ciento cincuenta fusiles, y sabiendo la noticia de que con un socorro de material se hallaba su hermano Luis en la costa, se resolvió á ir allá para proveerse de municiones, por hacerle gran falta. Pero considerando peligroso en movimiento semejante dejar las fuerzas de guarnicion en Chollet á su espalda, le pareció mejor partido el de marchar atrevidamente en la direccion aquella, con la esperanza de unirse allí á Mr. de Autichamp y de tomar juntos un puesto de tanta importancia.

En este momento el general Delaborde, que tenia bajo su gobierno la duodécima, la décimatercia y vigésima segunda divisiones militares, esto es, la Vendée y la Bretaña, ya habia ordenado que se reconcentraran las tropas, y prevenido á los coroneles de los regimientos 15.^o y 26.^o de infantería, que desde Chollet se encaminaran á Borbon-Vendée para reforzar al general Travot, gobernador del departamento de la Vendée y residente en el punto citado. Ya el regimiento 26.^o estaba en marcha y cruzaba la aldea de Echaubroignes, cuando el 17 de mayo fué sorprendido por los dos mil quinientos hombres de Mr. Augusto de Larochejaquelain, que se dirigian á Chollet y desembocaron por su espalda. Aun cuando el regimiento 26.^o no llegaba á mil hombres, al punto hizo alto y defendió la aldea de Echaubroignes, y rompió luego por entre la masa de los insurgentes, para retroceder hácia Chollet de nuevo, con el temor de no poder llegar á Borbon-Vendée.

Unos cincuenta hombres perdieron los soldados entre muertos y heridos, y de los insurgentes dejaron á doble número fuera de combate. Estos se batieron á su manera, sin órden alguno, si bien con el ardimiento propio de su valor natural y de la fé de sus corazones.

Mr. Augusto de Larochejaquelain vióse obligado á no seguir adelante, porque estas pobres gentes no se podían ausentar de sus casas más que por dias contados y creían haber hecho suficiente por algun tiempo á favor de su causa, así que ejecutaban una correría ó daban un combate. Sin embargo retuvo á los cuatrocientos ó quinientos hombres más resueltos y mejor armados, para ir con ellos á juntarse á su hermano hácia la costa.

Partiendo de Maisdon entretanto, Mr. de Suzannet reunió su gente entre Machecoul, Clisson, Montaigu, Borbon-Vendée, y trasladóse á Saint-Leger, para darse la mano con Mr. de Sapinaud, que por su parte juntaba el ejército del centro. Llegado á Saint-Leger el 16 de mayo, se enteró de la presencia del marqués Luis de Larochejaquelain en la costa de San Gil con una pequeña division inglesa, y allá se encaminó sin perder instante. Con efecto, balló al marqués Luis de Larochejaquelain desembarcado con auxilio de las gentes del Marais, que asaltaron á los aduaneros y á los veteranos que guardaban la costa, y le favorecieron para que en la Croix-de-Vic tomaran tierra. Pero el chasco de Mr. de Suzannet fué extremado cuando supo á qué se reducian los decantadísimos socorros de la Gran Bretaña. Nada de artilleros, nada de caudales, solo dos mil en lugar de catorce mil fusiles, tal era el auxilio llevado

por la division inglesa. Entre aquellos pobres campesinos de antiguo tenia Inglaterra la mala fama de prometer mucho, y de no cumplir sus promesas en ningun caso; fama de que participaban asimismo los emisarios que se presentaban en su nombre, por elevada que fuera su categoria. De fusiles, de pólvora, y de dinero sobre todo tenían gran necesidad los insurgentes vendeanos, no á causa de que la codicia entrara por nada en su conducta, sino á causa de que, no llevando consigo sino sus fusiles enmohecidos y sus palos, ni se podian batir sin armas, ni se podian alimentar sin dinero. Con dinero á la mano, algunos campesinos enviados por delante hacian que se les amasara pan y se mataran reses para darles carne, y de esta suerte se alimentaban sin padecimiento propio, y sin ruina de las campiñas que atravesaban en muchedumbre.

Cruelmente chasqueados de resultas, los soldados de Mr. de Suzannet clamaron que se les engañaba como antes, y que Inglaterra cual de costumbre no queria mas que eternizar la guerra con el fin de arruinar á Francia. Mr. Luis de Larochejaquelain protestó de lo contrario, respondiendo de la pronta llegada de un convoy muy considerable, y al cabo logró que se le diera algun asenso. En esto presentóse Mr. de Sapinaud con cerca de dos mil de los suyos, tan chasqueados y tan descontentos como los hombres de Mr. de Suzannet, y unos y otros se tornaron al Bocage, para no quedar expuestos á los golpes de los azules, que inevitablemente iban á salir con grandes fuerzas de Nantes y de Sables.

A nombre de Luis XVIII se habia presentado

el marqués Luis de Larochejaquelain entre los vendeanos, y á la calidad de representante del rey juntaba la de enviado del gobierno de la Gran Bretaña. Poseedor era de un gran nombre, á la par tenia sumo ardimiento, gran bizarría, y aun siendo inferior en edad y graduacion á los gefes de la Vendée, por generalisimo fué aceptado, gracias á que Mr. de Suzannet y Mr. de Sapinaud se mostraron dóciles de temple. Adoptada esta providencia, para dar unidad á las operaciones, no debia dar por resultado la armonía de voluntades, porque como teniente general y afamado por sus antiguos servicios, no se podia ver Mr. de Autichamp con gusto bajo las órdenes del marqués Luis de Larochejaquelain, simple mariscal de campo, y que sobre la guerra de la Vendée no tenia el mas leve conocimiento. Este escribió á Mr. de Autichamp á fin de que se sometiera como sus demás compañeros de armas á un superior dado á la Vendée por el soberano.

Menester era decidir lo que se haria al punto. De los dos mil fusiles traídos á tierra se habian apoderado los habitantes del Marais, y se los repartieron á su antojo. Tambien se desembarcaron como unos ochocientos mil cartuchos; al cuerpo de Mr. de Autichamp fué encaminada una parte de ellos, y al de Mr. Augusto de Larochejaquelain la otra, bajo la escolta de algunos centenares de hombres. Juntos Mr. de Suzannet y Mr. de Sapinaud contaban de siete á ocho mil combatientes, y querian intentar alguna cosa, antes de que sus campesinos se volvieran á sus hogares. Como objeto mas próximo y mas útil de alcanzar se presentaba la toma de Borbon-Vendée, capital del departa-

mento, ó bien de Sables, puerto marítimo de gran valor para los desembarcos futuros. Por espíritu de localidad hubiera querido Mr. de Suzannet apoderarse de la isla de Noirmontiers, que en medio del Marais pusiera á su disposicion un reducto vasto y seguro. Se vacilaba entre estos diversos proyectos, cuando la noticia de haber salido el general Travot de Borbon-Vendée, naturalmente atrajo á los gefes vendeanos á este punto. Les ocurrió que la ausencia del general les facilitaria la coyuntura de apoderarse de la capital del departamento de su mando, ó de acometerle en el camino, si iba al frente de pocas tropas. Por consiguiente fueron á pernoctar á Aizenay el 19 de mayo.

De Sables habia retirado el general Travot algunos destacamentos, y juntándolos con los que tenia á la mano, se encaminó hácia San Gil á la cabeza de mil doscientos hombres, para interrumpir en el Marais los desembarcos. Al paso hallóse con el convoy enviado á Mr. Augusto de Larochejaquelain, y aun apresó una parte, y acto continuo se dirigió hácia Aizenay, donde se le señalaba la gran reunion de insurgentes. No haciendo cuenta del número de ellos, y calculando que no seria nada militar su marcha, se resolvió á atacarlos en Aizenay de noche. Con efecto, allá fué durante la del 19 al 20 de mayo, y los sorprendió en desorden imponderable, á unos durmiendo tras una marcha fatigosa, á otros comiendo y bebiendo despues de largas privaciones, y á ninguno con la debida vigilancia. De improvisó cayó al frente de mil hombres sobre aquellos seis ó siete mil infelices, los puso en confusion espantosa, les mató ó hirió á

trescientos ó cuatrocientos, y redujo á los demás á la fuga. Por de pronto se refugiaron en los bosques próximos á Aizenay, y despues se volvieron los mas á sus casas, segun lo tenian de costumbre, ora vencedores, ora vencidos, á los pocos dias de ausencia.

Entretanto Mr. de Autichamp se habia estado inmoble junto á la frontera de su distrito. Al saber que los regimientos 15.º y 26.º de línea se replegaban en direccion de Angers á la posicion del Puente Barreado, se apoderó de Chollet y al punto dió licencia á sus hombres para que fueran á descansar en el seno de sus familias, licencia que á la verdad se tomaran por sí propios, si no se les hubiera concedido de buen grado. Despues de recoger Mr. Augusto de Larochejaquelain los restos del convoy destinado á su cuerpo, se unió á su hermano y tornó al pais de Bressuire.

Aun cuando los gefes solo conservaban á su lado á los hombres mas resueltos, ya señoreaban casi el Bocage, esto es, todo el pais comprendido entre Chemillé, Chollet, Herbiers por una parte, y Bressuire y Machecoul por otra. Ya se habian replegado las pequeñas guarniciones imperiales, unas hácia el Loira, otras hácia las principales ciudades interiores, tales como Pathernay, Fontenay y Borbon-Vendée. Su antiguo denuedo acababan de acreditar los paisanos, bien que no mostrándose tan fanáticos y solícitos como en otro tiempo, y á lo sumo tan solo se habia logrado que abandonaran unos quince mil sus hogares. Mucho les habia desazonado la nulidad del primer socorro enviado por Inglaterra, despertando además contra el gobierno británico sus antiguas preven-

ciones. Para corregir este mal efecto, les afirmaba el marqués Luis de Larochejaquelain que un convoy importante iba á llegar de un momento á otro, y lo de convencerles de la verdad de esta promesa le costaba el mayor trabajo. Muy divididos se hallaban los antiguos gefes como en los tiempos anteriores. Mr. de Autichamp se manifestaba poco satisfecho de estar á las órdenes del marqués Luis de Larochejaquelain, y éste con el auxilio del general Caunel, oficial del imperio y transformado de súbito en realista fogoso, trataba de imponer á la Vendée una organizacion militar, que no era del gusto de sus moradores, y que muy bien les podia quitar sus cualidades propias, sin darles ni por asomo las adquiridas en los ejércitos regulares. Despues de dar alguna unidad á los cuatro ejércitos vendeanos, su proyecto consistia en trasladarse en masa á la costa, para recibir el convoy de municiones, de armas y de dinero, que esperaba de Inglaterra y que anunciaba de continuo, para infundir aliento á aquellos infelices paisanos, que no se podian batir sin armas, ni se podian mantener sin dinero.

Tales fueron los sucesos sobrevenidos en la Vendée durante los últimos dias del mes de mayo. A Napoleon no le produjeron sorpresa ni grande alarma. Con la habitual seguridad de su golpe de vista, al punto se le alcanzó que la insurreccion no tenia suficiente arranque para salir de aquel recinto y causar una formal turbacion en lo interior de Francia. Con todo, bastaba para entorpecer sus preparativos militares; y falta hacian tropas en las fronteras del pais insurrecto, con el fin de evitar la propagacion del daño. Por consiguiente habia

de hacer el sacrificio de algunos de sus regimientos, sacrificio muy sensible en las circunstancias de entonces, si bien determinó reducirlo no mas que á lo indispensable, con la seguridad de que una batalla ganada hácia el Norte valdria mas para la pacificacion de la Vendée que cuantas fuerzas se pudieran destacar en su contra. Al general Delaborde queria dejar con el mando de las tropas destinadas á combatir á los insurgentes, pero hallándose enfermo, le reemplazó con el general Lamarque. Mientras se alistaba este para la partida, Napoleon despachó al general Corbineau, cuya inteligencia y energía le inspiraban la mas legítima confianza. Por primera instruccion le dió la de reconcentrar sus tropas, y resistir á las instancias de los compradores de bienes nacionales, refugiados en las ciudades, y que á voz en grito pedian guarniciones. En respuesta les dijo que á ellas tocaba proveer á su seguridad con la organizacion de las guardias nacionales. Angers y Nantes fueron los puntos de concentracion sobre el Loira, Borbon-Vendée y Niort hácia lo interior del territorio. Desde la évacuacion de las vastas conquistas imperiales, en Francia era la gendarmeria muy numerosa, y un gran depósito de ella habia dentro de Versalles. Napoleon formóla en cinco batallones de infantes y tres escuadrones de jinetes, y luego sin pérdida de tiempo la encaminó hácia las márgenes del Loira. Estos batallones y estos escuadrones compuestos de soldados aguerridos habian de servir de punto de enlace á los fedrados y á los guardias nacionales. De seguida convenia preparar columnas de tropas activas, que pudieran penetrar en lo interior del pais insurrec-

cionado y sofocar el levantamiento. Sobre Angers se habian replegado los regimientos 15.^o y 26.^o de infantería. Allí los dejó Napoleón para que tuvieran tiempo de juntar su efectivo todo, y les agregó el 27.^o regimiento. Por entonces el regimiento 43.^o se hallaba en Rochefort y el 65.^o en Nantes. Napoleón expidió órdenes para que fuesen reforzados con uno ó dos regimientos sacados del cuerpo del general Clausel al punto, y de seguida hizo que se formaran los terceros y cuartos batallones de estos diversos regimientos. Cuando tal formacion se hallase terminada, las columnas situadas en la circunferencia del país insurreccionado, allí debian penetrar concéntricamente y aniquilar á cuantos rebeldes hallasen al paso. Napoleón recomendó que no les guardaran contemplaciones. Tras de las columnas dispuso que fueran comisiones militares, con orden de juzgar y de ejecutar acto continuo á los principales rebeldes cogidos con las armas en la mano. También prescribió que fuesen arrasadas las posesiones de los gefes todos. Por medio de un castigo rápido y terrible deseaba desalentar á aquellos infelices paisanos, que no tenian de ningun modo los pretextos legítimos que en el año de 1793 para el levantamiento, pues se respetaba su culto, su vida, su hacienda, hasta se les ahorraban los rigores de las conscripciones, practicando en su país levas con miramientos que las reducian casi á la nada.— Cuando la Vendée conozca á lo que se expone con su conducta, decia Napoleón por entonces, lo reflexionará bien y volverá á la calma.— Para asegurar mejor un pronto resultado, en posta hizo partir al regimiento 47.^o para Laval, donde se em-

pezaban á remover los chuanes, y además á una division de la jóven guardia, que á las órdenes del general Brayer se debia mantener en Angers de reserva. De esta suerte, á pesar de su resolucion de segregar de las fuerzas destinadas al grande ejército la menor porcion posible, esta deplorable insurreccion le debia privar de cuatro ó cinco regimientos, de muchos terceros batallones, y de una division de la jóven guardia, entre todos veinte mil hombres por lo menos, que le iban á hacer falta sobre un campo de batalla, donde pudieran muy bien decidir la victoria. ¡Desgracia imponderable sin otro provecho para los realistas que servir algun tanto á su causa, y arruinar la de Francia en Waterloo!

De lo mucho que se agitaban los realistas, Napoleon infirió la preparacion de levantamientos intestinos, destinados á dar apoyo á los ataques exteriores, y no queria dejar el campo libre á los enemigos de todas clases, que, por perderle á toda costa, se exponian á perder la Francia. Asi deseaba medidas contra los que fomentaban la guerra civil de una manera ostensible. Pero oposicion halló en algunos de sus ministros, que se negaban á entrar en la via de la arbitrariedad con razon sobrada, y especialmente en Mr. Fouché, que por su parte no pensaba mas que en adquirir títulos para con todos los partidos, cualesquiera que fuesen sus acciones. Grave era la cuestion á todas luces, por haber de optar entre dos inconvenientes, el de permitirles todo á adversarios muy dispuestos á valerse de la holgura que se les dejaba para sus fines, y el de recurrir á las leyes bárbaras de la Convencion y del Directorio. Napoleon exigió

la preparacion de una ley moderada y vigorosa, que definiera con puntualidad los diversos delitos de tendencia á provocar la guerra civil ó á hacerse cómplices de la guerra extranjera, y destinóla á formar la primera propuesta que se haria á las Cámaras con las leyes de hacienda. Entretanto quiso que en las leyes de anterior fecha buscara el Consejo de Estado las disposiciones que, sin ser exageradas ni crueles, se pudieran aplicar de seguida. Del pais insurrecto ordenó que fueran alejados los que no tenian alli su habitual domicilio; tambien dispuso que se formara una lista de los que habian abandonado su residencia ordinaria, ora para ponerse al frente de las facciones, ora para dirigirse á la córte de Gante, y previno que se les hiciera la intimacion de volver á sus casas, bajo pena del secuestro de sus haciendas. En Tolosa y aun mas particularmente en Marsella, hombres atrevidos y señalados como enemigos implacables predicaban la insurreccion á un candente populacho. A algunos de ellos hizo salir de estas ciudades, donde redujo la guardia nacional á corto número de hombres seguros, en cuyas manos se podia dejar las armas sin el menor peligro.—Yo no quiero maltratar á nadie, les dijo á sus ministros, sino intimidar solamente, y si mientras seiscientos mil hombres avanzan sobre Francia, no me decido á dar al traste con las tentativas de los partidos interiores, hasta dentro de París tendremos insurrecciones que alarguen la mano á los ejércitos coaligados.—Sus ministros guardaron silencio, y Mr. Fouché como todos, si bien este prometiéndose no ejecutar las órdenes de su soberano, y no por respeto á los principios de una le-

galidad rigurosa, sino para adquirir mérito personal ante los realistas. ¡Tristes y lamentables tiempos los de la guerra civil en connivencia con la guerra extranjera, tiempos en que es forzoso optar entre el temor de faltar á la defensa del territorio, y el temor de faltar á los principios de una libertad sana!

Además ocurrió á Napoleon otra cosa que hacer uso de la intimidacion contra los vendeanos. A sus ojos era evidente que no se lanzaban á la lucha tan de corazon como antes, y que habia entre ellos divergencia de pareceres y aun alteracion de voluntades, y así ideó recurrir á la política al mismo tiempo.—Esos infelices vendeanos están locos, les dijo á sus ministros. Quietos les dejé durante mi reinado; no me metí con ninguno de sus gefes, ni con ninguno de sus sacerdotes. A mayor abundamiento restablecí sus ciudades, les doté con caminos, por ellos hice cuanto me permitió el tiempo de que me fué posible disponer entonces, y en galardón de tales tratamientos se vienen á lanzar sobre mí cuando tengo encima á toda Europa! A pesar de la repugnancia que experimento en maltratar á nadie, me voy á ver en la necesidad de emplear en su contra el hierro y el fuego. ¿Y para qué en suma? De cierto no ha de ser resuelta la cuestion por los vendeanos. Me voy á batir con los ingleses y los prusianos sus amigos, y á decidir no solo de la suerte de las dos dinastías, sino de la de Europa. Si salgo vencido, ellos ganan su causa; si salgo victorioso, nada podrá asegurarles su triunfo. Yo extirparé hasta la raiz de esa guerra civil abominable, hombres y cosas; yo haré desaparecer todo lo que permite á pobres

campesinos obcecados asesinar á sus compatriotas, ó dejarse asesinar por ellos á causa de las mas absurdas preocupaciones. Asi no dependerá de ellos su suerte, sino de la coalicion y de mi persona. Manténganse en reposo; no den lugar á que sean talados sus campos, incendiadas sus chozas, pasados á cuchillo sus hombres mas robustos en estériles esfuerzos, y dejen á mi ejército y al de los extrangeros zanjár la cuestion en un duelo á muerte. Hartos hombres perecerán y de los mejores en este conflicto, sin necesidad de que se obligue á los franceses á degollarse unos á otros. Tras de muy pocos dias de paciencia, todo quedará terminado.....—Vos, duque de Otranto, añadió Napoleon, vos conocísteis y tratásteis en otro tiempo á los diversos gefes vendeanos; en París habrá algunos sin duda, con que enviadlos á buscar de grado ó por fuerza, y haced que se den á razones, y proponerles un armisticio que ahorre inútiles estragos á esta infeliz Francia. La tregua que les pidáis no es menester que sea larga. Dentro de cuatro semanas su causa estará ganada ó perdida, al precio de otra sangre que la de ellos, y si resulta perdida bajo el punto de vista de sus opiniones, ciertamente será ganada bajo el de sus intereses verdaderos, porque les haré cien veces mas beneficios con mis leyes y mis trabajos que les harian los Borbones, por quienes se sacrifican inútilmente ya hace veinte y cinco años.—

No se podia invitar al duque de Otranto con mejor fiesta que la de inducirle á entablar relaciones particulares con los partidos. A Mrs. de Malartic, de Flavigny y de la Berandiére envió á llamar de seguida, y les encargó que fueran á la

Vendéc á propagar las ideas de Napoleon, que reprodujo fielmente, si bien con su lenguaje y sentimientos particulares.—¿Por qué, les dijo, os sacrificais para traer á los Borbones, á quienes no debeis nada, y para derrocar á un hombre, que os ha hecho tantos beneficios, que os los hará todavía, pero que en todo caso no tiene quizá para seis semanas? Juguete sois de vuestras preocupaciones y de la ambicion de vuestros gefes. Os llevan á la matanza, por ellos y no por vosotros, á la par que si teneis la cordura de no mezclaros en nada, muy pronto os vereis libres del imperio, ó sometidos á un yugo que á la verdad no será muy ominoso para vuestras comarcas. Vosotros detestais á Bonaparte, yo no le amo tampoco; mas ni vosotros ni yo podemos nada. Como un furioso se va á arrojar sobre la Europa, y sucumbirá segun todas las verosimilitudes; pues bien, ya trataremos de entendernos en tal caso, y como una vez derribado del sòlio, únicamente son posibles los Borbones, ya nos concertaremos para volverlos á traer á Francia y hacerles reinar mas cuerdamente que la vez primera. Yo no os pido que depongais las armas, ni tampoco que os sometais al imperio, sino tan solo que suspendais las hostilidades. Hasta trataré de conseguir que las tropas imperiales se retiren al límite del pais insurreccionado, y que prosigais dueños de vuestro territorio, si bien á condicion de que os mantengais quietos é inofensivos.—

Estas palabras eran de índole propia á hacer impresion viva sobre los vendeanos, pues si á sus últimos esfuerzos se les despojaba del motivo culpable, y que no declaraban de ningun modo, de pri-

var al ejército francés de veinte mil hombres, en esta intentona de guerra civil todo era absurdo y extravagante. Movidos por el lenguaje verdadero, y casi cínico del duque de Otranto, á toda prisa marcharon los tres negociadores para proponer en la Vendée la suspension de armas, á tenor de las ya enunciadas condiciones. Por lo demás ya se anunciaba á los vendeanos que no estarían mucho en espera, pues ya era la víspera del 1.º de junio, dia definitivamente señalado para la ceremonia del Campo de Mayo, é inmediatamente despues debia partir Napoleon á ponerse al frente del ejército y decidir su cuestion con Europa.

Efectivamente ya habia llegado casi la totalidad de los registros comprensivos de los votos sobre el Acta adicional, y se habian comenzado los operaciones del escrutinio. Ya los dias 29 y 30 de mayo se habian juntado las diputaciones de los colegios electorales en los ochenta y siete puntos de reunion designados, para dedicarse al cómputo de los votos. Finalizado este trabajo, cada una eligió cinco miembros para proceder bajo la presidencia del príncipe archicanciller al escrutinio general de los votos de los departamentos. Además, para dirigir un mensaje al emperador autorizaron á sus delegados. Formando estos una asamblea de cuatrocientos ó quinientos individuos, se reunieron el miércoles 31 de mayo en el palacio del Cuerpo legislativo, y reconocieron que el número de votos, no incluyendo los de algunos distritos, por ser todavía ignorados, era el de un millon trescientos cuatro mil doscientos seis entre todos; de ellos un millon trescientos mil afirmativos, y cuatro mil doscientos seis negativos. De tres mi-

lones quinientos setenta y siete mil doscientos cincuenta y nueve habia sido el número de votos para la institucion del Consulado vitalicio, y de tres millones quinientos setenta y dos mil trescientos veinte y nueve para la institucion del Imperio. Análoga era la superioridad numérica de los votos afirmativos con relacion á los negativos; pero el guarismo de los votantes se diferenciaba sobremañera, pues casi estaba reducido en tres cuartas partes, lo cual demuestra que entre la guerra representada por Napoleon y la contrarrevolucion representada por los Borbones, Francia no sabia á que manos confiar sus destinos, y atestiguaba su consternacion con su ausencia.

Inmediatamente despues de este recuento de votos, se ocuparon del mensaje. Diversos proyectos fueron presentados, entre los cuales se adoptó uno, redactado por Mr. Carion de Nisas con participacion del gobierno. Este proyecto expresaba de una manera vigorosa las dos ideas predominantes por entonces; resolucion de Francia de combatir á las órdenes de Napoleon para asegurar la independencian nacional, y resolucion despues de la paz de desarrollar las libertades públicas segun el sistema de la monarquía constitucional. Tambien la adhesion á Napoleon estaba expresada por completo. Mr. Dubois d'Angers, dotado de un órgano de voz sobrado fuerte para hacerse oír en el mas espacioso recinto, fué elegido para leer este mensaje.

Singularmente habia variado desde el programa de Lion el objeto del Campo de Mayo, pues debió consistir ante todo en la presentacion de las nuevas instituciones á los electores reunidos, y

despues en la coronacion del rey de Roma, y á consecuencia del método adoptado para la presentacion del Acta adicional y de la repulsa de María Luisa, se hallaba reducido á un simple recuento de votos. Para dar á esta ceremonia una significacion capaz de conmover á los espectadores y al público todo, Napoleon quiso añadir la distribucion de banderas á las tropas que iban á partir hácia las fronteras del Norte. Estas banderas entregadas á soldados, que jurarian morir dentro de pocos dias en su defensa, de cierto eran mas adecuadas que todo lo demás para conmover á los numerosos ciudadanos reunidos en el Campo de Marte. Hasta la vispera de la ceremonia circularon rumores muy contradictorios sobre lo que iba á pasar en ella, y al duque de Otranto se remontaba el origen de tales rumores. Con desembarazarse de Napoleon soñaba este infatigable intrigante á todas horas, no para traer nuevamente á los Borbones, que no aceptaba sino á falta de otra cosa, y si para lograr á ser posible la regencia de María Luisa y del rey de Roma, á fin de ser el amo bajo el gobierno de una mujer y de un niño. La negociacion secreta ensayada por Mr. de Metternich cerca de su persona, y frustrada con el envio de Mr. Fleury de Chaboulon á Basilea, le habia llenado mas que nunca del sentimiento de su propia importancia, y fortificado en la idea de segregar á Napoleon del mando, para poner en su lugar á María Luisa y al rey de Roma. De consiguiente á todo el que le queria dar oidos manifestaba sin rebozo y con una imprudencia harto explicativa de ser la situacion de Napoleon muy precaria, que, si este hombre tenia algun patrio-

tismo, se retiraria de la escena y abdicaria en favor de su hijo, y que bajo esta condicion infaliblemente desarmaria á Europa, ó á lo menos la quitaria la razon del todo, é impondria á todos los franceses el deber de pelear á muerte. Pero añadia que ni siquiera llegaria la cruel extremidad del combate, pues segun todas las verosimilitudes la abdicacion de Napoleon bastaria para detener á los ejércitos europeos. Cuando se preguntaba á Mr. Fouché en qué se fundaba para hablar de este modo, con aire de misterio respondia que se expresaba asi con muy fuertes razones, y dejaba entrever relaciones íntimas con las potencias extrangeras, de suerte de dar autoridad á sus palabras y gran valor á su persona. En su concepto de la ceremonia del Campo de Mayo se debia aprovechar Napoleon para dar este ejemplo de desinterés y tentar este golpe de politica profunda. Fácil es de adivinar cuánto camino andaban tales decires, saliendo de boca del ministro de la Policía, de aquel á quien se concedia menos respeto y mas importancia. A fin de tomar respecto de Napoleon sus precauciones, y de excusar palabras, cuyo eco podria llegar á sus oidos, Mr. Fouché trató de presentarle un plan que suponía hábil hasta lo sumo, y estribaba en ofrecer su abdicacion eventual á los soberanos coaligados bajo condicion de la paz inmediata, y en tomar á la nacion por juez de la mala fé de ellos, si desechaban la oferta, y llamarla en masa á las armas. Segun el duque de Otranto, si la proposicion era aceptada, Napoleon aseguraria la corona á su hijo, y á sí propio una gloria inmensa, y un reposo cercado del universal respeto, cualquiera que fuese el lugar que eligie-

ra para su retiro; y si al revés la desechaban los soberanos, le asistiría derecho para exigir los últimos sacrificios á Francia.

Napoleon rechazó desdeñoso esta invencion de un cerebro siempre en fermentacion y mas afanoso por acreditar la fecundidad que la rectitud de sus ideas. Cuando Napoleon tenia la cordura de reprimirse delante de Mr. Fouché usaba respecto de su persona de modales despreciativos, que eran cómodos y le dispensaban de maltratarle por sus temeridades, que de otro modo hubiera de tomar mucho mas en sério. Ningun trabajo le costó demostrar asi al duque de Otranto como á los demás lo muy quimérico de sus imaginaciones. Lo que Europa queria al demandar que Napoleon fuera sacrificado era que se la volviese á entregar la espada de Francia, y obtenida esta espada hacerla pasar por las Horcas Caudinas. Con efecto, si á la oferta de abdicacion no seguia inmediatamente la entrega de la persona de Napoleon á los soberanos, lo cual fuera para Francia una afrenta, y para Napoleon un acto de estupendo engaño, no fuera la tal oferta considerada por Europa sino como una comedia, á la cual habia que responder con el menosprecio. Si la entrega de la persona de Napoleon se llevara á remate, de fijo se estuviera en la posicion de los cartagineses con relacion á los romanos; despues de la entrega de las naves y de las armas, forzoso fuera entregar la misma Cartago, esto es que Europa, no queriendo á María Luisa, ni al rey de Roma, sino á los Borbones, los hubiera impuesto hasta sin garantia alguna á gentes bastante simples para entregarse por sí propias. Nada mas se ganára con tales tergiversacio-

nes que acreditar incertidumbre y quebrantar la autoridad de Napoleon en momentos en que se necesitaba que fuera mas fuerte que nunca, perder en pasos ridiculos el tiempo mas precioso para las operaciones militares, y sobre todo enervar la moral del ejército, que no veia mas que á Napoleon, ni deseaba mas que su persona. Estas reflexiones evidentes á todas luces patentizaban la ligereza de Mr. Fouché y la poca solidez de sus combinaciones. No por eso desistia de pregonarlas de un lado en otro, ni labraban menos en los ánimos de algunas personas de nota, divulgando la idea de que un gran acto de abnegacion por parte de Napoleon podia salvar á Francia, la cual se iba á ver expuesta á los mas horrorosos peligros, á causa de no consumarse tal acto. La verdadera abnegacion por parte de Napoleon consistiera en resignarse á morir en la isla de Elba, pero tanta virtud exigia este sacrificio que no hay gran justicia en querérselo imponer á mortal alguno. En ese caso jamás hubiera habido pretendientes en el mundo, es decir, que estuviera exento de ambicion el corazon humano.

Prescindiendo de la cuestion de la abdicacion eventual no suscitada formalmente, aun quedaba otra, la de saber como se presentaria Napoleon en el Campo de Mayo. ¿Acaso cómo simple general, mas soldado que emperador, ó como soberano rodeado con toda la pompa del trono? Muchos liberales muy sinceros, si bien medio republicanos, y pensando servirse de Napoleon para desembarazarse de los Borbones con la victoria, fijamente deseaban que las apariencias correspondieran á la sustancia de las cosas, tales como las concebía su

mente, y que Napoleon no apareciera en el Campo de Mayo sino como soldado. Por el contrario los asustados parciales de la autoridad, que ponian el grito en el cielo desde que al parecer se prestaba á los deseos de los liberales, no cesaban de propalar que Napoleon se entregaba á los revolucionarios para conseguir su apoyo, y que para venir á ser esclavo de ellos tanto valiera que se quedara en la isla de Elba. Napoleon no hacia mas caso de las exigencias de los unos que de los temores afectados de los otros; pero se ofendia de que se le supusiera degenerado, caido en manos de *la canalla*, porque aceptaba las condiciones de un monarca constitucional para su nuevo reinado. Por esto, aunque á los decires de estos celosos parciales de la autoridad imperial atribuia muy escasa importancia, de ningun modo quiso dar pábulo á sus malévolas observaciones, con presentarse por decirlo asi descoronado ante la numerosa asamblea llegada de todos los puntos de Francia. De consiguiente abrazó el partido de ir al Campo de Mayo, segun habia ido á la consagracion en otro tiempo, es decir, con el mismo aparato. A la verdad no era muy grave desacierto, porque de una batalla en Flandes iba á depender su suerte, y no de las fugaces impresiones producidas por un vano espectáculo sobre espíritus agitados; pero desacierto era sin duda, porque se necesitaba de toda la buena voluntad de los amigos de la libertad en aquellas circunstancias, y no habia para que moverles á disgusto ni respecto de las cosas pequeñas. De todos modos, sin inquietarse mucho de resultas de estas diversas opiniones, al Campo de Mayo se dirigió el 4.º de junio con veste de se-

da, gorro con plumas é imperial manto, dentro de la carroza llevada el dia de la consagracion y tirada por ocho caballos, precedido por los principes de su familia, y yendo á caballo y junto á uno y otro estribo los mariscales. Entre ellos figuraba el mariscal Ney á quien de un mes atrás no habia aun visto. Al descubrirle ahora, no pudo reprimir un movimiento de enojo, y le dijo estas palabras.—Yo contaba que habiais emigrado.— Asi dirigióse por el jardin de las Tullerías, los Campos Elíseos y el puente de Jena al Campo de Marte, por entre una muchedumbre curiosa, siempre sensible á su presencia y aplaudiéndole mucho, aunque llena de profunda zozobra. A un lado del Campo de Marte se hallaban los veinte y cinco mil hombres que componian la guardia nacional parisiense, al otro los veinte y cinco mil hombres de la guardia imperial y del sexto cuerpo, que para partir solamente aguardaban el final de la ceremonia. Todos aplaudieron á Napoleón á porfía, si bien los soldados de la guardia imperial y del sexto cuerpo de tropas hasta con frenético entusiasmo. Bueno es decir que estos apasionados gritos no significaban por su parte una adhesion interesada á la revolucion operada por ellos, sino la resolucion de morir por el honor de las armas francesas.

Napoleón dió vuelta al edificio de la Escuela militar, y entró allí por la espalda. Tras de subir al primer piso del palacio, se le introdujo en el recinto destinado á la ceremonia. Este recinto se hallaba construido á la parte de afuera en forma de semicírculo, cuyas extremidades se apoyaban en el edificio de la Escuela militar, y cuyo centro

se abria sobre el Campo de Marte. Arrimado estaba el trono al edificio de la Escuela; á derecha é izquierda se desarrollaban gradas semicirculares; en frente se alzaba un altar, y mas allá del altar una abertura hecha en el centro del recinto permitia ver todo el Campo de Marte erizado de bayonetas. Delante de esta abertura se habia dispuesto una plataforma, sobre la cual debia el emperador distribuir las banderas, y que se comunicaba con el Campo de Marte por medio de una larga série de escalones decorados con magníficos trofeos.

Seguido de su comitiva y al son de ardorosas aclamaciones subió Napoleon al trono. A uno y otro lado sus hermanos se sentaron en taburetes. Detrás y á alguna mayor altura su madre y sus hermanas ocupaban una tribuna arrimada á las ventanas de la Escuela militar. A derecha é izquierda y en las gradas semicirculares del anfiteatro se colocaron los diversos cuerpos del Estado segun su categoría, las autoridades civiles y militares, la magistratura, los representantes elegidos recientemente, las diputaciones de los colegios electorales, y por último, los enviados del ejército que iban á recibir las banderas de los regimientos. Esta vasta reunion ascendia de nueve á diez mil individuos. En el altar y rodeado de su clero se preparaba el arzobispo de Tours Mr. Barral á celebrar la misa, y finalmente desde todos los puntos de este recinto y en la vasta extension del Campo de Marte se descubrian cincuenta mil hombres del ejército y de la guardia nacional y cien bocas de fuego. Nunca habia presenciado Paris un espectáculo mas imponente. Para arrobar

las almas solo faltaba el sentimiento que lo anima todo, el de la alegría. Caloroso fué el recibimiento que á Napoleon hicieron á su entrada asi las diputaciones del ejército como los electores. ¡Pero ah, que las aclamaciones oídas revelaban mas el deseo que la esperanza! Bajo su gorro con plumas el agradable rostro de Napoleon aparecia grave y casi triste. Vanamente se buscaba á su lado á su esposa y á su hijo, y con pena se echaba de ver el aislamiento producido en su rededor por la voluntad inexorable de Europa. En el lugar de su esposa y de su hijo, se veia á sus hermanos recordando guerras funestas por tronos de familia, y entre ellos solamente Luciano hallaba gracia, porque nunca se habia ceñido corona. Algunos de los circunstantes desaprobaban la pompa desplegada; los mas se nutrian de pensamientos mas serios, preocupándoles hasta lo sumo el inminente peligro del Estado. Con lanzar de vez en cuando gritos convulsivos de *viva el emperador!* se eximia el ejército de la tristeza general por medio de los furores del patriotismo. En suma, el aspecto de esta escena era el de un duelo á muerte que se preparaba no entre dos individuos, sino entre una nacion y el mundo.

Principio dióse por demandar la bendicion del cielo para aquel trono vuelto á levantar recientemente, solo Dios sabia por cuanto tiempo, y para aquella nacion postrada de hinojos al pie de los altares. Un *Te Deum* se cantó despues de celebrada la misa; y acto continuo y como en número de quinientos los diputados de los colegios electorales, y dirigidos por el principe archicanciller se fueron á colocar al pie del trono. Entonces el que

de ellos habia de leer el mensaje tomó la palabra, y con voz fuerte y vibrante se hizo oír de todos los asistentes. Adhesion al emperador y á la libertad, paz si se lograba persuadir á la Europa, guerra encarnizada en el caso contrario, tal era la sustancia del discurso, porque tal era la sustancia de las ideas de cuantos habian deseado la vuelta de Napoleon ó consentido que se llevara á remate.— Reunidos de todas las partes del imperio en torno de las tablas de la ley, á donde venimos á inscribir el voto del pueblo, dijo sustancialmente el orador de los colegios electorales, nos es imposible no hacer que sea oída la voz de Francia, de que somos órganos, no decir en presencia de Europa al gefe de la nacion lo que espera de él, y lo que él puede esperar de ella.... «¿Qué es lo que »pretenden, señor, esos soberanos que avanzan »hácia nosotros con tan vasto aparato de guerra? »¿Con qué acto hemos dado motivo á la agresion »suya? ¿Acaso hemos violado despues de la paz »los tratados?..... Restringidos dentro de fronte- »ras, que la naturaleza no ha trazado, que aun »antes de vuestro reinado la victoria y la paz ha- »bian extendido, no hemos traspasado este recin- »to estrecho, por respeto á los tratados, que vos »no firmásteis y que ofreceis respetar sin embar- »go..... ¿Qué es lo que pretenden de nosotros?... »No quieren al gefe á quien damos la preferencia, »y nosotros no queremos al que pretenden impo- »nernos. Se atreven á proscribimos, á vos que, »dueño tantas veces de sus capitales, generosa- »mente les afianzásteis en sus tronos desmorona- »dos. Este ódio de nuestros enemigos acrecienta »nuestro amor á vuestra persona. Aun cuando se

»proscribiera al mas desconocido de nuestros ciu-
»dadanos, le deberíamos defender con el mismo
»teson, por hallarse bajo la egida del poder de
»Francia.

»¿No se piden mas que garantías? Todas se
»hallan en nuestras nuevas instituciones y en la
»voluntad del pueblo francés ya para siempre uni-
»da á la vuestra. ¡Vanamente se quieren ocultar
»designios funestos bajo el designio único de
»apartaros de nosotros, y darnos señores que ya
»no nos entienden y á quienes ya no entendemos
»tampoco! Su presencia momentánea ha destruido
»todas las ilusiones que aun se asociaban á su
»nombre. Ya no podrian creer en nuestros jura-
»mentos, ni tampoco podriamos ya creer en sus
»promesas. Harto evidentemente sus miras se ci-
»fraban en el diezmo, en el feudalismo, en los pri-
»vilegios, todo lo cual nos es odioso. Un millon
»de funcionarios públicos y de magistrados adic-
»tos á las máximas de 1789 ya hace veinte y cinco
»años, mayor número de ciudadanos de luces, que
»hacen de sus máximas una profesion reflexiva, y
»entre los cuales acabamos de elegir nuestros re-
»presentantes, quinientos mil guerreros, nuestra
»fuerza y nuestra gloria, seis millones de hom-
»bres, que de resultas de la revolucion figuran
»como propietarios, no eran los franceses de los
»Borbones: no querian reinar mas que para un pu-
»ñado de privilegiados, de veinte y cinco años
»atras castigados ó perdonados. Ante vos se ha
»desmoronado su trono vuelto á erigir un instante
»por ejércitos extranjeros y rodeado de errores
»incurables, porque del seno del retiro, que no es
»secundo sino para los grandes hombres, nos

»traeis la verdadera libertad, la verdadera gloria.... ¿Cómo esa marcha triunfal desde Cannas hasta París no ha arrancado la venda de todos los ojos? ¿Por ventura hay una escena mas nacional, mas heróica, mas imponente, en la historia de ningun pueblo? ¿No ha bastado ese triunfo que no ha costado sangre, para desengañar á nuestros enemigos? ¿Acaso los quieren mas saugrientos? Pues bien, señor, aguardad de nosotros cuanto un héroe fundador puede aguardar de una nacion fiel, enérgica, inquebrantable en su doble anhelo de libertad dentro y de independencia fuera.....

»Fiados en vuestras promesas, nuestros representantes van á revisar nuestras leyes con madurez, con reflexion, con cordura, y á armonizarlas con el sistema constitucional, ¡y ojalá nos oigan los gefes de las naciones durante este tiempo! Si vuestras ofertas de paz son aceptadas por esos gefes, de vuestro gobierno vigoroso, liberal y paternal aguardará el pueblo francés motivos para consolarse de los sacrificios que la paz le haya costado; pero, si no se le deja mas eleccion que el oprobio ó la guerra, se levantará en masa á fin de eximiros de las ofertas, quizá sobradamente moderadas, que habeis hecho para evitar nuevos trastornos á Europa. Todo francés es soldado; de nuevo á vuestras águilas seguirá la victoria, y muy pronto se arrepentirán de habernos provocado nuestros enemigos, que contaban con nuestras divisiones.»

Este discurso, del cual solo copiamos aqui los principales pasajes, pronunciado con fuego y con voz retumbante conmovió á los asistentes, y sin

embargo de sus preocupaciones les arrancó vivos aplausos.

En seguida el príncipe archicanciller anunció el resultado de los votos, consistente según ya hemos expresado en un millon y trescientos mil afirmativos y en cuatro mil doscientos seis negativos, y aceptada declaró el Acta adicional por la nacion francesa. Llevada esta Acta al pie del trono, la firmó el emperador, y acto continuo pronunció el siguiente discurso, escrito con el vigor mental y de estilo que tenia de costumbre.

«Señores electores, y señores diputados del ejército de mar y tierra:

»Emperador, cónsul, soldado, al pueblo se lo debo todo. En la próspera y adversa fortuna, sobre el campo de batalla, dentro del consejo, sobre el trono, en el destierro, Francia ha sido objeto único y constante de mis pensamientos y de mis obras.

»A semejanza de aquel rey de Atenas, me sacrificué á mi pueblo, con la esperanza de que se realizase la promesa empeñada de conservar á Francia su integridad natural, sus honores y sus derechos.

»La indignacion de ver atropellados y perdidos para siempre estos derechos sagrados y adquiridos en veinte y cinco años de victorias, el grito del honor francés ajado, el voto de la nacion me han vuelto á traer sobre este trono, que estimo en mucho, porque es el paladion de la independencia, del honor y de los derechos del pueblo.

»Franceses, al cruzar en medio de la alegría pública las diversas provincias del imperio, para ir á mi capital, debí contar con una paz dura-

»dera; las naciones están ligadas por los tratados
»celebrados por sus gobiernos, cualesquiera que
»sean estos.

»Entonces todo mi pensamiento se aplicaba á
»discurrir los medios de fundar nuestra libertad
»por medio de una constitucion en armonía con la
»voluntad y el interés del pueblo. Y convoqué el
»Campo de Mayo.

»No tardé en saber que los príncipes, que han
»vulnerado todos los principios, y herido la opi-
»nion y los intereses de tantos pueblos, nos quie-
»ren hacer la guerra. Ahora meditan sobre dar
»ensanche al reino de los Países Bajos, con la
»agregacion de todas nuestras plazas fronterizas
»del Norte, y conciliar las diferencias que les di-
»viden todavía, repartiéndose la Lorena y la Al-
»sacia.

»Me he tenido que aprestar á la guerra.

»Sin embargo, antes de correr personalmente
»los azares de los combates, mi primera solicitud
»ha debido vincularse en constituir á la nacion
»sin demora. Aceptada ha sido por el pueblo el
»Acta adicional que le he presentado.

»Franceses, cuando hayamos repelido esas
»agresiones injustas, cuando se convenza Europa
»de lo que se debe á los derechos y á la indepen-
»dencia de veinte y ocho millones de hombres,
»una ley solemne, y hecha segun las fórmulas por
»el Acta adicional deseadas, reunirá todas las dis-
»posiciones de nuestras constituciones actual-
»mente esparcidas.

»Franceses, vais á regresar á vuestros depar-
»tamentos. Decid á los ciudadanos que las circuns-
»tancias son graves; que con union, energía y per-

»severancia saldremos victoriosos de la lucha
»de un gran pueblo contra sus opresores; que las
»generaciones venideras escudriñarán severamente
»nuestra conducta; que una nacion lo ha perdido
»todo cuando pierde su independencia. Decidles
»que los reyes extranjeros, á quienes elevé sobre
»su trono, ó que me deben la conservacion de su
»corona, todos los cuales solicitaron con empeño
»mi alianza y la proteccion del pueblo francés en
«tiempo de mi próspera fortuna, hoy asestan sus
»golpes todos contra mi persona. Si yo concibiera
»que su ojeriza no es á la pátria, á su merced
»pondria esta existencia, contra la cual se mues-
»tran tan encarnizados. Pero decid tambien á los
»ciudadanos que mientras los franceses me conser-
»ven los sentimientos de amor de que me dan tan-
»tos testimonios, esa rabia de nuestros enemigos
»será impotente.

»Franceses, mi voluntad es la del pueblo; mis
»derechos son los suyos; mi honra, mi gloria, mi
»ventura, no pueden ser otras que la honra, la
»gloria y la ventura de Francia.»

Este discurso excitó vivas aclamaciones. En este momento el arzobispo de Bourges, limosnero mayor por entonces, presentó el libro de los Evangelios á Napoleón, que extendiendo encima la mano, prestó juramento á las constituciones del imperio. El príncipe archicanciller prestó el juramento de fidelidad antes que otro alguno. ¡Juramos! gritaron á una miles de voces. Entonces sonaron estrepitosos aplausos, y á las aclamaciones de ¡viva el emperador! se mezclaren algunos gritos de ¡viva la emperatriz! Este último grito sin eco, no dejó de producir algun embarazo, igno-

rándose con efecto si convenia repetirlo en ausencia de la que debia estar en union de su hijo al lado de su esposo, y no habia tenido valor ni aun voluntad de ponerlo por obra. Este penoso silencio de algunos instantes fué interrumpido de pronto por las diputaciones militares, blandiendo sus espadas y gritando al mismo tiempo *viva la emperatriz! viva el rey de Roma! ¡Nosotros iremos en su busca!*

Despues de esta parte de la ceremonia, Napoleon se puso en pié y se desnudó el imperial manto, y cruzando el recinto semicircular se fué á colocar sobre la plataforma, donde habia de distribuir las banderas. Magnífico era el espectáculo en tal momento, porque la grandeza del sentimiento moral igualaba á la magestad del sitio, de pie estaban junto al emperador el ministro de lo Interior con la bandera de la guardia nacional parisiense, el ministro de la Guerra con la bandera del primer regimiento del ejército, el ministro de Marina con la bandera del primer cuerpo de la armada. Sobre los numerosos escalones que ponian en comunicacion al recinto y al Campo de Marte, se hallaban esparcidos á un lado los oficiales que tenian las banderas del ejército y de la marina y de los guardias nacionales, y al otro las diputaciones que las habian de recibir á poco. Enfrente y sobre muchas líneas estaban formados cincuenta mil hombres con cien piezas de artilleria; finalmente, casi todo el pueblo de París se hallaba en la vasta extension del Campo de Marte.

Avanzando Napoleon hasta el escalon postrero y teniendo debajo y á alcance de su voz á los destacamentos de los distintos cuerpos, les dijo con

una de las banderas en la mano:—Soldados de la guardia nacional de París y de la guardia imperial, os confío el águila con los colores nacionales. ¿Jurais morir si es menester por defenderla contra los enemigos de la patria y del trono?—Sí, sí, lo juramos, respondieron miles de voces.—¿Vosotros, siguió Napoleon, soldados de la guardia nacional, jurais no consentir nunca que el extranjero manche de nuevo con su planta la capital de la gran nacion?...—¡Sí, sí, lo juramos! respondieron de buena fé y decididísimos á cumplir esta promesa los guardias nacionales parisienses.—¿Y vosotros, soldados de la guardia imperial, jurais superaros á vosotros mismos en la próxima campaña, y morir antes de aguantar que los extranjeros vengan á dictar la ley á la patria?—Sí, sí, respondieron con arranque los soldados de la guardia, que muy en breve debian cumplir su palabra, no de vencer, sino de morir en los campos de Waterloo. Despues de estas cortas alocuciones acogidas con entusiasmo, aglomerándose las diputaciones del ejército unas tras otras llegaron á recibir sus banderas. Animado Napoleon por esta escena, y recordando los numerosos encuentros, donde aquellos diversos regimientos se habian distinguido, á cada uno dirigió frases oportunas, que acabaron por electrizarles del todo. Aunque larga conmovió la escena á los espectadores. Como avanzaba el dia y no habia tiempo de distribuir las banderas de los guardias nacionales á los diputados de los colegios electorales, para los dias siguientes se dejó esta parte de la ceremonia. En seguida desfilaron las tropas á paso redoblado al compás de las músicas y de los gritos de *viva el*

emperador! repetidos con entusiasmo por el ejército y aun por la guardia nacional, que se inflamó presto, cediendo al universal impulso.

Mientras esta ceremonia, bellísima para cuantos fueron testigos de ella, se consumaba á la vista del Campo de Marte, un poco mas atrás, donde estaban reunidos los diversos cuerpos del Estado, y donde se descubria suficientemente el espectáculo para conmoverse de resultas, allí predominaban las inquietudes, la divergencia de pareceres y las preocupaciones profundas. Grande semejanza hallaban los antiguos liberales propensos al republicanismo entre lo que tenian delante de los ojos y el antiguo imperio: sus contradictores, mas alarmistas que alarmados, lo hallaban harta semejanza con la revolucion francesa: los mas de los electores idos de buena fé á París hubieran querido aproximarse mas al emperador, y estar menos separados de su persona por la pompa de una gran ceremonia. Asi, mientras que delante de este recinto el sentimiento nacional arrebataba los corazones, detrás los atribulaba y dividia la justa zozobra producida por las circunstancias. No era ya la federacion de 1790, adonde existia la nacion ignorante, entusiasta y unida, sino tras una revolucion inmensa, cuando estaba instruida, desengañada, abrumada bajo el peso de los desaciertos cometidos, casi desesperada, y no conservando de los sentimientos de 1789 mas que una heroica bravura ejercitada por veinte y cinco años de guerra. Contribuyendo Mr. Fouché á las divisiones, bajo las cuales habia de sucumbir personalmente y antes de mucho, en los intervalos de esta larga solemnidad se atrevió á decir á la

reina Hortensia en voz baja:—El emperador ha perdido una magnífica ocasión de poner el sello á su gloria y de asegurar la corona de su hijo con abdicar.... Así se lo he aconsejado; pero no quiere dar oídos á ningún consejo.—Semejantes palabras no eran adecuadas para unir las voluntades con el objeto de defender á Francia y la libertad bajo la dirección de Napoleón; dirección que era forzoso aceptar, puesto que se había deseado ó consentido su retorno, y que por otra parte era la mejor que se podía apetecer para la guerra.

Quiriendo acabar de distribuir las banderas, tornar á ver á los electores y acercárseles más en persona, Napoleón ideó juntarlos en la gran galería del palacio del Louvre, donde colocados en dos filas podrían caber á la par que las diputaciones de las tropas. Para esta segunda ceremonia eligió el domingo siguiente 4 de junio, y para la apertura de las Cámaras el lunes ó el martes, según el tiempo que necesitaran para quedar constituidas. Con el objeto de ponerse al frente del ejército pensaba partir el lunes siguiente 4 de junio, y tenía empeño en dejarlas instaladas y ya aplicadas á sus tareas, antes de correr á los campos de Flandes á decidir de su suerte y de la de Francia. En torno suyo andaban divididas las opiniones, á la par que unos creían conveniente no tomar la iniciativa en las hostilidades, sin aguardar entre la frontera y la capital á los enemigos, para que lo odioso de la agresión recayera sobre ellos, otros más atentos á las consideraciones militares que á las políticas, y sabedores de que los ingleses estaban solos en la frontera, opinaban que lo mejor era echárseles encima de pronto y hacerlos pedazos.

Napoleon dejaba decir á unos y á otros, y rara vez respondia sobre este punto, á fin de no revelar sus designios; cuidadosamente seguia con los ojos la marcha de las masas enemigas, y calculaba el punto exacto, por donde podria interponerse en su dia, para impedir que juntaran sus fuerzas. Esto aconteceria segun sus cálculos para el 15 de junio, y en esta fecha esperaba tener las tropas indispensables para operar eficazmente. Como le estrechaba el conde de Lobau para que diera principio á las operaciones, le dijo estas palabras:—Esperad á que tenga por lo menos cien mil hombres, y entonces ya vereis cual me sirvo de ellos.—Todo hacia esperar ciento cincuenta mil hombres para mediados de junio, y habiendo señalado para el dia 12 su partida, Napoleon queria arreglar antes con las Cámaras la marcha de los negocios.

Por decreto las convocó para el sábado 3 de junio, de modo que en este dia y los dos siguientes, pudiera la de representantes examinar los poderes de sus miembros, elegir su presidente, sus vice-presidentes y sus secretarios y constituirse por último antes de la sesion imperial, pues en aquella época la constitucion de las cámaras precedia á la ceremonia en que el soberano va personalmente á abrir la legislatura. Napoleon tenia más de un motivo particular para obrar de este modo. Desde luego, segun hemos dicho, queria muy de veras hacer á su hermano Luciano presidente de la Cámara de representantes, y con este designio trató de que fuera elegido representante por el departamento del Isère, lo cual no ofreció dificultad alguna. De consiguiente necesitaba esperar el resultado del escrutinio de la Cámara de representantes pri-

mero de publicar la lista de los pares, en la cual no podia ménos de incluir á su hermano Luciano, si la segunda cámara no le votaba para la presidencia.

Sin embargo, el proyecto de Napoleon era de ejecucion muy dificultosa. Ya hemos dicho que antiguos magistrados, militares, compradores de bienes nacionales, revolucionarios honrados, los más de los seiscientos y pico de miembros de la Cámara de representantes se hallaban animados de excelentes intenciones, y poseidos del doble deseo de sostener á Napoleon y de sujetarle al régimen constitucional. Sin duda el Acta adicional les habia desagradado, y no porque anhelaran incluir en ella otra cosa de lo contenido, sino á causa de que establecia grande semejanza entre el segundo imperio y el primero, y de que por hacer no les dejaba casi nada. No obstante, pareciendo admitida por el emperador la idea, segun resultaba de su discurso pronunciado en el Campo de Mayo, de someter á su revision las constituciones imperiales con el fin de adaptarlas al Acta adicional y aun de tocar á esta última en caso necesario, ya habian obtenido satisfaccion bajo los aspectos esenciales, y para figurar en la oposicion no les quedaba ningun motivo sério. Pero, como elegidos bajo la influencia de una desconfianza general respecto del despotismo imperial antiguo, les desvelaba de continuo el afan de no aparecer dependientes. Todos los poderes, hombres ó asambleas, tienen sus debilidades, y la de la Cámara de representantes consistia en el temor de ser tildada de servilismo. Incesante disposicion habia por tanto de usar ante Napoleon el lenguaje del tribuno sin abrigar sus sen-

timientos; cuando convenia por el contrario unirse á su persona para salvar la Francia y los principios de la revolucion, y sin dejar de estar en actitud de resistirle si volvía á sus antiguas mañas. Bajo el dominio de esta susceptibilidad extremada, poco propicia se hallaba la Cámara de representantes á nombrar al príncipe Luciano; comprometida se creyera desde su estreno, si tan de prisa tomara los colores imperiales. A esta debilidad añadía la de los provincianos recién llegados á la corte, no concedores de París, ni de los hombres, ni del manejo de las asambleas. Al rechazar al príncipe Luciano, por ser hermano del emperador, no sabían á quien dar el voto. Inclinados algunos de sus miembros á una libertad muy próxima á la libertad republicana, de buen grado eligieran á Mr. de Lafayette, que, aun mostrandose respecto del Acta adicional bastante satisfecho, tambien expresaba su desvio respecto de Napoleon sin rebozo; pero los revolucionarios le tachaban de cierto vestigio de inclinacion hácia la casa de los Borbones. Asi era demasiado revolucionario para unos, y muy poco revolucionario para otros, y de resultados no parecia propio á reunir la mayoría de los sufragios. A la doble idea de entonces correspondía á maravilla Mr. Lanjuinais, notable en tiempo de la Convencion por su resistencia á la Montaña, y notable por su resistencia al emperador bajo el imperio. No era objecion que por Luis XVIII se le hubiese admitido en la pairía. Con esto se queria dar á entender que no reinaba espíritu de exclusivismo, y que se recurria á los amigos de la libertad donde quiera que fuesen hallados. Por consiguiente Mr. Lanjuinais reunia grandes probabilidad-

des de ser elegido presidente de la Cámara de representantes.

Ya se ha expresado que el inconveniente de la libertad otorgada demasiado tarde estriba en que por lo comun siempre toca hacer el difícil ensayo en circunstancias peligrosas, cuando el poder tiene miedo de ella, cuando ella tiene miedo del poder, y cuando se hacen la guerra, en lugar de unirse para la salvacion del uno y la otra. Tan inexperto el gobierno como la asamblea, no descubria á las claras la disposicion de animo de los representantes, y cometia el desacierto de ir en pos de una cosa imposible, al desear la presidencia del príncipe Luciano, á la par que mejor servido renunciara á ella, y sin obstáculo dejara correr la candidatura de Mr. Lanjuinais, en que no habia ofensa ni aun desdoro.

Convocada la Cámara de representantes á fin de constituirse para el sábado 3 de junio, decretó un reglamento provisional, se dividió en comisiones para proceder al examen de los poderes, y declaró definitivamente admitidos á todos aquellos de sus miembros, cuya eleccion no ofrecia dificultad alguna. Sin malevolencia de ninguna clase, la comision encargada de examinar las elecciones del Isère, hizo la observacion naturalísima de que el príncipe Luciano, allí nombrado representante, muy probablemente seria elevado á la pairia, y convendria saberlo á fondo antes de admitirle ó de admitir á su suplente Mr. Duchesne. Así la asamblea difirió esta admision como todas las que daban margen á algunas objeciones, aplazandola solo hasta que se diera á la luz pública la lista de los pares. Al pronto no hubo ni la malicia mas re-

mota al suscitar dificultad semejante. Sin embargo, la malicia vino muy luego: inmediatamente se dijeron unos á otros al oído, que Napoleon queria por presidente á su hermano Luciano, y que este era el verdadero motivo de dilatar la publicacion de la lista de los nuevos pares, y de aqui se derivaron malévolas observaciones de seguida. Uno de los representantes manifestó que la Cámara debia proceder al dia siguiente á la eleccion de la mesa, y que era necesario conocer la lista de los pares, á fin de que no se perdieran votos, con dárselos á nombres de personas designadas para su elevacion á la pairía. Nada se respondió por parte del gobierno, á causa de que nada estaba organizado para la direccion de la asamblea, y quedóse en una indecision que, sin producir todavía enojo, lo habia de engendrar positivamente y antes de mucho. Se convino en que al dia siguiente, 4 de junio, y sin embargo de estar convidada la Cámara de representantes para asistir á la ceremonia del Louvre, celebrara sesion en el palacio del Cuerpo legislativo, con el fin de acelerar su constitucion todo lo que fuera posible.

Al dia siguiente domingo 4 de junio, mientras las diputaciones que habian asistido al Campo de Mayo, se dirigian al Louvre, los representantes se juntaban dentro del palacio del Cuerpo legislativo, para proseguir allí sus tareas. Apenas abierta la sesion volvióse á la cuestion suscitada el dia antes, y comenzando ahora á aparecer ya la malicia, se preguntó cómo se debia considerar la eleccion del príncipe Luciano. Uno de los miembros deseaba que se aplazara esta eleccion por el motivo de que, siendo par de derecho, no podia el príncipe Lucia-

no figurar como representante. Propensa á la independencia, mas no á la hostilidad de ningun modo, la Cámara se mostró importunada por la dificultad esta, y desechó el modo indicado de motivar el aplazamiento. En este punto recibió una carta dirigida por el ministro de lo Interior, Carnot, al presidente interino, y declarando que la lista de los nuevos pares no seria definitivamente publicada hasta después de la constitucion de la Cámara de representantes. Testimonio se daba de escaso conocimiento de las asambleas, al tratar á esta recién elegida en términos tan absolutos. Al golpe manifestó marcada impresion de desagrado. Mr. Dupin, uno de sus miembros, dijo estas palabras.—¿Qué se nos podria responder si declaráramos á nuestro turno que no nos constituiríamos hasta conocer la composicion de la pairia?—Murmulllos interrumpieron esta observacion bien fundada, aunque iba mas allá del enojo de la Cámara de representantes, y se procedió al escrutinio para la votacion de presidente, sin tomar resolucion alguna respecto de la eleccion del departamento del Isére. Con el aplazamiento de su admision en calidad de representante, de hecho se hallaba excluido el nombre del principe Luciano. A la verdad no obtuvo un solo sufragio, pues se repartieron todos entre Mrs. Lanjuinais, Lafayette, Flaugergues y algunos otros candidatos. Mr. Lanjuinais reunió ciento ochenta y nueve votos, Mr. de Lafayette sesenta y ocho, Mr. de Flaugergues setenta y cuatro, Mr. Merlin cuarenta y uno, Mr. Dupont de l' Eure veinte y nueve. Harto revelaban estos nombres la disposicion de ánimo de la asamblea. Su independencia queria dejar consagrada, y visiblemente

propendia al hombre que mejor significaba la tal independencia, porque Mr. Lanjuinais, sin figurar como enemigo declarado del emperador, habia sido uno de los que le hicieron la oposicion en el antiguo Senado. No obstante, como aun teniendo mas votos, no juntaba Mr. Lanjuinais la mayoría absoluta, se volvió á proceder al escrutinio, y ahora obtuvo doscientos setenta y siete sufragios, no reuniendo mas que setenta y tres Mr. de Lafayette, y cincuenta y ocho Mr. de Flaugergues. Por tanto, Mr. Lanjuinais resultó elegido presidente, salvola aprobacion del emperador, que segun los términos del Acta adicional era necesaria.

Mientras se llevaban á cabo estas votaciones en el palacio del Cuerpo legislativo, se efectuaba en el Louvre la segunda ceremonia de la distribucion de las banderas. Despues de recibir el emperador sobre su trono á algunas diputaciones llegadas con mensajes, se encaminó á la galeria del Louvre, donde se hallan expuestas las obras maestras de pintura, que los monarcas franceses han acumulado de muchos siglos atrás para recreo, instruccion y honra de Francia. Con los estandartes destinados á las respectivas guardias nacionales se hallaban colocadas las diputaciones de los colegios electorales á un lado, y las diputaciones del ejército á otro. De grande y singular efecto era la perspectiva que presentaba esta galeria, la mas larga de Europa, toda llena de gloriosas banderas, y conteniendo á la sazón diez mil personas. Especialmente se celebraba la nueva ceremonia para los miembros de los colegios electorales: Napoleon, á quien tenian la satisfaccion de ver y oír de cerca, les habló á todos con su es-

píritu de oportunidad de costumbre, y dejóles en general muy contentos. Para su imaginacion, el déspota oriental habia cedido el puesto al varon eminente, sencillo, accesible, propicio á oír y tomar en cuenta la voz de sus súbditos. Llegado al espacioso salon cuadrado, que termina la galería, Napoleon retrocedió algunos pasos, entonces dirigió á las diputaciones del ejército sus ojos, de nuevo las electrizó con su presencia y con sus palabras, y les dijo que pronto se volverian á ver allí donde tantas veces se vieron en tiempos anteriores, donde tanto habian aprendido á estimarse, es decir, sobre los campos de batalla, adonde ahora no les llamaba ya el amor de conquistas, sino la sagrada independéncia de la patria. Esta ceremonia, empezada á medio dia, no acabó hasta las siete de la tarde. Seguida fué de una magnífica fiesta en el jardin de las Tullerías.

Tras de asistir á todo, se hubo de ocupar Napoleon en los escrutinios de la Cámara de representantes, y en formar dictámen sobre esta materia. Su primera impresion fué la de un extremado disgusto. Una divergencia de pareceres sobre las cuestiones mas graves le hubiera ofendido menos que esta prisa en separarse de su persona, rechazando á su hermano para elegir un hombre, respetable sin duda, pero que bajo el primer imperio habia figurado como individuo de la oposicion en el Senado. A la vista de Europa, que tanto y tanto se afanaba por asestarle toda clase de golpes, le ocurría que fuera mas generoso y mas hábil ligarse fuertemente á su persona. Pero, sin cesar conviene repetir en la presente historia para enseñanza de todos, que la consecuencia de los desacier-

tos es cabalmente la de sufrir el castigo, cuando mas duele por lo punzante. Despues de aceptar, de fomentar y de exigir un servilismo sin límites por espacio de quince años, ni siquiera podia conseguir Napoleón para su persona los miramientos, que en esta coyuntura tuvieran el doble mérito del valor y de una demostracion hábil contra los enemigos exteriores. Tras de violentarse mucho durante dos meses y medio, ya no pudo mas ahora, y muestras dió de irritacion muy vehemente, diciendo estas palabras.—Se me ha querido ofender con elegir á un enemigo. En premio de todas las concesiones que he hecho de buen grado, se me quiere insultar y debilitar.... Pues bien, si se trata de eso, yo resistiré y disolveré esa asamblea, y apelaré á Francia, que solo de mí tiene conocimiento, que solo abriga confianza para su defensa en mi persona, sin dársele nada de esos desconocidos, que nada pueden á su favor entre todos.... Esos hombres, que no quieren á los Borbones, que de verlos volver se desconsolarian, así por sus destinos, como por sus haciendas y sus opiniones, no saben unirse á mi persona, siendo yo solo quien les puede poner á cubierto de cuanto les inspira temores, porque ahora no se puede defender la revolucion sino á cañonazos. ¿Y cuál de ellos es capaz de disparar uno?....—

Esta primera explosion no tuviera grandes inconvenientes, y antes bien produjera la ventaja de calmar á Napoleón despues de soltar la rienda á los sentimientos, de que su corazon estaba henchido, si no hubiera de ser esparcida y exagerada por la perfidia del duque de Otranto, que se fué á divulgar por todas partes que Napoleón era incor-

regible, y que trataba de disolver las Cámaras al día siguiente de reunidas. Con todo, tras de este arranque de enfado, Napoleon se aplacó por completo. Carnót, el príncipe archicanciller, Mr. Lavallette, Mr. Regnaud de Saint Jean d'Angely, se esforzaron por conseguir que se diera á razones, y no les costó gran trabajo, porque una vez pasada la ira, su superior talento le decia todo cuanto les podia ocurrir á los varones mas sesudos. Se le alcanzó que romper en tales momentos se resentiria de locura, y que era forzoso conceder algo á la debilidad de esta asamblea, la cual tenia la pretension de aparecer indócil, aun siendo profundamente adicta. A mayor abundamiento Mr. Lanjuinais era un hombre de bien, tan amigo de la revolucion como enemigo de sus excesos, anheloso del triunfo de la comun causa, y fácil de suavizar con buenos modos. Mr. Regnaud de Saint Jean d'Angely fué quien habló en tal sentido con mayor viveza y mas fruto. Asi por sus antecedentes, como por la brillante facilidad de su palabra, mas que nunca estaba designado este personaje á figurar ante las Cámaras en calidad de órgano del gobierno. Por este motivo trataba de ser bienquisto á sus ojos, apoyando cerca del emperador sus deseos. Además, aunque sinceramente adicto á Napoleon, ya habia caído bajo la influencia de monsieur Fouché que, viéndole llamado á representar ante las Cámaras un papel de monta, y muy ufano de resultas, le excitó á que lo tomara definitivamente, y le facilitaba los medios de todas maneras, y aspiraba á que se persuadiera de que resistir á Napoleon equivalia á salvarle. ¡Verdad positiva á todas luces algunos años atrás, y que, conocida y

practicada oportunamente, sin duda salvara á Napoleon y á Francia, pero que en 1815 ya era tardía, y que ante Europa armada hasta podía llegar á ser funesta! De todos modos, al aconsejar que aceptara á Mr. Lanjuinais como presidente, Mr. Regnaud de Saint Jean d'Angely daba á Napoleon un consejo muy sano, pues cualquiera otra eleccion fuera inconveniente é imposible en las actuales circunstancias.

Mientras se esforzaban en persuadir á Napoleon de este modo, enviaron á buscar á Monsieur Lanjuinais, y oportunamente le dijeron que era deber suyo ver á Napoleon, y explicarse con él despues de tan larga oposicion en el Senado, y tranquilizarle acerca del uso que se proponia hacer del inmenso poder de la presidencia. Monsieur Lanjuinais se dirigió al palacio del Eliseo aquella misma noche, y fué recibido inmediatamente. Napoleon acogióle con afabilidad suma, si bien con extremada franqueza. — Nada importa lo pasado, le dijo al golpe; no tengo la debilidad de pensar en ello; solo tomo en cuenta el carácter de los hombres y su disposicion de ánimo al presente. ¿Sois mi amigo ó mi enemigo?—Movido M. Lanjuinais por la franqueza con que Napoleon le dirigia tal pregunta, sin vacilar respondió que no era su enemigo, pues veia la causa de la revolucion en su persona, y que dentro de las condiciones de la monarquía constitucional sinceramente mantenidas, le sostendria de una manera franca.—Estamos de acuerdo, repuso Napoleon, y no os pido otra cosa.—Terminada amistosamente la entrevista, Napoleon confirmó la eleccion de la Cámara de representantes.

Con todo, ya habia corrido el rumor de su pri-

mera resistencia. Mr. Fouché no se lo dejó ignorar á nadie, y donde quiera dióse á repetir que Napoleon era siempre el mismo; que no podia aguantar ninguna independencia, y que seria un milagro que la Cámara de representantes no quedara disuelta dentro de pocos dias. Al siguiente lunes, 5 de junio, hallándose reunidos para dar cima á su constitucion los representantes, se murmuraba de banco en banco sobre lo acontecido, é ignorando el resultado de la entrevista de Napoleon con monsieur Lanjuinais habia gran propension al descontento. El presidente de edad manifestó que el dia anterior habia comunicado al emperador la votacion de la Cámara de representantes, y que el emperador se habia limitado á responder que deliberaria sobre el asunto, y daria á conocer su resolucion por conducto del chambelan ó camarlingo de servicio. Sobre este último pormenor se levantaron fuertes murmullos. Con razon hizo notar uno de los miembros que no correspondia entablar por medio de un chambelan las relaciones entre las Cámaras y el monarca. Mr. Dumolard y posteriormente Mr. Regnaud de Saint Jean d'Angely trataron de explicar la respuesta del emperador, diciendo que habian sido mal entendidas por el presidente de edad sus palabras, y éste se prestó á la explicacion de buen grado, para enmendar la torpeza de haber dado cuenta de un detalle, mucho mejor para omitido. Mientras se razonaba sobre este asunto, y se suspendia la sesion para atajar la dificultad del todo, Mr. Regnaud de Saint Jean d'Angely se dirigió al palacio del Elíseo, y trajo en persona el decreto, por el cual se nombraba á Mr. Lanjuinais presidente, y presentóle

en su calidad de ministro de Estado, lo cual hacia desaparecer la susceptibilidad por completo. La aprobacion dada á la eleccion de Mr. Lanjuinais calmó el descontento de la Cámara de representantes. Acto continuo designó á Mrs. de Flaugergues, Dupont de l'Eure y Lafayette para vicepresidentes; por cuatrocientos tres votos al primero, por doscientos setenta y nueve al segundo, y por doscientos cincuenta y siete al tercero. Aun faltaba nombrar el cuarto vice presidente; elegido quedó el general Grenier á otro dia.

Al mismo tiempo que se llevaba á la Cámara de representantes el nombramiento definitivo de su presidente, enviada era á la Cámara de los pares la lista de sus miembros todos. Napoleon habia pedido á sus hermanos y á sus principales ministros una lista de pares, formada segun las miras de cada uno de ellos. De estas listas comparadas formó la suya compuesta de ciento treinta pares, que podia y debia ser completada luego, cuando el triunfo diera márgen á nuevas adhesiones, particularmente de la antigua nobleza. Instado una vez y otra por el príncipe José á aceptar la pairía, Mr. de Lafayette prefirió tomar asiento en la Cámara de representantes, donde debia hallar mayor conformidad de opiniones y mas directo influjo sobre los sucesos. Desde luego eligió Napoleon á sus hermanos José, Luciano, Luis, Gerónimo, los cuatro pares además de derecho, á su tío el cardenal Fesch, á su hijo adoptivo el príncipe Eugenio, retenido por la coalicion en Viena; á los mariscales Davout, Suchet, Ney, Brune, Moncey, Soult, Lefebvre, Grouchy, Jourdan, Mortier; á los ministros Carnot, Decrés, Basano, Caulaincourt,

Mollien, Fouché; al cardenal Cambacéres; á los arzobispos Barral de Tours, Beaumont de Bourges, Primat de Tolosa; á los generales Bertrand, Drouot, Belliard, Clausel, Savary, Duhesme, Erlon, Exelmans, Friant, Flahault, Gerard, Lobau, La Bedoyère, Delaborde, Lecourbe, Lallemand, Lefebvre-Desnoettes, Molitor, Pujol, Rampon, Reille, Travot, Vandamme, etc.. Tambien eligió á muchos regicidas, tales como Sieyes, Cambacéres, Carnot, Fouché, Thibaudeau, no como regicidas, sino como personajes eminentes, á quienes su calidad de regicidas no debia excluir de los altos cargos. De la antigua nobleza tomó algunos nombres, tales como Mrs. de Beauvan, de Beaufremont, de Boissy, de Forbin, de Larocheffoucault, de Nicolai, de Praslin, de Segur, etc. Y si tomó solo estos, no fué mas sino porque no tenia mayor número de que echar mano. Para conquistar á los demás contaba con sus nuevos triunfos. No le guiaba el gusto que se le atribuia á los antiguos nombres, sino la utilidad bien notoria de darles cabida en la Cámara alta, llamada á ser conservadora á la par que independiente.

Sumo desagrado manifestó el príncipe José al oír el texto del decreto en que se le nombraba por á causa de que pretendia serlo de derecho. A pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para inducirle á no decir nada, se empeñó en reclamar diciendo que por un error de redaccion sin duda se mencionaba en el decreto su nombre, pues debia la pairia á su cuna, y de ningun modo al nombramiento imperial. En medio de los tropiezos y de las incertidumbres que aparecian ya de sobra, grande imprudencia habia por parte de los her-

manos del emperador en no saberse contener á sí propios. ¿Y á la verdad qué se podría objectar á cuantos mostraban tanta prisa por hablar fuera de tiempo, cuando los hermanos de Napoleon no se sabian abstener de una reclamacion tan pueril á todas luces? Otra falta cometieron de no menor bulto que la precedente, no queriendo sentarse entre sus colegas los demás pares, y exigiendo asientos particulares al lado de la silla de la presidencia, si bien echaron de ver el mal efecto producido por pretension semejante, y al fin renunciaron á ella del todo. Este buen ejemplo lo dió el príncipe Luciano antes que otro alguno, yéndose á sentar entre las filas de sus colegas.

Ocupados fueron los dias 5 y 6 en estas diversas operaciones, y necesidad hubo de remitir la sesion imperial al miércoles 7 de junio. Esta sesion debia consistir en la lectura del discurso de la corona, y en la prestacion del juramento al emperador así por los pares como por los representantes. Segun costumbre, por sí mismo habia escrito Napoleon el discurso que debia leer en tal ceremonia, y lo habia redactado en aquel estilo terso, franco, vigoroso, que tan bien cuadraba á un espíritu como el suyo, siempre resuelto en todas las cosas. Habiendo querido dar la monarquía constitucional, y no por gusto de atarse las manos, sino por el convencimiento de ser necesaria, y de que sus faltas propias la hacian indispensable, sobre este punto adoptó el partido de expresarse en términos breves á la par que decisivos. Sabedor además de que los representantes llegaban con el sentimiento de hallar una constitucion hecha del todo, y de no tener por sí que hacer na-

da, consintió en reconocerles el derecho de tratar de materias constitucionales, al armonizar las antiguas constituciones con la nueva. A estas concesiones quiso añadir algunos consejos, dados en el mismo tono que las concesiones, esto es, con extrema firmeza. Despues de estos puntos principales, otros habia que tocar y de no menor importancia. A pesar de que no era dado de ningun modo á las persecuciones, Napoleon tenia voluntad muy deliberada de no permitir que le atacaran impunemente los partidos enemigos. Su deseo hubiera sido precaver la insurreccion de la Vendée, mas sobre este punto hallóse con sus ministros en desacuerdo. Aun juzgando estos indispensable la represion de ciertas tramas, no obstante, con recurrir á las leyes anteriores temian dar nuevos pretextos de censura, á los que les hacian cargos por dejar subsistente el antiguo arsenal de las leyes revolucionarias. Preciso era resolver la dificultad, proponiendo medidas que, sin tornar á lo arbitrario, contuvieran algun tanto la osada actividad de los partidos. Eximida habia quedado la prensa de la censura, y por esto era muy necesario y legitimo de todo punto poner algunas limitaciones á sus excesos con la intervencion regular de los tribunales. Finalmente habia que presentar los presupuestos.

Para las Cámaras eran estas regulares tareas muy suficientes por entonces, y Napoleon aplicóse á trazarles el plan de ellas en un discurso claro y conciso, que obtuvo el asentimiento unánime de sus ministros todos, cuando lo puso en su conocimiento.

Mientras preparaba el lenguaje de que ante la

Cámara debía hacer uso, partícipe la de representantes de los defectos de todas las asambleas nuevas, se mostraba impaciente por tocar las cuestiones mas delicadas. El martes 6 de junio, víspera de la sesion imperial, un representante hizo una mocion concerniente al juramento que se debía prestar á otro dia, proponiendo la declaracion de que solo en virtud de una ley se podria exigir un juramento, y de que en todo caso el que se habia de prestar al dia siguiente no prejuzgaria en nada el derecho de las Cámaras acerca de revisar las constituciones imperiales.

Semejante proposicion causó una emocion muy viva. De entenderse en su sentido mas rigoroso, necesario fuera deducir que se resentiria de ilegal el juramento exigido, y que no se prestaría por tanto, á menos que se dictara una ley para autorizarlo el mismo dia. Pero, redactando esta ley sin levantar mano, no habia probabilidad de que la pudieran adoptar las dos Cámaras en el término de veinte y cuatro horas, y siendo por consiguiente imposible el juramento al otro dia, á los ojos de los partidos y de Europa resultara que las Cámaras se habian negado á prestar juramento de fidelidad á Napoleon Bonaparte. Funestísimo á todas luces fuera el efecto de tal incidente, cuando marchaban quinientos mil soldados sobre Francia.

Comprendiendo la asamblea, á pesar de su susceptibilidad extremada que, despues de volver á colocar á Napoleon sobre el trono, menester era guardarse muy bien de debilitarle bajo ningun aspecto, con ansiedad visible oyó la lectura de la proposicion que acababa de ser presentada. A impugnarla se apresuraron diversos representantes,

diciendo que el juramento al emperador estaba prescripto en los senatus-consultos anteriores, y por consiguiente era legal sin duda alguna, por no estar dichos senatus-consultos derogados; que además el juramento no imponía mas que un compromiso de fidelidad al emperador y á su dinastía, y de ningun modo la obligacion de tener por inmutables leyes, cuya revision era cosa convenida, segun el texto mismo del discurso pronunciado por el emperador en el Campo de Mayo. A esto respondió Mr. Roy, con posterioridad y bajo Luis XV^{II} y Carlos X, ministro de Hacienda, y tratado por Napoleon muy severamente, que, siendo todo nuevo en el segundo imperio, no pareciéndose la Cámara de pares al Senado, ni la Cámara de representantes al Cuerpo legislativo, como caidos en desuso se debían considerar los senatus-consultos invocados, y como no bastantes para dar el carácter de legal al juramento exigido ahora. Avalorando la asamblea el peligro de este debate, se mostró poseída de muy notorio desagrado. Mrs. Dumolard, Bedoch, Sebastiani, replicaron vivamente diciendo que, si las atribuciones de la pairia y de la Cámara de representantes se diferenciaban de las del Senado y del Cuerpo legislativo, siempre subsistía el monarca, á quien se debía fidelidad, así bajo el régimen nuevo como bajo el antiguo; que á mayor abundamiento, siendo en las circunstancias actuales condicion esencial para la salvacion comun la union de los poderes, á las conveniencias generales se agregaban las conveniencias de la situación presente para que se prestara con afan el juramento solicitado. Mr. Boulay de la Meurthe, ministro de Estado, fué mas lejos, y hasta en dema-

sía, señalando un partido, al cual calificó de partido del extranjero, si bien manifestando que no incluía en este partido ni al autor de la proposición ni á los que la daban apoyo, sino á cuya cabeza colocaba particularmente á los realistas, que trabajaban sin descanso por sembrar la discordia entre los poderes, para abrir á los enemigos las puertas de Francia. Esta salida pronunciada de sobra fué recibida con embarazoso y aun desaprobador silencio. De todas partes se pidió que se pusiera término al debate. Por de pronto se limitaron á solicitar en punto á la proposición pendiente que se pasara al orden del día; muy luego se quiso algo mas significativo, y á la orden del día pura y simple, se substituyó la declaración explícita de la legalidad, de la conveniencia y de la necesidad del juramento. Por unanimidad adoptó esta declaración la asamblea, sin duda á causa de estar ausentes ó convertidos los que opinaran en contra.

En un país habituado á la libertad de plano, donde se ha contraído la costumbre de no atribuir importancia mas que á los actos de la mayoría, y no á los actos de los individuos, que es necesario dejar libres, porque así pierden toda trascendencia funesta, no produjera conmoción de ninguna especie sesión semejante. Pero los partidos se aprovecharon de ella para suponer que Napoleón no tenía á la nación consigo, puesto que mostraban repugnancia al juramento de fidelidad sus representantes recién elegidos. Napoleón sintióse afectado. Al ver la obstinación de las potencias coaligadas en asestar los golpes solo contra su persona, á una táctica de esta clase deseaba que respondieran las Cámaras con unirsele estrechamente. Triste ya ha-

cia algun tiempo, y con especialidad desde que vió la fatalidad pronunciada en su contra, arrebatando á Murat al primer golpe, se mostró aun mas triste al ver el aislamiento alrededor de su persona, en lugar de la fuerte y cordial union de que tenia necesidad extremada. Mas que nunca se le alcanzó que á la fortuna de las armas tocaba fallar y granjearle los corazones que, aun cuando el decirlo sea doloroso, del buen suceso han menester para ser atraídos.

Al palacio del Cuerpo legislativo se dirigió el día 7 de junio, con aparato mas sencillo que el desplegado cuando se dirigió al Campo de Mayo, y calorosamente fué aplaudido por la Cámara de representantes, cuyas intenciones eran excelentes, aunque su experiencia se resintiera de mediocre, y hay que notar la singularidad de que tuvo allí mejor acogida que en la Cámara de los pares. Ante las disposiciones del público extremadamente liberales, la Cámara de pares, nombrada por el poder, y sino confusa, algun tanto embarazada de su origen, creia mas digno aplaudir cautamente á aquel á quien debia la existencia, y dejar que aplaudiera fervorosamente la Cámara de representantes como de origen electivo.

Habiéndose sentado Napoleón sobre su trono, y teniendo á derecha é izquierda á sus hermanos, el príncipe archicanciller leyó la fórmula del juramento, concebida en los términos siguientes: *Juro obediencia á las constituciones imperiales y fidelidad al emperador.* De seguida el archicanciller fué llamando por lista á los pares y á los representantes, que sucesivamente prestaron juramento con voz calorosa. Tras de prestarlo todos, Napoleon

pronunció con tono grave el siguiente discurso, modelo de sencillez, de concision y de grandeza.

«Señores de la Cámara de pares y señores de la Cámara de representantes:

«Tres meses ha que las circunstancias y la confianza del pueblo me revistieron con un poder ilimitado. Hoy se cumple el deseo mas ardiente de mi corazon, cuando vengo á dar principio á la monarquía constitucional.

«Los hombres son impotentes para asegurar lo porvenir; solamente las instituciones fijan los destinos de las naciones. La monarquía es necesaria en Francia para afianzar la libertad, la independencia y los derechos del pueblo.

«Nuestras constituciones se hallan esparcidas; una de nuestras tareas mas importantes será la de reunir las en un solo cuadro, y armonizarlas bajo un solo pensamiento. Este trabajo recomendará la época actual á las generaciones futuras.

«Yo ambiciono ver á Francia en el goce de toda la libertad posible, y digo posible, porque la anarquía siempre vuelve á conducir al gobierno absoluto.

«Una coalicion formidable de reyes atenta contra nuestra independencia; sus ejércitos llegan á nuestras fronteras.

«Atacada y capturada ha sido la fragata *Melpómene* en el Mediterráneo, despues de un sangriento combate contra un navío inglés de setenta y cuatro cañones. La sangre ha corrido en plena paz.

«Nuestros enemigos cuentan con nuestras divisiones intestinas. Excitan y fomentan la guerra civil. Se celebran juntas; y se comunican con

»Gante como en 1792 con Coblentza. Medidas legislativas son indispensables; á vuestro patriotismo, á vuestras luces, á vuestra adhesion á mi persona, me confio sin reserva.

»A la Constitucion actual es inherente la libertad de imprenta, y no se pueden introducir variaciones sin alterar nuestro sistema político todo; pero hacen falta leyes represivas, especialmente en el estado actual de la nacion. A vuestras meditaciones recomiendo esta materia importante.

»Mis ministros os darán á conocer la situacion de nuestros negocios.

»Satisfactorio seria el estado de la Hacienda, á no ser por el acrecentamiento de gastos que han exigido las actuales circunstancias.

»Sin embargo, se podia atender á todo, si fuesen realizables en el presente año todos los ingresos comprendidos en el presupuesto, y sobre los medios de conseguir este resultado fijará vuestra atencion mi ministro de Hacienda.

»Posible es que el primer deber de un príncipe me llame pronto á la cabeza de los hijos de la nacion para combatir por la patria. El ejército y yo cumpliremos con nuestro deber.

»Vosotros, pares y representantes, dad ejemplo á la nacion de confianza, de energia y de patriotismo, y á semejanza del Senado del gran pueblo de la antigüedad, mostraos decididos á morir antes que sobrevivir á la deshonra y á la degradacion de Francia. ¡Y triunfará la santa causa de la patria!»

Colmado fué de bien merecidos aplausos este discurso, que tocaba á todos los súbditos con tacto superior y dignidad perfecta. No cabia desear

una declaracion mas completa de la monarquía constitucional, ni una profesion mas terminante de sus principios.

A la entrada en una carrera emprendida dos siglos antes por los ingleses, natural era que se imitaran sus costumbres. De consiguiente cada una de las Camaras determinó presentar su mensaje en contestacion al discurso de la corona, y encargaron la redaccion á su mesa respectiva, aumentada con algunos miembros, y de modo que se pudiera presentar dentro de la semana, estando anunciada la partida de Napoleon para el domingo siguiente ó el lunes.

Efectivamente, Napoleon estaba decidido á descargar el golpe, que desde su vuelta á París preparaba contra la parte de la coalicion situada á su alcance. Aun no es llegado el momento de dar á conocer sus combinaciones; por ahora baste decir que, á vueltas de las ocupaciones de varias clases á que le sujetaban la insurreccion de la Vendée, la apertura de las Cámaras, la presencia en París de los electores llegados al Campo de Mayo, á fuerza de trabajar de dia y de noche, no habia cesado de prevenirlo todo para su entrada en accion el 15 de junio. Al dia siguiente de la ceremonia del Campo de Mayo, no descuidó lo de mandar que partieran para Laon, asi la guardia como el sexto cuerpo de tropas, y dispuso que los generales de Erlon y Reille emprendieran á su turno el movimiento, que el general Gerard habia comenzado muchos dias antes, y que debia operar la concentracion general del ejército detrás de Maubeuge. Con minucioso cuidado indicó á todos las precauciones mas adecuadas para engañar al enemigo, y que efectivamente le engañaron por completo, segun se verá antes de

mucho. Debiendo haber llegado á Maubeuge el sexto cuerpo y la guardia para el 14 de junio, Napoleón contaba con aparecer al día siguiente por la mañana delante de Charleroy á la cabeza de ciento treinta mil hombres. A no ser por la insurrección de la Vendée, ciento cincuenta mil pudieran juntar bajo su mando; pero con aquella fuerza tal cual era de resultas, ya que no terminara la guerra de un golpe, á lo menos esperaba imprimirla desde los principios un carácter que en Europa hiciera reflexionar á las potencias, y en Francia produjera la armonía de las voluntades desacordes y quebrantadas. Si sus preocupaciones no le hacían aflojar en su trabajo, tampoco su trabajo disipaba sus preocupaciones. Aun aparentando alegría en las numerosas recepciones del palacio del Eliseo, donde tenía convidados á la mesa de cotidiano, tristemente se ensimismaba de nuevo, así que se hallaba en el seno de la intimidad, es decir, con la reina Hortensia y Mr. Lavallette. Aquella prisa de las Cámaras por dar de mano á toda apariencia de servilismo, que las inducía á aislarse de su persona, cuando se necesitaba por el contrario que se le unieran estrechamente, le afectaba mucho más de lo que revelaba sin duda. Se dolía de ver cómo se disolvía la unión de los poderes, cómo se introducía la confusión en los ánimos, y se arrojaba cada cual impacientemente á la arena de las discusiones teóricas, que al otorgar el Acta adicional había querido atajar del todo, y acariciar también cada cual su quimera, y apresurarse á ponerla de manifiesto; cosas todas desconsoladeras, pero inevitables con la reunión de las Cámaras en tal coyuntura, y al hacer un primer ensayo de libertad bajo

el cañon del enemigo. En medio de este desfreno del espíritu de contradicción observaba que se desvanecía de hora en hora la admiración supersticiosa de que había sido objeto por espacio de quince años, y que el prodigioso retorno de la isla de Elba hizo revivir por un instante; se veía cercado de dudas y de críticas de todas especies contra sus mas insignificantes actos. Sus mas sinceros amigos, que antes por nada del mundo le fueran á contar lo que se decía de su persona, ahora se apresuraban por el contrario, unos á impulsos del cariño, otros de resultas de disminucion de respeto, á referírsele todo, aunque se pasara de inconveniente. Por este medio podia llegar á sus oídos que Mr. Fouché continuaba en soltar las mas inoportunas frases; que no obedecía las órdenes suyas, especialmente la concerniente á los realistas en comunicacion con la Vendée y Gante; que les guardaba las mayores contemplaciones, y que de vez en cuando les enviaba á llamar á su ministerio para hacer valer el mérito de su desobediencia á las órdenes imperiales. Al saber Napoleon tales actos de infidelidad montaba en cólera y los queria reprimir de contado, luego enfrenaba el arranque, temeroso de que se dijera que el déspota aparecía de nuevo, y de este modo sus antiguos rigores contra seres inofensivos á menudo, tales como por ejemplo, los expendedores de la Bula, le privaban ahora del medio de contener á enemigos formidables y cogidos en fragante delito. Sin embargo, se reponia del todo al pensar en la guerra, al pensar en las eventualidades con que brinda al hombre de génio, al pensar en los triunfos que había alcanzado en la campaña del año precedente, y que le salvaran de

fijo, si fuera de París tuviera algunos reductos, y dentro un hermano digno de su persona. Pero apenas reanimada esta confianza, casi al punto la sentia desfallecer ante la masa de enemigos que marchaban sobre Francia, ante la masa de enemigos de todas clases que en lo interior se agitaban de continuo, y se consultaba si su gobierno estaba montado de suerte de soportar un descalabro, descalabro posible siempre hasta en una guerra destinada á tener un término venturoso; y con la superior sagacidad de que estaba dotado, en el conjunto de la situacion creia ver signos de una adversidad persistente, que entristecian su espíritu hasta lo sumo, aun sin quebrantar su corazon vigoroso. Gusto hallaba en platicar con sus íntimos á la larga, de suerte que, aun abrumado de trabajo, se pasaba mucha parte de las noches discutiendo acerca de la mudanza radical de las cosas en rededor de su persona, del singular destino de los grandes hombres, y muy particularmente del suyo, que presentaba todos los visos de un astro en su ocaso.

Con esta disposicion á la tristeza quiso visitar la Malmaison, donde en la primavera anterior habia muerto la emperatriz Josefina, y donde no habia ido desde su regreso de la isla de Elba. Necesidad sentia de tornar á ver aquella modesta morada, donde habia pasado los mejores años de su vida, al lado de una esposa, que sin duda tenia sus defectos, pero que era una verdadera amiga, una de aquellas amigas, que no se encuentran dos veces, y que despues de perdidas nunca se sienten lo bastante. A que le acompañara obligó á la reina Hortensia, que no se habia atrevido á volver á entrar en aquel recinto, lleno de tan punzantes

memorias. A pesar de sus ocupaciones apremiantes dedicó muchas horas á recorrer aquel pequeño palacio, y aquellos jardines donde Josefina cultivaba flores, que hacia venir de las cuatro partes del globo. Al tornar á ver aquellos objetos tan caros y tan entristecedores cayó en pensamientos dolorosos. ¡Qué diferencia entre este año de 1815 y aquellos años de 1800, 1801 y 1802, cuando era objeto á la par de la confianza, de la admiracion, y del amor del mundo! ¡Pero entonces no le habia fatigado, ni oprimido y estragado, y en lugar de un tirano veian los pueblos un salvador en su personal! Al considerar todas estas cosas, lejos de lisonjearse de ningun modo, se hacia á sí mismo la severa justicia del genio, pero se decia que arrepentido de sus faltas, alguna confianza le habia de devolver el mundo, permitiéndole que acreditara la nueva cordura traída de la isla de Elba. ¡Pero ah, que los hombres no restituyen su confianza luego de retirada, y solo Dios acoge el arrepentimiento, porque solo El puede juzgar de su sinceridad!

Paseándose por aquellos lugares tan atractivos á la par que tan dolorosos, Napoleon dijo á la reina Hortensia:—¡Pobre Josefina! A la vuelta de cada una de estas calles de árboles se me figura verla delante. Eu la isla de Elba recibí la noticia de su muerte, y en el funesto año de 1814 fué uno de mis mas vivos dolores. Sin duda tenia sus debilidades. ¡Pero ella no me abandonara nunca!—

A la vuelta de la Malmaison quiso Napoleon que para él mandara sacar la reina Hortensia una copia del retrato mas parecido que conservara de Josefina. No sabiendo donde se hallaria dentro de

un mes, deseaba llevar esta especie de talisman consigo, y merced al cual podía hacer que relucieran ante sus ojos los mas felices años de su vida.

Pero apenas le alcanzaba el tiempo para sumirse en la tristeza, no dejándole espacio para disponer de su persona los mil negocios que debía despachar antes de su partida. La direccion de las Cámaras era lo que mas le ocupaba despues de la guerra. Sobre esta materia tuvo muchas entrevistas, y se expresó con sagacidad extremada, como si en lugar de hombre de guerra, administrador, monarca absoluto, hubiera sido ministro de Jorge IV toda la vida. La víspera de su partida, y por decirlo así, con el pie en el estribo del coche, se le oyó decir á sus ministros:—No se cómo os vais á componer para dirigir las Cámaras en mi ausencia. Mr. Fouché entiende que con ganar á algunos viejos corrompidos, y con halagar á algunos jóvenes entusiastas, se dominan las asambleas, y padece engaño. Eso es mera intriga, y la intriga no lleva muy lejos. En Inglaterra, sin que se omitan absolutamente estos medios, los hay mayores y mas trascendentales. ¡Recordad á Mr. Pitt, y ved á lord Castlereagh ahora! Las Cámaras en Inglaterra son antiguas y experimentadas; de tiempos atrás han tenido relaciones con los hombres destinados á ser gefes suyos; han mostrado confianza ó aficion respecto de sus personas, ora por su talento, ora por su carácter; en cierto modo los han impuesto á la eleccion de la corona, y tras de elevarlos á ministros, menester era que se mostrasen muy inconsecuentes y muy enemigos de su pais y de sí propios para que no siguieran la direccion de ellos. Así Mr. Pitt las dirigia con un

pestaño, y hoy lord Castlereagh las dirige de igual modo. ¡Ahl no temeria yo á las Cámaras si tuviera instrumentos tales. ¿Pero acaso puedo contar con nada parecido? Ved entre esos representantes á hombres llegados de todos los puntos de Francia, con buenas intenciones sin duda, con el deseo de que salga yo bien del lance y les saque tambien á ellos, si bien los mas nunca han vivido en las asambleas, ni jamás han tenido el cuidado ni la responsabilidad de los sucesos, casi todos son desconocidos de mis ministros, y ellos no conocen tampoco á ninguno, personalmente por lo menos. ¿Quién les ha de dirigir en tal caso? Ciertamente yo no podia elegir mejor mis ministros; por decirlo asi, la confianza pública me los ha designado. Sin duda el pais les diera sus votos, si yo hubiera apelado á un escrutinio. ¿Por ventura me hubiera podido indicar mejor ministro de Justicia que el sesudo Cambacères, mas imponente ministro de la Guerra que el laborioso y severo Davout, mas tranquilizador ministro de Negocios Extranjeros que el grave y pacífico Caulaincourt, ni un ministro de lo Interior mas capaz de tranquilizar y armar á los patriotas que éste excelente Carnot? ¿No me hubieran señalado la probidad y la inteligencia de Mr. Mollien los mismos hacendistas? ¿Y no cree el público todo tener siempre encima el ojo del gobierno, cuando Mr. Fouché es ministro de Policía? Y sin embargo, señores, ¿quién de vosotros, se considera capaz de presentarse á las Cámaras, y de hablar en su recinto, y de hacerse oír de ellas, y de dirigirlas? A esto he tratado de suplir con mis ministros de Estado, con Regnaud, Boulay de la Meurthe, Merlin, Deferron. Sin duda

Regnaud posee talento. ¿Pero creéis que en graves circunstancias pueda dominar las tempestades? No, desde una posición secundaria no se impone á los hombres, ni se dominan sus voluntades, ni se les obliga á seguir la huella. ¡Ah, no es en nuestro pacífico consejo de Estado donde se adquiere costumbre á las tempestades de las asambleas!... No, no, añadía Napoleón, vosotros no regireis las Cámaras estas, y si pronto no gano una batalla, os devorarán á todos, aunque os mostreis grandes. Bien sabéis que no me pude negar á su convocatoria, por hallarme dentro de un círculo vicioso. Por mí propio dí el Acta adicional para precaver las discusiones interminables y confusas de una asamblea constituyente, pero no se ha querido creer en el Acta adicional, y para que se le diera asenso me fué preciso convocar las Cámaras, que estoy viendo que se van á hacer constituyentes. Ya consumado todo, ahora nos toca salir cuanto mejor nos sea posible. Los ministros con cartera administrarán sus ramos respectivos, los ministros de Estado hablarán todo lo bien que esté á su alcance, y yo iré á combatir en persona. Si salgo victorioso, á todo el mundo obligaremos á entrar en el círculo de sus atribuciones, y espacio tendremos de acostumbrarnos al nuevo sistema: si quedo vencido, ¡Dios sabe lo que será de vosotros y de mí! Tal sería nuestra suerte, y no la podría conjurar nada. A la vuelta de veinte ó treinta días todo se habrá acabado. Hagamos lo que se pueda por de pronto, y ya veremos luego. Pero los amigos de la libertad han de tener muy presente, que si por torpeza pierden la partida, no será yo quien la gane sino los Borbones.—

Después de esta conversacion singular que tuvo la noche antes de su partida, Napoleon decidió por un decreto que formaran un consejo de gobierno sus ministros, con agregacion de sus hermanos, teniendo José la presidencia; que los cuatro ministros de Estado, auxiliados por seis consejeros de la misma clase y nombrados al efecto se encargaran de las relaciones con las Cámaras, y se presentaran á ellas en nombre de la corona, y discutieran las leyes, y dieran las explicaciones necesarias cuando fuera preciso justificar los actos del gobierno. Al estampar al pie de este decreto la firma, se sonrió y repitió muchas veces.—¡Ah! ¡Ah! vosotros teneis gran necesidad de que yo gane una batalla.—Estas palabras no significaban ciertamente que esperara una victoria para destruir las Cámaras y volver al gobierno absoluto, pues no entreveia cómo en el estado actual de los ánimos fuera posible gobernar en nombre de una autoridad única y silenciosa, sino porque, disipadas las ansiedades que engendraba el peligro, y restablecida la confianza en su persona, de cierto volveria á dar algo de conjunto y de unidad á las voluntades, y á hacer posible la marcha de las cosas. Ya victorioso, quizá no limitara tanto sus deseos, mas por de pronto se hallaba convencido de que la causa de la libertad moderada era la suya, y de que el triunfo de las ideas opuestas equivalia al triunfo de los Borbones.—Si no salimos bien de este ensayo, repitió muchas veces, no hay mas que ceder el puesto á Luis XVIII.—No preveia que hasta con los Borbones, apoyados en quinientos mil extranjeros, renacera la libertad, siempre que se restituyera al pais el derecho de votar las

leyes y los presupuestos en una asamblea independiente, aun cuando se formase de los realistas mas furibundos.

Durante estos tres últimos dias prepararon las dos Cámaras sus respectivos mensajes. En la de representantes se suscitaron aun diversos incidentes, que siempre revelaban el deseo de permanecer unidos al emperador y el temor de aparecer serviles. Para responder á la mocion relativa al juramento, Mr. Felix Lepelletier propuso que se declarara á Napoleon salvador de la patria. Al punto la profunda ansiedad de los semblantes puso de manifiesto que se temblaba estar en el camino de la lisonja.—¿Y qué declararéis, preguntó un interruptor, despues de que la haya salvado?—Entonces, por virtud de hábiles reflexiones de algunos representantes adictos ál gobierno, retirada quedó la proposicion intempestiva. Lo que es el proyecto de mensaje abundaba en el pensamiento de entonces, esto es, union á Napoleon, á la par que extremado cuidado en velar por las libertades públicas y grande aplicacion á revisar las constituciones imperiales, y á armonizarles con el Acta adicional, que en suma se queria rehacer del todo. Hasta la Cámara de pares, tan inexperta como la de representantes, se prestó á las tendencias de entonces, manifestando en su mensaje, que si el éxito correspondia á la justicia de la causa de los franceses, y las esperanzas que habitualmente se cifraban en el genio del emperador y en la bravura de los soldados, *ya la nacion no tendria que temer sino el ímpetu de la prosperidad y las seducciones de la victoria.* Esta frase causó inquietud al príncipe Cambacéres y asi pidió que se co-

municara á Napoleon, el cual desaprobóla vivamente, y de resultas se modificó de este modo.—*Si el éxito corresponde á la justicia de nuestra causa..... Francia no apetece otro fruto que la paz. Nuestras instituciones garantizan á Europa de que nunca el gobierno francés puede ser arrastrado por las seducciones de la victoria.* Esta nueva redaccion prevaleció al cabo, despues de un debate bastante animado.

De esta suerte y como acontece á menudo, olvidado cada cual de su papel y de su puesto, se daba á lisonjear el espíritu dominante. Napoleon debía recibir á las dos Cámaras antes de su partida, y determinó en esta ocasion dirigirlas sanos consejos, lo cual autorizaban las circunstancias, y nunca está vedado á la corona, y menos cuando la razon está de su parte, en la monarquía mas rigurosamente constitucional. A las Camaras recibió Napoleon el 11 de junio, y despues de escuchar el mensaje de la de pares, le dió la siguiente respuesta:

«Séria es la lucha en que nos hallamos empeñados. No es *el impetu de la prosperidad* el peligro que nos amenaza ahora, cuando los extranjeros nos quieren hacer pasar por las *Horcas Caudinas*.

»Poderosos motivos son la justicia de nuestra causa, el espíritu público de la nacion y el valor del ejército para esperar triunfos; pero, si sufrimos reveses, entonces me complaceré particularmente en ver acreditada la energia de este gran pueblo; entonces hallaré en la Cámara de los padres testimonios de adhesion á la patria y á mi persona.

»En los tiempos difíciles es cuando las grandes naciones, así como los grandes hombres, acreditan toda la energía de su carácter, y así llegan á ser objeto de admiración para la posteridad....»

A la Cámara de representantes dijo Napoleón lo siguiente, después de oír la lectura de su mensaje:

«Con satisfacción hallo mis propios sentimientos en lo que habeis expresado. Toda mi mente está absorbida en estas graves circunstancias por la guerra inminente, á cuyo éxito van ligadas la independencia y la honra de Francia.

»Esta misma noche partiré con el fin de ponerme á la cabeza del ejército: allí hacen indispensable mi presencia los movimientos de los diversos cuerpos enemigos. Con agrado veria que, durante mi ausencia, una comisión de cada Cámara meditase acerca de nuestras instituciones en conjunto.

»La constitución es nuestro punto de enlace, y debe ser nuestra estrella polar en estos momentos de borrasca. Toda cuestión pública y enderezada á disminuir directa ó indirectamente la confianza, que se debe tener en sus disposiciones, sería una desgracia para el Estado. Así nos halláramos en medio de los escollos sin brújula y sin derrotero. Fuerte es la crisis en que estamos empeñados. No imitemos el ejemplo del Bajo Imperio, que, acosado por los bárbaros de todas partes, se hizo la irrisión de la posteridad con ocuparse en discusiones abstractas, mientras las puertas de su ciudad caían rotas por el ariete....»

Estas bellas y severas frases ofendieron á los

que las iban á merecer antes de mucho, pero causaron honda impresion en la mayoría; tan oportunas eran y patentes. A la verdad por entonces no habia que temer el peligro de la victoria. A la verdad asimismo convenia guardarse de recordar las discusiones de los griegos del Bajo Imperio al son del ariete de Mahometo. Acto continuo empezaron á aplaudir los representantes asistentes en gran número á esta ceremonia solemne; pero monsieur Lanjuinais les vedó los aplausos bajo pretexto del respeto debido á la corona. Ciertamente les perdonara Napoleon de buen grado semejante falta de respeto. Disgustada quedó la mayoría de la prohibicion del presidente, como adicta á Napoleon, porque le miraba cuál defensor de la revolucion y de Francia. Cada cual se retiró de allí expresando ideas distintas, los amigos de Napoleon clamando contra el partido del extranjero, al revés sus enemigos ponderando la necesidad de apresurar un decreto de la asamblea, para impedir que fuese disuelta, porque el primer acto de Napoleon victorioso, en su concepto seria el de disolver las Cámaras de seguida. No echaban de ver que un decreto de la asamblea para precaver el uso del derecho de disolucion por el monarca, no era sino una audaz infraccion de la Constitucion en suma. Por lo que hace á la mayoría, creyendo de buena fé que seria ocupacion patriótica y sana la de enmendar las leyes francesas, pensaba en nombrar una comision encargada de revisar y de fundir en una todas las constituciones imperiales.

Tras de separarse de los miembros de las dos Cámaras, en esta misma noche del domingo, Na-

poleon acabó sus preparativos de marcha, se despidió de sus ministros, dando al mariscal Davout, nombrado general en jefe de París, sus últimas instrucciones para la defensa de la capital, dirigiendo un adios cordial á Carnot, cuya sinceridad le habia llegado al alma, frio aunque sin enojo á Mr. Fouché, y pasó los últimos instantes con su familia y con sus mas íntimos amigos. Conociendo que se aproximaba la hora de los combates, se sentia reanimado, porque bajo sus plantas volvía á encontrar el terreno, por donde como señor habia caminado siempre. Tiernamente estrechó en sus brazos á su hija adoptiva la reina Hortensia, y dando la mano á Mma. Bertrand la dijo antes de subir al coche:—De esperar es, Mma. Bertrand, que pronto no tengamos por qué echar de menos la isla de Elba.—¡Ah, qué se acercaba el momento en que todo lo habia de echar de menos, todo, hasta los dias no felices! Tras de esto se puso en camino el lunes 12 de junio á las tres y media de la madrugada.

¡Tal fué hasta el periodo de los sucesos militares, de duracion bien corta segun se verá muy presto, la época sombría y fatal denominada de los Cien Dias, época empezada por un triunfo extraordinario, y transformada súbitamente en dificultades, en amarguras y en lúgubres pensamientos. Fácil es de todo punto la explicacion de este contraste; de Porto-Ferrajo á París, del 26 de febrero al 20 de marzo, Napoleon estuvo en presencia de los desaciertos de los Borbones, y entonces, de Porto-Ferrajo á Cannas, de Cannas á Grenoble, de Grenoble á Lion, de Lion á París, todo fué triunfo deslumbrador para su persona. Hasta se-

mejaba que la fortuna, propicia de nuevo con su favorito, se apresuraba á darle ayuda, ora poniendo á su disposicion los vientos de que necesitaba su flotilla, ora los hombres, sobre quienes su ascendiente habia de ser irresistible. Pero asi que tornó á París, ya no estuvo en presencia de los desaciertos de los Borbones, sino de los suyos propios, de los que habia acumulado durante su primer reinado, y entonces hasta su genio y su arrepentimiento aparecieron impotentes. Sin vacilaciones aceptó el tratado de París, que tan obstinadamente habia rechazado en 1814 hasta el extremo de preferir la pérdida del trono, y la paz demandó á Europa con una humildad, que sin duda cuadraba muy bien á su gloria.—No, respondió Europa, ofrezcais la paz, aunque sin quererla sinceramente.—Y rechazó al suplicante hasta el punto de cerrar las fronteras todas á sus correos. Despues Napoleon se dirigió á Francia, y ofrecióla sinceramente la libertad, porque, si á su carácter repugnaban las cortapisas, su genio comprendia que gobernar sin la nacion ya no era posible, y sobre todo que ya no le quedaba mas que un partido, el de la libertad. Francia no dijo *no* á semejanza de Europa, si bien mostró dudas, y para inducir-la al convencimiento, Napoleon convocó á las Cámaras sin demora, á las Cámaras llenas de partidos agitados, sañudos, implacables, y que por todo apoyo contra Europa, no le podian ofrecer mas que sus divisiones. Rechazado por Europa, acogido con dudas por Francia, en momentos en que necesitaba de todo su apoyo, despues de veinte años de alegría, Napoleon cayó en una sombría tristeza, que no sacudia en ocasiones, sino traba-

jando por sacar de los restos del estado militar francés el ejército heroico y sin ventura de Waterloo. Triunfando así de los desaciertos de los Borbones; sucumbiendo bajo los suyos, tras de tantos espectáculos grandemente instructivos, otro espectáculo postrero dió al mundo y mas profundamente moral y mas hondamente trágico que los anteriores, el del genio arrepentido con sinceridad y sin fruto! Y apresurémonos á decir que en medio de estos veinte años de corta alegría, y de estos Cien Dias de mortal tristeza, en estas escenas hubo un actor que no disfrutó un solo dia de regocijo, ni uno solo, y este actor fué la Francia! ¡Francia, víctima desgraciada de los desaciertos de los Borbones como de los de Napoleon, víctima por habérselos dejado cometer, y esta fué su culpa y su castigo! ¡Triste siglo el nuestro, á lo menos para los que han alcanzado su primera mitad! ¡Plegue á Dios que la generacion siguiente y destinada á llenar la mitad segunda alcance dias mejores! Pero dénos asenso, pues únicamente aprovechando las lecciones en que abunda este medio siglo, y que se aplica á poner en claro la presente historia, le será dado alcanzar esos dias mejores, y merecerlos sobre todo.

FIN DEL TOMO DIEZ Y NUEVE.

INDICE.

LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

LA ISLA DE ELBA.

PAGS.

Estancia de lord Castlereagh en París.—De Luis XVIII obtiene la concesion del ducado de Parma en favor de Maria Luisa, y en cambio ofrece la expulsion de Murat á este monarca.—Austria envia cien mil hombres á Italia, y Francia treinta mil al Delfinado.—Estado interior de Francia: acrecentamiento de zozobra por parte de los compradores de bienes nacionales, y de irritacion por parte de los militares.—Hallazgo de los restos mortales de Luis XVI y ceremonia fúnebre del dia 24 de enero.—Depuracion de la magistratura y reemplazo de Mr. Muraire por Mr. de Seze, y de Mr. Merlin por Mr. Mourre.—Desórden

popular con motivo de los funerales de la señorita Raucourt.—Continuacion del proceso de Exelmans.—Absolucion de este general.—Por vez primera se halla pronto el ejército francés á intervenir en la política.—Jóvenes generales forman el designio de derrocar del trono á los Borbones.—Trama urdida por los hermanos Lallemand y por Lefebvre Desnoettes.—Repugnancia de los altos personajes del imperio á ser parte en tales empresas.—Menos escrupuloso Mr. Fouché se hace de seguida centro de todas las intrigas.—Mr. de Bassano, que aun no habia dirigido comunicacion alguna á la isla de Elba, ahora encarga á Mr. Fleury de Chaboulon que entere á Napoleon de los sucesos todos, sin atreverse á añadir ni el menor consejo.—Instalacion de Napoleon en la isla de Elba y su método de vida.—Organizacion de su pequeño ejército y de su pequeña armada.—Sus actos para promover la prosperidad de la isla.—Estado de sus haberes.—Imposibilidad absoluta en que se halla Napoleon de mantener mas de dos años á las tropas que ha llevado consigo.—Esta circunstancia y las noticias que recibe del continente le inducen á formar el propósito irrevocable de no permanecer en la isla de Elba.—Reconciliacion de Napoleon con Murat y consejos que le dá por entonces.—A principios del año de 1815 sabe Napoleon que los soberanos reunidos en Viena están en

vispera de despedida; que se trata de de-
portarle á mares mas lejanos, y que en
Francia han llegado al último grado de
exasperacion los partidos.—De pronto se
resuelve á abandonar la isla de Elba, an-
tes de que alarguen los dias y acorten las
noches, tan favorables para su fuga.—La
llegada de Mr. Fleury de Chaboulon le
confirma en esta resolucion terminante.
—Preparativos secretos de su empresa,
para cuya ejecucion fija la fecha del 26 de
febrero.—Su postrer mensaje á Murat y su
embarque el 26 de febrero por la noche.
—Diversos accidentes de la navegacion.
—Desembarco en el golfo Juan el dia 1.^o
de marzo.—Sorpresa é incertidumbre de
los habitantes de la costa.—Tentativa frus-
trada sobre Antibio.—Permanencia de al-
gunas horas en Cannas.—Vacilaciones acer-
ca de la eleccion entre dos caminos, el de
las montañas que lleva á Grenoble, y el del
litoral que conduce á Marsella.—Napoleon
se decide por el de Grenoble, cuya elec-
cion asegura el buen éxito de su empresa.
—Partida para Grasse el 4.^o de marzo por
la noche.—Marcha larga y fatigosa por en-
tre las montañas.—Llegada á Sisteron al
segundo dia.—Motivos por los cuales no
se encuentra guardada esta plaza.—Ocu-
pacion de Sisteron y marcha sobre Gap.—
Sucesos que á la sazón pasan dentro de
Grenoble.—Predisposiciones de ánimo de
la nobleza, de la clase media, del pueblo y
de los militares.—Resolucion formada por

el prefecto y los generales de cumplir con sus deberes.—Envío de tropas á La Mure para obstruir el camino de Grenoble.—Sobre este punto marcha Napoleon, tras de ocupar á Gap al paso, y encuentra en La Mure al batallon del 5.º regimiento de línea enviado para impedir su marcha.—Delante del frente del batallon se presenta de pronto y descubre su pecho á los soldados.—Estos responden con el grito de *viva el emperador!* á tal movimiento, y rápidamente se agrupan alrededor de su persona.—Despues de este primer triunfo, Napoleon sigue su marcha sobre Grenoble.—En el camino se halla con el 7.º regimiento de línea bajo las órdenes del coronel La Bedoyère, que tambien se pasa á sus filas.—Llega á Grenoble aquella misma noche.—Hallándose cerradas las puertas, el pueblo las echa abajo, y las franquea á Napoleon de seguida.—Lenguaje pacífico y liberal que Napoleon usa con todas las autoridades civiles y militares.—Napoleon permanece el dia 8 en Grenoble, no sin encaminar hácia Lion por delante las tropas de que se ha apoderado, y que ya suben á muy cerca de ocho mil hombres.—Personalmente sale para Lion al otro dia.—La noticia de su desembarco llega á Paris el 5 de marzo.—Efecto causado por ella.—Inmediatamente se hace partir al conde de Artois en union del duque de Orleans para Lion, al mariscal Ney para Besanzon, al duque de Borbon

para la Vendée, al duque de Angulema para Nimes y para Marsella.—Inmediata convocatoria de las Cámaras de Pares y de Diputados.—Inquietud de las clases medias y profundo pesar de los hombres ilustrados, porque preven las consecuencias de la vuelta de Napoleon.—Los realistas moderados y Mrs. Lainé y de Montesquiou á su cabeza desearian que se llegase con el partido liberal á avenencias, modificando el ministerio y los cuerpos del Estado en el sentido de las ideas liberales.—Por el contrario los realistas fogosos tan solo á actos de debilidad atribuyen las vicisitudes actuales, y asi no se prestan á concesion alguna.—Luis XVIII cae en perplejidad suma, y no abraza ningun partido.—Continuacion de los sucesos entre Grenoble y Lion.—Llegada del conde de Artois á este último punto.—Recibido es con frialdad por el vecindario y con malevolencia por las tropas.—Vanos esfuerzos del mariscal Macdonald por inducir al exacto cumplimiento de sus deberes á los militares.—Tan alarmante llega á ser el estado de las cosas que el mariscal Macdonal no halla mejor arbitrio que el de que el conde de Artois y el duque de Orleans se vuelvan á París de prisa.—Solo queda alli para organizar la resistencia.—Habiéndose presentado la vanguardia de Napoleon el 10 por la noche delante del puente de la Guillotiere, al punto dan el grito de *viva el emperador!* los solda-

dos que están de guardia, y tras de abrir la ciudad á las tropas imperiales, se proponen ir en busca de Macdonald para reconciliarle con Napoleon al instante.—Fuga del mariscal por no faltar á sus deberes.—Entrada triunfal de Napoleon en Lion.—Allí se esfuerza en persuadir á todos que desea la paz y la libertad, haciendo uso del mismo lenguaje que en Grenoble.—Sus decretos para la disolucion de las Cámaras, para convocar el cuerpo electoral en París y en el Campo de Mayo, y para asegurar con diversas medidas el éxito de su empresa.—Después de permanecer en Lion el tiempo estrictamente necesario, durante la mañana del 13 sale por el camino de Borgoña.—Recibimiento entusiasta de que en Macon y en Chalons es objeto.—Mensaje del gran mariscal Bertrand al mariscal Ney.—Sincera disposicion de este último á cumplir sus deberes, si bien la circunstancia de hallarse en medio de poblaciones y de tropas, inevitablemente propensas á Napoleon, le ponen en muy grande apuro.—Dos dias enteros sostiene el mariscal Ney de lucha, hasta que viendo en torno suyo insurreccionadas las poblaciones y las tropas, al cabo cede al torrente y se junta á Napoleon como todos.—Marcha triunfal de Napoleon por medio de la Borgoña.—Su llegada á Auxerre el 17 de marzo.—Proyecto de detenerse allí dos dias para concentrar sus tropas y marchar sobre París

militarmente.—Estado de la capital durante estos últimos dias.—Habiendo fracasado por completo los esfuerzos de los realistas moderados para llegar con el partido constitucional á un acomodo, solo se cambia el ministro de la Guerra, porque inspira desconfianza, y el director de policia porque no se le cree dotado de capacidad bastante.—Subida del duque de Feltro al ministerio de la Guerra.—Tentativa de los hermanos Lallemand y su aborto.—Esta circunstancia infunde alguna esperanza en la córte, y se celebra una sesion régia en que Luis XVIII arranca grandes aplausos.—Proyecto de la formacion de un ejército hácia Melun bajo las órdenes del duque de Berry y del mariscal Macdonald.—Estancia de Napoleon en Auxerre.—Su entrevista con el mariscal Ney, á quien impide hábilmente que le imponga condiciones.—Su partida el 19 y su llegada á Fontainebleau la misma noche.—A la noticia de su aproximacion la familia real determina salir de Paris sin demora.—Partida de Luis XVIII y de todos los príncipes durante la noche del 19 al 20 de marzo.—Ignorancia en que se hallan todos de la partida de la familia real aun el día 20 por la mañana.—Tuvieron multuosamente reunidos en la plaza del Carrousel los oficiales que se hallan á medio sueldo, al cabo averiguan que está vacío el real palacio, y enarbolan allí la bandera tricolor al punto.—A palacio acu-

den todos los magnates del imperio.—De Fontainebleau sale Napoleon aquella tarde, y á París llega por la noche.—Escena tumultuosa de su entrada en las Tullerías.—Causas y carácter de esta resolución extraña. 8

LIBRO CINCUENTA Y OCHO.

EL ACTA ADICIONAL.

Lenguaje pacífico y liberal de Napoleon en sus primeras entrevistas.—Eleccion de sus ministros hecha en la misma noche del 20 de marzo.—Interinamente es encargado el príncipe Cambacéres de la administracion de justicia: llamados son el mariscal Davout al ministerio de la Guerra, el duque de Otranto al de la Policía, el general Carnot al de lo Interior, el duque de Vicenza al de Negocios Extranjeros, etc.—Nombramiento del conde de Lobau para el mando de la primera division militar, con encargo de restablecer la disciplina en los regimientos, que debben pasar por la capital casi todos.—Desde la mañana del 24 de marzo Napoleon pone manos á la obra y se apodera de todos los ramos del gobierno.—¿Se debia aprovechar del impulso de sus triunfos para invadir la Bélgica y trasladarse á las márgenes del Rhin de seguida?—Razones perentorias contra resolucion semejante.—Napoleon adopta el partido de estarse

quieto y de organizar sus fuerzas milita-
 res, brindando con la paz á Europa sobre
 la base del tratado de París.—Orden al
 general Exelmans para seguir la retirada
 de la córte fugitiva á la cabeza de tres mil
 ginetes.—Mansion de Luis XVIII en Lila.
 —Recibimiento frio á la par que respe-
 tuoso por parte de las tropas.—Consejo á
 que asisten el duque de Orleans y mu-
 chos mariscales.—Dictámen del duque de
 Orleans relativo á que el rey vaya á Dun-
 kerque, y se haga fuerte en esta plaza.—
 Al pronto adopta el rey este consejo, mas
 despues muda de resolucion y se retira á
 Gante.—Tanto las tropas como los ma-
 riscales le acompañan hasta la frontera, y
 se niegan á seguir adelante.—La casa mi-
 litar es licenciada.—Pacificacion del Este
 y del Norte de Francia.—Breve aparicion
 del duque de Borbon en la Vendee, y su
 pronta retirada á Inglaterra.—Política de
 los gefes vendeanos, reducida á esperar
 la guerra general antes de arrojar-se á em-
 puñar las armas.—En Burdeos se detiene
 la duquesa de Angulema, á causa de ma-
 nifestarse dispuesta la poblacion en su
 apoyo.—Al general Clausel se comisiona
 para restablecer la autoridad imperial en
 Burdeos.—Mr. de Vitrolles trata de erigir
 un gobierno real en Tolosa.—Viaje del
 duque de Angulema á Marsella.—Con el
 designio de marchar sobre Lion junta este
 príncipe algunos regimientos.—No in-
 quietan á Napoleon los disturbios del Me-

diodía, pues de resultas de la partida de Luis XVIII juzga definitivamente pacificada la Francia.—Seguro de que se le ha de venir encima la guerra, sin dejar de manifestar los mas pacíficos sentimientos, Napoleon comienza sus aprestos militares en grande escala.—Su plan concebido y ordenado desde el dia 25 hasta el dia 27 de marzo.—Formacion de ocho cuerpos de ejército con el nombre de cuerpos de observacion tan solo, cinco de los cuales entre Maubenge y Paris estarán destinados á operar los primeros.—Reconstitucion de la guardia imperial.—Para no recurrir á nuevos sorteos, Napoleon llama á los soldados que gozan licencia temporal de seis meses, á los que la tienen ilimitada, y de esta suerte se lisonjea de reunir cuatrocientos mil hombres en los cuadros del ejército activo.—Mas tarde se propone llamar la conscripcion del año de 1843, para la cual no cree necesitar de ley alguna.—A los oficiales á medio sueldo se les destina para formar los cuartos y quintos batallones.—Napoleon moviliza doscientos mil guardias nacionales escogidos, con el fin de poner á su cuidado la defensa de las plazas y de algunas porciones de la frontera.—Creacion de talleres extraordinarios de armas y de vestuarios, y restablecimiento del depósito de Versalles.—Armamento de Paris y de Lion.—A la marina se recurre para cooperar á la defensa de estos dos puntos importantes.—

Tras de dictar estas providencias Napoleón envía al general Clausel algunas tropas, con el fin de avasallar á Burdeos, y despacha al general Grouchy sobre Lion para reprimir las tentativas del duque de Angulema. — Solemne recepción de los altos cuerpos del Estado el 28 de marzo. — Renovacion todavía mas solemne en la forma de mantener la paz y de reformar por completo las constituciones imperiales. — Pronta represion de las tentativas de resistencia en el Mediodía. — Entrada del general Clausel en Burdeos, y embarque de la duquesa de Angulema. — Prision de monsieur de Vitrolles en Tolosa. — Campaña del duque de Angulema á orillas del Ródano. — Capitulacion de este principe. — Napoleon hace que se embarque en Cette. — Sumision general al imperio. — Por su parte Napoleon continúa los aprestos militares, y forma el 9.º cuerpo. — Estado general de la Europa. — Negativa de recibir á los correos franceses y exaltacion de los ánimos en Viena. — Declaracion hecha por el congreso el 13 de marzo, en virtud de la cual se pone á Napoleon fuera de la ley de las naciones. — Por correos extraordinarios se envia esta declaracion á todos los puntos de las fronteras de Francia. — De manos de María Luisa es arrebatado el rey de Roma, y á declararse á favor de Napoleon ó de la coalicion se obliga á esta princesa. — María Luisa renuncia á su esposo, y consiente en quedarse en Viena.

bajo la custodia de su padre y de los soberanos.—Al saber el triunfo definitivo de Napoleon y su entrada en París, el congreso renueva la alianza de Chaumont por el tratado de 25 de marzo.—Lo firma el duque de Wellington de seguida, sin instrucciones de su gobierno, y no temiendo comprometer á Inglaterra.—Plan de campaña y proyecto de hacer que marchen ochocientos mil hombres contra Francia.—Dos principales reuniones de tropas, una á las órdenes del príncipe de Schwarzenberg á la parte del Este, y otra á las órdenes del duque de Wellington y de Blucher á la parte del Norte.—Partida del duque de Wellington para Bruselas, y envío del tratado del 25 de marzo á Londres.—Estado de los ánimos en Inglaterra.—Disgustada de la guerra, descontenta de los Borbones y sorprendida de las declaraciones reiteradas por Napoleon de continuo, la mayoría de la nacion inglesa desearia que se pusieran á la prueba sus pacíficas disposiciones.—Entre la resolucion de ratificar los empeños contraidos por el duque de Wellington en Viena y el embarazo que el estado de la opinion pone á su designio, el gabinete abraza el partido de disimular ante el parlamento, y le propone un mensaje engañoso y que no anuncia mas que simples precauciones, mientras ratifica secretamente el tratado de 25 de marzo, y se compromete así á la guerra.—Discusion y adopcion del

mensaje en el parlamento, bajo la inteligencia de que de simples precauciones se trata tan solo.—Dos miembros del gabinete británico son enviados á entenderse con el duque de Wellington á Bélgica.—Estado de la córte de Gante.—Violencias de los alemanes y amenaza de dividir la Francia.—Lord Wellington se esfuerza por calmar estos arrebatos, y á pesar de la impaciencia de los prusianos impide que se dé principio á las hostilidades antes de la concentracion de todas las fuerzas coaligadas.—No teniendo ya Napoleon que disimular nada, en vista de las declaraciones de Europa, se resuelve á decir á la nacion la verdad completa.—Publicacion el 13 de abril de la memoria de Mr. de Caulaincourt en que se exponen las humillaciones por las cuales se acaba de pasar y sin reserva alguna.—Revista á la guardia nacional y enérgico lenguaje de Napoleon.—Con mayor actividad se aplica á sus aprestos militares, y manda que se inserten en el *Monitor* los decretos relativos al armamento de Francia, que se habian ejecutado sin ninguna publicidad hasta entonces.—Tristeza de Napoleon y del público todo.—Al cabo se resuelve Napoleon á cumplir la promesa empeñada acerca de la modificacion de las instituciones imperiales.—No vacila en dar pura y simplemente la monarquía constitucional.—Su opinion sobre todas las cuestiones relativas á esta grave ma-

teria.—No se determina á convocar una
 asamblea constituyente, por miedo de tener
 encima sus ímpetus revolucionarios durante
 lo mas fuerte de una guerra.—Asi toma
 la resolucion de redactar por sí propio,
 ó de mandar que se redacté una constitucion
 nueva, á fin de presentarla á la aceptacion
 de la Francia.—Sabido que en Paris se
 halla Mr. Benjamin Constant escondido,
 le llama á su presencia y pone la redaccion
 de la nueva constitucion á su cargo.—Napoleon
 parece acorde con Mr. Benjamin Constant
 sobre todos los puntos, excepto la abolicion
 de la confiscacion, la pairía hereditaria y el
 título de la constitucion nueva.—Absolutamente
 quiere Napoleon calificarla de *Acta adicional
 á las constituciones del Imperio*.—Enviado
 es el proyecto al Consejo de Estado, y miembro
 de este cuerpo se nombra á Mr. Benjamin
 Constant á fin de que apoye su obra.—Definitiva
 redaccion y promulgacion de la constitucion
 nueva, con el título de *Acta adicional*.—Carácter
 de tal acta. 244

LIBRO CINCUENTA Y NUEVE.

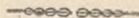
EL CAMPO DE MAYO.

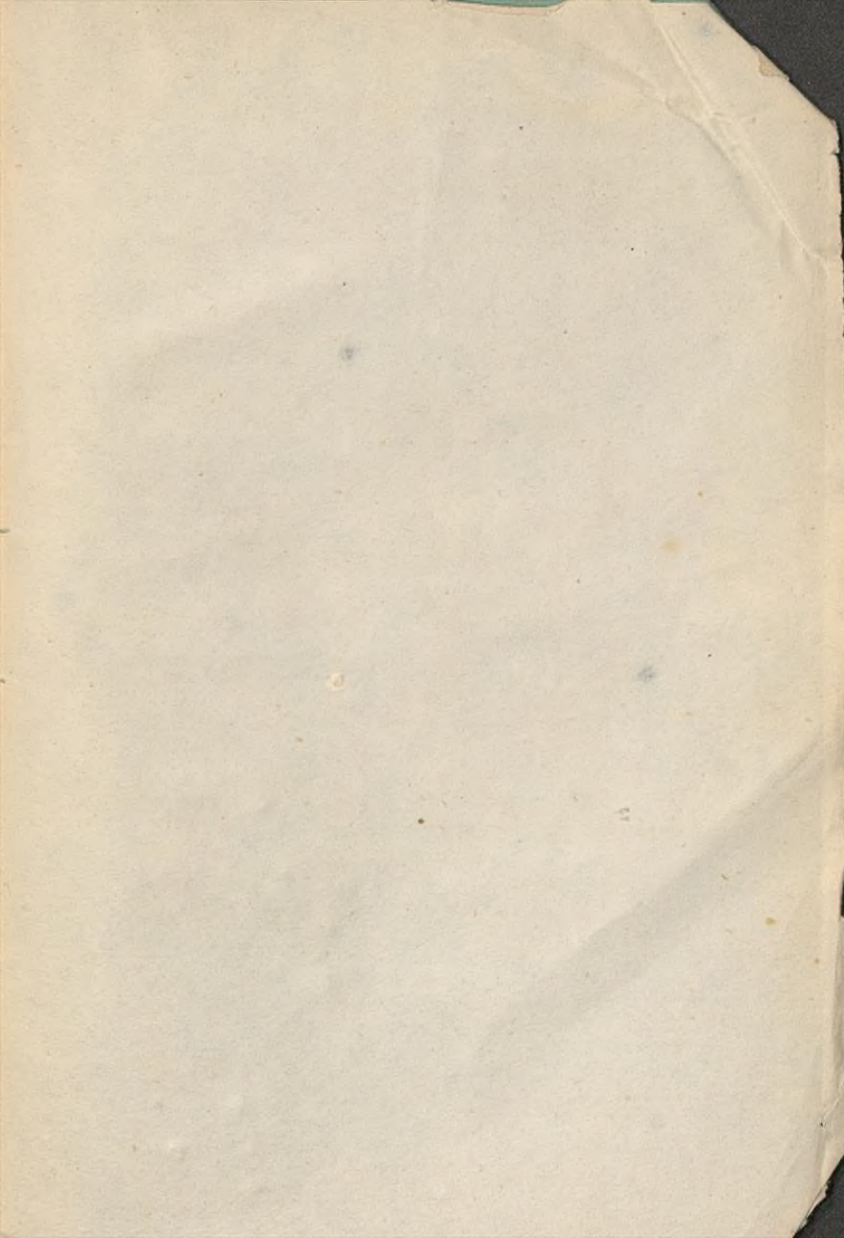
Publicacion del Acta adicional.—Efecto que
 produce.—Es mal recibida, á pesar de
 contener la mas liberal y la mejor redac-
 tada de cuantas constituciones ha obteni-

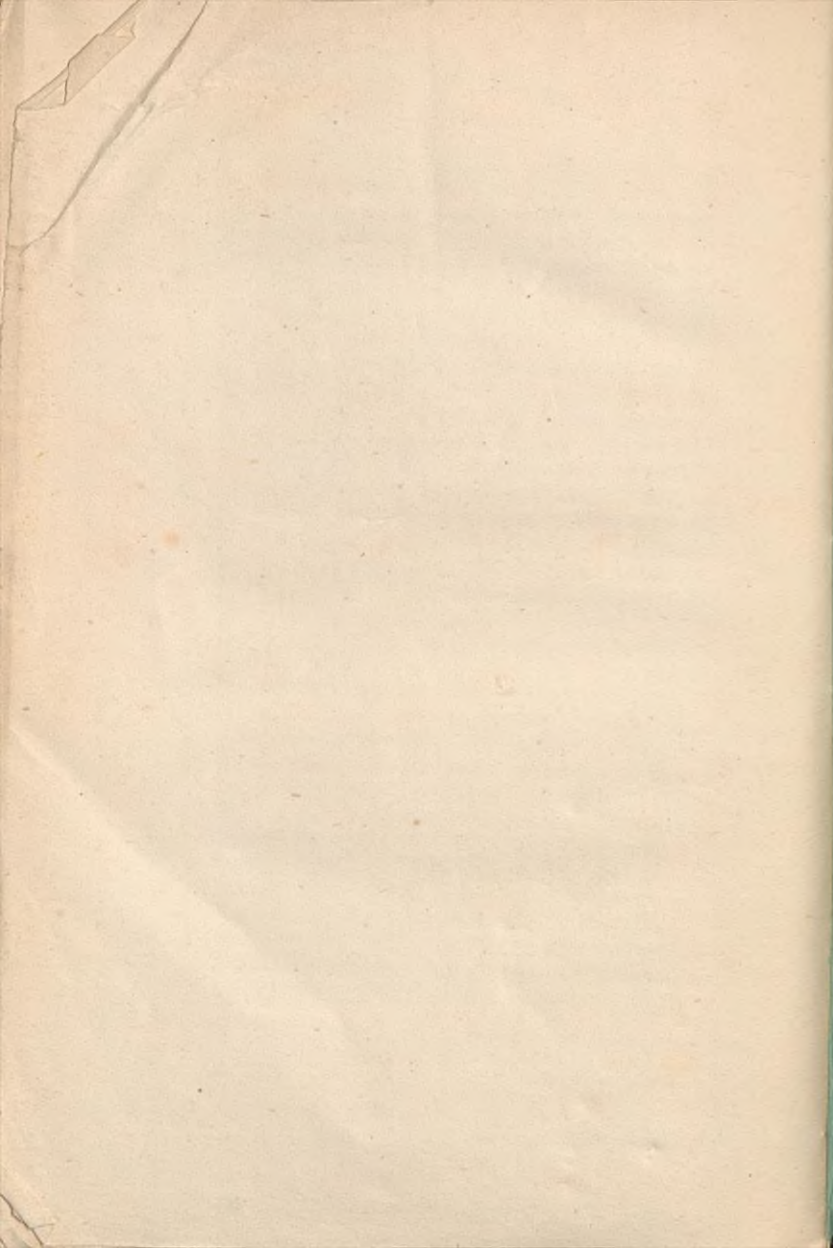
do Francia.—Motivos de ser mal recibida.—Francia no cree mas á Napoleon cuando habla de libertad que Europa cuando habla de paz.—Desenfreno de los realistas y frialdad de los revolucionarios.—Solo el partido constitucional acoge el Acta adicional de una manera favorable, y asi todo se mantiene desconfiado.—Importancia del papel del general Lafayette en la presente coyuntura.—El partido constitucional establece condiciones á su adhesion, y exige que las Cámaras sean convocadas inmediatamente.—Napoleon desearia aplazar la convocatoria para no tener las Cámaras reunidas durante las primeras operaciones de la campaña.—Se le da fuerza la mano, y aun antes de recaer sobre el Acta adicional la aceptacion definitiva, se decide á ponerla en planta, convocando las Cámaras sin demora.—Al mismo tiempo llama al cuerpo electoral al *Campo de Mayo*.—Estas providencias apaciguan los ánimos algun tanto.—Continuacion de los sucesos en Viena y en Londres.—Aunque animadísimas las potencias, no dejan de considerar la próxima lucha grave por extremo.—Austria desearia probar á deshacerse de Napoleon por medio de embarazos interiores.—Tentativa de una negociacion con Mr. Fouché á las calladas.—Envio de un agente secreto á Basilea.—Napoleon descubre esta sordatura, y para desbaratarla del todo envia á Mr. Fleury de Chaboulon al mismo punto.

to.—Explicacion violenta con Mr. Fouché cogido en traicion fragante.—Por de pronto no tiene consecuencias la tramar—La coalicion persiste en las hostilidades, y acosado el gabinete británico acaba por confesar al parlamento el proyecto de volver á empezar inmediatamente la guerra.—La oposicion se dá por engañada, asi lo juzga el parlamento, y sin embargo, vota la guerra por gran mayoría.—Marcha de los ejércitos enemigos hácia Francia.—Aventuras de Murat en Italia.—Su loca empresa y su fin triste.—Su fuga á Provenza.—Siniestro augurio que respecto de Napoleon sacan de aqui todos, y que tambien hace por sí mismo.—Progreso de los preparativos militares.—Formacion espontánea de los federados.—Servicios que para la defensa de Lion y de Paris espera Napoleon obtener de ellos.—Mientras se deciden á apoyar á Napoleon los revolucionarios, se quitan la máscara los realistas y dan principio á la guerra civil en la Vendée.—Primeros movimientos insurreccionales en las cuatro subdivisiones antiguas de este territorio, y combate de Aizenay.—Prontas providencias de Napoleon.—Se priva de veinte mil hombres, que en contra del enemigo exterior le fueran de gran fruto, y los dirige sobre la Vendée.—A la par encarga á Mr. Fouché que negocie con los gefes vendeanos un armisticio.—Resultado y espíritu de las elecciones.—Reunion de la Cámara de los

pares y de la Cámara de los representantes.—Disposiciones de ésta.—Aun deseando sinceramente á Napoleon contra el extranjero, se preocupa del temor de parecer servil.—Sus primeros actos marcados con el sello de una susceptibilidad extremada.—Napoleon se muestra vivamente afectado de resultas.—Campo de Mayo.—Grandeza y tristeza de esta ceremonia.—Mensajes de las dos Cámaras.—Consejos dignos y severos de Napoleon.—Sus profundas observaciones acerca de lo que falta á su gobierno para subsistir ante las Cámaras.—Siniestros presagios.—Para ponerse al frente del ejército sale de París el 42 de junio.—Despedida de sus ministros y de su familia.—Últimas consideraciones sobre esta tentativa de restablecimiento del imperio. 469









OBRAS PUBLICADAS EN LA BIBLIOTECA POPULAR.

- Semana Santa**, en castellano, un tomo; 6 rs.
- Don Quijote**, segunda edición, dos tomos; 24 rs. sin láminas y 30 con ellas.
- Historia de la revolución de Inglaterra**, por Mr. Guizot, un tomo; 42 rs.
- Obras de Moratin**, dos tomos; 22 rs.
- Gil Blas de Santillana**, dos tomos; 22 rs. sin láminas y 42 con cien grabados.
- El señor de Bembibre**, un tomo; 8 rs. sin láminas y 42 con ellas.
- La Maga de la Montaña**, un tomo 7 rs.
- Manual de Historia Romana**, un tomo; 46 rs.
- Manual de Mitología**, un tomo; 44 rs. sin láminas y 47 con ellas.
- Obras festivas de Quevedo**, dos tomos; 24 rs.
- Los Misterios de París**, cuatro tomos; 40 rs.
- Historia de la Revolución francesa**, por Thiers, seis tomos; 64 rs.
- Las aventuras de Nigel**, dos tomos; 44 rs.
- Manual de Historia Sagrada**, un tomo; 42 rs.
- El Judío Errante**, cuatro tomos; 44 rs. sin láminas y 62 con ellas.
- Obras de Jovellanos**, cinco tomos; 54 rs.
- Matilde ó memorias de una jóven**, tres tomos; 28 rs. sin láminas y 40 con ellas.
- Historia del Consulado y del Imperio**, continuación de la Revolución francesa. por Thiers, diez y nueve tomos; 266 rs.
- Nuestra señora de París**, dos tomos; 14 rs. sin láminas y 22 con ellas.
- Martin el Espósito**, por E. Sue, tres tomos; 26 rs.
- Las Mil y una noches**, tres tomos; 30 rs. sin láminas y 46 con ellas.
- Los Martires**, ó el triunfo de la religión cristiana por F. A. de Chateaubriand; nueva edición en dos tomos con todas las notas del autor; 46 rs.
- España bajo el reinado de la casa de Borbon**, cuatro tomos; 44 rs.
- Historia Universal**, por César Cantu; treinta y ocho tomos á 10 rs. tomo y 350 rs. toda la obra reunida.
- Historia constitucional de la Monarquía española**; dos tomos, 20 rs.
- Obras completas de Buffon**. Treinta y cinco tomos á 10 rs. tomo ó 320 rs. toda la obra. Con láminas y grabados, 50 rs. mas.
- El Genio del Cristianismo**, por F. A. de Chateaubriand. Nueva edición, dos tomos; 24 rs.
- Estudios históricos**, por F. A. de Chateaubriand. Nueva edición, dos tomos; 24 rs.
- Ensayo sobre las revoluciones**, por F. A. de Chateaubriand. Nueva edición, dos tomos; 24 rs.
- Itinerario de París á Jerusalem y de Jerusalem á Paris**, por F. A. de Chateaubriand. Nueva edición, dos tomos; 20 rs.
- La Atala, Rene, Último Abencerrage y los Natchez**, novelas por F. A. Chateaubriand. Nueva edición, dos tomos; 20 rs.
- Variedades literarias y políticas**, por Chateaubriand. Nueva edición, un tomo; 40 rs.
- Geografía universal**, por Malte-Brun, seis tomos; 60 rs. sin mapas y 400 con ellos.
- Historia de los Estuardos**, un tomo; 8 rs.
- España desde el reinado de Felipe II**, hasta el advenimiento de los Borbones, un tomo; 44 rs.
- Napoleon**, por Alejandro Dumas, un tomo; 8 rs.
- Historia de la civilización de Europa**, por Guizot, un tomo; 6 rs. y 42 mrs. para los suscritores, y 8 para los que no lo sean.
- Viages de Chateaubriand**, en América, Italia y Suiza, un tomo; 7 rs. para los suscritores y 40 para los que no lo sean.
- Memorias de Ultra-tumba**, por el vizconde de Chateaubriand, cinco tomos; 50 rs.

NOTA. Los precios señalados son los de venta en Madrid; en provincias tienen el aumento consiguiente por razón de portes y otros gastos, cuando se hacen las remesas por cuenta de la empresa.